RUTH KVARNSTRÖM-JONES

LAS EXTRAORDINARIAS MUJERES DEL GRAND HÔTEL

PLAZA JANÉS

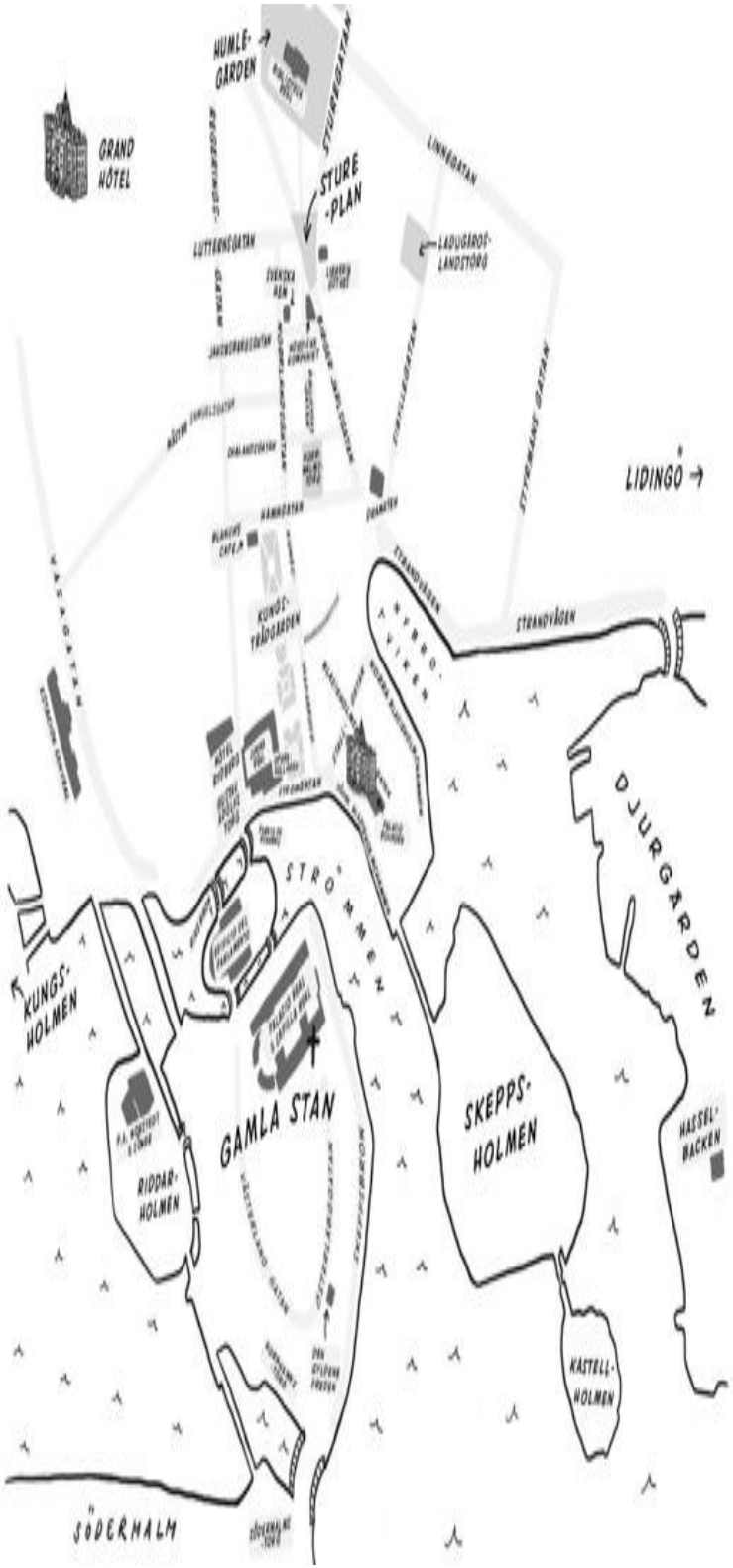
RUTH KVARNSTRÖM-JONES

LAS EXTRAORDINARIAS MUJERES DEL GRAND HÔTEL

Traducción de
Isabel Murillo Fort

PLAZA JANÉS

A mi querida Maxine.
Que tu espíritu se mantenga siempre tan vibrante
y seductor como el de Wilhelmina


HUMLE-GÅRDEN
STURE-PLAN
GRAND HÔTEL
LIDINGÖ
KUNGS-HOLMEN
GAMLA STAN
RIDDAR-HOLMEN
SKEPPS-HOLMEN
DJURGÅRDEN
HASSEL-BACKEN
KASTELL-HOLMEN
SÖDERMALM
STRÖMMEN
STRANDVÄGEN
KUNGS-TRÄDGÅRDEN

LISTA DE PERSONAJES

RÄTTVIK, DALARNA

Los Ekman:
Karl y Viveka Ekman
Jon Ekman
Ottilia Ekman
Torun Ekman
Birna Ekman
Victoria Ekman

Prima Anna

Arvid Blomqvist

GRAND HÔTEL

Los Cadier:
Régis (fundador) y Caroline Cadier

Los Skogh:
Wilhelmina y Pehr Skogh
Brita (ama de llaves)

Miembros de la junta directiva:
Axel Burman
Algernon Börtzell
Teniente Ehrenborg
Oscar Holtermann
Ehrenfried von der Lancken
Carl Liljevalch

Ivar Palm

SERVICIO DE LIMPIEZA:
Margareta Andersson (gobernanta)
Beda Johansson
Märta Eriksson
Karolina Nilsson

RESTAURACIÓN:
Gösta Möller *(maître d'hôtel)*
Sam Samuelsson (jefe de cocina)
Charley Löfvander (jefe del bar)
Fredrik Nyblaeus (banquetes)
Kristian (camarero del bar)
Monsieur Blanc (sommelier)

RECEPCIÓN:
Knut Andersson
Edward Hansson

FLORISTA:
Josef Starck
Maj Starck, su esposa

ADMINISTRACIÓN:
August Svensson

OTROS:
Doctor Karl Malmsten
Jefe inspector Ström

CLIENTES DESTACADOS:
Sarah Bernhardt (actriz)
Elsa Beskow (ilustradora)
Armand Fallières (presidente de Francia)

Henning Halleholm (empresario)
Ellen Key (activista)
Rudyard Kipling (escritor)
Selma Lagerlöf (escritora)
Franz Lehár (compositor)
Anna Lindhagen (activista)
Elisabet Silfverstjerna (dama de compañía)
August Strindberg (escritor)

Clienta no bienvenida:
Kajsa (mujer de la noche)

Realeza:
Reina Josefina
Rey Óscar II y reina Sofía
Rey Gustavo V y reina Victoria
Príncipe heredero Gustavo Adolfo y princesa heredera Margarita
Eduardo VII y reina Alejandra (Reino Unido)
Emperatriz Eugenia (Francia)
Reina Margarita (Italia)

Grand Royal:
Lotten Rönquist (pintora)
Ernst Stenhammar (arquitecto)
Carlsson & Löfgren AB (interior)
Graham Brothers (ascensores)

1

Reunión de la junta directiva, Grand Hôtel, Estocolmo, 10 de diciembre de 1901

—Caballeros —dijo Algernon Börtzell, interventor de la Casa Real y presidente de AB Nya Grand Hôtel, dando unos golpecitos con la punta de su estilográfica en el papel que tenía delante de él—. Ha llegado el momento de actuar.

—Cierto. —Ehrenfried von der Lancken, subgobernador de Estocolmo, guardó el reloj en el bolsillo superior de su chaqueta—. La ceremonia de los Premios Nobel dará comienzo en menos de tres horas. Aún tengo que prepararme y no quiero llegar tarde. —La fuerza con la que pronunció la «r» de la palabra «tarde» subrayó su determinación—. Confío en que los galardonados se sientan a gusto en el hotel.

—No he oído a nadie manifestar lo contrario —replicó Börtzell—. Las cuatro suites están amuebladas con elegancia y son el paradigma del confort. Y todas dan al mar, claro está. Las vistas, incluso en una noche de invierno, son un espectáculo de por sí. —Desde su puesto a la cabecera de la mesa de madera de nogal con incrustaciones, podía ver a través de una ventana con arco el Palacio Real en la «Ciudad entre los puentes» o «Gamla Stan», como llamaban ahora los habitantes de Estocolmo a la isla situada entre Norrmalm y Södermalm—. Me parece que esta noche van a servir pechuga de urogallo, lo cual debería impresionar a nuestros eminentes invitados.

Axel Burman, financiero de nivel y principal accionista de AB Nya Grand Hôtel, se inclinó sobre la mesa.

—Dígame, Algernon, ¿es cierto que el rey se oponía a la idea de otorgar premios a extranjeros?

Börtzell sacó un puro del bolsillo interior de su chaqueta y lo encendió.

—Digamos que Su Majestad se mostró más entusiasta una vez que se le explicó con detalle el valor de exhibir la pompa y las circunstancias suecas. De hecho, si lo de hoy es un éxito y la entrega de los Premios Nobel se convierte en un evento anual, Suecia y Nobel estarán en boca de todos los científicos de las generaciones venideras.

—Aunque no será así si esta noche llegamos tarde —apuntó Von der Lancken, disimulando muy mal su impaciencia—. Pero ¿por qué tenemos que discutir ahora sobre ese tema? Si hoy estamos aquí reunidos es porque el Grand Hôtel se encuentra en una situación financiera desesperada y tenemos que hacer algo al respecto. ¿No es eso lo que dijo en nuestra última reunión, Axel?

Burman asintió.

—Evidentemente, no disponemos aún de las cifras finales de 1901, pero a pesar de las extensas reformas que hemos llevado a cabo…

—Por no hablar de lo terriblemente caras que han sido… —añadió Von der Lancken, interrumpiéndolo. Hemos excedido el presupuesto en un millón de coronas. ¡Un millón! Solo el sobrecosto ya es más de la mitad de lo que Régis Cadier pagó por todo este edificio.

—De eso hace ya treinta años —dijo Börtzell.

Von der Lancken lo miró por encima de sus gafas.

—¿Está sugiriendo que un millón de coronas de gasto extra es comprensible? ¿Aceptable, incluso?

—Lo que estoy sugiriendo es que a pesar de las extensas y excesivamente costosas reformas que se han llevado a cabo, el hotel sigue mostrándose incapaz de dar beneficios.

—Paparruchas. —Fue como si Von der Lancken escupiera la palabra sobre la mesa—. No es este glorioso hotel el que es incapaz de dar beneficios, sino el teniente Ehrenborg. Ese hombre no sabe tomar el control de la situación financiera. Los directores de hotel vienen y van, y este ya es hora de que se vaya.

—Para ser sinceros, Ehrenborg solo lleva en el puesto poco más de un año, y el nuevo Salón de los Espejos donde se celebrará esta noche la cena de los Premios Nobel se lo debemos a él.

—El Salón de los Espejos se lo debemos a los arquitectos —lo corrigió Burman—. Estoy de acuerdo con Ehrenfried. El teniente

Ehrenborg es incapaz de controlar las finanzas y, sorprendentemente, tampoco sabe controlar su personal. Tal vez haya disfrutado del éxito trabajando para Alfred Nobel, pero ha dejado más que demostrado que es demasiado inexperto para dirigir este hotel.

Börtzell carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar.

—Tal vez una pequeña parte de la culpa sea nuestra, por haberlo nombrado director general. Ehrenborg es un buen tipo. A un hombre de su calibre habría que ofrecerle un empleo alternativo.

—Me atrevería a decir que sí —dijo Burman, retorciendo entre los dedos la punta de su bigote—. Pero en estos momentos debemos concentrar nuestra atención en el hotel. Necesitamos una mano más firme al timón.

Von der Lancken agitó el dedo rechoncho que adornaba con un anillo de sello, que captó toda la luz de la lámpara.

—¿No salió en su día a relucir el nombre de la señora Skogh? En el país tenemos varios establecimientos hoteleros de éxito gestionados por mujeres. Incluidos tres que están dirigidos por esa buena mujer. Lleva veinticinco años dirigiendo hoteles, ¿por qué no el Grand Hôtel? Ahora bien, teniendo en cuenta nuestra experiencia más reciente, propongo que seamos cautelosos si le ofrecemos el puesto de directora del hotel a la señora Skogh. Si el primer año resulta satisfactorio, ya la ascenderemos luego a directora general.

—Tiene reputación de ser algo parecido a un dragón —apuntó Burman.

Von der Lancken hizo un gesto de asentimiento para mostrar su coincidencia con lo que acababa de decir Burman.

—Igual que cualquier mujer que no se toma a la ligera ni los tontos ni la insubordinación. Pero también he oído decir que puede ser absolutamente encantadora y que es, sin ninguna duda, mucho más capaz que la mayoría. Solo hay que ver cómo gestionó todo el tema del alojamiento de los invitados extranjeros a la Exposición Universal de Estocolmo de hace cinco años. Ella sola se encargó de alquilar, equipar y amueblar seis edificios enteros de Strandvägen para toda la duración del evento, y sin salirse del presupuesto. Es un elemento que debemos tener presente, por lo que cuentan. Dicen que es capaz de

deducir el tamaño de la cartera de un hombre con solo mirarlo a los ojos. Y está casada con un reputado comerciante de vinos de aquí. Esa dama es justo lo que necesitamos.

Börtzell exhaló una bocanada de humo.

—Por lo que parece, posee la experiencia, la iniciativa y la imaginación necesarias para cambiar el rumbo de este barco.

—Y he oído decir que además tiene línea directa con el rey —dijo Burman.

—Su Majestad ha galardonado a la señora Skogh con la Medalla Vasa, cierto —indicó Börtzell—. Y de oro, encima.

Burman puso cara de estar impresionado.

—Todo lo cual podría resultarnos muy útil. El Grand Hôtel es prácticamente un anexo del palacio.

—Con mejores vistas. Nuestro hotel es más bonito. —Börtzell se rio entre dientes de su propio chiste y luego empezó a toser—. Y por lo que a la línea directa con el rey se refiere, yo también tengo cierta influencia.

—¿Más que Elisabet Silfverstjerna? —preguntó con malicia Von der Lancken.

Börtzell se quedó pensativo.

—Esa muchacha sí que se sabe mover entre dos aguas. Poco hay que suceda en el palacio o en este hotel que ella no sepa. Y creo que es buena amiga de la señora Skogh, lo cual tiene también su mérito. No hay nada más formidable que las confabulaciones entre señoras. Mi voto va para la señora Skogh.

—Y el mío —convino Burman.

—Pues muy bien entonces, caballeros —dijo Börtzell—. Como veo que todos estamos de acuerdo, escribiré a Wilhelmina Skogh y la invitaré a convertirse en la nueva directora del hotel.

—Creo que aprovechará la oportunidad —señaló Von der Lancken —. ¿Por qué no iba a hacerlo?

2

Enero de 1902

Wilhelmina Skogh estaba recostada en el hueco del codo de su marido, que seguía durmiendo. Al otro lado de la ventana del dormitorio de Styrmansgatan 1, el viento de enero aullaba en la mañana oscura. El sol de invierno tardaría todavía tres horas en salir y para entonces ella habría iniciado ya el largo viaje de regreso a Storvik; de momento, sin embargo, podía disfrutar tanto del tiempo como de un raro momento para pensar.

Wilhelmina tiró de la manta para taparse hasta la barbilla. Por mucho que adorara la sensación de la seda en la piel y el frufrú del satén cuando le rozaba las medias, el suave confort de la lana siempre seguiría siendo su primer amor. Un pedacito de hogar. Fårö, la isla de las ovejas, al norte de Gotland. Había recorrido un largo camino en los últimos cuarenta años. Hija de un maestro de escuela en un pequeño punto del Báltico, se había mudado a Estocolmo, luego a Storvik, a Rättvik, a Bollnäs —los paisajes iban pasando mentalmente por sus ojos— y ¿volvería ahora a Estocolmo, al Grand Hôtel?

El Grand Hôtel. El establecimiento hotelero más elegante del norte de Europa. La joya de la corona de Estocolmo. Podía dar fe de ello por haber trabajado durante un año allí, después de que fuera inaugurado en 1871. Sonrió en la oscuridad. Régis Cadier no había reparado en gastos. La magnificencia se reflejaba en los suelos de mármol o de parqué, colgaba en arañas de cristal de los techos decorados y se disponía en apetitosa perfección en los platos de porcelana china. Incluso los dos osos disecados que daban la bienvenida a los huéspedes enseñándoles las garras —un detalle que, ciertamente, no era del gusto de todo el mundo— habían contribuido sin duda al espectáculo y a la espectacularidad. El ambiente rebosaba opulencia y el servicio era impecable. O, como mínimo, lo había sido. Frunció el

entrecejo. El personal estaba bien pagado, para los estándares de Estocolmo. ¿Por qué, entonces, los empleados no se tomaban la molestia de conservar su puesto?

—¿Mina? —La voz de Pehr Skogh interrumpió sus pensamientos—. ¿No puedes dormir? Se movió un poco en la cama para encender la lámpara de la mesita de noche, que proyectó un resplandor acogedor en el lado de la ventana de la habitación, donde las cortinas de terciopelo de color burdeos bloqueaban la oscuridad. Se volvió de nuevo hacia ella. Y Wilhelmina se acurrucó contra él.

—Me parece que tengo el cuerpo demasiado acostumbrado a levantarse temprano. Y en cuanto empiezo a pensar… —Dio unos golpecitos cariñosos en el brazo de su marido—. Qué voy a contarte.

—El Grand Hôtel. —Una afirmación, no una pregunta.

—Sí. No paro de preguntarme cómo es posible que un hotel tan lujoso, en la que puede considerarse la mejor ubicación de todo Estocolmo, esté perdiendo dinero. Es un enigma que me mantiene en vela desde que recibí la carta de Börtzell.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Sí, claro.

Se sentó en la cama y colocó una almohada entre su espalda y el cabecero. Seguir tumbada no era la mejor postura para exponer el caso.

Pehr siguió su ejemplo.

—Adelante.

—El Grand Hôtel acaba de invertir una cantidad importante de tiempo y dinero en renovar la fachada, levantar una planta más, transformar el antiguo salón de banquetes en el Salón de los Espejos y remodelar la totalidad de la planta baja. Han construido incluso una cocina nueva donde han instalado dos cocinas Bolinder. —Levantó una mano—. Y todo este gasto hay que sumarlo al dinero que perdieron por cerrar el hotel durante dos años.

—Tú dices a menudo que para ganar tres coronas hay que gastar como mínimo una.

—En efecto, pero esa corona hay que gastarla con cabeza —replicó Wilhelmina—. Tú nunca invertirías en un vino por el simple hecho de

que lleve una etiqueta bonita. Ha de ser además lo bastante bueno como para ganarse un puesto en tu lista de productos.

—Por supuesto, pero ¿no crees que esa planta adicional tendría que haber incrementado por sí sola el volumen de ventas? Y los periódicos, además, no paran de hablar con admiración de la nueva entrada principal y del Salón de los Espejos.

Wilhelmina asintió.

—Ahí es justo donde está el rompecabezas. Pero cuando volví a estar ayer allí, me chocaron varias cosas como ilógicas o directamente perjudiciales. Lo de la planta adicional está muy bien, pero ningún hotel, ni siquiera uno del tamaño del Grand Hôtel en una ciudad repleta de hostales y restaurantes, puede sobrevivir tan solo a base de los huéspedes que pernoctan en él. Se necesita también gente que vaya a tomar copas y a cenar, bien sean los mismos huéspedes u otros que no se alojen en el hotel. Y sí —Wilhelmina estaba entrando en calor con el tema, como si sus pensamientos empezaran a cristalizar en conclusiones concretas—, el nuevo comedor del Grand Hôtel es una absoluta delicia. Han invertido muchísimo tiempo y dinero en recubrir las paredes con unos paneles de madera de caoba que son exquisitos de verdad, en alfombrarlo todo con una moqueta verde azulada que debe de ser carísima, en tapizar las sillas a juego y en iluminar la estancia con arañas de cristal y bronce con luz eléctrica, pero, Pelle, el comedor estaba prácticamente vacío. Igual que el bar americano. Eso nunca funcionará.

—¿Y qué propondrías?

—Propondría una entrada adicional más pequeña que permitiera a los ciudadanos de Estocolmo entrar y salir del bar y del restaurante sin necesidad de pasar por el vestíbulo del hotel. Para convertirlos en locales de la ciudad por derecho propio. Es una lástima que eliminaran The Pit. En tiempos de Régis Cadier era la guarida favorita de la gente del teatro. Atraía su propio público, igual que el Porcelain Café, de hecho. A todo el mundo le importaba un rábano lo que pasara en el sótano del Grand Hôtel. Más bien al contrario, creo que el hecho de ser un lugar escondido y oscuro le sumaba atractivo. Y luego está lo de la sala de los billares…

—¿La sala de los billares? —Pehr abrió los ojos de golpe—. Siempre hubo una sala de billares. Justo al lado del Porcelain Café.

—Y la hay, pero toda esa zona la han convertido en una sala de espera para los usuarios de los servicios de correo, telegramas y teléfonos. Y han trasladado la sala de los billares a la planta superior, con vistas al mar. ¡Vistas al mar! Una de las mejores vistas del mundo. Ya me dirás tú si has oído alguna vez un caballero haciendo una pausa para aplicar tiza al taco y diciéndole a su oponente: «¿No te parece una vista maravillosa?». Me parece un auténtico desperdicio de un activo valiosísimo. —Wilhelmina levantó las dos manos—. Y la disciplina es laxa. El camarero derramó una gota de café en el mantel. Y ni una palabra de disculpa. De haber sucedido esto en uno de mis hoteles, habría ido directo a fregar cacerolas durante una semana. Y estoy segura de que olí a alcohol en el aliento del recepcionista. Si hubiera pasado esto en uno de mis hoteles, lo habría puesto de patitas en la calle al instante.

Pehr miró a su esposa sonriendo con admiración.

—No lo dudo. Pero, ahora que has identificado los problemas, ¿por qué sigues sin tenerlo claro? Desde que te conozco, siempre has hablado con gran cariño de ese hotel. No sé cuántas veces te habré oído decir: «Si dirigiese el Grand Hôtel, haría…».

—Sí, pero mira, Pelle, hay dos temas importantes que tener en cuenta. El primero es que soy propietaria de tres hoteles perfectamente rentables que me mantienen más que ocupada. ¿Quién los gestionará si tengo que irme a vivir a Estocolmo? ¿Tendría que nombrar directores o deberíamos venderlos?

—Es evidente que no deberíamos venderlos. El valor y la rentabilidad de esos hoteles seguirán creciendo a medida que aumente el tráfico ferroviario. Storvik, Rättvik y Bollnäs son lugares estratégicos. No hay que venderlos nunca, Mina. Siempre serán una fuente segura de ingresos; un colchón para nuestra vejez. ¿Y el otro tema que deberíamos tener en cuenta?

—El Grand Hôtel en sí. Aparte de la disciplina del personal, ninguno de sus problemas fundamentales se resolverá con un cambio de director. Ni siquiera yo soy maga. —Se encogió de hombros con falsa

modestia—. No, lo que el Grand Hôtel necesita son más reformas para incrementar la producción y los ingresos, y si incrementáramos la producción, esas dos nuevas y relucientes cocinas Bolinder se quedarían pequeñas. Ya me dirás tú qué hago.

—Escribir a Börtzell y decirle exactamente todo lo que acabas de contarme a mí. Si de verdad te quieren en el puesto, te escucharán y negociarán. Y si tengo suerte, me despertaré al lado de mi esposa de un modo mucho más regular.

Wilhelmina levantó la cara para recibir un beso.

—Tendríamos que residir en el hotel. Lizzie Silfverstjerna vive muy feliz allí.

—No me cabe la menor duda. Como has dicho, ese hotel tiene algo muy especial.

Wilhelmina suspiró.

—¿Y si Börtzell se niega a negociar?

—Pues en ese caso te largas, cariño. Pero creo que ellos te necesitan a ti más que tú a ellos.

—Ya, pero, si lo hago, lo haría por el hotel, no por ellos. Ese viejo edificio tiene algo que me resulta irresistible. He estado en muchísimos establecimientos elegantes de Londres, París y Berlín, pero ninguno le llega al Grand Hôtel de Estocolmo ni a la suela del zapato. —Sus facciones se dulcificaron a la luz de la lámpara—. Tengo que conseguir que los ciudadanos de Estocolmo sientan por ese lugar lo mismo que siento yo.

Se oyeron pasos en el pasillo.

—Brita se ha levantado. Deben de ser más de las seis. Le diré que no me prepare un gran desayuno. No me va a dar tiempo. —Wilhelmina retiró las mantas y deslizó los pies en las zapatillas de ante forradas en lana que tenía junto a la cama—. Creo que, siguiendo tu sugerencia, escribiré a Börtzell. —Se volvió para sonreír a Pehr—. ¿Qué haría yo sin ti?

Pehr rio entre dientes.

—Harías lo que siempre haces, cariño: lo que consideras que es mejor.

3

Rättvik, Dalarna

Ottilia Ekman repasó el comedor del Turisthotell de Rättvik con una mirada crítica. El sonido de fondo de las plácidas conversaciones y de la cubertería al chocar contra los platos le confirmó que los comensales estaban satisfechos tanto con el servicio como con el menú elegido. En el otro extremo de la sala vio que un caballero levantaba la mano. Una camarera fue corriendo al instante hacia allí. Ottilia hizo un gesto imperceptible de asentimiento y siguió estudiando la sala. Las dos mesas que quedaban vacías estaban perfectamente preparadas: manteles planchados, copas, vajilla y cubertería relucientes. Una única vela en el centro de cada mesa aportaba un detalle adicional al ambiente, igual que el crepitar del fuego en la chimenea. Cuando llegara la primavera, las velas de las mesas serían sustituidas por una única rosa. Un toque femenino. De hecho, si la señora Skogh entrara en aquel momento, Ottilia creía que se sentiría de lo más satisfecha. Y, como siempre, Ottilia deseaba que llegara la señora Skogh. Sus días favoritos eran aquellos en los que la propietaria se presentaba sin previo aviso, trayendo con ella una inconfundible oleada de energía que llenaba hasta la última grieta del hotel. Incluso daba la impresión de que cuando estaba ella los comensales se sentaban más erguidos.

Una de las comensales dio sin querer un codazo al bastón que tenía apoyado en el respaldo de la silla. Cayó con estrépito en el suelo. Ottilia corrió a devolverlo a su lugar.

La anciana respondió a su gesto con una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias.

Servicio. Ottilia había aprendido con la experiencia que la gente apreciaba los pequeños detalles. El toque humano. Aquella señora recordaría su discreta ayuda mucho tiempo más de lo que recordaría el salmón gravlax.

Ottilia regresó a su mirador favorito, junto al bufete de ensaladas y el agua. En la mesa de la esquina más alejada, su padre rebañaba los restos de salsa con un trozo de pan recién horneado. Ottilia puso mala cara, solo interiormente, y deseó que su padre utilizara a continuación la servilleta para limpiarse los dedos, que a buen seguro le habían quedado pegajosos. Lo hizo, y una punzada de culpabilidad le encendió las mejillas. Su padre no era un hombre tosco, nunca lo había sido. Karl Ekman había criado a su hijo y a sus tres hijas para que fueran personas bien educadas, no solo con sus superiores, sino con todo el mundo. «El hombre al que desdeñes porque lleva una simple gorra siempre puede volver tocado con un sombrero de copa», decía a menudo. En una ocasión, Ottilia le preguntó: «¿Y si el hombre al que desdeñas porque lleva sombrero de copa vuelve un día con una simple gorra?». A lo que su padre le respondió: «Este será el que más necesite una palabra amable».

Y ahora, mirando a su padre, con las sienes canosas y en apariencia mayor de los cuarenta y un años que tenía, se le partió un poco el corazón. Si había conseguido aquel trabajo era gracias a él. Como jefe de la estación de Rättvik, a Karl Ekman solía corresponderle recibir a los dignatarios de Falun-Rättvik-Mora Railways AB. Y les recomendaba sin dudar el establecimiento de la señora Skogh, no solo porque el Turisthotell de Rättvik quedaba justo detrás de la estación, sino también porque podía confiar en que allí siempre servían cenas excepcionalmente buenas y ofrecían camas limpias y cómodas.

En muchos sentidos, Karl Ekman y Wilhelmina Skogh habían confiado el uno en el otro desde el día en que ella se hizo cargo del hotel en 1897. Ella trabajaba duro para atraer hasta Rättvik a visitantes nacionales y extranjeros para la práctica del esquí, la caza y la pesca, mientras que él se aseguraba de que fueran bien recibidos a su llegada y partieran con puntualidad. Cuanto más crecía el negocio de ella, más importante era la estación de tren y, en consecuencia, el puesto que él ocupaba.

—Necesito otra camarera, señor Ekman —le había dicho una mañana Wilhelmina—. Tengo entendido que tiene usted tres hijas.

—Así es. La mayor sirve en una casa, la segunda, por desgracia, está

lisiada, y la pequeña está todavía en la escuela.

La expresión de Wilhelmina se había dulcificado.

—Siento mucho la discapacidad de su hija. ¿Y está contenta la mayor sirviendo en esa casa?

—No especialmente. ¿Qué muchacha de dieciséis años lo estaría? Lo de trabajar muchas horas no le importa. —Karl hizo una pausa para reflexionar—. Pero creo que lo que le fastidia es la monotonía. Es una chica brillante, y lo de pelar patatas desde el amanecer hasta que se pone el sol le resulta una tarea latosa.

—¿Pelar patatas desde el amanecer hasta el anochecer en una casa? Santo cielo. ¿Cuántas patatas come esa familia?

Karl sonrió y las patas de gallo que rodeaban sus ojos se acentuaron.

—Creo que podríamos atribuir parte de esa descripción de su puesto de trabajo a la hipérbole juvenil. Sé a ciencia cierta —dijo guiñando el ojo— que llegará pronto un día en el que le dejarán pelar también zanahorias y cebollas.

Wilhelmina se echó a reír.

Karl se puso entonces serio.

—Si quiere que le sea sincero, nos alegramos de que se aburra. Necesita volar lejos, la chiquilla, pero está empeñada en seguir cerca de casa y por estos lares poco hay para una muchacha joven como ella. Su madre confía en que el aburrimiento la empuje a buscar más allá.

—¿Podría, pues, decirle a su…

—Ottilia.

—… Ottilia, que puede venir a verme cuando quiera? Pasado mañana tengo que volver a Storvik, pero regresaré la semana próxima.

—Así lo haré, señora Skogh. El hijo de mi hermana trabaja en el establecimiento que tiene usted en Storvik y creo que está muy contento. Gracias.

A Ottilia le había gustado el trabajo desde un buen principio. Las rutinas ya estaban fijadas, pero los platos variaban. Durante la primera semana que pasó en el hotel había aprendido mucho más sobre las distintas preparaciones del salmón que en los dos años que estuvo de sirvienta. Le fascinaban también los cuencos de ensalada y

las jarritas con aceite de oliva, importado y embotellado por la señora Skogh, así como la atractiva forma de presentación de las distintas verduras en su punto de cocción perfecto. De hecho, nunca antes había visto tantas verduras, calientes o frías, servidas de una sola vez. Ottilia le había preguntado al jefe de cocina por qué.

—Instrucciones de la señora Skogh. Dice que en Europa se cena así. Le dije entonces que no estábamos en Europa, y me lanzó una de sus miradas. Y a continuación me explicó que las verduras eran una exquisitez barata, infravalorada e integral, y que lo que los visitantes extranjeros apreciaban también tenía que ser bueno para los de aquí. Repliqué diciéndole que no teníamos muchos visitantes extranjeros —y así era por aquel entonces—, y casi me pone de patitas en la calle. Después de aquello dejé de hacer preguntas. —Dirigió un gesto hacia una montaña de platos sucios—. Pero la señora Skogh tenía razón. En los platos no queda casi nunca nada.

Y la señora Skogh también había tenido razón en lo referente a atraer visitantes extranjeros, reflexionó ahora Ottilia. Llegaban en masa, gracias a los contactos que la señora Skogh tenía con Thomas Cook, la empresa especializada en viajes de vacaciones. Un día atendían a un grupo de franceses que venían a pescar y al siguiente a uno de dignatarios alemanes que habían viajado para ir de cacería con el rey. Ottilia prestaba atención a los sonidos desconocidos del francés, el alemán y el inglés, y se emocionaba cuando era capaz de captar la diferencia. Un día que la señora Skogh visitó Rättvik, Ottilia le preguntó si podría aprender a recibir a los clientes y desearles buen provecho en su propio idioma. La señora Skogh la había mirado de arriba abajo antes de decirle a Ottilia que empezarían con el alemán.

—No tengo mucho tiempo para esto, Ottilia, así que más le vale aprender rápido.

Y la muchacha lo había hecho. Torun, la hermana mediana, le había suplicado a Ottilia que compartiera con ella todo lo que estaba aprendiendo, pero Jon, el hermano mayor y único varón de la familia, se burlaba siempre diciéndoles que tantos esfuerzos no les valdrían nunca para nada. Hasta que un día llegó demasiado lejos.

Una tarde a última hora llegó al bar del hotel con sus amigos,

saludó a Ottilia diciéndole una sandez y luego fingió sentirse herido al ver que ella no le respondía.

—Vamos, Ottilia. ¿Es que no aceptas ya ni una broma?

Ottilia esbozó una sonrisa muy profesional.

—¿Qué te sirvo, Jon?

—¿Una cerveza gratis?

Sus colegas se echaron a reír sin disimulo.

Ottilia entrecerró los ojos y le sostuvo la mirada.

—Sabes de sobra que no puedo hacer eso.

—Nuestra Ottilia, invariablemente honesta. Tenía entendido que la señora Skogh dice que el cliente siempre tiene razón.

—Y así lo digo, en efecto.

El placer de Ottilia al ver a Jon dar un brinco se vio empañado tan solo por el temor de que la señora Skogh pudiera reprenderla por rechazar un cliente. Ni siquiera ella se había percatado de que la propietaria acababa de entrar en el bar, pero supuso que servir copas gratis a la familia debía de estar peor considerado que rechazar a Jon.

La señora Skogh siguió hablando.

—Pero un cliente, Jon Ekman, es o bien alguien que ha sido invitado a este establecimiento por mí, o bien alguien que entra con la intención de pagar por nuestros productos y servicios. Y como al parecer usted no es ninguna de estas dos cosas, no solo se equivoca, sino que además ha hecho gala de una actitud vergonzosa por poner a la señorita Ekman en una posición tan imposible. Me sorprende, Jon Ekman. Pensaba que se parecía más a su buen padre, con quien hablaré en cuanto se me presente la oportunidad.

Colorado, Jon bajó la cabeza y Ottilia casi sintió lástima por él. Pero solo casi.

Wilhelmina continuó:

—Y cuando se haya disculpado con el miembro de mi personal que solo intenta desempeñar correctamente su trabajo, podrá pedir una cerveza en el bar y pagar por ella.

—Lo siento —murmuró Jon.

Wilhelmina hizo un gesto de asentimiento, dio media vuelta y se fue.

—¿Crees que se lo dirá a papá? —preguntó Jon a Ottilia después de sacar el dinero del bolsillo.

—Lo dudo. Porque te has disculpado, aunque yo que tú no volvería a intentarlo.

—¿Cómo se ha enterado la señora Skogh? No estaba, y de repente ha aparecido.

Ottilia guardó el dinero en la caja antes de regalarle una sonrisa cómplice.

—La señora Skogh tiene un oído excelente.

Nunca supo si la señora Skogh había hablado finalmente con su padre, pero lo que sí sabía con certeza era que la estima inquebrantable que sentía por la señora Skogh nació justo en aquel momento. Ottilia se juró a sí misma aprender todo lo posible de la mentora que había elegido. Intuyó además un cambio en su relación, como si aquel día hubiera demostrado a lo grande que se podía confiar en ella para defender las reglas y los estándares de la señora Skogh. La idea la perturbaba y la halagaba al mismo tiempo. ¿Acaso no había sido siempre una trabajadora honesta? Pero el caso es que a partir de entonces disfrutó con ganas del tiempo que la señora Skogh le dedicaba a explicarle no solo cómo quería que se hiciesen las cosas, sino también por qué. Y ese por qué se tradujo en que Ottilia empezó a obtener una imagen global de cómo funcionaba la gestión de un comedor y de un bar; desde doblar las servilletas blancas almidonadas hasta almacenar el vino a la distancia correcta de la cocina para mantener su temperatura óptima. Y aprendió que si bien los viajeros que pernoctaban en el hotel representaban una parte importante de los ingresos del establecimiento, el cliente local que acudía a cenar y beber podía marcar la diferencia entre beneficios y pérdidas, razón por la cual el cliente que tomaba una sola copa de cerveza tenía que recibir el mismo trato exquisito que el viajero que pedía una copa grande de coñac para rematar una cena de tres platos.

Habían pasado tres años desde la metedura de pata de Jon en el bar y para los Ekman aquello era agua pasada. Hacía dos años que Ottilia había sido ascendida a jefa de comedor, y a pesar de que todavía luchaba para ganarse el respeto de la totalidad de sus compañeros —

algunos de los cuales se sentían molestos por su rápido ascenso profesional y detestaban su adhesión inquebrantable a las reglas de la señora Skogh—, seguía disfrutando de la total confianza de su jefa además de gozar de cierta popularidad entre los lugareños.

Y luego, el año pasado, Jon había enfermado de tuberculosis y había muerto. Apiñados alrededor del ataúd, conmocionados e incrédulos, el dolor de la familia solo había sido comparable al miedo de que alguno de ellos sucumbiera también al mismo mal. La señora Skogh había enviado una corona de flores al funeral con una cinta en la que podía leerse «De tus amigos del Turisthotell de Rättvik» y una gran cesta con platos preparados a la estación. El gesto había servido para calentar tanto cuerpos como almas. Ottilia y su padre habían vuelto a sus respectivos trabajos al día siguiente y durante aquellos primeros y horrorosos meses, tenerse el uno al otro a apenas cincuenta metros de distancia había sido un motivo de consuelo para ambos.

La vida había vuelto lentamente a una nueva normalidad. Y siguió así hasta que los padres de Ottilia habían anunciado la semana pasada que esperaban otro bebé. ¿Otro bebé? ¿Nueve años después de su última hija? Ni su padre ni su madre lo admitirían jamás, pero Ottilia sospechaba que intentaban sustituir al hijo que acababan de perder. En cuestión de seis meses, todo el mundo sabría si lo habían conseguido o no.

Ottilia se alisó el delantal blanco mientras seguía observando el comedor. Aquellas pausas podían convertirse en falsos amigos, solía decir la señora Skogh. Siempre podía quedarse una taza de café vacía mientras el camarero responsable de rellenarla se tomaba un descanso. Por el rabillo del ojo, Ottilia vio que llegaba una pareja. Espléndido. Ya solo quedaría una mesa vacía. Corrió a recibirlos.

4

Rättvik, Dalarna

Algernon Börtzell dejó sobre la mesa dos hojas de papel escritas a mano y tomó asiento en la cabecera.

—He recibido una carta de la señora Skogh.

—¿Y qué dice esa buena mujer? —preguntó Burman, entrecerrando los ojos—. No lo veo muy contento, Algernon.

—No estoy seguro de que vaya a seguir llamándola «buena mujer» cuando escuche su contenido.

—Santo cielo. —Von der Lancken miró con incredulidad tanto a Börtzell como a Burman—. ¿Ha rechazado la oferta?

—Aún no, pero es posible que lo haga —respondió Börtzell.

La expresión de Von der Lancken había sufrido una metamorfosis y era ahora de perplejidad total.

—¿Por qué demonios iba a hacer eso? Le hemos ofrecido veinticinco mil coronas anuales.

Börtzell leyó un fragmento de la carta.

—«No estoy convencida de que el hotel, en su estado actual, pueda llegar a ser una empresa solvente».

Von der Lancken soltó un silbido.

Burman habló apretando los dientes.

—Acabamos de gastar el equivalente al rescate de un rey para reformar el hotel. No hace ni siquiera dos años que volvimos a abrirlo.

—La señora Skogh es plenamente consciente de ello. —Börtzell se quitó las gafas para limpiarlas con un pañuelo—. Es una profesional consumada y ha visitado y examinado el hotel en diversas ocasiones desde que recibió mi carta.

—¿Lo sabe el teniente Ehrenborg? —preguntó Von der Lancken.

—Estoy seguro de que a estas alturas sí —respondió Burman—. Ya saben cómo funcionan las cosas aquí: todo el mundo está ya enterado

de todo antes de que nosotros se lo comuniquemos. Debemos hacer un anuncio formal, y pronto.

—¿Diciendo qué? —cuestionó Von der Lancken—. ¿Que la señora Skogh ha sido invitada a ocupar el puesto de directora de este hotel y que está muy amablemente considerando nuestra oferta?

Börtzell volvió a colocarse las gafas sobre la nariz.

—No creo que esté considerando amablemente nuestra oferta. Creo que está esperando a que nosotros respondamos amablemente a su carta y a sus condiciones.

—¿Sus condiciones? —La indignación de Von der Lancken retumbó en la estancia.

Burman suspiró cansado.

—¿Cuáles son esas condiciones?

Börtzell cogió la carta por segunda vez y repasó con el dedo lo escrito en una de las páginas.

—El hotel debe instalar su propio generador de electricidad para reducir los costos a la mitad; la sala de los billares debería trasladarse a una zona que dé a la calle lateral, Stallgatan; la actual sala de billares y el bar adyacente deberían fusionarse para crear…, y aquí cito textualmente, «una gran cafetería de estilo sueco sin pretensiones».

—Todo hotel debe tener un bar —rugió Von der Lancken.

—Me temo que esto no es todo —dijo Börtzell—, la dama lo tiene todo controlado. La señora Skogh cree que se debería construir un nuevo bar entre Stallgatan y Södra Blasieholmshamnen. Una nueva entrada por la esquina, a nivel de calle, llevaría a los clientes directos a un guardarropa y de allí, a través de un tramo corto de escaleras, hasta esta nueva cafetería, desde donde saldría otro tramo corto de escaleras que continuaría hasta el nuevo bar. —Levantó la vista—. Presumiblemente, el bar quedaría justo encima de la entrada y el guardarropa que quiere en la esquina de la calle. —Volvió a mirar el papel—. Y habría que reparar y pintar nuestros autobuses tirados por caballos.

—¿Una nueva entrada? ¿Y explica por qué? —preguntó Burman.

—Para que los lugareños y cualquier persona que esté de visita en la

ciudad pueda disfrutar de nuestro bar y nuestro comedor sin necesidad de pasar por el vestíbulo del hotel.

Burman apoyó los codos en la mesa y formó un arco con los dedos.

—¿Tan complicado es entrar por el vestíbulo del hotel? No puedo decir que haya sentido el más mínimo inconveniente al cruzar hoy mismo esas puertas. Esas puertas nuevas, debo agregar. El hotel es «Gran» tanto por nombre como por su carácter. Y acabamos de reformar toda la entrada.

Börtzell asintió.

—Soy consciente de ello. Pero la señora Skogh cree que los lugareños están menos dispuestos a frecuentar el hotel porque se ven obligados a entrar y salir por el mismo lugar que los clientes que pernoctan aquí. Recuerdo que August Strindberg comentó en una ocasión lo mucho que le gustaba que The Pit quedara como escondido y aparte del hotel propiamente dicho. Es posible que la señora Skogh tenga una línea de pensamiento similar. La gente del teatro y la cultura no ha vuelto por aquí desde que reabrimos.

Guardaron silencio mientras reflexionaban las propuestas de la señora Skogh. Von der Lancken fue el primero en romperlo.

—Debo reconocer que lo de tener nuestro propio generador de electricidad tiene sentido.

Burman dejó caer la estilográfica sobre la mesa y una mancha de tinta empezó a extenderse sobre su cuaderno de notas.

—Todo tiene sentido. Esa es la triste verdad.

—Pues creo que estoy de acuerdo —dijo Von der Lancken—. Pero ¿cómo justificar remodelar lo que sería la práctica totalidad del lado izquierdo de la entrada principal tan solo dos años después de haber remodelado la planta entera? Nuestras finanzas están todavía sufriendo por culpa de esos costes, y esa fue, de hecho, la razón por la cual nos pusimos en contacto con la señora Skogh.

—Deberíamos preguntarnos si creemos en la señora Skogh y su análisis —apuntó Börtzell—. Y si la respuesta es sí, no nos quedará otro remedio que llevar a cabo los ajustes necesarios.

—¿Necesarios para asegurarnos la incorporación de la señora Skogh o necesarios para salvaguardar el futuro financiero del hotel? —

preguntó Von der Lancken.

—Sospecho —dijo Burman— que son básicamente lo mismo. Una parte de mí admira a la señora Skogh por tener la inteligencia y la perspicacia necesarias para exponer su caso. Muchas mujeres, e incluso muchos hombres, se habrían limitado simplemente a aprovechar la oportunidad.

—Podría ser, pero eso no quita que siga teniendo ganas de estrujarle el cuello a esa señora —refunfuñó Von der Lancken—. No hay nada peor que una mujer que sabe que tiene razón.

Burman esbozó una sonrisa irónica.

—Aparte de verse obligado a mostrarse de acuerdo con ella.

—Eso.

—Entonces pues, con el acuerdo de todos —dijo Börtzell—, escribiré de nuevo a la señora Skogh y le preguntaré si hay margen para alcanzar un compromiso. Esta señora no es tonta. De encontrarme yo en su posición, también habría exagerado mi caso para garantizar el cumplimiento de mis demandas más importantes.

—Aunque —dijo Von der Lancken levantando un dedo— creo que no ha mencionado nada sobre la remuneración, ¿verdad?

Börtzell negó con la cabeza.

—La carta está consagrada por completo a decirnos lo que considera que está mal en el hotel.

—Entonces, tal vez, es que habla tan en serio como parece y no hay margen para el compromiso —sugirió Burman.

—Poco sentido tiene discutir los términos y condiciones de su contrato de trabajo si realmente se ve incapaz de liderar el hotel en el estado en el que ese encuentra en la actualidad.

—De ser así —dijo Börtzell—, lo averiguaremos.

5

Si alguno de los miembros de la junta directiva hubiera levantado la cabeza de los asuntos que los tenían encerrados en el palacio Bolinder, el edificio que era ahora propiedad del Grand Hôtel y estaba conectado físicamente con él, su mirada se habría visto atraída hacia las ventanas de las torrecillas de la fachada y las farolas decorativas que brillaban como un collar de perlas a lo largo de Skeppsbron, la calle que recorría el lado este de Gamla Stan. Borrosos destellos blancos bailaban sobre el agua turbia. Por esta parte el agua apenas se helaba. Ni siquiera los duros inviernos escandinavos podían con las corrientes subterráneas, por lo que las barcas de las que dependían los ciudadanos de Estocolmo para abastecerse seguían deslizándose dentro y fuera del puerto, con sus linternas verdes y rojas incorporando agradables puntos de color a la oscuridad. Cada día, regueros de trabajadores se desplazaban de Norrmalm a Södermalm a través de Gamla Stan, pero los miembros de la junta directiva apenas si se daban cuenta.

Margareta Andersson, la gobernanta del Grand Hôtel, caminaba estoicamente al lado de su marido, procurando esquivar la nieve acumulada, de regreso a su choza en Södermalm. Muchos se decantaban por cruzar Gamla Stan siguiendo la calle Västerlånggatan, una ruta menos ventosa y más directa, pero muchos más, como Margareta, preferían proteger sus botas recorriendo la calle Skeppsbron, que estaba algo menos embarrada. Una cosa en la que, al menos, Knut y ella estaban de acuerdo. Era última hora de la tarde y los únicos sonidos que se oían eran los de los cascos y las botas crujiendo sobre la nieve compacta, las ruedas de los tranvías rechinando en las vías y las conversaciones cansadas y amortiguadas por las bufandas raídas. De día, no tenía nada que ver. Como muchos otros lugares de la ciudad, Skeppsbron se encontraba en un estado de cambio constante, en el que los edificios en ruinas eran

estrepitosamente derruidos para ceder paso a construcciones más altas y grandiosas. Los martillazos y los golpes se prolongaban durante meses, y a veces incluso años. Estocolmo, aunque no sus habitantes, estaba ascendiendo en el mundo.

A Margareta le dolían los pies, que notaba fríos e hinchados en el interior de las botas. Knut, que le sacaba más de un palmo de altura, caminaba demasiado rápido para poder seguirlo con comodidad. Rara vez salían del trabajo a la misma hora, pero hoy era uno de esos días de mala suerte. Margareta conocía de sobra la postura de su marido: no había ninguna necesidad de gastar dinero en billetes de ómnibus o tranvía, o en un techo decente que les cubriera la cabeza, si ese dinero podía gastarse en una ronda de bebidas. Antes de casarse con Knut, Margareta vivía en el Grand Hôtel, pero él siempre había declinado la oferta de tener una cama allí. En Södermalm, Knut disfrutaba de un amplio círculo de amigotes que estaban impresionados con su elevado puesto de recepcionista en el establecimiento más elegante de la ciudad. Y a él le gustaba que siguiera siendo así.

La llevaba cogida del brazo, con firmeza y escaso cariño, e iba sonriendo y saludando a las mujeres con las que se cruzaban. Un acto reflejo, se decía Margareta. Una amplia sonrisa para los desconocidos formaba parte de sus habilidades.

—Supongo que te habrás enterado —dijo de pronto Knut.

Margareta probablemente se había enterado de lo que fuera a lo que se refería Knut, pero su amarga experiencia le había enseñado cómo debía actuar.

—Hoy no me he enterado de nada nuevo. De nada destacable, al menos.

Knut hizo un gesto de asentimiento.

—El teniente Ehrenborg va a ser despedido por la junta. —Aspiró aire por los dientes para expresar su desaprobación, una costumbre que a Margareta le hacía rechinar los dientes, valga la redundancia.

—¿En serio? —Pues no se había enterado—. ¿Quién te lo ha dicho?

Se dio unos golpecitos en el lateral de la nariz y, entonces, la necesidad de consolidar su superioridad pudo con él.

—Charley, el del bar.

Charley Löfvander. Un tipo decente, popular tanto entre el personal como entre la clientela, del que no sería muy propio difundir chismes sin sentido. Lo que Charley pudiera haberle contado a Knut sería verdad.

—Y eso no es lo peor —prosiguió Knut—. La junta directiva le ha ofrecido el puesto a Wilhelmina Skogh.

Margareta aspiró una bocanada de aire gélido. Ella, Margareta, era la mujer de más alto rango entre todas las empleadas del Grand Hôtel. Todo el mundo se dirigía a ella como «señora Andersson» y no Andersson a secas. En una ocasión, Knut le había dicho que lo hacían para diferenciar entre él y ella. A lo que Margareta le había replicado diciéndole que en el Grand Hôtel había más Andersson y que el hecho de que la llamaran «señora» tenía más que ver con el puesto que ocupaba que con el apellido. El corte y la hinchazón de la mejilla habían tardado cuatro días en desaparecer. Cuatro días de paga perdida. Knut le echó la culpa cuando se le acabó el dinero para cerveza, y a partir de aquel suceso aprendió a pegarla y golpearla allí donde no se veía.

Una preocupación más para Margareta. ¿Wilhelmina Skogh? En las últimas semanas se la había visto varias veces por el hotel, pero nadie le había dado más vueltas al tema. Su marido vivía en la ciudad. No es que Margareta culpara a Pehr Skogh por pasar tanto tiempo viviendo lejos de su esposa, porque aquella mujer era una pesadilla. Margareta había oído las historias que contaban los veteranos que aún recordaban a Skogh —o la señorita Wahlgren, como se llamaba entonces— de 1874, cuando estuvo trabajando en el Grand Hôtel. Una maniática de la perfección, decían, bien fuera para sacar el brillo a la cristalería o para preparar la mesa para un banquete. Y contaban que tenía las agallas de exigir —¡exigir!— lo mismo a todo el mundo. ¿Quién era ella en aquel entonces para andar exigiendo cosas a los demás? Era una trabajadora, igual que el resto, por mucho que tuviera ideas grandiosas. Y al parecer lo había dejado también patente en 1888, cuando celebró en el hotel su banquete de boda. ¿Cómo era posible pasar de ser una simple trabajadora a anfitriona de un banquete en el Grand Hôtel? Sin la menor duda, Wilhelmina Skogh

tenía que ser una de esas directivas insoportables que halagaba a los hombres a las primeras de cambio y denigraba a las mujeres en cuanto surgía la oportunidad. ¿Por qué las mujeres harían eso con las mujeres? Margareta estaba convencida de que a las mujeres les iría todo mejor si permanecieran unidas. ¿Acaso los hombres no tenían ya suficiente poder?

—¿Y qué te dijo exactamente Charley? —preguntó.

Knut bufó con exasperación.

—Acabo de decírtelo, mujer. Me dijo que el teniente Ehrenborg ha recibido órdenes de marcharse y que lo sustituirá Wilhelmina Skogh. Ahora me fastidiará una mujer en casa y otra en el trabajo. —Escupió en la nieve.

Cruzaron en silencio el puente de Slussen en dirección a Södermalmstorg. Aliviada de estar por fin lejos de aquel viento cortante, Margareta se agarró a un clavo ardiendo.

—Pero estoy segura de que si tuviéramos una nueva directora nos lo habrían comunicado oficialmente, ¿no?

—Aún no hay nada firmado porque no está todavía aquí. Pero lo estará. Recuerda las palabras de Charley. —Knut le soltó el brazo—. Muy bien, pues. Voy a tomar una copa rápida.

Los hombros de Margareta se relajaron en cuanto Knut se adentró en la calle Götgatan. Bajó entonces el ritmo, enfiló Hornsgatan y balanceó los brazos para entrar un poco en calor. Se sentía más ligera ahora que sabía que tenía por delante una noche de soledad. «Una copa rápida» significaba que Knut estaría fuera como mínimo hasta la madrugada. De todos modos, como hacía siempre, le prepararía la cena por si por una casualidad volvía antes. Esta noche, Margareta tomaría la morcilla que él no había cenado la noche anterior porque no había vuelto a casa.

Casarse con Knut había sido un error calamitoso. Margareta había empezado a trabajar en el Grand Hôtel siendo una chiquilla y, como casi todo el mundo, por el nivel más bajo. En su caso, eso se traducía en fregar el suelo de la cocina y pelar cebollas. Nunca le había preocupado trabajar muchas horas ni el miedo constante a derramar un cubo de agua sucia. Pero lo que sí le preocupaba era que la

encerraran cada noche a las diez en punto en una habitación con siete sirvientas más. La mayoría de las chicas acabaron marchándose para trabajar como dependientas o como operarias en fábricas, pero Margareta valoraba el hecho de no irse nunca a la cama con hambre y dormir en sábanas secas. Y después de formular las preguntas pertinentes llegó a la conclusión de que quienes ocupaban puestos de mayor relevancia en el Grand Hôtel habían ido escalando poco a poco por la escalera profesional. Y se propuso hacer lo mismo. Además ¿qué otra alternativa tenía? Con seis bocas más que alimentar, sus padres se alegraron tanto de verla partir como por las pocas coronas que enviaba a casa cada final de mes. Por otro lado, conseguía ahorrar algún dinero y se consideraba afortunada por ello. Las chicas que habían dejado el hotel en busca de su independencia vivían de salario en salario y en condiciones que a menudo eran realmente penosas. Pero la independencia de Margareta iba creciendo en el interior de una cajita que guardaba bajo el colchón.

Tres años después de entrar a trabajar en el Grand Hôtel, Margareta fue ascendida a camarera de planta. Además del aumento de sueldo, ahora compartía habitación solo con cinco chicas más y estaba convencida de que quedarse en el hotel había sido una decisión inteligente.

Luego se produjo un cambio. Las otras chicas empezaron a cortejar con chicos, a casarse y a formar familias. O eso hacían al menos las más afortunadas. Otras se quedaban embarazadas y se encontraban de pronto a bordo de un autobús con rumbo a ninguna parte o directamente en la calle. Y Margareta sintió también la llamada del matrimonio y la maternidad. Sentía una pizca de envidia cuando limpiaba la habitación de una feliz pareja e incluso más claramente cuando había un bebé en camino.

Y entonces fue cuando el botones Knut Andersson le llamó la atención. También había ascendido en la escalera profesional del Grand Hôtel y tenía el ojo puesto en llegar a recepcionista y tal vez incluso a jefe de recepción. La llamaba Maggie y la hacía reír, y al final la gobernanta le concedió permiso para salir con él.

«Puedes, pero sé sensata. No te subas al primer tranvía que te pase

por delante —dijo mirándola con intención—. Y recuerda que mientras sigas viviendo bajo el techo del Grand Hôtel, debes seguir las reglas. A las diez en punto en casa, señorita. De hecho, mejor que sea a menos cuarto».

El optimismo disparatado que exhibía Knut cuando paseaban por el parque de Kungsträdgården o por el bulevar de Strandvägen hasta la isla Djurgården resultaba contagioso. Cuando salían, a Margareta le habría gustado coger uno de los transbordadores para ganar algo de su precioso tiempo libre, pero Knut siempre prefería andar. Muy al principio, delante de un cuenco de sopa de guisantes en Den Gyldene Freden, en Gamla Stan, Knut le mencionó la posibilidad de alquilar algo, o de que ella se fuera a vivir con él. Y había seguido sorprendiéndola cuando le comentó además que quería formar una familia. Y le preguntó si ella deseaba también eso. Sí, le había dicho Margareta, respondiéndole con sinceridad. Incluso le dijo que tenía algo de dinero ahorrado.

Se casaron en tres semanas. Después de una ceremonia sencilla en la iglesia de María Magdalena de Hornsgatan, Margareta esperaba con emoción conocer su nuevo hogar. Aunque le había pedido previamente ir a visitar su alojamiento, Knut le dijo que eso traía mala suerte pero que sabía que le gustaría vivir allí tanto como a él. Y que si alguna cosa no era de su agrado, podría hacer todos los cambios que le apeteciera. Al fin y al cabo ¿no era ella una experta en cuestiones domésticas? Luego había esbozado una de sus luminosas sonrisas y ella se había quedado conforme.

La euforia de recién casada se evaporó en cuanto Knut la cogió en brazos para cruzar el tosco umbral y entraron en una habitación oscura que olía fuertemente a cerveza y débilmente a orines. Debajo de una ventana que daba a la pared del edificio contiguo había una mesa y dos sillas y, junto al fuego, un único sillón con el asiento hundido. El fregadero que había en una esquina no tenía grifos. El espacio podía considerarse aseado por el simple hecho de que contenía poca cosa, nada excepto un par de tazas y platos descascarillados.

Esforzándose por no esbozar una mueca de repugnancia cuando tiró

para desenganchar la bota de algo pegajoso que había en el suelo, se volvió hacia Knut.

—¿Y de dónde sacamos el agua?

—De la bomba. No queda lejos. Te apañarás bien. Y el retrete está en el patio. Somos afortunados, hay un retrete por casa.

—¿Y cuánta gente vive en esta casa?

—Cuatro familias.

Margareta se estremeció. Si los otros tres inquilinos eran familias enteras y no parejas, podía haber fácilmente veinte personas compartiendo aquella única instalación.

Knut la atrajo hacia él.

—Vamos a la cama.

Tal era aún su sorpresa que fue incapaz de oponer resistencia y Margareta se dejó arrastrar hacia la minúscula alcoba.

—Lamento que las mantas estén… —Knut se rascó la cabeza—. Siempre me digo que la suciedad compensa los agujeros para guardar mejor el calor. ¿Qué te parece… —sus labios finos formaron una amplia sonrisa— si nos buscas unas que sean nuevas y bonitas?

Margareta se quedó pensando. Con el dinero que tenía ahorrado no llegaría muy lejos. Necesitaban más lámparas y una alfombra, un mantel para la mesa y quizá una segunda butaca para poder compartir el fuego por las noches. Y lo que más falta les hacía era un bote grande de detergente y un buen cepillo para fregar. Si aquello tenía que convertirse en su casa —y Knut había descartado enseguida la posibilidad de encontrar algo mejor hasta que no llegara su primer hijo—, tendría que sacarle el mayor provecho posible. Por el bien de los dos. Retrocedió cuando una cucaracha se escabulló por debajo de la manta de arriba y desapareció por el otro lado de la cama. Apretando los puños, se armó de valor y se dispuso a gestionar la situación.

—Empecemos por lavar las mantas que tenemos.

—Anda, no. Nos merecemos mantas nuevas. Un regalo de bodas del Grand Hôtel para ti y para mí. Debes de saber dónde las guardan.

Se quedó mirándolo horrorizada.

—No puedo robar nada del hotel, Knut. Además, nos han regalado

ya una bandeja preciosa.

—¿Una bandeja? ¿Y para qué sirve una bandeja en un lugar del tamaño de esta casa? Puedes darme todo lo que quieras sin necesidad de mover ni un pie.

Margareta se mordió la lengua para no replicar con la frase fácil de que ya había descubierto enseguida que no podía mover ni un pie. Al fin y al cabo, Knut llevaba años viviendo solo y, como bien había dicho, aquel lugar necesitaba la mano de una mujer.

—Compraré mantas nuevas en cuanto pueda —le prometió—. Pero no puedo robar.

—Por supuesto que puedes. A partir de ahora somos tú y yo contra el mundo, Maggie.

Margareta sacudió la cabeza al recordar aquel día. Knut había empeñado hacía años su alianza de boda. Por suerte, su marido desconocía la existencia del anillo que ella había heredado de su madre. Lo guardaba en un cajón de su despacho. Un lugar mucho más seguro.

Un tranvía eléctrico pasó traqueteando por su lado. Las chispas del cable de la toma de corriente proyectaron un poco de luz en la lóbrega calle. Electricidad. Qué distinto era todo con ella. Para los que podían permitírsela. Esta noche limpiaría y zurciría a la luz de la lámpara de parafina. Como gobernanta del ilustre Grand Hôtel, ella también debía mantener las apariencias.

6

A principios de febrero, con un periódico bajo el brazo, Karl Ekman fue corriendo de la estación al Turisthotell de Rättvik. El sol de primera hora de la mañana se reflejaba en sus botas heladas y en los surcos que los cascos de los caballos dejaban en la nieve, y tomó mentalmente nota de mandar al muchacho a que echara más sal. Antes, sin embargo, debía hablar con su hija. Karl subió los ocho escalones en tres zancadas, entró en el vestíbulo y le pidió a una chica que fuera a buscar a Ottilia.

—¿Sucede algo, papá?

—No estoy del todo seguro —respondió con sinceridad.

Ottilia lo hizo pasar al salón de lectura. Sabía que al menos en media hora no entraría nadie; los huéspedes del hotel y los grupos de esquí o bien se habían marchado ya, o bien estaban aún entretenidos con el desayuno.

Karl cerró la puerta, abrió el *Dagens Nyheter* por una página y se lo pasó a Ottilia.

El rostro de Ottilia se iluminó.

—¡La señora Skogh!

Su frente se arrugó y su respiración se volvió más superficial a medida que fue leyendo la entrevista en la que Wilhelmina Skogh explicaba al periodista las mejoras que había que implementar en el Grand Hôtel de Estocolmo. Dichas medidas, declaraba, se pondrían en marcha en cuanto ella asumiera la gestión del establecimiento. ¿El Grand Hôtel de Estocolmo? ¿Significaba esto que la señora Skogh sumaría un cuarto hotel a su lista o que vendería los tres que tenía? La respuesta estaba más abajo. Porque a pesar de que la señora Skogh no tenía ninguna intención de vender sus hoteles, en cuanto empezara a desempeñar su puesto en el Grand Hôtel, se centraría personalmente en ese establecimiento.

Ottilia se dejó caer en una silla.

—No lo entiendo. ¿Por qué quiere abandonarnos?

Karl descansó una mano en el hombro de su hija.

—Es una oportunidad estupenda. El Grand Hôtel es famoso en toda Europa.

—Pero no es su hotel. ¿Por qué dirigir el establecimiento de otros cuando puedes dirigir los tuyos?

—Porque es un desafío. Debes entenderlo. ¿No dijiste justo la semana pasada que querías pedirle a la señora Skogh que te enseñara más cosas sobre vinos porque aspirabas a seguir aprendiendo?

—Sí. —Ottilia contuvo un sollozo—. ¿Y quién gestionará este hotel? Si de una cosa podemos estar seguros es de que la persona que venga no estará tan capacitada como la señora Skogh porque, si así fuera, la habrían invitado a ella a dirigir el Grand Hôtel y no a la señora Skogh.

—Estoy seguro de que la señora Skogh sabrá elegir con inteligencia al nuevo director. Aunque también es posible que nada de esto acabe sucediendo. ¿No dice exactamente el artículo que a la señora Skogh le han «ofrecido» el puesto?

Ottilia entrecerró los ojos para volver a leer la columna.

—Tienes razón. Escribiré a la prima Anna de Storvik. A lo mejor allí saben algo más concreto sobre el tema. Pero, papá, si la señora Skogh no ha aceptado aún ese puesto, ¿por qué lo publican en el periódico?

Karl rio entre dientes.

—Porque si conozco un poco a nuestra señora Skogh, diría que está intentando presionar a alguien. No he estado nunca en el Grand Hôtel, pero aquí en la entrevista expone no solo lo que piensa que debería hacerse, sino que además explica el porqué. Creo que está intentando buscar apoyo para sus ideas. En una ocasión la señora Skogh me dijo que había hecho muy buenos amigos durante la Exposición Universal de Estocolmo. Y tuve la sensación de que cuando decía «buenos amigos», se refería a «amigos influyentes».

—Pero las cosas aquí ya no serán iguales… —dijo Ottilia mientras una lágrima empezaba a resbalarle por la mejilla.

—Vamos, Ottilia —dijo Karl animándola—. La señora Skogh solo se pasa por aquí un par de veces al mes. Sé que hablas con ella por teléfono con regularidad, aunque apenas ves a la señora.

—Pero siempre es emocionante saber que puede aparecer en cualquier momento. En cuanto se mude a Estocolmo, sé que ya no vendrá más. —Ottilia miró a su alrededor, el mobiliario de madera de roble y la leña preparada en la chimenea—. Fíjate, ya parece todo como más apagado.

Karl la miró enojado.

—Anima esa cara, mi niña. He traído el periódico porque sabía que no te gustaría la noticia y quería ahorrarte el mal trago de que te enterases de todo sin haber tenido antes la oportunidad de leerlo y digerirlo. No lo he traído para que sientas lástima de ti. Piensa que sigues teniendo un trabajo excelente en un establecimiento bien gestionado. Lo cual es una bendición. ¿No eres tú la que siempre dice que hay que ver el vaso medio lleno?

Ottilia bajó la cabeza. Dejó el periódico en la mesa.

—Tienes razón. Pero es que no entiendo tanto jaleo por lo del Grand Hôtel.

—Dicen que es más magnífico que el Palacio Real —dijo Karl utilizando un tono más amable—. A lo mejor llega un día en que puedas ver el Grand Hôtel personalmente, y entonces entenderás de verdad a qué viene tanto jaleo. Estocolmo está a un viaje en tren de distancia.

Ottilia levantó de pronto la cabeza.

—¿Sabes qué, papá? En eso llevas también toda la razón.

Aquella noche, en una de las tres camas de la habitación de debajo del tejado de la estación, Ottilia se tapó la cabeza con la manta y fingió que dormía antes de que su hermana mediana, Torun, le empezara a comentar en voz baja cualquier cosa que hubiera leído. Después de la muerte de Jon, sus padres le habían ofrecido a Ottilia la minúscula habitación que ocupaba su hermano, al lado de la cocina, pero Torun le había suplicado que se quedara en el cuarto de las chicas, aludiendo que echaría mucho de menos sus charlas nocturnas porque su hermana pequeña, Birna, se quedaba dormida a las ocho. Además, había dicho en tono burlón Torun, la niña no tenía nada interesante que decir. Ottilia pensaba más bien lo contrario. Con casi diez años, Birna estudiaba duro y albergaba el sueño de llegar a ser

comadrona, o incluso médico. Lo cual, reflexionaba a menudo Ottilia, podía ser perfectamente la causa por la que Torun rechazaba de aquella manera a la pequeña. Ávida lectora, Torun había albergado en su día esperanzas de llegar a ser maestra, sobre todo teniendo en cuenta que cada vez sería más difícil conseguir trabajo manual, si bien la cojera de su pierna izquierda había acabado también con eso. Había presentado solicitudes para ayudar en diversas escuelas, aunque le habían dado respuestas vagas. A los pocos minutos de entrar cojeando por la puerta volvía a salir. Dar empleo a una mujer era una apuesta, pero dárselo a una mujer coja resultaba un imposible. Y la idea de que su hermana pequeña acabaría encontrando trabajo en un lugar respetable y digno era probablemente más de lo que Torun podía soportar.

Ottilia esperó hasta oír la respiración relajada de Torun para bajar un poco la manta y ponerse bocarriba en la cama. Unió entonces las manos detrás de la cabeza y sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad mientras empezaba a pensar. Su padre había hablado con sinceridad cuando le dijo que Estocolmo estaba solo a un viaje en tren de distancia. Si la señora Skogh creía que trabajar en el Grand Hôtel era mejor que trabajar en Storvik, Bollnäs y Rättvik, ¿no podría aplicar ella la misma lógica? Y estaba segura, además, de que la señora Skogh podría encontrarle trabajo en un hotel que se jactaba de tener más de trescientas habitaciones. Un escalofrío de emoción le recorrió el cuerpo entero, desde el cuero cabelludo hasta la punta de los pies.

Ottilia cerró la boca con fuerza. ¿Y qué dirían sus padres? A finales de julio habría un bebé en la casa, lo que significaba una boca más que alimentar. Aunque la verdad era que su padre ya había sustentado cuatro hijos antes de que Jon empezara a trabajar y, si ella se marchaba, serían dos hijos menos más un recién nacido. Y Torun ayudaría a su madre con el pequeño. Torun. Ottilia miró hacia el otro lado de la habitación. Incluso dormida, su hermana parecía estar enfadada. Tal vez Torun podría ir a vivir con ella en Estocolmo. No al principio, sino cuando el bebé fuera un poco más mayor y Ottilia hubiera encontrado un lugar lo bastante grande para las dos. ¿Acaso

no había dicho su padre que en la capital vivían en la actualidad casi trescientas mil personas? Algo habría en Estocolmo que incluso Torun pudiera hacer.

7

En el sótano del Grand Hôtel, Knut Andersson era el centro de atención en la mesa de los maleteros y los botones de la cantina. Las mesas y las sillas de madera de roble no estaban oficialmente divididas por departamentos, pero la tradición había ido pasando de hombres a chicos.

—No podemos permitirnos ser mangoneados por una mujer —dijo Knut, poniéndose un trapo en su cuello rígido para proteger el uniforme.

Edward, un joven de veinte años que llevaba ya dos como botones, lo escuchaba atentamente.

—Pero si la que manda es la señora Skogh, ¿qué podemos hacer?

—Podemos trabajar con lentitud, eso podemos hacer. Tomarnos nuestro tiempo cuando nos pida algo. Y así no tardará en comprender que le conviene tenernos contentos. El tiempo es dinero. —Knut se dio unos golpecitos en la parte lateral de la nariz—. Además somos los primeros y los últimos que se cruzan con los clientes. Recuerda lo que voy a decirte, muchacho. La primera impresión y la última impresión. Esos somos nosotros.

—¿Y el portero?

Knut soltó una carcajada burlona.

—Ese solo abre y cierra las puertas. Un trabajo que podría hacer hasta un mono entrenado.

Edward engulló un trozo de salchicha.

—Charley, el del bar, dice que la señora Skogh no está tan mal cuando te acostumbras a ella.

Knut movió la cabeza como si fuera la voz de la experiencia.

—Charley no ha trabajado nunca con ella.

—Su padre sí.

—Ya, pero ¿cuánto tiempo hace de eso? Y por aquel entonces no era la directora del hotel. Mi Margareta no está nada contenta —dijo

Knut, en un tono que daba a entender que la opinión de Margareta servía para cerrar el tema. Cosa que sucedía a menudo en el hotel. Su esposa ocupaba un puesto respetable, lo cual a veces servía para algo.

Edward no era el único que escuchaba con atención todo lo que decía Knut. En la mesa de al lado, extraoficialmente la de las camareras de planta, Karolina Nilsson masticaba una albóndiga. La mayoría de las veces, Karolina tenía poco que decir, puesto que prefería observar y reservarse sus consejos, una forma de abordar la vida que le había funcionado en su casa, donde durante mucho tiempo nada había tenido sentido. Llevaba el mismo apellido que el resto de la familia, pero Karolina sabía que vivía en el seno de una familia de acogida temporal. La única de los seis hijos —y la segunda mayor de las cuatro niñas— que no encajaba en el piso de cuatro habitaciones de Kungsholmen. Siempre la habían tratado de manera distinta, y sus hermanos adoptivos la castigaban con pellizcos y puñetazos cuando el dinero era escaso y Karolina recibía un abrigo nuevo en invierno o un vestido en primavera. Ella no pedía esas cosas, y habría preferido haber heredado la ropa usada de su hermana mayor antes que sentirse diferenciada. En una ocasión intentó regalarle sus nuevos zapatos de verano a su hermana mediana. Pero su padre levantó la mano y no llegó a pegarle porque su esposa carraspeó a modo de advertencia. El hombre controló su temperamento, cogió las sandalias, las depositó de nuevo en las manos de Karolina y murmuró «mocosa desagradecida».

Entonces su hermana menor había dicho gritando:

—¿Por qué papá quiere a Karolina más que a nosotros?

Su madre había sentado a la niña en su regazo y le había acariciado el pelo.

—No queremos nada a Karolina —había dicho—. Pero a tu papá y a mí nos pagan un buen dinero por tenerla. Y tú llevarás su ropa cuando a ella le quede pequeña.

—Pero yo siempre recibo las cosas la última y Stina lo estropea todo.

Su madre se había reído y había llenado de besos la cabecita de su hija menor.

Karolina, de diez años de edad por aquel entonces, había dado

media vuelta antes de que su madre viera que tenía los ojos llenos de lágrimas. Todos en casa de los Nilsson estaban de acuerdo en que Karolina no tenía derecho a llorar. Pero ahora entendía un poco el extraño comportamiento de sus padres. Les estaban pagando para que ella viviera en su casa y ellos, probablemente, cumplían de forma religiosa su parte del trato. Sabía que era mejor no preguntar quién pagaba. O por qué les resultaba tan odiosa.

Pensando siempre que la pondrían a servir en una casa en cuanto acabara la escuela, la noticia de que entraría a trabajar en el Grand Hôtel le había parecido un regalo divino.

—Haz la maleta —le había ordenado su padre—. No volverás.

Karolina se quedó boquiabierta. Incluso un hogar infeliz era mejor que no tener hogar.

—¿Nunca?

—Nunca. He recibido el último pago. —Señaló su bolsillo y suspiró —. Echaré en falta este dinero.

Y ahora, mientras miraba a Knut Andersson, Karolina pensó en el padre de su familia de acogida. A los dos les gustaba ser el centro de atención, pero la diferencia, concluyó Karolina, estribaba en que su padre era exactamente el mismo hombre que tenías enfrente: con defectos, aunque siempre sincero. Knut Andersson, en cambio, había perfeccionado una fachada falsa; ese quitarse la gorra con amabilidad que practicaba en público escondía un lado malicioso y taimado.

Una de las camareras tomó la palabra.

—Pues a mí me parece bien que venga la señora Skogh. ¿Por qué no podría tener una oportunidad una mujer?

Knut resopló.

—Calla, chica. Nadie quiere oír lo que tengas que decir, y si hablas, le contaré a mi mujer que no estás de acuerdo con ella y que acabas de decirlo alto y claro aquí mismo.

Abarcó con un gesto la cantina. Con sus únicas ventanas en lo alto de la pared que daba a Stallgatan, era un antro con escasa luz exterior, pero la comida que servían estaba bien preparada, era nutritiva y del gusto de todos.

Y si Knut esperaba una respuesta comedida por parte de la

camarera, se llevó un buen chasco.

—Venga, señor. He oído decir que apoya el voto para la mujer.

Resonaron en la sala risitas ahogadas y la gente que estaba comiendo dejó de lado sus platos para seguir el intercambio. Karolina observaba la escena con silenciosa ansiedad, deseosa de que su colega dejase de provocar al recepcionista. Si no vigilaba lo que decía, estaría de patitas en la calle antes del anochecer.

Knut echó la silla hacia atrás y se levantó.

—¿Cómo te atreves? —Miró a la infractora con pura malicia, pero acto seguido relajó las facciones, como si se hubiese acordado de repente de que tenía que fingir que le había gustado el comentario jocoso. Pero su sonrisa quedaba limitada a sus labios—. Las mujeres —dijo en tono cordial— deben estar en la cocina… o haciendo camas.

—O en el despacho de la gobernanta —replicó la camarera de planta.

La sala explotó.

—Me parece que ahí te ha pillado, Andersson —dijo Charley desde la barra—. Con todas las de la ley, además.

A última hora de aquella misma tarde, Margareta Andersson informó al director general de una vacante en el departamento de limpiadoras.

8

Ottilia esperó a la señora Skogh durante varias semanas. Desde Storvik le habían confirmado que la propietaria partiría para Estocolmo el jueves antes de Pascua, que aquel año caía en el último fin de semana de marzo. Faltaban solo dos semanas, pero en Rättvik seguían sin tener noticias de la señora Skogh. Cada vez más frustrada, Ottilia decidió aprovechar la próxima vez que hablaran por teléfono para preguntarle directamente a su jefa si pasaría por Rättvik antes de partir hacia Estocolmo.

La voz, por teléfono, sonaba impaciente.

—Lo veo poco probable. En Storvik queda aún mucho por hacer y estoy pasando cada vez más tiempo en Estocolmo. Rättvik no me preocupa. Está en buenas manos. Confío plenamente en ti para mantener nuestros estándares de calidad en la cocina, el bar y el comedor. Habrá que nombrar un nuevo director, por supuesto, y estoy trabajando en ello. Pero no te preocupes en absoluto. Sigue trabajando como siempre y todo irá bien.

Si Ottilia hubiese tenido la intención de quedarse en Rättvik, la respuesta la habría dejado tremendamente satisfecha, pero de camino de vuelta a casa, bajo la aguanieve helada y la ventisca que soplaba desde el lago Siljan, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se le había hecho muy tarde porque un par de caballeros habían hecho durar sus coñacs hasta medianoche. Se secó los ojos con el guante de lana e intentó pensar. Otras chicas del pueblo se habían limitado a hacer la maleta y marcharse a Estocolmo con la esperanza de encontrar un trabajo y un lugar donde dormir. Podía seguir su ejemplo. Pero la diferencia, y era una gran diferencia, era que Ottilia no quería un trabajo en una fábrica, una tienda o ni siquiera en cualquier hotel; Ottilia quería trabajar en el Grand Hôtel. Podía apelar a la misericordia de la señora Skogh cuando llegara allí, pero eso significaría haber abandonado previamente su puesto de trabajo y

dejar en la estacada el Turisthotell de Rättvik. Lo cual no le ayudaría a granjearse la simpatía de la señora Skogh, sino más bien lo contrario; se pondría furiosa y Ottilia habría quemado su único puente antes de encontrar otra manera de cruzar.

Entró en la casa de la estación, donde solo el débil aroma a pan recién horneado procedente de la planta de arriba le dio la bienvenida. Se quitó las botas para no hacer ruido y no dejar un rastro de nieve en el suelo de madera, subió y empezó a desvestirse. Dejó con cuidado el uniforme negro de camarera sobre el respaldo de la silla que tenía a los pies de la cama, se pasó el camisón por la cabeza, se arrodilló y juntó las manos.

Dios era bueno, pero sus respuestas no siempre eran tan claras o tan rápidas como a ella le gustaría. Ojalá tuviera a alguien a quien preguntarle o, al menos, con quien discutir el tema. Había descubierto que, en muchos casos, le bastaba con exponer en voz alta su dilema para aclarar las ideas y tomar una decisión antes incluso de que quien la escuchaba pudiera expresar su opinión. Pero ¿cómo podía plantearle a su madre la posibilidad de mudarse a Estocolmo cuando hacía apenas un año que habían perdido a Jon? No, la vida sería mucho más sencilla si podía garantizarle a su familia que tenía un trabajo esperándola a su llegada a la gran ciudad.

Ottilia se deslizó bajo las frías sábanas de algodón y le dio la vuelta a su dilema. Si fuese Torun la que tuviese el problema, ¿qué le recomendaría hacer? Le diría que debía hablar obligatoriamente con la señora Skogh antes de marcharse de Rättvik. «Pero la señora Skogh no está aquí —le diría Torun—. Y aun en el caso de que decidiera desplazarme a ver a la señora Skogh aprovechando mi día libre, me resultaría imposible ir y volver de Estocolmo en el mismo día. Son ocho horas de viaje por trayecto». Y entonces Ottilia, sonriendo en la oscuridad, pensó que le diría a Torun: «Ve a ver a la señora Skogh en Storvik».

Miró hacia el techo y se imaginó el cielo que cubría el tejado.

—Gracias.

Realizar un viaje de un día a Storvik era algo más fácil de decir que de hacer.

—De hecho, es imposible —dijo su padre, cuando Ottilia fue a verlo a su despacho—. A menos que estés dispuesta a salir de Storvik justo una hora después de llegar. —Dejó la estilográfica en la mesa—. Aunque sigo sin entender muy bien por qué quieres viajar a Storvik.

Ottilia le sostuvo la mirada, invitándolo a no formularle más preguntas.

—Porque la señora Skogh no tiene tiempo para desplazarse hasta aquí. Ya te lo he dicho; tengo que llevarle unos documentos.

Su padre arqueó una ceja.

—Documentos que no pueden enviarse a través de correo postal ordinario.

Ottilia levantó la barbilla.

—Eso es. Esos documentos no. Y necesito viajar pronto. Por Pascua no podré desplazarme. Estamos completos. En cambio, esta semana es tranquila y pueden apañárselas perfectamente bien sin mí durante un día si me escaqueo.

Su padre la miró con perplejidad.

—¿Si te escaqueas?

Ottilia se ruborizó.

Su padre le indicó con un gesto que tomara asiento en la silla de respaldo alto que había delante del escritorio. Y a continuación se cruzó de brazos y esperó.

Ottilia se cruzó también de brazos. Por el rabillo del ojo vio pasar un tren maderero por delante de la estación. Vagón tras vagón. ¿Adónde irían tantos troncos? ¿Y por qué no se lo habría preguntado nunca antes?

Su padre cogió de nuevo la estilográfica y devolvió su atención a la carta que estaba escribiendo cuando ella llegó.

Ottilia reconoció su derrota. Su padre la dejaría allí sentada sin decir nada todo el tiempo que fuese necesario, y si alguno de los trabajadores se presentaba en el despacho para hablar con el jefe de estación, se sentiría muy violenta. Levantarse y marcharse tampoco era una opción. Su padre jamás había puesto la mano encima a

ninguna de sus hijas, pero se hacía respetar.

—Papá —dijo.

El padre de Ottilia levantó la cabeza.

—Dime, cariño.

—Quiero pedirle a la señora Skogh un puesto en el Grand Hôtel.

Su padre frunció el entrecejo.

—¿Por qué demonios quieres dejar un puesto de trabajo tan excelente como el que tienes aquí? Ten por seguro que allí no trabajarías como jefa de comedor.

Ottilia se estremeció.

—Otras chicas…

—No han sido nombradas jefas de comedor a la tierna edad de dieciocho años. ¿Tienes idea de lo excepcional que es esto?

—La tengo, sí —respondió despacio—. Pero quiero aprender cosas nuevas, papá. Y podría hacerlo bajo la supervisión de la señora Skogh.

—Eso también puedes hacerlo aquí —rugió Karl—. Le pediré que te mande a hacer camas unas semanas. Y a limpiar habitaciones. Quizá así valores más lo que tienes.

Ottilia engulló su frustración.

—Lo valoro. Y valoro también todo lo que mamá y tú habéis hecho por mí. Pero no puedo pasarme el resto de la vida trabajando en el Turisthotell de Rättvik.

—Podías hasta que te enteraste de que la señora Skogh se trasladará a Estocolmo.

—Muchas chicas se van a vivir a Estocolmo.

—Pero tú tienes un buen trabajo. Mientras que la mayoría de las que se van, no. Si estuvieras todavía sirviendo, te diría que no tendrías nada que perder. Sin embargo ahora sí que tienes mucho que perder.

—Cierto. Pero llevo una semana pensando en lo de marcharme a vivir a Estocolmo y…

—¿Una semana?

Ottilia se encogió al captar el sarcasmo en la voz de su padre, pero se mantuvo firme.

—… y lo que empezó como una simple idea se ha convertido en un sueño. ¿Acaso no tengo permiso para soñar? Mamá siempre dijo que

podíamos soñar.

El padre de Ottilia levantó la mano.

—Pues estate preparada para que la señora Skogh no tenga ni tiempo para recibirte y, si lo hace, para que te dé un buen tirón de orejas. Piensa que si te mudas a Estocolmo, estarás provocándole un dolor de cabeza más, no haciéndole un favor. Aquí te necesitan.

Ottilia se quedó reflexionando. Recorrió con la mirada el viejo escritorio de madera de roble atestado de libros de contabilidad, un calendario, libretas y horarios. La gorra del jefe de estación. La vida laboral de su padre contenida en una pequeña superficie plana. ¿Le pasaría lo mismo a ella de aquí a veinte años? ¿Seguiría supervisando el comedor, controlando los cuencos de las ensaladas, enseñándoles a otras chicas cómo llenarlos y lamentando no haber aprovechado aquella oportunidad siendo joven?

Levantó la cabeza.

—Necesito intentarlo, papá. Tú te fuiste de Storvik para venir aquí. Y por aquel entonces era una distancia muy grande.

—Aquello fue distinto.

—¿Por qué?

—Porque quería seguir los pasos de mi padre y ser jefe de estación. En Storvik solo hay una estación y éramos seis hermanos. Fue una suerte que me ofrecieran Rättvik.

—¿Y si te hubieran ofrecido la estación central de Estocolmo? —preguntó Ottilia abriendo mucho los ojos—. ¿Habrías dejado correr la estación perfecta de Rättvik y aceptado el reto?

El padre de Ottilia la miró furioso.

—Muy lista.

Ottilia volvió a cruzarse de brazos. Esta vez sería ella la que haría esperar a su padre. Su padre suspiró.

—He sido maldecido con hijas inteligentes. Muy bien. No es necesario que diga que preferiría que mi hija mayor se quedara en Rättvik, pero le pediré igualmente a tu tío que te ofrezca una cama por una noche. Tendrás que cambiar de tren en Falun, y solo te dará tiempo a comprarte una bebida caliente e ir al baño.

Ottilia rodeó la mesa y le estampó a su padre un beso en la mejilla.

—Eres el mejor.

—Lo intento. Ni una palabra a tu madre de todo esto, si no te importa, hasta que sepamos cómo queda la cosa. No quiero que sufra innecesariamente. Sobre todo teniendo en cuenta su condición actual.

—Pero se preguntará dónde estoy.

—Y se lo diré.

El padre de Ottilia sonrió a su hija.

—Has tenido que ir a Storvik para entregarle una documentación a la señora Skogh.

9

Tres días más tarde, y vestida con sus mejores galas de domingo, Ottilia pisó el andén de Storvik. Mareada, bien por el movimiento del tren o por puros nervios, imposible saber cuál de las dos era la causa, se sentó en un banco para recuperar el aliento. El entusiasmo y la esperanza que albergaba cuando subió al tren en Rättvik habían ido menguando hasta quedar reducidos a una sensación persistente de arrepentimiento por haber emprendido el viaje. De sentirse como una tonta. Estaba segura de que la señora Skogh debía de haber recibido muchas solicitudes de trabajo por parte de chicas de Estocolmo. De ser así, Ottilia había esperado demasiado para decidirse. Y de no ser así, quizá fuera porque ella era la única estúpida que había decidido intentarlo. ¿Quién se creía ella que era? Rogó a Dios para que no permitiera que sus colegas en Rättvik se enteraran de su iniciativa y su fracaso. Pero se enterarían, de eso no le cabía la menor duda.

Observó los andenes. La gente que corría por allí parecía más llena de energía, más mundana incluso. Reconoció el edificio del hotel de Storvik de la señora Skogh justo detrás de la estación. Con sus tres tejados a dos aguas y sus numerosas ventanas, era una estructura bonita, aunque carecía del encanto ornamental del Turisthotell de Rättvik, y Ottilia se quedó sorprendida al ver lo cerca que quedaba de las vías la entrada del hotel. Cómodo, sobre todo en invierno, pero ¿y el ruido? Un muchacho de la estación anunció la salida inminente del tren con destino a Gävle en la vía uno. Estaba claro que las chicas del Storvik ya le habrían pedido a la señora Skogh un traslado a Estocolmo; el tren con destino a la capital, por mucho que el recorrido fuera vía Gävle, salía justo de delante de su puerta. Ottilia parpadeó para evitar derramar una lágrima. Como la señora Skogh no tenía ni idea de su llegada, decidió que lo mejor que podía hacer era coger el primer tren que partiera con destino a Falun. Pero antes debía localizar a su tío en las dependencias del jefe de la estación, entregarle

el pastel de manzana que su madre le había preparado, darle las gracias por haberle ofrecido una cama y explicarle que ya no la necesitaba. Durante el viaje se le había quedado la boca tan seca que fue incapaz de comer los bocadillos que había preparado, de modo que no pasaría hambre durante el trayecto de vuelta a casa. Mirándolo por el lado positivo, por mucho que la excursión de ida y vuelta a Storvik pudiera acabar convirtiéndola en el hazmerreír de todo el mundo, conservaría al menos su empleo. Había salido del hotel de Rättvik dejándolo todo bien organizado y aprovechando el tiempo libre que se le debía. La señora Skogh no se enteraría jamás de aquel viaje ridículo. Y si por alguna posibilidad calamitosa se acababa enterando, imaginaba que no podría despedirla por haber viajado durante su tiempo libre. Tragó saliva para engullir una nueva oleada de pánico.

—¡Ottilia! —Su prima Anna corrió hacia ella—. Dios mío, ¿te encuentras bien? Estás blanca como un fantasma.

—Me siento un poco débil —reconoció Ottilia—. Seguramente no será más que algo de mareo por el viaje.

—Ven conmigo y te daré un vaso de agua. La señora Skogh no te espera hasta de aquí a media hora, de modo que tienes tiempo de sobra para refrescarte. Pero no llegues tarde. A la señora Skogh no le gusta nada que la gente se retrase.

Ottilia se quedó paralizada.

—¿Dices que está esperándome?

—Sí. —La voz de Anna titubeó—. ¿No es así? Creo que papá le dijo que llegarías hacia las dos y media.

Ottilia sintió que se le caía el alma a los pies. Estaba atrapada. Viajar hasta allí había sido un error. Pero marcharse sin ver a la señora Skogh sería un error mayor si cabe. Consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Qué amable ha sido el tío.

Anna le devolvió la sonrisa.

—Esta noche vas a compartir habitación conmigo y quiero oír todas las noticias que tengas que contarme sobre lo que pasa por Rättvik. Papá nos ha dicho que hay otro bebé en camino.

—Así es.

—Eres afortunada. Me encantan los bebés. —Bajó la voz—. Esperemos que sea niño.

—Papá y mamá se pondrían muy felices de ser así. Pero me gustaría pensar que otra niña también los colmaría de felicidad —añadió Ottilia con cierta ironía.

Anna se llevó la mano a la boca.

—Ay, Dios. No era mi intención sugerir… Solo pensaba que…

Ottilia aflojó.

—Por supuesto que lo pensabas. Lo pensamos todos.

Dio a su prima unos golpecitos cariñosos en el brazo para dejarle claro que no se sentía incómoda. Sin duda alguna, la chica reflejaba los sentimientos de sus padres.

Veinte minutos más tarde, Ottilia entraba en el despacho de la señora Skogh. Su jefa estaba sentada detrás de una mesa repleta de papeles y libros de contabilidad, todo en perfecto orden, como si a la señora Skogh se le pudiera pedir cualquier documento en cualquier momento y ella supiera exactamente dónde encontrarlo. Ottilia la saludó con una pequeña reverencia.

La señora Skogh agitó la mano izquierda para indicarle que podía sentarse mientras continuaba murmurando para sus adentros y siguiendo con la estilográfica una columna de números. Anotó una cifra al final de la página y cerró con el capuchón la estilográfica.

—Y bien, Ottilia, ¿qué la trae hasta mi puerta?

Ottilia se adelantó hasta el borde de la silla para entregarle un sobre.

—Le traigo las cuentas de la semana pasada, señora.

La señora Skogh levantó una ceja.

—El servicio postal no funciona en Rättvik, ¿es eso?

—No, señora. Es que…

—¿Sí?

—He venido hasta aquí porque pensaba que no volvería a verla.

—Me marcho a Estocolmo, no a la luna. Y tampoco es que sea asunto suyo. Pero ¿por qué quería verme? —La señora Skogh entrecerró sus ojos castaños—. ¿Ha pasado alguna cosa en Rättvik?

Porque si ha sucedido algo, cuanto antes me lo explique más rápido podré solucionar el problema.

—En Rättvik todo va bien, señora. Esta semana está todo muy tranquilo y he dejado instrucciones claras tanto en el comedor como en el bar. Si ha ocurrido algo en el área doméstica, tal vez yo no lo sepa, pero cuando me marché esta mañana me ha parecido que todo estaba en orden.

—Se lo preguntaré por última vez, ¿por qué ha venido hasta aquí?

Con el corazón latiéndole con fuerza, Ottilia le sostuvo la mirada. Con todas las demás vías cerradas, pensó que la sinceridad sería, como siempre, su mejor política.

—Para pedirle trabajo.

La señora Skogh frunció el ceño.

—Ya le he dado trabajo. Un buen trabajo, además.

—En Estocolmo.

La señora Skogh infló las mejillas.

—Tiene agallas, lo reconozco.

—¿Agallas, señora?

—Coraje. Sesera. No todo el mundo viajaría tan lejos para verme y luego tener el valor de pedirme un puesto de trabajo en el Grand Hôtel.

¿Valor? ¿Sería bueno o malo? Ottilia guardó silencio.

—Lo que no entiendo —continuó la señora Skogh— es por qué quiere mudarse a Estocolmo teniendo como tiene un buen puesto en Rättvik.

Ottilia aprovechó la oportunidad.

—Porque solo tengo diecinueve años y aún deseo aprender. De la mejor. Y usted se marcha.

Una pausa. Y a continuación la señora Skogh tomó de nuevo la palabra:

—Yo me mudo con mi esposo y para desempeñar un puesto excelente. Llegar sola a Estocolmo no tiene nada que ver.

—Pero usted también lo hizo, señora, y siendo mucho más joven que yo. O eso dicen.

Ottilia bajó la vista. ¿Habría ido demasiado lejos?

La señora Skogh soltó una carcajada.

—¿Dicen eso? Pues tienen razón. Y fui muy afortunada.

Ottilia se dio cuenta de que había captado la atención de la señora Skogh.

—Trabajó muy duro. Fue ascendiendo. Y eso es lo que quiero hacer yo.

—Es jefa de comedor con solo diecinueve años. ¿Qué más quiere?

—¡Lo quiero todo! —Ottilia se quedó boquiabierta ante su propia franqueza—. Perdón. Lo que pretendía decir es que deseo aprender todo lo que conlleva gestionar un hotel. Quiero aprender sobre vino, comida, flores. Incluso sobre camas. Me gustaría aprender más francés y alemán. Aprendo rápido —añadió con timidez—, o eso es lo que usted dice.

Wilhelmina suspiró.

—Mire, señorita Ekman, me gusta y es buena trabajadora. Pero no tengo ni idea de si habrá una vacante adecuada para usted en el Grand Hôtel. Sé con certeza que en el comedor solo están permitidos los camareros varones. Necesito entender cómo funciona todo y evaluar la situación antes de poder prometerle nada.

—Pero si hay una vacante adecuada y voy a Estocolmo, ¿me consideraría para el puesto?

—La consideraría. El mejor hotel necesita el mejor personal. Pero no se atreva a pensar que puede presentarse en el Grand Hôtel sin invitación previa y recibir una oferta para tener un asiento al otro lado de mi mesa. Eso solo funciona una vez. He oído todo lo que tenía que decir y estos son mis términos: seguirá gestionando mi comedor en Rättvik y esperará a recibir noticias mías. ¿Queda claro?

—Sí. Y, ¿señora? ¿Es el Grand Hôtel el mejor hotel?

La señora Skogh esbozó una sonrisa irónica.

—El mejor de todos. O, como mínimo, lo será.

—¿De todo el país?

—De todo el mundo, si lo hago bien.

Un resplandor de emoción encendió de repente a Ottilia.

—Lo hará bien. Y me gustaría ayudarla a conseguirlo.

La señora Skogh la taladró con la mirada.

—Y yo no puedo prometerle nada. ¿Entendido?

Ottilia se ruborizó. ¿Habría estropeado sus posibilidades al mostrase tan ansiosa?

—Lo entiendo, señora.

—En este caso, vuelva a Rättvik. Como puede ver —dijo la señora Skogh señalando la mesa—, estoy muy ocupada.

Ottilia se levantó.

—Gracias. Lo haré. Mañana por la mañana a primerísima hora. Estaré de vuelta con tiempo de sobra para ocuparme de las cenas.

La señora Skogh ladeó la cabeza.

—¿Sabe su padre por qué ha venido? Y no me refiero a ese cuento chino de los documentos que se ha inventado.

—Él sí lo sabe, pero mi madre no.

—¿Y qué opina al respecto?

—Mi padre me preguntó lo mismo que me ha preguntado usted: por qué quiero mudarme a Estocolmo cuando tengo un buen puesto en Rättvik. Piensa que soy tonta.

—Y puede que tenga razón.

—Me dijo también que usted no tendría tiempo para verme.

—Su padre no suele equivocarse. Debe de haberme pillado en un buen día.

10

El 2 de abril, Wilhelmina cruzó la entrada principal y subió el único tramo de peldaños de piedra que conducían hasta el vestíbulo del Grand Hôtel. La riqueza y la belleza flotaban en el ambiente cálido y silencioso. Sus botas se hundieron en la mullida moqueta roja mientras, como siempre, reflexionaba conscientemente sobre la primera impresión que podía llevarse un huésped: desde los pilares palaciegos en mármoles verdes y marrones rojizos hasta las vidrieras interiores con tonalidades de piedras preciosas. Y, sin embargo, a pesar de aquella paleta de colores intensos, el vestíbulo resultaba luminoso y etéreo. Lo cual, sabía Wilhelmina, era debido en parte a las lámparas eléctricas decorativas, pero también al diseño de la escalera principal, desde debajo de la cual se podían vislumbrar las barandillas talladas en madera que conducían a las cuatro plantas superiores. Sillones de mimbre, colocados en pareja contra las paredes, animaban al descanso.

Wilhelmina dirigió su famosa sonrisa a la viuda de aspecto noble sentada junto a una mesita de madera de caoba.

—Buenos días, señora. ¿Ha recibido toda la ayuda que pudiera haber solicitado?

—Por supuesto que sí. —La dama apuntó con su bastón hacia el mostrador de recepción, que quedaba situado al fondo a la izquierda, donde un caballero estaba conversando con el recepcionista—. Mi hijo está siendo atendido en estos momentos.

—Perfecto, señora. Si usted o su hijo necesitan alguna cosa más, no dude, por favor, en pedírselo a cualquier miembro de mi personal.

Con un saludo final y una sonrisa, Wilhelmina continuó su camino, dejando la sala de lectura a la izquierda y el despacho de los empleados de recepción a la derecha, para cruzar la cortina que separaba la zona pública de las escaleras de administración. El despacho del director general, la más grande de las dos salas más

cercanas al vestíbulo, estaba a solo un corto pasillo de distancia. Con el teniente Ehrenborg desposeído del cargo a todos los efectos, aquellos serían ahora sus dominios. Algo que le venía muy bien a Wilhelmina: ocupar el despacho del director general servía para enviar un mensaje claro tanto al personal como a los huéspedes.

Vio entonces que el secretario que le habían asignado, heredado también de Ehrenborg, rondaba por la escalera de piedra que bajaba hasta la entrada del personal, por la calle Stallgatan.

—¿Svensson?

El hombre se sobresaltó.

—Señora Skogh. Le pido disculpas. Esperaba que llegara por el otro lado.

—Evidentemente. Pero ¿por qué estaba esperándome? Estoy segura de que tiene cosas más apremiantes que hacer que esperar aquí.

El hombre enderezó la espalda y Wilhelmina calculó que debía de sacarle tan solo unos cinco centímetros de altura.

—Para darle la bienvenida, señora. Ya que es oficialmente su primer día.

—Considéreme bienvenida.

Abrió la puerta identificada con un rótulo en el que podía leerse «Dirección», cruzó una sala estrecha donde estaba la mesa de Svensson y accedió al despacho esquinero. Hizo un rápido inventario visual.

La estancia, con un sorprendente techo abovedado con nervaduras, dos ventanas con arco de medio punto y suelo con parqué en espina de pez, era lo bastante grande como para albergar una robusta mesa de despacho de estilo americano, una estantería con libros de contabilidad y una mesa larga de roble con varias sillas de respaldo alto tapizadas. La mesa de despacho, cubierta ya con menús, cartas y papeles, contenía también un teléfono, un interfono, un protector de escritorio de cuero marrón y dos jarrones con ramos de flores muy distintos. Incluso las cortinas de seda roja de estilo imperio que había encargado a juego con las vidrieras de la parte superior de las ventanas colgaban ya perfectamente en su lugar.

Svensson siguió su mirada.

—¿Le parecen bien, señora? —preguntó.

—Me parecen estupendas —respondió Wilhelmina—. Y ahora, Svensson, ponga los jarrones en esa mesa y ayúdeme a darle la vuelta al escritorio. Por mucho que me encante contemplar la nueva Ópera Real, prefiero ver quién entra por la puerta.

Y escuchar qué se decía al otro lado de la misma. Cuando la gente andaba por los pasillos solía ser sorprendentemente indiscreta.

—Ese seré yo, señora.

—No siempre, porque dejaremos todas las puertas abiertas. Vamos, coja la mesa por ese lado.

—Puedo llamar a un botones.

—Puede, pero sería una pérdida de tiempo para él y para nosotros mientras lo esperamos. Vigile el suelo. No quiero ralladuras en el parqué.

Satisfecha con la nueva disposición del despacho, Wilhelmina hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, Svensson. Esto es todo por el momento.

—¿Llamo para que le traigan una taza de café o de té, señora? ¿O cualquier otra cosa que necesite?

—Si necesito algo, ya se lo haré saber.

En cuanto Svensson se retiró, Wilhelmina cogió la tarjeta que acompañaba el ramo grande de sencillas rosas rojas de tallo largo. «Te deseo la mejor suerte del mundo, Pelle». Con un escalofrío de felicidad dejó de nuevo la tarjeta junto al jarrón. El día que se había casado con Pehr Skogh había tenido la mejor suerte del mundo. Pero dirigir el Grand Hôtel le exigiría mucho trabajo y disciplina. El otro ramo, más opulento y con las mejores flores de temporada, era, predeciblemente, de la junta directiva.

Su mirada fue a parar a la Real Orden enmarcada y colgada en la pared. Firmada por el rey Óscar II. Sin duda alguna, también él le deseaba suerte y había llegado el momento de demostrar a todos los hombres que tan buena suerte le deseaban lo que aquella mujer era capaz de hacer.

Wilhelmina tomó asiento detrás de su mesa de despacho, sacó papel de un cajón y abrió el bolso para coger su pluma estilográfica favorita, también regalo de Pelle. Su mandato no era otro que cambiar el

rumbo del barco y qué mejor lugar que empezar con sus oficiales.

—¡Svensson!

Su secretario entró al instante.

—Me gustaría reunirme por la tarde con el jefe de cocina, el *maître d'hôtel* y la gobernanta. Si no pueden luego, que vengan esta misma mañana.

—¿Todos a la vez?

—Por separado. Y, Svensson, necesito una libreta resistente de este tamaño —dijo, expresando la medida con las manos.

—Muy bien, señora.

Svensson reapareció minutos más tarde. Le pasó a Wilhelmina una nota con nombres y horas.

—La gobernanta, la señora Andersson, le envía sus disculpas. Está muy atareada y esta tarde no puede venir, pero dice que podrá tener una reunión mañana a la hora que usted elija.

Wilhelmina se quedó pensativa. ¿Así que la gobernanta estaba tan ocupada que no podía reunirse con ella a ninguna hora de hoy pero sí podía hacerlo a cualquier hora del día siguiente? No tenía sentido. Y si no tenía sentido, lo más probable era que no fuera cierto. Lo cual significaba que la gobernanta intentaba ganar tiempo. La gran pregunta era por qué.

Wilhelmina hizo un breve gesto de asentimiento.

—Dígale a Andersson que venga mañana a las cinco en punto.

—Muy bien, señora. A las cinco en punto mañana por la tarde.

—No, Svensson. A las cinco en punto mañana por la mañana.

El *maître d'hôtel*, Gösta Möller, fue el primero en llegar. Un tipo de aspecto agradable, de unos treinta y cinco años de edad, que entró en el despacho con su habitual frac negro y saludó con una leve reverencia.

—Señora Skogh, bienvenida al Grand Hôtel.

Wilhelmina le indicó con un gesto que tomara asiento.

—Dígame, Möller, ¿cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Dieciséis años, señora. Empecé como botones cuando monsieur

Cadier era el propietario del establecimiento y volví después de la renovación de 1899. He visto pasar mucha agua por debajo del puente, por decirlo de algún modo.

—Entiendo, sí. De modo que está usted feliz trabajando aquí.

Una nube de aprensión oscureció por un momento el rostro de Möller.

—Así es. Siempre ha sido así. Mientras estuvimos cerrados trabajé en el Hôtel Rydberg, pero allí nunca me sentí como en casa.

—¿Y por qué?

Möller hizo una pausa antes de responder.

—La verdad es que no lo sé. Es un hotel serio, coincidí allí con alguno de nuestros clientes habituales, pero… —Se esforzó por dar con una explicación—. Este lugar tiene algo especial que nos hace sobresalir entre el resto. Siento no poder ser más preciso. Después de la renovación volvimos muchos, sobre todo miembros del personal con algún cargo, por lo que deduzco que todos pensamos lo mismo.

—Lo entiendo —dijo con franqueza Wilhelmina—. Y ahora cuénteme que funciona mal en el comedor.

Möller parpadeó, dos veces.

—¿Mal?

—Sí, mal. Durante estas últimas semanas he visitado el comedor varias veces y casi siempre he visto muchas mesas vacías. ¿Es por la vista que hay desde el comedor? ¿Por la cocina? ¿La decoración?

—La vista es la mejor de la ciudad y el comedor acaba de ser renovado. Los platos están bien presentados y, en mi opinión, son muy sabrosos.

—¿Y el servicio?

—¿El servicio?

—¿Considera que el servicio es del nivel que cabría esperar en el Grand Hôtel de Estocolmo?

—Creo que sí.

—¿Cada día? ¿Para todos los comensales?

—Me esfuerzo para que lo sea.

—¿Cree? ¿Se esfuerza? Creer y esforzarse no sirve para pagar las facturas. De modo que vuelvo a preguntárselo: ¿está el servicio al

nivel de lo que cabría esperar del mejor hotel de Estocolmo?

Möller bajó la barbilla.

—No siempre.

—Ahora empezamos a llegar a algún lado. ¿Y por qué no, Möller? ¿Por qué, cuando visité su comedor, vi que se derramaba una gota de café sobre el mantel y no oí ni una sola palabra de disculpa por parte del camarero?

Möller levantó la cabeza de golpe. Wilhelmina vio con satisfacción que sus ojos echaban chispas de ira. Una respuesta siempre era preferible a la indiferencia, pero ¿estaría la ira de Möller relacionada con ella o con el camarero en cuestión? Lo que dijera a continuación aquel hombre decidiría su futuro en el Grand Hôtel.

—No estaba al corriente de ese incidente. Permítame, por favor, que me disculpe en nombre del camarero. Yo tampoco me sentiría muy impresionado si me hubiera sucedido esto siendo un cliente. ¿Expresó usted su queja, señora?

—No lo hice —reconoció Wilhelmina—. Estaba allí para observar, no para interferir. La próxima vez me quejaré e interferiré, no le quepa la menor duda. —¿Estaba Möller conteniendo una sonrisa? Lo observó con atención—. Pues bien, Möller, una gota de café sobre un mantel no hace ni deshace un hotel…

—… pero una palabra de disculpa es siempre obligatoria. —Möller se ruborizó—. Perdóneme, no debería haberla interrumpido.

—Pero muchas gotas de café, a la larga, sí que marcan la diferencia —continuó Wilhelmina—. En el comedor tenemos dos problemas graves. Una disciplina laxa y un montón de sillas vacías. Tengo varias opciones a mi disposición, pero, antes de compartir mis ideas, me gustaría escuchar las suyas.

Möller guardó silencio un segundo antes de replicar.

—¿Me permite serle franco?

—Creo que esa forma de abordar las cosas suele suponer un ahorro de tiempo.

—Las cosas funcionan mal en el comedor, pero gestionarlas es algo más fácil de decir que de hacer.

—¿Por qué?

—Porque tengo poca influencia. De haber visto u oído el incidente al que acaba de referirse, habría cogido al camarero por mi cuenta y le habría regañado como corresponde. Como hago siempre que veo que un camarero esboza una mueca de desdén cuando recibe una propina escasa.

—¿De desdén?

—Me temo que sí. En el mejor de los casos, el camarero que pone esa cara muestra su arrepentimiento y me asegura que no volverá a pasar. Y en el peor, se ríe en mi cara y me dice: «Muchacho, llevo trabajando aquí más tiempo que tú». Esa es la parte negativa de ascender desde abajo. La gente que lleva toda la vida aquí, que lleva años en el mismo puesto, se niega a tomarme en serio. No todos, debo apresurarme a añadir, y los que me tratan a mí con respeto tratan también a nuestros clientes con el mayor de los respetos. Lleva usted toda la razón cuando dice que la disciplina es laxa. Ya hablé con el teniente Ehrenborg sobre el tema.

—¿Y qué hizo Ehrenborg?

—Me dio una palmadita en la espalda y me dijo que enseñar nuevos trucos a un perro viejo era un problema antiquísimo que sigue sin resolverse.

—Pues ya ve cómo ha acabado —dijo Wilhelmina, apretando los dientes—. Así que a los perros viejos les aplastaremos la cola.

Abrió el cajón y sacó el cuaderno negro que le había proporcionado Svensson.

—Esto, Möller, es nuestro nuevo libro de reclamaciones para la planta baja y el sótano. Cada día escribirá la fecha y «nada que reportar» o una breve descripción del incidente o insubordinación. Y, a partir de ahora, formará también parte de mi rutina verificar el libro y anotar mis comentarios y decisiones.

Las cejas de Möller habían desaparecido bajo su línea de nacimiento del pelo.

—¿Es…, es un libro secreto?

—Todo lo contrario. Cuanto más se sepa sobre él, más felices todos. Prevenir siempre es mejor que curar. Lo guardaremos en el mostrador de recepción para garantizar que se corra la voz. Y a menos que me

demuestre que la fe que estoy depositando en usted no es adecuada, Möller, le aseguro que tendrá todo mi apoyo. Por otro lado, si me entero de incidentes que no han quedado reflejados en el libro, le preguntaré por qué. Y no soy mujer que suela preguntar dos veces lo mismo —añadió taladrándolo con la mirada.

Él la miró también fijamente.

—¿Y qué hacemos con las sillas vacías del comedor, señora?

—Eso llevará más tiempo remediarlo, pero necesito confiar en que el comedor funcionará como un reloj desde que abra hasta que cierre. Si se ve incapaz de gestionarlo como pido, dígamelo ahora.

Möller enderezó una espalda que ya era recta de por sí.

—Seré capaz, señora. Con su ayuda.

—Muy bien. Coja el libro y deje la puerta abierta cuando salga.

La reunión, reflexionó Wilhelmina, había ido mejor de lo esperado. Si Möller demostraba ser tan bueno como decía, el libro de reclamaciones identificaría muy pronto a los elementos problemáticos. Si, en cambio, Möller creía que la había tomado por tonta y no tenía ninguna intención de informar sobre nada sustancial, quedaría rápidamente en evidencia y ella lo echaría de su puesto. Fuera como fuese, este sistema le proporcionaría a Wilhelmina la información que necesitaba conocer.

Abordar el tema de las sillas vacías le llevaría más tiempo. La planta baja exigía una remodelación y la junta directiva había accedido a llevarla a cabo. Lo primero que necesitaba era un plano de la planta para discernir cómo realizar la reforma interrumpiendo al mínimo el funcionamiento del hotel. No podían permitirse cerrar por segunda vez y sabía que un jefe de obras normal siempre sugeriría trabajar de un modo que beneficiara a su empresa y no al establecimiento. Eso suponiendo que pudiera encontrar un jefe de obras con cara y ojos. Estocolmo era una ciudad en reconstrucción y la demanda de obreros era elevada.

Una voz hablando con Svensson la alertó de la llegada del jefe de cocina.

Sam Samuelsson, un hombre rechoncho al que su inmaculada chaquetilla de chef le proporcionaba un muy necesario contrapeso,

tomo asiento delante de Wilhelmina.

—Chef Samuelsson —empezó Wilhelmina—, tengo entendido que empezó a trabajar aquí cuando el hotel abrió de nuevo hace dos años.

—Correcto.

Wilhelmina arqueó una ceja.

—Señora —añadió.

—¿Es la primera vez que ostenta el puesto de jefe de cocina?

—Así es, señora. Antes de entrar a trabajar aquí, estuve como subjefe de cocina en el Hôtel Phoenix. Tengo referencias excelentes y el teniente Ehrenborg siempre se mostró muy satisfecho con mi trabajo.

—Seguro que sí, pero ahora trabaja para mí.

Samuelsson se encogió.

—Si me permite la pregunta, ¿ha probado mis platos?

—Lo he hecho, y los he encontrado muy satisfactorios.

El hombre sonrió por primera vez desde que había entrado en el despacho de Wilhelmina.

—Dígame, chef Samuelsson, cuando compone los menús, ¿cuáles cree que son los elementos más importantes que debe tener en cuenta?

—La temporada y la calidad del producto —respondió enseguida—. Y después la presentación. Comemos primero por los ojos y luego por la nariz, señora.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Wilhelmina. Se preguntó si estaba detectando un débil acento francés, aunque el apellido era totalmente sueco—. Continúe.

—¿Que continúe? Me ha preguntado cuáles considero que son los elementos más importantes y se los he detallado.

—¿No tiene en cuenta nada más?

—Definitivamente no. Un comensal que cena en el Grand Hôtel espera lo mejor. Y mi responsabilidad es ofrecerle lo mejor. En diciembre preparé la cena de los Nobel. Y creo que la velada fue un gran éxito. —Su mirada la desafió a decir lo contrario.

—Lo fue, sí. Pero ofrecer platos excepcionales no es su única responsabilidad, ¿verdad?

Una mirada de confusión cruzó las facciones de Samuelsson.

—Le ruego poder discrepar. Soy cocinero jefe. Un hotel solo puede ser tan bueno como la comida que ofrece. Mi trabajo consiste en componer los mejores platos con los mejores ingredientes y seleccionar el mejor personal para servir la mejor cocina. —Unió en un círculo el dedo índice y el pulgar para subrayar sus palabras—. Mis comensales se sienten satisfechos y no me preocupo de otra cosa.

—Pues ha llegado la hora de que lo haga —le espetó Wilhelmina—. Dígame, chef Samuelsson, cuando usted compone sus platos, ¿tiene en cuenta los costes?

—Conozco por encima el precio de los ingredientes. Algunos fluctúan, claro está, de acuerdo con la estación, pero la buena calidad resulta cara todo el año.

—¿Se ha parado alguna vez a calcular cuánto dinero ganamos, o perdemos, con un plato?

—Señora, ambos sabemos que los precios que cobramos son significativamente más elevados que el coste de los ingredientes.

—Cierto, pero permítame ilustrar el punto. —Wilhelmina cogió un papel y escribió «Coste de los ingredientes»—. ¿Qué otros costes debe cubrir el plato?

—El envío de los ingredientes al hotel, señora.

Wilhelmina anotó «Envío» en la lista.

—¿Qué más?

Samuelsson abrió y cerró la boca, un hombre consciente de que estaba ante una pregunta con trampa y no sabía muy bien en qué parte de la pregunta estaba la trampa.

Jugó a lo seguro.

—¿Señora?

—¿Le pagamos algo? —preguntó Wilhelmina.

Samuelsson se quedó sorprendido.

—Por supuesto.

—¿Y al resto del personal de cocina?

—También.

Wilhelmina añadió «Salarios» a la lista.

—¿Y trabajan a oscuras o hay electricidad?

—Ya entiendo ahora adónde quiere ir a parar —dijo Samuelsson.

Wilhelmina se recostó en su asiento.

—¿Qué es exactamente lo que entiende?

—Que usted se refiere a la imagen global. Utilizamos también gas, uniformes de cocina y detergentes. Cacerolas y sartenes.

—Y todo eso —dijo Wilhelmina—, antes de que el plato salga de la cocina. Porque después tenemos al personal de sala, el coste de calentar y gestionar el comedor…, todo ello pagado por los platos que usted prepara. Y luego toda la limpieza.

—Las bebidas también contribuyen.

—Hasta cierto punto —reconoció Wilhelmina—. Este es nuestro reto, chef Samuelsson: debemos trabajar juntos para garantizar que sus exquisitos platos sean también asequibles teniendo en cuenta esa imagen global.

—No puedo poner la calidad en compromiso —declaró Samuelsson.

—Eso sería un gran error, en efecto —dijo Wilhelmina—. Pero sí podemos utilizar una selección mayor de los ingredientes más baratos. Su acento me dice que ha vivido usted en Francia.

—Mi madre era francesa. Vivimos allí hasta que ella murió cuando yo tenía diecisiete años. Mi padre y yo volvimos entonces a Suecia.

Wilhelmina hizo un gesto de asentimiento para transmitirle sus condolencias.

—En Francia les gusta, y les gusta de verdad, una amplia variedad de frutas y verduras. Siempre de primera calidad y presentadas deliciosamente.

—Igual que sucede con las verduras que utilizamos aquí en el Grand Hôtel. Vienen directamente de los invernaderos y los campos que puso en marcha monsieur Cadier. Y lo que no cultivamos nosotros mismos, lo conseguimos a partir de campesinos locales.

Wilhelmina agitó un dedo.

—Precisamente. Empecé a cultivar mis propias verduras hace veinte años, cuando pasé a hacerme cargo del hotel de Storvik. Y además de servir más verduras y menos carne y pescado en los platos, introduje también grandes cuencos de ensalada.

Samuelsson ladeó la cabeza.

Wilhelmina continuó:

—Este sistema aporta dos beneficios. El primero es que una selección elegante de colores de ensaladas y verduras hace que un plato tenga un aspecto de lo más apetitoso. El segundo es que las mejores verduras cuestan menos que incluso la carne de peor calidad. Ahorramos dinero y la cena sigue siendo una comida memorable.

Samuelsson se rascó la barbilla.

—Creo que este nuevo enfoque funcionará bien con los comensales del continente, pero dudo que los ciudadanos de Estocolmo queden muy impresionados.

—Y yo dudo que la buena gente de Estocolmo sea muy distinta de la buena gente de Storvik, Rättvik y Bollnäs, donde llevamos años sirviendo ensaladas y verduras. Y usted mismo lo ha dicho: comemos primero con los ojos y la nariz.

Samuelsson se permitió una sonrisa.

—Eso he dicho, sí.

—En este caso me alegro de que nos entendamos. Se acerca el verano y es la mejor temporada para poner en marcha nuestra nueva carta. Y me gustaría introducir asimismo algunos platos más baratos, por debajo de los precios del Hôtel Rydberg y el Operakällaren.

—¿Señora?

—Quiero atraer a los ciudadanos de Estocolmo. Deben tener la sensación de que comer en el Grand Hôtel es una alternativa asequible. Aplique su experiencia, chef Samuelsson. Componga platos que cuesten menos al comensal pero que, en todos los demás sentidos, sean tan sabrosos y atractivos como nuestros platos más caros.

El brillo en los ojos de Samuelsson dejó claro que el reto le interesaba.

—Ofreceremos también una lista complementaria de vinos que pretendo reducir de precio durante abril y mayo —prosiguió Wilhelmina.

Samuelsson puso mala cara.

—¿Por qué?

—Para animar a la gente a cruzar nuestras puertas y hacer espacio en la bodega. Tenemos demasiadas botellas de burdeos tinto. Y ahora, antes de que vuelva al trabajo: ¿hay alguna vacante en las cocinas?

El chef negó con la cabeza.

—En este momento no, aunque creo que pronto necesitaremos a alguien para ayudar a pelar todas esas verduras que me ha pedido.

¿Sería memo aquel hombre? Wilhelmina le sostuvo la mirada.

—Chef Samuelsson, dispone usted de un asistente de cocina, de cinco cocineros especializados y sus respectivos asistentes, además de numerosos pinches de cocina. ¿Ha habido algún despido como consecuencia de las pocas cenas servidas?

—No, señora.

—Y, aun así, el comedor está medio vacío. Le sugiero que reorganice su personal. ¿O prefiere que lo haga yo por usted?

Samuelsson se quedó blanco.

—Por supuesto que no. Me aseguraré de que la cocina sigue funcionando sin problemas.

—En este caso, lo dejamos así por ahora, pero sepa que estaré controlando muy de cerca las cifras. Ah, y otra cosa, chef Samuelsson.

Samuelsson se volvió al llegar a la puerta.

—¿Sí, señora?

—Todo lo que he dicho se aplica también a la cantina del personal. Más ensaladas y más verduras. Si son buenas para los trabajadores franceses, no hay motivo para creer que no lo serán para los nuestros.

11

Trece horas después de su llegada al hotel, Wilhelmina cogió el ascensor hasta el cuarto piso. Observó con aprobación que la alfombra en tonalidades esmeralda y oro que cubría el parqué del pasillo estaba bien barrida, pero se paró un momento para pasar el dedo por encima del marco de un cuadro. Y puso mala cara al descubrir un débil rastro de polvo en la piel. Por la mañana tendría mucho que discutir con Margareta Andersson. Llamó a la puerta de la suite 425.

—¡Mina! —Elisabet Silfverstjerna, resplandeciente vestida con terciopelo granate y un collar de perlas que acentuaba a la perfección su largo y esbelto cuello y la abundancia de cabello rubio platino de su cabeza, recibió a Wilhelmina con los brazos abiertos—. ¡Qué regalo poder cenar contigo esta noche! ¿Estás segura de que a Pehr no le importará que te robe justo tu primera noche?

—Ni siquiera se enterará. Tiene una cena en Hasselbacken con un par de colegas, comerciantes de vinos como él. Además, a Pelle ya lo he visto esta mañana y a ti hace demasiadas semanas que no te veo. —Miró a su alrededor—. Una suite realmente agradable, Lizzie. ¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Sigues satisfecha de vivir aquí?

Elisabet echó la cabeza atrás y rio mientras guiaba a Wilhelmina hasta la sala de estar.

—¿Cuántas veces has venido a visitarme aquí?

—Muchas.

—¿Y cuántas me has formulado esta pregunta?

—Nunca.

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí como directora del hotel?

Wilhelmina sonrió.

—Un día. No, de hecho, dos. Firmé el contrato ayer. Y, por lo tanto, tu confort ha pasado a ser asunto mío.

—Mi confort es perfectamente satisfactorio, gracias. Disfruté de mi estancia en el hotel Rydberg mientras este se encontraba cerrado, pero

estuve encantada de volver aquí. ¿Me permites que te ofrezca un jerez? Me he tomado la libertad de pedir salmón para las dos.

—Lo del salmón me parece una elección maravillosa y un jerez será más que bienvenido. He tenido una jornada bastante completa.

Wilhelmina tomó asiento en uno de los dos sofás tapizados en brocado esmeralda y verde y agradeció su comodidad después de doce horas en una silla de despacho.

—No sé cómo lo haces —dijo Elisabet—. Ninguna de nosotras va para joven, pero aquí estás, asumiendo el mando del Grand Hôtel. —Le pasó a Wilhelmina una copa y levantó la suya—. *Skål!* Buena suerte.

—Tengo el presentimiento de que voy a necesitar esa suerte. —Wilhelmina levantó la copa y miró a Elisabet a los ojos—. Este hotel es el típico cisne que nada con elegancia en la superficie mientras que por debajo patalea frenéticamente.

Elisabet se quedó sorprendida.

—No tenía ni idea. En este hotel hasta el último rincón es sublime, la cocina es deliciosa y el personal de lo más cortés.

—Y financieramente gotea como un colador —dijo Wilhelmina—. Voy a necesitar un poco de tus conocimientos sobre las interioridades de este lugar. Pero lo primero es lo primero. ¿Qué tal estás? —Movió la cabeza en dirección al piano de media cola situado en la esquina—. ¿Sigues tocando?

—Estoy bien y sí, sigo tocando. —El rostro de Elisabet se ensombreció, pero se iluminó al instante cuando esbozó una sonrisa—. No tengo nada de lo que quejarme.

Wilhelmina arrugó la frente.

—¿Excepto?

Una llamada en la puerta anunció la llegada de un camarero. La porcelana tintineó con delicadeza cuando empujó el carrito hacia la zona de comedor y empezó a preparar la mesa con veloz precisión.

—Nos serviremos nosotras mismas —dijo Elisabet.

—Como desee, señora.

—Y ahora cuéntame por qué le has dicho que nos serviríamos nosotras —la regañó Wilhelmina en cuanto la puerta se cerró a

espaldas del camarero—. Habría sido una oportunidad perfecta para comprobar si el personal del servicio de habitaciones está bien entrenado.

Elisabet colocó un plato delante de Wilhelmina y retiró la campana cubreplatos de plata.

—Porque servirme la cena es lo más cercano que tengo a un poco de normalidad. ¿Sabes, Mina? Paso tanto tiempo esperando o siendo atendida que a veces tengo la sensación de haber perdido el contacto con la realidad.

Wilhelmina se inclinó para examinar la calidad del salmón y la consistencia de la salsa holandesa. Junto con las patatas duquesa y los espárragos blancos, el plato presentaba una imagen colorida y tremendamente apetitosa. Y su aroma le iba a la par. El chef Samuelsson tenía toda la razón. Ojos y nariz. Supo al instante que aquel plato, sencillo para los estándares de los manjares del Grand Hôtel, era perfecto para una cena a mitad de semana. Volcó de nuevo la atención en su amiga.

—¿Has perdido el contacto con la realidad… en qué sentido?

Elisabet se abrió con su amiga.

—Paso los días en el palacio y las noches aquí y, a menos que el tiempo sea especialmente atroz, siempre voy andando entre los dos lugares. Son apenas cinco minutos, Mina, pero la pobreza que encuentro en el puente Norrbro es casi insoportable.

Wilhelmina tragó el primer bocado del rosado pescado al horno y siguió escuchando.

—Hombres y mujeres con las mejillas hundidas y la ropa llena de zurcidos, corriendo a trabajar a pie porque no pueden ni permitirse desplazarse en tranvía. Oí por casualidad a una mujer que comentaba que tenía que caminar a diario una hora en cada sentido. Aquel día la temperatura debía de ser de diez grados bajo cero, si no era de menos quince. ¿Y tendría el estómago lleno con un desayuno sano que la preparase para afrontar un turno de doce horas? Lo dudo. Tenemos además una invasión de alimañas. Cazar ratas se ha convertido en un deporte lucrativo para los niños, ahora que la alcaldía ha decidido pagar cinco öre por cola capturada en su apuesta por limpiar la

ciudad.

—Sí, eso he oído. Pero la situación en Estocolmo está mejorando, ¿no? —replicó Wilhelmina—. Sé que están sustituyendo las casas más antiguas por viviendas equipadas con agua corriente y electricidad.

—Así es —reconoció Elisabet—. Pero el proceso no es todo lo rápido que me gustaría —dijo, con ojos brillantes.

Wilhelmina dejó los cubiertos en la mesa.

—¿Qué sucede? ¿Pasa algo en palacio? ¿Se trata de Su Majestad?

—No… —Elisabet movió la cabeza hacia uno y otro lado—… y sí.

Wilhelmina le cogió la mano.

—Todo lo que quieras decir quedará entre nosotras. Lo sabes.

—Lo sé.

Elisabet se secó los ojos con un pañuelo de puntilla.

—Entonces, por favor, cuéntame qué te preocupa. Antes incluso de que llegara el camarero ya he visto que algo iba mal.

Elisabet inspiró hondo, como si estuviera intentando decidir si hacerle una confidencia o no a su amiga.

Wilhelmina le estrechó la mano para animarla.

Elisabet bebió un poco más de vino.

—Puede que haya cometido un error espantoso.

—Hay pocos errores que realmente puedan calificarse de espantosos —dijo Wilhelmina—. Cuéntame, y así podremos decidir entre las dos qué hacer. Dos cabezas siempre piensan mejor que una sola.

—Mi querida Mina, tenerte aquí es una bendición. A pesar de tantos carruajes y sedas —con una mano, Elisabet señaló hacia el palacio, al otro lado del agua, y después abarcó la opulencia de su suite—, he aprendido que el lujo más grande que existe es tener una amiga y confidente de verdad.

Y el amor de un buen hombre, pensó Wilhelmina. Pero decirlo sería cruel. Elisabet era tal vez la envidia de cualquier mujer anclada en un escalón inferior de la alta sociedad de Estocolmo, pero cada noche dormía sola. O eso suponía al menos Wilhelmina. La mayoría de las noches, seguro.

—Y bien —dijo con dulzura—, ¿cuál es ese error tan espantoso?

Elisabet bebió otro trago de Borgoña blanco, devolvió la copa a la

mesa, asintió con decisión y le sostuvo la mirada a Wilhelmina.

—Estoy segura de que sabes que el rey Óscar y yo compartimos una hija.

Wilhelmina apuró su vino a más velocidad de la que pretendía. Esforzándose por no toser, escondió la boca detrás de la servilleta y bebió un poco de agua.

—De forma extraoficial —replicó a duras penas—. Perdón. Me enorgullezco de tener una cabeza ágil, pero jamás esperé que fueras a mencionarme eso.

—Y por eso te adoro —dijo Elisabet—. Supongo que prácticamente cualquier otra mujer habría fingido ignorancia, pero tú no.

—La sinceridad es uno de los mejores regalos que pueden dársele a una amiga —dijo Wilhelmina—. Y la lealtad es otro.

Elisabet sonrió.

—¿Puedo preguntarte quién te lo dijo?

—Pelle. Hace años. ¿Quieres que le pregunte por el nombre de su informante? Si alguna vez me lo mencionó, sería incapaz de recordarlo aunque me mataran.

—No es necesario. Mi querido Pehr. Apostaría lo que fuera a que no ha comentado el tema absolutamente con nadie que no seas tú. Tienes un hombre íntegro.

—Lo tengo, sí.

—Sea como fuere, el caso es que a continuación escucharás toda esta lamentable historia de mi boca. De una fuente autorizada, por decirlo de algún modo. —Elisabet volvió a respirar hondo—. Me quedé embarazada hace diecisiete años, y seguí adelante con ello. Di a luz una niña a la que puse por nombre Karolina en honor a la esposa de Régis Cadier. Caroline Cadier no aprobaba el embarazo, naturalmente, pero sí reconoció que aquello era responsabilidad de dos cuando muchos ni siquiera lo hicieron. Luego, cuando me reincorporé, me dijeron que a pesar de que seguiría estando al servicio de la reina, ya no viviría en palacio. El rey y Régis eran buenos amigos y lo dispusieron todo para que yo tuviera una suite aquí. Lo cual me vino de maravilla, la verdad. La reina Sofía y yo seguimos manteniendo una relación cordial (la reina aceptaba las… necesidades

de Su Majestad y yo no soy, ni mucho menos, la única mujer que le ha dado un hijo fuera del matrimonio), pero vivir en palacio puede resultar bastante asfixiante aún sin ningún tipo adicional de… —Elisabet buscó la palabra adecuada.

—¿Tensión? —sugirió Wilhelmina.

—Tensión.

—Sin embargo, me consta que no criaste a tu hija aquí. Jamás oí mencionar que en el Grand Hôtel hubiera una niña, aparte de los hijos de Cadier, que además vivían en el palacio Bolinder, aquí al lado.

—Exactamente. Y aun en el caso de que hubiera podido vivir aquí, nunca fue una opción. Su Majestad dijo desde el primer momento que a la criatura no le faltaría de nada, pero que jamás la reconocería. Y que no me estaría permitido criarla a menos que quisiera vivir en el extranjero o muy lejos de Estocolmo, en el anonimato.

Wilhelmina puso mala cara.

—¿Y qué hiciste?

—La hice criar en el seno de una familia de acogida. El rey contribuyó siempre a su sustento.

—¿Y conocía su origen esa familia de acogida?

—Probablemente sospecharían que la niña era resultado de algún desliz aristocrático, pero no tienen ni idea de que es de sangre real. Me aseguré de que estuviera bien atendida, aunque no me atreví a enviarla a una familia con medios porque sabía que una familia de ese estilo no acogería nunca una niña sin exigir respuestas a muchas preguntas. La triste verdad es que estos niños son acogidos por familias que necesitan ingresos adicionales, de modo que procuré encontrar una que necesitara el dinero pero en la que no estuvieran muertos de hambre.

—¿Y dónde?

—Aquí en la ciudad. En el barrio de Kungsholmen. —Elisabet suspiró—. Su Majestad dio por sentado que nuestra hija había sido enviada muy lejos; sin embargo, nunca me pidió ni exigió pruebas de su paradero. Me hice con un chal viejo y a menudo iba a verla de lejos cuando se dirigía al colegio, normalmente acompañada por alguna de sus hermanastras. Reían y charlaban, pero a medida que fueron

pasando los años, me di cuenta de que mi preciosa Karolina era cada vez más infeliz. Y estaba más marginada. Necesité hasta el último gramo de mi autocontrol para no arrancarla de la calle y traérmela aquí. He pasado días y semanas pensando en cómo podríamos vivir si tomaba esa decisión, pero siempre llegué a la misma conclusión: yo sola sería incapaz de mantenerla. Si desafiaba a Su Majestad, sabía que nos cortaría los ingresos a las dos. Mi familia, y casi todo el mundo en la alta sociedad, es muy consciente de mi…, de mi relación con el rey, pero tal y como tú acabas de expresar de un modo tan brillante, lo saben solo de forma extraoficial. Es algo que jamás se ha mencionado en voz alta. Mi padre no puede correr el riesgo de perder el favor de la corte real por culpa de una nieta bastarda, por mucho que le haya legado a su única nieta una pequeña suma para cuando cumpla los veintiún años. —La amargura se confundió con las lágrimas de Elisabet.

Wilhelmina sacudió de mala gana la cabeza.

—No puedo ni imaginarme lo duro que debe de haber sido, pero me cuesta también entenderlo. Si todo eso sucedió hace dieciséis o diecisiete años, si el rey está al corriente y la reina acepta la situación, ¿dónde está ahora ese error terrible del que hablas?

—Karolina acabó el colegio el verano pasado. Deseaba desesperadamente estar más cerca de ella, de modo que hablé con el teniente Ehrenborg. Y le encontró un puesto de trabajo aquí.

Wilhelmina sofocó un grito.

—¿Me estás diciendo que Karolina está aquí? ¿En el Grand Hôtel?

—Sí, trabaja como camarera de planta. Apenas la veo, pero saber que está sana y salva y bajo mi mismo techo me produce un gran consuelo. O me lo producía, mejor dicho.

—¿Sabe ella que es hija tuya?

Elisabet negó con la cabeza con tanta violencia que un mechón de pelo rubio platino se desprendió de su horquilla.

—No puede saberlo nunca. ¿Y si se entera y va a palacio? ¿O a un periódico?

—¿Crees que lo haría? Por lo que dices, parece una chica tímida. Aunque también es posible que su familia de acogida pensara que

puede sacar algún partido de todo el tema. ¿Sabes si sigue en contacto con ellos?

—No tengo ni idea. Nunca me pareció demasiado unida a sus hermanas, pero eso no quiere decir nada.

—¿Y si por casualidad coincidiera con el rey por aquí?

A Wilhelmina se le calentó la sangre y luego se le heló de repente solo de pensarlo. Había que evitar a toda costa un escándalo de la realeza bajo aquel techo.

—Ni se reconocerían —respondió Elisabet—. Su Majestad jamás miraría a una camarera de planta. Además ¿qué quieres que haga el rey en una planta de habitaciones del hotel?

—Confiemos en que tengas razón —dijo Wilhelmina, al mismo tiempo que se le pasaba otra idea por la cabeza—. ¿Y quién cree Ehrenborg que es Karolina? No es muy habitual que una chica empiece tan joven como camarera de planta.

—La hija de una vieja amiga que está atravesando momentos difíciles. Y empezó en el sótano, de lavandera.

—Como todas. —Wilhelmina esbozó una débil sonrisa. Llenó de nuevo las copas de vino y volvieron a los sofás—. Pero, un momento. Si el rey no está al corriente de nada de todo esto y Karolina tampoco, ¿por qué estás tan preocupada?

—Porque creo que Margareta Andersson, la gobernanta, sospecha alguna cosa.

Un nuevo escalofrío recorrió la espalda entera de Wilhelmina.

—¿Por qué lo dices?

—La semana pasada me crucé con ella por el pasillo. Cuando nos dijimos «buenos días», me lanzó una sonrisa enigmática. Mi intuición me dice que lo sabe. O al menos que piensa que lo sabe.

—¿Y cómo podría saberlo?

—Cuando veas a Karolina, la reconocerás de inmediato como una versión más joven de mí. Y estoy segura de que Andersson es perfectamente consciente de que la corte paga mis facturas. Debe de haberse preguntado por qué. En el hotel no viven más damas de honor que yo. No puedo culpar a Karolina por haberse presentado al puesto de camarera de planta, pero, desde mi punto de vista, estábamos más

seguras cuando trabajaba en las cocinas. Allí nadie me conoce. Y todo este controvertido asunto me mantiene en vela toda la noche.

Y era normal. Si el rey descubría que Wilhelmina conocía también la existencia de Karolina en el hotel, su furia caería sobre todas ellas. Intentó pensar con racionalidad.

—Eres una huésped de larga estancia, y Andersson, una empleada. Esa mujer tiene que conocer por obligación que existen reglas estrictas relativas a la confidencialidad. Si dijera cualquier cosa fuera de lugar, sería despedida de inmediato y sin referencias. ¿Sería tan estúpida como para poner en peligro el codiciado puesto de gobernanta del Grand Hôtel? Cualquier dinero que pudieran pagarle los periódicos tendría fecha de caducidad y se habría quedado, además, sin posibilidad de empleo en cualquier hotel de la ciudad e incluso del país.

—Tengo todas mis esperanzas depositadas en este razonamiento —dijo Elisabet.

Wilhelmina se sirvió una porción de mazapán mientras reflexionaba.

—¿Quieres que Karolina siga aquí? Siempre podría buscarle un puesto en cualquiera de mis otros hoteles.

—Quiero que siga aquí. ¿Te parece muy egoísta? No he intercambiado ni una sonrisa con mi niña desde que fue entregada a la familia Nilsson con solo tres semanas. Ahora, al menos, tengo oportunidad de hacerlo.

Se quedaron en silencio, las dos reflexionando sobre la complicada situación.

Wilhelmina fue la primera en hablar.

—Tengo una reunión con Margareta Andersson mañana a las cinco de la mañana. Será una oportunidad excelente para calibrar a esa mujer.

—¿A las cinco de la mañana? Santo cielo, eso sí que es temprano.

Wilhelmina se permitió una sonrisa.

—Me molestó. Le pedí que se reuniera hoy conmigo y tan tranquila me hizo llegar la respuesta de que hoy le era imposible pero que mañana le venía bien a cualquier hora. Y le tomé la palabra.

Elisabet rio entre dientes.

—Qué mala.

—Para nada. Esa mujer quería causar mala impresión o intentaba ganar tiempo. La pregunta es por qué.

—Apuesto lo que quieras —dijo Elisabet, muy despacio— a que quería hablarlo antes con su marido.

—¿Su marido? —dijo Wilhelmina con incredulidad.

—Knut Andersson, uno de los empleados de recepción. Es un machista de primera categoría. Según Gösta Möller, un buen hombre que siempre está al tanto de todo, Knut Andersson es incapaz de decidir si aborrece o adora el hecho de que su esposa sea la gobernanta. Y dice que está además incondicionalmente en contra de que una mujer dirija el hotel.

—Ah, ¿sí?

—Se ve que lo comentó en la cantina del personal. Ándate con cuidado, Mina. Ese hombre es un hostigador, un borracho y tiene a su mujer controlada por completo.

Wilhelmina esbozó una mueca.

—Si descubro que esa mujer es incapaz de realizar su trabajo sin consultárselo a él, está fuera. Y si a ese hombre le huelo la mínima cantidad de alcohol en el aliento, lo echo también.

—Creo que ella es perfectamente capaz de hacer su trabajo, pero también sospecho que él le pega.

Wilhelmina se quedó mirándola, boquiabierta.

—No sería un caso aislado —dijo Elisabet—. Y Knut Andersson parece que dicta sus propias leyes.

Wilhelmina cerró la boca.

—Eso se creerá él. Ahora la pregunta apremiante es si Margareta habrá compartido con su marido sus sospechas con respecto a Karolina.

12

Con los dientes castañeteando y sin levantar mucho la cabeza para proteger su rostro del viento que soplaba desde el mar, Margareta cruzó corriendo el puente de Norrbro en dirección a las acogedoras luces del Grand Hôtel. La primavera, hasta el momento, había ofrecido poco respiro y el frío seguía siendo gélido. Margareta tenía los guantes tan andrajosos que apenas la abrigaban, y hacía ya diez minutos que no sentía los dedos. Pero pronto pasaría el mal tiempo y tal vez conseguiría ahorrar lo suficiente como para poder comprarse unos nuevos para el próximo invierno. Le rugía el estómago. Vestirse a oscuras había sido toda una hazaña. Y prepararse una bebida caliente habría sido impensable. Molestar a Knut era un riesgo que no podía permitirse el lujo de correr. La señora Skogh había ordenado a las cinco en punto. Con un poco de suerte, tendría tiempo para picar luego algo rápido en la cantina del personal antes de empezar a trabajar a las siete.

Knut la había mirado con desdén cuando le comentó lo de la cita con la señora Skogh.

—Lo has hecho correctamente, mi niña. Siempre debes hablar primero conmigo. Y mañana por la mañana preséntate a las cinco y cinco. ¿Quién se ha creído esa que es?

La directora del hotel, pensó Margareta, con indiferencia. El día anterior había procurado mantenerse alejada del vestíbulo y solo se aventuró a salir de su despacho cuando había estado segura de que la señora Skogh estaba ocupada con el chef Samuelsson. Y fue entonces cuando consiguió acorralar a Gösta Möller. ¿Qué opinaba él de la nueva directora? Gösta se había quedado un buen rato pensando antes de confesarse con la inútil respuesta de que no sabía qué opinar. En parte la admiraba por su energía y por sus ideas, pero en parte tenía la sensación de que la reunión que había mantenido con la señora Skogh, en vez de ser una conversación entre colegas, había sido más similar a

una partida de ajedrez en la que la reina, como siempre, era la que tenía más poder. Había hecho lo posible para evitar un jaque mate, y se despidieron con cierto entendimiento, aunque en algún momento todavía pensaba que había salido perdiendo. Sin embargo, no sabía todavía exactamente qué piezas. Gösta le había enseñado a Margareta el nuevo libro de reclamaciones. Como medio de comunicación, la idea tenía todo el sentido del mundo. Como medio para animar al personal a ser un soplón, la idea resultaba ingeniosa. Divide y vencerás a la vista de todos. Porque ¿quién se atrevería a desafiarla y no escribir nada?

Margareta había considerado prudente alertar a Knut. Necesitaba andarse con cuidado. Seguían sin recibir el aviso de demolición por parte del casero, pero era evidente que acabarían recibiéndolo. Por todo Södermalm, los edificios en estado precario estaban siendo reemplazados por bloques de pisos de cinco plantas. Con ascensor y agua corriente. Si querían tener posibilidades de mudarse a una de esas nuevas viviendas, necesitaban contar con dos sueldos.

La valentía de ayer se había transformado en ansiedad. ¿Iba a despedirla? ¿Qué sería entonces de ella? ¿La echaría de casa Knut? Él solo la quería a su lado por su categoría profesional y por los ingresos que aportaba.

Las noches más frías, más húmedas y más dolorosas, mientras se recuperaba de un esguince en la muñeca o de una patada en el tronco, soñaba con tener su propia puerta de entrada a una vivienda. Con una única habitación le bastaría. Seca y acogedora. Con su propia cerradura y su propia llave. Pero solo podía soñarlo, porque pedir el divorcio era impensable. Imaginaba que tener a alguien siempre era mejor que no tener a nadie. Knut no era un mal hombre. Hubo una época en la que, cuando por fin recuperaba la sobriedad, le pedía perdón por haberle hecho daño. Hasta la noche en que arrojó el gatito de Margareta contra la pared. Luego Knut cogió el cuerpecillo destrozado, lo había acunado, le había suplicado perdón —a ella o al gatito, eso Margareta no lo tenía muy claro— y había llorado lágrimas amargas. Pero al día siguiente declaró con frialdad que el gato había tenido suerte de vivir una semana más de lo que habría vivido en la

calle de no haberlo rescatado Margareta cuando se encontraba a punto de ahogarse. Desde entonces, Knut no había vuelto a llorar ni a pedirle perdón. Pero ¿acaso no era todo culpa de ella por ser incapaz de darle un hijo?

Margareta cruzó Södra Blasieholmshamnen y siguió corriendo por Stallgatan. Entró por la puerta de personal con tiempo suficiente para registrar su llegada, despojarse del abrigo, la pañoleta y los guantes y ponerse los zapatos de trabajo. Verificó su aspecto en el espejo del lavabo, se arregló un poco el pelo y, con dedos congelados, se aplicó polvos y un poco más de carmín. Las ojeras moradas bajo sus ojos azules no tenían solución, pero al menos presentaba un aspecto limpio, aseado y profesional.

Era tan temprano que en el pasillo de administración, al final del tramo de escaleras, reinaba el silencio, pero Margareta vio luces encendidas en el despacho de August Svensson. Llamó a la puerta abierta de la señora Skogh.

—Pase, señora Andersson. —Sentada detrás de su mesa de despacho, Wilhelmina colgó el auricular del teléfono y le indicó a la gobernanta con un gesto que tomara asiento en la mesa larga—. He pedido al servicio de habitaciones que nos traigan café, de modo que será mejor que nos sentemos aquí.

Wilhelmina había permanecido despierta dándole muchas vueltas a aquella reunión. Si Margareta sabía quién era el padre de Karolina y se lo había contado a Knut Andersson —como muy bien podría haber hecho, al fin y al cabo, puesto que la misma Wilhelmina se había enterado de la noticia a través de su esposo—, tendría que andarse con cuidado por el bien de Elisabet. Aunque si Andersson lo supiera, ¿no habría jugado ya esa carta? A menos, y entonces fue cuando Wilhelmina se dio cuenta de que sus pensamientos estaban dando vueltas en círculo, que estuviera utilizando ese conocimiento para controlar a su mujer. Pero ¿tendría un hombre que utilizaba con tanta facilidad los puños el autocontrol necesario para reservarse para cuando llegaran las vacas flacas una información potencialmente tan

peligrosa? Le parecía poco probable. Y menos aún si estaba siempre borracho. A buen seguro, de saberlo, le soltaría el chismorreo al mejor postor, y mañana mejor que pasado.

¿Podía, por lo tanto, asumir que Margareta no le había contado nada a Andersson? No. Y con independencia de que Margareta hubiera hablado o no con su marido, Wilhelmina tenía que dejar clara su autoridad a la mujer que había rechazado tan a la ligera reunirse con ella el día anterior.

El café y las galletas de acompañamiento llegaron justo cuando Wilhelmina, estilográfica y papel en mano, tomaba asiento enfrente de Margareta. Wilhelmina le pasó una taza y dijo:

—Sentí mucho que ayer no pudiera encontrar tiempo para reunirse conmigo.

Margareta esperó unos instantes antes de beber un sorbo y volvió a depositar la taza en el platillo. Le temblaba la mano y derramó sin querer unas gotas. Se ruborizó.

—Lo siento.

—¿Siente lo de la reunión o siente haber derramado el café?

—Ambas cosas. Tengo todavía los dedos tan fríos que me resulta imposible coger la taza correctamente. Debería haber esperado unos minutos. Le pido disculpas.

—¿Ha venido andando?

—Sí, señora. —Le rugió el estómago.

Wilhelmina empujó hacia ella el plato con las galletas de vainilla.

Muerta de vergüenza pero, a juzgar por su barbilla levantada, esforzándose en disimularlo, Margareta cogió una.

Wilhelmina reflexionó. La mujer elegantemente vestida sentada al otro lado de la mesa, que sobre el papel parecía muy capaz de gestionar el departamento de limpieza del Grand Hôtel de Estocolmo, estaba congelada, hambrienta y aparentaba bastante más de los treinta y dos años que tenía. Lucía además una débil cicatriz bajo el colorete del pómulo y tenía los hombros tensos. Elisabet no se equivocaba.

—Señora Andersson —dijo Wilhelmina—. Si usted y yo vamos a trabajar juntas, necesitamos establecer unas reglas básicas firmes.

Margareta levantó un poco más la barbilla.

—Si le pido que venga, viene. Si le pido que corra, corre.

Los ojos de Margareta brillaron.

—Sí, señora.

—¿Sabe por qué, señora Andersson?

—Porque es usted la directora del hotel.

Wilhelmina ignoró el matiz de seco sarcasmo.

—Exactamente, lo que significa que sé algo que usted no sabe. Comprendo que está ocupada. Como debería ser. Pero debe entender también que no tendría ningún interés en convocarla a mi despacho si no tuviera un buen motivo para querer hablar con usted. ¿Queda claro?

Una mínima pausa.

—Sí, señora.

—Del mismo modo, si solicita usted hablar conmigo, asumiré que tiene un buen motivo para hacerlo y haré todos los esfuerzos posibles para acomodarla en mi agenda. Le suplico, por el bien de las dos, que no me haga perder el tiempo.

La hostilidad de los ojos de Margareta había quedado sustituida por curiosidad. Y por algo más. ¿Alivio?

Wilhelmina siguió indagando.

—Tengo entendido que ostenta el cargo de gobernanta en jefe desde la reapertura.

—Sí, así es, aunque llevo trabajando aquí desde que era una niña. Acababa de ser ascendida a gobernanta en jefe cuando cerramos en 1898. —Le sostuvo la mirada a Wilhelmina—. No me imagino trabajar en otro lugar.

—Confiemos en que nunca sea necesario. En muchos sentidos, la importancia de su puesto queda superada tan solo por la del mío, ya que un huésped podría estar alojado aquí y no beber un sorbo de nada ni comer una sola migaja.

Margareta frunció el entrecejo.

—Normalmente todos desayunan aquí.

—Sí, pero no podemos darlo por sentado. En Estocolmo hay muchos restaurantes más entre los que poder elegir. Debemos ofrecerle a todo huésped un motivo para volver, y eso se consigue generando como

mínimo un buen recuerdo a lo largo de cada visita. Para un huésped que nos visita por primera vez, podría ser la vista, la tarjeta de bienvenida o las flores que adornan su habitación. Para un huésped recurrente, podría ser encontrar sus flores favoritas en la habitación, la almohada que siempre elige o una manta adicional colocada ya en la cama. ¿Tienen un registro con las preferencias personales de los huéspedes?

—Por supuesto, señora. Hasta el detalle de quién viene con su perro y cuál es entonces su premio favorito.

Wilhelmina examinó las facciones de Margareta. ¿Estaría siendo ocurrente? No. Hizo un gesto de asentimiento.

—Asegúrese de mantener ese registro actualizado. Por cierto, ¿quién trabajó ayer en la cuarta planta?

Margareta se quedó pensando.

—Beda Johansson y Märta Eriksson.

Wilhelmina tomó nota.

—Pues le sugiero que les diga a Johansson y Eriksson que cojan un trapo y limpien la parte superior del marco de los cuadros. Ayer encontré polvo en uno.

Margareta abrió los ojos de par en par.

—Lo haré, por supuesto. Le pido disculpas, señora.

—Y cuando hayan terminado en la cuarta planta, que continúen con el resto del hotel.

Margareta empezó a decir:

—Eso les llevará mucho tiempo…

—De eso estoy segura.

—Tiempo del que no disponen. Todas mis chicas están siempre ocupadas, pues, de lo contrario, no tendrían un puesto aquí.

—Me ha entendido mal, señora Anderson. Se dedicarán a limpiar los marcos durante su tiempo de trabajo. Tal vez eso les ayudará a recordar que todas las superficies son importantes. Incluso las que no se ven. Y ver a esas dos chicas servirá también como toque de atención para las demás camareras de planta y limpiadoras. Es muy sencillo, señorita Anderson; podemos ofrecer la comida más estupenda del mundo, pero si el hotel está sucio, no somos nada.

Margareta hizo un gesto de asentimiento.

—Cierto.

—Y ahora, ya ha escuchado usted mi queja. Mi única queja, la verdad. Su área de responsabilidad funciona correctamente, por lo que puedo ver. Pero, cuénteme, ¿qué quejas tienen nuestros huéspedes?

Margareta miró a Wilhelmina con cautela.

—Adelante, señora Andersson. Ambas sabemos que algunos de nuestros huéspedes parecen tener la misión de encontrar fallos. Y le pregunto dónde los encuentran.

—Algunos dicen que en su habitación hace demasiado calor, otros que hace demasiado frío. Y puede tratarse de la misma habitación e incluso del mismo día.

—¿Cree que el sistema de calefacción es inconsistente?

—No creo. Ventilamos las habitaciones mientras las limpiamos. Si un huésped vuelve justo después de que cerremos las ventanas, puede que note un poco de frío de entrada, sobre todo los días en que el viento sopla del oeste. Aunque imagino que tampoco le gustaría entrar en una habitación que oliera todavía a humo de tabaco. Todos sabemos que hay huéspedes que se quejan de los olores que ellos mismos generan.

—Seguro —dijo Wilhelmina—. Continúe.

—Lo mismo se aplica a las camas; o demasiado blandas o demasiado duras. Pero… —Margareta levantó un dedo, como si acabara de recordar un punto importante—… hay huéspedes que se llevan una decepción cuando descubren que su habitación da al patio interior donde dan también las cocinas. Se quejan de que es una vista fea y a veces ruidosa. Por un lado, hay que recordar que la vista tiene que ver con el precio. Las habitaciones que no dan a palacio son más baratas. Pero, por otro lado, debemos recordar que esto es el Grand Hôtel.

Wilhelmina volvió a tomar nota.

—Y luego está el servicio de habitaciones —prosiguió Margareta.

Wilhelmina levantó la vista.

—Ese no es su terreno.

—Lo sé, pero mi personal recibe igualmente las quejas.

—¿Y cuál es la naturaleza de estas?

—La principal queja, la más recurrente, es el tiempo que un huésped tiene que esperar para ser servido. Me parece que en ese departamento andan escasos de personal.

Un departamento que formaba parte de la sección de Comida y Bebidas, que sufría pérdidas. ¿Estarían realmente escasos de personal o sería que la gestión no era la adecuada? Pero Wilhelmina no quería verse arrastrada a discutir aquel problema con la gobernanta.

—¿Alguna cosa más?

—No, señora.

—¿Dispone usted de personal suficiente?

—Sí. Las chicas van y vienen, pero en este momento tenemos todo el personal que necesitamos.

—De ser así, ya estamos por hoy. —Wilhelmina se levantó—. Recuerde todo lo que le he dicho, señora Andersson, y disfrutaremos de una relación profesional cordial. Deje la puerta abierta, por favor.

Margareta desanduvo sus pasos escaleras abajo y giró entonces a la izquierda para acceder a la cantina del personal. A las cinco y media de la mañana, casi todas las mesas estaban todavía vacías. Se sirvió un cuenco de gachas calientes y un vaso de leche cremosa. Debería sentirse agotada después de haber dormido tan poco, no optimista. Exultante, incluso. La señora Skogh era tal y como le habían comentado: dura, exigente, draconiana. Pero se había mostrado también justa, preocupada incluso, y no había visto ni el más mínimo indicio de malicia entre mujeres. Todas y cada una de las palabras que la señora Skogh había pronunciado habían sido con el bien del Grand Hôtel en mente. A Margareta le había gustado mucho trabajar para el teniente Ehrenborg, pero intuía que el Grand Hôtel estaba ahora en mejores manos. Lo que, por defecto, significaba que también lo estaba su personal.

Engulló una cucharada de gachas. Sus manos y sus pies se habían descongelado, pero la bondad la calentaba desde dentro. Igual que saber que aún podía considerarse la gobernanta jefe. Y, extrañamente, también saber que la señora Skogh estaba dispuesta a escucharla

siempre que así lo necesitara.

Se le quedó un poco de avena atascada en la garganta. ¿Qué demonios le contaría a Knut esta noche?

13

En Rättvik, Ottilia esperaba con creciente impaciencia recibir noticias de la señora Skogh. Desde su visita a Storvik, la vida en el Turisthotell de Rättvik se había vuelto tediosa hasta el punto de resultarle asfixiante. Conocía todos y cada uno de los rincones del restaurante mejor que la palma de su mano. Anticipaba sin problemas cualquier petición que pudieran hacerle los huéspedes. Reconocía la mayoría de las caras que frecuentaban el bar. En resumen, Ottilia tenía la sensación de que acabaría muriendo de aburrimiento si no recibía pronto noticias de la señora Skogh.

Y mientras deambulaba de un lado a otro de la habitación de las chicas, bajo la cumbrera del tejado de la casa de la estación, reflexionó sobre sus opciones. ¿Se habría olvidado de ella la señora Skogh? Poco probable. ¿Sería de mala educación y contraproducente escribirle, por si acaso? Tal vez. Ottilia ya había descartado la eventualidad de probar suerte y viajar a Estocolmo. La señora Skogh le había dicho explícitamente que eso no le serviría de nada. ¿Y si llamaba por teléfono al Grand Hôtel? Si lo hacía, correría el riesgo de que la señora Skogh descargase su ira sobre ella por despilfarrar dinero.

Se detuvo junto a la claraboya de la buhardilla y observó la noche. Era imposible saber dónde acababa el lago Siljan y dónde empezaba el cielo. Y la vida en Rättvik sería así. Un algo y un nada interminables.

La señora Skogh llevaba ya tres semanas en Estocolmo. Desde un punto de vista realista, cuanto más tiempo pasara, menos probabilidades había de que se pusiera en contacto con ella. Otra opción, por supuesto, era viajar igualmente a Estocolmo y buscar trabajo en otro hotel. El lado positivo de esta alternativa era que le supondría un auténtico reto, y el negativo, que, de dar ese paso, abandonaría la esfera de influencia de la señora Skogh y tal vez arruinaría para siempre la exigua posibilidad de conseguir algún día

un puesto en el Grand Hôtel.

Ottilia se metió en la cama. Rättvik florecía en verano y la llegada de su nuevo hermano se esperaba para julio, pero si la señora Skogh no la había mandado llamar hacia agosto, se arriesgaría y le presentaría su renuncia. Satisfecha con su decisión, Ottilia cerró los ojos. El nuevo director, el señor Blomqvist, tenía programada una visita al establecimiento al día siguiente y Ottilia no estaba dispuesta a que sus estándares de calidad se vieran afectados por la falta de sueño. Con un poco de suerte, incluso era posible que el señor Blomqvist la mencionara por su excelente trabajo cuando pasara su informe a la señora Skogh, lo cual quizá le refrescaría la memoria de que tenía que encontrarle un puesto a Ottilia en el Grand Hôtel.

A la tarde del día siguiente, Ottilia se quedó mirando boquiabierta al hombre sentado al otro lado de la mesa de despacho.

—¿Mi sustituta?

—Acabo de explicarle —dijo el señor Blomqvist, como si le estuviera hablando a una niña con alguna discapacidad intelectual— que su sustituta empezará el lunes y que tiene que enseñarle cómo funcionan las cosas aquí.

Con el corazón latiéndole a mil por hora y sujetándose con fuerza al asiento de la silla, Ottilia intentó mantener un tono de voz sereno.

—¿Me permite preguntar por qué? ¿Ha encontrado alguna falta en mi trabajo?

El señor Blomqvist frunció el entrecejo.

—Señorita Ekman, la señora Skogh me ha asegurado que es usted una chica brillante. Pero incluso una chica lerda entendería que no puede seguir siendo jefa de comedor en Rättvik mientras trabaja en Estocolmo.

Ottilia contuvo un grito.

—¿Estocolmo?

El señor Blomqvist suspiró.

—Empecemos de nuevo. Ha recibido usted una carta ofreciéndole un puesto en el Grand Hôtel. En su carta, la señora Skogh le decía que solo tenía que responderle en caso de haber cambiado de idea. De hecho, la señora Skogh me dijo que estaba segura de que usted

aceptaría el puesto, e incluía una fecha de inicio, el primero de mayo, que creo que es el próximo jueves. Acordamos que se presentaría usted en el despacho de la señora Skogh a las cinco del miércoles, para así poder empezar a trabajar al día siguiente.

Ottilia se recostó en la silla.

—No he recibido ninguna carta.

—La señora Skogh la envió la semana pasada.

Ottilia negó con la cabeza.

—No me ha llegado nada.

El señor Blomqvist rio por lo bajo.

—No es muy frecuente que los planes de Wilhelmina se tuerzan, pero siempre hay una primera vez para todo. —Se recuperó de su risilla y carraspeó levemente—. Imagino que quiere el puesto.

—Por supuesto que lo quiero. —Ottilia se vio zarandeada por una oleada de emoción y terror. Se llevó la mano a la boca para contener su incredulidad. Trescientos mil habitantes en la ciudad y trescientas habitaciones en el Grand Hôtel. Su cabeza empezó a pensar a toda velocidad mientras su cerebro intentaba darle sentido a aquella enormidad. Era viernes y tendría que marcharse el martes, pero tenía tiempo suficiente para preparar la maleta… y comunicárselo a la familia. La asaltó de pronto otro pensamiento—. ¿Sabría, por casualidad, qué tipo de puesto me han ofrecido? La señora Skogh me mencionó en su día que el comedor solo podía ser atendido por hombres.

—No tengo ni la más mínima idea. ¿Necesita saberlo antes de irse? Podríamos llamar por teléfono a la señora Skogh.

Ottilia se quedó pensando. Una llamada telefónica serviría tan solo para satisfacer su curiosidad. Fuera lo que fuese lo que tuviera pensado para ella la señora Skogh, Ottilia lo aceptaría encantada.

—No es necesario, gracias. Será una gran sorpresa para cuando llegue allí. —Y se permitió una risita por su comentario jocoso.

El señor Blomqvist la miró fijamente.

—Dispondrá de dos días para enseñar a su sustituta los entresijos. No es que carezca de experiencia, es obvio, pero cada restaurante tiene sus propias singularidades y costumbres, por no hablar de

explicarle las cifras que yo le solicitaré. Su sustituta necesita saber todo esto.

Ottilia arrugó la frente.

—Imagino que tendré que partir el martes si es que tengo que buscarme alojamiento para una noche y estar en el Grand Hôtel a las cinco de la mañana siguiente.

—¿A las cinco de la mañana? Santo cielo, señorita Ekman. De la tarde. Si toma el primer tren que sale de Rättvik, debería llegar a Estocolmo alrededor de las cuatro de la tarde. Lo cual le dará tiempo suficiente para llegar al hotel a las cinco.

—¿A cuánto queda el hotel de la estación?

—Creo que es un paseo de diez minutos. Cuando salga de la estación estará en Vasagatan, entonces gire a la derecha y camine en dirección al mar. Luego continúe por Strömgatan y siga andando hasta que vea a lo lejos el Grand Hôtel. Dejará a su izquierda el nuevo edificio de la Ópera Real y a su derecha, al otro lado del agua, verá el Palacio Real.

—Parece bastante sencillo. Y si me pierdo, tengo lengua para preguntar. —Se mordió el labio—. ¿Y si el tren sufre algún retraso y llego tarde?

—En ese caso tendrá que correr para llegar lo antes posible. La necesitamos allí en la fecha indicada, señorita Ekman.

—Por supuesto.

Juntó las manos, consciente de que estaba sonriendo de oreja a oreja. Estocolmo. Por fin.

El miércoles por la mañana a primera hora, con el sol brillando en un cielo azul despejado y los pájaros tempraneros trinando con la excitación que conlleva la primavera, Ottilia llegó al andén número dos en compañía de su madre, su padre, Torun y Birna. Ottilia abrazó a su madre.

—Ve con mucho cuidado —le dijo su madre por quinta vez en lo que llevaban de mañana—. Los hombres de Estocolmo no son como los muchachos de por aquí.

El padre de Ottilia sonrió con indulgencia y buen humor a su embarazada esposa.

—¿Y qué sabes tú de los hombres de Estocolmo, querida?

La madre de Ottilia le dio un codazo en las costillas.

—Lo suficiente como para saber que nuestra Ottilia debe andarse con cuidado. Y recuerda —prosiguió, dirigiéndose ahora a su hija— que un contratiempo no es más que un contratiempo, y que no hay nada que una mujer decidida no pueda hacer.

—Lo recordaré, mamá.

Intercambiaron sonrisas de complicidad.

Ottilia le dio un abrazo a Birna.

—Tú cuídate también. Y sigue estudiando.

Birna estaba resplandeciente.

—Para poder ir a Estocolmo y continuar mis estudios allí.

Ottilia se volvió entonces hacia una abatida Torun y abrió los brazos.

—Veremos qué puedo hacer —le dijo a su hermana al oído.

Su padre las guio a todas hacia la puerta de un vagón de segunda clase.

Ottilia tragó saliva para deshacer el nudo que de repente se le había formado en la garganta. Se puso de puntillas y enlazó las manos por detrás de la nuca de su padre.

El padre de Ottilia le dio unas palmaditas en la espalda y la soltó.

—Es hora de embarcar. No quiero que una hija mía obligue a retrasar el tren.

La ayudó a subir el escalón de madera y a colocar en el estante su pequeña maleta. Y cuando su padre bajó de nuevo al andén, Ottilia ocupó su asiento junto a la ventana y acercó la palma de la mano al cristal.

Su madre hizo lo mismo al otro lado.

—Te quiero —dijo su madre, y no se apartó hasta que su padre hizo sonar el silbato y el tren empezó a moverse.

Ottilia se volvió y vio cómo las cuatro figuras del andén se hacían cada vez más pequeñas hasta acabar desapareciendo. Se sentó entonces y se secó una lágrima. «Mira el lado bueno —se dijo

regañándose—. ¿Preferirías volver a tu antiguo trabajo?». Por supuesto que no. Tampoco era que se marchase a América. Muchos lo habían hecho, incluso dos hermanos de su padre. Cabía la posibilidad de que ellos jamás volvieran a ver su casa, pero la familia de Ottilia estaría tan solo a un viaje de tren de distancia. Y Estocolmo se convertiría además en su nuevo hogar. ¿Qué era lo que le había dicho el señor Blomqvist? ¿Que tanto la Ópera como el Palacio Real estaban en el trayecto entre la estación y el Grand Hôtel? Dios mediante, cuando se acostara esta noche en el Grand Hôtel, habría visto ambos edificios. Notó un nuevo cosquilleo de emoción en la boca del estómago. Y en cuanto el tren empezó a avanzar firmemente kilómetro tras kilómetro entre los bosques de pinos de la provincia de Dalarna, Ottilia fijó su mirada en el paisaje.

Cuando Ottilia se bajó del tren en la estación de central de Estocolmo, no sufrió ningún indicio del mareo que había experimentado en Storvik. Todo lo contrario, se sentía viva y ansiosa por entrar a formar parte de la metrópoli. Y pensar que Storvik le había parecido un lugar concurrido. Las manecillas del reloj de la estación marcaban las cuatro y diez. No era necesario ir con prisas, aunque sería una tontería entretenerse y con ello correr el riesgo de llegar tarde. Ottilia siguió a los demás pasajeros hacia la sala de espera y, al llegar allí, se detuvo de repente, pasmada. Un joven chocó contra ella por la espalda. «¡Cuidado con lo que hace!».

Ottilia murmuró unas palabras de disculpa, se apartó del camino de la gente y levantó la vista hacia un techo abovedado soportado a ambos lados por numerosos pilares de piedra. Los rayos de sol se filtraban a través de una hilera de ventanas con parteluz situadas a unos treinta metros por encima del suelo de mármol, pero no solo la arquitectura le llamó la atención. Dondequiera que mirase, la gente que esperaba los trenes iba vestida con ropa de calidad. Ottilia llevaba su mejor abrigo de primavera, por suerte, pero dudaba que pudiera decirse lo mismo de aquella gente tan distinguida. ¿Serían tan elegantes todos los edificios de Estocolmo? ¿Sería todo el mundo rico?

La respuesta la obtuvo en cuanto salió a Vasagatan, donde hombres con gorra empujaban carretillas o ayudaban a caballeros con sombrero

de copa a subir a resplandecientes carruajes estacionados enfrente del Hôtel Continental. Ottilia captó de pronto el ruido y la velocidad de un tranvía que pasaba en aquel momento por delante de un gigantesco y ornamentado edificio de ladrillo que estaba en construcción en la esquina. Lucía ya un elegante rótulo donde podía leerse «Royal Mail». Incluso los árboles eran nuevos. No crecían de forma silvestre y libre como en Dalarna, sino que estaban plantados en estricta fila india para adornar las calles de la ciudad. Y, entre todo ello, el olor inconfundible a cloacas y excrementos de caballo.

Giró la cabeza a derecha e izquierda y echó a andar en dirección al mar, para detenerse de nuevo un momento para contemplar, al otro lado, lo que dedujo que debía de ser Gamla Stan. A su derecha, lo que parecía una casa de baños flotante se balanceaba a merced de las olas. ¿Se atrevería algún día a bañarse allí?

Consciente de que había perdido por completo la noción del tiempo, Ottilia echó a correr por los adoquines de Strömgatan y pasó a una pequeña isla en la que vio otro gran edificio en construcción. A juzgar por la mampostería, también acabaría siendo una estructura impresionante cuando estuviera terminado. De hecho, debía de tratarse de un edificio muy importante porque, con un escalofrío de júbilo, Ottilia se dio cuenta de que estaba justo delante del Palacio Real. El estandarte real ondeaba al viento. ¿Significaría eso que estaba muy cerca del rey?

Vio que el edificio de la Ópera Real quedaba en una plaza grande a su izquierda, y entonces Ottilia se paró en seco. Allí, justo delante de ella y con todo su esplendor iluminado por el sol, se alzaba el Grand Hôtel. Esperaba elegancia, pero aquel edificio, con su tejado decorado y sus balcones de hierro forjado, eclipsaba todo lo que había visto en la ciudad hasta ese momento. Echó a correr.

La entrada de personal, por Stallgatan, estaba señalizada discretamente. Con orgullo, Ottilia abrió la puerta y accedió a un pasillo largo con embaldosado sencillo. Aromas deliciosos y el sonido de las cacerolas le dieron a entender que se encontraba cerca de las cocinas. La familiaridad de aquel ambiente se sumó a la innegable sensación de haber llegado a casa. Pero ¿dónde ir? Asomó la cabeza

por la primera puerta que encontró, que a juzgar por los abrigos colgados y las botas en el suelo debía de ser algún tipo de sala de personal. Un hombre con una elegante chaquetilla blanca estaba inclinado sobre una mesa estudiando un libro de contabilidad.

—Hola —dijo Ottilia.

El hombre levantó la vista y le regaló una sonrisa. Vio entonces su maleta.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Soy Ottilia Ekman. Tengo cita con la señora Skogh a las cinco.

—¿Lo dice como un hecho consumado? —El hombre sacó un reloj del bolsillo del pecho de la chaqueta—. Menos diez. Tomo nota de su llegada y le muestro el camino.

—Gracias. ¿Hay por aquí cerca algún lugar donde pueda refrescarme?

El hombre señaló una puerta estrecha.

—El baño está ahí. Si se da prisa, puedo esperar, pero mi turno empieza a las cinco y a esa hora tengo que estar ya en el bar.

—Seré rápida —le prometió Ottilia.

Tres minutos más tarde se había refrescado la cara y lavado las manos. Llevaba el cabello lo más correcto posible teniendo en cuenta que no le había dado tiempo a soltárselo y recogerlo de nuevo. Pero había que tener presente que tanto su pelo como su persona llevaban doce horas en pie. En cualquier caso, le habría gustado disponer de un poco más de tiempo para arreglarse.

—Caramba, eso sí que ha sido rápido —dijo el hombre al verla aparecer de nuevo. Le cogió la maleta—. Sígame.

Subieron un tramo de peldaños de piedra que conducían hasta otro pasillo, este menos espartano pero, aun así, más funcional que impresionante. El hombre le devolvió la maleta y le señaló una puerta abierta con un cartel donde podía leerse «Dirección».

—El despacho de la señora Skogh está por allí.

Ottilia se despidió con una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, señor.

El hombre rio entre dientes.

—No es necesario que me salude de esta manera. Soy Charley

Löfvander.

—Gracias, señor Löfvander.

Una voz conocida rompió el silencioso ambiente.

—Svensson, haga pasar a Ekman.

14

La señora Skogh estaba sentada detrás de un impresionante escritorio abarrotado por lo que a primera vista parecían menús, telegramas y cartas. Si Ottilia se había preguntado alguna vez acerca de la enormidad que suponía dirigir el Grand Hôtel, allí tenía la prueba. El término «atareada» que hasta el momento podría haber acompañado a la señora Skogh, había escalado a «caótica».

—Muy bien, Ottilia —dijo la señora Skogh, como si Ottilia acabara de salir del despacho y hubiera regresado al cabo de poco rato—. Arvid, el señor Blomqvist para usted, me ha informado de que mi carta se extravió y de que no tiene ni idea de por qué está aquí.

—Lo único que sé es que estoy aquí para trabajar, señora. Me prometió que mandaría a buscarme si tenía un puesto adecuado.

—Y he dedicado el último mes a entender a quién tenemos, a quién necesitamos y quién no nos hace falta. Uno de los problemas más acuciantes es el del servicio de habitaciones. Es demasiado lento. Tengo la vaga sospecha de que, por lo que a las cocinas se refiere, el servicio de habitaciones representa un papel secundario con respecto al del comedor. Y esto no puede ser. Desempeñará el puesto de jefa del servicio de habitaciones.

Ottilia se quedó sin aliento.

—Gracias.

—Necesito que establezca rutinas que funcionen sobre ruedas y disponga de un personal fiable. Y que actúe rápido. Estamos en primavera y el hotel se está llenando.

—¿Y dónde está el actual jefe del servicio de habitaciones, señora?

—Su contrato ha finalizado esta misma tarde. Me había dicho con excesiva frecuencia «esta es la manera en la que se han hecho siempre las cosas», de modo que le di hasta final de mes. Que es justo hoy. No tengo tiempo para andar repitiéndome. Elija a su equipo con inteligencia. Conserve el personal que muestre buena actitud y quítese

de encima el resto. Pero debe tener presentes muchas cosas.

La señora Skogh le pasó a Ottilia papel y lápiz.

—Sí, señora.

—Número dos, es joven y nueva. Ha llegado aquí y la han acompañado directamente a mi despacho. Sospecho que a estas alturas ya estará todo el hotel al corriente. Y es además una mujer que va a desempeñar un trabajo que tradicionalmente en este hotel lo ha llevado a cabo un hombre. Habrá quien lo encuentre una provocación, una actitud que no tiene ningún sentido. Esperan que las mujeres gestionen la casa, y los hombres, los hoteles. Pero ¿qué es un hotel sino una casa lejos del hogar? Bien, el hecho es que tendrá que mantenerse firme cuando los veteranos del servicio de habitaciones intenten mangonearla. Y tenga por seguro que algunos lo harán. Conserve la calma. Recuerde que no ha de hacer reverencias a aquellos miembros del personal que sean sus iguales o tengan un rango inferior, y que debe responder ante mí y solamente ante mí. Cuando alguien le pregunte, diga que fui yo quien la formó. Y espero que una respuesta tan simple como esta sirva para matar varios pájaros de un tiro.

Ottilia hizo un gesto de asentimiento mientras empezaba a digerir las connotaciones de su nuevo puesto.

—Número tres, idiomas. Los huéspedes del hotel que hablan sueco son más bien escasos. Son alemanes, franceses, ingleses. Incluso rusos e italianos. Es otra cosa que deberá tener en cuenta cuando elija a su personal. Quiero que tome algunas lecciones de alemán. El hotel corre con los gastos.

—Gracias, pero ¿podríamos esperar unas semanas?

—¿Por qué?

—Porque me parece una tontería pagar lecciones solo para una persona. En cuanto el departamento de servicio de habitaciones funcione correctamente, tendría más sentido que fuéramos dos o tres los que aprendiéramos los básicos.

Ottilia se encogió bajo la mirada de evaluación de la señora Skogh.

—Avíseme, pues, cuando esté lista —dijo la señora Skogh—. Número cuatro. Vamos a remodelar parte de la planta baja, lo que

quiere decir que los obreros empezarán a trabajar el mes que viene. Confío en que hayan terminado a principios de septiembre, pero, mientras estén por aquí, es muy posible que los huéspedes prefieran comer en sus habitaciones. O que, si hace buen tiempo, elijan hacerlo en la ciudad. De modo que no pierda de vista el cielo. Sé que son muchas cosas que asimilar, Ottilia, pero es una chica inteligente. ¿Qué tal va mi hotel en Rättvik?

—Cuando me fui, todo seguía perfectamente. La nueva jefa de comedor se encargó anoche de la gestión del restaurante y fue muy bien.

—Me alegro de oírlo.

—Señora. —Ottilia dio unos golpecitos al papel con el lápiz—. No me ha comentado aún el número uno.

—Presupuesto. Presupuesto. Y presupuesto. Tendrá que encontrar el patrón. Lo que los huéspedes piden y cuándo. Lo que se pide más de la carta del servicio de habitaciones. Y, lo que es más importante, lo que no. Variará entre día laborable y fin de semana, y de temporada en temporada. Y entonces, basándose en estas cifras, entenderá cuánto personal puede permitirse y también el mínimo más mínimo que necesitará para ofrecer un servicio de veinticuatro horas de calidad profesional. Como he dicho, el servicio de habitaciones está siendo muy lento, y eso es inaceptable. Del mismo modo que también lo es tener personal parado y con poco que hacer.

—Entendido. El Grand es como Rättvik pero a gran escala.

—Exactamente, pero que no le oiga nunca decir «el Grand». Es el Grand Hôtel. Siempre. —La señora Skogh consultó sus notas antes de continuar—: Quiero presentarle a Margareta Andersson. Es nuestra gobernanta y creo que apreciará este gesto. Su experiencia, además, le será de gran valía. En muchos sentidos estarán las dos realizando el mismo trabajo: que nuestros huéspedes se sientan satisfechos en sus habitaciones. Y si bien algunos de esos huéspedes son realmente miembros de la realeza, Régis Cadier siempre dijo que todos los huéspedes deberían ser tratados como tales.

—¿Y hay en estos momentos algún miembro de la realeza alojado aquí, señora?

—No, pero tenemos a Sarah Bernhardt. Ha habido un periódico que se ha mostrado muy grosero con respecto a su llegada a nuestro establecimiento. Afirmó que la señorita Bernhardt está tan delgada que, cuando se detuvo el carruaje, no salió nadie de él.

Ottilia se mordió el labio. Y entonces captó el brillo de los ojos de la señora Skogh.

—Estoy segura de que tratará a todos nuestros huéspedes con el mayor de los respetos —dijo la señora Skogh.

Ottilia no pudo hacer más que asentir.

—Mantenga un registro muy claro con las preferencias personales de cada uno. No hay nada que le guste más a un huésped que sentir que se acuerdan de él. Tenemos ya un sistema con este fin, pero debe mantenerlo actualizado. ¿Alguna pregunta?

—Seguro que tendré muchas en cuanto empiece. Pero, como bien dice, tengo a la señorita Andersson para formularle mis preguntas y estoy segura de que en la casa habrá más personas dispuestas a ayudarme. Si me permite, ¿puedo preguntar yo?

—Por supuesto. No me ha preguntado sobre el salario.

—Confío en que me pagará adecuadamente, pero, por encima de todo, le estoy muy agradecida por esta oportunidad.

La señora Skogh esbozó una sonrisa.

—Me alegro de que esté aquí. No me decepcione. Y ahora llamaré a alguien para que le enseñe su habitación. Como jefa del servicio de habitaciones, y como mujer, se le ha asignado un pequeño dormitorio en el pasillo del servicio, en la última planta. Encontrará un folleto con las reglas del personal en la mesita de noche y dos vestidos negros en el armario. Son de la misma talla que los que tenía en Rättvik. Su despacho está junto a las cocinas. El jefe de cocina se llama Sam Samuelsson. Le sugiero que deshaga la maleta y luego baje a las cocinas para conocerlo a él y a su personal. Buena suerte, señorita Ekman.

15

Ottilia siguió a una camarera de planta, que se había presentado como Märta, tramo tras tramo de la escalera trasera.

—Dios —dijo Ottilia—. Creo que nunca había subido tan alto.

—No tendrás vistas sobre el mar. Aunque sí una habitación propia.

Ottilia ignoró el retintín de la voz de Märta.

—Estoy muy agradecida de que me dejen vivir aquí.

Märta se detuvo y dirigió a Ottilia una mirada de incredulidad.

—Todas vivimos aquí.

—Pues es estupendo. No me imagino lo complicado que debe de ser encontrar una habitación decente que poder alquilar en esta ciudad.

El destello de los ojos de la camarera le dio a entender a Ottilia que Märta no se había planteado nunca aquel punto de vista.

—Nos han dicho que eres la nueva jefa del servicio de habitaciones —dijo Märta mientras seguían subiendo.

—Así es.

—Los hombres no están nada contentos.

Los dedos de Ottilia se cerraron con fuerza sobre el asa de su maleta.

—Ah, ¿sí? —dijo, en un tono que esperaba que invitase a Märta a contarle más cosas.

Y Märta lo hizo.

—En la cantina del personal estaban enardecidos. Dijeron que una mujer jamás podía mandar. Knut Andersson dijo que tenían que hacer algo al respecto. Es así, ese Knut. Capaz de pelear y luchar por cualquier cosa excepto por el Movimiento por la Templanza.

Ottilia sintió un escalofrío. No se había desplazado hasta allí para perder su puesto a las pocas horas de su llegada. Tal vez fuera que ese tal Knut Andersson quería el puesto para él. Pero ¿no acababa de decirle la señora Skogh que su predecesor ya se había marchado? Y si una mujer podía dirigir el hotel, ¿por qué no podía dirigir el servicio

de habitaciones?

—¿Sabes cuánto tiempo lleva trabajando ese tal Knut Andersson en el servicio de habitaciones? —preguntó.

—No trabaja en eso —respondió Märta cuando llegaron a un pasillo estrecho—. Es empleado de recepción, y está muy interesado en proteger los derechos de los trabajadores varones. —Pronunció estas últimas palabras con una voz que pretendería imitarlo.

—¿Y qué pasa con los derechos de las trabajadoras mujeres?

Märta soltó una carcajada aguda.

—Depende de qué mujer. Es el marido de la señora Andersson.

Ottilia frunció el entrecejo mientras intentaba comprender el significado de aquel parentesco.

Märta exhaló un suspiro exagerado.

—De nuestra señora Andersson. La gobernanta. Una prueba más de que no hay nada que una mujer no pueda hacer, pero la mayoría de los hombres no lo ven así. Pues ya hemos llegado, esta es tu habitación. —Abrió la puerta que daba acceso a una habitación minúscula con una camita estrecha, un pequeño armario y una cómoda baja junto a la cama—. Aquí solo puedes tener cosas tuyas, excepto las sábanas y las mantas. Nada que pertenezca al hotel. Y tampoco puedes sacar ningún objeto del hotel, ni siquiera en calidad de préstamo. De vez en cuando hacen comprobaciones. —Echó un vistazo al pequeño espacio—. Apostaría lo que fuera a que el último jefe de servicio de habitaciones tenía una habitación más grande. Pero, como estaba en la zona de los hombres, nunca lo sabremos.

—Supongo que no —coincidió Ottilia—. ¿Y tu habitación dónde está?

—La comparto con otras cinco chicas y está tres puertas más allá —dijo Märta, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Esto era antes el cuarto de la ropa blanca, pero lo han trasladado a otro lugar más cerca de un depósito de agua caliente para que todo esté más seco y aireado. Te dejo, pues. He acabado mi turno y algunas le hemos pedido permiso a la señora Andersson para salir hasta tarde… Es la noche de Walpurgis.

—Espero que lo paséis muy bien. Una última pregunta: ¿cómo llego

a las cocinas desde aquí?

—Baja por la escalera que hemos subido y sigue bajando hasta que llegues al sótano. Lo adivinarás enseguida. Pasillos largos y embaldosados. Gira a la derecha y déjate orientar por el ruido y los deliciosos aromas.

Ottilia sonrió.

—Me las apañaré, seguro.

—Eso espero o, si no, que Dios ayude al servicio de habitaciones. Porque hay que dejar claro que los hombres no tienen razón, ¿verdad?

Ottilia dejó la maleta al lado de la cama y abrió el armario, donde encontró colgados dos vestidos negros de seda de manga larga con cuello alto blanco y pechera. Un escalofrío de emoción la tentó a cambiarse enseguida. Aunque mejor no. Su trabajo no empezaba oficialmente hasta el día siguiente, y si el personal del servicio de habitaciones pretendía ponérselo difícil, mejor no brindarles hoy mismo una oportunidad de burlarse de su autoridad. ¿Y por qué no iban a hacerlo? Habría hombres que le doblarían la edad. Que tendrían la misma edad que su padre. Tragó saliva. También él se opondría a estar bajo las órdenes de una «muchacha». Pero era evidente que la señora Skogh creía que los pros de nombrarla jefa del servicio de habitaciones superaban los evidentes contras y, en consecuencia, Ottilia debía confiar en el buen juicio de la directora del hotel.

Con la cabeza bien alta, Ottilia volvió sobre sus pasos y bajó corriendo la escalera. Tal y como Märta le había asegurado, le resultó sencillo localizar las cocinas. Se detuvo al llegar a la puerta y observó con perplejidad la enormidad y la complejidad de una cocina que a buen seguro era capaz de organizar comidas para un millar de huéspedes. Y pensar que creía que la cocina del Turisthotell de Rättvik era grande. El sonido del metal contra metal competía con las órdenes a gritos de los cocineros, mientras un ejército de hombres y mujeres, vestidos con el conocido uniforme blanco de cocina, corrían de un lado a otro con cacerolas, sartenes y bandejas. Los aromas a carnes jugosas y sabrosas salsas le hicieron la boca agua y le provocaron un rugido en el estómago. Saludaría y luego iría a localizar la cantina.

Examinó con la mirada el espacio para identificar al jefe de cocina. Un hombre bajito con sombrero alto estaba de pie al lado de lo que debía de ser la puerta de un despacho; gesticulaba de manera agitada mientras hablaba con otro hombre, que debía de ser el jefe de comedor. En aquel momento, el supuesto jefe de comedor miró hacia el otro lado de la cocina y señaló en dirección a Ottilia. El jefe de cocina se giró y los dos echaron a andar hacia ella.

—¿Señorita Ekman? —preguntó el jefe de cocina.

—Sí.

Ottilia esbozó su mejor sonrisa y le tendió la mano.

El jefe de cocina dudó, aceptó la mano y luego dio la impresión de arrepentirse de su decisión. Miró a Ottilia de arriba abajo.

—¿Qué diablos lleva puesto?

Ottilia levantó la barbilla.

—Mi ropa de viaje.

—No puede entrar en mi cocina vestida así. En esa falda debe de llevar acumulada toda la suciedad de dondequiera que venga.

—Seguro. —Ottilia notó que se le encendían las mejillas—. Pero ni he entrado en su cocina ni he empezado aún a desempeñar mi puesto.

—¿No ha empezado en su nuevo puesto? —El jefe de cocina parecía a punto de estallar—. Señorita Ekman, tengo una cocina que dirigir, comensales a los que servir. No tengo ni tiempo ni capacidad ni ganas de realizar su trabajo. Lo dejo en sus manos, Möller.

Y se marchó. Su colega se volvió hacia Ottilia.

—Soy Gösta Möller, el *maître d'hôtel*. Es la noche de Walpurgis, el comedor está lleno a rebosar y no tenemos personal para el servicio de habitaciones. Esa es su área de responsabilidad.

Ottilia se quedó mirándolo.

—¿Qué?

—Que no tenemos personal para el servicio de habitaciones —le anunció con claridad Möller.

—¿Y qué pasa con el turno de noche?

—Se han ido. Cuando su predecesor se ha marchado a las seis de esta tarde, ellos lo han hecho también. Cuanto antes comprenda la señora Skogh que los hombres están del lado de su jefe, antes podrá

ser readmitido y todos podremos volver a la normalidad. Pero, hasta que llegue este momento, fuentes fiables me han informado de que el departamento de servicio de habitaciones ha dejado de existir. Y yo no dispongo de camareros suficientes para mantener los estándares de calidad del comedor y enviarlos además a repartir comidas en carritos por todo el hotel. Ojalá los tuviera.

Con el corazón acelerado por la ira y por el pánico, Ottilia intentó pensar con sensatez. Estaban en juego tanto la reputación del hotel como su puesto de trabajo. Ya le habían advertido que tendría que luchárselo y ahora era un buen momento para empezar a hacerlo. De hecho, no le quedaba otra alternativa. Con férrea determinación, enderezó la espalda y miró fijamente a Möller.

—Señor Möller, ¿puedo pedirle que siga defendiendo la fortaleza veinte minutos más?

—No puede. Como acabo de explicarle, el comedor está lleno y necesito a todo mi personal. Incluyéndome a mí.

—Y me ha explicado también que yo no tengo personal y que no voy vestida en condiciones de entrar en la cocina —dijo Ottilia, señalando su blusa y su falda—. Como mínimo, tengo que cambiarme.

—No necesita veinte minutos para cambiarse. Le doy diez —replicó —. Aunque no me imagino cómo va a poder gestionar sola el servicio de habitaciones. Es imposible.

—Ya veremos cómo, ¿no le parece? En diez minutos estoy aquí. Gracias, señor Möller.

Maldiciendo para sus adentros la falda que se le enredaba en los tobillos y le aminoraba la velocidad, Ottilia subió a la carrera los cuatro pisos y llegó al pasillo de la zona de mujeres. Localizó su habitación, contó tres puertas y aporreó la tercera. Se abrió al instante. Una chica de su edad se quedó mirándola, furibunda.

—¿Hay un incendio o qué? ¿Y tú quién eres?

—Ottilia Ekman —respondió con un hilo de voz, y se sujetó en el marco de la puerta para coger aire.

Apareció entonces Märta.

—¿Qué quieres? —Su tono era de fastidio y curiosidad a partes iguales.

Ottilia examinó la habitación. Las dos literas triples estaban con la cama hecha pero llenas de blusas, cepillos para el pelo y bolsos. Se le cayó el alma a los pies. Las camareras de planta se estaban preparando para salir de fiesta. Y las seis caras se habían vuelto hacia ella.

—Los hombres del servicio de habitaciones se han largado —dijo Ottilia.

Hubo un grito de sobrecogimiento colectivo.

—Caramba. Espera a que la Skogh se entere —dijo la chica que había abierto la puerta—. Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotras?

—Necesito ayuda. No puedo llevar el servicio de habitaciones sola. Como mínimo necesitaré a alguien que coja el teléfono mientras yo hago las entregas.

—¿Que tú piensas hacer las entregas? —cuestionó en tono burlón Märta—. Solo los hombres hacen las entregas.

Ottilia controló los nervios. Los diez minutos terminarían pronto y ni siquiera se había cambiado.

—Pues esta noche no serán hombres. —Ni nunca más si me salgo con la mía—. Y haríamos el servicio nosotras.

—¿Y que la Skogh nos despida mañana en cuanto se entere? No, gracias. Cierra la puerta, Beda, quiero cambiarme.

Ottilia plantó el pie en el umbral.

—Nadie será despedida. Os lo garantizo. —Aunque perdiera su puesto por ello.

Beda entrecerró los ojos.

—Íbamos a salir.

—Lo sé. Y lo siento. —Ottilia suavizó el tono—. Pero el Grand Hôtel se ha quedado sin servicio de habitaciones. Si fuerais un huésped, ¿preferiríais que os sirviese una mujer o pasar hambre?

—El comedor está abierto.

—Sí, efectivamente. —Ottilia se la jugó—. Pero si fuerais Sarah Bernhardt, ¿qué haríais?

—Hoy hemos arreglado sus habitaciones —dijo Märta con ojos soñadores—. Ella y su séquito llegaron con ochenta y dos baúles y tienen once habitaciones del primer piso. Olían a perfume francés, algunas. ¿Verdad, Beda?

Beda puso casi los ojos en blanco con exageración teatral.

—*Oh, là là*, olía de maravilla.

—Estoy impresionada. —Ottilia aprovechó la oportunidad para presionar y cerrar el trato—. ¿Me ayudaréis o no?

Beda se cruzó de brazos.

—¿Y qué recibiríamos a cambio? Renunciaríamos a nuestra noche de fiesta. ¿Cuándo fue la última vez que salimos, chicas?

—Hace tanto tiempo que ni me acuerdo —respondió en el acto Märta.

—Se os pagará —dijo Ottilia.

—¿Lo has cerrado ya con la señora Skogh?

—No —reconoció Ottilia—. Pero si ella se niega, lo pagaré de mi bolsillo. Aunque tendréis que esperar a que reciba mi sueldo —añadió. Y cruzó los dedos para no ser despedida antes de ganárselo.

Beda taladró a Ottilia con una mirada que ponía claramente en cuestión su cordura.

—¿Nos pagarás de tu propio bolsillo para ayudar al Grand Hôtel?

—Si es necesario, sí. Pero no puedo esperar más. Tengo que ir a cambiarme y volver a la cocina.

Ottilia dio media vuelta para marcharse.

—¿Y por qué harías eso? —preguntó Märta.

Ottilia se volvió de nuevo.

—Porque el mejor hotel de Suecia necesita servicio de habitaciones, y porque estoy harta y cansada de que los hombres nos digan a las mujeres lo que podemos y no podemos hacer.

—Yo voy —dijo una voz desde el fondo de la habitación. Una chica delgada con un bello rostro en forma de corazón se acercó a la puerta —. Estaré allí en cinco minutos.

Ottilia exhaló un suspiro de alivio. Ahora tenía al menos alguien con quien compartir la logística.

—Gracias.

Beda la fulminó con la mirada.

—¿Vas a hacerle la pelota, Karolina?

La chica negó con la cabeza.

—No. Igual que tampoco le hice la pelota a nadie cuando ayudé con

lo de los marcos de los cuadros. Y esto no es culpa de Ottilia. Perdón. —Se ruborizó—. Culpa de la señorita Ekman.

Beda siguió mirándola con rabia.

—¿Estás diciendo que lo de esos marcos era culpa nuestra?

—Lo que estoy diciendo es que…

—No dispongo de tiempo para esto —dijo Ottilia cortándola—. Tengo que ir a cambiarme. El señor Möller me ha dado diez minutos, pero ya deben de haber pasado quince. Nos vemos abajo, Karolina, y gracias de nuevo.

El *maître d'hôtel* puso mala cara cuando Ottilia reapareció con su vestido negro.

—Se ha tomado su tiempo. —La acompañó hacia una puerta con el cartel de «Servicio de habitaciones» y le entregó un fajo de papeles—. Los pedidos. Ya que la he visto tan empecinada en entregarlos personalmente —sacudió la cabeza, en un gesto continuo de incredulidad—, los hemos aceptado.

—Gracias. ¿Y cuál es el camino más rápido para entregarlos?

—El ascensor. —Señaló una puerta en la que Ottilia no se había fijado, situada detrás de unas estanterías llenas de vajilla, cristalería, cubertería, manteles, servilletas, cubreplatos de plata, enfriadores de vino y toda la parafernalia necesaria para servir bebidas calientes, preparar un carrito elegante y servir una mesa atractiva—. La cocina lo emplata todo, pero el resto deberá hacerlo usted.

—Por supuesto. —Cogió los papeles—. ¿Y están preparados todos los pedidos?

—Es lo que acabo de decir, sí. Y ahora me temo que se queda sola.

—No del todo. —Ottilia señaló a Karolina, que acababa de cruzar la puerta, y luego sonrió de oreja a oreja al ver que Märta y Beda llegaban detrás—. Chicas, bienvenidas al caos del departamento de servicio de habitaciones. Veamos, ¿alguna de vosotras sabe cómo poner una mesa?

—Yo —respondió Karolina—. Estuve ayudando a preparar mesas durante unos días, cuando la mitad del personal se puso de baja por la gripe. —Lo dijo con orgullo—. ¿Os acordáis? —preguntó, dirigiéndose a sus compañeras—. Trabajé en el comedor, y una vez en el Salón de

los Espejos.

Ottilia levantó la mano para parar la conversación.

—Maravilloso. Y veo que eres más o menos de mi altura y constitución, así que sube corriendo a mi habitación y ponte el vestido negro que encontrarás en el armario. Y date prisa, por favor.

—¿Dónde está…?

—En lo que antiguamente era el cuarto de la ropa blanca —le explicó Märta—. ¿Yo qué hago?

Ottilia examinó con la mirada a Märta y a Beda.

—¿Alguna de vosotras habla alemán o inglés?

—Las dos —respondió Beda. Y entonces se ruborizó—. Bueno, yo solo sé decir hola y buenos días. Märta sabe más.

—Solo inglés —dijo Märta.

—Con el inglés saldremos más o menos adelante. —Ottilia señaló el teléfono—. Tu trabajo, Märta, consistirá en tomar nota de los pedidos y ayudar a Beda cuando el teléfono no suene. —Justo en aquel momento sonó el teléfono y las chicas se echaron a reír—. Escuchad y aprended, y echadle un vistazo a la carta del servicio de habitaciones, os será de gran ayuda. —Ottilia señaló una hoja de papel impreso que había junto al teléfono. Cogió un lápiz—. Servicio de habitaciones, ¿en qué puedo ayudarle? Por supuesto, señor. ¿Y cómo desea la carne? Al punto. ¿Y qué desearía para beber? Sí, señor. ¿Alguna cosa más, señor? ¿Y podría facilitarme su número de habitación? Gracias. Permítame que le confirme: será una langosta rellena, un *boef à la providence* y media botella de Bollinger. Enseguida se lo servimos, señor. —Cogió el formulario de servicio de habitaciones que acababa de rellenar—. ¿Lo veis? Ahora hay que apuntar la hora —señaló el reloj y escribió 18.32 en el cuadradito de la parte superior— y dárselo al cocinero responsable del servicio de habitaciones.

Märta se había quedado blanca.

—Oh, Ottilia, señorita Ekman. No sé si voy a saber hacerlo. Me aturullaré. Normalmente no hablamos con los huéspedes. Y menos así.

Ottilia se llevó las manos a las caderas.

—¿Qué le ha pasado a esa chica tan arrogante que hace un momento me ha dicho que «no hay nada que una mujer no pueda

hacer»?

Märta tuvo la gracia de sonrojarse.

—Lo intentaré. —Se cruzó de brazos—. Pero no quiero que me despidan si digo algo incorrecto.

—Buena chica. No te despedirán. Estúdiate bien la carta para saber qué pueden pedir los huéspedes. Beda, tú te encargarás de preparar los carritos con Karolina y yo haré las entregas.

—No sé cómo. Yo solo he visto carritos con platos sucios, no con toda esta elegancia y pulcritud.

—Os lo voy a enseñar. —Ottilia colocó un carrito en medio de la estancia y, con un gesto experto de muñeca y un chasquido satisfactorio, desplegó un mantel blanco de lino. Lo colocó sobre el carrito y extendió por encima, desde un extremo del lado largo hasta el otro, un camino de mesa de color azul marino—. Y ahora mirad. —Menos de un minuto después, el carrito estaba listo. —Los platos, claro está, os los dará el cocinero, pero debéis recordar taparlos siempre con un cubreplatos de plata.

—Jamás conseguiré recordar todo esto —dijo Beda con rotundidad —. Ni siquiera sabía que cada condimento tiene un lugar determinado.

—Este carrito no lo utilizaremos —les explicó Ottilia—. Y os servirá de plantilla para saber cómo disponer los demás. Habrá que adaptarlos siguiendo el orden de los pedidos, pero tener uno preparado con antelación os irá de maravilla para ahorrar tiempo. Que no cunda el pánico, Karolina y yo verificaremos los carritos antes de las entregas.

—¿Y si se me cae una copa?

—Pues recogerás los fragmentos tal y como harías si encontraras los restos de una copa en el suelo de una habitación. Venga, empieza a preparar un carrito. Enseguida le cogerás el tranquillo.

Sonó el teléfono.

—Venga, Märta, es para ti.

Märta descolgó el auricular con mano temblorosa. Movió la cabeza como si estuviera saludando.

—Servicio de habitaciones. Sí, señor, quiero decir, señora. Lo siento, señora. —Otra reverencia.

Beda se tapó la boca con la mano e imitó la reverencia de su compañera. Ottilia le lanzó una mirada furibunda y señaló un carrito. Beda, con expresión de arrepentimiento, se puso a trabajar.

—El salmón, señora —estaba diciendo Märta. Buscó con la mirada un lápiz. Ottilia se lo pasó—. Muy bien, señora. ¿Y de beber qué querrá? *Mo-ët* —repitió, como un loro—. ¿Y su número de habitación? Gracias, señora. Ahora se lo subimos. —Märta se dejó caer en la silla —. Creo que mis nervios nunca se recuperarán de esta.

—Ha sido un primer intento muy bueno —dijo Ottilia—. Solo tienes que acordarte también de preguntarle al huésped si desearía alguna cosa más.

—Y no es necesario que hagas reverencias —añadió Beda.

Märta le dio un codazo a su amiga.

—Pues ponte tú, señorita Sabelotodo.

Karolina llegó. Giró sobre sí misma enfundada en el vestido negro.

—¿Qué tal estoy? Me parece increíble llevar este vestido.

—Muy profesional —dijo Ottilia—. Cuando estuviste ayudando en el comedor, ¿serviste alguna vez los platos? ¿Sería eso otro milagro?

—¡Por Dios, no! En el comedor no sirven nunca mujeres. Y, además, soy demasiado joven. Hay que tener como mínimo veinticinco primaveras.

—Pues esta noche servirás platos. No todos los huéspedes quieren que se les sirva cuando piden servicio de habitaciones, por eso siempre hay que preguntar antes, pero si tienes que hacerlo, no es muy complicado. Recuerda lo siguiente: servir la bebida por la derecha y la comida por la izquierda. Las señoras primero. La mano libre recogida detrás de la espalda. Y cuando hayas terminado, preguntar si desean algo más. Si te dicen que no, marcharte rápidamente.

De pronto se levantó la portezuela que separaba la sala del servicio de habitaciones de la cocina. Un camarero depositó en la superficie dos platos exquisitamente presentados de costillas de cordero y verduras de temporada, junto con el formulario de petición.

—Perfecto —dijo Ottilia—. Es para la habitación 315. Un pedido fácil. Sin *hors d'oeuvre* ni postre.

—¿Ore qué? —preguntó Märta.

—*Hors d'oeuvre*. —Ottilia señaló la línea de encabezamiento de la carta—. Significa «aperitivo» o entrada, y la «h» y la «s» no se pronuncian. Muy bien, Karolina. Lleva el carrito a la habitación 315. ¿Y qué te he dicho sobre cómo debes servir?

—La bebida desde la derecha y la comida desde la izquierda. Las señoras primero.

—Buena chica. Y ahora, rápido. Va a ser una noche muy ajetreada.

Sonó el teléfono. Ottilia se volvió hacia Märta, que ya tenía una mano en el auricular y un lápiz en la otra. Beda estaba preparando otro carrito. Ottilia se permitió esbozar una sonrisa. Tal vez, solo tal vez, la solución funcionara.

16

La noticia de la decisión de Ottilia de enviar mujeres a servir los pedidos del servicio de habitaciones se extendió por el hotel igual que la mantequilla sobre una tostada caliente.

Detrás de la barra, el responsable del bar, sujetaba una copa inclinada debajo del grifo de cerveza.

—Estoy de acuerdo, normalmente aquí no lo hacemos, pero ¿qué otra alternativa tenían? —dijo, en respuesta al monólogo contrariado de un camarero—. He visto mujeres servir en otros establecimientos.

Dejó la copa en una bandeja y cogió otra para repetir el proceso. Kristian lo miró con mala cara.

—¿Tenían? Todo es por esa chica nueva. El puesto le va grande, se mire por donde se mire. Además, ¿de qué lado está usted?

—Del lado del sentido común.

Kristian cogió la bandeja.

—Me apuesto lo que quiera a que por la mañana ya la han despachado, y estaré encantado de abrirle la puerta.

—De hacerlo, estarás haciendo el trabajo del portero. —Charley sonrió—. A menos que estés pensando en plantarte en la entrada del personal.

Kristian lo fulminó con la mirada.

—Se cree muy gracioso, ¿verdad? Pues no lo será tanto cuando lo sustituyan por otra de esas jodidas mujeres.

—Te agradecería —replicó Charley— que recordaras que soy tu superior y que utilizaras un lenguaje bien educado.

—Perdón, señor Löfvander. Es solo que esta situación me pone de los nervios. Es evidente que no es lo correcto.

—Yo sí que te pondré de los nervios si no sirves estas cervezas rápidamente. Si sigues aquí quejándote por algo que no tiene nada que ver contigo, se quedarán sin espuma.

—Sí, señor.

Entró entonces Gösta Möller.

—¿Sabes qué tal les va a las del servicio de habitaciones? —preguntó Charley.

Möller negó con la cabeza.

—Cuando he salido de la cocina, la joven Karolina Nilsson estaba subiendo a alguna habitación con un carrito. Imagino que sabré más cosas a medida que avance la noche.

—¿No te sobra nadie para ayudarlas?

—Todavía no, no puedo. Esta noche vamos de cráneo. Pero en cuanto el comedor se calme un poco, veré qué puedo hacer.

Charley hizo un gesto de asentimiento.

—Buen chico. Pero la pregunta es: ¿qué pasará mañana?

—¿Cuando se entere la señora Skogh? Se desatará la tormenta. Es la primera vez que se marcha del hotel sin que nadie sepa dónde ha ido. He enviado un botones a Styrmansgatan, pero el ama de llaves le ha dicho que los Skogh no estaban en casa. Supongo que habrán salido a celebrar la noche de Walpurgis. De todas formas, poco podría haber hecho esta noche la señora Skogh. No podemos empezar a enviar botones por toda la ciudad en busca del personal del servicio de habitaciones. Según una fuente fiable de información…

—¿Knut Andersson?

—Knut Andersson, se han ido todos para siempre. El problema que Ekman tiene esta noche se repetirá de nuevo cuando el personal que se ocupa de los desayunos no se presente.

Charley suspiró.

—Todo esto no es nada bueno para el hotel.

—En eso no te equivocas, Charlie, no te equivocas en absoluto.

En la tercera planta, Karolina respiró hondo. Habitación 315. Conocía bien la estancia porque la había limpiado hacía solamente doce horas —habitación doble, vistas al mar—, pero nunca había entrado en una con una misión como aquella. Se secó las palmas de las manos en el vestido de Ottilia y llamó a la puerta. «Las bebidas por la derecha, los platos por la izquierda. Las señoras primero».

—¡Adelante!

El carrito traqueteó ligeramente cuando lo maniobró para superar con las ruedecillas el pequeño umbral.

—¡Santo cielo! —Un caballero alto con un magnífico bigote francés se quedó mirando a Karolina—. Han enviado una chica.

—Bien visto, querido. —Una señora con unos fabulosos pendientes largos de diamantes avanzó por la moqueta verde—. Gracias…

—Karolina, señora. —Saludó con una reverencia y entonces, consciente de que dos pares de ojos pasmados observaban todos sus movimientos, desplegó las alas del carrito para formar una mesa y colocó las dos sillas de respaldo alto de la habitación en ambos lados. Unió a continuación las manos detrás de la espalda y preguntó—: ¿Les sirvo, señor?

—No será necesario —dijo el caballero—. Pero —carraspeó levemente— reconozco sentir cierta curiosidad. ¿Dónde están esta noche los hombres?

Karolina tragó saliva. Debía de haber hecho algo mal.

—Querido —dijo la señora, regañando a su esposo con voz amable —. Deja tranquila a la pobre chica. Está haciendo un trabajo excelente.

Karolina ofreció a su salvadora una sonrisa de agradecimiento. Se volvió entonces hacia el caballero, cuyos ojos seguían entrecerrados con curiosidad, a la espera de una respuesta.

—Esta noche no tenemos hombres en el servicio, señor. —Al menos así aquel hombre no pensaría que las habían seleccionado para un servicio de calidad inferior.

—Eso ya lo suponía, pero mi pregunta era por qué.

¿Cómo esquivar una pregunta tan directa? Tal vez dando una respuesta que le llevara a extraer sus propias conclusiones.

—La señora Skogh ha nombrado a una mujer como jefa del servicio de habitaciones, señor.

—¡Y los hombres se han largado! —La mujer aplaudió y echó la cabeza hacia atrás para reír—. Simplemente maravilloso. Bravo por la señora Skogh. Y bravo por las jóvenes que están sacando las castañas del fuego.

—Gracias, señora. ¿Alguna cosa más que pueda hacer por ustedes?

—Sí. —El caballero dio un paso al frente—. Acepte esto y dígale al resto de su equipo que hemos dicho «¡Bravo!».

Depositó una moneda en la mano de Karolina.

—Gracias, señor.

En cuanto salió al pasillo, Karolina abrió la mano y después de cerrarla echó a correr hacia la cocina.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Ottilia cuando Karolina regresó a la sala del servicio de habitaciones—. ¿Has tenido que servir? Has estado bastante rato ausente. Entre tanto, yo he subido y bajado de la primera planta.

—Me han preguntado dónde estaban los hombres —explicó Karolina.

—Ah. —Ottilia se mordió el labio—. Supongo que es normal. Los huéspedes que he atendido yo debían de ser primerizos, porque no se han quedado sorprendidos en lo más mínimo. Tendríamos que haberlo hablado, para que supieses qué decir.

—¿Y qué les has dicho? —preguntó Beda.

—Les he dicho que esta noche no había hombres trabajando, pero han querido saber por qué. Les he respondido que la señora Skogh ha nombrado a una mujer como jefa del servicio de habitaciones y han entendido enseguida que los hombres se han largado.

Ottilia inspiró hondo.

—Mierda. Mierda. Mierda.

—Los hombres siempre defienden a los hombres —dijo Beda.

Märta le lanzó una mirada furiosa.

—¿Y por qué las mujeres no pueden defendernos a nosotras?

—La señora nos ha defendido, y también el caballero —replicó Karolina—. Me ha dicho que os dijera «Bravo» a todas de su parte y luego me ha dado esto.

Les mostró una moneda de cinco coronas. Märta contuvo un grito.

—¡Jolines! Y yo aquí, encerrada tomando pedidos. —Se volvió hacia Ottilia—. Esto no es justo.

—No, no lo es —confirmó Ottilia—. A mí también me han dado un par de coronas. —Cogió una taza—. Y voy a guardarlas aquí para repartirlo todo justamente entre nosotras si conseguimos superar la noche.

Karolina metió también en la taza sus cinco coronas.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo Ottilia.

—Quiero hacerlo. El caballero de la 315 se ha referido a nosotras como un equipo. Y tiene razón. Esta noche todas somos necesarias.

Märta y Beda intercambiaron miradas de satisfacción.

Sonó de nuevo el teléfono.

—A callar —dijo Märta descolgando el aparato—. Servicio de habitaciones. Buenas noches, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

No todos los huéspedes aceptaron a las mujeres de tan buena gana. Un cliente habitual despidió a Ottilia y el carrito con el argumento de que prefería pasar hambre a ser servido por una mujer.

—Y le haré saber a la señora Skogh todo lo que pienso.

Parpadeando para impedir que se le saltaran las lágrimas de agotamiento, Ottilia enderezó la espalda y volvió a la sala del servicio de habitaciones.

—Viejo estúpido —dijo Märta—. Eso solo puede decirlo el que nunca se ha acostado con hambre. No te preocupes por eso. Apuesto lo que quieras a que ya está cenando en el comedor.

—No me extrañaría —dijo Ottilia.

Beda señaló el pan, la sopa y la carne que seguían en el carrito.

—¿Qué hacemos con todo esto?

—Tirarlo a la basura —respondió Ottilia—. No podemos servir la misma comida a otro huésped. O, espera un momento, ¿habéis comido algo desde el almuerzo?

Märta negó con la cabeza.

—Íbamos a salir, ¿lo recuerdas? Mi barriga no para de rugir.

—Pues muy bien, vamos a compartirlo, pero quiero que seáis muy conscientes de lo que estáis comiendo.

—No somos imbéciles, ya sabemos que es comida cara —replicó

Beda—. Un poco de respeto.

Ottilia levantó la mano para acallarla.

—Märta, ¿algún huésped te ha preguntado qué recomendamos?

—Solo uno. Y le he respondido diciéndole que todos los platos que servimos están muy bien preparados y muy sabrosos.

—Perfecto, pero eso no responde realmente a la pregunta. Coged una cuchara y probad este consomé.

Obedecieron sus órdenes.

Märta abrió los ojos como platos.

—Está delicioso.

Volvió a sumergir la cuchara en la sopa.

—Lo está —coincidió Ottilia—. Y la próxima vez que alguien pregunté, le podrás recomendar con sinceridad el consomé.

Karolina regresó entonces de otra entrega. Se acercó a la taza de las propinas y las monedas cayeron en su interior con un sonido metálico.

—Ven a probar esta sopa —sugirió Beda—. Estamos intentando entender qué servimos.

Karolina se mordió el labio.

—¿Tenemos permiso para hacerlo?

—Soy la jefa del servicio de habitaciones —dijo Ottilia. O al menos lo era por esta noche—. Quiero que mi personal conozca los platos de la carta por propia experiencia. —Cortó el filete en cuatro—. Observad el centro. ¿Lo veis? Un poco rojo. Es lo que llamamos al punto. Poco hecha es roja, casi cruda por dentro, y hecha es bien cocinada. Pero, en este caso, la carne está al punto. Probadla.

—También está deliciosa —dijo Märta, limpiándose la boca.

Beda miró la carne.

—No pienso comer nada que parece que aún esté respirando. —Pinchó con cautela una esquina y paró—. No, la próxima vez que pida filete en el Grand Hôtel lo pediré bien hecho. ¿Podemos probar también el vino?

Rieron todas.

—Nunca me había sentido de esta manera —dijo Karolina.

—¿De qué manera? —preguntó Beda.

—Como parte de un equipo. Y como alguien que cree que puedo ser

algo más que una chica que limpia baños y hace perfectamente la cama.

—Lo cual es también un trabajo muy importante —apuntó Ottilia—. Es más probable que el huésped recuerde que la habitación estaba perfecta a que el filete estaba cocinado exactamente tal y como lo había pedido.

—Entiendo lo que quiere decir Karolina —dijo Märta—. Con este trabajo tenemos que pensar. Mantenernos en estado de alerta. Me gusta.

—Creo que nos gusta a todas —añadió Beda—. ¿Podemos quedarnos con él?

Ottilia negó con la cabeza.

—No puedo empezar aquí robándole personal a la señora Andersson, pero lo que sí pienso hacer es informar a la señora Skogh de que esta noche habéis salvado el servicio de habitaciones.

Hacia la una de la madrugada, el teléfono se quedó en silencio y Ottilia empezó a leer la lista de pedidos para el desayuno. ¿Se presentaría el personal del turno del desayuno? El cocinero nocturno podía prepararle lo que ella necesitara durante la noche, pero ¿se atrevería a quedarse dormida en la silla y esperar a que el teléfono la despertara? Las otras tres chicas estaban tan agotadas como ella.

—Chicas, ¿a qué hora empieza mañana vuestro turno? —les preguntó.

—A las seis —respondieron a coro.

—Pues tendríais que iros a la cama. Creo que por ahora puedo apañármelas sola, pero la verdad es que no sé cómo daros las gracias. —Cogió la taza y contó las monedas—. Veintidós.

—Cinco coronas y cincuenta öre para cada una —calculó Beda.

Ottilia la miró con admiración.

—Caramba, eres un genio de las matemáticas.

Beda la miró sorprendida.

—¿Quién? ¿Yo?

Märta miró a su compañera con exasperación.

—Se lo digo siempre, que es brillante, pero no se lo cree.

—Mi maestro siempre decía que era lenta para aprender y una

alborotadora. El muy desgraciado —dijo Beda, estremeciéndose solo de recordar.

—Pues es una lástima que no te haya visto esta noche —repuso Ottilia—. Veamos, siete para cada una, y la última corona la dejaremos en la taza.

—No es justo —protestó Karolina.

—Lo es. Habéis renunciado a vuestra noche de fiesta.

—Gracias —dijo Märta. Hizo saltar las monedas en su mano—. Jamás me había sentido tan rica. Limpiando habitaciones nunca podemos ganarnos un extra. Por si no volvemos a vernos, me gustaría decirte que ya entiendo por qué la señora Skogh te ha contratado. Ha sido extraño, pero esta noche me lo he pasado realmente bien.

Incapaz de hablar por miedo a romper a llorar ante tan inesperada muestra de amabilidad, Ottilia se limitó a responder con un gesto de asentimiento. Sola por fin en la sala del servicio de habitaciones, se masajeó las sienes mientras pensaba cómo sería capaz de gestionar ella sola la hora de los desayunos.

Gösta Möller apareció en la puerta.

—¿Qué tal ha ido?

—Muy bien, dadas las circunstancias.

Möller sirvió dos tazas de café y le pasó una a Ottilia.

—Confiaba en poder enviarle alguna ayuda, pero tanto el comedor como el bar han sido un auténtico manicomio. Y el bar sigue siéndolo.

—Señor Möller, ¿cree que los empleados del turno del desayuno se presentarán por la mañana?

—Si quiere que le diga la verdad, lo dudo. Porque, de hacerlo, restarían autoridad a la pequeña protesta de esta noche.

¿Pequeña protesta? ¿Pequeña? Ottilia tuvo que hacer esfuerzos para no replicar. Al fin y al cabo el *maître d'hôtel* no tenía la culpa de nada. Además estaba ahora aquí sentado con ella y le había querido enviar refuerzos. O eso decía, al menos.

Möller continuó:

—Quieren sembrar todo el caos posible para que la señora Skogh se vea obligada a readmitir a su predecesor.

—¿Y cree que lo hará? ¿Readmitirlo?

—¿Qué piensa usted? —contraatacó Möller.

Sus miradas se cruzaron y Ottilia entendió que Gösta Möller no creía que la señora Skogh fuera a ceder. Tampoco ella. Pero Ottilia no tenía ni la menor idea de qué acabaría haciendo la señora Skogh.

—El caso es —dijo Möller— que he pedido a cuatro camareros que se presenten aquí a las seis. Tres de ellos han trabajado anteriormente en el servicio de habitaciones y saben lo que tienen que hacer.

Apuró el café y se levantó.

Ottilia se levantó también. La sensación de alivio, cuando asimiló la enormidad del gesto de Möller, pesó sobre sus hombros.

—Gracias. Muy amable. Estaba intentando pensar cómo lo haría para apañármelas sola.

—Es imposible —dijo Möller—. Traer personal extra era una necesidad.

—Me sorprende que esos camareros accedieran. Imagino que la mayoría querrá apoyar a sus compañeros.

—Les he dicho que si no se presentan por la mañana serán despedidos. Independientemente de las diferencias internas que pueda haber, este hotel debe ser percibido como un establecimiento que ofrece siempre un nivel de servicio impecable. Y creo que estaremos de acuerdo en que la señora Skogh lo aprobaría.

—Sí —dijo Ottilia. ¿Estaría sugiriendo el señor Möller que él y ella tenían diferencias internas? ¿Estaría esperando también que fuera sustituida, si no por su predecesor sí por otro hombre? ¿Tal vez por alguno de esos tres con experiencia que llegarían en menos de cinco horas? Ottilia consiguió esbozar una sonrisa cuando Möller le tendió la mano—. De todos modos, gracias.

Y se estrecharon la mano.

—Buenas noches, señorita Ekman.

Ottilia deambuló de un lado a otro de la estancia para mantenerse despierta. Tenía las manos, la espalda y los pies rígidos y helados. Le escocían los ojos. Y no le sorprendía. Llevaba casi veinte horas despierta. El miedo a que pudieran encontrarla dormida en el trabajo superaba con creces la tentación de cerrar los ojos. Según el horario, tenía que empezar en su nuevo puesto a las seis de la mañana.

Soltó una carcajada sin poder evitarlo. Como mínimo necesitaba arreglarse un poco el pelo y lavarse la cara. Un plato caliente también le sentaría muy bien. ¿Se atrevería a ir corriendo hasta la cantina para pedir algo y luego comerlo aquí? No. Se esforzó por encontrarle algún punto positivo a la situación. Pero no encontró ninguno.

17

En Södermalm, también Margareta se sentía agotada, pero era incapaz de dormir. Aunque por motivos completamente distintos. Los gritos y los silbidos de la gente que celebraba Walpurgis rompían el silencio de la noche, subrayados además por el sonido ocasional de cristales rotos cuando los que volvían tambaleantes a sus casas arrojaban sus botellas de cerveza contra el suelo. Se estremeció debajo de la manta al escuchar los pasos de Knut. Nunca se tomaba la molestia de no hacer ruido al llegar. ¿Qué diría cuando se enterase de que habían recibido la notificación de que el edificio iba a ser demolido? En seis semanas tenían que estar fuera. Pero ¿dónde ir? No disponían de ahorros para pagar por adelantado un alquiler de importe superior.

Sus pensamientos regresaron de nuevo hacia Blasieholmen y el Grand Hôtel. ¿Qué habría pasado allí esta noche? Knut se había puesto eufórico cuando el personal del servicio de habitaciones había decidido marcharse. Les había garantizado audazmente que sus puestos de trabajo estaban asegurados, con el argumento de que ningún hotel podía seguir funcionando sin servicio de habitaciones y que, en consecuencia, tenían a la directiva entre la espada y la pared. Incluso le había dicho a Gösta Möller que no se involucrara en el tema. Margareta no alcanzaba a comprender por qué Knut consideraba que tenía derecho a decirle eso al *maître d'hôtel*. Knut se había autoproclamado portavoz de los hombres, pero no tenía ninguna autoridad real. Ella, al menos, había podido sacar a sus chicas de todo aquel lío dándoles permiso para salir a divertirse. Si la señora Skogh estallaba a la mañana siguiente, como a buen seguro haría, nada de lo sucedido tendría que ver con el servicio de limpieza. Pero ¿qué daño habría causado todo aquel asunto al hotel?

Pasos. La puerta abierta de golpe. Margareta cerró los ojos para fingir que dormía. De repente, Knut le arrancó la manta y un puñetazo potente aterrizó en sus costillas. Margareta gritó.

—¡Para, Knut!

—¿Que pare? ¡Ya te voy a dar yo a ti para que pares! —Otro puñetazo—. He hablado con Kristian, el del bar.

Margareta hizo un gesto de asentimiento para darle a entender que lo estaba escuchando mientras intentaba recuperar el aire que se le había escapado de los pulmones.

—Ha venido corriendo a decirme que el servicio de habitaciones lo estaban llevando mujeres. Mujeres —vociferó Knut—. Tus putas mujeres. Correteando por todos lados emperifolladas con vestidos negros. Y que a él le han dicho que por la mañana tiene que ir a trabajar al servicio de habitaciones. Se lo he dejado muy claro. Le he dicho que si lo hace me decepcionará a mí y a todos los demás.

Margareta se quedó mirándolo.

—Tiene que haber algún error. En el edificio solo quedaban las chicas que tenían que trabajar en el turno de noche. A las demás les he dicho que podían salir, al ser la noche de Walpurgis.

Knut se inclinó sobre Margareta, con la cara a escasos centímetros de ella.

—¿Estás diciéndome que me equivoco?

—No, Knut. Tú nunca te equivocas. Pero creo que Kristian tal vez sí.

Knut la agarró por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás con brusquedad.

—Esperemos que sea así. Porque si tus chicas han socavado mi autoridad y esos buenos hombres pierden su trabajo…

—Mis chicas no han hecho nada. No estaban. Deben de haber sido las de las cocinas.

Margareta buscó una pizca de ablandamiento en el rostro de Knut. Pero su cabeza golpeó con fuerza contra la pared cuando él la soltó.

—Ven a acostarte —dijo, desesperada por poder descansar su dolorida cabeza sobre la almohada—. Los hombres te necesitarán mañana y un líder necesita estar descansado. Sobre todo el primero de mayo.

—En eso no te equivocas —dijo Knut. Se metió en la cama—. Un buen líder. Y ese soy yo.

Margareta permaneció inmóvil a la espera de que empezaran los

inevitables ronquidos. Se llevó la mano al costado, al lugar donde había impactado el segundo puñetazo. No había sufrido grandes daños. Sabía identificar una costilla rota antes incluso de palparla, y esta vez no le había roto nada. Su madre le había enseñado a valorar sus bendiciones. Y una costilla contusionada era una bendición.

18

A las seis de la mañana siguiente, tres jóvenes se presentaron en la sala del servicio de habitaciones. Ottilia les ofreció lo que confiaba que fuera más una sonrisa de bienvenida que una sonrisa de cansancio.

—Soy la señorita Ekman. Gracias por venir.

—No hemos tenido otra elección —replicó uno de ellos—. Y ya sabemos quién es.

Ottilia no bajó la vista.

—Muy bien. ¿Dónde está el cuarto hombre?

—Kristian no va a venir. Ha dicho que nunca ha trabajado en el servicio de habitaciones y que no lo hará ahora.

—En este caso tendremos que arreglárnoslas sin él. Yo me ocuparé de tomar nota de los pedidos y de preparar las bebidas mientras ustedes tres sirven.

El autoproclamado portavoz miró a su alrededor.

—Esta sala debería estar más limpia. ¿Por qué no hay ni siquiera un carrito preparado? No sabemos lo que necesitamos hasta que vemos el pedido. Y todo debe estar en la estantería correcta. —Meneó la cabeza en un gesto de preocupación exagerada—. Algún tonto ha dejado dinero en esta taza. —Sacó la moneda y se la guardó en el bolsillo.

—Devuelva esa corona a su sitio —dijo Ottilia sin levantar la voz—. Son propinas de anoche y no le pertenecen.

—¿Una corona? ¿Solo les dieron esto? —Los tres hombres se echaron a reír—. Yo tampoco le daría propina a una mujer que hace el trabajo de un hombre.

Ottilia alzó la voz una pizca.

—Pues es evidente que los caballeros piensan lo contrario.

Su adversario se sonrojó.

—Se cree muy lista, ¿no?

—Lo que creo es que soy la jefa del servicio de habitaciones.

Ottilia señaló la taza. El hombre guardó allí la moneda.

—Si servimos tarde el primer desayuno, será por su culpa. Por estar aquí parloteando por una corona.

En aquel momento una sirvienta de la cocina asomó la cabeza por la puerta.

—¿Señorita Ekman?

—¿Sí?

—La señora Skogh quiere verla en su despacho a las siete. En punto.

—Vaya —dijo el camarero en tono burlón—. Parece que vamos a tener un nuevo jefe de servicio de habitaciones, muchachos. Todos sabemos perfectamente lo que significan esas convocatorias a primera hora de la mañana.

Los otros dos dejaron de preparar carritos para hacer el gesto de pasarse el dedo por el cuello en sentido horizontal.

—Exactamente —convino el autoproclamado portavoz mientras empujaba hacia el ascensor el primer desayuno pedido con antelación.

Sonó el teléfono. Ottilia tomó nota del pedido con un tono de voz sereno y complaciente, aun sujetando el auricular con la mano sudada. ¿Adónde iría si la despedían? Su puesto en Rättvik ya había sido ocupado. Además, a la señora Skogh jamás se le ocurriría despedirla del Grand Hôtel para readmitirla luego en cualquiera de sus establecimientos. ¿Y quién le daría trabajo en Estocolmo si no tenía referencias? Para empezar a trabajar en el Grand Hôtel no había necesitado referencias y, en consecuencia, no disponía de ningún documento que explicara el trabajo que había desarrollado en Rättvik. Y si estaban a punto de echarla, a saber cuándo sería capaz de recostar la cabeza en una almohada para poder dormir un poco. Quizá podría buscar un banco en un parque e intentar dormir allí. Aunque seguir en el Grand Hôtel también significaba no poder dormir hasta tener un equipo con cara y ojos. Siempre podía volver a casa, claro. Pero ¿entonces qué?

A las siete menos diez, Ottilia corrió a lavarse la cara y arreglarse lo mejor posible el pelo. En un mundo ideal habría pasado por su habitación para adecentarse correctamente, pero no tenía ni tiempo ni energía para subir los seis pisos. Además, en aquellas circunstancias,

no conseguiría que su pelo mejorara ni un ápice.

Enfiló la escalera que conducía al pasillo de administración cuando solo faltaban dos minutos para la cita. Karolina, Beda y Märta estaban esperando delante de la puerta cerrada del despacho de August Svensson. Karolina tenía los ojos enrojecidos. Beda y Märta parecían soliviantadas.

A Ottilia le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ha ocurrido?

Beda se encogió de hombros.

—Nada, todavía. La señora Andersson está dentro, pero nos ha dicho que habrá consecuencias.

—Van a despedirnos —dijo Märta casi sin alterarse—. Han llamado también al señor Möller. Está de camino.

Ottilia se quedó a la espera de que añadiese «Y todo por culpa tuya», pero Märta no lo hizo. La frase, sin embargo, se quedó flotando en el ambiente como un nubarrón de tormenta. Tarde o temprano, el trueno retumbaría.

—Haré todo lo que pueda —les prometió Ottilia.

Se pasó las manos por el vestido para alisarlo, llamó con suavidad a la puerta del señor Svensson y entró.

La señora Skogh la llamó para que pasara.

—Cierre la puerta, Ekman. Bien, he escuchado ya las quejas de la señora Andersson y ahora quiero oír de su boca qué pasó exactamente anoche.

Ottilia miró de reojo a la mujer sentada en una de las tres sillas de su lado de la mesa y movió la cabeza en un gesto de saludo. La habitación empezó a darle vueltas de repente y descansó la punta de los dedos en el respaldo de la silla para sostenerse, consciente de que no debía sentarse a menos que se le invitara a hacerlo. Y nadie la invitó.

—Cuando ayer a última hora de la tarde llegué a las cocinas, me dijeron que aquella noche había mucho trabajo y que el personal del servicio de habitaciones se había marchado.

—¿Quién se lo dijo?

—El jefe de cocina y el *maître d'hôtel*, señora.

—Continúe.

—Me dijeron también que todo su personal estaba demasiado ocupado para poder ayudarme.

—Continúe.

—Le pregunté al señor Möller si podía ocuparse de tomar nota de los pedidos mientras yo iba a cambiarme. Y lo hizo, lo cual me resultó muy útil.

—Continúe.

—Pero sabía asimismo que tomar nota de los pedidos y entregarlos yo misma sería imposible sin hacer esperar a los huéspedes una cantidad de tiempo inaceptable. El teléfono siempre debe estar atendido.

La señora Skogh guardó silencio.

Ottilia tragó saliva.

—Decidí que recurrir a personal femenino, tal y como tenemos en Rättvik, señora, sería mejor que no ofrecer servicio. Soy consciente de que va contra las reglas de este hotel.

—Continúe.

—Märta, del servicio de limpieza de habitaciones, me había acompañado hasta mi habitación, de modo que sabía dónde encontrar a las chicas de ese servicio.

La señora Skogh levantó un dedo que sirvió para dar a la señora Andersson la orden de no interrumpir.

—Estaban preparándose para salir de fiesta, pero conseguí convencer a tres de ellas de que el Grand Hôtel las necesitaba. Trabajaron muy duro hasta la una de la madrugada. Me ayudaron a salvar la situación.

La señora Skogh esbozó un mohín.

—Hágalas pasar.

Entraron entonces Karolina, Märta y Beda. Inclinaron la cabeza para saludar. Karolina tenía los ojos brillantes de haber estado llorando de nuevo.

La señora Skogh las estudió a las tres.

—¿Quién les pidió ayer que trabajaran para el servicio de habitaciones?

Beda dirigió a Ottilia una mirada de disculpa.

—La señorita Ekman, señora.

—¿Por qué accedieron? La señora Andersson me ha informado de que tenían permiso para salir.

—Lo teníamos, pero la señorita Ekman estaba desesperada. Esto es el Grand Hôtel. Debemos tener servicio de habitaciones.

El corazón de Ottilia se aceleró. ¿Era un leve gesto de asentimiento lo que acababa de hacer la señora Skogh?

—Pero ninguna de las tres tenía nociones sobre el funcionamiento del servicio de habitaciones. ¿Cómo poder ayudar entonces?

Karolina tomó la palabra.

—La señorita Ekman nos enseñó lo suficiente como para poder salir adelante. Märta se encargó de tomar nota de los pedidos, Beda de preparar carritos y yo de las entregas.

—Para que ninguna de las tres tuviera que aprenderlo todo —añadió Ottilia.

—¿Y cómo se prepara un carrito? —le preguntó la señora Skogh a Beda.

Beda explicó cómo se había ido desarrollando la noche. La señora Skogh se cruzó de brazos.

—He recibido una queja de un huésped.

Ottilia carraspeó. Había prometido proteger a las chicas y había llegado el momento de hacerlo.

—Hubo un caballero que se negó a ser servido por mí. Me despidió, a mí y a la cena.

La señora Skogh frunció el ceño.

—¿Solo ese huésped?

—Sí. De manera que… —Ottilia inspiró hondo— nos comimos su cena.

Sabía que era una información que tarde o temprano saldría a relucir. Mejor ser sincera desde un buen principio.

La señora Skogh se quedó mirándola.

—¿Que se la comieron?

—Sí. Ninguna de nosotras había comido desde la hora del almuerzo y no teníamos tiempo para ir corriendo un momento a la cantina.

Pero, además de eso, pensé que estaría bien aprovechar para que las chicas conocieran detalles sobre la comida que estábamos sirviendo. Sobre todo Märta, que era la encargada de tomar nota de los pedidos. Así que en vez de tirar la comida a la basura, y sabiendo que el hotel estaría perdiendo igualmente aquel dinero, degustamos el consomé y les expliqué cosas sobre la carne.

La señora Skogh se volvió hacia Märta.

—¿Y qué aprendieron?

—Que a mí me gustaba… poco hecha, pero a Beda no. Que ella habría preferido al punto.

Ottilia notó que la habitación le daba vueltas de nuevo.

La señora Skogh la miró de reojo.

—¿Ha comido algo más desde entonces?

Ottilia bajó la vista.

—No.

—¿Y lleva en pie toda la noche?

—Sí, señora.

—¿Y ustedes tres?

—La señorita Ekman nos dijo a la una que nos fuéramos a dormir porque empezábamos nuestro turno a las seis. O creíamos que lo empezaríamos… —Beda se interrumpió.

—No las quiero conmigo —dijo la señora Andersson—. Conocen las reglas.

En la mejilla de Karolina brilló una lágrima.

—También las conocen los hombres —dijo la señora Skogh con intención—. Pero se fueron.

—Estoy segura de que volverán, señora.

—Y yo también, señora Andersson. Pero si estas chicas son despedidas por comportarse pensando en el interés de este establecimiento, ¿considera que sería justo readmitir a los hombres que han dejado tirado al hotel?

La señora Andersson se movió con incomodidad en su asiento.

—Los hombres no están bajo mi jurisdicción.

Una llamada en la puerta fue seguida por la llegada de Gösta Möller. Abrió los ojos como platos al ver a las seis mujeres.

—Möller, ¿qué sabe usted acerca de la debacle de anoche? —preguntó la señora Skogh.

Möller miró de reojo a Ottilia.

—Que el comedor estaba muy concurrido y que el personal del servicio de habitaciones se había marchado.

—¿Qué hizo usted para aliviar la situación? ¿Cuántos camareros decidió recolocar para el servicio de habitaciones?

—Ninguno. Tenían trabajo más que de sobra en el comedor. Y no podía ponerme a pedir al personal que volviera al hotel.

—¿Por qué?

Möller bajó la vista.

—Pensé que se mostrarían reacios a venir.

—Y no quería que pensasen de usted que estaba entrometiéndose en su marcha. —Una afirmación.

—El señor Möller ordenó a tres de sus hombres que me ayudaran en el turno del desayuno —dijo entonces Ottilia.

Möller le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Así es. Cuatro, de hecho.

—Uno no se ha presentado.

Möller entrecerró los ojos.

—¿Sabe quién?

—Kristian.

La señora Skogh miró a Möller.

—¿Había acordado ese tal Kristian que trabajaría en el turno de los desayunos?

—Tenía entendido que sí, señora.

—Pues despídalo.

—En realidad no está bajo mi jurisdicción. Sino bajo la de Charley Löfvander, del bar.

—¿Y por qué, entonces, fue usted quien le pidió que viniera?

—Porque el servicio de habitaciones estaba sin personal.

—¿Y accedió ese hombre a trabajar esta mañana?

—Como le he dicho, tenía entendido que sí.

La señora Skogh hizo un gesto de asentimiento.

—Lo despediré. Porque ha intentado empeorar una situación mala

ya de por sí. En muchos sentidos habría deseado que alguien me hubiera hecho llegar anoche un mensaje.

—Lo intenté, señora. Envié un botones, pero usted no estaba ni en su apartamento del palacio Bolinder ni en Styrmansgatan.

—A partir de ahora dejaré en mi despacho una nota de mi paradero por si se produce otra emergencia.

—Gracias. ¿Volverán los hombres del servicio de habitaciones?

—No volverán.

La señora Andersson contuvo un grito.

—Lo cual nos deja con un problema. Ustedes tres —dijo la señora Skogh, dirigiéndose ahora a Karolina, Beda y Märta— están despedidas…

Karolina se llevó una mano a la boca para contener el llanto.

La señora Skogh hizo una pausa y entonces continuó.

—… del servicio de limpieza. Señorita Ekman, ¿se ocupará de contar con estas chicas para su nuevo departamento de servicio de habitaciones?

A Ottilia se le paró el corazón.

—Sí…

Möller la interrumpió.

—No podemos tener chicas…

—Por supuesto que podemos —le espetó la señora Skogh—. He recibido exactamente una queja, pero también he recibido cuatro notas de clientes habituales comentando lo mucho que les gustó el servicio de habitaciones de anoche. Los huéspedes no son tontos. Reconocen cuando algo se sale de lo normal.

—Señora —dijo Karolina—. Un huésped me preguntó dónde estaban los hombres. Le respondí diciéndole que usted había nombrado una mujer para dirigir el servicio de habitaciones. Se imaginó el resto, dijo «Bravo» y me dio cinco coronas.

La señora Skogh se la quedó mirando.

Ottilia se apresuró a volver a la pregunta que se le había formulado antes de que Karolina se metiese aún en más problemas o ella se desmayara por hambre o cansancio.

—Si Märta, Beda y Karolina quisiesen trabajar a mis órdenes, les

daría la bienvenida al servicio de habitaciones con los brazos abiertos.

—Un momento —dijo la señora Andersson, poniendo muy mala cara y levantando el brazo—. Si se marchan, mi departamento quedará corto de personal.

—Ya las había despedido —le recordó Ottilia.

El despacho empezó a girar a más velocidad y de pronto todo se volvió negro.

Möller la cogió por el brazo, la sentó en una silla y la ayudó a levantar la cabeza.

Al final de un largo túnel, alguien estaba pidiendo agua fría y té caliente muy cargado de azúcar. La niebla de su cabeza se despejó y Ottilia abrió los ojos.

—Lo siento mucho —musitó—. No sé muy bien qué ha pasado.

La señora Skogh dio un palmetazo a la mesa.

—Permanezca sentada, señorita Ekman. Ya he visto y he oído demasiado. Möller, hoy queda usted al cargo del servicio de habitaciones. Y quiero también que destine cuatro trabajadores con experiencia a este servicio hasta que la señorita Ekman haya tenido tiempo de completar su equipo. Señora Andersson, necesito que prepare un dormitorio para el personal femenino del servicio de habitaciones. Estarán entrando y saliendo a horas distintas de las camareras de planta.

—Sí, señora.

Una llamada en la puerta y Ottilia reconoció a su adversario del servicio de habitaciones entrando con una bandeja.

La señora Skogh movió la mano en dirección a Ottilia.

—Es para la señorita Ekman.

Cuando el hombre dejó el té delante de Ottilia, la malicia que vio en sus ojos la hizo estremecer. Tal vez hubiera ganado la batalla, pero el enemigo parecía determinado a reagruparse. Bebió un sorbo de aquella bebida dulce y caliente y sintió que su calor se fusionaba con su renovada esperanza y entusiasmo por el departamento del servicio de habitaciones. Si los hombres querían desafiarla, que lo hicieran.

—Muy bien, ustedes tres —dijo la señora Skogh a las chicas, que seguían de pie esperando—. ¿Entiendo que les gustaría aceptar el

puesto en el servicio de habitaciones?

Karolina, Märta y Beda intercambiaron miradas de incredulidad.

—Sí, señora —respondieron a coro.

—No la decepcionaremos —dijo Karolina.

—No lo hicieron anoche y, por lo tanto, no tengo motivos para creer que vayan a hacerlo en el futuro —dijo la señora Skogh—. Van a necesitar vestidos negros y delantales blancos. Pasaremos hoy el pedido y supongo que lo recibiremos mañana.

—Perdón, señora —dijo Beda—. ¿Se nos pagará lo mismo que si estuviéramos en el servicio de limpieza? Es que resulta que cada mes envío un poco de dinero a casa y necesito saber si será menos cantidad.

—Desde ayer por la noche, se les pagará lo que estábamos pagando a los hombres solteros —dijo la señora Skogh—. Creo que es un importe ligeramente superior a lo que se percibe en el servicio de limpieza. Y ahora escúchenme bien. La señorita Ekman se ha formado en uno de mis establecimientos. Miren y aprendan. Hoy pasarán el día estudiando nuestras cartas y observando sin ser vistas el trabajo de los camareros del comedor. Familiarícense con los distintos lugares donde se guardan las cosas en la sala del servicio de habitaciones. Pasen tiempo en la cocina y entablen amistad con los cocineros. Si pueden resultar útiles, ayuden, pero sin entorpecer el trabajo de nadie. Necesito que aprendan con rapidez. Möller no puede dirigir ese departamento por mucho tiempo. Tiene su propio trabajo que hacer.

—Empezaré a buscar más personal ahora mismo —dijo Ottilia.

—No lo hará. Irá directa a la cantina a tomarse un buen desayuno y luego subirá a acostarse. No quiero enterarme de que ha sido vista u oída antes de que Karolina le haya subido un almuerzo tardío hacia las tres.

Karolina hizo un gesto de asentimiento.

—Luego pasará la tarde planificando la agenda con el personal del que ya dispone y no empezará el proceso de reclutamiento hasta mañana. Hablarán mal de las cuatro. Las acosarán, incluso. Manténganse firmes. Le sugiero que intente formar un equipo fuerte de chicas, Ottilia. En grupo, uno se siente siempre más seguro. Si

cualquier hombre les pone aunque sea un dedo encima, infórmeme. Las chicas que trabajan actualmente para la señora Andersson son intocables. No tendría sentido apagar un fuego para encender otro. Y ahora tengo un hotel que dirigir. Es primero de mayo y con tantos antiguos empleados despedidos, vamos a estar todos muy ocupados.

Ottilia se mordió el labio.

—Señora, ¿qué hacemos si los hombres que se marcharon ayer regresan y exigen recuperar sus puestos?

—No entrarán. He apostado a Knut Andersson en la puerta de personal para que no les permita la entrada.

19

—¡Mina, no me digas que lo has hecho!

Elisabet Silfverstjerna echó la cabeza hacia atrás y soltó aquella carcajada que había tenido a Óscar II comiendo de su mano tantos años atrás.

Wilhelmina sonrió a su amiga y levantó su copa de jerez.

—Pues sí, lo he hecho. Si Knut Andersson se autoproclama portavoz y dictador, puede ser también el encargado de decir a sus seguidores que han perdido su puesto de trabajo en el Grand Hôtel. Y de entregarles sus pertenencias. Creo que el terremoto se ha sentido donde tenía que sentirse.

—¿Y cuánto tiempo lo has tenido allí fuera al pobre hombre?

—Todo su turno. De siete a siete. De lo más adecuado para el primero de mayo, ¿no te parece? Y de pobre hombre, nada de nada. Ha recibido su justo merecido. Además, mientras lo he tenido calentando la acera de Stallgatan, no ha estado en posición de provocar más caos en mi hotel en un momento en el que lo que necesito es que todo el mundo se calme.

—Pero si realmente es como una piedra en tu zapato, ¿por qué no lo despides?

—Porque ese hombre es más astuto que un zorro. Siempre se lo monta para que sean los demás los que implementen sus tácticas. Él en ningún momento se negó a ir a trabajar. Knut Andersson es el provocador, pero no el pecador.

—Pues a mí me parece —dijo Elisabet hablando despacio— que tienes motivos para calificarlo de ambas cosas.

—También a mí, si quieres que te sea sincera. Pero de cara a los demás, tengo que echarle la mano encima por algo que haga, no por algo que diga. He estado tan ocupada preparando la remodelación de la planta baja que no he podido pasar mucho tiempo en la recepción, pero me he impuesto como objetivo hablar con Andersson con mayor

regularidad. Te garantizo, Lizzie, que antes de mediados de verano abre olido alcohol en su aliento. Cuando las noches se acortan, la bebida dura más. Me ha hecho un favor, en muchos sentidos. Ha conducido hasta un punto crítico todo este trasfondo de misoginia que existe, y nos hemos ocupado del tema. Si de verdad acaba habiendo una huelga general, ahora estoy en mejores condiciones de impedir que afecte al Grand Hôtel. No es que pretenda culpar a los trabajadores de querer el voto, pero aun así…

Elisabet rio.

—No puedo creerme que nos perdiéramos anoche tanta diversión. Bravo por las chicas, la verdad.

—Exactamente. Es una lástima que Möller no consiguiera hacerme llegar el mensaje.

—Una verdadera lástima. —Los ojos de Elisabet brillaron con malicia—. Me habría gustado ver la cara de Su Majestad cuando un criado hubiera interrumpido su cena. «Le ruego que me disculpe, alteza, pero traigo un mensaje para la señora Skogh. En su hotel se ha producido un levantamiento».

Wilhelmina dejó la copa en la mesa para que el jerez no se vertiera mientras las dos se partían de la risa. Se secó los ojos.

—La verdad es que eres un auténtico tónico para el alma, querida mía.

—Igual que lo sois Pehr y tú. Siempre sumáis jovialidad a cualquier encuentro. No esperaba verte de nuevo esta noche, pero me alegro mucho de que hayas venido.

Wilhelmina cambió de cara.

—He venido porque necesito hablar una cosa contigo.

Elisabet frunció el ceño.

—Eso suena muy serio.

—He conocido a Karolina. Fue una de las chicas que trabajó anoche.

Elisabet se llevó una mano a la boca.

—¿Mi Karolina?

Wilhelmina asintió.

—He estado consultando los registros. Y en el servicio de limpieza solo teníamos una Karolina, una tal Karolina Nilsson.

—Mi Karolina —confirmó Elisabet. Su rostro se entristeció—. Acabas de decir «teníamos».

—La señora Andersson ha despedido a las tres chicas. No se la veía nada satisfecha con su decisión, y creo que la ha tomado para apaciguar a su esposo, pero es lo que hay. Resulta, sin embargo, que Ottilia Ekman está reclutando personal para el nuevo departamento de servicio de habitaciones y les ha ofrecido un puesto a las tres. Que las tres han aceptado muy agradecidas.

—Caramba, Mina. ¿De modo que el Grand Hôtel continuará con personal femenino para el servicio de habitaciones? ¡Qué bien! ¿Y está bien Karolina?

—Lo está. Pero, Lizzie, debes entender que existe el riesgo, o la posibilidad, de que Karolina tenga que entregar en tu suite. De hecho, acabará siendo inevitable.

—Supongo que sí. —Elisabet bebió un poco de jerez—. ¿Sabes? Ni siquiera le he oído nunca la voz. ¿Cómo es?

Wilhelmina se quedó pensando.

—Una chica muy dulce, la verdad. Estaba aterrada ante la perspectiva de ser despedida, pero ¿quién no lo estaría si no tuviera dónde ir? Por lo que me contaste, Karolina solo ha conocido su hogar de adopción y este hotel.

Con lágrimas en los ojos, Elisabet acarició su collar de perlas.

Wilhelmina continuó:

—Sincera a más no poder. Por lo visto, anoche prácticamente le explicó a un huésped que los hombres se habían largado.

Elisabet contuvo una risilla y se relajó un poco.

—Esa es mi chica.

—Lo es. Tremendamente guapa. Tiene tu estructura ósea y tu color de tez, pero, si quieres que te diga la verdad, creo que tiene los ojos de su abuela.

—¿La reina Josefina? Tal vez. Dios mío, confío en que nadie se dé cuenta de este detalle.

—No podemos hacer nada para cambiarlo.

—No, pero, Mina, si la señora Andersson sospecha, ¿cómo vas a prescindir de su marido? Ella podría contarlo, o amenazar con

hacerlo, si lo despides.

Wilhelmina negó con la cabeza.

—Pelle cree que no. Opina que la señora Andersson incluso se sentiría aliviada si su marido tuviera que dejar el hotel. Así tendría un poco de espacio para poder respirar, un oasis de seguridad, si quieres llamarlo así. Su prima también sufrió mucho en manos de su esposo. Por suerte, era marinero, y ella estaba más feliz cuando él se encontraba ausente.

Elisabet soltó visiblemente el aire y relajó los hombros.

—Querido Pehr. Confío en poder coincidir más con él ahora que los dos vais a vivir en el palacio Bolinder. Anoche lo vi muy bien.

—Se encuentra bien, aunque se queja porque asegura que en el último mes me ha visto menos que cuando él vivía en Styrmansgatan y yo en Storvik. Y tiene razón, claro. Pero, en cuanto la remodelación de la planta baja esté en marcha, creo que podré empezar a pasar menos tiempo sentada detrás de mi mesa.

—¿Qué tal va el proyecto?

—Los planos ya están terminados. Ahora estamos trabajando en los detalles del interior. He decidido ponerme en contacto con Lotten Rönquist.

—¿La artista? Me parece una idea espléndida. Ha pintado unos murales preciosos en el palacio de Drottningholm.

—Y para mí en el hotel de Rättvik. Voy a pedirle que pinte unos murales a la tiza con vistas de Södermalm y Ulriksdal, y quizá incluso de Rättvik, en el lado del nuevo bar que da a Stallgatan, en la pared donde estará ubicado el bufet de sándwiches.

—No te saldrá barato —dijo Elisabet.

Wilhelmina suspiró.

—Nada sale barato. Pero como le dije a nuestro querido presidente, Algernon Börtzell, ¿a quién se le ocurriría pensar que cualquier cosa del glorioso Grand Hôtel podría salir barata?

Bajo el cálido resplandor del sol del atardecer, las dos amigas siguieron sentadas en confortable silencio, perdidas en sus pensamientos. Al otro lado de la ventana abierta, el bramido de las sirenas de los buques de vapor que anunciaban sus llegadas y sus

partidas se mezclaban con el conocido sonido de los cascos y las ruedas pisando los adoquines. El grito de un hombre. La risa de una mujer. El alarido de una gaviota.

—Jamás podré oír o ver un buque de vapor sin pensar en el día en que llegué aquí, en 1862 —dijo Wilhelmina—. Me habían regalado un abrigo precioso. Lo estimaba demasiado como para meterlo de cualquier manera en mi pequeña maleta o tan siquiera ponérmelo, por miedo a que se me ensuciara en el barco, y por eso lo llevaba cuidadosamente doblado sobre el brazo. Cuando amarramos en Estocolmo, no vi por ningún lado a la señora que venía a recogerme. Un hombre se ofreció a cuidar de mis pertenencias mientras la buscaba. —Wilhelmina bebió un trago de jerez.

—Oh, no… —musitó Wilhelmina.

—Oh, sí. Nunca volví a ver ni mi abrigo ni mi maleta. Pero aprendí una lección muy valiosa.

—Las lecciones más valiosas siempre se pagan a un precio elevado.

—Un precio elevado, en efecto, para una niña de doce años. Pero que nunca me ha impedido disfrutar de un paseo en barco en verano. Oigo las sirenas y me entran ganas de emprender un periplo por mar.

—Ojalá la ciudad fuera menos ruidosa —dijo Elisabet—. En el palacio no habrá un momento de paz hasta que el edificio del nuevo parlamento esté terminado. A pesar de que tenemos las ventanas cerradas, se sigue oyendo el estruendo.

Wilhelmina esbozó un gesto de comprensión.

—Desde mi despacho también oigo los golpes y el martilleo. Tengo huéspedes que se han quejado, pero, tal y como le expliqué a un enfurecido cliente habitual, el rey comparte con él el mismo problema y ninguno de los dos puede hacer nada al respecto. Curiosamente se quedó la mar de satisfecho.

—¿Por tener algo en común con el rey o porque Su Majestad también está afectado por las obras?

—No se lo pregunté. Mientras saliera de mi despacho más feliz que cuando entró, consideré que había hecho mi trabajo. Los huéspedes siempre se quejan por los ruidos. Los huéspedes de Régis Cadier incluso se quejaban de que por la mañana los despertaba el arrullo de

las palomas en el tejado.

—Respecto a lo cual tampoco se podía hacer nada —dijo Elisabet.

—Todo lo contrario. —Wilhelmina sonrió—. Régis cogió su escopeta, se fue a Blasieholmshamnen y disparó a las culpables desde allí. Les dio a un par de ellas y el resto se marchó volando.

Elisabet rio.

—No puede ser verdad.

—Tan verdad como que estoy vivita y coleando. Me lo contó un testigo de los hechos.

—Bueno, haya ruido o no, la verdad es que la gente está preparada para la llegada del verano, y yo también lo estoy.

—Mi estación favorita del año —dijo Wilhelmina—. Y ahora que hemos restablecido la disciplina entre el personal, es posible que incluso encuentre tiempo para irme a comprar un sombrero en ese nuevo atelier francés de alta costura que han abierto en Nordiska Kompaniet.

20

A medida que Ottilia fue reclutando más mujeres, la noticia del novedoso servicio de habitaciones femenino del Grand Hôtel corrió como la pólvora por la ciudad. Era finales de mayo y Margareta estaba observando desde el vestíbulo cómo la señora Skogh, Ottilia, Karolina, Beda y Märta posaban en el salón de lectura para una fotografía que se publicaría en *Dagens Nyheter*. Y aunque se esforzó para que sus facciones mostraran una expresión de desdén, le dolía el corazón por verse obligada a aparentar tanta desaprobación. Desde su puesto detrás del mostrador de recepción, Knut podía interpretar todas sus expresiones. Desde que la señora Skogh lo había humillado de aquella manera, apenas si podía mantener a raya su rabia. Atrás quedaron los monólogos en la cantina, incluso Edward, el botones, se andaba con cuidado en su presencia, pero Knut seguía teniendo los puños ocupados con ella. Pasaba las noches bebiendo en compañía de hombres de ideas afines, que creían que el papel de la mujer era aguantar y callar, y que la obligación del hombre trabajador era exigir su emancipación y desafiar la anticuada autoridad de aquellos propietarios y directivos que los trataban como esclavos. Algo que, según Knut y sus compinches, todos hacían.

Margareta no estaba del todo de acuerdo con él. El Grand Hôtel pagaba bien, según los estándares de Estocolmo. Y en la cantina les servían buena comida. En un momento excepcional de coraje, así se lo hizo saber a Knut. Con condescendencia, reconoció que Margareta tenía cierta razón, pero le dijo que su deber consistía en apoyar a otros hombres que no disfrutaban de una posición tan envidiable como la suya. Margareta tampoco estaba de acuerdo con eso, pero fue lo bastante sensata como para morderse la lengua. Desafiar a Knut una vez era temerario. Hacerlo dos, una locura.

Gösta Möller se plantó detrás de ella. Dirigió un gesto hacia la directora del hotel y las cuatro chicas sonrientes vestidas de negro,

que posaban detrás de un carrito perfectamente preparado.

—Lo están haciendo bien.

Margareta respondió con un gesto de asentimiento casi imperceptible y miró hacia Knut. Aunque hubiera visto su gesto, era imposible que supiera lo que Gösta acababa de decir.

—¿Qué tal se lleva con nuestra directora? —preguntó Möller—. No debe de ser fácil.

¿Estaría refiriéndose a los métodos autocráticos de la señora Skogh o al odio descarado que sentía Knut hacia aquella mujer? Irónicamente, Margareta se había sentido más segura en los dos últimos meses que en todo lo que llevaba de matrimonio. Intuía que la señora Skogh la entendía, a pesar de que ninguna de las dos hubiera hecho la más mínima referencia directa a Knut, y sabía que dentro de las cuatro paredes del Grand Hôtel él no podía hacerle ningún daño. Pero ¿acaso no había sido siempre así? Tal vez, aunque, sin la menor duda, algo había cambiado. Margareta, sin embargo, no podía comentarle nada de todo aquello a Gösta Möller.

—Ella hace su trabajo y yo hago el mío.

Möller miró hacia Knut. Que le devolvió la mirada entrecerrando los ojos.

Margareta se estremeció.

—¿Tiene frío? —le preguntó Möller sin despegar los ojos de Knut.

—Hambre. Iba de camino a la cantina.

Lo cual era una verdad a medias. Había diversas formas de llegar a la cantina sin tener que cruzar el vestíbulo, pero había querido comprobar si Knut estaba en su puesto. La noche anterior no había pasado por casa.

—En este caso, no quiero entretenerla —dijo Möller, y le tocó con delicadeza el codo.

Entró en calor.

El fotógrafo retiró la cámara del trípode. Las chicas se marcharon hacia la escalera de administración y la señora Skogh se dirigió al mostrador de recepción. Sacó un libro negro de un cajón, se detuvo un instante y entonces se volvió hacia Knut. Este negó con la cabeza y levantó las manos en señal de protesta por lo que la señora Skogh

pudiera haberle dicho.

Margareta contuvo la respiración cuando vio que el conserje adjunto se ponía detrás del mostrador y Knut acompañaba a la señora Skogh hacia la escalera de administración. Margareta los siguió. Los gritos empezaron antes de que le diera tiempo a cerrar la cortina tras ella.

—¡Mala puta! —vociferó Knut en dirección al despacho de la señora Skogh.

—Ya basta —le ordenó Svensson—. O me veré obligado a llamar a la policía.

Desaparecieron por la escalera del sótano.

Con el pulso acelerado, Margareta se quedó paralizada en el pasillo. Knut había sido despedido, estaba claro. ¿Por qué? ¿Podría…, debía abogar por él? Knut no esperaría menos de ella. Luego la interrogaría. ¿Qué había dicho ella? ¿Qué había dicho la señora Skogh? Y entonces decidiría si había hecho suficiente por él. Juez y parte. Y con una dolorosa e inevitable conclusión, pues era muy poco probable que la señora Skogh cediera.

Margareta llamó a la puerta abierta del despacho de la señora Skogh.

La señora Skogh levantó la vista de la mesa.

—Si está aquí para suplicar por el caso de Andersson, nos estará haciendo perder el tiempo a las dos y será mejor que se marche. Si es por otro motivo, pase.

Margareta tragó saliva y cerró la puerta.

La señora Skogh dejó la estilográfica en la mesa.

—Si no se trata de Andersson, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Se trata de mi marido —respondió en voz baja Margareta—. Tengo que intentarlo.

La señora Skogh la miró a los ojos.

—¿Por qué?

—Para poder decirle sinceramente que lo he intentado.

—¿Por qué si no…?

Margareta bajó la vista.

—Porque si no la vida podría volverse muy… complicada en casa.

—Llamemos a las cosas por su nombre, Margareta. Por complicada se refiere a violenta, ¿no?

El tono de la señora Skogh era más de empatía que de lástima, y el hecho de que hubiera utilizado el nombre de pila de Margareta la animó a bajar un poco la guardia.

—Sí.

—Dígale entonces que se ha puesto incluso de rodillas y yo he seguido negándome.

—¿Me permite preguntarle por qué ha sido despedido?

La señora Skogh señaló el libro negro que descansaba sobre su mesa.

—Esta mañana ha llegado borracho. Incluso ahora el aliento seguía oliéndole a cerveza, y eso que llevaba varias horas aquí. Lo cual supone un incumplimiento de las normas muy grave.

Margareta cerró los ojos y volvió a abrirlos. Siempre había sabido que aquello podía llegar a suceder, que Knut se arriesgaba demasiado al pasar tanto tiempo en la taberna, aunque él siempre había estado seguro de poder gestionar tanto la bebida como a cualquiera que se atreviera a sugerir lo contrario.

—Entiendo.

—Tengo, de todos modos, una pregunta para usted —dijo la señora Skogh.

—No bebo. O, mejor dicho, bebo tan solo en días señalados y en vacaciones.

—No pasa nada por tomar una copa, yo también sé disfrutar de ello. —La señora Skogh le dirigió una sonrisa irónica—. Pero no hay necesidad de dejar seca la bodega cada noche. No, mi pregunta era si preferiría vivir aquí.

—¿Vivir aquí? —Margareta arrugó la frente—. No soy soltera.

—¿Le gustaría serlo?

—No puedo divorciarme de Knut. Él nunca me lo permitiría. Antes acabaría conmigo.

—Señora Andersson, no es mi trabajo ni estoy en posición de decirle a un miembro de mi personal que abandone a su marido. Solo la pareja sabe realmente lo que sucede dentro de un matrimonio. Pero

mi trabajo y mi posición me obligan a garantizarle a cualquier miembro de mi personal que le puedo buscar una habitación si la necesita.

Margareta levantó la barbilla.

—¿Por qué es tan amable conmigo?

—Porque resulta que creo que la señora Andersson que se muestra ante la gente no es la Margareta que hay debajo de esta pantalla. Respóndame con sinceridad, ¿sabía usted que su marido animó al personal del servicio de habitaciones a marcharse aquella noche?

—Sí.

—¿Y por eso les dio la noche libre a las chicas, para que estuviesen seguras y no se viesen involucradas en nada?

Margareta asintió.

—Imagino entonces que cuando el tiro le salió por la culata se vio obligada a insistir en que fueran despedidas porque, de lo contrario, las cosas en casa se habrían puesto… complicadas. Lo que se tradujo en que acabó perdiendo tres buenas chicas.

—Exactamente.

—Y esas tres chicas son buenas porque usted las formó. Igual que ha formado a tres más. Es usted un activo importante para el Grand Hôtel.

Margarita notó que se ruborizaba.

—No estoy siendo amable —continuó Wilhelmina—. Simplemente hago mi trabajo, que consiste en salvaguardar los intereses del hotel.

21

De camino a casa, Margareta le dio vueltas y más vueltas a la conversación que le esperaba con Knut. Sabía que estaría furioso con ella por muchas cosas: no había conseguido convencer a la señora Skogh para que lo readmitiera y tampoco había presentado su renuncia por solidaridad con él. Lo vería como un acto de deslealtad, y tendría razón. ¿Sería capaz Margareta de encontrar otro trabajo? Seguramente. ¿Con el mismo nivel salarial? Muy improbable. ¿Y qué pasaría si ninguno de los dos aportaba ingresos?

Engulló una bocanada de aire con olor a cloaca y esbozó una mueca de asco cuando pisó la porquería. Gamla Stan era siempre la parte más hedionda de la ciudad. Exceso de población, escaso saneamiento. El lodo marrón grisáceo se helaba en invierno, pero, en esta época tan maravillosa del año, los riachuelos de aguas residuales corrían por las alcantarillas de los callejones, cruzaban Skeppsbron e iban a parar al mar. ¿Disfrutarían de un aire más limpio los que vivían en lo alto de los nuevos edificios de Södermalm? Cruzó las aguas brillantes para llegar a Södermalmstorg. El sol de la tarde bailaba sobre las olas azules y la hilera de mástiles blancos amarrados en el muelle de Kornhamnstorg se ondulaban a merced de la leve brisa. En verano, al menos, el color volvía a la ciudad. E incluso los más pobres podían disfrutar de un tulipán silvestre rojo o de un diente de león. Hasta que alguien lo arrancaba.

Margareta aceleró el paso. A lo mejor conseguía razonar con Knut. O quizá ofrecerle una baza con la que poder negociar. ¿Qué opciones tendría Knut si le decía que creía que Karolina Nilsson era hija de Elisabet Silfverstjerna? ¿Podría Margareta ir a ver a la señorita Silfverstjerna y pedirle que ayudara a su marido a recuperar el puesto? Tal vez. Pero ¿y si se equivocaba por completo y resultaba que Nilsson no guardaba ningún parentesco con la señorita Silfverstjerna? En este caso, Knut le cargaría de inmediato todas las culpas a ella, lo cual

sería perfectamente justo, y ambos se habrían quedado sin trabajo en una ciudad repleta de gente en busca de empleo, sobre todo después de la reciente huelga.

Una figura apareció acechante a lo lejos. Incluso desde aquella distancia, Margareta vio que Knut estaba borracho; lo adivinó por el modo en que intentó apuntalar la bota en la pared que tenía detrás de él y en cómo se tambaleó luego hacia un lado. Y vio, además, que la estaba esperando.

La tarde siguiente, una llamada a la puerta abierta del despacho de Wilhelmina le hizo levantar la vista de los primeros bocetos que le había presentado Lotten Rönquist para el bar. Le indicó a Gösta Möller que entrara.

—¿Algún problema?

Möller cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—La verdad es que no estoy del todo seguro, señora. Pero tengo entendido que la señora Andersson no ha venido hoy.

—Ha entendido correctamente. —Contuvo una sonrisa irónica, ¿Cómo lo había definido Lizzie? Como «un buen hombre que siempre está al tanto de todo»—. ¿Qué es lo que le preocupa?

Möller tragó saliva.

—Me temo que la ausencia de la señora Andersson no sea voluntaria.

Wilhelmina le indicó que tomara asiento.

—Explíquese.

—Por lo que yo sé, Margareta, la señora Andersson, es una empleada diligente…

—Su esposo fue despedido ayer. Entiendo que su silencio es su dimisión para apoyarlo.

—Eso es lo que no me cuadra —dijo Möller—. Si hubiese dimitido para hacer hincapié en el despido de su marido…, le aseguro que Knut Andersson no es del tipo de hombre que hace hincapié de un modo tan sutil. Se esforzaría para que usted, señora —carraspeó levemente —, lo entendiera con claridad.

Wilhelmina se puso rígida.

—¿Y cuál es su teoría entonces?

—Que le ha hecho daño en algún sentido. Que la ha dejado incapaz de venir a trabajar.

—¿Y no cree que, de ser ese el caso, nos habría comunicado que está enferma?

—Sí, si pudiera hacerlo —respondió Möller con cautela.

Wilhelmina lo miró fijamente en cuanto empezó a asimilar lo que implicaban las palabras de Möller. Consiguió por fin recuperar la voz.

—¿No estará sugiriendo…?

—No lo sé. Pero estoy preocupado y me gustaría pedirle permiso para ir a su casa y averiguar qué ha pasado. Para ello, necesitaría que me facilitara la dirección que consta en el registro.

—Permiso concedido. Pero si cree que la señora Andersson podría estar corriendo algún tipo de peligro físico, no irá usted solo. Llévese un par de conserjes de los que duermen en la casa. Son tipos fornidos. Elíjalos con inteligencia. No quiero oír ni un chismorreo respecto a todo esto. Vaya con algún medio de transporte y pídale que le espere. Lo quiero fuera enseguida, corra.

—¿Un ómnibus del hotel, señora?

—No, sería demasiado vistoso. Vaya en taxi. No, mejor aún, cruce hasta Kungsträdgården y cójalo desde allí. No se trata de que la mitad del personal lo vea y empiece a hacer preguntas. Paga el hotel.

Möller se levantó.

—Gracias. Debo confesar que me siento también un poco culpable. Yo fui el que anotó en el libro de reclamaciones que su marido estaba borracho.

—Y yo la que le olí alcohol en su aliento y lo puse de patitas en la calle. Y, por otro lado, le aseguro que no me siento en absoluto culpable. De todos modos actúe con cuidado, Möller. No haga acusaciones hasta que esté seguro. Dios quiera que la señora Andersson haya decidido simplemente dimitir.

Pero la señora Andersson no había decidido simplemente dimitir. Tras llamar en vano y acabar dando una potente patada a la puerta, Möller y los dos conserjes irrumpieron en una estancia repleta de

muebles volcados. Knut Andersson no estaba por ningún lado. Se adentraron en la vivienda y encontraron a la señora Andersson tumbada en el suelo, vestida aún con el uniforme del hotel. Tenía los labios partidos, un ojo hinchado, pero lo que provocó la mayor alarma fue el corte que tenía en el lado izquierdo de la cabeza. La sangre apelmazada en el pelo sugería que había sido golpeada contra una pared. Möller se arrodilló y le cogió la mano. Seguía caliente. Cuando le volvió la cara para evaluar el alcance de la herida de la cabeza, Margareta gimoteó. Möller exhaló un suspiro de alivio. Con mucho cuidado, los dos conserjes la levantaron para ponerla en brazos de Möller.

—La subiré al taxi —dijo—. Si veis alguna cosa que pueda ser suya, como un bolso, traedlo.

—Necesita un médico —dijo uno de los conserjes en cuanto el taxista cerró la puerta—. ¿La llevamos al hospital?

Möller se lo había planteado mientras ayudaba a colocar a Margareta en el taxi. Knut Andersson no era tonto. El primer lugar en donde buscaría sería el hospital. A menos que hubiera dado a su esposa por muerta, en cuyo caso a saber dónde estaría ya ahora aquel desgraciado. El lugar más seguro sería el Grand Hôtel. Apretó los dientes.

—Nos la llevamos con nosotros a casa.

Hasta que pudieran arreglar un lugar permanente donde alojarla, Ottilia y Karolina habían preparado una pequeña habitación individual del hotel que se utilizaba únicamente cuando todas las demás estaban ocupadas. En la primera planta, con vistas a Stallgatan, la pequeña ventana dejaba entrar poca luz, pero sería un refugio donde la señora Andersson podría descansar y recuperarse.

—El médico está de camino —dijo Karolina mientras ayudaba a quitarle el uniforme y a pasarle un camisón por la cabeza.

Margareta acarició la suave seda.

—¿De dónde ha salido? —Con los labios hinchados, su voz sonaba amortiguada.

—Del armario de objetos perdidos —dijo Ottilia—. Está completamente limpio y ahora es suyo. Ha dicho Beda que llevaba allí

un par de años.

Margareta esbozó una mueca de dolor cuando descansó la cabeza en la almohada.

—Lo siento, pero hemos tenido que decírselo a Beda porque necesitábamos su ayuda. No dirá nada. Ni tampoco Märta. Entre las cuatro la cuidaremos. Voy a decirle a la señora Skogh que ya está lista para que la vea el médico.

Treinta minutos más tarde, el doctor Malmsten entró de nuevo en el despacho de Wilhelmina.

—La señora Andersson ha tenido mucha suerte. Golpes y moratones, pero, aparte de la herida de la cabeza, que es más superficial de lo que me temía en un principio y que ya ha sido limpiada y curada, no hay más lesiones.

—Gracias, Karl. Aunque no sé si coincido con usted en cuanto a lo de que ha tenido suerte. Cuando han llegado allí, Möller creía que estaba muerta.

—Igual que su esposo, supongo. Ha tenido suerte de que el primer golpe fuerte en la cabeza la haya dejado inconsciente. Si a eso le sumamos los cardenales que tiene por todo el cuerpo y la deshidratación por haber estado tirada en el suelo durante casi un día, cualquiera pensaría que estaba muerta. Y ha tenido suerte también de que usted haya enviado a alguien a por ella.

—A quien debemos darle las gracias por esto es a Gösta Möller.

—Pero usted se lo autorizó.

—La pregunta que debemos plantearnos ahora es qué hacemos. ¿Puede presentar cargos la señora Andersson?

—Puede, pero ya me ha dicho que no lo hará. ¿Creerá usted que aún siente lástima por ese hombre? Me ha dicho que los hombres trabajadores se sienten presionados entre las mujeres que están subiendo por debajo de ellos y los jefes que los empujan desde arriba. —Miró a Wilhelmina—. Ese hombre seguramente piensa que usted lo ha presionado tanto desde arriba como desde abajo.

Wilhelmina rio entre dientes.

—Qué piense lo que quiera. Estaba trabajando bajo la influencia del alcohol. Y a eso hay que sumarle que ha atacado a una de mis empleadas. ¿Puedo presentar yo cargos?

—No se lo recomendaría —dijo el doctor Malmsten.

Wilhelmina frunció el ceño.

—Régis lo haría.

—Creo que no estoy de acuerdo. Si una cosa nunca hizo mi suegro, fue entrometerse en el matrimonio de otra pareja.

Con lágrimas de alivio y derrota resbalándole por las mejillas, Margareta se esforzó por recordar. Los gritos, los puñetazos, el dolor. La humillación de ser transportada hasta el hotel, a pesar de haber entrado por una puerta secundaria que apenas se utilizaba. La amabilidad cuando la habían acostado en aquella cama tan blanda. Todo esto sí podía recordarlo. Pero ¿le había dicho a Knut que creía que Karolina era hija de Elisabet Silfverstjerna? No tenía ni idea.

22

Algernon Börtzell abrió la reunión del mes de julio.

—Caballeros, una vez más, parece que nuestro magnífico hotel vuelve a estar en obras. De camino hasta aquí he cruzado la planta baja y he comprobado que sigue habiendo un auténtico ejército de carpinteros trabajando donde antes teníamos una sala de billar.

—Y donde hay un ejército hay también un gran gasto —rugió Von der Lancken—. Si contratamos a la señora Skogh, fue para rescatar nuestra situación financiera, no para cavar un agujero más grande.

—Vamos, Ehrenfried —dijo Burman—. Confío en que los obreros de la señora Skogh no estén cavando un agujero, porque seguramente acabarán en el sótano.

Von der Lancken se permitió una sonrisa.

—Muy chistoso.

—Y hay que reconocer —prosiguió Burman— que el plan de renovación es sensato, tanto en diseño como en ejecución. A diferencia de la última vez, no hay ningún andamio espantoso en la fachada que da al mar y podemos, además, seguir abiertos.

—Creo también que el momento elegido juega a nuestro favor —dijo Börtzell—. Los congresos que se celebran en Estocolmo este verano han generado una escasez de camas. El hotel está lleno, y cuando cené aquí la semana pasada, la mayoría de mesas estaban ocupadas.

—Lo cual es una mejora —reconoció Von der Lancken—. Y es lo que debería ser en un mes de julio.

—Así es. Hemos sustituido también las dos cocinas Bolinder por unas versiones más grandes y más modernas.

—¿Más grandes? —balbuceó Von der Lancken—. Hace dos años nos dijeron que con esas cocinas se podía servir a mil comensales.

—Y ahora nos dicen que con mil no es suficiente. La señora Skogh pretende aumentar el servicio de la cocina y, con ello, los ingresos del

hotel. Y si recuerda bien, Ehrenfried, las cocinas nuevas estaban ya en la lista de las peticiones que planteó de entrada la señora Skogh.

—Peticiones que ya quedaron aprobadas en su día —intervino Börtzell.

—¿Y de dónde van a salir tantas bocas? —preguntó Von der Lancken—. El número de habitaciones sigue siendo el mismo.

—La entrada adicional que abriremos en la esquina, directa hacia el bar —dijo Burman—, tendría que servir para animar a los ciudadanos de Estocolmo a probar nuestro restaurante. Su sentido práctico supera con creces cualquier perturbación estética que se cree en la fachada. Además, en Navidad, seguro que todo el mundo habrá olvidado ya que la puerta no estuvo siempre allí. ¿Sabemos cuándo terminarán las obras?

Börtzell repasó sus notas.

—A principios de septiembre, según la señora Skogh. Ha incluido una rígida cláusula de penalización en los contratos, por lo que es poco probable que se retrasen.

Burman, impresionado, emitió un silbido.

—Debe de ser buena negociadora. La ciudad anda pidiendo a gritos albañiles y carpinteros, sobre todo después de que hubiera tantos despidos como consecuencia de la huelga general de mayo.

—Creo que para entonces ya se habían firmado todos los contratos. Y hay que reconocerle el mérito a quien se lo merece. La señora Skogh consiguió evitar que el hotel sufriera cualquier consecuencia de la huelga. Su pronta respuesta con respecto al personal del servicio de habitaciones sirvió para restablecer la tan necesaria disciplina. Ni siquiera el revolucionario más incendiario se atrevió a incitar una huelga aquí.

—¿Tenemos revolucionarios en el Grand Hôtel? —preguntó Von der Lancken—. Me parece poco probable.

—Por lo visto teníamos un agitador —respondió Börtzell—. Un loco llamado Andersson que fue despedido por llegar borracho y pegar a su mujer.

—¡Santo cielo! ¿Y podemos despedir a un hombre por un incidente doméstico?

—Podemos hacerlo cuando su esposa es nuestra gobernanta.

—Santo cielo —repitió Von der Lancken—. Supongo que eso interferiría el trabajo que esa mujer realiza aquí. Vaya bruto.

—Sí, pero la señora Skogh me ha asegurado que la señora Andersson vive ahora en la casa, por lo que confío en que esto sea el fin del asunto.

—¿Y el servicio de habitaciones sigue siendo cosa de mujeres? —preguntó Burman—. Fue un movimiento audaz, pero el *Dagens Nyheter* lo ensalzó con una elocuencia lírica.

—No del todo. La nueva jefa del servicio de habitaciones tiene programado un camarero masculino por turno por si acaso alguna de las jóvenes se encuentra con… un problema.

Von der Lancken pareció ofenderse.

—¿Y tenemos que tolerar ese tipo de comportamientos en el Grand Hôtel?

—Siempre es mejor prevenir que curar —dijo Börtzell juiciosamente —. La señora Skogh me ha asegurado que en estos momentos todos los departamentos funcionan sin contratiempos. En resumen, creo que los tres primeros meses de la señora Skogh podrían calificarse de todo un éxito. Elegimos bien.

Sus colegas murmuraron palabras felicitándose y mostrándose de acuerdo.

—A menos —dijo Von der Lancken— que esta nueva remodelación no tenga tanto éxito como la última.

—Tengo toda mi fe depositada en ella —dijo Burman—. ¿Ha ido alguno de ustedes a echarle un vistazo?

Börtzell y Von der Lancken negaron con la cabeza.

—El nuevo bar americano es lo que está más avanzado y creo que atraerá a una clientela más amplia. De hecho —Burman se acarició la barbilla—, nunca había visto una sala similar. Es de lo más original. Rojos y morados con toques de oro, madera ornamentada. Y las lámparas de techo más excepcionales que he visto en mi vida, como gotas agrupadas que cuelgan de discos circulares de latón. Sigan mi consejo y vayan a verlo cuando salgan. No habrá lugar igual en todo Estocolmo. Creo que incluso los visitantes norteamericanos se

quedarán impresionados. Y lo más curioso del tema es que encaja a la perfección con el resto del hotel y los nuevos murales del bar del bufet.

—Pues iré a verlo —dijo Von der Lancken—. Me parece una solución muy inteligente y —levantó las manos—, como todas las ideas brillantemente inventivas y glamurosas de la señora Skogh, muy cara.

Börtzell suspiró.

—Es como todas las mujeres que conozco: cara de mantener.

23

Ottilia nunca se había sentido tan feliz. Esto, pensó mientras corría escaleras abajo para relevar al personal nocturno de sus tareas, debía de ser a lo que se refería la gente cuando hablaba del «cielo en la tierra», puesto que le resultaba imposible imaginarse un puesto de trabajo más gratificante o una ciudad más estimulante. En las diez semanas que llevaba en Estocolmo había servido carritos perfectamente presentados a lo mejor de lo mejor, desde miembros de la realeza y celebridades hasta políticos y hombres de negocios, y había ganado más propinas de las que jamás hubiera soñado conseguir en Rättvik. Los ingresos extra, que seguía dividiendo a partes iguales entre el equipo de su turno, le servían para pagarse placeres en sus pocos días libres: un recorrido en barca hasta Djurgården para visitar el Gröna Lund Tivoli, una porción de tarta en el salón de té de la Nordiska Kompaniet en Stureplan, o regalos para la familia, como el nuevo libro de Selma Lagerlöf, *Jerusalén* —cuatro coronas que Ottilia había estado encantada de poder permitirse—, para Torun, que había comprado en Göthes Bokhandel, también en Stureplan.

El servicio de habitaciones funcionaba las veinticuatro horas sin problemas. Incluso el chef Samuelsson había declarado que Ottilia no era tan incompetente como se temía, un cumplido con doble intención que había provocado una sonrisa de confirmación por parte de Gösta Möller. Cuanto más corría la voz sobre el éxito del servicio de habitaciones femenino, más chicas presentaban su candidatura para incorporarse al equipo. Ottilia cumplió su parte del trato y rechazó todas las solicitudes que le llegaron de camareras de planta. Y se sentía especialmente contenta de haberlo hecho. La semana que habían pasado cuidando a Margareta Andersson había servido para limar rencillas y unir mucho más a las mujeres.

Margareta, agradecida por haber podido evitar la ignominia de tener que ser atendida por su personal, había bajado un poco la

guardia y se había vuelto más agradable a medida que sus magulladuras habían mejorado. Ahora no solo eran compañeras de trabajo, sino que además eran aliadas.

Edward, el botones, también había solicitado incorporarse al servicio de habitaciones. Con refrescante honestidad, había explicado que aspiraba a seguir prosperando en el hotel y que, aunque sabía que podía hacer bien su trabajo, quería seguir aprendiendo. E incrementando su sueldo. Con eso le había tocado la fibra sensible a Ottilia y le había dado una idea; pondría un joven en cada turno. Y de este modo, cualquier huésped que decidiera darle una palmadita en el trasero a una de sus chicas, acabaría siendo servido única y exclusivamente por personal masculino, gracias a una estrellita que luciría junto a su nombre en su ficha de cliente. Solo el equipo del servicio de habitaciones sabría que hablar de un huésped estrella no era para nada el cumplido que supuestamente podría ser.

—¿Qué tal ha ido todo? —le preguntó a Märta mientras Beda contaba las monedas de la taza de las propinas y dividía lo obtenido.

—Otra noche tranquila. Los pesados habituales que quieren tomar una copa, pero la mayoría ha cenado fuera o en el restaurante. Lo normal en julio, imagino. La gente sale en masa por la ciudad para disfrutar de las largas noches de verano. O al menos los extranjeros.

—Y es comprensible —dijo Edward—. Yo, de poder, siempre comería al aire libre. Parece que todo sabe mejor.

Ottilia arqueó una ceja mientras leía la nota de un pedido de desayuno.

—¿Mejor que una cena en el Grand Hôtel?

Edward agitó un dedo, dándole la razón.

—Ahí me has pillado. Bueno, me largo a ver si puedo dormir un poco.

Apareció entonces Karolina, casi sin aliento.

—Siento llegar tarde. Podría decirse que el señor Svensson me ha tendido una emboscada. Ottilia, la señora Skogh quiere verte.

Ottilia puso mala cara.

—¿Ahora?

Las dos horas siguientes eran las de más trabajo y la señora Skogh lo

sabía de sobra.

—Sí.

—Ve —dijo Beda—. Ya me quedo yo hasta que vuelvas.

—Gracias. Debe de ser importante, pero ni aunque me mataran podría imaginarme de qué se trata.

La confusión de Ottilia se transformó en alarma cuando August Svensson la recibió con una sonrisa claramente compasiva.

—Entre directamente, señorita Ekman.

Cerró la puerta del despacho de la señora Skogh en cuanto Ottilia estuvo dentro. La tensión de Ottilia se disparó. Se acercó a la mesa con el corazón latiéndole a mil por hora. La señora Skogh estaba bebiendo una taza de té. Y la miró a los ojos.

—Ottilia, he recibido una llamada de su padre.

Ottilia se dejó caer en la silla.

—¿Por qué?

—Su madre ha dado a luz a una niña a primera hora de esta mañana y…

Ottilia sonrió encantada. Se acabó el pánico. ¿Otra niña? Vaya.

—Por desgracia, ha fallecido poco después. Lo siento mucho.

Con una mano sujetando con fuerza la otra, Ottilia parpadeó para contener las lágrimas. Intentó recuperar el ritmo de la respiración.

—¿Ha muerto el bebé? Mis padres, pobres, estarán muy mal.

—No —dijo en voz baja la señora Skogh—. La que ha fallecido es su madre.

Un grito de angustia llenó la soleada estancia y Ottilia escondió la cara entre las manos. Su madre. Dios, no. Tenía ya dos hermanas, no necesitaba otra. Pero sí necesitaba a su madre. Un par de brazos fuertes la acogieron y la abrazaron. Ottilia se recostó contra la señora Skogh y lloró, no como si se le fuera a partir el corazón, sino como si este se hubiese roto ya en un millón de pedazos por el peso del dolor. Poco a poco las lágrimas se apagaron, dejando chorretones en sus mejillas.

La señora Skogh le pasó un pañuelo a Ottilia.

—Beba un poco de té —dijo, todavía en voz baja pero con más firmeza.

Ottilia se secó la cara y la obedeció. Sus dientes chocaron contra la porcelana y tuvo que servirse de las dos manos para poder controlar la taza.

—Y ahora —dijo la señora Skogh— subirá al tren de las ocho y veinticinco con destino a Gävle, y desde allí tomará otro tren hasta Rättvik. Svensson le ha reservado ya los asientos y en la cocina encontrará preparada una cesta para su familia. Uno de nuestros omnibuses la llevará hasta la estación.

—El servicio de habitaciones…

—Nos encargaremos de ello hasta su regreso. Si decide quedarse en Rättvik, lo entenderemos.

Rättvik. Ottilia asintió, aturdida.

—Volveré.

—Esperemos a ver.

Ottilia confiaba en que su padre la estuviera esperando en el andén de la estación de Rättvik, pero, con una recién nacida y dos hijas en duelo, había, como siempre, establecido correctamente sus prioridades. Bajó del tren, aspiró una gran bocanada de aire fresco del lago Siljan, se tragó su decepción y entró en la casa de la estación. El ambiente había cambiado y había pasado de ser acogedor a ser de tremenda desolación. El chillido agudo de un bebé, seguido por un susurrado «calla» rompieron el silencio. Ottilia siguió la dirección de los sonidos y encontró a Torun en la sala de estar, intentando introducir una tetina en una boca minúscula.

—Llora porque tiene hambre, pero no quiere comer —le explicó Torun. Sus ojos frustrados estaban enrojecidos y tenía la cara muy pálida. Le pasó la pequeña a Ottilia—. Ten, inténtalo tú. Bienvenida a casa, por cierto.

Ottilia cogió a la niña, la meció con cuidado y dejó caer en sus labios unas gotitas de leche. El bebé abrió la boca y Ottilia le introdujo la tetina.

—¿Tiene nombre?

—Victoria. Era lo que quería mamá. Por la princesa heredera. —

Torun estaba impresionada—. Responde mejor contigo que conmigo.

—Aprendí con Birna. —De repente pensó en una cosa—. ¿Está mamá arriba?

Torun respondió con un gesto afirmativo.

—La han lavado y preparado. El féretro… —Torun se secó una lágrima—. El féretro estará listo al anochecer. Papá y los hombres la bajarán esta noche aquí y la enterraremos pasado mañana. Papá ha ido a ver al párroco. Ha ido con Birna.

—¿Con Birna?

—Un mal menor. La niña se pone histérica si no lo ve. Oh, Ottilia… —El rostro de Torun se contorsionó cuando rompió de nuevo a llorar —. ¿Qué vamos a hacer?

Victoria se había dormido y Ottilia la dejó en la cuna que en sus tiempos había sido de Birna. ¿Por qué demonios la habrían guardado? ¿Un sexto sentido?

—No lo sé todavía —respondió Ottilia—. Pero voy a subir un momento a ver a mamá y luego prepararemos algo de comer. — Señaló la generosa cesta—. Mamá querría que siguiésemos adelante.

—Mamá quería un niño. —Torun miró el bebé dormido—. Y ha muerto por otra niña.

—Una niña inocente —dijo Ottilia—. Que nunca conocerá a su madre. Al menos nosotras sí hemos tenido esto.

El funeral transcurrió sin incidentes. La larga procesión de asistentes vestidos de negro que acompañaron a Viveka Ekman hasta la sepultura de la familia, adquirida cuando Jon murió, hablaba a voces de su popularidad en el seno de la comunidad. A diferencia del velatorio de la noche anterior en la casa de la estación, la reunión posterior al entierro se celebró en el Turisthotell de Rättvik.

La sala de actos le pareció a Ottilia más pequeña de lo que la recordaba. Igual que el resto del hotel. La carpintería de pino le resultaba ahora más pintoresca que sofisticada y la madera del brillante parqué del suelo del comedor tenía defectos y mellas que hasta entonces le habían pasado desapercibidos a Ottilia. ¿Cómo era posible que hubiera llegado a cuestionarse por qué la señora Skogh prefería dirigir el Grand Hôtel de Estocolmo? Ni siquiera ella era

capaz de imaginarse trabajando ahora aquí, aunque observó complacida que las buenas rutinas y el buen servicio seguían vigentes. ¿Cuándo sería correcto volver a Estocolmo? Se fijó en que las solteras ya empezaban a revolotear alrededor de su padre, ofreciéndole palabras de consuelo a él y de cariño a Victoria y, de vez en cuando, también a Birna. La joven señorita, a pesar de sus diez años cumplidos, estaba sentada en la falda de su prima Anna. Su padre gestionaba con habilidad a sus admiradoras, consiguiendo que todas se sintiesen valoradas sin que ninguna de ellas se creyera especial. Karl Ekman se convertiría en un buen partido, pero había amado mucho a su esposa y mencionaba su nombre a cada momento. En otras circunstancias habría sido una escena de lo más cómica. Pero Ottilia no podía quedarse en Rättvik. Ahora no. Aquí se ahogaría. ¿Sería muy egoísta marcharse? Sí, tremendamente egoísta.

Su padre sacó la polémica pregunta a relucir más avanzada la tarde, cuando los dos volvían de dar un largo paseo por el muelle. Hacía una tarde preciosa e hicieron lo mismo que siempre: sentarse en un banco situado justo delante de la estación. El verano era demasiado corto como para desperdiciarlo y a aquella hora ya no pasaban trenes.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó, y sus ojos, bondadosos y cansados, la miraron fijamente.

—Durante todo el tiempo que me necesites. —Y esa parte era cierta.

El padre de Ottilia hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo una pregunta para ti, y soy consciente de que es mucho pedir.

Ottilia apretó los dientes para no llorar.

—Por supuesto, papá.

—¿Podrías llevarte a Torun contigo?

Ottilia se quedó mirándolo.

—¿Llevármela dónde?

—A Estocolmo. La pobre chica ha sido muy infeliz desde que te fuiste. Tu madre y yo hicimos todo lo que pudimos, pero ya ves lo inquieta que está. Necesita un nuevo comienzo. Un nuevo objetivo en la vida. Aunque sea simplemente pelando cebollas. Al menos estaría en Estocolmo, que es el lugar donde desesperadamente quiere estar.

—¿Y Birna y la bebé?

—No son más responsabilidad de Torun de lo que puedan serlo de ti. Además, Birna y ella siempre están peleándose. Creo que la marcha de Torun sería buena para las dos.

—¿Y Victoria?

—Tu prima Anna ha dicho que estaría encantada de poder ayudarme con Birna, la recién nacida y también con la casa. Puedo pagarle un pequeño sueldo y proporcionarle todo lo que necesite. —Sonrió sin ganas—. Ottilia, tu madre siempre quiso que todas sus hijas salieran adelante en la vida. El mundo está cambiando y tenéis muchas más oportunidades de las que ella disfrutó. Tú ya estás establecida, y no me cabe la menor duda de que Birna acabará convirtiéndose en la comadrona o la médica que quiere ser. Pero Torun…

—… no tiene nada —dijo Ottilia, acabando la frase por él. Jugó con la única vuelta del collar de perlas que llevaba al cuello, la herencia de su madre—. Pero papá. Yo solo controlo el equipo del servicio de habitaciones y no puedo darle empleo a nadie si no necesitamos más personal.

—Como te he dicho, cualquier cosa es menor que nada, y hay que hacer algo.

Ottilia cogió una ramita del suelo.

—¿Y qué opina Torun?

—¿Sobre qué? —Torun salió en aquel momento de la casa con un vaso de cerveza para su padre. Se sentó a su lado—. Birna y la pequeña se han quedado dormidas.

Su padre sonrió.

—Gracias, cariño. Has sido de gran ayuda.

—¿Qué opino sobre qué? —volvió a preguntar Torun.

El padre miró a Ottilia.

Ottilia levantó las manos. De una forma u otra tendría que buscar una solución. De entrada, Torun podría compartir la cama con ella y trabajar gratis, quizá. Pero ¿sería eso abusar demasiado de la amabilidad de la señora Skogh? El tiempo lo diría. Se giró hacia su hermana.

—¿Te gustaría venir conmigo a Estocolmo?

24

Durante seis semanas Margareta permaneció confinada dentro de las paredes seguras del Grand Hôtel. No esperaba que Knut apareciera por allí para buscarla; era lo bastante listo como para saber que no sería bienvenido y, tal vez, ni siquiera admitido, pero ¿estaría controlando la entrada por Stallgatan? ¿Y le había contado ella lo de Karolina? Por mucho que se esforzara, no conseguía recordarlo, aunque estaba casi segura de que, de haberlo hecho, Knut ya habría actuado a aquellas alturas. Debía de estar sin blanca a menos que hubiera encontrado otro trabajo. Pero ¿no se habría enterado Gösta de ser así? Este tenía contactos en prácticamente todos los hoteles de Estocolmo.

Por su parte, vivir en el hotel había sido tanto una bendición como una humillación a nivel privado. Margareta estaba de nuevo allí donde había empezado, por mucho que tuviera habitación propia por su condición de gobernanta, pero ahora que los moratones habían desaparecido y la herida de la cabeza se había curado, aquellos pocos metros cuadrados de intimidad eran todo lo que tenía después de un matrimonio y treinta y dos primaveras. No se merecía la amabilidad que habían mostrado con ella las cuatro chicas que la habían cuidado. No se merecía que todo el mundo fingiera que no había pasado nada y que la señora Andersson simplemente había cogido «la baja». Nadie se dejaba engañar, ni ella ni ellos. Pero, aun así, era consciente de que las miradas de cariño que recibía en la cantina resultaban reconfortantes.

Gösta Möller le cortó el paso cuando se dirigía a dejar la bandeja en el mostrador que había junto al fregadero.

—¿Qué hace esta noche?

Margareta se quedó mirándolo.

—¿Yo?

Salió con ella de la cantina.

—Tengo la noche libre, algo que es excepcional, y usted necesita

que le dé un poco el sol en las mejillas.

El pánico se apoderó de ella.

—No podría.

—¿Por qué no? —Su tono de voz sonaba razonable, pero ambos conocían tanto las implicaciones como las connotaciones.

—¿Y si…?

—No está aquí. Por lo que tengo entendido, no viene desde el día después de que se instalara usted a vivir en el Grand Hôtel. —Su voz rezumaba honestidad.

Margareta se llevó la mano a la garganta. De modo que había estado aquí.

—¿Cómo lo…?

—Porque he dado orden de que si alguien lo ve me informe de ello. El joven Edward le dijo a Knut que nadie la había visto y que no estaba seguro de si usted seguía trabajando en el Grand Hôtel.

De modo que Edward había guardado el secreto. Pero Edward no era más que uno entre muchos.

—Knut podría preguntar a más gente. Y no todo el mundo…

—Creo —dijo Gösta, en tono amable— que infravalora la gran cantidad de apoyo del que goza entre el personal. Knut Andersson no era un hombre popular, y ahora la gente ha elegido bando.

—Pues la gente siempre lo escuchaba.

—¿Usted cree? ¿O simplemente le permitían actuar sin oposición?

Margareta se quedó pensando.

Gösta continuó:

—He pensado que podríamos ir a picar algo en Hasselbacken, en Djurgården. He reservado una mesa en la terraza.

Hasselbacken. Aquello sería un regalo. Que le sirvieran algo especial y disfrutar de una templada tarde de verano. Tenía cuatro sueldos ahorrados. Pero ¿estarían autorizados a visitar un establecimiento asociado con el Grand Hôtel?

Gösta le leyó los pensamientos.

—Podemos cenar allí porque es altamente improbable que un huésped del hotel nos reconozca aunque nos vea. La gente siempre espera ver gente dentro del contexto adecuado.

—¿Y si nos ve Knut? ¿Y si me ve?

—Señora Andersson, Margareta. ¿Cuándo fue la última vez que Knut visitó Djurgården?

No había estado por allí desde que la cortejaba, que ella supiera. Aquellas salidas habían terminado el día que se casaron. «Ahora estamos casados, ya no es necesario seguir dando paseos por Estocolmo». Margareta se mordió el interior de la mejilla.

—Además —continuó Gösta—, antes de tocarla tendría que pasar por encima de mí.

Y Gösta Möller le sacaba al menos una cabeza.

—Mire —dijo—, acabo mi turno a las siete y cuarto. Si no está en la entrada de personal a y media, sabré que no va a venir.

A las siete y media, vestida con su único vestido bueno y un poco de colorete en las mejillas, Margareta se tumbó en su cama. Y lloró.

25

Mientras Gösta esperaba en el interior de la entrada del personal, Ottilia llegó con Torun por Stallgatan.

—Torun, te presento al señor Möller, es nuestro *maître d'hôtel*.

«Nuestro». El alivio de estar de vuelta, y el sentido de culpabilidad que le provocaba esa sensación, hizo que a Ottilia le entraran ganas de llorar otra vez.

Sin soltar la maleta, Torun saludó inclinando la cabeza.

—Señor Möller.

Gösta sonrió.

—Bienvenida, señorita Ekman. ¿Entiendo que viene a trabajar?

—Eso espero, señor Möller.

Ottilia entró corriendo.

—¿Por casualidad está todavía la señora Skogh en su despacho?

Era una posibilidad remota, pero debía intentarlo. Meter ilegalmente a su hermana en la cama no era algo que quisiera hacer, pero hasta que Ottilia no hablara con la señora Skogh, sabía que estaría cometiendo un acto ilegal.

—Se ha ausentado por unos días. Creo que regresa el lunes.

A Ottilia se le cayó el alma a los pies. Cuatro noches. ¿Qué camino debía seguir? «Piensa, Ottilia».

—Tal vez la señora Andersson pueda ayudarla —dijo Gösta—, si se trata de que la joven señorita Ekman consiga un empleo.

Ottilia respondió a Gösta con un agradecido gesto de asentimiento.

—Torun, espera aquí con el señor Möller.

Tres minutos más tarde llamaba a la puerta de la habitación de la señora Andersson. No obtuvo respuesta. A lo mejor estaba en su despacho. Y justo cuando Ottilia se disponía a bajar de nuevo por la escalera, se abrió la puerta.

—¿Ottilia?

—Margareta, gracias a Dios. —Ottilia examinó con la mirada a la

gobernanta—. Lo siento, ¿vengo en mal momento?

Margareta consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Es una larga historia. —Ottilia se apoyó en el umbral de la puerta para recuperar el aliento—. Mi madre ha muerto y…

—Sí, lo sentí mucho cuando me enteré —dijo Margareta.

—Gracias. He tenido que traer conmigo a mi hermana y necesita trabajo. Tiene dieciséis años y es muy capaz, sufre cojera, pero es honesta y buena persona. No tengo vacantes en el servicio de habitaciones y tampoco creo que fuera buena idea emplearla allí, pero no podía quedarse en Rättvik y por eso está aquí, y he pensado que esta noche podría compartir la cama conmigo y que se lo pediría a la señora Skogh si estuviera aquí mañana, pero me han dicho que no está y… —Y entonces aparecieron las lágrimas—. No sé qué hacer con Torun. No conoce a nadie en Estocolmo pero está encantada de estar en la ciudad, y el señor Möller ha dicho que…

—¿El señor Möller?

—Sí, está esperando con ella en la entrada de personal. Me ha dicho que quizá podrías ayudarme. —Las rodillas de Ottilia cedieron de repente y empezó a deslizarse por la pared—. Lo siento —musitó mientras intentaba incorporarse—. Han sido unos días muy largos y tengo que ir a ayudar al turno de noche.

Margareta se quedó mirando a Ottilia. Aquella chica que acababa de enterrar a su madre, que intentaba cuidar de su hermana y que estaba preocupada por sus responsabilidades con el servicio de habitaciones no estaría allí como ella, con treinta y dos años y sin nada que demostrar en la vida. Ottilia Ekman era una luchadora. Lo había demostrado en su primera noche en el hotel y lo estaba demostrando de nuevo ahora. Y aun así aquella chica tenía además la fuerza suficiente para pedir ayuda. Y había acudido a ella. Y lo que le estaba pidiendo no era la típica ayuda relacionada con cualquier tema del servicio de limpieza, sino una ayuda de compañera a compañera. De mujer a mujer. ¿De amiga a amiga?

Una chispa de determinación prendió de repente en Margareta.

—¿Está tu hermana esperando con el señor Möller?

Otilia hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo que volver. Me ha parecido que estaba vestido para salir. No quiero estropearle la cita. Pasarán semanas hasta que el pobre tenga otra noche libre.

Margareta se volvió y cogió el sombrero y el bolso que tenía encima del tocador.

—Voy contigo. Y, Ottilia, estaré encantada de hablar con tu hermana mañana por la mañana. Seguro que le encontraré alguna cosa, pero esta noche tendrá que compartir cama contigo. Si alguien pregunta, di que lo he dicho yo.

—No sé cómo agradecértelo.

—Sé exactamente cómo te sientes en este momento.

Torun Ekman, de Rättvik, se quedó en un rincón del vestíbulo del Grand Hôtel y se esforzó por no seguir boquiabierta.

—Jamás en la vida había visto nada tan…, tan… La estación de Estocolmo me ha parecido lujosa, pero este hotel es de lo más… sofisticado. —Se aferró al brazo de Ottilia—. No puedo creer lo que ven mis ojos —susurró—. El dinero que debe de tener esta gente cuando hay tantos que se mueren de hambre. Solo una de esas lámparas de araña serviría para dar de comer a un pueblo entero durante un mes.

Ottilia fulminó a su hermana con la mirada.

—Torun Ekman, o te guardas para ti tus opiniones o te subes al próximo tren con destino a Rättvik. No te equivoques. Los huéspedes son los que pagan nuestros salarios, y si no se alojaran aquí, encontrarían sin problemas otro hotel donde el personal fuera más agradecido que tú.

Torun se encogió de hombros y contuvo un grito.

—¡Mira todos esos libros!

Ottilia siguió la dirección de su mirada.

—Es la sala de lectura. Y más allá, donde están esos obreros

trabajando, está el bar americano. Y en el otro lado de la entrada principal está el comedor. El territorio del señor Möller. Es precioso. Ahora no puedes entrar porque está muy concurrido, pero seguro que Margareta lo dispondrá como sea para enseñártelo todo mañana. Siempre y cuando no hayas dicho ninguna estupidez sobre lo lujosas que son las habitaciones de los huéspedes.

—No diré nada —murmuró Torun—. Pero todo esto me hace pensar.

—Pensar está permitido —dijo Ottilia—. Bueno, tengo que incorporarme al servicio de habitaciones. —La condujo hacia el pasillo de administración—. El despacho de la señora Skogh está por allí, pero ahora bajaremos por esta escalera, cruzaremos por el sótano y subiremos de nuevo para ir a mi habitación. Tengo que cambiarme.

Torun la miró con mala cara.

—¿Vamos a bajar para luego volver a subir?

—Los miembros del personal no podemos utilizar ni las escaleras ni los ascensores de los huéspedes —le explicó Ottilia mientras recorrían el pasillo del sótano y empezaban a subir la escalera hacia su habitación—. A menos que estés desempeñando algún tipo de trabajo. En cualquier otra circunstancia, utilizamos siempre los recorridos de servicio. Tienes que comprender que este hotel es tan grande entre bambalinas como por la parte pública. Es como si fuera un teatro gigante.

Torun abrió los ojos de par en par.

—No tenía ni idea.

—La gente no lo sabe. —Ottilia bajó el tono—. Pronto le pillarás el tranquillo a todo. Imagínate, la semana pasada a estas horas estabas anclada en Rättvik y ahora te encuentras en pleno centro de la ciudad de Estocolmo.

—La semana pasada a estas horas tenía madre —replicó Torun. Le temblaba el labio—. Pero te estoy agradecida, Otti, de verdad te lo digo.

Ottilia abrió la puerta, le mostró la cama a Torun y le presionó el brazo.

—Sé que lo estás. Y sé que echas de menos a mamá. Yo también.

Se sentaron en silencio, perdidas en los recuerdos de una madre que las había criado con amor.

—Mamá quería que viniese a Estocolmo —dijo entonces Torun—. Fue lo último que le dijo a papá.

A Ottilia se le encogió el estómago.

—¿Mamá sabía que iba a morir?

Torun movió la cabeza en un gesto afirmativo mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Papá me lo contó anoche. Le pregunté si estaba seguro de que no le importaba que me marchara.

Qué propio de su padre no mencionar aquel pequeño detalle cuando le pidió a Ottilia que se llevase con ella a Torun. Podría haberle dicho que no, pero nunca se habría negado a la última petición de su madre.

Torun siguió hablando:

—Mamá dijo que lo que yo tenía que hacer no lo podía hacer en Rättvik.

Ottilia frunció el entrecejo.

—¿Y qué tienes que hacer?

—No tengo ni idea, pero me alegro mucho de estar aquí.

—Y yo también. —Ottilia abrazó a su hermana—. Me tengo que ir corriendo. No te pases la noche leyendo, intenta dormir un poco. No sé cuándo subiré a acostarme. Tengo que mirar los horarios y ver que todo está correctamente organizado.

26

En octubre, la vida en el Grand Hôtel se había convertido en una rutina agradable para todos. Wilhelmina y Elisabet siguieron al camarero jefe de Operakällaren hacia una mesa para dos junto a la ventana. Las cabezas se volvieron mientras pasaban por el lado de mesas ocupadas mayoritariamente por hombres de negocios y parejas de mediana edad. Wilhelmina saludó con la cabeza a aquellos a los que reconoció.

—Asegúrame, por favor —dijo Elisabet—, que no has reservado una mesa junto a la ventana para controlar desde aquí tu nueva entrada al hotel.

Wilhelmina fingió enojo ante la conclusión acertada de Elisabet.

—He reservado esta mesa para que tú puedas controlar el palacio.

Fuera, en Strömgatan, las hojas doradas se arremolinaban sobre los adoquines iluminados por la luz de las farolas. Con las espaldas encorvadas para protegerse del viento, un torrente de trabajadores aceleraba el paso en dirección al puente de Norrbro y Gamla Stan. En pleno otoño, los ciudadanos de Estocolmo más pobres ya se estaban preparando para el invierno. Muchos pasaban dos veces al día por delante de los ventanales con parteluz de Operakällaren, pero igual que sucedía con el palacio de enfrente, el fuego de la chimenea de granito del comedor solo daba la bienvenida a aquellos cubiertos con gruesos abrigos y con los pies ya calientes.

Wilhelmina pidió dos copas de champán mientras estudiaban la carta.

—¿Qué celebramos? —preguntó Elisabet.

—El final de las obras. No es que necesitemos una excusa para beber Moët, pero por fin se han ido ya los obreros.

Elisabet levantó la copa.

—¿Y estás satisfecha con cómo ha quedado?

—Tremendamente. La planta baja tiene ahora todo el sentido del

mundo y la gente de la ciudad ya empieza a frecuentar los nuevos bares.

—Entré el otro día para echar un vistazo —dijo Elisabet—. Y me pareció un ambiente muy atractivo. Lotten Rönquist ha hecho un trabajo excepcional. Prefiero mil veces más sus murales que los que tienen, por ejemplo, en el hotel Rydberg. No me gustan las pinturas que pretenden emular tapices. Los paisajes que ha pintado Lotten son deliciosos.

—Le repetiré lo que has dicho —apuntó Wilhelmina—. ¿Cuándo estuviste por última vez en el hotel Rydberg?

—Hace mucho tiempo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque Pelle me ha comentado que también han abierto un bar americano.

—Qué mala suerte.

—La verdad es que sí. Pero nunca se puede tener el monopolio de una buena idea. Al menos no por mucho tiempo. Ni tampoco deberían tenerla ellos. Nuestro bar, sin embargo, es mucho más espectacular, al menos en opinión de Pelle. ¿Qué vas a tomar? Estamos aquí para catar los platos de la competencia.

—Probaré el lenguado.

—Pues yo, el cordero *à la mâconnaise*.

—Y bien —dijo Elisabet cuando ya les hubieron servido la comida y el vino—, ¿cuál es el siguiente punto de tu agenda?

Wilhelmina comió una patata frita.

—Apaciguar a la junta directiva cuando vean el coste total de la remodelación.

—No lo entiendo. Ya aprobaron en su día el plan.

—Sí, pero… —Wilhelmina se inclinó hacia delante e indicó a Elisabet que hiciera lo mismo—, pero hemos superado el presupuesto en un millón de coronas.

—Dios mío. —Elisabet se recostó en la silla—. Aunque, por si te sirve de algo, creo que ha quedado espectacular.

—Y se amortizará con creces, recuerda lo que te digo —dijo Wilhelmina—. Pero, volviendo a tu pregunta, necesitamos convertir el patio de cocinas en un jardín.

Elisabet esbozó una sonrisa cautelosa.

—¿Necesitáis?

—Definitivamente, sí. Ese patio interior provoca más quejas que todo el resto del hotel junto. Y es comprensible. La ventilación no funciona con las cocinas más grandes que hemos instalado y el factor ruido también es un problema. Eso sin contar con lo poco atractiva que resulta la vista. —Wilhelmina bebió un trago de Château Margaux —. Lo que de verdad me gustaría es montar un jardín de invierno, como los que tienen en los grandes hoteles parisinos. Con mesitas alrededor de un patio interior con césped, flores y quizá incluso una fuente. No tenemos nada comparable a eso en todo Estocolmo. Imagínate qué regalo sería para la ciudad en invierno.

—Un regalo que no saldría gratis, claro —dijo Elisabet, aun sin quererlo.

—No, por supuesto. De modo que me enfrento a un problema doble: el dónde y los medios con que pagarlo. Necesito también más habitaciones. Muchas más. Suerte que en 1899 añadieron esa nueva planta, pero este verano nos hemos visto casi obligados a rechazar reservas, lo cual no puede ser. No puedo perder el tiempo camelándome a los de Thomas Cook para luego tener que decirles que no podemos satisfacer sus peticiones.

Elisabet puso mala cara.

—¿Y de dónde sacarás el espacio adicional que necesitas? El crecimiento del hotel está limitado por el edificio del Ministerio de Noruega en Södra Blasieholmshamnen y las Caballerizas Reales en Stallgatan.

—Lo cual es un problema de lo más fastidioso —confirmó Wilhelmina—. Al final tendremos que levantar otra planta, pero ya basta de mis sueños por esta noche. ¿Tienes noticias?

—¿Te refieres a Karolina?

—Sí.

—No le he visto ni el pelo. —Elisabet hizo girar su copa. El cristal capturó la luz de las velas—. Al menos no tengo a Knut Andersson aporreando la puerta, pero te confieso que cada día abro los periódicos con bastante inquietud.

—Creo que a estas alturas ya tendría que haber actuado —dijo Wilhelmina—. Margareta Andersson lleva ya prácticamente tres meses viviendo en el hotel.

Elisabet frunció el entrecejo.

—¿Sabemos tan siquiera dónde está ese hombre?

—Ni idea. Gösta Möller no le quita el ojo de encima a Margareta y está siempre al tanto por si escucha alguna cosa. Creo que seguramente el ojo se lo tiene más encima de lo que debería, pero ella es muy recelosa.

—Y es normal. —Elisabet movió la cabeza con preocupación—. Podría haber muerto.

—Hablando de gente que ha muerto —dijo Wilhelmina levantando un dedo—, me enfrento a un dilema. ¿Has conocido a Torun Ekman?

—¿La joven camarera de planta que sufre cojera y hace poco perdió a su madre? He coincidido solo una vez con ella. Me parece que normalmente no trabaja en la cuarta planta. ¿Hay algún problema con ella?

—En absoluto. Es muy buena trabajadora, por lo que me cuentan, pero al parecer es una chica muy inteligente y una ávida lectora.

Elisabet arqueó una ceja.

—Unos hábitos espantosos.

Wilhelmina rio.

—¿Quieres comportarte con seriedad por una vez? Torun vino a verme el otro día. Me preguntó, de la forma más humilde y educada posible, si se le permitiría tomar algún libro prestado de la sala de lectura.

—¿Sería eso un problema si es discreta y devuelve el libro en la misma condición en la que lo encontró?

—Pero ¿dónde va a leer, Lizzie? El personal no está autorizado a llevarse a su habitación ningún objeto que sea propiedad del hotel, tampoco a sacarlo fuera del edificio, y evidentemente no puede sentarse a leer en la sala de lectura. La cantina no es un lugar adecuado.

—Entiendo el dilema. ¿Qué le dijiste?

—Que consideraría su petición y le diría alguna cosa. Por un lado,

es sentar un precedente. Por el otro, creo que la lectura es un hábito que debería fomentarse.

—¿Y la Biblioteca Real? ¿No podría leer allí?

Wilhelmina se quedó mirando a su amiga.

—No es mala idea. Las chicas necesitan permiso para salir del hotel, pero quizá Margareta Andersson podría darle a Torun permiso para realizar desplazamientos adicionales única y exclusivamente a la biblioteca y a la librería. ¿No está Göthes Bokhandel en Stureplan? Queda de camino al parque Humlegården, donde se encuentra la Biblioteca Real.

—Estoy impresionada, Mina. No imaginaba que supieras dónde están las cosas en esta ciudad a menos que se encuentren entre el Grand Hôtel y el 1 de Styrmansgatan. Y te aplaudo por hacer este pequeño esfuerzo por una de tus chicas.

—Soy una mujer con talentos diversos —dijo con sequedad Wilhelmina—. Pero Torun Ekman tiene algo que la diferencia del montón… y no me refiero a su cojera.

Pidió la cuenta.

27

Con el hotel engalanado para la Navidad —el vestíbulo nunca había estado tan bonito, con sus coronas y guirnaldas intrincadamente tejidas, sus campanas doradas, sus lazos en seda carmesí y un árbol adornado con velas, bolas de color rubí, naranjas tachonadas con clavo y una bandera de Suecia en lo más alto—, el buen humor reinaba en la sala del servicio de habitaciones.

—Creía que la cosa se calmaría cuando se marcharan los galardonados con el Premio Nobel —comentó Beda—. Pero me parece que vamos a estar liadísimos hasta Año Nuevo. —Empujó un carrito con comida para un solo huésped en dirección a Karolina—. Ten, llévalo a la suite 425, anda, sé buena. Porque me parece que, si no voy al baño pronto, acabarán teniendo que enviar a alguien para limpiar la moqueta.

Las chicas rieron y Edward se sonrojó. Beda siempre tenía algún comentario chistoso. Incluso las noches de más trabajo.

—Me gusta trabajar en el turno de las cenas —dijo Edward—. Cuando era botones no trabajaba a estas horas porque casi todos los clientes ya habían llegado, pero aquí nunca sabes con quién vas a encontrarte o qué vas a servir a medianoche.

—Märta y mi hermana Torun —dijo Ottilia— también prefieren las noches porque quieren pasar tiempo en la biblioteca mientras esté abierta, pero te entiendo perfectamente. Y por las noches es como si el tiempo transcurriese más rápido.

Edward sonrió.

—Excepto durante la hora muerta.

La hora muerta. Esa desmoralizadora pausa que se producía entre las cuatro y las cinco de la mañana, cuando los noctámbulos ya se habían retirado y los madrugadores no se habían despertado todavía. La fatiga se volvía omnipresente y mantenerse despierto se hacía duro.

Karolina reapareció, seguida por Beda.

—¿Qué pasa? —preguntó Edward.

—Es por esa tal señorita Silfverstjerna —respondió Karolina—. Nunca había servido en su habitación. Me ha dado repelús.

Ottilia la miró con preocupación.

—¿En qué sentido lo dices?

—Por cómo me ha hablado. No paraba de hablarme.

—Hay huéspedes que son así.

Ottilia le pasó un vaso de agua a Karolina. La chica estaba muy pálida.

—No, no como ella. —Karolina se mordió el labio—. Se ha dado cuenta de que he sonreído cuando he visto el piano que tiene en la habitación… No era mi intención, pero estaba allí y era tan bonito, como una versión en pequeño del que hay en el bar. Bueno, el caso es que a partir de ahí ya ha empezado. Que cómo me llamaba. Que si me gustaba mi trabajo. Que si me gustaría hacer otra cosa.

Beda resopló.

—Pues tendrías que haberle dicho que odiabas tu trabajo y que preferirías ser dama de compañía en palacio. ¿Quién se cree que es esa señorita Silfverstjerna? Tal vez tenga un apellido elegante, pero no es mejor que nosotras. La pagan para servir. ¿Por qué debe vivir aquí? —Beda bajó la voz—. Märta cree que su habitación la pagan desde palacio.

Edward se quedó mirándola.

—¿Y por qué tendrían que pagarla desde pala…?

—Ya basta —dijo Ottilia—. No es nuestro papel hacer especulaciones sobre los huéspedes. Si oigo más tonterías de este estilo, os quito una hora de paga a todos.

La sala se quedó en silencio, más por la sorpresa que por respeto hacia la huésped o su jefa. Ottilia no solía sacar a relucir su rango. No tenía ninguna necesidad. Eran un equipo unido.

Karolina levantó la barbilla.

—Me ha acariciado la mejilla y me ha dicho que podía ir a tocar el piano siempre que quisiera.

—¿Qué? —exclamó Beda.

Ottilia levantó la mano y clavó la mirada en Karolina.

—¿Y qué le has respondido?

Karolina suspiró.

—Le he dado las gracias, porque hay que hacerlo siempre, y le he dicho que no sabía tocar el piano. Pero no es normal, ¿verdad?

—No lo es, no.

Ottilia se esforzó por encontrarle una explicación a la conducta absurda de la señorita Silfverstjerna.

Beda cogió un lápiz.

—Voy a poner una estrellita junto a su nombre. —Miró fijamente a Ottilia—. Si te parece bien, claro.

Ottilia se encogió por dentro ante el tono determinado de Beda. La conducta de la señorita Silfverstjerna había sido de lo más peculiar y los miembros del personal no tardarían en comentarlo entre ellos. Los huéspedes solían limitar la conversación a dar las buenas noches y gracias. ¿Qué tendría Karolina que inducía a la conversación? Recordó que fue también a ella a quien le preguntaron sobre los camareros varones aquella primera noche.

—Y después me ha dado esto.

Karolina abrió la mano y mostró una moneda de diez coronas.

Todos se quedaron mirándola, pero nadie dijo nada.

Karolina dejó caer la moneda en la taza de las propinas como si el oro le estuviera quemando la mano.

28

Reunión de la junta directiva, marzo de 1903

Algernon Börtzell se recolocó las gafas sobre la nariz y tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra.

—Me gustaría empezar felicitando a la señora Skogh por su nuevo puesto como directora general y dándole la bienvenida a la junta. Sé que hablo en boca de todos nosotros cuando digo lo impresionados que estamos por el incremento de beneficios del hotel.

—A pesar de las remodelaciones —añadió Ehrenfried von der Lancken—. Confío en que en un futuro a corto y medio plazo no va a haber más gastos adicionales.

Wilhelmina se esforzó por esbozar una sonrisa encantadora y a la vez evasiva.

—Me siento extremadamente satisfecha con el trabajo realizado este último año.

Axel Burman la miró a los ojos. El corazón de Wilhelmina dio un vuelco. No había respondido a la pregunta de Von der Lancken y Burman lo sabía.

—Lo mismo opinamos todos —dijo Burman—. Sin embargo, lo que no podemos permitirnos son más inversiones. Por mucho que el hotel sea más rentable en su día a día, estamos también más endeudados.

—Y más que lo estaríamos sin la reforma que hemos hecho —replicó Wilhelmina—. Al menos ahora tenemos la oportunidad de amortizar la deuda y recuperarnos.

—La señora Skogh tiene razón —dijo Börtzell—. Y también usted, Axel. No podemos invertir ni una corona más hasta que hayamos reducido el importe de los préstamos. Porque es altamente improbable que el banco acceda a concedernos más dinero.

—A los bancos siempre es posible convencerlos. —Wilhelmina descansó las manos sobre la superficie brillante de la mesa y miró a su

alrededor—. El patio de las cocinas sigue acumulando quejas razonables. Debemos afrontar la situación más temprano que tarde.

—Tal vez sí —dijo muy tenso Burman—. Pero no podemos permitirnos agravar lo que sigue siendo una situación financiera muy precaria. Si decidimos en su día emplearla a usted, fue para aliviar este estado de cosas.

—La facturación ha crecido y los gastos se han estabilizado —contraatacó Wilhelmina.

—Tiene razón. Pero no podemos seguir gastando dos coronas para ganar una, ni siquiera, ahora que la facturación ha subido, una corona con noventa y nueve öre.

—Ni lo haremos. —Wilhelmina se esforzó por controlar su rabia. ¿Qué esperaba aquella gente después de tan solo un año?—. Pero este hotel no funciona todavía a pleno potencial y mi trabajo consiste en asegurarme de que lo haga. ¿Estoy en lo correcto?

Los hombres murmuraron para confirmar su pregunta.

—Entonces, permítanme, por favor, actuar de la mejor manera posible pensando en nuestro éxito a largo plazo. —Suavizó el tono—. El Grand Hôtel podría ser el mejor hotel de Europa, incluso del mundo. Tal vez necesitaremos otro préstamo, tal vez incluso cambiar de bancos, pero lo que no podemos permitirnos es parar ahora. Porque si lo hacemos, habremos dilapidado tanto nuestro dinero como los avances realizados hasta el momento. Tenemos por delante la temporada de verano. El Grand Hôtel está situado en uno de los mejores emplazamientos del planeta, y muy especialmente en verano. Los huéspedes, tanto suecos como extranjeros, entrarán en tropel por nuestras puertas. Thomas Cook nos ha indicado que existe un interés relevante en visitar Suecia entre aquellos que pueden pagar por ello, y nuestro departamento de reservas me ha pedido contratar más personal. Dios mediante, nuestra situación financiera será bastante distinta cuando termine este año.

—Confiemos entonces en que su «bastante distinta» sea suficiente —dijo Burman—. Y ahora, pasando a otro tema candente de la agenda, ¿ha encontrado ya un nuevo sumiller?

—Lo he encontrado. Tiene referencias excelentes. Se ha formado en

Burdeos y trabaja actualmente en el Claridge's de Londres.

Burman asintió, dando su aprobación.

—Hay que reconocerle el mérito a quien se lo merece. Creo que, sin duda, ha hecho usted una elección excelente.

—¿Cuándo se incorporará? —preguntó Börtzell—. Creo que nuestro actual sumiller se jubila este mes.

—Monsieur Henri Blanc llegará a primeros del mes que viene.

—¿Blanc? —Von der Lancken se dio un palmetazo en el muslo, riendo—. Un apellido de lo más conveniente para un sumiller.

—Esto del apellido sí que no es mérito mío —dijo Wilhelmina permitiéndose una sonrisa.

29

Torun Ekman se enfrentaba a un dilema. La pierna en la que sufría cojera le dolía cada vez más desde que se pasaba el día limpiando carritos, deshaciendo camas y poniéndose de rodillas para fregar el suelo de los baños. El trabajo duro no le importaba; el sueldo era razonable, las propinas muy bienvenidas y las chicas del servicio de limpieza eran amables. Y sobre todo cuando conseguía convencer a la señora Andersson para que la colocara en los turnos de noche —lo cual, había que reconocer, era cada vez más complicado porque la señora Andersson ya había expresado su preocupación por las muchas horas que Torun pasaba en la biblioteca y las pocas que pasaba en la cama—, tenía tiempo para leer. Para aprender. Para aprender cómo funcionaba el mundo. O, mejor dicho, cómo funcionaba el mundo si eras hombre. Porque cómo funcionaba el mundo para las mujeres estaba perfectamente claro, y la respuesta, en términos generales, era que funcionaba de forma injusta. Eso ya lo sabía.

El departamento de reservas estaba buscando personal y, con ocho meses como empleada en el Grand Hôtel, Torun se consideraba elegible para el puesto sin por ello desairar la amabilidad que la señora Andersson había mostrado desde el principio con ella. Y, como siempre, Torun comentó su problema con Ottilia.

—¿Cuáles serían los puntos positivos de pasar al departamento de reservas? —preguntó Ottilia.

Torun se sentó a los pies de la cama de su hermana.

—Serían básicamente dos. Trabajaría sentada, lo cual aliviaría mi pobre pierna, y podría practicar idiomas. Con un poco de suerte, podría hablar a diario algo de alemán o de inglés.

—Tenía entendido que las reservas llegaban en su mayoría por correo.

—Así es, pero cada vez hay más reservas telefónicas.

—¿Y los puntos negativos?

—Que no tendría turnos de noche. Y solo podría ir a la biblioteca una vez a la semana. Märta cree que soy una tonta por plantearme prescindir de las propinas y de la oportunidad de poder ir entre semana a la biblioteca.

—Y lo que dice tiene sentido —dijo Ottilia.

Torun esbozó una mueca.

—Sí. Lo de las propinas no me importa, pero ¿dónde podría leer por las noches?

—Podrías hacerlo en esta habitación.

—¿Podría? —El rostro de Torun se iluminó—. Eso lo cambiaría todo. ¿Crees que debería decirle algo a la señora Andersson antes de presentarme al puesto?

—Yo lo haría. Se ha portado muy bien contigo. Supongo que lo entenderá. En mi caso, si alguien de mi departamento quisiera un cambio, agradecería una notificación, incluso una explicación. Eso no me daría el derecho de objetar, pero serviría para que todo el mundo tuviera las cosas claras.

—En ese caso hablaré con la señora Andersson y presentaré mi solicitud. Imagínate, Otti, hablar con un caballero sentado en París y en su propio idioma.

Ottilia frunció el ceño.

—Pero si tú no hablas francés.

Torun sonrió. Su cara se relajó y Ottilia pensó que nunca había visto a su hermana tan guapa. Sus ojos brillaban con malicia bienintencionada.

—*Pas encore*. Todavía no.

—No. —Wilhelmina miró furiosa a Torun, que, había que reconocer, tenía un aspecto muy profesional con su nuevo uniforme de traje chaqueta negro—. No recibirá clases de francés. Me da igual que monsieur Blanc esté dispuesto a dárselas. Cuando este hotel necesite que Torun Ekman hable francés, yo seré la primera en saberlo. Pero no usted. Siéntase más que agradecida con las clases de alemán que estamos ofreciéndole.

Torun levantó la barbilla.

Wilhelmina frunció los labios para no sonreír. Ningún otro empleado bajo aquel tejado se habría atrevido a desafiarla ni con una mirada, pero, maldita sea, Torun Ekman no era una empleada normal y corriente.

—Le estoy sinceramente muy agradecida por las clases de alemán, señora. —Torun hizo una torpe reverencia para subrayar sus palabras —. Pero no estoy pidiéndole que el hotel me pague las clases de francés, sino permiso para asistir a esas clases. Me parecía mal empezar sin habérselo consultado antes, por mucho que en el libro de normas no haya encontrado nada relativo a la prohibición de clases de francés.

—En este caso, quizá tengamos que corregir el libro de normas —le espetó Wilhelmina. ¿Por qué tendría cada vez más la sensación de que estaba desafiándola? Había llegado el momento de cortar de raíz esa posibilidad—. Si nos enteramos de que monsieur Blanc ha estado dándole clases, después de que yo lo haya prohibido expresamente, ambos serán despedidos.

—Sí, señora.

Wilhelmina asintió con satisfacción.

—¿Me permite preguntar por qué?

Wilhelmina contó hasta dos.

—Ekman, ¿ha oído alguna vez la expresión «saber retirarse a tiempo»?

—No, señora.

Wilhelmina examinó el rostro de la chica en busca de algún signo de insolencia. No encontró ninguno.

—En estos momentos está aprendiendo los entresijos de su nuevo puesto y dedica además dos horas a la semana a aprender alemán. Eso sin mencionar el hecho de que usted trabaja en turno de día y monsieur Blanc suele empezar su turno antes de que usted termine el suyo. ¿Cuándo, exactamente, cree que podrían coincidir los dos para eso de las clases de francés?

Torun se ruborizó.

Wilhelmina se cruzó de brazos.

—¿Ekman?

—Me ha dicho que podría atenderme cuando terminara su turno.

Wilhelmina se quedó boquiabierta.

—¿A la una de la mañana?

—Dice que siempre necesita desconectar un rato antes de irse a dormir.

Wilhelmina resopló.

—Pues vaya. Lo que monsieur Blanc haga una vez terminado su turno es asunto suyo. Lo que usted haga a medianoche es mío. Y no habrá paseos nocturnos por el hotel cuando hay trabajo por la mañana. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señora.

Wilhelmina señaló la puerta.

—Fuera.

Märta se reunió con Torun en la cantina.

—¿Qué te ha dicho la señora Skogh?

—*Non.*

Märta suspiró.

—¿Se lo pido también yo? Quizá, si somos más, tengamos más fuerza.

—Eres un encanto, pero me ha dicho que con el alemán tengo suficiente, y luego me ha preguntado si conocía la expresión «saber retirarse a tiempo».

—¿Y qué te ha dicho cuando le has dicho que sí?

Torun abrió mucho los ojos.

—Le he dicho que no.

Märta se tapó la boca con la mano.

—¡Torun Ekman, eres la pera! Ojala tuviera yo la mitad de tu sangre fría.

Torun dejó caer los hombros, desanimada, mientras jugaba con un trozo de col en el plato.

—No debería haberle mentido. La señora Skogh se ha portado muy bien con mi familia. Y no he conseguido nada por decir eso.

Märta se quedó pensando.

—Pero si le pagas a monsieur Blanc de tu bolsillo, ¿cómo iba a enterarse?

—Siempre se entera de todo. La señora Skogh parece que tiene ojos por todas partes. —Torun negó con la cabeza—. No, no pienso engañarla ni desafiarla.

—¿Y qué vas a hacer?

—Preguntarle a Göthes si tienen un diccionario de francés. Puedo empezar por ahí. No ha dicho nada referente a que no pudiera leer en la cama.

Ottilia llamó a la puerta abierta del despacho de la señora Skogh.

La señora Skogh levantó la vista de lo que parecía un plano del patio de cocinas.

—Mejor que se trate de algo importante, Ottilia. Hoy llevo una interrupción tras otra.

—Ah… —Ottilia se quedó dudando—. Quizá sea mejor que vuelva en otro momento.

—Ya está aquí, así que adelante.

—Estaba preguntándome sí sería posible pedirle a monsieur Blanc…

—¡No sería posible! Ya ha estado su hermana aquí pidiéndome lo mismo y le he dicho también que no. Por mucho que me envíe a todas las chicas de la casa, no habrá clases de francés por parte del siempre atildado monsieur Blanc. De hecho, dejémoslo muy claro: la próxima que venga a molestarme diciéndome que quiere clases de francés con monsieur Blanc bajará por la escalera y saldrá directa por la puerta de Stallgatan.

Ottilia se quedó boquiabierta. El corazón se le aceleró mientras sopesaba sus opciones. ¿Marcharse ahora o seguir presionando con el asunto que la había llevado hasta allí?

La señora Skogh arrugó la frente.

—¿Venía por lo de las clases de francés?

—No, señora —respondió muy despacio Ottilia—. Venía a preguntar por la posibilidad de recibir clases sobre vinos. No solo para mí, sino

para todo el departamento del servicio de habitaciones. A menudo nos formulan preguntas sobre vinos y nadie sabe muy bien qué responder, no tenemos ni siquiera un mínimo de autoridad sobre el tema. —La señora Skogh guardó silencio, a la espera, y Ottilia continuó—: Los momentos más difíciles son cuando un huésped pregunta por un tipo de vino más que por un vino en particular.

—Aprendió usted los conceptos básicos en Rättvik. Y debería haber pasado esos conocimientos a su personal.

Ottilia bajó la cabeza.

—Lo he intentado, pero a menudo me siento insegura. La bodega del hotel es gigantesca. —Levantó la cabeza—. Me tomé la libertad de pedirle ayuda al señor Möller. Y me dijo que la bodega del Grand Hôtel contiene ciento veinte mil botellas y que los hombres que trabajaban en el servicio de habitaciones habían recibido formación al respecto. Me sugirió también que hablara con usted. Y por eso estoy aquí, para preguntarle por qué no podemos formar a las mujeres.

La señora Skogh bebió un poco de lo que parecía una taza de té que se había quedado fría. Con una mueca, devolvió la taza al platillo.

—La verdad es que es una situación que se ha pasado por alto. Es evidente que todo el personal del servicio de habitaciones debería recibir formación, con independencia de su género. —Examinó a Ottilia con la mirada—. ¿Qué es lo que la lleva a pedírmelo ahora? Hace casi un año que dirige el servicio de habitaciones.

—Nuestra Torun. Cuando me comentó que quería preguntarle sobre la posibilidad de dar clases de francés con monsieur Blanc —Ottilia intentó no sonreír al pronunciar su nombre—, caí en la cuenta de que también podría enseñarnos sobre los vinos de nuestra bodega.

—Podría, efectivamente —dijo la señora Skogh.

Ottilia cambió el peso de su cuerpo al otro pie.

—¿Es eso un sí, señora?

—Hablaré con monsieur Blanc y se lo confirmaré. Y una cosa más, Ottilia.

—¿Sí?

—Cierre por favor la puerta al salir.

—Es fascinante —le dijo Wilhelmina a Pehr aquella noche.

Le pasó una copa de whisky y tomó asiento en el sofá tapizado en dorado y granate, a su lado. El crepitar del fuego incorporaba un elemento confortable a la fría noche de abril.

—¿Qué es fascinante, amor mío?

—Ver cómo florecen las chicas del Grand Hôtel. El servicio de habitaciones y el servicio de limpieza son los departamentos que menos dolores de cabeza me dan. Y ambos están dirigidos por mujeres. Luego tenemos a las chicas del servicio de habitaciones, que me piden asistir a clases sobre vinos, y a Torun Ekman, que acabará produciéndome dolor de oídos de tanto suplicarme clases de francés y que acabará también horadando el pavimento de tanto ir y venir entre Stallgatan y la Biblioteca Real. Y ahora resulta además que Karolina, la chica de Lizzie, ha solicitado apuntarse a una de las visitas turísticas que organizamos porque dice que ha nacido y se ha criado en Estocolmo pero que no conoce nada de su propia ciudad.

Pehr levantó una ceja, impresionado.

—¿Y de dónde ha sacado esa idea?

—A partir de un cliente que le preguntó dónde podría comprar un paraguas de caballero. Esa chica induce a la conversación.

—Mientras solo induzca a eso —observó Pehr—. Porque, por lo que me dices, es extraordinariamente bella.

—Tal y como tendría que ser una hija de Elisabet —replicó Wilhelmina—. Tiene una estructura ósea excelente.

—¿Y sabía Karolina dónde podía comprar un caballero un paraguas?

—Creía que en Nordiska Kompaniet, pero tuvo el coraje suficiente como para decirle al huésped que lo dispondría todo para que a la mañana siguiente le fuera entregado un paraguas en su habitación.

—Muy bien hecho, Karolina. Aunque tenía entendido que me habías dicho que era una chica tímida.

—Ese es el tema. Lo era. Pero es como si todas mis chicas estuvieran madurando. Tienen ganas de aprender. Beda Johansson es una matemática nata, según Ottilia. Realiza la suma de la cuenta a medida

que va tomando nota del pedido y luego te escribe el total al final. Los de contabilidad ya le han dicho que no es necesario que se tome la molestia, pero Beda les ha respondido que disfruta con ese reto. Y hasta la fecha no se ha equivocado jamás.

—¿Y podrá Karolina realizar esa visita turística de la ciudad que ha solicitado?

—Con nuestros huéspedes, no. Pero su petición me ha calado. He pensado que tal vez podríamos ofrecer una visita turística al personal cada mes, por orden de petición. Karolina tiene razón. Cuanto más sepan de la ciudad, mejor.

Pehr miró a su esposa con cariño.

—Debes de sentirte muy orgullosa.

—¿De las chicas? Sí, supongo que sí.

—Por brindarles estas oportunidades. ¿O es que crees que alguien veía o escuchaba la voz de las mujeres del Grand Hôtel antes de que tú pasaras a dirigirlo?

Wilhelmina hizo girar su copa y el líquido dorado brilló bajo la luz de la lámpara.

—Las mujeres incorporan equilibrio. Al fin y al cabo tenemos muchas huéspedes mujeres. ¿Y por qué las mujeres no deberían poder progresar en la vida? Si hubiéramos tenido una hija, me habría gustado que hubiera tenido la ambición de Ottilia Ekman, o el intelecto de Torun Ekman, o incluso ese don de Karolina, porque es un don, de tener un carácter tan encantador.

—Cualquier hija tuya habría tenido las tres cosas —dijo Pehr. Se inclinó para besar a su esposa—. Habría sido exactamente igual que su madre.

30

Charley Löfvander fue a buscar a Gösta Möller en el comedor. Le hizo señas al *maître d'hôtel* para que lo siguiera hacia la puerta marcada con el cartel «Solo personal autorizado».

—¿Qué pasa, Charley? Parece que se te esté quemando algo.

Löfvander lanzó una mirada fugaz hacia arriba y abajo de la escalera antes de responder.

—Acabo de ver a Knut Andersson.

Möller se quedó mirándolo.

—Acabas de verlo, ¿dónde? Espera que lo adivine, es el primero de mayo. ¿En la manifestación?

Löfvander sonrió.

—No se te pasa nada, Gösta. Anda por allí agitando una pancarta mugrienta, exigiendo una jornada de ocho horas.

—Una misión imposible. Los de arriba nunca van a ceder, pero si ahora quiere dedicar su tiempo a eso, supongo que está en su derecho.

—Y eso no es todo —continuó Löfvander—. Iba vestido con un uniforme de revisor de tranvía. Está trabajando para Norra Bolaget.

Möller inspiró hondo.

—Lo cual significa que podría viajar a bordo del tranvía que pasa cerca de aquí.

Löfvander hizo un gesto de asentimiento.

—Pensé que querrías saberlo. Esa gente de los tranvías lo ve todo, y a todo el mundo, desde lo alto de sus plataformas.

—La pregunta que debemos formularnos ahora es la siguiente —dijo Möller—: ¿Se lo contamos a Margareta?

—Eso, tío, lo dejo en tus manos. Yo tengo claro que no voy a decírselo.

Möller se acarició la barbilla.

—Ha pasado casi un año y no creo que Margareta haya salido nunca del hotel sin compañía. El verano pasado fui con ella al Djurgården y

en ningún momento dejó de mirar hacia todos lados. ¿Estaría él cerca? ¿Estaría observándola? Creo que se arrepintió de haber salido del hotel incluso antes de subirnos al transbordador.

Löfvander sacudió la cabeza.

—Esa no es manera de vivir. ¿Has pensado en volver a pedirle salir?

Un grito agudo en el vestíbulo interrumpió su conversación.

—Kajsa —dijo Möller—. Vamos.

Una mujer vestida con un anticuado traje de chaqueta confeccionado en seda verde, con unas flores de un tono lila descolorido adornando su maltrecho sombrero, estaba parada entre el mostrador de recepción y la pared. Miraba furiosa a los dos recepcionistas.

—Si me marcho, pienso hacerlo por el mismo lugar que todo el mundo: por la entrada principal.

Uno de los recepcionistas la sujetó por el codo.

—Todo irá bien, pero o sale tranquilamente por la puerta del personal o lo hará sentada en la parte trasera de un furgón policial. Los de su clase no están permitidos en los hoteles.

Kajsa se soltó.

—Quítame las manos de encima. No soy una de tus empleadas.

—Justo por eso —dijo el otro recepcionista—. Esto es un hotel de primera categoría. Nada que ver con tus esquinas en callejones oscuros.

La mujer enderezó la espalda.

—Pero ofrezco un servicio de primera categoría.

Gösta Möller la cogió por el antebrazo. La mujer tenía las manos y la cara limpias, pero el dobladillo de su falda y los puños llevaban adherido el polvo y la suciedad de la ciudad.

—Vamos, Kajsa. Ya sabes cómo funciona esto. Ven con nosotros antes que tengamos que cogerte en brazos para sacarte de aquí.

—Inténtalo, Gösta Möller, y te montaré una escena.

Löfvander la cogió por el otro brazo.

—Correremos ese riesgo.

La arrastraron para hacerla pasar a través de la cortina que conducía al pasillo de administración.

Kajsa volvió a chillar.

—Me hacéis daño. ¡No tenéis derecho!

Wilhelmina salió corriendo al pasillo.

—¿Qué demonios sucede?

—Es solo Kajsa, señora —respondió Löfvander.

Kajsa se soltó por fin.

—Estupendo. Ahora insúltame. «Es solo Kajsa». Como si yo no fuera nada en este mundo. Incluso una rata está valorada en cinco öre.

Möller resopló.

—Porque una rata, al menos, no regala su cola.

—Ya es suficiente, Möller —dijo Wilhelmina.

—Disculpe, señora.

Kajsa volvió a chillar.

—¿Por qué te disculpas con ella? Es a mí a quien has insultado.

—Y seré yo la que le arree un sopapo si vuelve a chillar de esta manera en mi hotel —dijo Wilhelmina.

Kajsa hizo un mohín.

—Tenga corazón, señora Skogh. Hace tres días que no como nada. Ustedes, los elegantes, no tienen ni idea de cómo vivimos algunos.

—Svensson, pida un plato caliente —dijo Wilhelmina. Se volvió hacia Kajsa—. Y luego, fuera.

—Lo que necesito es una cerveza —dijo Kajsa.

—Lo que tú necesitas es un buen baño —dijo Möller.

Kajsa se volvió hacia él.

—Qué sepas que estoy limpia. Ahí abajo, que es lo que cuenta. Y estoy controlada. Acudo a mis revisiones dos veces por semana. Ya te lo he dicho otras veces.

—No es mucho de lo que poder jactarse, digo yo.

Kajsa levantó su ajado bolso de piel como si fuera a golpearlo, pero bajó finalmente el brazo.

—En realidad le estoy haciendo un favor a este hotel. Con la vieja Kajsa nunca se pilla nada. Deberíais estar agradecidos conmigo por ofrecer a los huéspedes un polvo seguro. ¿O acaso es que estás celoso?

—dijo, mirando a Möller—. Podría hacerte un apaño.

Wilhelmina puso mala cara.

—Ya me encargo yo, Möller. —Hizo entrar a Kajsa en su despacho —. No podemos seguir así. Cuando haya comido, fuera. Y si vuelve, llamaré a la policía sin darle más explicaciones. No le quedan ya más oportunidades.

—Nunca tuve una oportunidad. —Kajsa se dejó caer en la silla más cercana que encontró—. Möller dice que lo regalo, pero nunca lo he hecho. La primera vez fue con el señor de la casa. Se lo conté a mi madre. Y mi madre me dijo: «Pues muy bien, hija mía, si los caballeros quieren servirse, mejor que les hagas pagar». Y tenía toda la razón. ¿Qué otra cosa puede hacer una chica?

—Trabajar. Respetarse a sí misma un mínimo.

Kajsa la miró con ojos brillantes.

—Se piensa usted que es muy fácil, ¿no? ¿Quién me daría a mí trabajo? Lo que tengo claro es que usted y su elegante hotel, no. Nadie, a no ser a cambio de mis servicios. Usted no tiene ni idea. No poder andar por esta calle, tampoco por esa otra.

—Tampoco puede entrar en mi hotel, pero eso no le ha impedido hacerlo.

Kajsa dejó caer los hombros.

—Ya es demasiado tarde. Llevo veinte años en este juego e incluso esto empieza a hacérseme duro. Los jóvenes ya no quieren carne vieja como la mía y los que sí la quieren, me pagan menos que nada. He venido para entrar un poco en calor. Será primero de mayo, pero tengo frío. Siempre tengo frío.

Wilhelmina estudió con detalle su cara. La ausencia de bastantes dientes. Las mejillas hundidas. La mirada orgullosa.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos primaveras. Eso es, tenía doce cuando ese abusó de mí. Usted no tiene ni idea de lo que es tener doce años y ser pobre.

Karolina llegó con una bandeja.

—Disfrute de la comida —dijo en voz baja mientras retiraba el cubreplatos de plata.

Kajsa esbozó una sonrisa radiante cuando vio el plato de albóndigas

humeantes con confitura de arándanos.

—Gracias.

Kajsa se quedó mirando a Karolina cuando esta se marchó.

—Me gustaría un trabajo así —dijo Kajsa, metiéndose en la boca la primera cucharada de patatas con mantequilla. Gruñó de placer y tragó—. Podría trabajar aquí —añadió, mirando a Wilhelmina desde debajo del sombrero.

—No podría —replicó Wilhelmina—. No puede ser que salga de la cama de un caballero para después servirle el desayuno.

—Eso no lo haría nunca. Además, eso es lo que se conoce como una doble vara de medir, ¿no? A él lo llama caballero, pero de mí nunca diría que soy una dama. —Kajsa la fulminó con la mirada—. Las mujeres son demasiado altivas y engreídas como para ayudar a otra mujer a salir del agujero. La última mujer que se mostró amable conmigo fue la comadrona, e incluso ella me dio un azote en el culo.

—Está sentada en mi despacho y comiendo un plato de mi cantina —le espetó Wilhelmina—. Y permítame que le cuente algo sobre eso de ser altiva y engreída. Cuando yo tenía doce años, me pasaba dieciséis horas al día secando vasos. De pie. Había noches en las que los pies me dolían tanto que no podía ni volver andando a casa y tenía que meterlos en remojo en el río Norrström para calmar el dolor. Y cuando finalmente conseguí ascender un peldaño en la escalera, empecé a pasar las noches en una escuela nocturna para aprender idiomas y contabilidad.

Kajsa miró a su benefactora con un renovado respeto.

—Pero apuesto a que se crio en un buen entorno. En cambio ¿a mí? A mí me criaron como pudieron, arrastrándome por el pescuezo. Mi padre se largó y dejó a mi madre con nueve bocas que alimentar.

—Independientemente de cómo nos hayamos criado, llega un momento en el que uno tiene que asumir la responsabilidad sobre su propia vida. ¿Sabe dónde está la mano que mejor podrá ayudarla? En el extremo de su brazo.

—Todo eso es más fácil de decir que de hacer. Yo siempre quise tener familia. Dos chiquillos. ¿Tiene usted hijos?

Wilhelmina la fulminó con la mirada.

—Eso no le incumbe. Acabe de comer y márchese.

—Apuesto lo que quiera a que no tiene chiquillos. —Kajsa bebió de un trago lo que le quedaba de cerveza y se limpió la boca con la servilleta. Levantó entonces el dedo índice—. ¿Sabe cuál es mi teoría? Que nosotras, las mujeres trabajadoras, no queremos más que disponer de medios para crear un hogar y sacar adelante una familia, mientras que las damas burguesas prefieren tener una carrera profesional, o al menos eso es lo que dicen muchas. ¿No ve lo absurdo que es esto? Al final, ninguna consigue lo que quiere. O, como mínimo —añadió, abarcando con la mano el despacho de Wilhelmina—, la mayoría no lo consigue.

—Algunas hemos trabajado mucho y muy duro para conseguir lo que queremos —dijo Wilhelmina—. Desde antes de que usted naciese.

—Y algunos, los hombres, se lo encuentran ya todo hecho. O, si no, echan mano de lo que encuentren sin ningún problema. Y eso incluye también a los hombres de la clase trabajadora.

—De ser eso cierto, no estarían ahora ahí fuera manifestándose para pedir más dinero y menos horas.

—Pero no se manifiestan por todas nosotras. Se manifiestan pensando solo en ellos. Y nosotras, las mujeres, seguiremos bailando con la más fea.

—Puede que tenga razón.

—Claro que tengo razón. Y digo bailando con la más fea porque nunca tenemos posibilidad de elegir. Siempre nos toca bailar con aquello que no quieren los hombres, y muy en especial los caballeros. Por eso los llaman la clase alta. Porque ven las cosas desde arriba y siempre juegan con ventaja —sentenció Kajsa—. Antes ha dicho que de joven le dolían los pies. Pues le diré una cosa, con mi edad, y con este oficio, a mí me duele todo. Pero, aun así, este sol de verano me hace muchísimo bien. —Se levantó—. Me largo y no volveré. Usted y esa joven camarera han sido más amables conmigo que nadie que alcance a recordar.

Desde la ventana de su despacho, Wilhelmina vio la frágil figura andar renqueante por Södra Blasieholmshamnen en dirección al puente de Norrbro, con su viejo bolso balanceándose a la altura de sus

rodillas. Treinta y dos años. La misma edad que Margareta Andersson, aunque Kajsa parecía fácilmente veinte años mayor. ¿Podría haber hecho algo más para ayudarla? No. Con que dejara entrar solo a una por la puerta, llegarían muchas más.

Wilhelmina volvió a su mesa. La presencia y la situación apurada de Kajsa seguían flotando en el ambiente. Inquieta, decidió olvidarse por un rato de los planos del patio de las cocinas. ¿Tendría razón Kajsa con sus teorías? No del todo. En el mundo había muchos hombres decentes. Pelle jamás la había tratado con otra cosa que no fuera amor y respeto entre iguales. Régis Cadier había sido un buen esposo, padre y jefe. Karl Ekman, de Rättvik, lo mismo. Su propio padre había trabajado duro para sustentar a su familia hasta que murió ahogado. Pero ¿qué decir de todos los Knut Andersson que debían de pulular por la ciudad? Y eso sin mencionar los violadores con sombrero de copa, los que no necesitaban ni de sus puños ni de sus amenazas para explotar a las mujeres y votar en contra de su emancipación.

Wilhelmina pidió más café y cogió su estilográfica. Poco podía hacer ella para solventar los grandes problemas de la ciudad. Pero lo que sí podía hacer era seguir transformando el Grand Hôtel en el más elegante de Europa. Y empezaría por escribir cartas a varios bancos. Y si eso la hacía entrar en conflicto con la junta directiva, pues que así fuera. Los hombres tendrían que superarlo. Se puso a escribir.

31

Margareta se aferró al borde de su escritorio de madera de roble y miró boquiabierta a Gösta Möller.

—¿En el tranvía?

Möller asintió.

—A decir verdad, lo sabíamos…

—¿Sabían?

—Charley y yo. Él fue el primero que vio a Knut.

Margareta se sonrojó. Todo el hotel conocía su vida. Por otro lado, tenía que reconocer que sus compañeros velaban por su seguridad.

—¿Desde cuándo lo saben? —musitó.

—Desde hará un par de semanas, pero antes quería comprobarlo con mis propios ojos. Y hoy he visto a Knut.

Margareta se mordió el labio.

—¿Y él lo ha visto a usted?

Möller se encogió de hombros.

—Es posible. Siento darle esta noticia, pero he supuesto que querría saberlo.

—Gracias.

Margareta cogió un vaso de agua. Sus dientes castañetearon al chocar contra el borde.

—Tranquila —dijo Möller en voz baja—. Esto no tiene por qué cambiar nada. Es más que posible que Knut ya la haya visto. Y que ni siquiera le importe.

O tal vez estuviera ganando tiempo. Margareta tragó saliva.

—Al menos ahora sé qué calles debo evitar.

—Knut no puede hacer nada, aunque la vea. No puede saltar del tranvía. Lo único que he pretendido al decírselo es que no la tomara por sorpresa.

—Gracias —repitió Margareta. Pero ¿qué era peor, que la tomara por sorpresa o vivir permanentemente con miedo? De todas formas,

¿acaso no vivía ya permanentemente con miedo? ¿No era eso lo que siempre le decía Ottilia? Tenía que ver el lado positivo. Al menos ahora sabía dónde estaba Knut. Consiguió sonreír—. Gracias por contármelo. No debe de haber sido fácil.

—He tenido que hacer cosas peores —reconoció Möller—. Pero mandemos a Knut al infierno y salgamos a cenar la próxima noche que tenga libre.

Margareta se quedó mirando al hombre que estaba de pie al otro lado de su mesa. Tenía los ojos azules, aunque no tanto como los de Knut, y estaba pidiéndole una cita a pesar de que su miedo a ser vistos había echado a perder su velada el verano pasado. Después de aquello se había sentido avergonzada durante semanas. Pensar en volver a vivir aquella ignominia, y no estaba segura de que no fuera a repetirla, echó por tierra toda tentación de aceptar la propuesta. Mucho mejor decir que no ahora y dejar que aquel hombre encantador, que se merecía algo mucho mejor que ella, encontrara a alguien con un equipaje menos pesado.

Negó con la cabeza.

—No, pero le agradezco que me lo haya pedido. Es usted un caballero, Gösta. Y espero que algún día se convierta en el maravilloso esposo de una mujer afortunada.

Möller le sostuvo la mirada.

—Confío en que tenga razón. Si cambia de idea, ya sabe dónde encontrarme.

Y cerró la puerta del despacho al salir.

Margareta se secó los ojos pensando en cómo habría sido su vida de haberse casado con un hombre más bueno.

32

Treinta minutos antes de la hora acordada para la reunión, Börtzell, Von der Lancken y Burman se encontraron en la sala de juntas.

—Caballeros. —Börtzell carraspeó un poco—. Gracias por venir.

—Faltaría más —replicó Von der Lancken—, pero ¿por qué nos ha convocado tan pronto? La nota que nos envió no daba más detalles.

—Me ha parecido prudente discutir los planes de nuestra directora general antes de que llegue la buena mujer.

—Lo cual es de lo más irregular —le advirtió Von der Lancken, secándose la frente.

—Pero necesario. —Börtzell hizo una pausa para sumar dramatismo a sus palabras—. Creo que insistirá en abocar el hotel a más deudas y considero que necesitamos presentar un frente unido para poner freno a esta locura.

Burman suspiró.

—Entiendo que se está refiriendo al punto número uno de la agenda, el patio de las cocinas. Creía que habíamos dejado en paz el tema de hacer más inversiones.

—Pues, por lo visto, no. —Börtzell cogió una carta escrita a mano que tenía delante—. La señora Skogh escribe que está recibiendo quejas continuas de los huéspedes que se alojan en las habitaciones que dan al patio de las cocinas. Que si los sonidos reverberan, que si huele mal y que si la vista es poco atractiva. Señala asimismo que ya sacó el tema a relucir en nuestra última reunión.

—Y le dijimos que era poco probable que el banco nos concediera más préstamos —comentó Burman—. Además, desde esa última reunión hemos invertido también cincuenta mil coronas en acciones del AB Rättvik Turisthotell. A instancias de la señora Skogh. Tal vez deberíamos recordárselo si sugiere que abordemos de nuevo al banco.

Von der Lancken entrecerró los ojos.

—La estructura del hotel ha permanecido sin cambios. ¿Por qué

resulta que ahora ese patio es un problema?

—Porque las cocinas han aumentado de volumen desde tiempos de Cadier —respondió Börtzell—. Más ruidos, más humos.

—Imagino que la señora Skogh no vendrá ahora a sugerirnos que reduzcamos el tamaño de las cocinas —dijo Von der Lancken—. Sé que la prerrogativa de cualquier dama es cambiar de idea, pero no creo.

—No será eso. —Börtzell hizo una pausa para dar una bocanada a su puro a fin de que volviera a la vida—. La señora Skogh nos pedirá permiso para transformar el patio de cocinas en un jardín.

Burman frunció el entrecejo.

—¿Y cómo pretende que eso funcione? No hay tejado. ¿Cómo conseguiría que el supuesto jardín siguiera siendo atractivo en invierno?

Börtzell dio unos golpecitos a la carta que tenía en la mesa.

—Su plan consiste en instalar césped, parterres con flores, fuentes y pérgolas para el verano, y luego cambiar todo eso para conseguir un efecto más similar a un bosque, con enebros, abetos y pequeñas cuevas iluminadas construidas en piedra artificial para el invierno.

—Lo cual, como es habitual, suena muy atractivo —dijo Burman— y caro. La respuesta tiene que seguir siendo no. Un plan de esta envergadura pondría en peligro todo el futuro del Grand Hôtel. Me sorprende que la señora Skogh no sea consciente de ello.

—Soy de la misma opinión —convino Börtzell—. Por eso estamos aquí, para acordar cómo vamos a responder si la señora Skogh rechaza nuestras reservas. Si este precioso hotel entra en bancarrota, será nuestra reputación la que acabará hecha pedazos.

—Y la de ella —añadió Von der Lancken.

Börtzell resopló.

—La señora Skogh siempre puede refugiarse de nuevo en Storvik, donde sin duda el Grand Hôtel de Estocolmo les importa un rábano. Si es que han oído hablar alguna vez de nuestro establecimiento. Nosotros, en cambio, tendremos que lidiar con las consecuencias en esta ciudad.

Dio unos golpes a la mesa con un dedo rollizo para subrayar sus

palabras. Y sobre la superficie reluciente cayó un poco de ceniza.

Burman sonrió.

—No hay necesidad de preocuparse, Algernon, tengo mis contactos en el banco. Que pida el préstamo, si tanto insiste. Le garantizo que el banco rechazará la solicitud y el tema quedará cerrado sin ninguna interferencia por nuestra parte. Podremos ofrecerle luego algún que otro murmullo de decepción, y eso será todo. Sin padecer ningún daño.

Von der Lancken sufrió un ataque de tos.

—Eso me parece casi un engaño.

Burman se volvió hacia su colega.

—¿Y qué sugiere, Ehrenfried? ¿Que despidamos a otra directora general después de tan solo un año en el puesto o, peor aún, después de tres meses, dependiendo de cómo se cuente? ¿No quedaríamos como unos payasos?

—Sí. —Börtzell asintió con energía—. Debemos evitar a toda costa cualquier cosa que potencialmente pueda ponernos en una situación vergonzosa.

Wilhelmina observó su reflejo en el espejo mientras se colocaba en el cuello su sofisticado broche de diamantes y zafiros, el valioso regalo que le había hecho Pelle en 1899 con motivo de su cincuenta cumpleaños. Retrocedió unos pasos e hizo un gesto de asentimiento dándose la aprobación. La reunión de hoy le supondría a buen seguro un enfrentamiento con el resto de la junta. Y el conjunto que había elegido para la ocasión, una falda de seda de color azul medianoche con bordados en forma de espiral en un tono algo más oscuro y la blusa blanca de cuello alto que se había comprado en París, rezumaba un equilibrio perfecto entre una mujer femenina y una mujer que se tomaba los negocios en serio. En resumen, la directora general del Grand Hôtel. Un puesto con el que disfrutaba y que quería conservar.

Con la cabeza bien alta, Wilhelmina irrumpió en la sala de juntas. Los caballeros, que ya habían tomado asiento, se levantaron para saludarla. Se percató al instante del olor a puro y de la ceniza caída en

la mesa. Y llegó a la conclusión de que Börtzell había encendido su puro hacía ya un rato. Interesante. Reprimió el bufido que amenazaba con emerger y respondió a los hombres con una sonrisa ganadora mientras tomaba asiento en la silla que acababa de retirarle Von der Lancken.

—Buenas tardes, caballeros. Hace un día espléndido. Estocolmo nunca está más precioso que bajo el sol de finales de junio.

—Tiene, como siempre, toda la razón, señora Skogh —dijo Börtzell —. Mañana ya es primero de julio. El tiempo parece pasar más rápido a medida que uno va envejeciendo.

Burman y Von der Lancken murmuraron palabras estúpidas de consenso.

Börtzell se subió las gafas hasta el puente de la nariz.

—¿Comenzamos? Punto número uno: el patio de las cocinas. Señora Skogh, recibí su carta con la sugerencia de transformar el patio interior en un jardín. Y a pesar de que todos estamos de acuerdo en que su idea es de lo más ingeniosa y sería una incorporación deliciosa a nuestro hotel, me temo que el banco será un escollo.

Wilhelmina ignoró los falsos elogios y fingió sorpresa.

—¿Todos, Algernon? ¿Cuándo se ha discutido mi petición?

Von der Lancken farfulló hasta acabar tosiendo.

—Perdón —dijo buscando un pañuelo en el bolsillo.

—Algernon lo ha mencionado justo antes de que usted entrara — apuntó Burman.

Wilhelmina hizo un comprensivo gesto de asentimiento.

—En este caso, les pido a todos disculpas por llegar tarde. No volverá a ocurrir. Pero me alegra saber que su única objeción es el potencial escollo del préstamo.

Burman y Börtzell intercambiaron una mirada fugaz.

—Y a mí me alegra que comprenda usted la situación —dijo Burman—. Quizá algún día, en el futuro…

Enarcó las cejas y sonrió a regañadientes.

—En noviembre —dijo Wilhelmina.

Börtzell puso mala cara.

—¿Qué pasa en noviembre?

—Que será cuando los obreros empiecen a reforzar el suelo. Es la época ideal, puesto que el hotel está normalmente tranquilo en noviembre. Es cuando Estocolmo resulta menos atractivo y no estamos aún en vísperas de Navidad.

—Un momento —rugió Burman—. Acabamos de acordar que no nos concederán ningún préstamo para más reformas. Si lo solicitamos, el Hernösands Enskilda Bank nos exigirá recudir la deuda, no incrementarla.

Wilhelmina levantó las manos.

—Debo disculparme de nuevo. He olvidado mencionarles que la cuestión del préstamo bancario ya está solucionada.

—¿Cómo? —espetó Börtzell.

—Tenía usted toda la razón: Hernösands Enskilda Bank ha rechazado mi solicitud, pero Hernösands Enskilda Bank no es la única institución financiera de la ciudad. Les gustará saber que todas nuestras deudas han sido refinanciadas, y de un modo ventajoso, además, y que el Grand Hôtel trabajará a partir de ahora con Stockholms Handelsbank y Skandinaviska Kreditaktiebolag. El préstamo para el nuevo jardín está garantizado.

El silencio inundó la estancia mientras los hombres digerían las posibles repercusiones.

Börtzell se levantó y golpeó con el puño la mesa.

—¡Esto es absurdo! ¡No tenía ningún derecho a hacerlo!

—Tenía todo el derecho —replicó Wilhelmina con voz firme—. Me nombraron para dirigir este hotel de la mejor forma que supiera. Los beneficios han vuelto a aumentar, pero tengo un número inaceptable de huéspedes descontentos. Mi trabajo consiste en remediar ese problema.

Börtzell aporreó la mesa por segunda vez.

—No pienso apoyarlo.

—¿Por qué? Acaba de decirme, no hace ni diez minutos, que está de acuerdo en que mi plan es ingenioso y delicioso, han sido las palabras que ha utilizado, y que el único escollo sería el préstamo. Tenemos un préstamo. ¿Y ahora me viene con que no es eso lo que ha dicho?

—Un nuevo préstamo podría acabar rematando por completo el

hotel —dijo entre dientes Burman.

—Igual que una mala reputación —contraatacó Wilhelmina—. ¿Cómo es eso que dicen? Se pueden tardar tres años en levantar un hotel, pero tres días bastan para arruinarlo.

—¡El hotel ha funcionado perfectamente bien sin usted durante tres décadas! —vociferó Börtzell.

—¿En serio? ¿No me contaron, acaso, que el hotel sufría grandes problemas financieros y que por eso me contrataron? —Se volvió hacia Von der Lancken—. ¿Ehrenfried?

—Esto no es nada convencional. Una directora general desafiando a la junta.

Los ojos de Wilhelmina brillaron de rabia.

—¿Desafiando? ¿En qué momento?

—Tengo que reconocértelo —dijo Elisabet aquella misma noche, mientras compartían una botella de Moët en la mesa situada junto a las ventanas de las torretas—. Mina, a mí me habría resultado imposible controlar los nervios. ¿Y después qué ha pasado?

Wilhelmina volvió a llenar las copas.

—Pues entonces es cuando la cosa se ha puesto más interesante. Börtzell ha dimitido. Allí mismo. Ha dicho que no quería tener nada que ver con la debacle del Grand Hôtel. Que no tenía ninguna intención de ser culpado por ello ni de que se mencionara su nombre cuando llegáramos a los tribunales por caer en la bancarrota. Y Burman y Von der Lancken han seguido rápidamente su ejemplo.

Elisabet se llevó una mano al pecho.

—Dios mío.

Wilhelmina bebió un poco más de champán, disfrutando de aquella delicia helada después de una jornada tan complicada.

—Sin duda, es lo mejor. La situación con la junta se estaba volviendo insostenible a pasos agigantados. O me apoyaban o no. Y es evidente que no lo hacían, pues, de lo contrario, habrían estado encantados con nuestro nuevo acuerdo financiero. Bueno, el caso es que ahora celebraremos una junta de accionistas extraordinaria para

nombrar a los nuevos miembros de la directiva, y Carl Liljevalch ya me ha dado autorización para presentar su nombre como candidato a la presidencia. Pelle y yo lo conocemos desde hace años. Es un muy buen amigo, cuando menos. Cree firmemente en que el nuevo acuerdo financiero es sensato y en que el Grand Hôtel tiene un futuro dorado por delante.

—Lo cual —dijo Elisabet— supondrá un cambio de aires refrescante con respecto a trabajar con tres hombres que te lo negaban todo.

—Brindaré por ello. —Wilhelmina levantó la copa—. ¿Te acuerdas de que te comenté que necesitaba espacio para construir más habitaciones? Pues solucionar este problema es el siguiente punto de mi agenda, y prefiero mil veces tratarlo con Carl Liljevalch que con Algernon Börtzell.

—Mina —dijo Elisabet dejando la copa en la mesa—. Siento muchísimo tener que cambiar de tema, pero debo preguntártelo antes de acabar explotando. ¿Sigue Karolina trabajando aquí?

—Que yo sepa, sí. —Wilhelmina miró a su amiga ladeando la cabeza—. ¿Por qué?

—Porque no la he visto desde antes de Navidad.

—Estoy segura de que es solo cuestión de suerte. Estás casi siempre fuera. Quizá Karolina trabaje más en el turno de día que en el de noche. Creo que todas las chicas tienen su preferencia por uno u otro turno.

—Espero que tengas razón. —Elisabet cambió de postura en su asiento y fijó la mirada en la bandera azul y amarilla que ondeaba sobre el edificio de la Ópera Real y en las gaviotas que volaban a merced de la suave brisa estival—. Me temo que fui muy tonta.

—¿En qué sentido?

Wilhelmina se preparó para lo peor. Esperaba que Elisabet no hubiera confesado a nadie lo de Karolina. Cuanta menos gente lo supiera, menos probable sería que Su Majestad se enterase. Una posibilidad que aún conseguía mantenerla en vela a altas horas de la noche.

Elisabet se volvió hacia ella.

—Prométeme, por favor, que no te enfadarás.

—Haré lo posible.

Elisabet inspiró hondo.

—Karolina vino a servirme una noche justo antes de Navidad. Oh, Mina, es adorable. —Una única lágrima resbaló por su mejilla—. Solo deseaba abrazarla y decirle lo mucho que lo sentía. No lo hice, por supuesto, pero no pude resistir la tentación de hablar con ella. La tenía allí mismo. A medio metro de mí.

¿A medio metro? Seguro que Elisabet estaba exagerando, o quizá se hubiera acercado a Karolina sin siquiera darse cuenta de que era una distancia atípica.

—Continúa.

—Le pregunté cómo se llamaba y si le gustaba su trabajo. Sé que no tenía ningún derecho a hacerlo. Pero no sabía qué otra cosa decirle y quería que se quedara conmigo un poco más. Me entiendes, ¿verdad?

—Lo estoy intentando —replicó Wilhelmina.

—Y sin darme ni cuenta le acaricié la mejilla.

Wilhelmina hizo un mohín, pero no dijo nada. En gran parte porque, por una vez, no sabía qué decir. Pero… ¿a qué precio se debía pagar el amor de una madre?

Elisabet suspiró.

—Tienes todo el derecho a enfadarte.

—¿Cómo respondió Karolina?

—Con confusión, si te digo la verdad. Me miró, con esos ojos tan preciosos que tiene, y vi el miedo reflejado en ellos. Miedo de verdad, Mina. La primera vez que posa esos ojos en su madre. Me habría echado a llorar.

—¿Y entonces? —preguntó Wilhelmina en un tono de voz grave que confiaba que rezumara empatía, no enjuiciamiento.

—Le di diez coronas y se marchó corriendo.

—¿Diez coronas? No me sorprende que se marchara corriendo. Y si algo sé sobre el servicio de habitaciones, y me enorgullezco de saber absolutamente todo lo que pasa bajo este tejado, es que Ottilia Ekman se encargará de que Karolina no vuelva a servirte nunca más.

Elisabet asintió con tristeza.

—¿Y qué hago?

—¿Qué haces? ¡Nada! Por lo que me cuentas, ya han pasado seis meses. Mejor dejar que el oso no se despierte. Mientras Su Majestad desconozca el paradero de Karolina, debemos andarnos con mucho sigilo.

33

Primavera de 1904

El ambiente en el Grand Hôtel era optimista. El tedio invernal había quedado por fin mitigado por la llegada de la realeza europea y demás huéspedes eminentes que habían viajado a la ciudad con motivo de la celebración del setenta y cinco cumpleaños del rey Óscar II. Además, el nuevo jardín interior ya estaba terminado.

Margareta, Ottilia y Beda observaban desde cierta distancia cómo la señora Skogh y el nuevo jardinero-florista, Josef Starck, inspeccionaban los resultados. Además de un césped inmaculado, los parterres estaban llenos a rebosar de tulipanes, jacintos, guisantes de olor, begonias y una enorme cantidad de bellezas en flor en tonalidades rojas, amarillas, moradas, blancas y rosas. Los dulces perfumes se entremezclaban con los deliciosos aromas de las cocinas. Y todo ello bajo el cielo azul del mes de abril. Después de la señora Skogh, Margareta era la que estaba más feliz con el nuevo jardín. Le proporcionaba una manera de disfrutar de un poco de aire fresco y de la contemplación de las nubes sin necesidad de salir del hotel. Siempre y cuando se mantuviera alejada del ángulo de visión de las habitaciones.

—Es una preciosidad —dijo Ottilia.

—La verdad es que sí —murmuró Beda.

Ottilia rio.

—Creía que solo tenías ojos para monsieur Blanc.

—Te recuerdo que tengo dos ojos.

—Chicas, por favor.

Margareta intentó utilizar un tono de desaprobación, pero no podía evitar estar de acuerdo con Beda. El señor Starck tenía un aspecto moreno y sensual raro de ver en hombres escandinavos.

La señora Skogh le indicó a Margareta que se acercara. Esta avanzó

hacia la zona soleada.

—Le presento a la señora Andersson, nuestra gobernanta —dijo la señora Skogh—. Es la única responsable de saber cuándo y dónde se necesitan en el hotel flores y arreglos florales.

El señor Starck le tendió la mano.

—Espero tener con usted una magnífica relación profesional.

Sostuvo la mano de Margareta una fracción de tiempo más de lo necesario, permitiendo que su dedo pulgar acariciase el de Margareta cuando la soltó.

Una oleada de calor le recorrió las entrañas. Sorprendida, Margareta cogió un poco de aire antes de responder.

—Ha hecho usted un trabajo espléndido. Oigo constantemente a los huéspedes comentar lo mucho que les gusta tener una vista tan encantadora desde sus habitaciones.

La señora Skogh hizo un brusco gesto de asentimiento.

—Eso quiere decir que lo hemos conseguido. Y ahora los dejo para que se conozcan y establezcan sus rutinas. Es vital que se comuniquen con claridad. No quiero encontrar flores marchitas porque ambos pensaban que era el otro quien se ocupaba del tema. Porque los haré responsables a los dos. —Dio media vuelta—. Señorita Ekman, acompáñeme. Señorita Johansson, ya puede volver a la sala del servicio de habitaciones.

El señor Starck se quedó mirando a la señora Skogh, que se marchó seguida por Ottilia.

—¿Es la señora Skogh siempre tan… estricta?

Agradecida por sentirse de nuevo pisando terreno conocido, Margareta se permitió una sonrisa.

—Dirige con mucha eficiencia. Aquí todos sabemos cuál es nuestra responsabilidad y qué tenemos que hacer. Y debo decir que, bajo el mando de la señora Skogh, el personal del Grand Hôtel se ha convertido en algo parecido a una familia. O estás dentro o estás completamente fuera.

—En este caso, considero incluso un mayor honor que me hayan dado este puesto. —Cogió un tulipán rojo del parterre más próximo—. Para su despacho.

Margareta dio un pequeño paso hacia atrás.

—No puedo aceptarlo. Es propiedad del Grand Hôtel.

—Lo he cultivado yo.

—¿En su tiempo libre? ¿Pagó en su día este bulbo?

—Simplemente le estoy regalando una flor.

—No es suya y, por lo tanto, no puede regalármela.

—Le pido disculpas. —Los ojos castaños de Starck vislumbraron tristeza en aquel rechazo—. Tal vez algún día me permita regalarle una flor que sea solo mía.

Un breve destello de culpabilidad hizo enrojecer a Margareta. Le habría encantado que el señor Starck le hubiese regalado una flor, incluso un simple pétalo, pero no tenía derecho a albergar ese tipo de pensamientos. Y estaba segura, además, de que sabía que era una mujer casada. La señora Skogh se había dirigido a ella como «señora Andersson». Enderezó la espalda.

—Tenemos que planificar nuestro trabajo para que no dé cabida a malentendidos y errores. La lista de huéspedes para la semana que viene está arriba. ¿Podrá subir a mi despacho esta tarde?

Ottilia siguió a la señora Skogh. Al menos esta la había llamado «señorita Ekman». Lo cual era siempre buena señal. «Ekman», sin más, siempre quería decir que había cometido algún fallo y le esperaba una reprimenda. Dicho esto, no tenía ni idea de por qué la señora Skogh querría hablar con ella, aunque el tono enérgico que había empleado implicaba que se trataba más de un asunto de trabajo que de malas noticias. Jamás olvidaría la ternura y la amabilidad que había mostrado la señora Skogh el día del fallecimiento de su madre. Victoria estaba ahora preciosa y no paraba de corretear de un lado a otro y de charlar con todo el mundo. Y como era la única de las cuatro hermanas Ekman bendecida con el cabello rubio y ondulado de su madre y los grandes ojos azules y largas pestañas de su padre, acabaría convirtiéndose en una auténtica belleza. Según su prima Anna, cuando paseaba con ella por la calle mayor de Rättvik, tenía que tomarse su tiempo, porque las señoras mayores la paraban

constantemente para dirigir palabras cariñosas a la pequeña huérfana. Incluso Birna y su padre mimaban sin cesar al bebé de la familia. Ottilia se moría de ganas de poder pasar pronto un par de días con Victoria. Solo Torun seguía manteniéndose tercamente inmune a los encantos de la pequeña.

Cuando llegaron al despacho de su mentora, Ottilia tomó asiento en el lugar indicado.

—No he tenido oportunidad de contárselo —empezó la señora Skogh—, pero la semana pasada vi a su padre en Rättvik. Y a Victoria. La niña es una preciosidad y sin duda hablará por los codos cuando sea mayor. Su padre le manda cariñosos recuerdos. —La señora Skogh esbozó una sonrisa para acompañar el mensaje.

Ottilia sintió una punzada de culpabilidad. Su padre. Hacía mucho que no lo veía.

—¿Está bien?

—Me pareció que se encontraba en buena forma. Un poco más canoso, quizá, pero ¿quién no lo está? Bueno, usted no, evidentemente. —La señora Skogh dio unos golpecitos con la estilográfica a una hoja llena de notas que tenía delante—. Veamos. Lleva dos años dirigiendo el servicio de habitaciones.

Un hecho, no una pregunta. Ottilia guardó silencio.

La señora Skogh continuó:

—¿Ha aprendido ya todo lo que necesitaba saber?

Desconcertada, Ottilia intentó comprender hacia dónde derivaría aquella conversación. ¿Le habría pasado por alto alguna cosa evidente?

La señora Skogh levantó la vista.

—Vamos, Ottilia. No es una pregunta complicada. ¿Cree que ha aprendido todo lo que hay que aprender sobre el servicio de habitaciones?

Ottilia apostó por la sinceridad.

—Sí. Siempre hay nuevos platos y nuevos vinos, pero monsieur Blanc ha sido muy instructivo. Igual que el señor Möller y el chef Samuelsson. —Se secó las palmas de las manos con la falda—. Si tuviera que pedir alguna cosa, serían clases de francés para todo lo

relativo a la comida. Veo cartas escritas en francés y entiendo poca cosa, aparte de los vinos que acompañan los distintos platos.

—¿Y su personal?

Ottilia se puso tensa. ¿Se habría quejado alguien? ¿Quién?

—Creo que mis compañeros están contentos. El ambiente en la sala del servicio de habitaciones es profesional y agradable. O eso creo, al menos…

La señora Skogh la taladró con la mirada.

—¿Cree? Su trabajo consiste en saberlo a ciencia cierta.

—Están satisfechos, señora. La cantidad de solicitudes de trabajo internas que recibo es prueba de que disfrutamos de una reputación excelente dentro del hotel.

—¿Y qué tal se lleva con su hermana?

Si Ottilia se había quedado perpleja al empezar la conversación con la señora Skogh, ahora estaba incluso más perdida.

—¿Con Torun?

La señora Skogh puso cara de exasperación.

—Ya sé que tiene tres hermanas, pero, que yo sepa, solo una trabaja aquí.

Ottilia notó que le ardían las mejillas.

—Nos llevamos muy bien. Torun está muy contenta en el departamento de reservas, eso lo sé, pero pasamos poco tiempo libre juntas.

—¿Por qué?

—Porque ella trabaja de día y yo suelo trabajar tardes y noches. Torun tiene una gran amistad con Märta Eriksson. Salen juntas a menudo. —¿A qué vendrían aquellas preguntas?—. ¿Tiene algún problema Torun?

La señora Skogh la fulminó con la mirada.

—De ser ese el caso, estaría hablando con su hermana, no con usted.

Ottilia bajó la vista.

—Sí, señora.

—¿Y qué me cuenta de Beda Johansson, Märta Eriksson y Karolina Nilsson?

—Beda Johansson y yo solemos trabajar juntas. Es una buena

amiga. Igual que Karolina Nilsson, aunque con esta no trabajo tan a menudo porque ha pedido trabajar con el turno de día, si es posible. Igual que Märta.

La señora Skogh se paró un momento a pensar y luego siguió escribiendo.

Ottilia continuó:

—Karolina es una líder de turno excelente. Posee conocimientos suficientes para gestionar la sala e inteligencia suficiente para acudir a mí si se produce algún suceso inapropiado. Märta y Edward son también de absoluta confianza. Como los demás. Los he formado a todos lo mejor que he sabido.

La señora Skogh dio unos golpecitos con la estilográfica.

—Ottilia, si una de estas jóvenes fuera a convertirse en jefe del servicio de habitaciones, ¿a cuál de ellas recomendaría?

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Ottilia se concentró en dejar de lado su pánico y a reflexionar su respuesta.

—A Beda.

—¿Por qué?

—Porque posee una autoridad natural. Y creo que Karolina no. O, al menos, todavía no. Aunque a buen seguro la desarrollará. Aprende muy rápido y, según monsieur Blanc, es la que mejor pronuncia de todas nosotras.

—¿Y la señorita Johansson?

Ottilia se retorció.

—Su pronunciación del francés no siempre es del agrado de monsieur Blanc.

—No estoy preguntándole por el francés de Beda. Acaba de recomendármela para su puesto. Aparte de… —La señora Skogh repasó sus notas—, de autoridad natural, ¿qué más tiene la señorita Johansson que la haga adecuada para el puesto?

—Es la que tiene mejor memoria para recordar las preferencias de los huéspedes y es capaz de sumar una cuenta más rápido y con mayor exactitud que cualquier persona que conozco. Además creo que Beda ve su futuro en el Grand Hôtel. Es una empleada leal y le encanta trabajar aquí. Como a mí. —Que al menos, la señora Skogh tuviera

claro ese detalle.

—¿Y la señorita Eriksson?

—Märta es una trabajadora excelente y de confianza.

—¿Pero?

—Sin peros, señora.

—¿Pero? —repitió la señora Skogh—. Ha dicho muchas cosas sobre la señorita Johansson y la señorita Nilsson, pero no ha mencionado a la señorita Eriksson como posible candidata para su puesto. ¿Por qué? Acaba de decirme que es una trabajadora excelente y de confianza.

Ottilia notó un hilillo de sudor descendiendo por debajo de su corsé. ¿Podía confiar en la señora Skogh? Lo había hecho hasta aquel momento y nunca la había decepcionado.

—No estoy del todo segura de que Märta sueñe con hacer una carrera muy larga en el Grand Hôtel.

—¿Está diciéndome que la señorita Eriksson preferiría trabajar en otro establecimiento? —preguntó secamente la señora Skogh.

—No en otro hotel. Señora. Pero creo que a Märta le gustaría trabajar en Nordiska Kompaniet. Cuando no está en la biblioteca con Torun, se acerca a Kompaniet para ver las últimas novedades de…, de lo que sea, supongo. Nos habla con todo detalle sobre los nuevos estilos y colores, es casi como si su cabeza dibujara lo que acaba de ver.

La señora Skogh levantó las cejas, que enseguida volvieron a su lugar natural.

—Dígame, Ottilia, si usted pudiera ver una imagen de su futuro, ¿cómo sería?

—Sería aquí. Trabajando a su lado. Quizá…

—¿Sí?

—En lo que actualmente es el despacho del señor Svensson.

La señora Skogh sacudió la cabeza.

—Svensson desarrolla un trabajo excelente, pero usted se aburriría en una semana. Sin embargo, ahora que hemos acordado que la señorita Johansson podría ser su sustituta, es justo que le comente lo que tengo en mente para usted.

Ottilia enderezó la espalda.

—Sí, por favor.

—Ottilia, entienda que lo que voy a decirle debe permanecer estrictamente entre nosotras.

—Por supuesto, señora.

—El señor Ottosson, nuestro director de banquetes, acaba de recibir un diagnóstico médico bastante desafortunado. Seguro que se ha fijado en cómo le tiemblan las manos. Recientemente ha sido informado de que su enfermedad no tiene posibilidad de curación ni de mejora. Es decir, se espera que su destreza se deteriore en cuestión de meses y no podrá seguir prestando sus servicios en el hotel.

Ottilia hinchó las mejillas.

—Pobre hombre.

—Sí. Haremos todo lo posible por ayudarlo mientras siga con nosotros, pero mi plan es que empiece usted a trabajar como subdirectora de banquetes.

Ottilia se quedó boquiabierta. ¿Subdirectora de banquetes? ¿Del Grand Hôtel de Estocolmo? Ni siquiera sabía que ese puesto existiera.

—Necesitará aprender todo lo que pueda y lo más rápido posible del señor Ottosson —continuó la señora Skogh—. Ser transferida a la sección de banquetes es un paso natural para usted y quiero, además, que el hotel aumente el número de grandes actos que celebramos. El banquete de los Premios Nobel es, evidentemente, la joya de nuestra corona, pero deberíamos ser el primer establecimiento que tener en cuenta para cualquier evento de prestigio que se celebre en la ciudad.

—¿Soy lo bastante mayor como para ser directora de banquetes?

La pregunta salió de la boca de Ottilia antes de que pudiera impedirlo.

—¿Lo bastante mayor? Yo no era mucho mayor que usted cuando empecé a dirigir un hotel entero.

La cabeza de Ottilia corría a toda velocidad.

—¿No se sentirá ignorado el señor Möller?

—El señor Möller consideraría que un puesto de subdirector es un paso atrás. Además, es el *maître d'hôtel* y el comedor está junto al vestíbulo. Le gusta estar en el meollo de todo y a mí me gusta tenerlo allí. El departamento de banquetes tiene menos que ver con el hotel y

mucho más con los eventos privados. De todos modos, he hablado tanto con el señor Möller como con el chef Samuelsson, además de con el señor Ottosson, por supuesto, y todos se han mostrado de acuerdo en apoyarme, y apoyarla a usted, en esta decisión.

—Pero señora, si esto es una conversación confidencial…

—No, mujer. Me refería a que el diagnóstico médico de otro empleado es un asunto confidencial. Eso solo lo sabemos usted y yo. A los demás les he dicho que el departamento de banquetes está creciendo y necesitamos otro par de manos de confianza.

—¿Y crecerá el departamento de banquetes?

—Si no crece, será que no está desempeñando correctamente su trabajo —dijo con seriedad la señora Skogh—. Subdirectora de banquetes es un nuevo puesto que le exigirá hacer gala de todas sus habilidades diplomáticas, no solo con el señor Ottosson, que en ningún momento debe tener la sensación de que lo echamos y de quien tiene usted muchísimo que aprender, sino también con los clientes. Recuerde que la celebración en sí no es más que la acumulación de una gran cantidad de colaboraciones y planificación. El momento del banquete no es sino las últimas horas de lo que pueden ser semanas, e incluso meses, de preparación meticulosa. Cuanto más concienzuda sea la planificación, más se asegurará el éxito. Tenemos una lista de personas muy capacitadas a las que recurrimos para las distintas funciones. En su mayoría hombres, es evidente. No creo que podamos introducir todavía camareras. Pero si yo puedo dirigir un hotel, usted puede dirigir un departamento de banquetes.

Ottilia sintió un hormigueo de emoción. Pensó en cuando se lo dijera a su padre. Se sentiría tremendamente orgulloso. Y Beda se alegraría mucho, por las dos. Igual que Torun.

—¿Cuándo quiere que empiece en la sección de banquetes?

—El lunes. Lo que le da tiempo suficiente para preparar cualquier cosa que crea que la señorita Johansson necesita saber. La citaré esta tarde en mi despacho, después de lo cual, y solo después de lo cual, podrán hablar ya sobre los nuevos nombramientos. E incluyo en esto a Torun. Trabajará en estrecha colaboración con ella.

Y se hizo la luz. La señora Skogh, como era típico en ella, había estado tachando los últimos puntos pendientes de confirmación antes de comprometerse de forma definitiva con aquel nuevo acuerdo.

—Muy bien —continuó la señora Skogh—. Y ya que la tengo aquí, debo comentarle también la nueva distribución de los dormitorios del personal que vive en la casa. La señora Andersson ya ha sido informada al respecto, pero esto afecta también a su personal, incluida usted.

—¿Señora?

—El hotel necesita más camas. Podría instalar habitaciones en el palacio Bolinder, pero la logística de los servicios de limpieza y de habitaciones sería complicadísima. Lo que sí podemos hacer, en cambio, es trasladar al personal al otro edificio y convertir esos dormitorios en cincuenta nuevas habitaciones para huéspedes. Serán menos lujosas pero seguirán ofreciendo un alojamiento muy confortable.

—Caramba, creía que los obreros volverían tan solo para construir la nueva oficina de recepción y el mostrador de información.

—Y eso harán aquí, pero tenemos ya otro equipo trabajando en el edificio contiguo. Empezarán a construir las nuevas habitaciones en cuanto el personal haya hecho el traslado. Y, en cuanto comience usted en su nuevo puesto, pasará más horas en el palacio Bolinder que aquí. Tendrá que aprender cuanto haya que saber sobre todas las habitaciones y salas disponibles para eventos.

—Me apetece mucho conocer mejor el palacio Bolinder. Dicen que todas las salas de eventos son espectaculares. ¿Cuándo será el traslado del personal?

—En un par de semanas. La última planta está muy bien, pero hay que levantar más paredes y abrir más puertas. Trabajará con la señorita Johansson para distribuir las habitaciones reservadas para el personal del servicio de habitaciones. —La señora Skogh sacó un plano de un cajón y lo extendió sobre la mesa—. ¿Ve aquí? En este pasillo estarán los dormitorios de las chicas del servicio de limpieza y del servicio de habitaciones. —Recorrió el dibujo con un dedo—. Y este dormitorio será para el personal masculino del servicio de

habitaciones.

Ottilia ladeó la cabeza mientras estudiaba el plano.

—¿Y la subdirectora de banquetes?

La señora Skogh señaló un punto.

—Aquí, detrás del torreón izquierdo, hay una habitación curiosa. Lo único que se ve desde la ventana es nuestro tejado, pero posee su propio tramo de escaleras. Había destinado esta habitación a nuestro nuevo jardinero, pero el señor Starck prefiere vivir fuera. La falta de luz y quizá de encanto queda compensado con creces por el tamaño y la intimidad, aunque una alfombra alegre y una colcha bonita le darán un buen cambio.

El corazón de Ottilia estaba acelerado. ¿Una escalera propia hasta una habitación propia?

—Y se aplican las reglas de siempre —continuó la señora Skogh—. Nada de visitas de caballeros.

Ottilia estaba resplandeciente.

—No sé cómo darle las gracias.

—Es muy simple. Trabaje duro y haga crecer mi departamento de banquetes.

34

Ottilia no se esperaba el enojo de Märta cuando irrumpió a la mañana siguiente en el antiguo cuarto de la colada, reconvertido ahora en habitación de Ottilia, seguida muy de cerca por Beda. Por un instante, Ottilia pensó en el que muy pronto sería su nuevo dormitorio. Le daba igual no tener buena vista, prefería sin lugar a dudas disfrutar de más espacio.

Märta empezó el ataque.

—¿Por qué Beda y no yo? Yo también te ayudé desde el primer día. Igual que Karolina. Debería haberte dejado que te pudrieras. ¿Qué le contaste a la señora Skogh sobre mí?

Ottilia se maldijo al notar que se ruborizaba.

—¿Qué te hace pensar que dije algo sobre ti?

—No seas burra. Es evidente que te lo consultó. Yo lo habría hecho de estar en su lugar.

—Está muy bien saber que la señora Skogh está haciendo lo que Märta Eriksson haría de estar en su lugar —dijo Beda.

Märta se volvió hacia Beda.

—Y tú mantén tu bocaza cerrada. Adelante, señorita Ekman, cuéntame qué le dijiste.

—Le dije que eras una trabajadora excelente y de total confianza.

Märta arrugó la frente.

—¿Y de ella qué dijiste? —preguntó, moviendo el pulgar en dirección a Beda.

—Que tiene la mejor memoria de todo el servicio de habitaciones y que es capaz de sumar cualquier cuenta más rápido que todas nosotras.

Las arrugas de Märta se hicieron más profundas.

Ottilia levantó la barbilla.

—Le dije también que pensaba que a ti te gustaría trabajar en unos grandes almacenes. Y que tenías un talento especial para la moda y los

colores. —Lo cual no era exactamente lo que había dicho pero se le acercaba bastante.

Beda se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa de triunfo.

—Y bien, señorita Eriksson, ¿qué tienes que decirle ahora a la señorita Ekman? Te conoce ella mejor de lo que te conoces tú.

—Era una cuestión de principios —gruño Märta—. A nadie le gusta que le pasen por encima.

—Definitivamente una cuestión de principios —le aseguró Beda a Ottilia—. El lunes tiene una entrevista en Nordiska Kompaniet.

Märta se sonrojó.

—Eso no significa que me den el puesto.

—No, pero significa que Ottilia tenía razón. Que preferirías trabajar en una tienda.

Märta se sentó en la cama.

—No es que no me guste el hotel, pero Nordiska Kompaniet tiene algo especial. Cuando entro allí, me siento viva. Igual que le pasa a Torun cuando entra en la librería Göthes. —Dejó caer los hombros—. Lo siento.

—Te entiendo perfectamente —dijo Ottilia—. Porque yo me sentía igual cuando entraba por la puerta de Stallgatan. —Se sentó al lado de Märta y la rodeó con el brazo—. Conseguirás el puesto. ¿Por qué no? En el hotel te darán unas referencias excelentes y ofreces además la experiencia de servir a la realeza y a los…

—Y a los bichos raros —interfirió Beda—. Que de esos hay muchos.

Märta levantó la cabeza.

—Y hablando de bichos raros, ayer por la tarde vi a un hombre pululando por el pasillo de la primera planta. Creo que debí de entregar unas cinco bandejas, y cada vez que subí me lo encontré allí. Mirándome, básicamente.

Beda contuvo un grito.

—¿Un hombre de pelo oscuro con el brazo en cabestrillo? Ayer por la noche lo vimos también. Edward incluso le preguntó si quería que le subiésemos alguna cosa, pero el hombre se limitó a darle las gracias a Edward y a asegurarle que ya tenía todo lo que necesitaba.

—Si el pobre caballero tiene un brazo lesionado, a lo mejor es que

está inquieto y quiere estirar las piernas —dijo Ottilia.

Märta puso mala cara.

—Estamos a mediados de abril. Podría salir a dar un paseo en vez de desgastar nuestra moqueta. Karolina ha dicho que ha vuelto a verlo por allí esta mañana.

—Puede ser que le duela algo.

—Puede ser, pero no estoy tan segura de que tenga el brazo lesionado. Se le cayó un guante y lo recogió con la mano que en teoría tiene mal.

Ottilia se quedó boquiabierta.

—¿Estás diciendo que es un impostor?

—Lo único que estoy diciendo es lo que vi —replicó Märta.

—¿Creéis que deberíamos comentárselo a la señora Skogh? —preguntó Beda—. Si no trama nada bueno, no nos dará precisamente las gracias por habernos quedado calladas si sospechábamos que pasaba algo.

—Pero tampoco se trata de andar difamando a un huésped inocente —dijo Ottilia. Aunque eso sería un mal menor, puesto que era poco probable que la señora Skogh actuara por lo que ellas pudieran decirle sin antes observar e investigar más. Se le ocurrió entonces una cosa—. Antes de molestar a la señora Skogh iré a preguntarle a Margareta si sus chicas le han comentado algo.

Cuando Ottilia entró en el despacho de Margareta, la encontró reunida con el señor Starck.

—¿Se trata de algún tema que puede esperar, Ottilia? Estábamos con la lista de las flores que necesitamos para la semana que viene.

Ottilia se quedó pensando.

—La verdad es que no.

El señor Starck le ofreció su silla.

—No me importa esperar. Seguro que se trata de un asunto más importante que las flores.

—Gracias. —Ottilia le tendió la mano—. Ottilia Ekman. Creo que trabajaremos juntos en la organización de eventos y banquetes.

El señor Starck la saludó con una leve reverencia.

—Será un placer, a buen seguro. Esperaré fuera mientras discuten el

asunto de la señorita Ekman.

Ottilia puso cara de haberse quedado impresionada.

—Qué tipo más encantador.

Margareta se ruborizó.

—¿En qué puedo ayudarte?

Ottilia le explicó el caso.

—¿Te ha mencionado alguna chica algo relacionado con algún cliente? A Beda le preocupa que un caballero pueda estar planeando alguna fechoría.

Margareta se puso nerviosa.

—Una de las chicas me informó de que un huésped le había preguntado algo sobre las llaves. Quería saber si podríamos dejarlo entrar en su habitación si perdía la suya.

—¿Y qué le respondió?

—Que en el cuarto del servicio de limpieza y en mi despacho tenemos llaves maestras de todas las plantas, además de un juego de llaves individuales en un armario cerrado detrás del mostrador de recepción, donde siempre hay alguien.

—¿Y se quedó satisfecho con la explicación?

—No. Le preguntó entonces quién tenía acceso a esas llaves de recepción. Y la chica le dijo que la señora Skogh tenía la llave de ese armario. Entonces, al parecer, sí que quedó satisfecho.

—De modo que si su plan consiste en entrar en otra habitación que no sea la suya, ahora sabe que hay gente a la que podría echársele la culpa o, cuando menos, gente que sería interrogada.

—Tienes razón. —Margareta se levantó—. Tengo que comentárselo a la señora Skogh. Gracias, Ottilia. Como jefe del departamento de limpieza, me encargaré del asunto a partir de ahora.

En su interior, Ottilia exhaló un suspiro de alivio. Haber levantado una falsa alarma ya no era cuestión suya.

—Perfecto.

—Antes de que te vayas —dijo Margareta—, felicidades por tu nuevo puesto.

Ottilia sonrió.

—Debo confesar que estoy un poco emocionada. Y también un poco

nerviosa.

—Lo harás magníficamente. Y si puedo hacer cualquier cosa por ayudarte, pídemelo, por favor. Te agradezco que hayas comentado conmigo tus reservas con respecto a ese huésped misterioso antes de hablar con la señora Skogh. Debería haber estado más alerta.

Ottilia se encogió de hombros.

—Míralo por el lado positivo. Nadie ha sufrido ningún daño.

35

Pero Ottilia había hablado demasiado pronto. El martes a última hora de la tarde la terrible noticia corrió como la pólvora por las salas de servicio y los despachos del Grand Hôtel. A Elisabet Silfverstjerna le habían robado un anillo. El personal se miró con perplejidad.

—Lo sabía —les dijo Beda a Ottilia y Edward—. Os dije que aquel hombre de la primera planta era sospechoso. Es el primer robo que se produce desde que estoy sirviendo en el Grand Hôtel y la primera vez que hemos tenido un huésped en el que no confiaba por instinto. ¿Sabes si Margareta llegó a hablar con la señora Skogh?

—Habló, sí —respondió Ottilia—. Y la señora Skogh pensó que el hombre estaría matando el tiempo mientras su brazo lesionado sanaba. Por lo visto estuvo hablando también con el señor Möller y los conserjes. Y a todos les pareció de lo más correcto e interesado en las costumbres del lugar.

Beda soltó una risotada.

—Querrás decir en las costumbres del hotel. Por lo menos, a nosotros no nos pueden culpar de nada. Y hoy no hemos estado en la habitación de la señorita Silfverstjerna. Es su cumpleaños. Dudo incluso que tuviera pensado cenar en su habitación.

Ottilia y Edward se quedaron mirando a Beda.

—¿Cómo sabes que es su cumpleaños? —preguntó Ottilia.

—Porque le han subido varios ramos y el año pasado por esta fecha invitó a algunas amistades a tomar una copa. Me encargué yo de servir. Hoy cumple cincuenta.

—¿Y cómo conoces este detalle? —preguntó Edward.

—Porque uno de los invitados del año pasado mencionó que la señorita Silfverstjerna cumpliría los cincuenta al año siguiente. Espera un momento. —Beda buscó en las fichas de clientes—. ¿Lo veis? «Fecha de nacimiento: 19 de abril de 1854». Escrito por mí.

Edward miró a Ottilia y ladeó la cabeza en dirección a Beda.

—Es espeluznante.

Llegaron entonces Märta, Karolina y Torun.

—No podíamos esperar arriba ni un momento más —dijo Märta—. Con todo el revuelo que hay montado. Cuando bajábamos por la escalera de atrás, nos hemos cruzado un policía.

—No me sorprende —dijo Ottilia—. La señora Skogh cree que el anillo tiene que estar en algún sitio del hotel. Jamás la había visto tan furiosa.

—Me sabe mal por la señora Skogh. Y por la señorita Silfverstjerna.

—Y por nosotros —dijo Beda—. Estaremos todos bajo sospecha hasta que esto se solucione, independientemente de que hayamos estado o no en la cuarta planta. Porque ¿cómo puede uno demostrar que no ha estado allí cuando nadie sabe cuándo robaron el anillo?

Se hizo entonces un silencio incómodo.

—¿Dónde está ahora la señora Skogh? —preguntó Märta.

—En la suite 452 con la señorita Silfverstjerna, Margareta, una camarera de planta, un inspector de policía y un par de copas de coñac enormes —respondió Ottilia—. La botella de coñac se la he subido yo.

Wilhelmina estaba a punto de caer presa del pánico. Repitió la pregunta.

—¿Está segura, señora Andersson, de que ninguna de sus chicas ha vuelto a entrar en esta suite después de que esta mañana se hiciera la limpieza?

—Sí. Todo lo segura que puedo estarlo.

Wilhelmina volvió a dirigirse entonces a la camarera de planta, que estaba llorando.

—¿Y está usted segura de que no le ha dicho a nadie que había visto el anillo en el tocador? Si más adelante me entero de que se lo ha dicho a alguien y no ha hablado ahora, será despedida sin referencias y acusada de cómplice del crimen.

La chica lloró con más fuerza, pero siguió fiel a su relato.

—Vemos todo tipo de cosas a diario. ¿Por qué tendría que haber

comentado esto en concreto?

Lo cual sonaba factible, reconoció Wilhelmina, aunque sin expresarlo en voz alta. ¿Por qué mencionar de repente a alguien ese anillo en concreto? Pero necesitaba respuestas. Un ladrón de aquel calibre podía dañar la reputación del hotel. ¿Y si la alarma de la señora Andersson con respecto a aquel huésped lesionado hubiera tenido su razón de ser y ella hubiera ignorado la situación? A fin de cuentas, la seguridad del hotel recaía sobre ella. Los huéspedes tenían todo el derecho del mundo a dar por sentado que sus pertenencias estaban a salvo en el hotel. A la semana siguiente se esperaba la llegada de la reina Margarita de Saboya. El séquito italiano que la acompañaba había reservado toda la primera planta. Su Majestad era una mujer encantadora y no soportaba la idea de pensar en un segundo robo.

—Describa de nuevo el anillo —le ordenó el inspector de policía a la camarera de planta.

—Un rubí muy grande con diamantes. Y sé que era cuadrado porque eso no es muy normal.

Elisabet volvió a sollozar.

—¿Y cogió usted el objeto?

—Como ya he dicho, solo para sacar el polvo al tocador. Y luego lo dejé de nuevo donde estaba. Tal y como usted nos ha enseñado, señora Andersson.

La chica suplicó la comprensión de su supervisora y las lágrimas le rodaron otra vez por las mejillas hasta alcanzar la barbilla. Se secó la cara con el borde empapado de su delantal.

El inspector se volvió hacia Wilhelmina.

—¿Dice que ya han registrado la habitación de esta chica?

—La hemos registrado entera. La comparte con cinco chicas más.

—¿Y ninguna de las chicas con las que comparte habitación ha salido hoy del edificio?

—Ninguna —confirmó la señora Andersson—. No sin mi permiso. Y nadie me ha pedido salir.

—Puede volver a su habitación —le dijo Wilhelmina a la camarera de planta.

La chica inclinó la cabeza y se fue corriendo.

—La creo —dijo la señora Andersson—. Aunque el anillo es un granate y no un rubí, pero dudo que la chica reconociera la diferencia.

El inspector miró los jarrones con ramos de flores.

—¿Podría haber caído el anillo del tocador cuando entregaron las flores?

Miró a su alrededor, como si esperara que el anillo rodara por arte de magia desde debajo del sofá.

Wilhelmina lo fulminó con la mirada.

—Hemos registrado a fondo la suite antes de llamar a la policía.

—¿Quién ha entregado las flores?

—Los porteros de día han subido algunas, otras nuestro florista. Nadie recuerda haber visto el anillo.

Wilhelmina intentó hablar con voz firme. Pero, siendo realista, el anillo podía estar escondido en cualquier rincón dentro de las paredes del Grand Hôtel. Ningún ladrón que se preciase ocultaría el objeto en su propia habitación. Era buscar una aguja en un pajar. Pero vaya aguja. Un anillo hecho a medida que el rey había regalado a una amante, con las piedras preciosas correspondientes al mes de su nacimiento.

—¿Suele dejar este anillo en el tocador? —preguntó el inspector a Elisabet.

Elisabet negó con la cabeza.

—Esta mañana lo he sacado de la caja fuerte para ponérmelo esta noche. Hace veinte años que tengo este anillo, pero solo lo luzco en ocasiones especiales.

El inspector suspiró.

—Tendré que hablar con las otras chicas que han trabajado hoy en la cuarta planta, además de con los porteros y el florista. A decir verdad, a menos que uno de ellos confiese, no sé qué más se puede hacer. Este edificio es demasiado grande para registrarlo en busca de un objeto tan pequeño que podría esconderse en cualquier rendija o tejido hasta que pasara el momento de conmoción. Y si nos enfrentamos a un ladrón profesional, habrá forzado la cerradura en cuestión de segundos y se habrá largado hace mucho rato.

—¿Cree que somos víctimas de un profesional? —preguntó Wilhelmina.

De ser así, aquella píldora amarga sería algo menos correosa de tragar. Ningún hotel podía blindarse por completo contra el crimen; por definición, un hotel era un lugar público en el que nadie podía estar controlado en todo momento.

El inspector se quedó pensando.

—La verdad es que creo que no. La cerradura parece intacta, ¿y por qué, si se tratase de un profesional, entraría solamente en una habitación? No creo que corriera el riesgo de subir cuatro plantas para realizar un único robo. Y la casualidad del momento elegido va también en contra de esta teoría. No creo que haya entrado por casualidad en esta habitación precisamente el día en que ese anillo estaba justo en el tocador.

Wilhelmina sintió un nuevo escalofrío.

—¿Cree que tenemos un ladrón en nuestras filas?

—Correcto.

Edward volvió corriendo a la sala del servicio de habitaciones después de hacer una entrega en la cuarta planta.

—¿Hay novedades? —preguntó Beda.

—El inspector va a venir en nada para interrogar a más gente y la señora Skogh tiene una cara que me recuerda la tormenta de la semana pasada. Me he pegado a la pared cuando pasaban para bajar por la otra escalera, y la he oído decir que iba a las cocinas.

Märta, Karolina y Torun se levantaron de un brinco.

—Mejor que nos larguemos corriendo antes de que nos vea aquí. Ya sabéis lo poco que le gustan los chismorreos —dijo Märta.

Torun le dio un codazo a su amiga.

—Cuéntales a las chicas, perdón, y también a Edward, la gran noticia, rápido. Eso no es ningún chismorreo.

Märta esbozó una sonrisa tímida, algo poco característico en ella.

—Me han ofrecido un puesto en Nordiska Kompaniet. En el departamento de guantes para señoras.

Ottilia la abrazó.

—Bien hecho, cuánto me alegro. —Se paró un momento a pensar—. ¿Cuándo empiezas?

—A principios del mes que viene.

—Así que encontrarle sustituta a Märta será mi dolor de cabeza, no el tuyo —dijo bromeando Beda.

—Ya veréis como después de lo de hoy habrá cola de chicas que quieren dejar el servicio de limpieza —aseguró Karolina.

Beda negó con la cabeza.

—Pero la respuesta seguirá siendo no. Nunca sin el beneplácito de Margareta.

El sonido de unos pasos conocidos y de un crujido de seda empezó a aproximarse.

Karolina miró a toda prisa a su alrededor e hizo señas a Märta y a Torun para que la acompañaran, y entraron las tres en el ascensor de servicio. Las puertas se cerraron justo en el momento en que la señora Skogh asomaba la cabeza por la puerta.

—Señorita Ekman, súbanle un sándwich y un café al inspector Ström. Utilizará mi despacho.

—Sí, señora.

—Doy por sentado que ninguno de los aquí presentes —dijo la señora Skogh, subiendo la voz y empleando un tono seco— ha visto u oído nada raro hoy, ¿verdad?

Todo el mundo negó con la cabeza.

—Habríamos informado de ello de inmediato —respondió Ottilia.

—Muy bien. Estaré en mi despacho con el inspector Ström si alguien tiene necesidad de hablar conmigo. —Se detuvo un momento al llegar a la puerta—. Y díganles a esas tres delincuentes que han huido en el ascensor que vuelvan ahora mismo a los lugares que les corresponden.

Ottilia tragó saliva.

—Sí, señora.

La señora Skogh hizo un breve gesto de asentimiento.

—Estén alerta. Todos.

Edward movió el pulgar en dirección al ascensor cuando las tres chicas, sin poder parar de reír, salieron de su interior.

—¿Cómo lo ha sabido?

Ottilia se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, y de haberlo sabido nosotras tampoco podríamos haber hecho nada. Ya me encargo yo de subir el sándwich.

Cuando volvió, casi no podía ni respirar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Beda.

—Nuestro hombre misterioso, el del brazo roto, ha llegado mientras yo estaba allí.

—¡Lo sabía! —exclamó Beda.

—¿Ha confesado? —preguntó Edward.

—No. —Ottilia hizo un mohín—. Ni lo hará. Le estreché la mano del brazo supuestamente lesionado y se presentó como el jefe de policía de Roma. Y después ha preguntado si podía ayudar en algo. Al parecer, ha estado explorando el hotel antes de la llegada de la reina Margarita, que será la semana que viene.

Beda se sentó en un taburete.

—Y ya veis, yo segurísima de que había birlado el anillo. No doy ni una.

—Y si quieres que te diga la verdad —dijo Ottilia—, tampoco él.

36

Habían pasado dos semanas y entre el personal del Grand Hôtel de Estocolmo reinaba un ambiente enrarecido. Tal y como Beda había predicho, hasta que el anillo robado apareciera de nuevo, todo el mundo estaría bajo sospecha. El personal residente en la casa se había trasladado ya al palacio Bolinder, pero, para muchos, la mudanza no había ido acompañada por la habitual alegría y entusiasmo. ¿Estarían compartiendo habitación con un ladrón?

Ottilia caminó descalza por la alfombra a rayas verdes y beis para colgar en el armario el uniforme de color burdeos del departamento de banquetes y pasarse por la cabeza su camisón de algodón. La señora Skogh tenía razón; la alfombra y la colcha verde a juego habían creado un ambiente totalmente distinto en una habitación grande con escasa luz natural. Le encantaba su nuevo nido, su vista sobre los tejados y la cercanía de las palomas que inflaban las plumas y arrullaban posadas en el cable telefónico que se extendía justo por delante de la ventana. Por mucho que le gustara el ruido incesante y el ajetreo de Estocolmo, Ottilia apreciaba aquellos momentos de paz y tranquilidad en los que vislumbraba solo un trocito de cielo y tenía como única compañía las aves. De entre las muchas cosas de Dalarna que echaba de menos, aparte de su familia, la más destacada eran los pinos y los abedules. Razón por la cual había elegido una decoración en tonalidad verde bosque. El siguiente punto de su lista de deseos de decoración era una plantita que pudiera crecer con poca luz e incluso menos sol. Tal vez le preguntaría al respecto al señor Starck para ver qué le recomendaba. Se metió en la cama. ¿Podía considerarse afortunada? Märta, a pesar de estar feliz como una perdiz ahora que trabajaba en Nordiska Kompaniet, vivía en una habitación minúscula que había alquilado por una cantidad exorbitante a un hombre del que desconfiaba tanto que dormía con una silla apuntalada en el pomo de la puerta cerrada con llave y con un martillo bajo la almohada. En

Estocolmo había una carencia enorme de alojamientos seguros para una mujer soltera. Y solo pensar en que Märta tuviera que verse obligada algún día a utilizar aquel martillo… le helaba la sangre. Porque si una mujer atacaba a un hombre nadie tendría piedad de ella, ya que la autodefensa sería percibida por todo el mundo como un ataque, llegado el caso de que tuviera que ser la palabra del uno contra la de la otra. Violación incluida. Una mujer no podía demostrar los motivos de su protesta. Incluso Margareta decía que se sentía más segura en el palacio Bolinder porque Knut no sabía que estaba allí.

Una llamada en la puerta interrumpió las cavilaciones de Ottilia. ¿A aquellas horas? Confiaba en que Beda no la necesitara, porque ya había estado trabajando catorce horas en el departamento de banquetes.

—Adelante.

Era Torun.

—He imaginado que aún estarías despierta.

—No por mucho rato más, espero. ¿Me necesitan para algo?

—No. Pero tenía que hablar contigo. Échate para allí. —Torun se quitó las zapatillas y se metió en la cama con Ottilia—. Me marcho del Grand Hôtel.

Ottilia se sentó de golpe.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

—Los hoteles nunca fueron lo mío, Otti, lo sabes de sobra.

—Creía que te gustaba trabajar en el departamento de reservas porque era una manera de utilizar tus idiomas.

—Es lo que creía yo también, pero llevo un año trabajando en reservas y tenías razón. La mayoría de las reservas las hacen los huéspedes por carta. Las que son de verdad interesantes y las que vienen de parte de compañías de viajes extranjeras pasan directamente por la señora Skogh. Me paso el día comprobando disponibilidades y contestando correspondencia normal y corriente.

—Lo cual es un trabajo muy importante —dijo Ottilia, contraatacando el argumento y pensando que era gracioso que se hubiera resistido a que Torun entrara a trabajar en el Grand Hôtel y que ahora, dos años más tarde, pensar que su hermana se iba a

marchar la pusiera al borde de las lágrimas.

—No llores, Otti. Voy a hacer lo que Märta hizo y…

—¿Trabajarás en Nordiska Kompaniet?

—No, en la librería Göthes. Hace meses les comuniqué mi interés y me dijeron que me tendrían en cuenta cuando tuvieran una vacante. He estado insistiendo desde entonces. Y ahora resulta que una de las dependientas se casa. Alégrate por mí. Estoy tan emocionada que no podía ni dormir.

—¿Y dónde vivirás?

—Con Märta. Con el doble de dinero para destinar al alquiler, seguro que encontraremos un lugar mejor. Está casi tan emocionada como yo. En Nordiska Kompaniet ha hecho un par de amigas que pagan setenta y dos coronas al mes por dos habitaciones con cocina en Kungsholmen. Y creo que podríamos permitírnoslo.

Ottilia recogió las piernas contra el cuerpo y las abrazó. Torun hizo lo mismo. Era la postura que siempre adoptaban cuando de pequeñas charlaban en la cama.

—¿Cuándo se lo dirás a la señora Skogh?

—Ya lo sabe. Se lo he dicho hoy.

Ottilia se quedó perpleja.

—¿Se lo has contado a Märta y a la señora Skogh antes que a mí?

—¿Cómo querías que te lo contara si siempre estás aquí? Tú misma acabas de decir que hoy, por ejemplo, has trabajado catorce horas. Lo que gana el señor Ottosson al tenerte trabajando con él va en detrimento de nosotras.

Ottilia descansó la barbilla sobre las rodillas.

—No siempre será tan frenético. Simplemente tengo que aprender todo lo que pueda lo más rápido posible. El señor Ottosson me ha dado un evento que tengo que organizar yo sola, para así poder comprobar que entiendo a la perfección cómo funciona todo.

—Dios mío.

—No es tan dramático como parece. Vamos cubriendo juntos todas las etapas del proceso y yo tomo nota de todo el tipo de cosas que pueden pasar. Estoy organizando una fiesta en el Salón de Espejos con motivo del sesenta cumpleaños de Sigvard Bernaborg. Al principio

parecía un poco arisco, pero su esposa le dijo que yo merecía una oportunidad y acabó aflojando.

Torun estaba boquiabierta.

—Estoy impresionada.

—Es un trabajo divertido, Torun. E interesante. No hay petición escandalosa. Los clientes pueden tener todo lo que su corazón desee siempre y cuando estén dispuestos a pagar. El señor Ottosson me está presentando a todos sus contactos y espero poder hacer yo también muchos nuevos. Pero no es momento de hablar ahora de esto. ¿Qué te dijo la señora Skogh?

Torun ladeó la cabeza.

—Pensé que se pondría furiosa, pero no se enfadó ni una pizca. Me deseó lo mejor y dijo que nuestra madre se habría sentido orgullosa. No lo entendí, de modo que le pregunté a la señora Skogh por qué decía eso. Me dijo que tengo fortaleza. Que al final llegaré a donde quiera llegar.

Ottilia presionó las rodillas contra su cuerpo.

—La señora Skogh no se refería con eso a la librería Göthes, ¿verdad?

—No creo. No sé dónde voy, pero en el fondo de mi corazón sé que tengo que empezar allí.

—Has empezado aquí —dijo Ottilia corrigiéndola.

Torun esbozó una sonrisa enigmática.

—No. Esto es tu sueño. El mío son los libros y aprender sobre la vida. En esta ciudad hay mucha injusticia y abusos. Mira la pobre Märta. Paga su alquiler, pero tiene tanto miedo que no puede ni dormir. ¿Y qué me dices de esa prostituta vieja, Kajsa? ¿Cómo es que ha acabado haciendo la calle? Nunca verás a un hombre haciendo eso. Ellos se aprovechan de las mujeres en cuanto anochece y luego, a luz del día, las avergüenzan. Sé que jamás seré capaz de cambiar nada trabajando aquí, pero quizá sí pueda hacer algo más cuando entienda cómo funciona el mundo. Y Märta es de la misma opinión.

Ottilia bajó la cabeza.

—La señora Skogh tiene razón. Mamá se sentiría muy orgullosa. Yo me siento eufórica cuando veo que he conquistado a un hombre

honesto como Sigvard Bernaborg, pero tú…, tú quieres conquistar el mundo.

—Me gustaría ayudar, sí. —Torun se giró y se calzó las zapatillas—. Te dejo que duermas. Por cierto, ¿hay alguna novedad sobre lo del robo?

—Ninguna. El anillo debe de andar ya muy lejos. Me pregunto si el ladrón pensó en algún momento en el estado de ánimo de sus compañeros cuando se lo metió en el bolsillo.

37

Wilhelmina subió la escalera hasta su apartamento en la primera planta del palacio Bolinder. Los párpados le pesaban por el cansancio y pensó en lo mucho que le apetecería darse un baño. Aunque sabía que no tenía ningún derecho a quejarse. La esperaban un apartamento lujoso y un hombre encantador y enamorado.

Pehr estaba en el salón.

—Mi querida esposa, creo que estás totalmente exhausta —dijo, y le estampó un beso en ambas mejillas.

—Ha sido una jornada muy larga —reconoció Wilhelmina.

—Deja que te prepare una copa mientras me lo cuentas todo. Le he pedido a Brita que sirva la cena a las ocho.

Traer a Brita al palacio Bolinder había sido una sugerencia muy sensata de Pehr. Aquel hombre era casi un santo.

—Espléndido.

Wilhelmina se dejó caer en el sofá. La tarde de finales de septiembre era fría y se alegró del calor que brindaba la nueva calefacción central. Aceptó la copa de Madeira y le sonrió agradecida a Pehr cuando tomó asiento en su lugar habitual, al lado de su esposa.

—¿Qué es lo que te ronda la cabeza? —preguntó Pehr—. ¿Algo relacionado con el personal?

—No, precisamente creo que un grupo de mis chicas está en estos momentos celebrando un cumpleaños, pero lo que pasa es que he estado estudiando los números de la temporada de verano y no pintan bien. —Sacudió la cabeza con enojo—. Los beneficios crecen, pero no a la velocidad deseada. Cierto, tenemos más huéspedes ahora que disponemos de más camas, y menos quejas gracias al jardín interior. Tanto el comedor como los bares son muy populares y las reservas del departamento de banquetes están subiendo, pero sigo teniendo la sensación de que nos está llevando demasiado tiempo.

Bebió otro trago de Madeira.

—Cambiar una tendencia siempre lleva su tiempo —dijo Pehr.

—Es lo que ha dicho Carl Liljevalch cuando me he reunido con él esta mañana.

—¿Qué tal está el bueno del presidente?

Wilhelmina consiguió sonreír.

—El bueno del presidente, sí. Muy bien, y te manda recuerdos. Dice que no está excesivamente preocupado porque todo apunta a que vamos en la dirección correcta. Hemos hablado de nuevo sobre mi idea de incorporar un jardín de invierno de verdad al arsenal de instalaciones para actos del hotel.

—¿Y?

—Y nos hemos quedado atascados, como siempre, en el dónde.

—Si tiene que ser, acabarás encontrándole el sitio.

—Tal vez. Es solo que…, no sé. A veces pienso que esta ciudad me deprime.

Pehr puso mala cara.

—¿Estocolmo? Es una ciudad fantástica. La construcción del parlamento está casi terminada y, cuando lo esté, tendremos un edificio maravilloso más en la capital. Nos estamos convirtiendo en una de las ciudades más bellas del mundo.

—Pero ¿lo es?

Notó el escozor de las lágrimas en los ojos y parpadeó para ahuyentarlas.

Pehr la rodeó con el brazo.

—Mi querida Mina, ¿qué te pasa?

—¿Te acuerdas de Kajsa? ¿La… —Wilhelmina buscó un término respetable—, la dama de la noche que se presentaba de vez en cuando por el hotel?

—Vagamente —reconoció Pehr—. ¿Os está causando otra vez problemas?

—Ojalá pudiera causármelos. Hoy la han sacado del agua. Justo delante del hotel.

—Santo cielo.

—Alguien ha entrado corriendo en el vestíbulo y ha solicitado nuestro médico y una ambulancia, pero Karl Malmsten ya no ha

podido hacer nada.

—¿Saben…?

—Han encontrado su abrigo pulcramente doblado en el puente de Norrbro, junto a las botas y el bolso.

Pehr esbozó una mueca de dolor.

—Gösta Möller calcula que ha saltado ahora que el agua está todavía relativamente caliente. Imagino que no se vería capaz de enfrentarse a otro invierno. No puedo imaginarme lo que debe de ser vivir en esas condiciones.

—Ni necesitas imaginártelo.

—La verdad es que esta ciudad tiene dos caras —continuó Wilhelmina—. Tanto esplendor y tanta belleza, y también tantas privaciones y enfermedades. Hoy, cuando estaba mirando por la ventana del despacho, he visto pasar un niño pequeño. De siete u ocho años. Cargaba en la espalda con un saco que casi le doblaba el cuerpo de lo que debía de pesar. Y me he preguntado: ¿qué tipo de adulto es capaz de permitir que un niño tan pequeño y enclenque cargue con un saco como ese? ¿Y por qué no está ese niño en la escuela? Aquel niño tenía derecho a una educación. ¿Dónde estaban sus padres? E iba además muy sucio. ¿Y no es acaso lo mismo en todas partes? Lizzie me comenta con preocupación que muchos pobres duermen cuatro en una misma cama y rodeados de ratas y porquería. «Hay algo que no funciona, Mina, y lo percibes cuando observas a fondo la ciudad». Y tiene razón. Incluso los de Stockhols Mjölkförsäljnings AB anuncian una leche libre de tuberculosis. Y a un precio más elevado, me gustaría añadir. ¿Cómo se atreven? Toda la leche debería ser segura; de lo contrario, no es válida. Por suerte, todos nuestros proveedores son gente respetable y todas las mercancías que utilizamos pasan por una inspección a su llegada.

—Tienes razón —dijo Pehr—. El único minúsculo consuelo que puedo ofrecerte es decirte que Estocolmo está mejorando para todo el mundo. La mayoría de viviendas de nueva construcción disponen de electricidad y agua corriente. Incluso de instalaciones sanitarias. No quiero decir con ello que esté menospreciando las circunstancias de aquellos que todavía viven en la miseria, pero cada año que pasa son

menos. Dicen que los tranvías tirados por caballos quedarán retirados en pocos meses. Solo con eso se reducirá considerablemente la cantidad de porquería de las calles. La ciudad avanza lentamente en buena dirección.

Wilhelmina dio unas palmaditas cariñosas a la mano con manchas de la edad de su marido, a una piel tan fina y suave que conocía tan bien como la suya.

—Como siempre, eres mi voz de la razón y la sabiduría. Pero lo único que me gustaría es que la ciudad se diera un poco más de prisa.

38

Ottilia, Beda y Karolina acompañaron a Margareta hasta el Blanch's Café. En el exterior, el remolino de hojas otoñales había dejado Kungsträdgården convertido en un caos dorado, pero en el interior del local, los deliciosos aromas y la cordialidad generalizada se mezclaban con las volutas del humo de los puros y los cigarrillos y los remansos de cálida luz eléctrica.

Karolina examinó la sala con la mirada y señaló una mesa al lado de la ventana, donde ya estaban sentadas Torun y Märta.

—Por aquí.

Siguieron a Karolina.

—Buenas tardes, chicas. Feliz cumpleaños, Märta.

Märta y Torun se levantaron para saludarlas. Karolina buscó en el interior de su bolso y extrajo una cajita envuelta para regalo.

—Es un regalo conjunto de todas las que estamos hoy aquí. Felices veintiuno.

Märta tiró de la cinta. El papel se desprendió y levantó la tapa de la cajita. El grito de sorpresa estuvo a la altura de su expresión de satisfacción cuando acarició la preciosa pulserita de plata con un pequeño colgante.

—Un recuerdo de tu época en el Grand Hôtel —le explicó Ottilia.

—Estuvimos mirando distintos colgantes y no sabíamos cuál elegir —dijo Karolina—. Y entonces vimos esta pequeña tetera tan mona y decidimos que le iba como anillo al dedo, ya que fue precisamente en el servicio de habitaciones donde nos hicimos tan buenas amigas.

Märta se puso la cadenita en la muñeca y extendió el brazo.

—Abrochádmela, por favor. —La plata resplandecía bajo la luz, con un brillo equiparable a las lágrimas que inundaban los ojos de Märta —. Pero ¿habéis visto? Jamás en la vida había tenido algo tan precioso. Muchísimas gracias a todas. La conservaré toda la vida. —Tragó saliva y sonrió—. Señora Andersson, es increíble que haya

venido también. Es un honor.

—Estas tres señoritas me han garantizado que podíamos venir hasta aquí y volver en grupo. —Margareta sonrió, algo cohibida—. Han pasado dos años y creo que ya iba siendo hora. Os veo a todas felices, valientes, alcanzando la madurez, y me doy cuenta de que la vida me está pasando de largo. Habéis sido todas muy buenas conmigo y os agradezco cuanto habéis hecho por mí. He decidido que tengo que seguir adelante y hacer mi vida. Y, por favor, que ninguna me llame más señora Andersson. Os agradecería que me llamarais siempre Margareta.

Siguió un pequeño silencio mientras todas reflexionaban sobre las palabras de Margareta. Felices, valientes, maduras. Märta fue la que tomó la palabra.

—Margareta, siempre. —Miró sonriente a sus compañeras—. No puedo creer que estemos todas aquí juntas, fuera del Grand Hôtel.

—Es el lado positivo de trabajar en distintos lugares y departamentos —dijo Ottilia—. Os echo a todas de menos a diario, pero un regalo como el que estamos viviendo esta noche sería imposible si cuatro de nosotras estuviéramos trabajando aún en el servicio de habitaciones.

—Tú y tus lados positivos —dijo Beda—. Pues yo digo que esto no habría sucedido nunca si los hombres no nos hubieran hecho a todas un favor saliendo por piernas.

Las otras rieron.

Beda se fijó en la mirada de Margareta.

—Perdón.

—No, tienes toda la razón. El Grand Hôtel es ahora un lugar mucho más feliz. Un poco de equilibrio nunca hace daño a nadie.

—¿Qué tal fue esa cena del sesenta cumpleaños? —le preguntó Torun a Ottilia.

—¿El de Sigvard Bernaborg? Como un reloj. No me lo creía ni yo. Ahora entiendo mucho mejor a qué se refería la señora Skogh cuando me dijo que cuanta más planificación hubiera, más se garantizaba el éxito. El señor Ottosson me ayudó a pensar en todos los detalles. Es un maestro maravilloso.

—Hoy lo he visto hablando en las cocinas con el chef Samuelsson —dijo Karolina—. Al pobre hombre le temblaban las manos más que nunca.

—Es todo muy triste —dijo Margareta—. Dice Gösta Möller que cree que el señor Ottosson nos dejará en diciembre, después del banquete de los Premios Nobel.

—¿En diciembre?

Ottilia la miró horrorizada. ¿En menos de tres meses? El cariño y el respeto hacia su colega crecían a cada día que pasaba, y le quedaba todavía mucho que aprender. Al menos, ahora su enfermedad había dejado de ser un secreto para todo el mundo y la gente, comprensiva, podía echarle una mano. Incluso la señora Skogh se había abstenido de descontarle nada del sueldo cuando se le habían caído al suelo dos de los famosos platos de porcelana china del Grand Hôtel, con su anagrama en color en el centro.

—Sí —continuó Margareta—. Por lo visto, le explicó a Gösta que se marchará en cuanto llegue el momento, y todos sabemos que el banquete de los Premios Nobel es la gran noche del Grand Hôtel.

Ottilia se movió con nerviosismo.

—Sospecho que el señor Ottosson se refiere a que no puede irse hasta que esté seguro de que yo puedo apañármelas sola. Ama el Grand Hôtel. Ha sido su hogar durante más de veinte años. Lo contrató Régis Cadier.

—¿Y adónde irá el señor Ottosson? —preguntó Karolina.

—Tiene una hermana en Gävle. Se ve que su marido murió hace poco e irá a vivir con ella.

—Imagino que será feliz allí.

—Imagino —le dijo Beda a Karolina—. Nunca he conocido a nadie con un corazón tan grande.

—¿No crees que será feliz allí?

—Por supuesto. Las pocas veces que nuestros caminos se han cruzado, ha sido de lo más amable.

—¿Y qué está pasando últimamente en el hotel? —preguntó Märta, y le regaló una sonrisa al camarero cuando depositó un plato de ternera *à la* Lindström delante de ella.

—El señor Starck está transformando el jardín interior en un escenario de invierno —respondió Margareta—. Los huéspedes estarán encantados. Y ha compartido conmigo unos dibujos maravillosos e innovadores de arreglos florales navideños.

Beda, Karolina y Ottilia intercambiaron miradas divertidas.

Margareta se ruborizó.

—Se acabó de hablar del señor Starck. —Bebió un poco de vino de la casa.

—¿Del señor Starck? Creía que estábamos hablando de flores navideñas —dijo en tono de broma Beda.

Las chicas contuvieron las carcajadas.

Karolina se apiadó de la alicaída gobernanta.

—No te preocupes, Margareta. Beda solo bromea con sus amigas.

—¿Sabe el señor Starck que… él te gusta? —preguntó Torun.

—Seguro que sí —respondió dubitativa Margareta—. Espero, y creo, que la situación es mutua. Pero nunca hemos pasado de…

Las cinco chicas se inclinaron sobre la mesa, ansiosas por escuchar bien hasta la última sílaba.

—… de tomar una taza de café juntos —terminó Margareta.

Y las cinco se echaron hacia atrás decepcionadas.

En voz baja preguntó Karolina:

—¿Por qué?

—Sigo casada con el señor Andersson.

—Seguro que el señor Starck lo sabe —dijo Ottilia.

—Sí.

—Y entonces ¿qué tienes que perder?

Märta levantó un dedo.

—Un punto excelente. Y yo que estaba pensando que Margareta y Gösta Möller acabarían saliendo.

Ahora fue Margareta la que se echó hacia atrás.

—¿Habéis estado hablando de mí, chicas?

Märta negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Pero el señor Möller estaba muy preocupado por ti cuando…, hace un par de años. Y fue él quien le dijo a la señora Skogh que alguien tenía que ir a tu casa para ver si estabas bien.

Margareta se llevó las manos a la garganta.

—Eso no lo sabía. Pensaba que lo había enviado la señora Skogh.

—Lo envío ella, sí —dijo Ottilia—, pero solo porque él le pidió que lo enviase.

—Edward tiene al señor Möller en muy alta estima —comentó Karolina.

Beda resopló.

—Tú y tu Edward.

—No es mi Edward. Bueno, cuenta, ¿y tú y monsieur Blanc?

—Ah, monsieur Blanc. —Con un gesto dramático, Beda se llevó la mano al pecho—. *Mon sherry!* ¿Y tú aún quieres conocer a un hombre como el señor Skogh, Ottilia?

—Por supuesto. El matrimonio Skogh me parece ideal. Cada uno tiene su carrera profesional y, a la vez, alguien a quien abrazar por las noches. ¿Y tú, Märta?

—Le he echado el ojo a un tipo guapísimo que trabaja en el departamento de equipajes. Lo que no sepa él sobre cuero, no lo sabe nadie.

Las chicas se miraron de nuevo y rompieron a reír.

—Bueno es saber que no es tan solo una cara bonita —dijo Beda, fingiendo sentirse aliviada.

—Señoras —dijo Torun entre dientes—. ¿Podríamos, por favor, disfrutar de este rato juntas sin necesidad de hablar de hombres? ¿Acaso no tienen ya suficiente voz en nuestras vidas como para encima dejarlos dominar nuestras conversaciones privadas?

—Esta culta dama sentada a mi izquierda tiene toda la razón —dijo Märta—. Es mi cumpleaños y la celebración exige helado de melocotón. —Levantó la mano para llamar al camarero—. Pidámosle a este buen hombre que nos traiga eso a todas.

39

El 24 de octubre, mientras una tormenta otoñal rugía por encima de los tejados y el Grand Hôtel ofrecía refugio a los huéspedes con paraguas que cruzaban la entrada y subían al vestíbulo, Wilhelmina atravesó la planta baja dirigiendo breves gestos de asentimiento y sonrisas a caras conocidas y desconocidas. No tenía ni la menor idea de por qué demonios le habría pedido Brita que volviera de inmediato al apartamento. Los lunes siempre eran días muy ocupados y se encontraba en medio de una conversación telefónica con Thomas Cook, Londres, cuando Svensson le había dejado el mensaje en la mesa. En la boca de su estómago se había instalado una sensación insistente de miedo. Brita llevaba con ellos desde su boda, en 1888, y hasta el momento, siempre se había dejado llevar por su buen juicio.

Wilhelmina llegó corriendo al vestíbulo de su apartamento en el palacio Bolinder.

—¿Qué pasa?

Brita, blanca como el papel, le pasó un vasito de whisky y empezó a hablar aceleradamente.

—El señor Skogh ha vuelto de su despacho. Sudando, estaba. Ha dicho que no se sentía bien y que iba a tumbarse un rato. Entonces he oído como un golpe sordo y me lo he encontrado en el suelo, junto a la cama y…

Con el pulso acelerado por el miedo y el agotamiento de haber subido corriendo los dos tramos de escaleras, Wilhelmina le pasó el vaso vacío a Brita.

—¿Ha llamado al doctor Malmsten?

—He llamado al médico al ver que usted comunicaba. Y luego he llamado al señor Svensson.

Wilhelmina corrió hacia el dormitorio. Inspiró hondo, llamó a la puerta y entró. Y entonces contuvo un grito. Tumbado entre cojines, con los ojos cerrados, la tez de Pehr tenía un tono grisáceo, casi azul,

y su cara se veía más anciana y arrugada que a la hora del desayuno. Su pecho subía y bajaba con más lentitud que las manecillas del reloj.

Wilhelmina le cogió la mano, pegajosa por el sudor, y el asiento que el doctor Malmsten le había acercado.

—Pelle, amor mío.

Pehr no respondió.

Sin apenas respirar, Wilhelmina miró al doctor Malmsten en busca de explicaciones.

Le respondió en voz baja.

—Es el corazón. Le he dado un medicamento para el dolor. —Movió la cabeza en un gesto de preocupación—. No podemos hacer más que rezar por su alma. Lo siento mucho. ¿Quiere, tal vez, que llame a un sacerdote?

—¿Un sacerdote? —Wilhelmina se levantó de un brinco—. Lo que podemos llamar es a una ambulancia. ¿Por qué no ha llamado pidiendo una ambulancia?

El doctor Malmsten la alejó un poco de la cama.

—Su corazón está muy dañado y usted debe ser fuerte. Podemos llamar a una ambulancia si considera que Pehr preferiría dar su último suspiro en el hospital.

La habitación empezó a balancearse y Wilhelmina gritó. Volvió rápidamente al lado de la cama, se puso de rodillas y cogió la mano de su esposo. Si rezar era la única opción, rezaría.

—Padre nuestro… —Se interrumpió—. ¿Es consciente Pelle de que estoy aquí?

El doctor Malmsten hizo un gesto de negación.

—Diría que no.

Las lágrimas calientes de Wilhelmina resbalaron sobre la piel fría de Pehr. ¿Cómo era posible? Por la mañana habían estado hablando de los planes de Pehr de ir a la caza del ganso con sus amigos. De celebrar una cena por San Martín.

La respiración de Pehr se detuvo.

Wilhelmina se quedó paralizada.

Pehr inspiró de nuevo, más profundamente.

Wilhelmina soltó el aire. Pehr lo estaba conteniendo. Gracias a Dios.

Cogió la mano de su marido entre las suyas, la besó y esperó el siguiente movimiento de respiración.

Nunca llegó a producirse.

40

Mientras Wilhelmina lloraba como nunca lo había hecho, la noticia del fallecimiento de Pehr Skogh corrió entre el personal con la velocidad y la devastación de un tsunami. En la cantina, todo el mundo hablaba en voz baja y miraba sin apetito los platos sin tocar.

Ottilia, devastada por el dolor, se sentó a una mesa con Karolina.

—No puedo creerlo.

—Nadie puede. Un caballero tan bondadoso. —Karolina dejó de lado su plato de tortitas de patata—. ¿Se sabe qué ha pasado?

—El señor Ottosson dice que le parece que al señor Skogh le ha fallado el corazón. Me gustaría hacer alguna cosa por la señora Skogh, pero no sé qué. Siempre fue muy buena con mi familia, tanto cuando falleció mi hermano como luego cuando murió mi madre. Pero la verdad es que no sé qué podemos hacer excepto garantizar que el Grand Hôtel siga funcionando sin problemas durante su ausencia. Aunque no creo que esté mucho tiempo sin trabajar. La cura de la señora Skogh para todo siempre ha sido el trabajo, pero ¿será el Grand Hôtel suficiente para ayudarla a superarlo?

Karolina se encogió de hombros en un gesto de desesperación.

—No tengo ni idea. Dice Margareta que la señorita Silfverstjerna está ahora con la señora Skogh. Y ha dicho también que la señora Skogh tiene un círculo de amistades muy amplio. Me alegro mucho por ello.

Ottilia sonrió con valentía a Karolina.

—Yo también.

Cayó la noche y las lágrimas de Wilhelmina seguían siendo equiparables a la lluvia que se deslizaba por los cristales de las ventanas de su sala de estar. El cuerpo de Pehr ya no estaba en el edificio, y se había llevado con él su corazón.

—Nunca lo olvidaré —le dijo a Elisabet—. No lo permitiré.

—Nunca lo olvidaremos —repuso Elisabet consolándola—. Y mucha gente querrá presentarle sus respetos en el funeral.

—Celebraremos… —Wilhelmina tragó saliva y volvió a empezar—. Celebraré una buena cena en su honor aquí, en el Grand Hôtel. ¿Sabías que nuestro banquete de bodas lo hicimos aquí? —Su rostro se desdibujó de nuevo con aquel recuerdo. Solo dieciséis años antes de que la muerte los separara para siempre. Rota de dolor, Wilhelmina sollozó—. Mi querido Pelle. —Tenía un peso tan grande en el pecho que le costaba respirar y se sentía incluso un poco mareada—. Debemos enterrarlo en un lugar soleado y con un monumento funerario acorde con su grandeza.

—Un tributo magnífico, sí.

—Simplemente lo que se merece. —Wilhelmina se dejó caer en un sillón, agotada. Levantó la cabeza y sus ojos enrojecidos se cruzaron con la mirada compasiva de Elisabet—. ¿Cómo voy a arreglármelas sin él?

Una pregunta que había dejado de ser retórica.

41

Wilhelmina se permitió un día de luto. Un día durante el cual las lágrimas no cesaron. Durante el cual los recuerdos le dolieron y la hicieron sonreír. Y luego, después de un esfuerzo hercúleo para abandonar el santuario en que se había convertido el salón de su apartamento, el miércoles por la tarde llamó a Ottilia a su despacho.

La muchacha se presentó con un pequeño, aunque exquisito, ramo de lirios blancos.

—Son de parte de nosotras seis. Lo sentimos muchísimo. Todas teníamos al señor Skogh en gran estima.

Wilhelmina parpadeó con fuerza.

—Son ustedes muy amables. —Logró esbozar una débil sonrisa—. Comuníqueles a todas las señoritas mi más sincero agradecimiento. —Cogió la taza de café para conseguir un momento de normalidad durante el cual intentar serenarse. No podía permitirse llorar delante de una empleada, por mucho que fuera Ottilia Ekman. Por suerte había pasado el día anterior en la intimidad. Porque veinticuatro horas antes habría sido incapaz de ejercitar aquel control de sí misma. Al menos, los medicamentos que el doctor le había suministrado para dormir un poco mejor por la noche le habían aliviado el dolor de cabeza. Y ahora tenía que ponerse a trabajar—. Me gustaría discutir con usted los detalles del funeral de mi querido Pehr. El señor Ottosson tiene el plato más que lleno esta semana, de modo que yo tomaré las decisiones y usted se encargará de la ejecución.

—Encantada de ayudarla en todo lo que pueda.

—El funeral, como quizá haya visto anunciado en los periódicos de hoy, se celebrará en la iglesia de Östermalms el domingo a las tres de la tarde. Después acompañaremos a mi querido marido a su lugar de eterno descanso en el cementerio del norte y luego volveremos aquí para celebrar una cena en el Salón de Espejos. Supongo que será hacia las cinco y media.

Ottilia hizo un gesto de asentimiento mientras iba tomando nota.

—¿Cuántas personas espera para la cena?

—Calculo que alrededor de un centenar. Mi esposo tenía amigos y conocidos de negocios en toda la ciudad, así como en lugares tan alejados de aquí como Östersund y Gotland. Sé que muchos harán lo posible por asistir. —Le animó recordar lo popular que había sido Pehr. Se secó los ojos con un pañuelo y continuó—: Soy consciente de que organizar una cena de esta índole con tan poco tiempo de antelación es menos que ideal…

Ottilia levantó la vista.

—No es nada que no pueda organizarse.

El brillo en los ojos de la chica le dio a entender a Wilhelmina todo lo que necesitaba saber. El funeral de Pelle estaba en buenas manos.

—Naturalmente me encargaré yo misma de comentar el menú con el chef Samuelsson —prosiguió Wilhelmina—. Aunque no escatimaré en gastos, necesito ser práctica, puesto que no tendremos el número definitivo de asistentes hasta probablemente el viernes y hay que comprar aún todo el producto fresco. Los vinos serán de la bodega de mi marido. Poco ortodoxo, lo reconozco, pero era comerciante de vinos, al fin y al cabo. Sé que le habría gustado invitar a sus amigos a una última copa.

—Estoy segura de que sí. ¿Está al corriente de la cena el chef Samuelsson?

—Lo está, y el Salón de Espejos ya ha quedado reservado a mi nombre.

Al diablo con los gastos. Pehr Skogh había fallecido siendo un hombre querido por todos. Que nadie lo dudara. Su funeral sería una declaración de todo lo que había conseguido. Una despedida acorde con él. La determinación se apoderó de Wilhelmina.

Entonces, la directora miró a Ottilia a los ojos.

—Y cuando hayamos enterrado a mi querido Pehr, haremos lo que él siempre habría querido que hiciera: seguir transformando este hotel extraordinario en algo realmente espectacular.

42

No todo el mundo compartía la determinación de Wilhelmina de trabajar con energías renovadas cuando los cincuenta carruajes fúnebres abandonaron la entrada del Salón de Espejos el domingo por la noche. Tras el repentino fallecimiento de Pehr Skogh, el señor Ottosson anunció que a mediados de noviembre dejaría el hotel.

—Estoy viviendo de prestado —le explicó a una conmocionada Ottilia—. Me gustaría poder disfrutar del tiempo que me queda en compañía de mi hermana. Ya sabe usted lo bastante como para planificar y preparar los eventos más memorables, y la señora Skogh me ha dicho que podrá dirigirse a ella siempre que le surja una pregunta. Pero no dude ni un solo segundo de usted, Ottilia. Es más que capaz de conseguirlo. Lo ha demostrado con creces cuando ha organizado sin ayuda de nadie la cena del funeral del señor Skogh. Un éxito rotundo aun en circunstancias muy tristes y, me atrevería a decir, un momento del que me he sentido muy orgulloso. Le deseo buena suerte, querida mía. —Con mano temblorosa, el señor Ottosson le hizo entrega a Ottilia de la llave de su despacho—. Ha sido usted la alumna más atenta e inteligente a la que he tenido el placer de enseñar.

Sola en su nuevo despacho el primer lunes en su nuevo puesto como directora de banquetes, Ottilia acarició el collar de perlas de su madre mientras estudiaba las abundantes notas para el siguiente banquete: una cena en el Salón de Espejos para la SHT Society, que debía celebrarse el próximo sábado, día 26. Repasó una vez más el menú para los trescientos cincuenta y un invitados.

HORS D'OEUVRE
HOMARD EN BELLEVUE GARNI AUX HUITRES
DINDONNEAU ROTI SALADE MELÉE
TOPINAMBOURS À LA VICTORIA

GLACE AUX PLEURS À LA JAPONAISE
PATISSERIE

El chef Samuelsson había recibido y aprobado el menú hacía tres semanas. Y al no haber notificado el cliente ninguna rectificación, ya se habían puesto en marcha todos los pedidos para adquirir los suministros. Espléndido. Repasó entonces el listado de bebidas.

OPPENHEIMER
(SCHLOSS RHEINBERG)
H. MUMM. CRAMANT
DUMINY SEC
APOLLINARIS
PORTO SANDEMAN

Las recomendaciones de monsieur Blanc eran firmes y, sí, aquí estaba la nota en la que confirmaba que las botellas estaban ya preparadas y esperando en la bodega. El señor Starck había recibido una lista detallada de los arreglos florales necesarios, el personal de banquetes habitual ya estaba convocado y también los músicos. El menú en francés (verificado por monsieur Blanc) había sido enviado a imprenta, el plano de distribución de los comensales en las mesas estaría listo el miércoles y las tarjetas con los nombres podrían prepararse entonces. Ottilia echó los hombros hacia atrás y un escalofrío de emoción la hizo sonreír. El de directora de banquetes estaba demostrando ser su puesto favorito hasta la fecha. Sus numerosas facetas hacían que ningún día se pareciera al siguiente. Aquella cena había sido planificada hasta el último detalle. El éxito estaba asegurado.

El lunes siguiente, Ottilia escondió la cabeza entre las manos… y lloró.

43

El 6 de diciembre, un día en el que tan buenas noticias deberían haber logrado que su paso fuera más vigoroso, Wilhelmina entró en la sala de juntas agotada y con el corazón encogido. En el exterior, el cielo de primera hora de la tarde extendía sobre los tejados un manto azul intenso salpicado de estrellas. Puertas adentro, una sombra oscura envolvía el Grand Hôtel. Porque mientras que un viajero cualquiera percibiría el establecimiento como un lugar rebosante de joviales preparativos, la alegría era tan artificial como los regalos rojos con lazos verdes repartidos a los pies del árbol de Navidad de seis metros de altura que adornaba el vestíbulo.

El presidente Carl Liljevalch y el banquero Ivar Palm se levantaron para saludar a la directora general. Wilhelmina tomó asiento enfrente de Palm sin más preámbulos. Liljevalch dirigió a Wilhelmina una media sonrisa para animarla.

—Tal vez podríamos empezar con una puesta al día sobre la crisis.

—Por supuesto. —Wilhelmina consultó sus notas por mera formalidad, puesto que cuando cerraba los ojos descubría que los datos y las cifras estaban impresos en el interior de sus párpados, junto con imágenes de Pelle, y comenzó—. El sábado 26 de noviembre se celebró en el Salón de Espejos un banquete al que asistieron trescientos cincuenta y un miembros de la SHT Society. El lunes 28 de noviembre, un gran número de dichos comensales informó padecer escalofríos, fiebre, dolor de estómago y diarrea. La cifra ha aumentado hasta ciento setenta y cinco afectados, incluyendo… —Wilhelmina hizo una pausa para estabilizar la voz— dos fallecidos. He recibido una llamada telefónica al respecto hace menos de una hora.

Palm contuvo la respiración.

—¿Hemos identificado el origen de esta tragedia?

—Nada que vincule este brote con el Grand Hôtel —declaró Wilhelmina—. Según un informe presentado por el director médico de

la ciudad de Estocolmo y elaborado por un tal doctor Levin, que asistió al banquete y también se encontró mal, los síntomas sugieren fiebres tifoideas, que todos sabemos que están descontroladas en la ciudad. El doctor Levin no cree que contrajera la enfermedad aquí, al menos no por la comida o la bebida que se sirvió en el banquete. Según su conocedora opinión, el agua o el hielo podrían haber estado infectados, pero lo más probable es que alguno de los asistentes estuviera contagiado antes de entrar en nuestro establecimiento. Otro médico, que también asistió a la celebración, ha señalado que las fiebres tifoideas tienen un periodo de incubación de entre siete y veintiún días, lo que sustenta también la teoría del doctor Levin de que nuestro hotel está libre de culpa. Sin embargo, otros médicos, ninguno de los cuales estuvo presente en el banquete, afirman que el número de comensales que estuvieron en el Grand Hôtel y que cayeron enfermos al mismo tiempo desafía la posibilidad de que se trate de una casualidad. —Wilhelmina dejó sobre la mesa la estilográfica y sus papeles y se frotó la sien.

—¿Y a partir de aquí qué hacemos? —preguntó Palm.

—Estamos a la espera de un informe oficial por parte del director médico de la ciudad —respondió Wilhelmina—. Confío en que nos deje libres de toda sospecha. Nuestras rutinas son estrictas, lo hemos verificado todo una y otra vez, y no puedo más que confirmar que el chef Samuelsson dirige una cocina ejemplar. Pero, hasta que dicho informe salga a la luz, estamos bajo la sombra de una nube y a la espera. Lo cual resulta tanto frustrante como peligroso para la reputación del hotel.

Liljevalch se acarició su larga barba blanca.

—Y queda totalmente fuera de nuestras manos.

—Por desgracia, sí. Pero las especulaciones no paran. La prensa se está poniendo las botas con sus teorías sobre la intoxicación. Por qué los periodistas se muestran incapaces de esperar a los hechos es algo que nunca alcanzaré a comprender. ¿No defienden siempre su lealtad a la verdad? Y eso sin mencionar el daño que le están haciendo a la ciudad. Todos esos artículos tan maliciosos solo acabarán sirviendo para que los visitantes extranjeros elijan otro destino y resten negocio

a Estocolmo.

Palm puso cara de resignación, coincidiendo con ella.

—Porque lo que esa gente quiere es vender periódicos hoy y les importa un comino que la semana que viene no se vendan ni alojamientos ni desayunos.

—Confiemos en comenzar el nuevo año con mejores noticias —dijo Liljevalch—. Y bien, Wilhelmina, ayer me comentaste que habías recibido una carta muy interesante. Tal vez tendrías la amabilidad de contarle a Ivar lo que me contaste a mí.

—Encantada. —Esa parte era cierta. Y lo mucho que se habría alegrado de recibir aquella carta si Pelle siguiera con vida. Le dolía el corazón, un dolor capaz de dejarla a media noche casi sin aire que respirar. Pero ahora se concentró en el asunto que tenía entre manos —. He recibido una nota de la oficina del mariscal de la corte preguntando si el Grand Hôtel estaría interesado en alquilar un edificio que la Fundación Sofía Albertina piensa construir en el solar de los antiguos establos.

—Santo cielo. —Palm dejó las gafas sobre la mesa—. Supongo que estamos hablando de las antiguas Caballerizas Reales, en Stallgatan.

—Así es —confirmó Wilhelmina.

—¿No había algún tipo de disputa legal sobre quién era el propietario de ese espacio?

—Correcto —dijo Liljevalch—. Y anoche hice algunas averiguaciones al respecto. El terreno era originalmente propiedad de la princesa Sofía Albertina, hermana de Gustavo III. Cuando esta falleció, en 1829, especificó en su testamento que su palacio en Gustav Adolfs Torg debía pasar al Estado y ser utilizado para albergar al príncipe heredero. Estipuló que todo lo demás fuera heredado por un tipo llamado Stenbock, que en aquel momento era caballerizo mayor. Por supuesto, el hombre reclamó la propiedad de las Caballerizas Reales como parte de ese inconcreto «todo lo demás». La oficina del tesorero de la corte, claro está, protestó y se inició entonces una larga batalla. La situación se resolvió hace poco tiempo, cuando la oficina del tesorero abonó cien mil coronas a los descendientes de Stenbock. Lo que significa que la corte real ahora es libre de hacer lo que le

plazca con las caballerizas y, por lo que parece, lo que le place es demolerlas.

Palm hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y qué están pensando construir en ese terreno?

—Creo —dijo Liljevalch— que podríamos tener bastante influencia sobre los detalles del plan si decidimos explorar esta propuesta.

—¿Sí? Debemos hacerlo, por supuesto —dijo Wilhelmina—. El primer jardín de invierno de Estocolmo. —Se apoderó de ella una oleada de su antigua determinación. Tenían por delante la oportunidad de construir el jardín de invierno de sus sueños. Ese «dónde» que no encontraba. Un lugar completamente novedoso para Estocolmo. Otra cuerda para el magnífico violín del Grand Hôtel. Empezó a visualizarlo: muros similares a los de una fortificación con arcos y ventanas alrededor del perímetro, al estilo de Le Grand Hôtel de París. Una fuente central rodeada de árboles, plantas y mesas bajo un atrio de cristal. Plantó las manos sobre la mesa—. Debemos hacerlo, simplemente eso.

—Y también debemos considerar los costes —replicó Palm—. En estos momentos, el hotel se encuentra sometido a un escrutinio atroz y nuestros ingresos caerán de forma inevitable si los huéspedes se muestran reacios a comer en el establecimiento.

Wilhelmina resopló con frustración. Pidió al cielo que no le pusiera en su camino más hombres carentes de visión a largo plazo. Con un mohín se dispuso a lanzar su lista de contraargumentos.

Pero Liljevalch levantó la mano para silenciarla.

—Efectivamente, pero creo que sería una tontería permitir que esta oportunidad nos pase de largo. La señora Skogh ha declarado repetidas veces que un incremento realmente significativo de la rentabilidad solo podrá conseguirse cuando el Grand Hôtel haya adquirido más espacio. Hemos podido expandirnos hacia arriba, pero nunca hacia los lados. Al menos desde que Régis Cadier adquirió el palacio Bolinder hace quince años. Desde entonces, siempre hemos estado limitados por el edificio del Ministerio de Noruega, en Södra Blasieholmshamnen y las Caballerizas Reales detrás.

Wilhelmina no pudo contener su impaciencia por más tiempo.

—Y aun en el caso de que el edificio del Ministerio de Noruega quedara disponible —hizo una breve pausa, puesto que eso implicaba pensar en lo impensable, la disolución de la unión entre Suecia y Noruega—, exigiría una renovación extensa y muy cara. Nuestras alternativas y los resultados que se obtuvieran seguirían siendo limitados. Pero tenemos ante nosotros la oportunidad de diseñar un edificio a medida para nuestros objetivos. Puesto en la balanza es lo que tiene más sentido.

—Tal vez tenga razón —cedió Palm—, pero eso exigiría otro préstamo bancario. Y por mucho que la oficina del mariscal de la corte asumiera el coste de la construcción, no creo que estuvieran dispuestos a adaptar el interior y amueblarlo según nuestros exquisitos estándares.

—Creo que el banco se mostrará complaciente —dijo Wilhelmina—. Sabrán valorar los beneficios que una iniciativa así aportaría tanto al Grand Hôtel como a la ciudad.

—¿Y el coste del préstamo?

—Imposible saberlo hasta que no empecemos a trazar un plan de diseño y a negociar —dijo Liljevalch.

—Sea cual sea el coste —gruñó Palm—, el alquiler es un gasto recurrente que debe ser facturado por el arrendador.

Wilhelmina resopló con frustración.

—No alcanzo a comprender por qué la oficina del mariscal de la corte no podría mostrarse razonable, teniendo en cuenta que son ellos los que nos han abordado y que el Grand Hôtel es el arrendatario obvio. He tratado con la oficina del mariscal de la corte en muchas ocasiones cuando he necesitado conexiones telefónicas entre Storvik, Rättvik y Bollnäs. Y siempre se han mostrado complacientes. Además, en esta fase, ¿qué tenemos que perder? Si no nos importa lo que puedan decirnos, declinamos la oferta y ya está.

Antes muerta que declinar la oferta, pensó Wilhelmina. Negociaría todo el tiempo necesario y con toda la fuerza que le fuera posible. Tanto con la oficina del mariscal de la corte como con la junta directiva, llegado el caso.

Palm se quedó pensando.

—De acuerdo.

Wilhelmina obsequió a Liljevalch y Palm con su primera sonrisa sincera desde la mañana del fallecimiento de Pelle.

—Por lo tanto, si estamos todos de acuerdo, ¿comienzo las negociaciones con la oficina del mariscal de la corte?

—Sí, por favor —dijo Liljevalch—. Y recemos para que el director médico de la ciudad publique pronto su informe y este infortunado revuelo termine de una vez por todas para poder concentrarnos en un año nuevo cargado de trabajo.

44

Enero de 1905

El director médico publicó su informe, pero el revuelo no terminó.

Ottilia se acarició la barbilla mientras leía y releía por enésima vez todas aquellas palabras. Pero daba igual. Por mucho que lo intentara, encontrarle el lado positivo le resultaba imposible.

Unos golpecitos en la puerta de su despacho y Karolina entró con un café.

—He pensado que andarías necesitada de algo que te levantara un poco los ánimos.

Ottilia aceptó agradecida la bandeja.

—No te equivocas. ¿Qué tal va todo por el servicio de habitaciones?

—En horas bajas. El ambiente es peor incluso en las cocinas. El chef Samuelsson está enojado y molesto. Podría decirse que siempre ha ladrado, pero ahora muerde de verdad. Nadie dice ni una palabra a menos que sea estrictamente necesario.

—Lo cual es comprensible —dijo Ottilia.

Karolina bajó la voz hasta dejarla en un susurro.

—¿Fue culpa suya? Solo hemos oído rumores indirectos. ¿Qué decía el informe?

—Los informes —le corrigió Ottilia—. El Comité de Salud Pública publicó ayer su propio informe.

Karolina puso mala cara.

—¿Y?

Ottilia se quedó pensando. ¿Estaba autorizada a divulgar el contenido a Karolina? De todos modos, un informe público era un informe público, y explicarlo en voz alta tal vez le serviría para aclarar la situación en su cabeza. Hubo un momento en el que había temido que la llamara la señora Skogh, pero no. Solo recibió una nota con instrucciones de seguir adelante con toda normalidad y mantener

la cabeza bien alta.

Karolina interrumpió sus pensamientos.

—Puedes confiar en mí, aunque también entiendo que no puedas contármelo.

Ottilia suspiró.

—Necesito hablar. Siéntate, a menos que estés en medio del turno.

—Acabó de terminar.

—Pues bien —dijo Ottilia, bebiendo un poco de café—, el director médico de la ciudad envió su informe el 27 de diciembre.

—¿Y?

—Descartó que hubiera sido el agua porque la nueva planta depuradora de la ciudad, que todo el mundo sabe que ha sido un problema, no abrió hasta casi dos semanas después de que se celebrara el banquete. Además, ningún miembro del personal ha caído enfermo, lo que implica que en alguno de los platos servidos se produjo algún fallo.

Karolina se quedó pasmada.

—¿De verdad dice eso? No me extraña que el chef Samuelsson esté tan nervioso. Pero ¿qué plato?

Ottilia levantó un dedo.

—Esa es la gran pregunta. Hay quien cree que ese menú fue el más peligroso que se había servido en toda la historia del hotel —dijo, y tragó saliva. ¿Debería haber reconocido ella esos peligros cuando se compuso el menú?

Karolina frunció el ceño.

—Peligroso, ¿en qué sentido?

—Las ostras son un riesgo por todos conocido. Pueden contener bacterias. Pero lo que sucede es que las ostras se compraron en Holanda y venían con certificados que garantizaban su seguridad. Las langostas también son complicadas. Pero todas las langostas llegaron vivas y, por lo tanto, el fallo no estuvo allí. Ni en los pavos. Se compraron en una granja de Småland que suministró también a otros establecimientos donde no se informó de ningún tipo de enfermedad posterior.

—No sabía que los pavos pudieran estar contaminados.

—Pueden estarlo si su comida se ha visto infectada por bacterias o si vienen de una granja con gripe aviar. —Ottilia se permitió una sonrisa al ver la mirada de admiración de Karolina—. Yo tampoco sabía todo esto hasta ahora.

—Envidio tu trabajo en el departamento de banquetes. Hay mucho que aprender.

—Pues te aseguro que después de lo del banquete de SHT Society no me habrías envidiado en absoluto. Me senté aquí y rompí a llorar. Casi esperaba que me despidieran, y en verdad quizá lo habría preferido.

Karolina se quedó sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque no quería más muertes sobre mi conciencia.

—No tienes ninguna muerte sobre tu conciencia. Y no creo que la tenga tampoco el chef Samuelsson. Y una cosa —dijo Karolina, pensando en voz alta—, ¿qué me dices de las salsas? Todas contienen varios ingredientes.

—Descartado también. El chef Samuelsson utilizó las mismas salsas y los mismos ingredientes para otros huéspedes del hotel, pero solo cayeron enfermos los de ese banquete. Lo que nos lleva al helado. La lechería que suministra al Grand Hôtel lo hace también a muchos otros establecimientos y, una vez más, nadie ha informado de ningún problema.

—¿Y las bebidas? —preguntó Karolina—. Aunque también se han servido en todo el hotel.

Ottilia señaló el informe.

—El director médico de la ciudad menciona las bebidas. El origen tiene que estar en algo que bebieron o comieron tanto las señoras como los caballeros. A las señoras les servimos un ponche hecho con licor de frambuesa y aguardiente de arak que también contenía hielo, pero repito, el hielo era del mismo lote que se suministró también a otros hoteles. Además, los hombres del banquete bebieron ponche embotellado sin hielo.

—Así que si todo se ha comprobado y descartado, el chef Samuelsson tiene que estar a buen seguro libre de culpa.

Ottilia negó con la cabeza.

—El director médico ha llegado a la conclusión de que el problema debió de estar en las ostras. Por mucho que llevaran un certificado, eso no demuestra que fueran seguras.

—¿Y cómo podía saber el chef Samuelsson que las ostras no estaban en condiciones de ser ingeridas si tenían aspecto fresco, olían bien y además iban acompañadas por un documento que lo confirmaba?

—No tengo ni idea —respondió Ottilia—. Pero desde que se publicó el informe, varios distribuidores de ostras suecos han respondido enviando una carta conjunta a la prensa afirmando que las ostras adquiridas en Holanda están bajo un control estricto del Estado holandés. —Ottilia señaló el periódico que tenía sobre la mesa—. Ningún otro cliente, antes o después del 26 de noviembre, ha informado de más problemas. Por lo que rechazan enérgicamente la acusación del director médico de la ciudad por carecer de toda base.

—Pero la intoxicación alimentaria debió de venir de algún lado.

—Eso es lo que todo el mundo pensaba, hasta que ayer, el informe del Comité de Salud Pública descartó la intoxicación alimentaria. Y confirma el diagnóstico de tifus en varios de los enfermos.

—¿Tifus? Así que, por un lado, lo que causó la enfermedad no fue ni la comida ni la bebida que se sirvió en el banquete, pero, por el otro, solo cayeron enfermos los comensales del banquete. Lo cual tampoco tiene sentido.

—No, no lo tiene. He leído y releído estos informes, pero todo se vuelve cada vez más turbio.

—¿Y qué dice la señora Skogh?

—No he hablado con ella, pero debe de estar muy enojada. Ha fallecido un tercer comensal y, a falta de respuestas ciertas, la prensa se está encarnizando con la señora Skogh a nivel personal.

45

—¿Cómo se atreven? —Wilhelmina arrojó el periódico al otro lado de la sala de estar de Elisabet. Aterrizó sobre la tapa del piano de media cola—. Si el director médico está perplejo y sin respuestas y el Comité de Salud Pública también está perplejo y sin respuestas, ¿cómo diablos pueden creer que yo no solo sé cómo hizo el Grand Hôtel para infectar con fiebres tifoideas a casi doscientas personas, sino también cómo podía haber evitado el desastre? ¡Te lo pregunto! —Empezó a caminar con nerviosismo de un lado a otro—. No hemos cambiado a ninguno de nuestros proveedores, ni ninguna de nuestras rutinas porque la culpa no está ahí. Muéstrame quién fue o dónde se produjo el fallo y haré todo lo que esté en la mano de mi inmenso poder para impedir que vuelva a ocurrir. Pero te juro, y te pongo además por testigo, Lizzie, que ni soy negligente ni despreocupada, y tampoco lo es ninguno de mis empleados. Esta ciudad rebosa tifus por todos lados y cualquiera de esos comensales podría haber infectado a otro. De hecho, lo más probable es que fuera así.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo primero que voy a hacer será escribir una notificación firmada por mí y la enviaré a todos los periódicos.

Wilhelmina se dejó caer en el sofá situado enfrente del que ocupaba Elisabet. Aquella pesadilla era agotadora, y el hecho de que un periódico hubiera sugerido que miembros del personal del hotel habían utilizado matarratas para hacerle daño era tan doloroso que no quería ni mencionarlo.

—Mina, te ruego que te andes con mucho cuidado —dijo Elisabet—. Si inicias una batalla de palabras contra los periodistas, nunca saldrás vencedora. Tienes que ser mejor que ellos.

Wilhelmina chasqueó la lengua.

—Sin duda, interpretarían mi silencio no como una señal de buena educación, sino de culpabilidad. No, Lizzie. Lucharé con el único

idioma que esta ciudad entiende: el dinero. —Tamborileó sobre el brazo del sofá—. Ofreceré personalmente una recompensa de diez mil coronas a la persona que pueda probar de manera irrefutable nuestra culpabilidad o nuestro fallo.

Elisabet se quedó pasmada.

—Es una recompensa tremendamente elevada. Los periodistas se pelearán entre ellos para conseguir ese dinero.

—En cuyo caso, más tontos serán por seguir perdiendo el tiempo. No encontrarán nada y mi dinero seguirá conmigo.

—¿Y si encuentran algún fallo? —preguntó Elisabet en voz baja.

Wilhelmina levantó una mano.

—Pues perder diez mil coronas será el último de mis problemas y un gasto que habrá merecido la pena. Han fallecido tres personas… —Las palabras se quedaron atascadas en su garganta.

—¿Tres?

Wilhelmina suspiró.

—Ayer murió un tercer comensal. Por lo tanto, si se identifica un problema bajo nuestro tejado, deberé concentrar mis esfuerzos en garantizar que las cenas y los banquetes que se celebren en el futuro sean del todo seguros. La gente se pregunta: ¿por qué el Grand Hôtel? Y yo me pregunto: ¿por qué ese banquete en concreto? Hemos servido miles de menús antes de ese y cientos de menús desde entonces. No, creo sinceramente que el problema llegó y se marchó con esos comensales. Ellos fueron el único factor esa noche.

—¿Y ahora qué pasará?

—Un ingeniero se está encargando de verificar las tuberías para descartar que el suministro de agua sea la posible causa. No estoy excesivamente preocupada al respecto, puesto que no ha habido ningún otro huésped ni empleado que haya caído enfermo, pero debe hacerse de todos modos. Por otro lado, han enviado asimismo un cuestionario a todos los asistentes al banquete con la esperanza de que del resultado pueda emerger algún tipo de patrón que arroje algo de luz sobre el tema.

—Recemos para que así sea.

—Amén.

—Mina, se te ve agotada.

Wilhelmina soltó una carcajada vacía.

—He tenido semanas mejores.

—Echas de menos a Pehr.

—Terriblemente… —Y esa palabra se quedó también atascada en su garganta.

Una llamada en la puerta llegó seguida de Karolina con el carrito de la cena.

Wilhelmina detectó un brillo de felicidad en los ojos de Elisabet cuando se levantó para recibir a la camarera del servicio de habitaciones. Wilhelmina se levantó también y posó la mano en el antebrazo de Elisabet. El cruce de miradas entre Karolina y Elisabet duró solo el momento de la pequeña reverencia obligatoria. La chica trabajó con una urgencia eficiente que, para el ojo experimentado de Wilhelmina, sugería cierta incomodidad y un deseo de marcharse lo antes posible de allí.

Ajena a todo aquello, Elisabet se soltó de Wilhelmina y abordó a la joven.

—¿Karolina?

Karolina se giró.

—¿Sí, señora?

—Me alegro mucho de verte.

Karolina se quedó paralizada un instante y enseguida hizo una nueva reverencia.

—Gracias, señora. —Miró a Wilhelmina e inclinó la cabeza por tercera vez—. Señora Skogh.

—Acelere, Nilsson. Estoy segura de que la necesitan de nuevo en su departamento.

Karolina salió volando.

Elisabet se volvió enseguida hacia Wilhelmina.

—¿Tienes idea del tiempo que llevo esperando otra oportunidad para hablar con mi hija? Mi hija, Mina. Desde diciembre de 1902 no hemos intercambiado más que una sonrisa.

—¿Intercambiaste una sonrisa entonces? ¿O le diste un susto de muerte a la pobre chica porque no tiene ni la más mínima idea de que

es tu hija? Tu conducta hace dos años, por lo que me contaste, fue excesivamente informal y demasiado íntima. Karolina trabaja como camarera en este hotel.

Elisabet levantó la barbilla.

—¿Estás diciéndome que nuestra complicada situación no significa nada para ti?

—Lo que estoy diciendo es que tu complicada situación no significa nada para Karolina porque no tiene ni idea del tema. —Wilhelmina suavizó a continuación el tono, aunque no su postura—. ¿No te has planteado nunca por qué Karolina ha estado evitando servir en esta suite?

Elisabet se quedó blanca.

—¿Ha estado evitándolo?

—No lo sé —reconoció Wilhelmina. Señaló el carrito de la comida —. Pero ¿cuántas comidas te sirven a la semana? ¿Tres? ¿Cuatro? Veamos, pequemos de conservadoras y digamos que tres. Lo cual serían ciento cincuenta entregas al año. ¿De verdad crees que la programación de las entregas es tal que ni una sola vez en trescientas ocasiones ha subido Karolina con el carrito?

—¿Puede negarse a hacerlo?

—En teoría, no. Pero Ottilia Ekman dirigía el departamento con mano firme aunque comprensiva, y Beda Johansson está siguiendo sus pasos. En una ocasión, Ottilia me contó que Karolina había solicitado trabajar en el turno de día y que estaba haciendo lo posible para acomodarse a su petición. ¿Con qué frecuencias pides que te suban comida durante el día?

Elisabet levantó los hombros y los dejó caer.

—Entiendo qué quieres decirme. —Se sirvió dos patatas duquesa—. Pero tal vez no sea esta la razón por la que Karolina ha pedido trabajar en el turno de día. Estocolmo es una ciudad apasionante para una joven como ella. Tengo entendido que ha aprovechado la gira turística que has organizado para el personal y, además, ¿no es amiga también de Ottilia, Beda y la señora Andersson? De vez en cuando las he visto a las cuatro cruzando Stallgatan.

—Yo también. —Wilhelmina llenó las copas—. Me resulta

especialmente gratificante ver a Margareta Andersson salir del hotel. Esa mujer estaba dejando que la vida le pasara de largo, pero ahora tengo entendido que incluso asistió a una reunión de mujeres de esa asociación llamada Tolfterna en compañía de Torun Ekman y Märta Eriksson.

—¿Estás pensando en sumarte a ese movimiento? —preguntó Elisabet.

—Torun y Märta ya se han afiliado. Al parecer, Märta le vendió a Ellen Key unos guantes y a partir de ahí empezó todo.

—Hay modelos peores. Ellen Key me parece el mejor tipo de líder feminista y un activo importante para las mujeres y los niños de esta ciudad. Y bravo por la señora Andersson. Afiliarse a Tolfterna no puede haber sido una decisión fácil después de haber vivido con ese marido misógino que tenía. Pero pasar tiempo en compañía de mujeres fuertes y sensibles de todo tipo de condición social le hará muchísimo bien. La unión hace la fuerza, y solo así conseguiremos las mujeres mejorar nuestra situación y obtener el derecho a voto.

—Cierto.

Elisabet ladeó la cabeza.

—¿Te has planteado afiliarte a Tolfterna? Tendrías mucho que aportar.

Wilhelmina se mostró triste.

—Con todo lo que tengo aquí hay más que suficiente, pero les deseo lo mejor. Ver cómo se están desarrollando mis chicas me resulta de lo más interesante. No me sorprende en absoluto que Märta y Torun se hayan sumado a un movimiento sufragista. Torun tiene una cabeza académica sobre los hombros y jamás perdería el tiempo con tonterías. Y tengo la corazonada de que en eso de las tonterías incluye también a los hombres. Märta descubrió que las mujeres son tan capaces como los hombres cuando las chicas se hicieron cargo del servicio de habitaciones, y desde entonces ha seguido con firmeza hacia adelante. Margareta Andersson, claro está, necesitaba que la salvasen de la lealtad ciega que mantuvo hacia ese acosador. Y ahora está asimilando todas las demás cosas que la vida puede ofrecerle.

Elisabet posó la mano sobre la de Wilhelmina.

—Me alegro mucho de ver que tú también sigues adelante con tu vida. Perder a Pehr ha sido un golpe muy duro.

—Pero aquí estoy —dijo Wilhelmina—. Tenía dos opciones: o seguir adelante o marchitarme. Seguir adelante me pareció lo más sensato.

—Pero exige mucha fortaleza —apuntó Elisabet.

Wilhelmina se quedó pensando.

—Por suerte, tengo un puesto que no me permite quedarme de brazos cruzados. El trabajo duro distrae del dolor.

—Y espero que tu nuevo proyecto te mantenga incluso más ocupada —dijo Elisabet—. ¿Tienes noticias sobre el nuevo edificio?

—Seguimos negociando, pero creo que estamos hablando largo y tendido sobre los cuándo y los cómo en lugar de hacerlo sobre los y si y los peros. Reconozco que estoy muy excitada, la verdad. —Wilhelmina bebió un trago de Beaujolais—. Lizzie, ¿crees que Su Majestad podría haber tenido algo que ver con el hecho de que le hayan ofrecido el nuevo edificio al Grand Hôtel? Sé que estamos al lado, pero ese espacio sería un verdadero regalo para muchas empresas.

—Fue lo primero que pensé cuando me enteré de la propuesta. Que Dios bendiga a Su Majestad.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Por el momento elegido. Ese espacio volvió a pasar a manos de la corte hace un par de años, y justo a las pocas semanas del fallecimiento de Pehr, te encuentras la oferta sobre la mesa. El rey te tiene en muy alta estima y lamenta también la pérdida de Pehr. Lo de ofrecerte el nuevo edificio es justo el tipo de gesto que el rey tendría con un amigo necesitado a falta de otra manera de ayudarlo o consolarlo. ¿No acabas de decir, hace menos de diez minutos, que la distracción que te proporciona el trabajo duro es tu camino hacia la recuperación?

Wilhelmina frunció el ceño.

—El rey no sabe que he dicho esto.

Elisabet soltó una carcajada.

—Mi querida Mina, cualquiera que haya pasado más de una hora en tu encantadora presencia sabría que lo que te impulsa son las ideas y

su rápida ejecución. Basta con ver el Grand Hôtel ahora en comparación a como era cuando empezaste a trabajar aquí hace menos de tres años: el nuevo bar americano, el bar de sándwiches, el mostrador de información, cincuenta habitaciones más, un jardín en el patio interior… —Elisabet fue contando con los dedos—. ¿Y no me dijiste que los obreros están de vuelta para empezar las obras de una nueva suite real en el palacio Bolinder? Te has quitado de encima la antigua junta directiva y los empleados problemáticos. Este barco no solo ha cambiado por completo su rumbo, sino que además navega a toda velocidad.

Wilhelmina levantó la copa.

—Brindemos para que este desastre del tifus no acabe hundiéndonos.

46

Margareta salió del 25 de Jakobsbergsgatan y asentó ambas botas con firmeza en la nieve congelada. De los canalones colgaban carámbanos y los vapores de la luz de gas le cortaban la respiración, pero el calor que burbujeaba en su interior tenía mucho más que ver con la compañía de la que había disfrutado durante las últimas tres horas que con el abrigo largo de lana que Märta le había ayudado a comprar en Nordiska Kompaniet con un descuento para empleados. Hundió la mano en el bolsillo y la cerró alrededor de su tarjeta rosa de afiliada de Tolfterna. Era su segunda reunión y había tomado una decisión firme.

Se volvió y dirigió una sonrisa radiante a Torun y Märta.

—Ha sido una velada maravillosa. Muchísimas gracias a las dos. No tenía ni idea de que Tolfterna fuera una organización tan apasionante.

—Me alegro mucho de que hayas decidido afiliarte —dijo Märta.

—Y yo me alegro de que hubiera espacio para ti en nuestro grupo —añadió Torun—. Todos los grupos celebran reuniones interesantes, pero el Grupo Tres tiene algo especial.

Märta rio.

—No eres nada imparcial, claro.

—¡Ni se te ocurra sugerirlo! —La mirada de Torun era alegremente maliciosa. Enlazó los brazos con Märta y Margareta y siguieron calle abajo—. Nadie habla como Ellen Key, pero viaja tanto que casi nunca está. Y Anna Lindhagen me tiene encandilada.

—¿Es la joven que ha dirigido esta noche nuestro grupo? —preguntó Margareta.

—Sí, una mujer fascinante. Su padre es miembro del Parlamento y estuvo en el comité de planificación de la ciudad, de modo que lo que Anna no sepa sobre política municipal, no lo sabe nadie.

Märta se inclinó por encima de Torun para dirigirse a Margareta.

—Anna ha trabajado también para la editorial P. A. Norstedt &

Söner y ya sabes cómo se pone nuestra Torun con cualquier cosa o persona que tenga que ver con los libros. Se vuelve loca —añadió en un susurro.

Torun fingió enfadarse.

—Y eso lo dice la que le vendió unos guantes a Ellen Key y luego se pasó dos semanas enteras sin hablar de otra cosa.

—Eran unos guantes preciosos —dijo Märta con conocimiento de causa—. Pero la situación me puso en todo tipo de problemas.

—¿Por qué? —preguntó Margareta.

—Porque con los clientes no podemos hablar más de lo necesario.

—Igual que en el Grand Hôtel —observó Margareta.

—Sí, aunque debemos responder si se nos formula una pregunta. La señorita Key me habló mientras le estaba envolviendo los guantes. Me preguntó cuánto tiempo llevaba trabajando en Nordiska Kompaniet. Le respondí que acababa de empezar y que antes había trabajado en el Grand Hôtel. Y entonces me habló sobre Tolfterna y me dio su tarjeta. Me dijo que yo era justo el tipo de sangre joven que necesitaban. Y aquí estamos todas.

Margareta negó con la cabeza.

—Yo no soy joven.

—Lo eres, en comparación con la señorita Key —replicó Torun—. Y, de todos modos, eres necesaria.

Acurrucada entre las dos mujeres más jóvenes que ella, Margareta agradeció su buena estrella. Porque allí estaba, caminando por la ciudad con la cabeza bien alta, no solo respetada sino también bienvenida. Y pensar que había aceptado la brutalidad de Knut durante tantos años, creyendo que era lo que se merecía por haberse casado tan precipitadamente. Knut se habría burlado y le habría prohibido cualquier relación con una sociedad de mujeres cuyo objetivo era mejorar la vida de la mitad de la población. Bajo el punto de vista de Knut, con su actitud estaría apoyando a la mitad equivocada y, en consecuencia, expresando su deslealtad hacia él. Pero ahora conocía mejor la vida. Josef Starck, que por desgracia dedicaba las tardes a buscar semillas, bulbos y flores —en muchos casos en lugares alejados, lo que afectaba su tiempo libre—, la había

animado activamente a sumarse a Tolfterna.

—Tiene mucho que aportar —le había dicho una de las excepcionales noches en las que habían conseguido salir.

—Y también tengo mucho que aprender —había contraatacado ella —. ¿Y si no les gusto?

—¿Por qué no iría a gustarles? Bien que les gusta a Ottilia, Karolina y las demás jóvenes. Y yo creo que es usted espléndida.

Y entonces le había cogido la mano, se la había acercado a los labios y la había besado. Margareta sonrió al pensar en aquel recuerdo.

El trío que bajaba por la cuesta de Jakobsbergsgatan llegó por fin a terreno llano y Norrlandsgatan.

—Y aquí te dejamos —dijo Torun.

—¿Cuándo os mudáis a Lutternsgatan? —preguntó Margareta.

—El mes que viene —respondió Märta—. Vivir tan cerca de Nordiska Kompaniet me venía muy bien, pero creo que las dos estamos preparadas para disfrutar de un piso con menos corrientes de aire y más espacio. Merecerá la pena, aunque tenga que andar un poco más.

Margareta rio entre dientes.

—Tal y como lo dices, parece que Linnégatan esté a miles de kilómetros de distancia. No solo un poco más arriba.

—¿Te has planteado alguna vez volver a vivir fuera? —le preguntó Torun a Margareta—. No estoy sugiriendo en Södermalm, sino quizá en algún lugar más cerca de nosotras. En Östermalm hay varias pensiones para mujeres solteras. Entiendo que con tu sueldo de gobernanta te lo podrías permitir.

Margareta se quedó pensando. En sus sueños más osados, acurrucada en la cama de su habitación en el último piso del palacio Bolinder, anhelaba la vida de esposa y madre en un bonito piso con agua corriente y vistas a la ciudad. Pero, con treinta y cuatro años, era ya casi demasiado mayor para tener un hijo y, por lo que había oído comentar a otras mujeres trabajadoras aquella noche, era probable que disfrutara de mayor intimidad viviendo en el Grand Hôtel de la que tendría en una pensión. Por otro lado, estaba ahorrando para

comprarse una bicicleta. Josef tenía una y podrían salir a pasear juntos.

—Estoy feliz donde estoy, pero lo que sí me apetece mucho es celebrar nuestra próxima reunión en Tolfterna.

Torun la enlazó por el brazo.

—Antes de que nos vayamos, ¿has hablado recientemente con Ottilia? ¿Qué tal está?

Margareta suspiró.

—Hablé con ella ayer. Está como todo el mundo en el hotel, esperando con ansiedad los resultados de la investigación sobre el tifus. Gösta Möller también está nervioso. Dice que ahora se preocupa todas las noches. Que se pasea por el comedor y se pregunta si los comensales estarán seguros. Hasta que no encuentren la causa, no sabemos a ciencia cierta que no volverá a pasar.

—¿Y la señora Skogh?

—Como una leona defendiendo a sus cachorros. Siempre ha sido estricta, pero ahora es severa. Incluso el pobre Charlie Löfvander recibió una bronca el otro día.

Märta se quedó pasmada.

—¿Charlie? ¿Por qué razón? Si es el hombre más bueno de todo el hotel.

—La señora Skogh vio unas pocas migas debajo de una mesa que acababan de desocupar. Y al día siguiente lo hizo entrar antes para barrer todo el suelo.

Torun la miró con mala cara.

—Barrer el suelo del bar no es su trabajo, y seguro que cuando él llegó ya habrían pasado a limpiar el bar para empezar la jornada.

—Sí, ya habían limpiado, pero la señora Skogh dijo que aquella experiencia le serviría a Charlie para recordar que una de sus responsabilidades era que su personal cumpliera correctamente con todas las reglas y rutinas de limpieza. Que lo último que necesitaba ahora el Grand Hôtel era una plaga de ratas.

—Pobre Charlie —dijo Märta.

—Sí, pobre, pero la señora Skogh tenía razón con lo de las ratas —terció Torun.

Margareta hizo un gesto de asentimiento.

—Es lo que pensamos todos. La señora Skogh tiene toda la razón, pero pobre Charlie.

Y así, mostrándose todas de acuerdo, cada una siguió por su lado.

Margareta continuó por Norrlandsgatan, cruzó Hamngatan y aceleró el paso por Kungsträdgårdsgatan. Ya estaba cerca. Las risas de la gente que salía del Blanch's Café, al otro lado del parque, sumaban un ambiente festivo a la gélida noche. Cuantos más, mejor, decía siempre su madre. Por suerte, aquella noche había mucha gente en las calles.

Margareta chilló cuando una mano la detuvo al entrar en Wahrendorffsgatan, la más oscura y estrecha de las calles secundarias.

Knut la empujó contra una pared y la miró lascivamente.

—Hola, Maggie.

Su aliento apestaba a cerveza rancia y a vómito. Sus rasgos de comadreja no habían cambiado un ápice en los dos años que hacía que no lo veía.

Incapaz de soltarse, Margareta apartó la cara. ¿La oirían desde Kungsträdgården si gritaba?

Knut le agarró la barbilla con fuerza y le pasó dos dedos por los labios.

—Me parece que alguien ha sido una chica desobediente. ¿Qué te dije yo sobre esas organizaciones de mujeres? —Le soltó la cara.

Margareta se limpió la comisura de la boca con el dorso de su mano enguantada.

—¿Cómo me has encontrado?

Knut soltó una carcajada burlona.

—No ha sido tan complicado. Un colega mío te vio entrar en un edificio hace un par de semanas. Me bastó con un par de preguntas por la ciudad para averiguar qué habías estado haciendo allí. Y para saber cuándo era la siguiente reunión. Pensabas que te habías salido con la tuya, ¿verdad? Y con abrigo nuevo, si no ando equivocado.

Con el corazón acelerado, Margareta levantó la barbilla. Knut apoyó las manos en la pared, atrapándola entre ambos brazos.

—¿Qué quieres, Knut?

—Quiero lo que es mío por derecho.

Se le formó un nudo de miedo en la garganta. Antes morir ahora mismo en la calle que volver a una vida de costillas rotas y hambre.

—No pienso ir contigo.

—Oh, mírala ella. No pienso ir contigo, dice. Pues permíteme que te diga, señora Andersson, que si quisiera llevarte a casa, te arrastraría por el pelo para llevarte hasta allí. —Cogió un mechón y la obligó a bajar la cabeza—. Así. ¿Te gustaría, Maggie?

El corsé de Margareta se le clavó en la piel y los ojos le ardían con lágrimas de humillación. Le había arrancado pelo. Su sombrero bueno había caído al suelo helado.

—No —musitó.

—Pues entonces debemos tener una pequeña conversación.

—Suéltame, Knut.

Le tiró del pelo para obligarla a bajar un poco más la cabeza.

—¿Te comportarás?

—Sí.

La soltó.

Margareta se agachó para recoger el sombrero. Le ardían las mejillas. Hacía menos de una hora, rodeada de mujeres, se había sentido empoderada y optimista. Y ahora estaba denigrada en el suelo a los pies de un marido violento. Se incorporó y se puso el sombrero.

—He estado pensando que me debes algunos salarios —dijo Knut—. Me abandonaste.

—Estuviste a punto de matarme.

La miró a los ojos.

—¿Y eso puedes demostrarlo?

—Hay testigos.

—Sería mi palabra contra la tuya. Mis colegas saben que estuve con ellos esa noche. Que no te vi para nada. Y ahora, claro, yo tengo que correr con los gastos de nuestra nueva casa mientras tú vives en el Grand Hôtel.

—Tu nueva casa, no la mía.

—Eso carece de importancia, ¿no? El simple hecho de que decidieras no vivir allí no sirve para que el alquiler sea más bajo. Tengo una nueva vivienda en Ragvaldsgatan. Suficientemente grande

para dos.

Lo cual no significaba nada. Margareta conocía una familia de ocho que compartían una sola habitación.

—Pero ya sabes que soy comprensivo —continuó Knut—. Puedes seguir viviendo en el Grand Hôtel si es lo que te apetece, pero quiero la mitad de tu salario.

De pronto se oyeron voces aproximándose desde Wahrendorffsgatan. Knut cogió a Margareta y le tapó la nariz y la boca con la mano. Le costaba respirar. La presionó con fuerza. Un grupo de tres hombres cruzó la calle por el otro extremo. Las voces se apagaron.

Margareta tosió y cogió aire con dificultad. Tenía el sabor de la piel de Knut en la lengua. Escupió en la nieve.

—Caramba, caramba, hemos perdido las buenas maneras —dijo Knut.

—No tengo dinero —gimoteó Margareta—. Me he comprado este abrigo nuevo y unos guantes.

—Mentirosa. Mi Maggie siempre tiene ahorros.

Margareta cambió de táctica.

—No llevo nada encima. A estas horas podría asaltarme cualquier rufián.

La miró, furioso.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

—Me refiero a cualquier desconocido.

Knut se quedó mirándola y la soltó.

—En este caso, ¿por qué no damos un pequeño paseo hasta el hotel? Puedo esperar fuera.

Margareta se quedó sobrecogida.

—¿Ahora?

—No tengo nada que hacer, y tú tampoco. Un momento ideal. —La cogió por el brazo—. Además tengo una deuda que saldar.

—¿Una deuda?

—¿Qué otro remedio me queda cuando me veo obligado a pagar yo solo la totalidad del alquiler? Quieren cobrar su dinero esta semana y no querrás que me pase nada, ¿verdad?

Margareta se contuvo para no soltarle la evidente réplica. Sabía además que Knut no utilizaría el dinero para saldar ninguna deuda, igual que tampoco lo usaría para comprarle a ella un ramo de flores.

—Oí que ahora trabajabas en el tranvía —dijo.

—Así es. —Sus ojos se iluminaron con orgullo—. ¿Quién te lo dijo?

Margareta se regañó por lo que acababa de decir.

—No me acuerdo.

Sin que Knut la soltara del brazo, llegaron a la entrada de Stallgatan.

—Intenta cualquier cosa graciosa, o déjame aquí colgado, y la próxima vez no seré tan generoso. No sé si lo pillas.

Margareta entró en el hotel y cruzó corriendo el sótano. Knut no tenía ni idea de que se habían mudado al palacio Bolinder y esperaría que reapareciera por la puerta antes de lo que era posible. Gösta Möller salía en aquel momento de las cocinas.

Se quedó mirándola.

—¿Qué le ha pasado?

Fingió confusión.

—¿A mí? He salido con Torun Ekman y Märta Eriksson. ¿Ha habido alguien que me necesitara para algo?

—No, pero…

Margareta cambió de cara y sonrió.

—Estupendo. Estoy muy cansada y voy a acostarme.

Quince minutos más tarde, la preocupación de Gösta Möller fue en aumento cuando oyó la voz de Beda en la sala del servicio de habitaciones.

—Acabo de hablar con Margareta. Me ha dicho que venía de asistir a una reunión de Tolfterna con Märta y Torun, pero llevaba la cara sucia y el pelo despeinado.

—Qué raro —dijo Edward.

Muy raro, en efecto, reconoció Gösta en silencio. Margareta Andersson había vuelto a casa dos veces.

47

A mediados de febrero, Wilhelmina entró en la sala de juntas con menos dolor y más determinación. Era ese día de febrero en el que, de repente, el cielo de la mañana parecía más claro.

—Buenos días, caballeros, hace una mañana estupenda. —Movió la cabeza en dirección a las ventanas desde las que se dominaba el Palacio Real—. No hay nada más bonito que un día de invierno soleado.

Liljevalch y Palm intercambiaron miradas.

Wilhelmina les ofreció una sonrisa mientras disponía sus papeles sobre la mesa.

—Vayamos al grano. Hoy tengo mucho trabajo.

Liljevalch carraspeó un poco antes de tomar la palabra.

—Encantado. Punto número uno, la situación de las fiebres tifoideas. ¿Tenemos ya algo más claro lo que pasó?

—Hasta cierto punto —respondió Wilhelmina—. El ingeniero encargado de inspeccionar las tuberías del agua descubrió que el Grand Hôtel instaló su propio sistema de bombeo en 1900 y que una tubería privada alimenta directamente el hotel desde el río Norrström. Lo cual es malo en sí mismo, aunque también descubrió dos grandes tuberías de aguas residuales cerca de Kungsträdgården que desaguan en el Norrström, ambas relativamente cerca de nuestra tubería.

Palm se quedó blanco. Se quitó las gafas.

—¿Está diciendo que en el Grand Hôtel hemos estado utilizando agua sin tratamiento? ¿Y qué nadie era consciente de ello?

—Por lo que parece, nuestro conserje lo sabía. Yo no, se lo aseguro. Por suerte, el agua que entra en el hotel a través de esta tubería se bombea a una cisterna situada en la azotea que se utiliza única y exclusivamente para los baños, la caldera de la calefacción, una sala de lavandería y el cuarto donde se preparan las patatas y otras verduras de raíz. Y como todas las verduras se hierven, y todas las

sartenes y cacerolas se secan con sumo cuidado, la contaminación a través de esa agua parece altamente improbable, lo que explica por qué no hemos tenido brotes de tifus anterior o posteriormente. Por otro lado —dijo Wilhelmina consultando sus notas—, el director médico de la ciudad ha publicado también los resultados de los cuestionarios que envió a los comensales del banquete de SHT.

—¿Y? —preguntó Liljevalch.

—El setenta por ciento de los asistentes cayó enfermo. Entre las que ya son cuatro víctimas mortales se encuentra la hermana de un asistente. Según el director médico, los registros oficiales demuestran que el río Norrström fluyó aguas arriba ese día, de modo que cualquier residuo que hubiera en el agua habría viajado tierra adentro y no habría pasado a nuestra tubería. Lo que lo lleva, una vez más, a cuestionar las ostras holandesas. Pero cuestiona también la probabilidad de que entre mil quinientas ostras haya una cantidad suficiente de ejemplares contaminados capaz de infectar a doscientas veintiocho personas. Una cuestión que respalda el hecho de que cuarenta y siete de los enfermos, incluido uno de los fallecidos, no comieran ostras.

—De modo que no sabemos más que lo que ya sabíamos —concluyó Palm.

—Sabemos más, aunque sin seguridad. Personalmente creo que alguna ayudante de cocina lavó la lechuga en el cuarto donde no debía. Eso lo explicaría todo.

—¿Y es posible confirmar esta teoría?

—La ayudante no recuerda haber utilizado ese cuarto. Y como ha apuntado de manera muy razonable, de haber sabido en aquel momento que el agua para lavar la lechuga no era la adecuada, no la habría utilizado.

—Aun en el caso de que fuera culpable, un error tan simple no debería haber puesto en peligro tantas vidas —dijo Palm.

Wilhelmina asintió.

—No podría estar más de acuerdo. Igual que el concejal Söderlund. Ha dicho que hay que hacer algo para que el Grand Hôtel no siga bombeando agua directamente del río Norrström.

—¿Y se ha hecho algo? —Palm movió la cabeza con incredulidad—. No puedo creer que instalaran una solución tan precaria hace nada, en 1900. ¿Qué se les pasaría por la cabeza?

—Imagino que lo de tener una tubería de agua directa del río Norrström se consideró la solución más barata para un hotel que utiliza mucha cantidad de agua para hervir y limpiar —dijo Wilhelmina—. Han descubierto tuberías similares en el Hôtel Rydberg y en el Operakällaren.

Palm dio un puñetazo sobre la mesa.

—Esos hoteles no son asunto nuestro. Quiero saber quién autorizó esa tubería directa a nuestro hotel en 1900.

—Pues justo aquí es donde todo este asunto da un vuelco muy interesante —dijo Wilhelmina—. Por lo que se ve, la Junta Municipal de Agua y Alcantarillado estaba al corriente.

—Eso es absurdo —dijo Liljevalch—. ¿Dónde estaba el presidente de la Junta Municipal de Agua y Alcantarillado cuando estos asuntos se debatieron y decidieron? Él, al menos, debería sentir un mínimo de responsabilidad hacia el público en general.

—Estaba aquí —dijo Wilhelmina—. Algernon Börtzell era el presidente de ambas juntas directivas.

Una pequeña parte de Wilhelmina disfrutó del silencio que descendió sobre la mesa. ¿Recibiría ahora Börtzell su mezquino merecido? Le parecía poco probable. Los hombres, incluso ante cuatro víctimas mortales, cerrarían filas.

—¿Podemos asumir —preguntó con cautela Liljevalch— que esta tubería que viene desde el río Norrström está ya desconectada?

—Podemos —respondió Wilhelmina—. Y estoy prácticamente segura de que todos mis empleados han exhalado un enorme suspiro de alivio.

—Pasemos, pues, a noticias más alegres —dijo Liljevalch—. El compromiso de Su Alteza Real el príncipe Gustavo Adolfo con la princesa Margarita de Connaught.

Wilhelmina aplaudió.

—Una noticia estupenda. Buena para la moral del país y para nuestro pobre rey. No me imagino cómo hace Su Majestad para

sobrevivir entre tanta tensión política. El año pasado, Pelle y yo conocimos en Francia a unos noruegos, y ya entonces me quedó claro que en Noruega se estaba gestando algún movimiento adverso. Espero y rezo para que nos decantemos hacia el lado de la razón y evitemos una guerra.

—Y yo confío en que el descontento que se vive en Noruega no arruine la boda real —gruñó Liljevalch—. Al fin y al cabo, el príncipe Gustavo Adolfo es también su príncipe.

—¿Sabemos alguna cosa sobre la celebración? —preguntó Palm.

—La boda tendrá lugar el 15 de junio en la capilla de San Jorge del castillo de Windsor —respondió Wilhelmina—. La feliz pareja regresará a Estocolmo a mediados de julio, probablemente el día 9, según Lizzie Silfverstjerna. Me ha contado asimismo que se están haciendo ya planes para grandes celebraciones, y me aseguraré de que el Grand Hôtel esté a la altura. He recibido cartas de solicitud de reserva por parte de varias cortes reales y he destinado diversas habitaciones y suites anticipándome a las reservas de otros muchos dignatarios. Por entonces, la suite real del palacio Bolinder estará lista para poder celebrar en ella cenas y fiestas privadas. La suite será un sueño en rojo, oro y plata.

—¿Y siguen dentro de presupuesto las obras de dicha suite? —preguntó Liljevalch.

Wilhelmina se movió con nerviosismo en su asiento. La respuesta era no, pero los gastos adicionales acabarían quedando compensados con creces. Confiaba en que, con un poco de suerte, la revelación de la catástrofe de la tubería barata aprobada por Algernon Börtzell siguiera aún fresca en la cabeza de sus interlocutores.

—Los únicos gastos adicionales están relacionados con detalles de la decoración.

Liljevalch dejó de tomar notas. Con la estilográfica inmóvil en el aire, preguntó:

—¿Por ejemplo?

—Pan de oro. Le suma una majestuosidad auténtica a las estancias. Estoy segura de que no se desperdiciará ni una sola gota de oro. —Se inclinó hacia delante—. Como solía decir mi querido Pelle, esta ciudad

está en auge. Y tenía toda la razón. Incluso el nuevo Teatro Real de Arte Dramático está cubierto por completo de mármol blanco. Como anexo *de facto* del Palacio Real que somos, debemos esforzarnos constantemente por mejorar nuestros estándares. Por dentro y por fuera. El Grand Hôtel será un espectáculo digno de contemplar cuando la pareja real pise suelo sueco. Recuerden lo que les digo.

Liljevalch levantó la vista.

—¿Qué tienes pensado?

—Le he dado muchas vueltas al tema y he decidido viajar a Berlín a principios de junio.

Las cejas de Palm formaron una única línea horizontal por encima de sus gafas.

—¿Berlín?

—Sí. En esas fechas se celebrará la boda real del príncipe Guillermo. Pasaré unos días allí para ver cómo decoran la ciudad en general y los edificios palaciegos en particular.

—Una idea maravillosa —dijo Palm.

—Creo que sí, y de regreso a casa, iré a visitar a Thomas Cook, en Londres.

Liljevalch asintió.

—Te vendrá bien ausentarte un par de semanas en verano. Llévate contigo a la señorita Silfverstjerna.

—Ojalá pudiera —dijo Wilhelmina—. Pero me temo que estará muy ocupada con los preparativos de nuestra boda real. Es posible que incluso tenga que desplazarse a Windsor.

—Ah. Bien, continuemos. El último punto de la agenda de hoy es el tema de conseguir un préstamo para el nuevo edificio de detrás del hotel. ¿Algún avance al respecto?

—Puedo informar de que ambas partes están negociando con un gran espíritu de colaboración. La oficina del mariscal de la corte insistió en que el edificio se diseñara de tal forma que pudiera ser utilizado con otros fines en el caso de que el Grand Hôtel notificara el arrendamiento. Cuando insistí en que esta extensión del Grand Hôtel debía construirse expresamente para nuestras funciones, solicitaron que depositáramos un cuarto de millón de coronas por si acaso

nuestro edificio, una vez construido, resultara imposible de ser gestionado como una empresa solvente. Y he accedido, porque, sabiendo que se trata de un proyecto sólido y sensato, estoy dispuesta a depositar esta suma con dinero de mis fondos privados.

Los caballeros intercambiaron miradas impresionadas.

Wilhelmina continuó:

—He insistido también en que nuestra inversión en instalaciones y equipamiento para el Grand Royal, que es el nombre provisional que ambas partes hemos considerado más apto para el nuevo edificio, sea considerada a largo plazo y quede reflejada en consecuencia en la duración del contrato de arrendamiento. He propuesto cuarenta años. Me he puesto además en contacto con el arquitecto Ernst Stenhammar. Su entusiasmo por volver a trabajar conmigo y el Grand Hôtel ha sido muy gratificante. El señor Stenhammar ha inspeccionado el solar y ambas partes están ahora esperando sus primeros bocetos antes de seguir adelante. Confío en tener alguna cosa que mostrarles en nuestra reunión del mes que viene. Si todo va bien, la oficina del mariscal de la corte se mostrará de acuerdo con nuestras ideas y podremos firmar el contrato antes de finales de abril. Si Dios quiere, el nuevo edificio estará listo en julio de 1907.

—Espléndido —dijo Liljevalch—. Permíteme que te felicite, Wilhelmina. Hace dos meses este hotel corría peligro de convertirse en un paria de la ciudad, pero en un santiamén has sido capaz de restaurar el equilibrio y, espero, la confianza del público en nosotros.

—Que no es sino lo que el Grand Hôtel y su personal se merecen. Encuéntrame un establecimiento mejor en este país y me comeré mis palabras.

48

El grito agudo que rompió la tranquilidad de la tercera planta una tarde de junio llevó a Edward a tirar al suelo una bandeja de plata con café y coñac. Durante un fugaz segundo se quedó mirando el caos de cubiertos, tazas, platillos, copas y líquido que empezó a extenderse por la moqueta del suelo. Y al instante echó a correr en dirección al grito. ¿En qué habitación había sido? Acercó el oído a la puerta de la 322. Silencio. ¿La 323? El sonido de una risa masculina y unos sollozos apagados le erizó el vello del pescuezo. Llamó a la puerta. La frivolidad se interrumpió por un momento, pero volvió a empezar.

Necesitaba una llave, pero ¿cómo podía irrumpir en la habitación de un huésped? La señora Andersson. Ella tendría una llave maestra y el derecho a poder entrar. La encontró en su despacho de la primera planta.

—Edward, ¿qué sucede?

—Alguien ha gritado en la 323. —Jadeó para coger aire—. Parecía una chica.

Margareta resiguió una lista con el dedo.

—La 323 está ocupada por el hijo de un conde. Está en Estocolmo para celebrar su veinticinco cumpleaños. Sus amigos se alojan en la 322 y la 324.

—Sus amigos están en la 323 —dijo Edward—. Me apostaría la vida en ello. Y allí dentro tienen a una mujer. La he oído gritar —explicó, saltando de un pie al otro, exasperado.

—¿La ha oído gritar de placer?

—¿Le parece que estaría aquí si fuera por eso?

Margareta se levantó.

—Ninguna de mis chicas está allí. La habitación se ha limpiado antes de la hora de comer. —Levantó el auricular del teléfono—. Beda, ¿tienes a alguien en la 323? —Margareta cerró un instante los ojos—. Envía rápido a los porteros. Y a Gösta Möller. Y al doctor

Malmsten. —Margareta abrió el primer cajón, sacó una llave y echó a correr todo lo rápido que sus faldas le permitían—. Es Karolina.

Dejando atrás a Margareta, Edward subió corriendo a la 323. Si alguno de esos mal nacidos de clase alta le había hecho algún daño a Karolina —o que Dios no lo quisiera, algo peor—, aceptaría encantado las consecuencias de darles una paliza. Aporreó la puerta con ambos puños.

—¡Karolina! ¡Ya estamos aquí!

Encontraron en la habitación a tres hombres. Uno de ellos, con los pantalones bajados hasta los tobillos y una potente erección, parecía que acabara de saltar de la cama deshecha. Los otros dos llegaron a la puerta, pero un enloquecido Edward les cerró el paso y empujó al primero de ellos. El hombre se tambaleó y cayó contra la cómoda. El segundo levantó el puño. Y Edward lo tumbó de un solo golpe.

Recuperado, el primer hombre miró a Edward con odio, pero mantuvo los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

—Pagarás por esto.

Margareta había llegado junto a Karolina, que estaba tumbada en la cama, con el vestido subido hasta la cintura y la ropa interior rasgada. La cubrió con la sábana y la cogió de la mano. La chica tenía los ojos abiertos de par en par, pero no emitía más que un sonido similar a un maullido.

Gösta Möller llegó con dos porteros.

—El doctor Malmsten está de camino. He llamado a la policía.

Ya con los pantalones subidos, el atacante de Karolina decidió hablar.

—No hemos hecho nada que ella no quisiera que hiciéramos. Iba a ayudarme a celebrar mi cumpleaños.

Möller le habló con desdén.

—Y se hacen llamar caballeros. —Se volvió hacia los porteros—. Llevadlos al despacho de la señora Skogh.

El joven conde levantó la barbilla.

—Esta habitación está pagada. Tengo todo el derecho a quedarme.

Möller se enderezó y miró a su oponente a los ojos.

—Estoy seguro de que tu papá recuperará su dinero. Si es que aún

lo quiere cuando se entere de lo que ha hecho su honorable hijo.

El joven se quedó blanco.

—Juro que no he hecho nada malo. Pero ese hombre —señaló a Edward— ha atacado a mi invitado.

—Guárdate tu historia para la policía.

Los porteros se los llevaron.

En aquel momento llegó el doctor Malmsten. En un segundo asimiló la escena.

—Necesito a todo el mundo fuera. Excepto, quizá…

Se inclinó para hablar con Karolina con voz muy amable.

—¿Le gustaría que se quedara la señora Andersson mientras la examino?

Karolina hizo un leve gesto de negación.

—Me quedaré fuera por si me necesitan —dijo Margareta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Edward, en cuanto salieron al pasillo.

Margareta se volvió hacia Gösta.

—¿Le enviamos un mensaje a la señora Skogh?

—No creo que podamos. Está de regreso de Londres y tendría que estar aquí mañana a última hora de la tarde. Imagino que debe de estar desesperada por volver a casa, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado con Noruega, y la verdad es que no creo que pueda hacer mucho por Karolina hasta que llegue.

—¿Mucho? —dijo Edward—. No puede hacer absolutamente nada. El daño ya está hecho.

Margareta descansó una mano en su brazo.

—Esperemos a ver qué dice el doctor Malmsten.

Edward asintió con tristeza. Y entonces recordó.

—He tirado la bandeja al suelo. Tengo que ir a limpiarlo todo.

—Ya hemos visto la bandeja —dijo Gösta—. Uno de los porteros ha llamado a una camarera de planta. Y ahora tengo que bajar y hablar con la policía. Imagino que ya habrán llegado. Ven conmigo.

Edward parecía que iba a romper a llorar en cualquier momento.

—Llamen, por favor, a Ottilia Ekman —les gritó Margareta cuando se marchaban—. A menos que esté apagando un incendio, la necesito aquí.

Ottilia llegó justo en el momento en que el doctor Malmsten salía de la habitación 323. Miró a Margareta y al doctor Malmsten.

—¿Qué ha pasado?

—Karolina ha sido… desvirgada —dijo en voz baja Margareta.

Sin aire ni palabras, Ottilia se la quedó mirando.

—No, no lo ha sido —corrigió el doctor Malmsten—. Atacada sí, pero no se ha producido penetración. Oh, lo habrían hecho, no me cabe duda. Los tres, seguramente. —Hizo un mohín y sacudió con tristeza la cabeza—. El joven Edward la ha salvado.

Ottilia recuperó por fin la voz.

—Debo ir con ella.

El doctor Malmsten levantó la mano.

—Espere un momento, necesitamos un plan. Hay que alejarla de la escena del crimen y necesita un baño caliente. Está en estado de shock.

Un huésped levantó su sombrero de copa al pasar por el lado del grupo.

—Buenas tardes, doctor.

El doctor Malmsten le devolvió el saludo al caballero.

Ottilia puso mala cara.

—Los huéspedes no pueden enterarse de por qué razón está aquí el doctor Malmsten.

—Hasta el momento ha habido suerte —dijo Margareta—. No nos han visto más huéspedes. Y ahora debemos ir con Karolina. La pobre ya lleva demasiado rato sola.

—¿Dónde la llevarán? —preguntó el doctor Malmsten—. No puede quedarse en un dormitorio comunitario. Todavía no.

—La llevaremos a mi habitación —sugirió Ottilia—. Es un rincón muy privado y tranquilo.

—Eso pensaba yo también —dijo Margareta—. Mi habitación también se encuentra a su disposición, pero está en un pasillo con más habitaciones.

—Tendremos que vigilarla —continuó el doctor Malmsten—. No tiene lesiones internas, pero ha sufrido un trauma y necesita mantenerse alejada de esos jóvenes caballeros…

—¿Caballeros? —exclamó en tono burlón Margareta—. Gösta Möller tenía toda la razón. De eso no tienen nada.

—Me temo que ante los ojos de la ley lo son. Y lo que es más importante, quizá también ante los ojos de aquellos que aplican la ley.

49

El viaje de Wilhelmina a Berlín y Londres había sido un éxito rotundo, pero volvía con un peso en el corazón a un país dolido aún por la humillante disolución de la unión de noventa años entre Suecia y Noruega, anunciada a las 12.45 de hacía tan solo tres días. Una sensación de incredulidad surrealista había apagado los ánimos en toda la capital. Suecia había dejado de ser el motor de Escandinavia y Óscar II había dejado de ser el soberano de dos países. Había perdido la batalla y a Wilhelmina le dolía el corazón cada vez que pensaba en el monarca, que tenía ya setenta y seis años. Al menos el proceso había sido pacífico, pero eso servía de escaso consuelo. De aquí a cinco días, en el castillo de Windsor se celebraría un enlace real sueco-inglés, pero la alegría del país se había finiquitado.

Viajar siempre era un asunto muy sucio. Wilhelmina soñaba con estar en su apartamento y disfrutar de su habitual baño caliente y su cena ligera. El Grand Hôtel era su vida, pero muy de vez en cuando le apetecía un poco de soledad. Y aquella noche era una de esas raras ocasiones. Cuando se apeó del carruaje y entró en el palacio Bolinder ya habían dado las ocho. En cualquier otra tarde de verano habría enviado el equipaje a casa y se habría recreado con un paseo desde la estación. En cualquier otra tarde de la temporada del año que fuera habría pasado un momento por su despacho antes de ir al apartamento, pero aquella noche no.

Brita salió a recibirla.

—Me alegro de verla sana y salva de vuelta a casa, señora. La cena ya está preparada, pero la señora Andersson desea verla de inmediato. Ha insistido mucho en que se lo dijera en cuanto llegara.

Wilhelmina se quitó los guantes y se los entregó a Brita.

—¿Sabe por qué?

—No, señora.

Wilhelmina se quitó las horquillas del sombrero con el ceño

fruncido. Margareta Andersson no le había solicitado una audiencia de noche ni una sola vez en aquellos tres años. Algo tenía que haber pasado que no podía esperar hasta el día siguiente. ¿Confiaba en el buen juicio de su gobernanta? Con un suspiro descolgó el teléfono.

—Localice, por favor, a la señora Andersson y dígale que venga a mi apartamento. —Wilhelmina se volvió hacia Brita—. La cena tendrá que esperar, pero una copita de vino de Oporto será más que bienvenida.

—Enseguida, señora.

Wilhelmina se acercó a la ventana abierta. Una brisa suave levantó los mechones de su cabello. ¿Qué estaría pensando Su Majestad esta noche? Se oyó la sirena de un buque de vapor. Bajó la vista. Se estaba apartando del muelle. Tal vez una salida en barco le iría bien para despejarse un poco. Recordó lo mucho que le gustaba disfrutar de un día en el mar en compañía de Pelle. Cuánto lo echaba de menos. Por muchas salidas en barco que hiciera, jamás conseguiría compensar esa pérdida.

El timbre de la puerta interrumpió sus recuerdos. Brita acompañó hasta el salón a la señora Andersson.

Wilhelmina se volvió.

—¿Sí?

—No hay manera fácil de decirle lo que tengo que contarle, señora.

—Pues dígalo y ya está, señora Andersson.

—Karolina Nilsson ha sufrido una agresión. —Su voz vaciló—. Una agresión sexual.

Wilhelmina se sujetó al respaldo de una butaca.

—¿Cuándo?

—Ayer. Le habríamos comunicado el incidente de haber tenido lugar en una fecha anterior.

—¿Dónde?

—En la habitación 323.

A Wilhelmina le dio un vuelco el corazón. ¿Sería culpa suya por haber permitido que las chicas trabajaran en el servicio de habitaciones? Pero nunca había tenido problemas ni en Storvik ni en Rättvik ni en Bollnäs.

—¿Por parte de quién?

—Un joven señor que estaba en el hotel para celebrar su cumpleaños con unos amigos.

—¿Y sigue aquí?

—Ya no está en el hotel.

—Tiene que contármelo todo. Empezando por cómo y dónde está Karolina.

Y gracias a Dios que Elisabet Silfverstjerna formaba parte del séquito real y se encontraba en aquellos momentos en Windsor. Lo último que necesitaba Wilhelmina ahora era a una Lizzie histérica. Tendría que contárselo, pero antes necesitaba conocer los hechos.

Brita reapareció con dos copas de vino de Oporto. Ofreció la segunda a Margareta. Esta miró a Wilhelmina. La directora hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Por supuesto. Y tome asiento. Cuéntemelo todo.

Margareta esperó a que se cerrara la puerta antes de empezar el relato a partir de la irrupción de Edward en su despacho hasta acabar con el traslado de Karolina a la habitación de Ottilia.

—¿Dónde está ahora Karolina?

—Sigue en la habitación de Ottilia. Anoche, esta durmió en un colchón junto a la cama para que Karolina no se quedase sola.

—¿Ha visto hoy a Karolina?

—No, solo la han visto el doctor Malmsten y Ottilia.

Wilhelmina descolgó de nuevo el auricular.

—Ordene a Ottilia Ekman y Gösta Möller que vengan enseguida a mi apartamento.

—¿Señora? —Margareta dudó antes de continuar—. Creo que Karolina es… especial.

Wilhelmina estudió el rostro de Margareta. ¿Cuánto sabría aquella mujer? Quizá por fin podría averiguarlo.

—¿En qué sentido?

Margareta tragó saliva.

—Creo que podría ser hija de la señorita Silfverstjerna.

Wilhelmina le sostuvo la mirada.

—¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza?

—Es la única explicación que tiene sentido.

—¿A qué sentido se refiere?

—A por qué la señorita Silfverstjerna vive aquí. A por qué su predecesor, el teniente Ehrenborg, insistió en que le diera un puesto a Karolina sin entrevista previa. A por qué se parece un poco a la señorita Silfverstjerna. —Margareta volvió a tragar saliva—. Y un poco a Su Majestad.

—¿Su Majestad?

—Y a por qué el anillo desaparecido era un granate y diamantes. Las piedras preciosas correspondientes a su mes de nacimiento.

Wilhelmina cogió aire y lo soltó.

—¿Ha compartido esta teoría con alguien más?

—No, señora. O, al menos, no creo.

Wilhelmina taladró a Margareta con la mirada.

—¿Cree?

—Hubo un momento en el que me preocupaba mucho poder haberle dicho alguna cosa a Knut la noche que…

—La atacó —dijo Wilhelmina acabando la frase por ella.

—Sí. Pero no porque creyera haberlo hecho, sino porque no recordaba si lo había hecho. Pero han pasado casi tres años y estoy segura de que, a estas alturas, mi marido ya habría vendido la información a alguien.

Wilhelmina coincidía con ella. Knut Andersson no tenía en el cuerpo ni un solo hueso honorable. El timbre de la puerta sonó por segunda vez.

—Dígales que esperen en el vestíbulo —le dijo Wilhelmina a Brita. Se volvió de nuevo hacia Margareta—. ¿Ha tenido hoy algún contacto con Andersson?

Margareta hizo una pausa antes de responder.

—No, señora. —Y continuó—: No he mencionado ni a un alma los orígenes de Karolina. Y si se lo cuento a usted ahora es porque ese joven conde ha agredido a la hija del rey. Y estoy segura de que eso es muy importante.

—Es importante, con independencia de quién sea el miembro de mi personal que haya sufrido un ataque. —Wilhelmina vio la expresión

afligida de Margareta y aflojó el tono—. Pero sí, el hecho de que la víctima sea Karolina complica las cosas.

Tiró de la campanilla.

Entraron Ottilia y Gösta Möller.

Wilhelmina les indicó que tomaran asiento en el sofá.

—Margareta me lo ha explicado todo y, evidentemente, siento muchísimo que un incidente de este calibre se haya producido bajo mi techo. ¿Qué tal está Karolina?

—Hecha todavía un ovillo —respondió Ottilia—. No llora, solo mira la pared… El doctor Malmsten ha dicho que es por el shock y la vergüenza. Pero…

—¿Sí?

—Creo que es también por el miedo a volver a cruzarse con esos hombres. Y por entrar a cualquier habitación y no saber quién está al otro lado de la puerta.

—A esos hombres no volverá a verlos por aquí —dijo Möller—. A menos que la señora Skogh los autorice a entrar de nuevo en el hotel.

Wilhelmina levantó la mano para silenciar a Möller.

—¿Ha comido algo Karolina?

—Un plato de sopa de guisantes anoche y otro hoy a modo de almuerzo —respondió Ottilia—. No ha cenado. Necesita que la convenzan.

—Pues convénzala —dijo Wilhelmina—. Le daremos esta noche, pero después puede que necesite un poco de amor puro y duro.

Möller carraspeó.

—Aun con el riesgo de sonar muy maleducado, ¿podría solicitar, con todos mis respetos, si podríamos discutir los asuntos por los que ha requerido mi presencia? Tanto el restaurante como el bar vuelven a ser esta noche una casa de locos. La situación está así desde que Noruega disolvió la unión. Miles de personas marcharon hacia Djurgården cuando el rey y la reina se refugiaron en el palacio de Rosendal. Y juraría que todos se paran aquí a tomar algo de camino de regreso a casa.

Wilhelmina se quedó mirándolo.

—¿Marcharon hasta el palacio de Rosendal? ¿Para qué? ¿Acaso el

pobre hombre no ha hecho todo lo que ha podido?

—Así es, señora. Las multitudes fueron hasta allí para brindarle su apoyo, y mostrar su desprecio a los noruegos parece que da mucha sed. Los clientes están bebiendo tanto aguardiente de arak que creo que incluso conseguirían reflotar el Vasa, y brindan por el rey y el país como si les fuera la vida. Ayer la cosa empezó a salirse de madre en el bar hasta que Charlie Löfvander intervino.

—¿Salirse de madre, en qué sentido? —preguntó Wilhelmina.

—Un par de bromistas tiraron unos petardos.

Wilhelmina ahogó un grito.

—¿En el nuevo bar? ¿Cómo es posible? Imagino que Löfvander los despacharía sin andarse con rodeos.

—Sí, señora. Henning Halleholm y él se encargaron de echarlos.

—¿Henning Halleholm? ¿Y dónde demonios estaba el resto del personal?

—En la bodega, subiendo más arak, llevando platos y copas sucias a las cocinas. Tomando nota de más pedidos. Todo fue muy rápido. De repente se oyeron dos estallidos y luego dos estallidos más cuando aquellos réprobos tiraron dos petardos más en la acera. Después de eso, la situación se calmó un poco. Yo no estaba presente, pero ya sabe cómo son esas cosas —Möller se encogió de hombros—, las noticias corren.

—¿Y ha corrido la noticia de lo de Karolina?

Möller ladeó la cabeza.

—Solo se sabe que en la habitación 323 pasó alguna cosa. Beda Johansson ha prohibido en el servicio de habitaciones cualquier tipo de conversación al respecto.

—Y yo he hecho lo mismo con el servicio de limpieza —dijo Margareta—. Le he pedido a Josef Starck que prepare unas flores para Karolina. Solo para demostrarle que todos pensamos en ella.

Wilhelmina hizo un gesto de aprobación.

Ottilia intervino entonces.

—Las tenemos en nuestra habitación en un jarrón del Grand Hôtel. Ya sé que va contra las reglas, pero nadie tenía un jarrón y…

Wilhelmina aceptó la disculpa.

—Asegúrese, simplemente, de que el jarrón vuelve a su sitio cuando las flores se marchiten. —Se giró hacia Möller—. Tengo entendido que estuvo presente cuando la policía entrevistó a los tres hombres implicados en la agresión.

—Sí, señora. Y Edward también.

—Supongo que tenía que estarlo. ¿Se le ha dicho que no comente nada con otros empleados sobre lo que vio u oyó?

—Le he dicho que permanezca en su dormitorio hasta nuevo aviso —respondió Möller—. Y Beda Johansson se ha mostrado de acuerdo.

—¿Por qué? Entiendo que Karolina no esté en condiciones de trabajar en estos momentos, pero si ustedes tres —Wilhelmina señaló a Ottilia, Margareta y Möller— son capaces de continuar con su trabajo, también debería serlo Edward.

—Lo es, pero no estaba segura de que usted fuera a autorizarlo a seguir trabajando aquí.

Wilhelmina frunció el entrecejo.

—¿En base a qué?

—En base a que le dio un puñetazo a un huésped.

La mirada de Wilhelmina se clavó en Margareta.

—¿Le importaría explicármelo, señora Andersson?

Margareta se movió con nerviosismo en su asiento.

—Ya le he contado que Edward impidió que dos de los hombres salieran de la habitación. Uno de ellos levantó un puño. Y Edward consiguió asestarle el puñetazo antes.

—¡Dios mío!

—El caballero en cuestión va a presentar cargos —dijo Möller.

El silencio cayó sobre la estancia mientras Wilhelmina digería aquella última revelación. Un empleado del hotel había asestado un puñetazo a un huésped porque el huésped en cuestión había participado en una agresión contra una camarera del servicio de habitaciones.

—¿Va a presentar cargos la policía por la agresión que ha sufrido Karolina?

—Parece poco probable —contestó Möller—. Los caballeros presentes en la habitación negaron tranquilamente los hechos. Es la

palabra de ellos contra la de ella. Tres contra uno.

—Pero el hombre estaba allí medio desnudo —dijo Margareta—. Lo vimos tres de nosotros. ¿Por qué, si no, se habría bajado los pantalones?

—Es su prerrogativa estando en la habitación de un hotel —replicó Möller—. Por favor, no crean ni por un momento que defiendo ese argumento, tan solo informo de lo que se dijo. La policía no cree que un tribunal condene a tres caballeros por lo que pueda haber dicho una criada. Sugirieron incluso que el hombre desnudo podría presentar cargos contra Karolina por haberlo acusado falsamente de agresión.

—¿Acusado? —exclamó Margareta—. Si Karolina no ha dicho ni palabra. En aquel momento era tristemente incapaz de decir nada. Ni siquiera al doctor Malmsten.

—Ni siquiera ahora…, apenas ha hablado —añadió Ottilia.

Wilhelmina miró a Ottilia y a Möller.

—¿Y Edward?

—En el caso de Edward, no hay duda de que hubo un puñetazo. El huésped tiene la mejilla morada y Edward los nudillos hinchados. El huésped no tuvo tiempo de atacar primero.

—Lo cual es una lástima —dijo Wilhelmina—. Un puñetazo en defensa propia sería más fácil de defender.

—Estaba defendiendo a Karolina —indicó Margareta.

—No, no lo estaba. Karolina ya había sufrido la agresión. Edward estaba descargando su rabia sobre el agresor. Lo cual no era su papel. ¿Hay alguna cosa más que deba saber sobre el interrogatorio de la policía?

—No que se me ocurra, señora —respondió Möller—. En el primer cajón de su escritorio encontrará una copia del informe de la policía. Pero parece un poco duro que el joven Edward tenga que pagar por su pecado venial mientras un violador en potencia puede irse de rositas gracias a sus mentiras y su ascendencia. Apostaría mi sueldo de un año a que no era la primera vez que esos tres lo hacían. ¿Quiere que haga algunas preguntas, con suma discreción, por supuesto?

—No. Las preguntas, y muy especialmente las formuladas con

discreción, no suelen aportar pruebas que puedan presentarse ante un tribunal.

—Entendido. ¿Le envío a Edward a su despacho?

—Edward tendrá que aprender la lección. Pero no sin hacer nada. Espero que mañana a las cinco de la mañana empiece a trabajar en la sala de la colada. Y que termine a medianoche. Hasta nuevo aviso. Sin paga.

—Si se me permite protestar —dijo Möller—. La rápida actuación de Edward salvó a la chica de ser violada.

—Estoy segura de que sí. Y el no pensar en sus actos lo llevó a agredir a un huésped.

Möller bajó la vista.

—Sí, señora.

—Y ahora puede regresar al comedor. Le agradezco su ayuda y su discreción, Möller.

Cuando este cerró la puerta, Wilhelmina se volvió hacia Ottilia.

—Entiendo que Karolina tiene miedo.

—Mucho.

—Eso era una afirmación, no una pregunta. La pregunta, de hecho, es la siguiente: ¿qué puedo hacer al respecto? —Wilhelmina se levantó —. No es algo que pueda solucionar esta noche.

Margareta y Ottilia se levantaron también.

—Con su permiso —dijo Ottilia—, me preguntaba si podríamos trasladar el camastro de Karolina a mi habitación. Hay espacio de sobra.

Wilhelmina se quedó pensando. Parecía una solución excelente a corto plazo. Ottilia no podía compartir su cama ni dormir en el suelo de su habitación.

—Muy bien. Pida a los porteros que esta noche le suban un camastro del almacén y hablaremos de nuevo mañana.

50

A la mañana siguiente, sentada detrás de su mesa de despacho, Wilhelmina leyó rápidamente y de cabo a rabo el informe de la policía, y lo leyó una segunda vez. El análisis que Gösta Möller había hecho la noche anterior había dado en el clavo: era posible situar en la escena a los tres bribones, pero ninguno de ellos podía ser designado como responsable de nada, puesto que nadie podía demostrar que la señorita Nilsson hubiera sido despojada de su ropa interior en contra de su voluntad. Asimismo, los moratones que mostraba en la barbilla, los antebrazos y un muslo no podían ser atribuidos a ninguno de los tres caballeros sin dudas razonables —Wilhelmina soltó una carcajada al leer aquello—, puesto que la señorita Nilsson estaba tan conmocionada que no había podido responder a ninguna pregunta.

Wilhelmina dio unos golpecitos de rabia con el dedo sobre el papel. Así que la policía reconocía que a Karolina la encontraron en la cama en estado de shock, un hecho que había quedado confirmado por el doctor Malmsten, pero era incapaz de emprender acciones legales, aun cuando uno de los acusados fue descubierto medio desnudo junto a la cama. El estado de shock de la criada, decía el informe, podía deberse a haber sido descubierta y no a haber sufrido una agresión. La ley, como siempre, estaba firmemente del lado de los hombres.

Y aun así…, el informe habría sido muy distinto si la policía supiera que «la criada» era la hija del rey. La tentación de informar al respecto supuraba por todos sus poros, pero descartó la idea porque era una carta demasiado peligrosa que jugar. Una revelación de aquella envergadura sería una segunda agresión a la intimidad de Karolina; y otro shock de esta magnitud sería más de lo que la pobre criatura podría gestionar en este momento, eso sin mencionar el daño que sin duda le causaría a Lizzie Silfverstjerna. El rey sobreviviría al escándalo; Karolina sería una más de una serie de hijos ilegítimos, pero todo el peso de su ira caería sobre Wilhelmina por irse de la

lengua tan cerca de su casa. Era incluso posible que el rey decidiera romper el contrato del Grand Royal firmado entre la oficina del mariscal de la corte y el Grand Hôtel. Wilhelmina se estremeció solo de pensarlo. La parte del negocio dedicada a los eventos crecía firmemente y el Grand Royal había evolucionado desde ser un sueño a una necesidad. La lujosa ampliación del Grand Hôtel sería el legado de su vida. Nada podía interferir el proyecto.

Pero no le faltaban alternativas. Lo que el joven noble no había recordado cuando decidió arrastrar a Karolina hasta su cama, era que su padre, un conde de lo más cordial, disfrutaba también de la hospitalidad de primera categoría del Grand Hôtel siempre que viajaba a la capital. Wilhelmina conocía bien a su señoría. Mejor arrancar el mal de raíz que simplemente podar un poco las hojas.

Consolar a Karolina, sin embargo, requeriría algo más que un par de llamadas telefónicas. Tenía que hablar con la chica. Wilhelmina unió las puntas de los dedos y siguió pensando. ¿Mejor ir a visitar a Karolina a la habitación de Ottilia o convocarla a su despacho? Wilhelmina miró el reloj. Las nueve. Ahora que ya tenía decidido cómo decorar el Grand Hôtel para la bienvenida del príncipe Gustavo Adolfo y su flamante esposa, tenía muchas cosas que pedir y organizar. Los planos actualizados del Grand Royal que habían llegado durante su ausencia exigían también su atención, y si había que demoler el sótano del Grand Royal durante el otoño, según estaba proyectado, había muchas cosas que preparar en el interior del hotel antes de que empezara el alboroto de las obras. Y todo esto además del trabajo habitual que conllevaba dirigir el mejor hotel del norte de Europa. A sus días les faltaban horas. Pero el trabajo duro era lo que daba felicidad a la vida, el origen de la buena salud y del bienestar, y debía sentirse agradecida de que el estado de las reservas tanto de habitaciones como de eventos siguiera siendo tan saludable. Ya sabía cómo ayudar a Karolina.

La pondría a trabajar como secretaria de Ottilia Ekman. Y esperaba que Lizzie Silfverstjerna estuviera satisfecha con ello.

51

Wilhelmina invitó a Elisabet a su apartamento para cenar. Tal y como Margareta Andersson había dicho, no había manera fácil de comunicar la devastadora noticia, pero al menos aquí, con Brita a mano para servir tanto la comida como las copas, tendrían la intimidad suficiente para que Elisabet pudiera llorar a gusto, tal y como Wilhelmina sospechaba que haría.

Elisabet se presentó a las ocho en punto.

—Mina, qué gusto estar de nuevo en casa, aunque, la verdad, qué estupendamente nos lo hemos pasado en Windsor.

Wilhelmina observó el nuevo rubor que lucían las mejillas de su amiga. El viaje le había sentado bien. ¿Qué era lo que decían? ¿Que un cambio sentaba tan bien como un descanso? Le pasó a Elisabet una copa de Burdeos.

—De maravilla, a tenor de tu aspecto. La boda fue magnífica, según cuentan.

Elisabet se acomodó en el sofá y el sol de verano capturó su cabello rubio platino.

—Preciosa, de principio a fin. Daisy, que así es como llaman en familia a la princesa Margarita, es una delicia. Más una rosa inglesa que una margarita —dijo riendo por su propio chiste.

—Las fotografías que hemos visto en los periódicos son de lo más favorecedoras. Su Majestad debe de estar muy feliz con la elección de su nieto.

—Está encantado. Temíamos que la debacle de Noruega aguara la fiesta, pero creo que estábamos todos preparados para la celebración. Además, Noruega ya está perdida. ¿Qué más podemos perder?

Wilhelmina esbozó una sonrisa y dejó que la pregunta de Elisabet fuera simplemente retórica.

—¿Qué tal fue la travesía? —preguntó.

Elisabet dejó la copa en una mesita auxiliar.

—Me temo que varios de nosotros sufrimos mareos de camino hacia allí. De lo más indecoroso, pero la verdad es que el mar del Norte puede ser cruel cuando soplan vientos fuertes. Pero el viaje de vuelta ha sido mucho más amable. Espero que los recién casados tengan la misma suerte en su viaje a casa.

—Brindaré por ello. —Wilhelmina levantó la copa—. Cuéntame, ¿qué tal Windsor? ¿Es el castillo tan espectacular como dicen?

—Definitivamente, sí. La capilla de San Jorge es un bello ejemplo de la arquitectura británica y el castillo en sí está amueblado de la forma más extravagante. Aunque con un aire de sutil elegancia. —Levantó la mano—. Ya sé que ambas cosas juntas quizá no tengan sentido, pero hay que ver el lugar para poder apreciarlo. Las fotografías no le hacen justicia, y lo mismo sucede con los cuadros de la reina Alejandra. El rey Eduardo y ella le regalaron a la princesa Margarita una tiara exquisita para la boda.

Wilhelmina se sentó en el borde de su asiento.

—¿Has podido conocer al rey Eduardo?

Elisabet negó con la cabeza.

—Saludó y sonrió en dirección a nosotros, pero nadie del séquito sueco acabó hablando con él. La reina Alejandra, en cambio, sí que nos buscó. Creo que estaba encantada de poder hablar en su amado danés. Una mujer fantástica. Dura de oído, pero extremadamente encantadora. Y bien, Mina. ¿Me has invitado a cenar o no? Tengo ganas de disfrutar de la comida casera de Brita. Los ingleses comen bien y son de lo más hospitalarios, pero me alegro de estar de nuevo en casa.

Se instalaron en la mesa.

Elisabet aspiró con agrado el aroma de los espárragos blanqueados y la salsa muselina.

—Una cena de verano perfecta.

—Me gusta complacer —dijo Wilhelmina secamente.

—Y lo consigues. Y ahora cuéntame tú. ¿Qué tal el viaje a Berlín?

—Muy exitoso. —Lo cual no era mentira. Elisabet no le había preguntado qué tal estaban las cosas después de su regreso de Berlín —. La ciudad, por supuesto, estaba maravillosamente engalanada con

bellísimas rosas de imitación dispuestas en preciosos jarrones de oro en lo alto de pedestales. Me parecieron admirables, pero lo que más me intrigó fue cuando después de un fuerte chaparrón vi que parecían más frescas que nunca.

—Caramba. ¿Y cómo estaban hechas?

—Eso fue justo lo que quise averiguar —respondió Wilhelmina—. De modo que la mañana de mi partida coloqué un pequeño alambre en la punta de mi sombrilla y salí temprano del hotel con la intención de birlar una de las rosas del jarrón que había justo en la puerta. Unter den Linden estaba desierto, pero se me enganchó el alambre y fui incapaz de sacar de allí mi sombrilla.

—Mina, cómo eres. —Elisabet se echó hacia atrás para reír—. ¿Y si te hubieran visto?

—Tranquila, que me vieron. De pronto llegó un policía con cara de malas pulgas y entré corriendo al hotel. —Wilhelmina bebió un trago de vino—. Me siguió.

Elisabet se llevó la mano a la boca para controlar la risa.

Wilhelmina continuó, puesto que Elisabet parecía incapaz de seguir conversando.

—Me preguntó qué estaba haciendo y yo, sin nada que perder, le expliqué que Estocolmo también iba a celebrar la boda de un príncipe, que las rosas alemanas me habían dejado impresionada y que quería entender cómo estaban hechas para utilizar algo similar en el Grand Hôtel. La noticia cambió por completo su actitud. Volvimos a salir, y esta vez me ayudó a retirar tanto una rosa como mi sombrilla. Además, bajó también el jarrón dorado, y entonces fue cuando descubrí que los jarrones no eran de metal, sino de cartón barato. He hecho un pedido a Berlín de un montón de jarrones de esos.

Elisabet no podía parar de reír.

—Mina, serías capaz de convencer a un agente para que se quedase en calzones. ¿Y cómo estaban hechas las rosas?

—Están confeccionadas con seda y luego sumergidas en un baño de parafina. He ordenado que las hagan a miles aquí en Estocolmo.

—¿Dónde las colocarás?

—Por toda la fachada del Grand Hôtel.

Elisabet aplaudió.

—Qué maravilla. Eres inteligente. Será un día memorable.

Lo sería, pero tenía aún pendiente contarle a Elisabet lo de Karolina.

La sonrisa de Elisabet se transformó en una mirada de preocupación.

—¿No será memorable?

Había llegado el momento.

—Lizzie, hay algo que debes saber. Volvamos a la sala de estar y te lo contaré mientras tomamos el café. Le pediré a Brita que nos traiga unos coñacs.

—Dios mío. Esto suena muy serio.

Quince minutos más tarde, el aullido que emitió Elisabet no se parecía en nada a cualquier cosa que Wilhelmina hubiera oído hasta la fecha. Luego llegó el enfado.

—Voy a ir a contárselo a Su Majestad enseguida. Jamás aceptará que un hombre haya puesto una mano prohibida sobre su hija.

Wilhelmina le pasó a Elisabet su copa de coñac, que había dejado previamente en la mesa auxiliar.

—Toma una copa, el calor te ayudará a calmar los nervios.

Elisabet bebió. Tragó y esbozó una mueca.

—Mis nervios están de maravilla. Es a mi hija a la que han violado. A su hija.

—Sí, pero revelar esto justo en este momento podría hacer más mal que bien. Créeme, revelar la verdad a la policía fue también mi primera idea.

Los ojos llenos de lágrimas de Elisabet centellearon.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Para proteger tu precioso hotel?

Wilhelmina se esforzó por mantener un tono de voz empático y a la vez firme. Lo último que cualquiera de las dos necesitaba ahora era un altercado.

—Porque es una verdad que no debo revelar yo. Y, entre tanto, he puesto por encima de todo los intereses de Karolina.

—¿Y cómo has hecho eso? —preguntó Elisabet con dureza.

—Ottilia Ekman me contó que entrar en la habitación de un caballero alojado en el hotel se había convertido en el mayor miedo

de Karolina, de modo que…

—De lo más comprensible, por supuesto.

—Así que ahora Karolina trabaja como secretaria de Ottilia en el departamento de banquetes. Las ventajas de esta solución son dos. En primer lugar, a diferencia de lo que sucedería si siguiera trabajando en el servicio de habitaciones, Karolina nunca volverá a estar a solas en una habitación con un huésped.

—¿Y la segunda?

—Que podrá seguir compartiendo habitación con Ottilia sin que ninguna de las chicas de su antiguo departamento, que comparten un dormitorio mucho más numeroso, pueda poner ninguna objeción.

—¿Y está satisfecha mi hija con esta solución?

—Su reacción inicial fue de alivio al saber que nunca más tendría que pisar la tercera planta. Y ahora me cuenta que está disfrutando mucho aprendiendo los entresijos del departamento de banquetes.

—Gracias. No todos los directores se habrían mostrado tan comprensivos.

—Vamos, Lizzie. Karolina es una empleada muy valiosa. Y eso incluso sin tener en cuenta el aspecto adicional de que sea tu hija.

Elisabet consiguió sonreír a regañadientes mientras hacía girar el coñac en el interior de la copa.

—Pero, aun así, esos jóvenes se han ido de rositas —dijo por fin, y esta vez, la amargura superó su rabia.

—No del todo —replicó Wilhelmina—. Tuve…, digamos que tuve una conversación muy franca con el padre del joven.

Elisabet levantó la cabeza.

—¿Con el conde?

—Sí. Está tan decepcionado con su hijo como nosotras. Sospecho que no es la primera vez que el joven ha sido sorprendido con los pantalones bajados. Le aseguré al conde que no presentaría más cargos a la policía siempre y cuando él pudiera garantizarme que Karolina no correría el riesgo de tropezarse de nuevo con su hijo por Estocolmo. Y me lo garantizó. Al menos a corto y medio plazo. Por mi parte, le prometí castigar a Edward a cambio de que se retiraran todos los cargos contra él.

Elisabet estaba furiosa.

—Como debería ser. Edward salvó a Karolina.

—Es evidente.

—Confío en que no lo hayas despedido.

—Por supuesto que no. Pasó tres largos días en la lavandería y sin paga. Lo cual sirvió para cumplir mi parte del trato con el conde. Después le entregué a Edward una recompensa económica por los valientes servicios prestados al Grand Hôtel.

Elisabet la miró a los ojos.

—¿Aproximadamente por el importe de tres días de sueldo?

Wilhelmina sonrió, aliviada al ver que el color había vuelto a las mejillas de su amiga.

—Aproximadamente.

—Mina, ¿qué ha dicho Karolina sobre la agresión?

—Que yo sepa, nada por el momento. Y no ha derramado ni una lágrima. Reconozco que es preocupante.

Dio la impresión de que Elisabet volvía a desmoronarse.

—Tengo que hablar con Karolina.

Wilhelmina hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Debes confiar en que Ottilia y yo cuidaremos de ella.

—Esa es la tarea de una madre.

—Karolina —dijo con cautela Wilhelmina—, ella no es consciente de que tenga una madre. De lo que sí es consciente es de que tiene buenas amigas en las personas de Ottilia, Margareta, Beda, Torun y Märta. Y hasta cierto punto, también en mí.

—¿Y qué quieres decir con esto? —preguntó Elisabet.

—Que cuando esté preparada para abrirse, probablemente lo hará con Ottilia. Pero, hasta que llegue ese momento, poco más podemos hacer.

52

A mediados de septiembre, con las antiguas caballerizas reales demolidas y el solar limpio, la parte posterior del Grand Hôtel temblaba desde un amanecer cada vez más tardío hasta un anochecer cada vez más temprano mientras martillos neumáticos y dinamita abrían el suelo para preparar los nuevos cimientos.

El ruido ensordecedor en Stallgatan obligaba a Margareta a tener que taparse los oídos con las manos. Le dijo a gritos a Gösta Möller:

—He pensado que podríamos ir a Källaren Stjärnan.

Gösta movió la cabeza en un gesto afirmativo y seguramente dijo «espléndido», aunque su respuesta quedó silenciada por el chillido agudo de otro martillo neumático.

Margareta se lo había pensado largo y tendido antes de invitar a Gösta a Källaren Stjärnan para celebrar su cuarenta cumpleaños. Josef la había llevado allí varias noches que habían salido —razón por la cual estaba segura de que el restaurante situado en Gamla Stan era uno de los pocos lugares decentes que podía permitirse ahora que le pasaba a Knut la mitad de su salario—, pero aunque Gösta no era más que un buen amigo y un compañero de trabajo, no podía evitar una punzada de recelo al pensar que estaba engañando a ambos hombres, a pesar de que no había una relación explícita entre Josef y ella. O, al menos, aún no la había.

Cuando llegaron al puente de Norrbro, el ruido se esfumó.

Margareta exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios.

Gösta la cogió por el brazo.

—Esto es un detalle increíble por su parte. No tenía ni idea de cómo pasar esta noche, con todos mis colegas trabajando.

—Que no estén ellos es todo un placer. No podía permitir que celebrara solo una fecha tan importante. Se ha portado conmigo como un verdadero amigo, Gösta Möller.

—Eso espero. Y lo mismo digo.

La sonrisa de Gösta caldeó el corazón de Margareta mientras rodeaban el Palacio Real y seguían por Skeppsbron. Al otro lado del puerto, las luces de gas de Strandvägen parpadeaban bajo el cielo crepuscular. Una gaviota solitaria lanzó un grito al viento. El otoño había ganado la batalla contra los últimos días de verano y desde el agua soplaba una brisa fresca. Pero, a pesar de ello, Margarita se sentía feliz.

Doblaron la esquina de Packhusgränd, liberándose por fin del viento, y enfilaron un corto pasaje adoquinado hasta llegar al 45 de Österlånggatan. Gösta le abrió la puerta.

En el interior, el ambiente cargado de humo se combinaba con los deliciosos aromas a comida saludable. Un camarero los acompañó hasta la mesa que Margareta había tenido la previsión de reservar. Y se alegró de haberlo hecho al ver lo concurrido que estaba el restaurante. Y, de pronto, se quedó helada.

—Santo cielo, allí está Josef Starck —dijo Gösta—. Deberíamos acercarnos a saludarlo. No me apetece que el colega piense que estamos ignorándolo.

Margareta siguió a Gösta hasta donde Josef estaba sentado en compañía de una señora de su edad. ¿Quién sería esa mujer? No la reconoció de nada. No era, por lo tanto, una compañera de trabajo.

Gösta saludó a Josef dándole una palmada en la espalda.

—Buenas noches, Josef, me alegro de verlo por aquí.

—Me alegro también —respondió Josef, empleando un tono de voz que dejaba patente que no se alegraba en absoluto de coincidir con Margareta y Gösta.

—¿No va a presentarnos? —le preguntó Gösta al florista.

—Les presento a Maj.

—Estamos celebrando nuestro aniversario de boda —les explicó Maj. Les tendió la mano—. Maj Starck.

Margareta contuvo un grito. Estrechó fugazmente la mano de Maj antes de tirar de la manga de la chaqueta de Gösta con la fuerza suficiente como para obligarlo a volver a su mesa.

—Tranquila —dijo Gösta—. Esa mujer solo pretendía ser amable.

Tomaron asiento. Margareta se inclinó hacia delante y le dijo en voz baja a Gösta:

—¿No lo ha visto? Lleva el anillo de la señorita Silfverstjerna.

Gösta levantó las cejas de golpe.

—¿Está segura?

—Segurísima.

Gösta estaba sentado de espaldas a Josef, pero Margareta podía ver bien a Maj y el anillo que brillaba a la luz de las velas.

Llegó el camarero con la carta.

—¿Les apetece beber algo?

Margareta dirigió a Gösta una mirada cargada de intención: ¿Qué hacemos?

Gösta miró al camarero.

—Por supuesto. ¿Margareta?

Margareta pidió lo primero que le vino a la cabeza.

—Una copa de tinto de la casa, por favor.

—Lo mismo para mí. —Gösta se levantó—. Discúlpeme, Margareta, pero tengo que salir un momento.

Margareta pasó diez incómodos minutos como una mujer sentada sola a una mesa. Evitó cruzar miradas con la gente que llegaba y que no la había visto antes con un caballero, incapaz de alejar sus pensamientos de Josef Starck. Apenas podía controlar la rabia que hervía en su interior. ¿Casado? ¿Ladrón? ¿Sabría Maj que llevaba un objeto robado? Toda la angustia que había rodeado el robo de aquel anillo había sido provocada por aquel hombre. Todas las sospechas. Todas las falsedades. No le extrañaba que prefiriera vivir fuera del hotel. Apenas tenía tiempo para salir alguna noche. Le entraron deseos de abofetearlo. Y con fuerza. ¿Y dónde se había metido Gösta? O, mejor dicho, ¿qué estaría haciendo? Josef y Maj estaban aún por el plato principal, pero podían marcharse en cualquier momento si Josef caía de repente en la cuenta de que ellos podían haber visto el anillo. Se quedó con la mirada clavada en la espalda de Josef por enésima vez, sin poder creer que hubiera llegado a ser tan estúpida. Y que él lo fuera también. ¿A qué hombre se le ocurriría llevar a dos mujeres distintas a un restaurante tan pequeño como aquel? ¿Estaría

buscándose problemas? Pues ahora, los problemas lo habían encontrado a él.

Gösta regresó a la mesa tan tranquilamente como se había marchado. Levantó la copa.

—Brindemos, Margareta. A su salud y porque la señora Skogh disfrute de una buena noche en el hotel.

El pulso de Margareta volvió a acelerarse. De modo que, durante su ausencia, se había puesto en contacto con el Grand Hôtel. Le devolvió el brindis.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias. Nuestros amigos llegarán pronto y el jefe de camareros les mostrará la mesa adecuada. —Gösta se pasó la lengua por los labios—. Un vino de la casa más que correcto. ¿Pedimos?

Margareta se quedó maravillada al ver cómo Gösta atacaba su bistec con patatas servido sobre una tabla de madera. Ella solo podía comer a pequeños bocados y sin quitarle el ojo a Josef Starck.

—Ha pedido la cuenta —le dijo en voz baja a Gösta—. ¿Qué hacemos?

Y esta vez miró con intención al jefe de camareros: ¡Entreténgalo!

El jefe de camareros se acercó entonces a su mesa.

—Sus invitados han llegado —dijo en voz baja—. Están esperando fuera.

Josef y Maj se levantaron en aquel momento de la mesa y caminaron hacia ellos.

—Buenas noches —dijo Maj—. Ha sido un placer conocerlos. Nos vamos ya, para continuar nuestra noche especial.

Josef emitió un gruñido y empujó a su esposa hacia la puerta. Y el repentino alboroto que se produjo en el exterior del restaurante causó un revuelo dentro.

—¿Qué demonios sucede? —preguntó un cliente.

—Nada de lo que preocuparse —explicó el jefe de camareros a toda la sala—. No es más que alguien que va a recibir el postre que se merece.

Cuando Margareta y Gösta llegaron al hotel fueron bienvenidos como héroes.

La señora Skogh los recibió en el pasillo de Stallgatan.

—Suban a mi despacho. El inspector Ström está allí con la señorita Silfverstjerna.

—No sé cómo darles las gracias —dijo Elisabet Silfverstjerna, cogiéndoles a ambos las manos—. De verdad creía que el anillo se había perdido para siempre.

Levantó el dedo con el anillo para que todos pudieran admirarlo.

—Y noventa y nueve veces entre un centenar habría sido así —dijo el inspector Ström. Margareta lo reconoció como el hombre que había estado en el hotel cuando desapareció el anillo—. Es un caso de suerte excepcional. Yo, que ustedes, compraría un boleto de lotería. Señora Skogh, confío en que el hotel no vuelva a necesitar mis servicios en mucho tiempo. Me despido de todos ustedes. Buenas noches.

Salió por la puerta en el mismo momento en que llegaba Beda con una botella de Moët.

—Me he enterado de que tenemos además otra celebración —dijo la señora Skogh mientras Beda servía—. Feliz cumpleaños, señor Möller.

Gösta aceptó la copa.

—Muchas gracias. Esta noche me he sentido muy mimado.

Margareta nunca había visto a Gösta ruborizado. Sonrió. Aquel buen hombre incluso había intentado pagar por su cena de cumpleaños. Ni Knut ni Josef habrían hecho jamás una cosa así.

—Pues debe permitirme que lo mime una vez más —dijo Elisabet—. Me imagino que la cena de esta noche no habrá sido muy relajada, por lo que me encantaría que los dos disfrutaran de una buena cena en Operakällaren la noche que ustedes elijan. A modo de agradecimiento.

Gösta levantó la mano.

—La verdad es que no es…

—Oh, sí, sí que lo es —dijo la señora Skogh—. Incluso les daré una noche libre extra. Bebamos por lo que ha dicho el inspector Ström. Esperemos que no tenga que volver a pisar el Grand Hôtel en mucho tiempo. *Skål!*

53

A última hora de una tarde de noviembre, Karolina cruzó el vestíbulo. Le gustaba la libertad que le proporcionaba el uniforme de color borgoña del departamento de banquetes. Ahora que su aspecto era más de una huésped que de una criada, podía ser vista en las áreas públicas de la planta baja. Adoraba aquel vestido, le encantaban sus mangas abullonadas y el crujido de la seda. Y le gustaba también aquella hora del día, cuando las luces titilaban y bailaban sobre la madera de caoba y los pilares de mármol, y el sonido de las copas y el zumbido de los comensales satisfechos emergían del comedor y se entremezclaban con las melodías del piano bar contiguo. Sus pies no hacían ningún ruido sobre la mullida moqueta y sentía el cuerpo agradablemente cansado, aunque no agotado. Sonreía y saludaba de forma instintiva a cualquier huésped que viera. Siempre le devolvían el gesto. Pero, por dentro, se notaba desconectada de todo aquello. O más bien sentía como si las sonrisas rebotaran contra una barrera de cristal que la envolvía. Era capaz de escuchar e interactuar con la gente, de desempeñar las tareas de su nuevo puesto —en el que disfrutaba, porque los días siempre eran distintos y porque Ottilia, aun siendo una profesional como la copa de un pino, era una compañera de trabajo divertida—, pero nadie podía tocarla y ella tampoco podía tocar a nadie. Le gustaría que todo fuese distinto.

Aquella noche debía de haber un nuevo pianista tocando. La música que había elegido no tenía nada que ver con el repertorio habitual de canciones y piezas populares. Karolina se acercó a un pilar y desde allí observó cómo se movía el pianista al ritmo de la música; una pieza casi alegre pero de sonido clásico. Le gustó, y percibió que el público estaba tan atento que se había hecho el silencio. Rodeó el pilar para poder ver mejor al atractivo intérprete, que lucía un bigote francés y vestía chaqueta larga y pantalón de raya diplomática. El pianista levantó la vista y le dirigió un saludo casi imperceptible, y sus manos

siguieron tocando aunque sus ojos estuvieran distraídos en otra cosa. La música se transformó de pronto en una pieza más melancólica que, poco a poco, llegó a su fin. Se produjo una ronda de aplausos y los comensales y la gente que simplemente tomaba una copa retomaron sus conversaciones.

El músico le indicó a Karolina que se acercara.

—La he hecho llorar.

Karolina se llevó la mano a la mejilla y vio que la tenía húmeda.

—No me había dado ni cuenta.

El pianista sonrió.

—Yo sí, ¿señorita…?

Karolina retrocedió un paso. Por mucho que fuera un nuevo empleado del hotel, y que sus manos volaran tan bellamente sobre las teclas, prefería mantener una distancia de seguridad.

—Nilsson. Señorita Nilsson. Karolina.

—Pues usted, señorita Nilsson, me ha alegrado la noche. La semana, incluso.

Karolina lo miró intrigada.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Respondiendo de un modo tan inconsciente a mi música.

—Era precioso. Tanto su forma de tocar como las piezas. ¿Qué eran?

—Unos extractos de una nueva opereta que lleva por título *La viuda alegre*. —Volvió a sonreír—. ¿Le gusta la ópera, señorita Nilsson?

—No lo sé. Nunca he visto una ópera.

—¿Le gustaría ver una? Tienen una ópera preciosa justo al otro lado de la calle.

Karolina se llevó la mano al pecho.

—Señor. No creo que la ópera sea para gente como yo.

—La ópera, señorita Nilsson, es para todo el mundo. Creo que le gustaría. La ópera gira en torno a la música y las emociones, pero a la vez es muy… —Miró a su alrededor antes de obsequiarla con otra de sus atractivas sonrisas—: Grandiosa.

Karolina rio.

—Me atrevería a decir que seguramente me gustaría. Pero yo soy

como usted, trabajo aquí. No soy una huésped elegante.

La respuesta le hizo gracia al pianista.

—Pues sus oídos son muy elegantes.

—Mis oídos saben lo que me gusta oír. Y me ha gustado oírlo tocar.

Un hombre mayor que Karolina reconoció al instante llegó junto al piano. El pianista se levantó.

—Lo siento, viejo amigo. No he podido resistir la tentación al ver que el taburete estaba libre.

El hombre mayor entrecerró los ojos, riendo.

—De haberlo sabido, me habría quedado a escuchar.

El pianista hizo una reverencia.

—Es usted muy amable. Buenas noches. Señorita Nilsson. Confío en que le dé una oportunidad a la ópera.

Hizo otra breve reverencia en dirección al hombre de más edad y se marchó.

Karolina se quedó mirándolo y luego se volvió hacia el pianista habitual del Grand Hôtel.

—¿Quién era ese hombre?

—Franz Lehár. Es director de orquesta, pero también compositor. Supongo que no sabe lo que ha tocado.

—Algo titulado *La viuda alegre*. Encantador.

El pianista habitual sonrió de oreja a oreja.

—No lo había oído nunca. Maravilloso.

Dos días más tarde, Gösta Möller interceptó a Karolina.

—Un huésped me ha pedido que le diera eso cuando se hubiera marchado.

Le entregó un sobre rígido de color crema con el nombre «Señorita Karolina Nilsson» escrito en letra ondulante.

—¿Qué huésped?

—¿Por qué no lo abre y lo ve?

Karolina sacó del sobre tres hojas de papel. Dos eran entradas para una representación de *Carmen* en la Real Ópera de Suecia el 29 de diciembre. El tercero era una nota del misterioso remitente: «Estimada

señorita Nilsson. Acepte, por favor, estos billetes junto con mi humilde agradecimiento por su sincera crítica. F. L.».

A Karolina le temblaron las manos.

—¿Franz Lehár?

—El gran Franz Lehár en persona.

—No podré ir.

—¿Por qué no?

—Porque la señora Skogh jamás me lo permitiría. —Karolina miró a los ojos a Gösta—. Además no tengo nada que ponerme.

54

Beda convocó a las chicas a una reunión en el Blanch's Café. En cuanto les hubieron servido el vino, explicó a las presentes que no eran empleadas del Grand Hôtel el motivo de tan repentina cita. En muchos sentidos, reflexionó Ottilia, la gregaria Beda se había convertido en la líder natural del grupo, lo cual les venía bien a las dos.

—Nuestra Karolina ha sido invitada a asistir a la ópera —dijo Beda, para informar a Torun y a Märta—. Por herr Franz Lehár, nada menos.

Torun y Märta intercambiaron una mirada.

—¿Quién? —preguntaron a coro.

—Un compositor —les explicó Beda—. Nuestro pianista había oído hablar de él.

Karolina se sonrojó hasta las raíces de su pelo rubio.

—No voy a ir con el señor Lehár. Pero me ha regalado dos entradas y la señora Skogh ha dicho que podía ir si iba y volvía directamente, sin entretenerme con nada.

—¿Y por qué un huésped del Grand Hôtel tendría que regalarle dos entradas a Karolina? —La voz de Märta era tan confusa como su expresión.

—Vete tú a saber, pero eso da igual. Lo que importa ahora es una cosa —dijo Beda, tamborileando sobre la mesa—: con quién irá y qué se pondrá.

—Eso son dos cosas —dijo Torun—. No es muy propio de ti equivocarte en las sumas, Beda. —Sonrió al ver la cara de enojo de Beda—. Tranquila, que solo te tomo el pelo. Una noche en la ópera será una maravilla, Karo.

—¿Verdad que sí? —apuntó Ottilia—. Ya le he dicho a quién pienso que debería llevar como acompañante. —Miró una a una todas las caras de curiosidad—. A Edward, naturalmente.

—Me parece una idea espléndida —convino Margareta—. Hacéis

muy buena pareja.

Karolina se ruborizó.

—No somos ninguna pareja.

Beda la miró con exasperación.

—Lo único que quería decir Margareta es que por una noche puedes ser una mujer muy guapa del brazo de un hombre atractivo. No te está pidiendo que elijas iglesia y nos prometas quién será la madrina de tu primer hijo.

Karolina rio a pesar del horror que le había producido de entrada ser considerada la mitad de una pareja.

—Todas podréis ser las madrinas de mi primer hijo. —E ir acompañada por Edward le parecía la mejor solución al espinoso problema de tener que elegir solo una de sus amigas. Además, Edward se había ganado su plaza. Nunca había encontrado las palabras adecuadas para darle las gracias por salvarla aquel espantoso día de junio. Nunca se lo había mencionado, ni a Edward ni a nadie, la verdad. Tal vez una entrada para la ópera dijera mucho más de lo que podían decir las palabras. Se le ocurrió entonces una posibilidad—. A lo mejor no quiere ir.

—¿Por qué no iba a querer ir? —replicó Torun—. No es que estés invitándolo a escuchar una conferencia de Karolina Widerström sobre anatomía femenina. Lo cual sería de lo más interesante, por cierto. —Se volvió hacia Ottilia—. Le he escrito a nuestra Birna. Si de verdad quiere llegar a ser médico…

—O comadrona —dijo Ottilia.

Torun esbozó un mohín de determinación.

—Médico. Birna ha querido saber por qué desde que mamá murió. Y creo que ahora está resignada a no averiguarlo nunca… ¿Cómo iba a hacerlo? Han pasado cuatro años. Aunque Birna siempre dice que no quiere que más familias pierdan a su madre si ella puede hacer algo al respecto. Está decidida a ser médico de mujeres.

—Me parece de lo más admirable —dijo Margareta—. Y comprensible.

—No lo sabía —admitió Ottilia.

¿Cómo era posible que hubiera perdido hasta tal punto el contacto

con Birna? Decidió que haría el esfuerzo de ir a visitar Rättvik en primavera. O quizá invitaría a Birna a Estocolmo. ¿Podría alojarse en el piso de Torun y Märta? Quizá. Aunque no tendrían habitación para su padre y Victoria. No, mucho mejor que fuera ella la que se desplazara a Rättvik para visitarlos a todos.

—Ejem —interrumpió Beda, con exageración.

Ottilia volvió a concentrarse en el asunto que las había reunido allí.

—Lo siento.

—Me aseguraré de que Edward tiene la noche libre el 29 —continuó Beda—. Lo cual nos lleva al complicado problema de qué se pondrán nuestros amantes de la ópera.

Karolina tomó la palabra.

—Podría ponerme mi…

—No —dijo Märta—. Sé que te encanta ese vestido de color borgoña, pero su corte habla a gritos de trabajo, no de placer. —Tamborileó con los dedos en su barbilla—. Pero lo que sí podría hacer es hablar con alguna de las mujeres del atelier francés de alta costura de Nordiska Kompaniet. Reciben vestidos de muestrario y sé que de vez en cuando les encuentran alguna tara minúscula que hace imposible poder venderlos a las clientas. La mayoría de esas taras apenas se ven, pero Kompaniet jamás correría el riesgo de poner en peligro su impecable reputación. Sé que muchas mujeres que trabajan en los grandes almacenes han conseguido autorización para poder comprar ese tipo de prendas.

—Espléndido —dijo Beda—. Sabía que podía confiar en ti. ¿Y qué hacemos con las botas, los guantes y el sombrero?

—Si el vestido es de falda ancha, nadie se fijará en las botas —observó Margareta.

—Las botas del departamento de banquetes son nuevas —dijo Karolina—. Si las lustro bien tienen un brillo maravilloso.

—La piel de calidad siempre tiene un brillo maravilloso si se lustra correctamente —le explicó Märta—. Yo tengo unos guantes que podría prestarte. Negros. Van bien con todo excepto con colores pastel, y nadie iría vestido con colores pastel para asistir a la ópera en diciembre.

—Lo cual nos deja solo con el sombrero —dijo Ottilia—. Pero hasta que no sepamos el color del vestido…, no podemos saber el color del sombrero.

Se hizo el silencio en la mesa mientras todas pensaban.

—Un momento —dijo de repente Märta—. El sombrero tiene que quedar bien con el abrigo.

—Yo tengo un abrigo negro nuevo que podría prestarte —ofreció Margareta—, y en la sala de objetos perdidos hay un montón de sombreros negros.

—Y yo tengo un collar de perlas que va bien con todo —añadió Ottilia.

Karolina sofocó un grito.

—Eso sí que no podría ponérmelo. Era de tu madre.

—Estoy segura de que estaría muy feliz si supiera que se lo he prestado a una joven que va a acudir a la ópera por primera vez. ¿Qué opinas, Torun?

—Mamá aplaudiría siempre a una joven que hace algo por primera vez.

—Vuestra madre debía de ser maravillosa.

La melancolía de la voz de Karolina amenazó con sumir al grupo en la tristeza.

—Pues ya lo tenemos —dijo Beda—. Tema ópera solucionado.

—¿Y Edward? —preguntó Märta—. No estoy segura de que pueda preguntar en Nordiska Kompaniet si tienen alguna cosa para él. Mi amigo del departamento de equipajes no lleva suficiente tiempo allí como para poder ayudarme, y tampoco me apetece mucho pedirle que pregunte.

—Creo que en esto tendremos que pedirle ayuda a Gösta Möller —sugirió Margareta—. Seguro que Edward puede coger prestado un sombrero de copa y un frac del hotel.

Ottilia se quedó boquiabierta.

—No sabía que tuviéramos sombreros de copa.

—Oficialmente no tenemos, pero en la sala de objetos perdidos reunimos como mínimo una decena al año. Y empiezan a ser un problema. Demasiado valiosos para tirarlos y demasiado voluminosos

para guardarlos.

—¿Qué tal fue la cena en Operakällaren? —le preguntó Märta a Margareta—. Sinceramente empezaba a pensar que no iríais nunca.

—Y no pensábamos ir —confesó Margareta—. Tanto Gösta como yo nos sentíamos un poco incómodos aceptando un regalo tan generoso, de modo que nos olvidamos del tema. Pero entonces nos enteramos de que la señorita Silfverstjerna había gestionado una fecha libre para nosotros con la señora Skogh y había reservado una mesa. Y me alegro de que lo hiciera. La velada fue deliciosa y todo un detalle por parte de la señorita Silfverstjerna. Solo hicimos lo que cualquier persona honrada hubiera hecho.

—E invitaros a cenar era lo mínimo que podía hacer después de haber recuperado el anillo —dijo Karolina.

Hubo murmullos en toda la mesa mostrándose de acuerdo con las palabras de Karolina.

—¿Tenemos noticias de Josef Starck? —preguntó Torun.

—Está a la espera de juicio —respondió Margareta—. El inspector Ström cree que será sentenciado a trabajos forzados.

—¿Y su mujer? —preguntó Märta.

—La última vez que oímos hablar del asunto seguía diciendo que no estaba al corriente del robo.

—Que no estaba al corriente, ¡ja! —exclamó Beda—. Es una lástima que acabara resultando un tipo tan miserable. No te merecías eso.

Aquel comentario sincero resultó extrañamente catártico para Margareta.

—No —dijo—. No me lo merecía.

—¿Y qué tal está tu monsieur Blanc? —le preguntó Märta a Beda.

—Ojalá fuese mi monsieur Blanc. O eso es al menos lo que pensaba antes. Porque ahora no estoy tan segura. A menos que hablemos de vino y comida, no hablamos de nada más. De hecho —bajó la voz—, estoy empezando a preguntarme si juega en el otro bando.

Cinco caras sorprendidas se miraron entre ellas.

—Venga —dijo Beda—. Sinceramente, ¿no se os ha pasado nunca por la cabeza?

—Lo que a una le pase por la cabeza y lo que le salga de la boca no

tiene por qué ser lo mismo —opinó Margareta.

Beda puso cara de ingenuidad.

—¿Estás defendiendo las mentiras piadosas, señora Andersson?

—Lo que estoy defendiendo es el decoro —replicó Margareta. Y se echó a reír—. Beda Johansson, acabarás matándome.

—Mejor será que no vuelva al servicio de limpieza.

Y con una sonrisa, Beda levantó la copa para brindar con su antigua supervisora y el resto de la mesa.

55

El último viernes del año, Wilhelmina y Elisabet vieron desde la ventana del despacho de Wilhelmina a Karolina y Edward cruzar Kungsträdgårdsgatan y seguir en dirección a la Real Ópera de Suecia.

—Van a disfrutar de una velada fantástica —dijo Elisabet—. Y hacen una pareja preciosa.

—La verdad es que sí.

Una única lágrima rodó por la mejilla de Elisabet.

—Podría haberme ocupado de vestirla. Debería haberme ocupado de vestirla.

Wilhelmina cerró la boca con fuerza. De haber sido consciente de que Elisabet se pondría tan melancólica, se lo habría pensado dos veces antes de invitarla a su despacho justo en el momento en que Karolina y Edward estaban casualmente allí con el pretexto de que Wilhelmina se asegurase de que estaban correctamente acicalados. En la ópera podía haber también huéspedes del Grand Hôtel.

—Las amigas de Karolina se han encargado de vestirla adecuadamente —dijo.

—Pero ¿lleva realmente algo que sea de ella?

Wilhelmina contuvo una sonrisa al ver lo acongojada que estaba Elisabet por la propiedad del atuendo que llevaba Karolina. No pudo resistir la tentación de responderle en tono burlón.

—Las botas y medio vestido. Creo que Märta Eriksson ha conseguido el vestido por cuatro chavos. Y como Karolina y Ottilia son de la misma talla, han decidido dividir la factura y compartirlo. Creo que se han hecho con una ganga en todos los sentidos. El corte es tan clásico como favorecedor, y el azul marino nunca pasa de moda. Dicho esto, no tengo ni idea de cuándo piensan que podrán lucirlo. Pero ¿qué culpa tienen estas hermosas y jóvenes señoritas de querer aunque sea la mitad de un vestido?

Wilhelmina contuvo la respiración al ver que, a lo lejos, Edward

perdía un poco el equilibrio sobre la calle helada. Karolina lo agarró por el brazo y los perdieron finalmente de vista.

—Podría llevar a mi hija a una cantidad enorme de lugares donde tuviera la posibilidad de lucir un vestido bonito —dijo con amargura Elisabet. Resbaló por su mejilla otra lágrima—. Le habría comprado encantada un vestido solo para ella y un abrigo a juego. Un sombrero. Incluso su propio collar de perlas. O, al menos, le habría prestado uno mío.

—Todo a su debido tiempo.

—¿A su debido tiempo? En octubre cumplirá los veintiuno. —Elisabet miró fijamente a Wilhelmina—. Me parece que el rey se ha ido apaciguando con el paso de los años.

Wilhelmina intentó replicar con cautela.

—Tal vez tengas razón. Pero ¿tolerará sentirse engañado o desafiado? Porque sin duda creerá que tu actitud conlleva una de esas dos cosas.

Y con la colaboración de Wilhelmina, además. Los cimientos del Grand Royal estaban ya muy avanzados, pero el edificio que se construiría sobre ellos podía aún ser utilizado con otro fin si Wilhelmina perdía el favor de la corte. ¿Podía el rey romper un acuerdo? Parecía muy improbable, pero lo que a buen seguro sí estaba en condiciones de hacer era retrasar el proceso mientras los tribunales dictaban su veredicto.

Elisabet suspiró.

—El trabajo de toda madre consiste en proteger y cuidar de sus hijos. Y yo no he podido hacer ni lo uno ni lo otro.

Consciente de que estaba de nuevo en terreno trillado, Wilhelmina habló bajando mucho la voz.

—Sé que no haber podido ejercer de madre con Karolina es una herida que estará siempre abierta, pero intenta ser feliz sabiendo que tienes a Karolina cerca y que está rodeada de buenas amigas. Incluyendo entre ellas a Margareta Andersson. No te lo había mencionado antes porque no le veía ningún beneficio, pero creo que ahora te sentirás un poco más tranquila. Margareta ha deducido que eres la madre de Karolina.

Elisabet tuvo que contener un grito.

—Y que Su Majestad es su padre —añadió Wilhelmina.

Elisabet se quedó blanca.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —preguntó, y se desplomó en la silla de trabajo de Wilhelmina.

—Por lo visto, hacía tiempo que albergaba sospechas. Sospechas que quedaron confirmadas cuando se dio cuenta de que el anillo desaparecido tenía las piedras preciosas del mes de su nacimiento. Si escucha o se entera de cualquier cosa inapropiada, me lo hará saber. No es mala idea tener a alguien tan próximo a Karolina que comprenda la situación.

—¿Y ese marido suyo?

—No lo sabe.

—Menos mal. —Elisabet soltó el aire—. ¿Crees que de verdad podemos fiarnos de Margareta Andersson?

—Quiere mucho a Karolina y siempre ha sido tremendamente leal al Grand Hôtel. Además, ¿qué otra alternativa tenemos?

—Pero…

—Pero ¿qué?

—Tus ojos te traicionan, Mina. Tienes dudas.

—Solo una. Le pregunté si tenía algún contacto con Knut Andersson y tardó un instante en responderme. Decidió decir que no.

—Pero por qué, en el nombre de Dios…

Los labios de Wilhelmina formaron una línea tensa y negó entonces con la cabeza.

—Tu suposición es tan buena como la mía, pero al final las aguas siempre vuelven a su cauce. Entre tanto seguiremos empujando a Gösta Möller en dirección a Margareta. A ambos les podría ir mucho peor.

56

1906

En enero, Torun Ekman entregó un ejemplar envuelto de *Doktor Glas*, de Hjalmar Söderberg, a la señora tocada con el típico sombrero de invierno de gamuza por el que Märta habría dado la vida. La velocidad con la que la clienta guardó el paquete en el bolso le dio a entender a Torun que acababa de adquirir una fruta prohibida. Y lo había hecho, según la flor y la nata de la sociedad: el triángulo amoroso de la novela había provocado un gran revuelo entre los críticos, que parecían incapaces de separar los sentimientos del personaje principal de los sentimientos del autor. Torun no alcanzaba a comprender esa lógica. ¿Acaso el trabajo del escritor no consistía en explorar los pensamientos y los actos humanos aplicando un poco de imaginación y percepción? ¿O estarían sugiriendo también los críticos que todos los escritores de novelas de crimen albergaban en su interior la necesidad de matar?

Sonrió y le dio el cambio a la clienta.

—Hasta la próxima.

Había habido una época en la que Torun creía que trabajar en Göthes, que sin duda alguna era la mejor librería de Estocolmo, serviría para alimentar tanto sus sueños como su alma. Amaba los libros; disfrutaba de la solidez de su peso en las manos, del olor a tinta que desprendían sus páginas nuevas y del delicioso dilema de qué leer a continuación, desde *La leyenda de Gösta Berling*, de Selma Lagerlöf, hasta *Belleza para todos*, de Ellen Key; desde *Sherlock Holmes*, de sir Arthur Conan Doyle, hasta *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling. Y los tenía todos allí para llevárselos, dispuestos en las estanterías que la rodeaban a diario. No para llevárselos, en el sentido más literal, por supuesto; la pequeña biblioteca que tenía en casa había sido pagada con dinero ganado con el sudor de su frente, dinero que Märta se

habría gastado en unas bragas o unas enaguas nuevas. Pero Torun no. Prefería zurcir y remendar su ropa interior mientras por fuera se la viera presentable. Y mientras que Märta dibujaba sombreros y guantes, las páginas posteriores del diario de Torun estaban consagradas a la lista cada vez mayor de libros que deseaba poseer.

Pero ya se había cansado de trabajar en Göthes. No porque le doliera la pierna por tener que pasarse todo el día de pie, ni por tener que andar cargando con cajas pesadas; tampoco por las corrientes de viento helado que entraban por la puerta cada vez que se abría en invierno, y ni siquiera por la bronca que recibía alguna vez cuando el libro solicitado estaba agotado, sino porque, al igual que debía de sucederles a los obreros mal pagados de la casa de la moneda, el fruto de cuyo trabajo estaba destinado al disfrute de otros, vender libros dejaba a Torun con la perturbadora sospecha de que todo el mundo estaba trabajando para el bien común mientras ella se dedicaba simplemente a llenar estanterías. Recomendar el libro de Ellen Key a un lector curioso —o mejor aún, reacio— solo servía para intensificar la sensación de que estaba demasiado alejada del frente como para ayudar a ganar la guerra.

Al otro lado de Stureplan, las señoras de la nueva tienda de alimentación que acababa de abrir en el número 6 de Kakobsbergsgatan, habían puesto su ideología en práctica al proporcionar a las mujeres de Estocolmo un lugar seguro donde comprar comestibles. Una cooperativa gestionada por mujeres para mujeres. Svenska Hem, el nombre del nuevo establecimiento, garantizaba que sus productos no estaban contaminados con bacterias ni adulterados por hombres que sin ninguna vergüenza aumentaban sus beneficios mezclando, por ejemplo, harina con tiza. Muchas socias de Tofterna, Märta y Torun incluidas, habían pagado ya encantadas la cuota de membresía de Svenska Hem. También Selma Lagerlöf. Margareta había prometido que lo haría si algún día dejaba de vivir en el Grand Hôtel.

Incluso el *Svenska Dagbladet* había publicado un extenso artículo en el que su autora, una periodista, especulaba sobre cómo sería la sociedad si el país estuviera dirigido por mujeres. Torun había visto

con satisfacción el nombre de Ellen Key propuesto para el puesto de primera ministra y le había hecho gracia descubrir a Wilhelmina Skogh como candidata para encabezar el Ministerio de Economía. Pero ¿una primera ministra mujer? ¿Por qué no?

De modo que, aparte de apoyar a mujeres cuya voz ya se hacía oír, ¿qué otras cosas podía hacer ella?

El voto para las mujeres era el punto número uno de la lista de muchas mujeres. Pero no de todas. Para algunas, la pobreza era un tema mucho más apremiante. Y bajo el punto de vista de Torun, la educación era un elemento clave para solucionar la pobreza. Los libros, por otro lado, eran un elemento clave de la educación. ¿Y si pudiera influir de alguna manera en qué libros deberían estar disponibles en bibliotecas y librerías? Se mordió el labio mientras seguía pensando. ¿Estaría Anna Lindhagen dispuesta a ayudarla a meter el pie en P. A. Norstedt & Söner?

57

Ottilia mantuvo la promesa que se había hecho a sí misma y viajó a Rättvik para pasar allí dos noches en marzo, momento en el cual su vida había alcanzado por fin un equilibrio satisfactorio y el departamento de banquetes podía prescindir por un breve tiempo de ella.

En el tren, de regreso a Estocolmo, tuvo tiempo para reflexionar. Su padre, Birna e incluso Victoria habían estado encantados de darle la bienvenida a su llegada, pero a la tarde siguiente, con su padre trabajando en la estación y Birna en la escuela, Ottilia había empezado a sentirse inquieta. Su prima Anna, que había aprovechado la oportunidad para desplazarse a Storvik y pasar dos días con su familia, mantenía la casa de la estación limpia y bien organizada, lo que implicaba que Ottilia tenía poco que hacer excepto entretener a Victoria —que se había pegado a Ottilia con una ausencia de timidez asombrosa— y servir platos calientes. Se había llevado a la niña a dar paseos por el bosque, había disfrutado del aroma fresco de los pinos, de caminar sobre la nieve blanca —¡blanca!— y crujiente y, sobre todo, del silencio durante aquellos breves minutos en los que Victoria se quedaba sin nada que decir. Ottilia había abrazado un árbol igual que abrazaría a un viejo amigo. Y se había deleitado con el contacto áspero de la corteza con su mejilla. Con su solidez. En Estocolmo, solidez equivalía a piedras. Mármol, granito, hormigón. Superficies uniformes y lisas. Tanto la madera como la piedra tenían sus ventajas, igual que las tenían Rättvik y Estocolmo. ¿Pertenecía ella a ambos lugares o a ninguno de ellos? La respuesta llegó de inmediato. Siempre sería una chica de Dalarna, pero su corazón ahora pertenecía a Estocolmo. Y de la misma manera que su vida había seguido adelante en Estocolmo sin su familia, salvo Torun, que había declarado firmemente que nunca se marcharía de la ciudad, Rättvik había seguido adelante sin ella.

Ottilia recostó la cabeza en el antimacasar y cerró los ojos. ¿Qué diría su madre si viera ahora a sus chicas? A Ottilia, volviendo a toda prisa al departamento de banquetes del Grand Hôtel de Estocolmo, no solo porque la necesitaban allí, sino también porque se moría de ganas de enfundarse de nuevo su vestido borgoña y arremangarse sus notorias mangas; a Torun, que sin duda estaría en aquel momento acabando de vestirse con su nueva falda morada con vuelo, blusa blanca y chaquetilla corta para disfrutar de su segunda semana como correctora de textos en P. A. Norstedt & Söner, en Riddarholmen; y a Birna, que durante sus primeros diez años de vida había sido la pequeña de la familia y que quizá albergara el sueño más valioso de todas ellas: seguir los pasos de la doctora Karolina Widerström como ginecóloga. La emoción con la que Birna había recibido el ejemplar de *Jordemodern*, la revista especializada en temas de comadronas, que le había enviado Torun había hecho reír a Ottilia a carcajadas.

—Tranquila —le había dicho—, seguro que Torun podrá enviarte más.

—Si voy a ser una buena doctora de mujeres, necesito saberlo todo sobre el proceso de dar a luz —le había dicho Birna a Ottilia la segunda noche. Se habían sentado las dos en la cama de Torun, puesto que la antigua cama de Ottilia había sido retirada para colocar en su lugar un escritorio de madera de roble y una silla para Birna, lo que había facilitado que ambas se sintieran también cerca de su ausente hermana mediana—. Y también necesito saber lo que una comadrona debe hacer y lo que no —había continuado Birna. La luz de sus ojos se apagó brevemente cuando pasaron de la emoción a la melancolía—. Torun me ha dicho que la próxima vez que la doctora Widerström dé una conferencia puedo ir a Estocolmo, y papá ha asegurado que me dejará ir. ¿Cómo es Märta? ¿Crees que le molestará?

—Dudo que le moleste en lo más mínimo. Märta es de trato fácil cuando la conoces. Muy buena y amable. Y no hay nada que no sepa sobre las últimas tendencias de moda. Sobre todo en lo que respecta a guantes y pañuelos.

Birna se había echado a reír.

—Pues conmigo se llevará una decepción. Ni siquiera sabía que los

guantes seguían modas. A Anna sí que le interesa la ropa e intentaré entender lo que se lleva por ella, aunque cuando una cosa no te va, es complicado.

Ottilia había mirado fijamente a unos ojos que eran demasiado sabios para los catorce años que tenía Birna. ¿Cómo le habría afectado a ella la muerte de su madre? Y a Victoria, por supuesto. Su hermana pequeña no había conocido el amor de una madre. Y una madre tenía que ser una constante en la vida de cualquier niño. Anna, sin embargo, no era su madre y podía decidir volver a Storvik cuando le apeteciera.

Y como si le estuviera leyendo los pensamientos a Ottilia, Birna le había dicho:

—Me parece que Anna ha conocido a un chico. Uno de los amigotes de Jon. En la iglesia intentan fingir que no se ven, pero no pueden evitar lanzarse miradas de reojo. Y en cuanto el que mira aparta la vista, sonríen.

Ottilia se había quedado pensando. Con veintiún años de edad, era más que posible que Anna estuviera deseando conocer a un joven. Siempre había querido formar una familia… ¿Qué pasaría entonces con Victoria?

—¿Lo sabe papá?

—Sospecho que sí. Creo que lo sabe toda la congregación. Pero nadie dice nada porque todavía no hay nada que decir. Mirar está permitido; sonreír, también, y dar largos paseos por las tardes, también. —Birna había dirigido a su hermana una mirada triunfante —. ¿Lo ves? No se me pasa nada. No soy tan solo una cara normal y corriente.

—Birna Ekman, tú de normal y corriente no tienes nada y, evidentemente, eres muchísimo más que una cara bonita.

Los delgados hombros de Birna se habían encogido debajo del camisón.

—La que es una belleza es Victoria.

—Victoria tiene cuatro años.

—Papá la mima sin parar. Creo que lo hace para intentar compensar la ausencia de mamá. —La nostalgia de la voz de Birna le había

partido el corazón a Ottilia.

—¿Y papá y tú? ¿Cómo os lleváis?

—Creo —había respondido con cautela Birna— que, cuando hablo de cosas de anatomía, se siente igual que me siento yo cuando Anna habla de ropa. Lo intenta. No dejo de decirle que tendría que volver a casarse porque, si no, se quedará solo con Victoria cuando yo me marche a vivir a Estocolmo.

—¡No me digas que le dices eso!

—Pues se lo digo. Y tengo razón. Solo tiene cuarenta y cinco años y es todavía muy guapo. —Birna había bajado la vista—. Bueno, tengo que dormir o, si no, mañana llegaré tarde a clase. —Le había estampado un beso en la mejilla a Ottilia y se había ido a su cama—. ¿Sabes qué me gustaría hacer? —Y sin esperar a que Ottilia pudiera adivinarlo, Birna había seguido hablando mientras se acurrucaba bajo las mantas—. Me gustaría visitar ese café al que vais Torun y tú con vuestras amigas.

—¿El Blanch's Café?

—Sí.

—Eres aún demasiado joven para ir a esos sitios, pero un día te llevaremos. Te lo prometo.

El tren siguió avanzando hacia Estocolmo y Ottilia guio sus pensamientos en la misma dirección. Pensó en Karolina. Durante muchos meses, Karolina no había hablado de nada que no fueran conversaciones triviales o cuestiones relacionadas con el trabajo. A lo largo del otoño pasado, Ottilia casi se había arrepentido de haber permitido que Karolina se instalase en su habitación, en su dominio, a pesar de que había espacio suficiente para una segunda cama y un segundo armario. Pero desde la noche que había asistido a la ópera, Karolina había ido recuperando la antigua confianza que tenía en sí misma y, a pesar de que trabajaban juntas todo el día, siempre tenían alguna cosa de la que hablar cuando se metían en la cama. A oscuras, sin nadie al otro lado de las paredes, las verdades y las preocupaciones se expresaban y se examinaban sin juicios de por medio. Karolina, había descubierto Ottilia, se había convertido en su confidente. Nadie más en el Grand Hôtel conocía los miedos y las dudas sobre su

capacidad de dirigir el departamento de banquetes que habían asaltado a Ottilia por las noches. Por su parte, Karolina había acabado abriéndose y le había relatado su infancia solitaria y le había hecho entender lo mucho que valoraba la amistad entre las chicas. Y el cariño de Edward. ¿La amaba Edward? De ser así, era la primera persona que la quería. Aquella noche, Ottilia había abrazado a Karolina mientras lloraba. ¿Por Edward? ¿O, finalmente, por aquel desastroso día del mes de junio pasado? Ottilia seguía sin saberlo.

¿Y ella? ¿Buscaba ella el amor? ¿Cómo iba a conocer a alguien trabajando todas las horas que lo hacía? ¿Y si lo conocía? Ottilia suspiró con tanta fuerza que el hombre sentado en el asiento de enfrente levantó la vista. Le dirigió una sonrisa disculpándose y volvió a sumirse en sus pensamientos. Todas sus amigas tenían una visión muy clara por lo que a los hombres se refería: Karolina estaba saliendo con Edward, Märta tenía ahora a su Wilhelm, Beda estaba buscando el amor, Torun estaba decidida a seguir soltera e independiente, y todas sabían —excepto quizá la misma Margareta— que Margareta estaba destinada a amar a Gösta Möller. ¿Y Ottilia? Lo único que sabía con total seguridad era que quería seguir los pasos de la señora Skogh y dirigir un día el Grand Hôtel. Pero ¿el amor de un hombre bueno como Pehr Skogh? Ya no tenía ni idea de si era eso lo que quería.

58

La pausa en el drama en el Grand Hôtel había traído consigo un respiro bienvenido por todos.

Sentada detrás de su escritorio el primer lunes de julio, Wilhelmina evaluó la situación. El público había perdonado por fin, y confiaba en que hubiera olvidado también, el terrible escándalo de las fiebres tifoideas acontecido dieciocho meses atrás; Josef Starck estaba en la cárcel y había sido sustituido discretamente por un florista más innovador y menos ladrón; el personal del hotel era disciplinado y eficiente; y en el vestíbulo, la satisfacción de los clientes se fusionaba con el aroma a lirios frescos. Incluso el murmullo de la cantina parecía agradable en aquellas extrañas ocasiones en las que se había acercado a ver qué tal iba todo. En términos generales, lo positivo superaba a lo negativo, y aquella sería su línea de defensa cuando la junta directiva la interrogara.

Llegó a la sala de juntas con cinco minutos de antelación y abrió las ventanas. El sonido del exterior no permitía mantener una conversación confortable, pero, hasta que no llegaran los caballeros, la sala podía beneficiarse de un poco de aire estival. Wilhelmina miró hacia donde el nuevo estandarte real sueco, desprovisto ahora del símbolo de la Unión, ondeaba desafiante en lo alto del palacio. La princesa Daisy había cumplido con su deber real y había tenido un hijo. Con o sin Noruega, el joven príncipe Gustavo Adolfo aseguraría la dinastía Bernadotte por otra generación, por mucho que el hecho de tener un rey Gustavo Adolfo tras otro acabara, a buen seguro, confundiendo a los colegiales de las décadas venideras.

La mirada de Wilhelmina se desplazó entonces hacia el edificio del Parlamento. Frunció el entrecejo. En Finlandia, todos los ciudadanos mayores de veinticuatro años tenían ahora derecho a voto. Pero no en Suecia. Le resultaba ridículo pensar que ella, una mujer que había gestionado simultáneamente tres hoteles y que era ahora la directora

general del Grand Hôtel de Estocolmo, con toda la responsabilidad sobre el bienestar de cientos de empleados que dicho cargo conllevaba, no tuviera voz en ese sentido. Y el debate actual sobre la introducción de un derecho a voto ampliado se centraba en incluir a hombres con menos recursos en lugar de a mujeres de igual estatus. ¿Sería posible que Edward, del servicio de habitaciones, consiguiera su derecho a voto antes que ella?

Cerró la ventana con más fuerza de la que pretendía cuando oyó que se acercaban voces.

Carl Liljevalch fue el primero en saludarla.

—Wilhelmina, hace un día espléndido.

—Sí. Estaba pensando que igual hago una pequeña salida en barco si el tiempo sigue así de cálido. Este año no he visitado aún el archipiélago. No he tenido ni tiempo.

Ivar Palm tomó asiento.

—Nosotros estuvimos en la isla de Grinda el pasado sábado. Henrik Santesson acaba de comprarla. Y se está construyendo una casa de verano. Impresionante. Es el director ejecutivo de la Fundación Nobel, ya sabe.

—Lo sabía, sí. —Wilhelmina esbozó una amplia sonrisa y recompuso enseguida sus facciones para expresar perplejidad—. Lo que no entiendo es qué conexión tiene que el señor Santesson haya comprado Grinda con el hecho de que esté en la Fundación Nobel.

—Oh, seguro que ninguna. —Palm estaba aturullado—. Es un tipo tremendamente honesto.

Pero ¿le habrían permitido a una mujer tremendamente honesta comprar una isla? Wilhelmina tenía sus dudas. Su rabia se encendió de nuevo. Una casa de verano en una isla era justo lo que necesitaba en aquel momento.

—¿Empezamos? —propuso Liljevalch—. ¿Tenemos las cifras preliminares del primer semestre de 1906?

—El departamento de contabilidad está trabajando en ellas en estos momentos —respondió Wilhelmina—. Pero puedo decirle que el volumen de ventas ha subido en los apartados de servicio de habitaciones, banquetes, comedor y bares. Estoy aún a la espera de las

cifras finales en cuanto a pernoctaciones. Los costes suben, lo cual tendrá un impacto evidente en el balance de resultados, pero hemos recuperado nuestra posición después del tórrido asunto de las fiebres tifoideas. Y esta confianza renovada en el Grand Hôtel tendrá también un impacto positivo en el balance de los próximos meses. Dispondré de todos los números en nuestra siguiente reunión.

Liljevalch hizo un breve gesto de asentimiento.

—Entiendo que es solo el segundo día del nuevo trimestre, pero debes mantenerte alerta. Como muy bien has dicho, los precios están al alza. ¿Y el Grand Royal?

—Me gusta ese nombre —dijo Palm—. Grand Royal.

—Se pronuncia «Royál», como en francés —matizó Wilhelmina.

—Ah, sí, tiene ese toque.

—El Grand Royal va avanzando, aunque con cierto retraso.

—Cierto retraso —repitió Liljevalch con un suspiro—. ¿Acaso no es siempre así?

—Me temo que sí, pero confío en que podamos recuperar el tiempo perdido durante estas semanas de verano. —Wilhelmina consultó sus papeles—. Por lo que a los temas que deben discutirse en la junta, nos hemos decidido por un edificio de ladrillo con estuco rugoso para la fachada que da a la calle y al patio interior, parcialmente cubierta con piedra caliza de Gorland, y un techo acristalado entre el cuarto y el quinto piso. Por desgracia, el precio estimado ha subido quinientas mil coronas debido al aumento de precios del material y la mano de obra.

Liljevalch dejó las gafas sobre la mesa.

—¿Incluye esta suma adicional la decoración interior?

—No. Esa es nuestra contribución al edificio en sí, teniendo en cuenta que hemos firmado un contrato de alquiler por treinta y seis años y que el Grand Royal estará más hecho a medida de nuestras necesidades de lo que al principio se propuso. —Wilhelmina cogió una carta de entre el montón de papeles—. Aquí tenemos una oferta de Carlsson & Löfgren para nuestros requisitos de construcción interior. Nos piden setecientas ochenta mil coronas. La cifra incluye doble pared entre todas las habitaciones para el aislamiento sonoro, vigas a prueba de fuego y columnas de hierro forradas de estuco. Incluye

asimismo la base de hormigón para el jardín y la fuente. Luego está el generador que proporcionará electricidad suficiente tanto para el Grand Royal como para el hotel, incluyendo el ascensor para huéspedes que Graham Brothers instalará en la entrada. Y… —Wilhelmina hizo una pausa para conseguir el máximo impacto—, en la planta baja habrá también una escalera mecánica para empleados que irá de las cocinas a la despensa.

—¿Una escalera mecánica?

—Una escalera móvil. Para facilitar la entrega de la comida y las bebidas. No de todo, ya que los platos ya preparados, en particular, es mejor transportarlos en ascensor. —Desplegó un plano del arquitecto y señaló el punto en cuestión—. Aquí. Me han dicho que nuestra escalera mecánica será la primera que se instalará en Suecia.

Los hombres pusieron caras de admiración.

Wilhelmina emprendió entonces la tarea de convencer a los caballeros de que los costes de aquella inversión eran los correctos.

—Y, naturalmente —continuó—, un sistema de calefacción exige también un sistema de refrigeración. Además del comedor y la cafetería que rodearán el jardín de invierno de la planta baja, la primera planta albergará dos salas para banquetes, despensas, guardarropas, una sala de lectura, una peluquería y un par de salones de actos. El resto del nuevo edificio se destinará a habitaciones para huéspedes. El potencial para ganar dinero con esta ampliación solo tiene los límites que nuestra imaginación quiera imponerles.

—Y todo esto a cambio de nuestras setecientas ochenta mil coronas —quiso aclarar Liljevalch.

—La oferta incluye todos los elementos fundamentales del interior, pero no equipamiento, mobiliario ni accesorios. He pensado que podríamos solicitar de nuevo los servicios de Lotten Rönquist para los murales de las paredes.

—¿Murales?

—En las zonas de comedor. —Wilhelmina señaló el plano—. Los paneles de madera de caoba cubrirán dos tercios de las paredes y el tercio superior irá pintado en azul. He pensado que podríamos pedirle a la señorita Rönquist que pintara algunas vistas de Visby y

Drottningholm.

Liljevalch se acarició la barbilla y fijo la mirada, aunque sin ver nada, en el otro extremo de la sala.

—Estoy intentando imaginármelo. ¿Y en la cafetería?

—Los mismos paneles de madera de caoba —respondió Wilhelmina —, y el tercio superior cubierto con un papel pintado de cuero en tono bronce verdoso. Más elegante.

Palm se secó la frente.

—Seguro, sí.

Liljevalch tamborileó sobre la mesa con un nudillo, como si quisiera despertarse de sus ensoñaciones.

—¿De dónde vendrá el agua?

Wilhelmina se permitió una carcajada.

—Del río Norrström no, eso está claro. Teniendo en cuenta la pendiente descendente entre el Grand Royal y el hotel principal, el suministro de agua plantea problemas. No voy a importunarlos con detalles técnicos que apenas entiendo yo misma, pero me basta decir que el Comité de Salud Pública ha aprobado la solución de tuberías presentada.

—Excelente —dijo Liljevalch.

Con un respaldo tan rotundo a las tuberías de agua, Wilhelmina echó el cierre al asunto aprovechando el momento.

—Excelente, sí. Aceptaré la oferta de Carlsson & Lögfren en nombre de la junta. —Sonrió de oreja a oreja al presidente—. Muchas gracias.

59

Karolina cumplía los veintiuno. Justo pasadas las seis de la mañana del gran día, Ottilia volvió corriendo a su habitación con un pequeño pastel cuadrado y dos platos que le había prestado el chef Samuelsson.

—El repostero jefe se enorgullece del resultado —le había dicho el chef—. Es realmente precioso.

—Gracias, chef. Y recuerde, por favor, informar a contabilidad de que le debo el importe al hotel.

El chef le había restado importancia.

—No te preocupes por eso. ¿Por un puñado de harina, un poco de azúcar y un par de huevos? ¿Y para el veintiún cumpleaños de la señorita Nilsson, además? Considéralo su regalo de cumpleaños de parte del personal de cocinas, y si los de contabilidad quieren dividir el coste a partes iguales entre los ciento setenta que somos, allá ellos.

Ottilia, riendo, había subido las escaleras hasta su habitación. Y en cuanto había abierto la puerta, había empezado a entonar «Cumpleaños feliz».

Karolina, adormilada, asomó entonces la cabeza entre las mantas, se desperezó y sonrió en la penumbra de la mañana.

—Gracias.

Ottilia le hizo entrega del pastel.

—Con todo mi amor y también con el cariño de todo el personal de cocinas. Pero, sobre todo, del chef Samuelsson y el repostero jefe.

Encendió la lámpara de la mesita de noche de Karolina.

Karolina se quedó mirando el pastel de mazapán blanco con veintiuna rosas minúsculas de mazapán de tonalidad borgoña con hojas verdes.

—Borgoña por el departamento de banquetes. —Sonrió con ilusión —. Es tan bonito que da lástima comérselo.

Ottilia se llevó una mano al pecho y fingió sentirse horrorizada.

—Me parece que el chef Samuelsson se sentirá ofendido si no te lo

comes.

Karolina rio.

—Pues lo comeremos. ¿Tenemos por aquí… un cuchillo para pasteles?

Ottilia hundió la mano en el bolsillo de su vestido.

—Lo tenemos. —Y a continuación buscó en el otro bolsillo—. Y dos tenedores pequeños. He prometido devolverlos. Recibirás tu regalo de cumpleaños mañana, cuando nos reunamos todas.

Hizo un gesto de asentimiento para confirmar que también Karolina recibiría una pulserita de plata con un pequeño colgante, el regalo acordado para un veintiún cumpleaños, o para un cumpleaños superior para aquellas que hubieran alcanzado previamente la mayoría de edad. Y ahora que Karolina había llegado también a aquel aniversario, las seis mujeres llevarían el símbolo de su vínculo inquebrantable. Todas las pulseras lucían el colgante con la tetera, pero aparte de eso, cada uno era distinto. Con motivo de su último cumpleaños, Ottilia había recibido un colgante en forma de lágrima de color borgoña, Märta un guante, Torun un libro, Beda un corazón, Margareta una llave, y así habían iniciado una tradición.

—Córtate otro trocito —le instó Ottilia a Karolina—. El tiempo pasa volando.

Karolina flexionó las piernas y se abrazó las rodillas mientras tragaba la última migaja.

—Nunca había comido un pastel en la cama. Me siento…, no sé cómo me siento, pero me gusta.

—Esta noche podemos comer más pastel en la cama —dijo Ottilia—. Así tenemos algo agradable en que pensar. Porque será un día muy largo.

Karolina arrugó la frente.

—Esta noche he quedado para ir a cenar con Edward. ¿Me necesitas?

—Por supuesto que no, tontaina. Pero, aun así, apuesto a que estarás preparada para comerte el último trozo de pastel en la cama.

Karolina sonrió.

—Apuesto a que sí.

Diez minutos más tarde, cuando Karolina se hubo vestido y estuvo lista pasa salir de la habitación, Ottilia le entregó un paquetito.

—Un pequeño detalle de mi parte.

Karolina gritó de emoción.

—Pero si tú formas parte del grupo.

—Y tú eres mi mejor amiga. No es gran cosa, pero ábrelo, por favor.

Los finos dedos de Karolina tiraron de la cinta y el interior del paquete reveló una peineta de filigrana de color borgoña. Inspiró hondo.

—Es la cosa más bonita que he tenido en mi vida. —Se puso de perfil al espejo e insertó la peineta en el moño bajo. Se volvió de nuevo hacia Ottilia—. ¿Qué tal me queda?

—En consonancia con la belleza de su propietaria —respondió Ottilia—. Anda, vamos, cumpleañera.

En la suite 425, Elisabet derramó lágrimas silenciosas sobre la almohada. Hacía justo veintiún años, casi a aquella misma hora, había dado a luz a una niña que pasaría aquella fecha como todos sus demás cumpleaños: sin su familia. Y ahora Karolina Elisabet Nilsson había alcanzado la mayoría de edad sin ni siquiera conocer a su verdadera madre o a su padre. Tampoco podría recibir la pequeña herencia legada por su abuela materna ni los pendientes de perla que Elisabet había comprado por si acaso encontraba un motivo para regalárselos a la empleada del Grand Hôtel.

Las lágrimas de tristeza se transformaron en lágrimas de rabia. ¿Cómo se había atrevido el rey a decretar que Karolina debía ser dada en adopción e ignorada? Elisabet reconocía que nunca debería haberse quedado embarazada de un hombre casado, pero ¿cómo negarse a las insinuaciones del rey? Era su soberano y veinticinco años mayor que ella. Sí, la había enamorado, y sí, ella había disfrutado de su afecto, pero ¿cómo había sido el rey capaz de darle la espalda a una niña por el simple hecho de que su madre trabajara para su esposa? El rey adoraba a su nuevo nieto y Elisabet había oído decir que mantenían contacto con otra descendencia ilegítima, pero ¿por qué no con

Karolina? Las tres semanas que había pasado con su bebé la habían llenado en todos los sentidos. El regreso a palacio con el pecho vendado para impedir la subida de la leche la había dejado destrozada. Pero, al final, también ella había sido egoísta y fue incapaz de coger a su hija y huir con ella. Ni siquiera tuvo fuerzas para depositar a la preciosa criatura en brazos de su padre y decirle «mírala a los ojos y luego despáchala». El peso del arrepentimiento le oprimía el pecho. Elisabet se enderezó para poder respirar. Su Majestad y ella eran igual de culpables. Pero solo uno de ellos se arrepentía amargamente de sus actos.

60

1907

—¡Feliz Año Nuevo!

En la sala del servicio de habitaciones, Ottilia, Karolina, Beda, Edward, Gösta Möller y Charley Löfvander levantaron sus copas y vaciaron la media botella de champán sobrante. A las tres de la mañana del 1 de enero estaban todos tan agotados como exultantes para dar la bienvenida al nuevo año.

Beda se relamió los labios.

—La verdad es que lo necesitaba. Mis pies están muertos, pero aún no han subido al cielo. A poco que me animaran creo que saldría y caminaría descalza en la nieve. Lo que fuera con tal de aliviar el dolor.

—Ha sido una noche larga —reconoció Ottilia—. Aunque divertida. El ruido en el Salón de Espejos ha llegado a ser ensordecedor a ratos. Trescientas voces, seiscientos pies y una orquesta, pero el ambiente… —Buscó la palabra adecuada, y acabó dejándolo correr—. Ha sido maravilloso.

Karolina asintió.

—Jamás en la vida había visto vestidos de baile tan preciosos. Pero coincido con Beda: me duelen los pies a más no poder. Me quitaría las botas, pero creo que no podría volver a ponérmelas.

—Yo te llevaría en brazos —sugirió Edward, con un brillo en los ojos que era un reflejo del amor que sentía por ella.

Todos se echaron a reír.

—Pues ten claro que si lo haces irás directo a la señora Skogh —dijo Beda.

—La señora Skogh celebra una fiesta privada en su apartamento —explicó Gösta—. O estaba celebrándola, al menos. Creo que sus invitados ya se habrán marchado.

—Como si está en la luna, la señora Skogh —dijo Beda—, pero si

Karolina se quita las botas, seguro que entra en ese momento por la puerta.

—Seguramente —convino Charlie—. Es como nuestro propio gato de Cheshire.

Cinco pares de ojos se volvieron para mirarlo.

—¿Nuestro qué? —preguntó Beda.

Charlie sonrió.

—Gato de Cheshire. Es un personaje de un libro que le gusta mucho a mi ahijada. Va sobre una niña que cae dentro de una madriguera. Y el gato entra y sale sin que nadie vea ni de dónde viene ni adónde va. Es una historia estupenda. —Se dirigió a Ottilia—. Apuesto lo que quieras a que Torun ha oído hablar de ese libro.

Beda resopló.

—Esta apuesta sí que se pagaría poco, en caso de que se hiciera. ¿Qué tal ha ido la noche en el bar?

Charlie reflexionó su respuesta.

—Animada, aunque también extraña a ratos. No lo digo por los clientes habituales, que eran los mismos de siempre pidiendo lo mismo de siempre, sino por los muchos clientes que me contaban a mí, el camarero de la barra, que normalmente no beben pero que solo se van a tomar una copa porque es Año Nuevo, lo cual me parece ridículo. Mi trabajo consiste en servirles lo que me pidan, sea un vaso de limonada u otro *schnapps*. —Movió la cabeza con perplejidad—. No es necesario que me den explicaciones.

—El Movimiento por la Templanza tiene mucho que ver con esto —explicó Beda—. Porque incluso los que no se emborrachan cada noche empiezan a sentir el peso de la culpabilidad.

—A los que de verdad tienen un problema con la bebida les debe de importar un pimiento el Movimiento por la Templanza.

—Pero el movimiento ese tiene también cierto sentido —observó Gösta—. El alcohol divide muchas familias.

Karolina ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

—De muchas maneras. Aparte del no poco importante problema de la violencia en el hogar, los hombres y sí, también las mujeres,

dilapidan en bebida los ingresos de la familia hasta llegar al extremo de que no tienen con qué pagar el alquiler, lo cual los conduce al desahucio. O están demasiado borrachos para poder trabajar, lo cual los conduce al despido y luego al desahucio. La pobreza y la falta de un techo llevan a la desesperanza. Y entonces la gente ahoga sus penas con más bebida, lo que genera más violencia.

Charlie se quedó boquiabierto.

—Imagino que no estarás a favor de prohibir los *schnapps*, ¿verdad? Porque seríamos los siguientes en quedarnos sin trabajo. O al menos yo, eso está claro. Y también estas dos —dijo señalando a Ottilia y a Karolina.

—Hasta la fecha hemos tenido muy pocas fiestas sin alcohol —dijo Ottilia—. A menos que la señora Skogh se adhiera al Movimiento por la Templanza, no estoy preocupada.

—Ni yo —se sumó Gösta—. Lo único que digo es que el Movimiento por la Templanza tiene cierta razón de ser.

Edward dejó su copa de champán en el carrito de los platos sucios.

—Lo que esta ciudad necesita más que nada no es ni prohibición ni más *schnapps*, sino moderación.

Beda le dirigió un gesto de aprobación.

—Bien dicho. Y lo que yo necesito es una cama mullida. Espero que 1907 nos traiga más moderación y menos pies doloridos.

61

Wilhelmina no tenía la más mínima intención de sumarse al Movimiento por la Templanza, y menos aún de permitir que el Grand Hôtel se viera arrastrado a dicha ideología. Había sido la primera mujer de Suecia en obtener los derechos de licencia para la venta de alcohol, por el amor de Dios, y nadie en Storvik había sufrido como consecuencia de ello.

Y seguía firme en su decisión cuando, en febrero, releyó con incredulidad y rabia una copia de una carta que había dirigido el presidente del movimiento a Su Majestad el rey. El hombre demostraba tener escasos conocimientos de economía, en general, y de economía hotelera, en particular. Si se llegaba a prohibir el alcohol en Estocolmo, la ciudad perdería una muy necesaria fuente de ingresos, tanto los procedentes del impuesto del comercio minorista sobre las bebidas alcohólicas como los aportados por las empresas productoras de alcohol. ¿Cuándo comprenderían las autoridades que los foráneos juzgaban las ciudades por la calidad de sus hoteles y sus restaurantes? Además, una prohibición no serviría para solventar el problema, porque lo único que conseguiría sería cambiar el canal de ventas del mercado legal al mercado negro. Los precios se dispararían, la clase trabajadora seguiría bebiendo y sus familias sufrirían todavía más rápido. Todo eso, decidió en aquel momento, debía abordarse en la reunión de la junta directiva que se celebraría aquella misma tarde.

La junta directiva. Suspiró. Perder a Liljevalch como presidente había sido un golpe duro. Tampoco es que quisiera culpar al pobre hombre por haber presentado su dimisión porque, del mismo modo que su salud se había ido deteriorando, también lo había hecho su deseo de tener que soportar reuniones interminables con un dolor innegable. Wilhelmina se había mostrado de acuerdo con su decisión; era mucho mejor que pasara los meses que le quedaran de vida en un entorno privado, con la familia y los amigos, entre los que ella se

contaba. Pero, de todas formas, echaba mucho de menos su apoyo en el Grand Hôtel. Aún no le había tomado la medida a su sucesor, el lord chambelán Oscar Holtermann, aunque parecía un tipo honrado, por lo que había visto hasta el momento.

Holtermann y Palm llegaron juntos a la sala de juntas. ¿Coincidencia o como resultado de una reunión previa confabuladora? Imposible saberlo. Wilhelmina los recibió con una sonrisa profesional. Señaló la cafetera de plata que ocupaba el centro de la mesa.

—Sírvanse ustedes mismos. Le he dicho a la chica que ya nos serviríamos nosotros.

—Muy bien pensado. Fuera hace un poco de frío —dijo Holtermann frotándose las manos—. Mis viejos huesos ya no son lo que eran.

Pero Wilhelmina, en lugar de servirse, cogió los papeles que tenía en la mesa.

—Tenemos un punto de carácter apremiante que añadir a la agenda del día —dijo—. Su Majestad ha recibido una carta de ese maldito Movimiento por la Templanza y solicito conocer su opinión.

Holtermann dejó su taza en el platillo.

—¿Una carta del Movimiento por la Templanza? No tenía noticias.

Wilhelmina leyó la carta.

Holtermann dejó sus gafas en la mesa.

—Debo decir que me molesta muchísimo que el representante de este movimiento meta en el mismo saco a todos los establecimientos con licencia para la venta de alcohol y sugiera que todos somos buscadores de oro.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Palm esbozó un mohín—. Esa buena gente olvida que los propietarios del Nya Grand Hôtel AB han invertido mucho tiempo y dinero —agitó un dedo—, dinero que ni siquiera han empezado a recuperar en forma de dividendos, para crear el tipo de establecimiento que atrae hasta nuestra ciudad a viajeros de negocios de todo el mundo. Gente que nos aporta tanto contratos como poder adquisitivo.

Holtermann hizo un gesto de asentimiento.

—El movimiento pasa además por alto que, aunque las bebidas alcohólicas son caras, también lo es adquirir y servir el alcohol.

Satisfecha de comprobar que en la junta directiva reinaba la concordancia, Wilhelmina insistió sobre el tema.

—Independientemente de los costes que conlleva ofrecer platos caros, un servicio de primera clase, una decoración lujosa, música en directo y todo lo demás que el corazón de los clientes pueda desear, la cantidad de ganancias que una copa pueda aportar a la estabilidad y al éxito de un hotel es ínfima dentro del gran esquema de cosas, pero sin duda alguna atrae a la clientela. Que en su inmensa mayoría adquiere algo más que una copa.

—Tiene usted toda la razón —dijo Palm—. Estocolmo necesita los ingresos que generan los miles de huéspedes que frecuentan el Grand Hôtel, incluyendo los aportados por aquellos que simplemente pasan por el bar después de una larga jornada laboral o incluso una noche en la ópera.

Wilhelmina miró al lord chambelán.

—¿Cree realmente Su Majestad que prohibir el alcohol en Estocolmo es lo que más le interesa a la ciudad? ¿No han aprendido nada de lo que sucedió en 1877, cuando la concesión de derechos de licencia se otorgó a una sola empresa y cerca del cincuenta por ciento de las posadas y restaurantes de la ciudad tuvieron que cerrar?

Holtermann levantó las manos.

—No soy yo quien debe responder a eso. Puedo decir, sin embargo, que Su Majestad, como muchos otros en la corte, considera el Grand Hôtel como un anexo del palacio.

—Prohibir el alcohol en el Grand Hôtel sería equivalente a cerrarlo —sentenció Wilhelmina—. De hecho, si permiten una propuesta tan descabellada como esta, recomendaré personalmente a la junta renunciar mientras estemos aún a tiempo.

—¿Renunciar? —repitió Palm.

—Cerrar las puertas antes de que los huéspedes se lleven sus negocios a otra ciudad y el mejor hotel de Estocolmo, junto con todos los demás hoteles de la ciudad, se vea obligado a caer en la ignominia de la bancarrota. Quizá el Movimiento por la Templanza prefiera ver al Grand Hôtel de Estocolmo poniendo un abrevadero de agua en la acera y ya está.

Holtermann se estremeció.

Wilhelmina siguió presionando.

—El Movimiento por la Templanza tal vez esté cargado de buenas intenciones, pero la ideología nunca ha servido para poner un plato en la mesa. Lo que la clase trabajadora necesita es empleo y salarios decentes. Mejor educación. Esperanza. Y estaré encantada de plasmar todo esto en una carta a Su Majestad.

—Creo que debería —dijo Holtermann.

De vuelta a su despacho, Wilhelmina cogió unas cuantas hojas de papel color crema con el membrete del Grand Hôtel. La oficina de Su Majestad la había invitado a presentar sus comentarios y la junta directiva le había otorgado el mandato de hacerlo en nombre del hotel. Y, en consecuencia, explicaría con todo lujo de detalle y con terminología muy clara la locura absoluta que suponía aquella idea.

De pe a pa.

62

Ottilia frunció el ceño al ver la reserva anotada en el libro. «Suite real, emperatriz Eugenia, 19.00». La escritura era de Karolina, pero aquella reserva no le sonaba de nada. Y no se trataba de una clásica cena real, sino de una cena real extranjera. Experimentó un escalofrío conjunto de entusiasmo y confusión. Miró a Karolina, cuya cabeza rubia estaba inclinada sobre el menú en el que estaba trabajando.

—¿Karo? ¿De dónde ha salido esta reserva para la emperatriz Eugenia?

La confusión nubló por un instante el rostro de Karolina, aunque enseguida se despejó.

—De la señora Skogh. La semana pasada me la encontré saliendo del despacho de reservas. Me dijo que iba camino de decírnoslo ya que la fecha para la cena de la emperatriz había quedado confirmada. Me pidió que la anotara en el diario de reservas. Di por sentado que tú ya estabas al corriente. Lo siento mucho. Quería mencionártelo, pero estabas hablando con monsieur Blanc cuando llegué al despacho y luego se me pasó por completo.

Ottilia tensó la mandíbula.

—No sabía nada. La señora Skogh ha tenido suerte de que la suite esté disponible.

Karolina enderezó la espalda en la silla y jugó con nerviosismo con un lápiz.

—Estoy segura de que la señora Skogh nunca correría ese riesgo. Ya debía de saber que la suite estaba libre.

—Nunca podría haber estado segura del todo. Porque mientras ella estaba diciendo sí por un teléfono, yo podría haber estado diciendo sí por otro. —Y ambas sabían qué reserva tendría prioridad—. Es lo que decimos siempre: la reserva no está cerrada hasta que no consta en el libro.

—Lo siento mucho, de verdad.

Ottilia se mordió el labio inferior.

—El problema no está en ti. Solo desearía que la señora Skogh entendiera de una vez por todas que tiene que ser capaz de delegar. —Echó la silla hacia atrás—. Necesito explicarle el riesgo inherente que conlleva esta forma de hacer las cosas.

Karolina abrió los ojos como platos.

—Ve con cuidado, Otti.

—Eso es precisamente lo que intento hacer.

Ottilia bajó furiosa las escaleras. Una reserva real, y todo lo que conllevaba, con solo dos meses de plazo para prepararla. El chef Samuelsson tampoco se pondría nada contento. Aquellas cenas solían exigir una planificación extra, puesto que siempre había ingredientes que era necesario importar de otros lugares y, por lo tanto, debían pedirse con mucha antelación. Igual que cualquier flor que debiera adquirirse en el extranjero. Ottilia atravesó el vestíbulo con toda la velocidad que el decoro le permitía, deseando los buenos días a los huéspedes conocidos y deteniéndose para intercambiar unas palabras con aquellos a los que trataba más. Cinco años de trabajar en el Grand Hôtel le habían enseñado muchas cosas, incluyendo que a la élite le encantaba ser reconocida como cliente habitual en un establecimiento de tanto renombre como aquel.

Cruzó la cortina contigua al mostrador de recepción y subió corriendo la escalera de administración. August Svensson estaba sentado a su mesa, junto a la puerta del despacho de la señora Skogh.

Ottilia le obsequió su mejor sonrisa; al fin y al cabo el hombre no tenía ninguna culpa de que ella estuviera frustrada con la directora general.

—¿Está disponible la señora Skogh?

Al otro lado de la puerta abierta retumbó una voz.

—Pase, Ottilia.

Ottilia volvió a sonreír al señor Svensson.

—Ya veo que sí.

La señora Skogh, resplandeciente en un vestido azul real, mientras el sol de mayo que se filtraba por las ventanas situadas a su espalda creaba una especie de aura alrededor de su figura, indicó con un gesto

a Ottilia que pasara y le entregó un dibujo tan detallado que parecía casi una fotografía.

—Es el primer boceto del jardín de invierno del Grand Royal.

La invitó a tomar asiento.

Ottilia estudió con la mirada aquellos arcos, dignos de una catedral, las elegantes columnas que formaban un claustro y separaban la zona del jardín de la cafetería y el comedor en la planta baja, las ventanas en arco y los balcones de piedra labrada que dominaban el jardín desde el primer piso, y las ventanas con parteluz y de tamaño algo más pequeño de los pisos superiores. El techo acristalado, bellamente abovedado, proporcionaba un ambiente elegante y condensado a todo el lugar. El jardín en sí mismo, un enrejado de senderos y césped con muretes de piedra, rodeaba una fuente que destacaba entre palmeras y lo que parecían pequeños cipreses. Viendo aquello, Ottilia creyó sentirse casi capaz de escuchar el murmullo de las conversaciones, el sonido metálico de los cubiertos y el rumor del agua del surtidor.

—¿Qué le parece? —preguntó la señora Skogh con cierta impaciencia.

—Es precioso —respondió con sinceridad Ottilia—. Nunca había visto nada parecido.

—En este caso, lo hemos conseguido —replicó la señora Skogh—. La idea es aportar algo exótico y extravagante a Estocolmo. Imagínese las meriendas y las cenas que podremos celebrar aquí.

Y Ottilia se lo imaginó con suma facilidad. Visualizó la luz del sol bailando sobre la fuente en los días de verano y el temblor de las velas titilando en las mesas del claustro alrededor del jardín delicadamente iluminado en invierno. En muchos sentidos, el jardín de invierno era la antítesis del magnífico Salón de Espejos, donde el oro, los reflejos y el cristal proporcionaban todo el esplendor. El jardín de invierno resultaría igual de impresionante, pero la experiencia sería completamente distinta. Era una maravilla que el Grand Hôtel pudiera jactarse de tener aquellos dos espacios tan grandes y versátiles. Señaló entonces el boceto.

—¿Será hierba de verdad?

La señora Skogh soltó una carcajada.

—Pues claro que será hierba de verdad. Tenemos luz natural. El jardinero plantará semillas y crecerán para convertirse en zonas de césped de forma rectangular. Luego el jardinero retirará esos pequeños céspedes, removerá la tierra y plantará nuevas semillas para repetir el proceso. Así conseguiremos que todo luzca verde y fresco. El jardín será un espacio vivo y en continuo crecimiento.

Ottilia miró de nuevo el dibujo.

—Ha pensado en todo.

—Lo dudo, pero espero haberlo hecho cuando esté todo terminado.

—Que será… ¿cuándo?

—Si Dios es bueno con nosotros y los obreros trabajan con diligencia, a finales de septiembre del año que viene. Hay mucho que hacer, pero cuanto antes abra sus puertas el Grand Royal, antes podremos recuperar la inversión. —Dio unos golpecitos al dibujo y su anillo de diamantes lanzó reflejos de luz contra las paredes—. Este jardín de invierno será la comidilla de la ciudad, recuerde lo que le digo.

Lo sería, sin la menor duda.

—Vamos a necesitar más personal —dijo Ottilia.

—Correcto. Voy a pedir que construyan también un pequeño balcón en la esquina de uno de los pisos superiores, para poder observar desde allí al personal. El jardín de invierno será la joya de nuestra corona y cualquier cosa inferior a la perfección será considerada un fallo y totalmente inaceptable —sentenció la señora Skogh, con un tono inconfundible de dureza en su voz.

Ottilia se estremeció. ¿Entraría también el Grand Royal a formar parte de su dominio? ¿Cómo sería capaz de gestionar las actuales salas de banquetes y de actos además de las posibilidades que ofrecía aquel bellísimo techo de cristal?

La señora Skogh dejó el boceto a un lado y unió las manos sobre la mesa.

—Veamos, ¿para qué asunto quería verme?

Ottilia tragó saliva.

—Por la reserva de la emperatriz Eugenia.

La señora Skogh levantó las cejas de golpe.

—¿Qué pasa con la reserva?

—Que no tengo detalles.

Wilhelmina arrugó la frente.

—Está anotada en el diario, ¿no?

—Lo está, pero justo la he visto hoy.

—En este caso debería realizar un seguimiento mejor de sus reservas.

—La reserva no la hice yo.

—No, la hice yo, y luego le pedí a la señorita Nilsson que la anotara en el diario, lo que a buen seguro hizo porque, de no ser así, usted no estaría ahora sentada aquí en mi despacho.

Las pulsaciones de Ottilia se aceleraron.

—Si confirma una fecha sin consultármelo, podríamos encontrarnos con una reserva doble para el mismo día y lugar.

Wilhelmina entrecerró los ojos.

—Ándese con mucho cuidado, señorita Ekman. No me tome por tonta. El despacho de reservas me aseguró que la suite estaba libre. La reservé. Lo cual es mi prerrogativa como directora general del hotel. Que no se le olvide.

Ottilia bajó la vista.

—No, señora. Le pido disculpas.

—¿Alguna cosa más? ¿O simplemente quería cuestionar mi conducta?

—No, señora. —Levantó la vista—. Pero…

—Pero ¿qué?

—¿Cuándo puedo esperar obtener más información sobre los deseos de la clienta? Me preocupan los pedidos de la comida y las flores.

—¿Comida y flores? Señorita Ekman, todo eso lo tenemos a mano. Y antes de que me lo pregunte, monsieur Blanc ya ha recibido la lista de vinos. ¿De verdad cree que sería tan tonta como para aceptar la reserva sin haber conseguido información adicional? —Sin esperar a que Ottilia le respondiera, la señora Skogh siguió hablando—. Puedo decirle que la cena es para dieciséis comensales, pero, estese tranquila, todos los detalles de los preparativos le serán proporcionados con la antelación suficiente. Y por ahora esto es todo, tengo mucho que

hacer.

Ottilia se levantó.

—Sí, señora. Gracias.

—Y, señorita Ekman.

Al llegar a la puerta, Ottilia se volvió hacia su jefa.

—Nunca más vuelva a cuestionar mi forma de actuar.

Wilhelmina se quedó mirando la puerta hasta que la cabeza inclinada de Ottilia se perdió de vista. La chica tenía cierta razón, pero una reserva doble habría sido imposible. Todas las reservas tenían que registrarse en el despacho central de reservas, y todas las fechas debían verificarse antes de quedar confirmadas. Lo que en realidad había querido decirle Ottilia era que todas las reservas del departamento de banquetes deberían pasar por ella, lo cual era inaceptable. Antes se helaría el infierno que ella, la directora general, tuviera que rebajarse a pedirle permiso a Ottilia Ekman para reservar una suite. ¡La locura de la juventud! Wilhelmina suspiró. Había muchas cosas de Ottilia que le recordaban a sí misma de joven. ¿Acaso ella, con solo doce años, no había informado al dueño del restaurante de Strömparterren de que podía «hacerlo todo»?

Con las manos abiertas y los dedos unidos los unos contra los otros, Wilhelmina reflexionó sobre la situación en términos más generales. Le resultaría imposible encontrar una empleada más leal y capacitada. ¿Debería trasladar a Ottilia al Grand Royal o dejarla en banquetes?

Wilhelmina volcó su atención en el mapa de la isla Lidingö que tenía extendido sobre la mesa desde hacía semanas. Recorrió con el dedo el puente que llegaba hasta ella desde Estocolmo y luego resiguió la costa hasta donde una cruz marcaba una parcela de terreno. No necesitaba ni mirarlo; el mapa estaba empezando a desgastarse y conocía ya a la perfección la costa de Lidingö. Si acababa construyéndose una casa de verano allí, diseñada evidentemente por el arquitecto Ernst Stenhammar, tendría todas las ventajas de vivir en una isla a la vez que permanecería razonablemente cerca del Grand Hôtel. Y cuando se hiciera mayor, se retiraría en Lidingö. Ni el terreno

ni la mansión que tenía en mente le saldrían baratos —la diferencia de altura entre el mar y lo alto del acantilado exigiría incluso instalar un ascensor eléctrico si quisiera llegar hasta allí en barco—, pero la vista desde lo alto no tenía precio. Al otro lado de la ventana del despacho, un buque de vapor hizo sonar la sirena antes de revertir la marcha. Wilhelmina miró la minúscula marca que indicaba en el mapa un embarcadero a los pies del acantilado. Le gustaba la simetría de iniciar y terminar sus días viviendo en una isla. De Fårö a Lidingö. Decidida, Wilhelmina se permitió una sonrisa. Había llegado el momento de dar la señal. Y después vendería sus hoteles en Storvik, Rättvik y Bollnäs.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Karolina.

Ottilia se dejó caer en su silla y se llevó la mano a las sienes.

—La señora Skogh no confía en mí. —Le carcomía la cabeza pensar si había cometido un error.

Karolina puso cara de incredulidad.

—Por supuesto que confía.

Ottilia miró a su amiga entre lágrimas.

—Y entonces ¿por qué siente la necesidad de gestionar personalmente esa cena?

Karolina respondió con sinceridad.

—No tengo ni idea, pero si la señora Skogh no confiara en ti, jamás te habría dejado organizar el banquete de los Premios Nobel. Que es mucho más prestigioso que una pequeña cena para una emperatriz francesa.

Ottilia rio a pesar de las lágrimas.

—No sé si la emperatriz estaría muy de acuerdo con lo que acabas de decir.

—Imagino que no. —Karolina ladeó la cabeza—. Otti, ¿por qué no se lo preguntas a la señora Skogh? Creo que es una pregunta más que válida. Has gestionado otras cenas reales, ¿por qué esta no?

Cuando Ottilia volvió al pasillo de administración, la puerta del despacho de la señora Skogh estaba cerrada.

—Está al teléfono —le explicó August Svensson—. Ha dicho que no

quería ser molestada.

La puerta se abrió una rendija.

—Esa que no quiere ser molestada tiene un nombre, ¿no?

Svensson se puso colorado.

—Disculpe, señora.

La señora Skogh miró a Ottilia con enojada curiosidad.

—Pase, señorita Ekman. De nuevo. ¿Qué puedo hacer ahora por usted?

Ottilia no tomó asiento.

—Me gustaría que me enseñara lo que al parecer tengo todavía que aprender para poder ser responsable de la cena de la emperatriz Eugenia.

—¿Aprender? —La señora Skogh resopló—. Ottilia, si no pudiera confiar en usted para gestionar una cena real después de tres años en el departamento de banquetes, la habría enviado de vuelta al servicio de habitaciones hace un montón de tiempo. Además, ¿no ha organizado ya varias cenas reales?

—Sí, pero solo las reservadas por nuestra corte real.

—Esta cena también ha sido reservada por nuestra corte real. Pero el cliente es irrelevante; el proceso es el mismo. Averiguar qué quieren y cómo lo quieren.

—Entonces ¿por qué…? —Ottilia se esforzó en articular de la mejor manera su siguiente pregunta.

—¿Por qué soy yo la responsable de esta?

Ottilia asintió, avergonzada.

—Sí.

—Porque Su Majestad me ha pedido que me ocupe personalmente de esta cena como un favor. La emperatriz se alojará en su propio yate, que estará atracado justo delante del hotel, y los ayudantes de Su Majestad se desplazarán hasta aquí para servir la cena. Lo cual no significa que Su Majestad esté insatisfecho con los servicios que le hemos ofrecido en el pasado, sino que siente un cariño especial por la emperatriz Eugenia y quiere hacer un esfuerzo especial cuando nos visite la dama. De modo que esa noche trabajará todo el mundo. Incluso usted. Usted y yo nos sentaremos y repasaremos con detalle

los planes cuando se acerque la fecha.

—Sí, señora. Encantada.

—¿Alguna otra cosa que le preocupe?

El tono de voz de la señora Skogh escondía cierto sarcasmo, pero Ottilia aprovechó la oportunidad para preguntar.

—Cuando se inaugure el Grand Royal, ¿quedará bajo el departamento de banquetes o será una entidad aparte?

—El Grand Royal debe tener su propio departamento. Es imposible que una sola persona pueda gestionarlo todo. Ni siquiera usted. Llenar las salas de actos, comedor y cafeterías del Grand Royal con cenas, fiestas, bailes y cualquier otra cosa que pueda atraer a los ciudadanos de Estocolmo a cruzar nuestras puertas va a requerir mucho tiempo y esfuerzo. Y el jardín de invierno, en particular, es para nuestros ciudadanos.

—Suena apasionante.

—Será mucho trabajo, y duro, además. Pero, ya que ha sacado el tema a relucir, dele unas cuantas vueltas. ¿Prefiere seguir como directora de banquetes o quiere que se la considere para el puesto en el Grand Royal?

—¿El banquete de los Premios Nobel se seguirá celebrando en el Salón de Espejos?

—Por supuesto. El Salón de Espejos es un lugar que nuestros huéspedes extranjeros tienen que admirar, eso además de la ventaja de que posee su propio acceso directo desde la calle. El objetivo del Grand Royal no es sustituir las maravillosas instalaciones para banquetes que tenemos en el hotel y el palacio Bolinder, sino ofrecer un abanico de posibilidades más amplio. Tenga claro que el Salón de Espejos es un lugar único en el norte de Europa y los ganadores del Premio Nobel seguirán cenando bajo sus resplandecientes arañas durante muchísimos años.

63

Torun Ekman apenas podía contener su emoción. Cogida del brazo de Ottilia, cruzaron juntas las famosas puertas de Nordiska Kompaniet un sábado excepcionalmente soleado de mediados de octubre.

—Es espléndido, ¿verdad, Otti?

Ottilia sonrió al ver el rostro radiante de su hermana.

—Me alegro mucho de que lo veas así. Estoy trabajando muy duro para que tanto él como los demás galardonados con el Nobel disfruten de una noche que puedan recordar toda su vida.

Torun tenía los ojos brillantes.

—El señor Kipling es un escritor maravilloso. Deberías leer alguno de sus libros. ¿Y si resulta que en diciembre coincides con él y te pregunta si has leído su obra? Sería tremendamente grosero por tu parte decirle: «Señor Kipling, estoy encantada de que haya ganado el Premio Nobel de Literatura, pero no tengo ni la más remota idea de lo que usted escribe».

Ottilia se echó a reír.

—Dudo mucho que pueda llegar a hablar con ese hombre. Y aun en el caso de que lo hiciera, no creo que un caballero me pregunte por sus propias obras.

—Es un caballero, es evidente. Eso se nota. —Torun hizo un gesto de asentimiento para ratificar sus palabras y guio a Ottilia hacia la majestuosa escalera que conducía a la segunda planta de Nordiska Kompaniet—. Confío en poder verlo de refilón en Norstedts. Hemos publicado *El libro de la selva*, por lo que es posible que venga a visitarnos a Riddarholmen durante su estancia.

Llegaron al departamento de joyería y se pararon delante de un mostrador con un expositor lleno de preciosos colgantes de plata.

Ottilia se inclinó sobre el mueble.

—Creo que deberíamos comprarle a Karolina algo relacionado con la música. —Señaló una de las bandejas situadas más adelante—.

¿Qué te parece esta clave de sol?

Torun señaló una bandeja del fondo.

—¿O ese piano de cola en miniatura?

—Oh, es precioso. Karolina sueña con tocar el piano, pero a saber si algún día tendrá la oportunidad de aprender. Apenas si puede ir a practicar en el piano bar.

Torun puso mala cara.

—¿Y no servirá un colgante con un piano para echar todavía más sal en la herida?

Ottilia negó con la cabeza.

—Todo lo contrario. Lo verá como un símbolo de su sueño y estará encantada. Es extraña, ¿verdad?

Torun miró a su alrededor, perpleja.

—¿El qué?

—La vida. Un encuentro casual con el señor Lehár y Karolina se ha vuelto una auténtica aficionada a la música y a la ópera desde entonces. Hace unas semanas fue a ver *Las bodas de Fígaro* y volvió a casa embelesada. Por lo visto, la señorita Silfverstjerna tenía dos entradas que no podía utilizar y se las regaló a la señora Skogh. Y como ella tampoco podía ir, se las regaló a Karolina.

—Todo un detalle por parte de la señora Skogh. ¿Crees que a Edward también le gusta la ópera o que va simplemente para darle el gusto a Karolina?

Ottilia torció la boca hacia un lado.

—Es difícil saberlo. Le gusta Karolina, eso está más que claro. Es muy protector con ella. Lo ha sido desde…, bueno, ya sabes. Imagino que estaría dispuesto a ir a ver una ópera o un concierto siempre que ella se lo pidiera. Pero, por suerte para Edward, solo pueden permitirse entradas cada muchos meses. En una ocasión, él me comentó que siempre espera que la música la haga llorar porque así puede rodearla con el brazo.

Torun rio.

—Muy astuto. Karolina podría estar peor si no tuviera a Edward. Un poco de amor da para mucho y en una semana cumple los veintidós.

—Beda me cuenta que Edward está bastante inquieto, ahora que

lleva tanto tiempo en el servicio de habitaciones.

—¿Piensas que quiere dejar el Grand Hôtel?

—Para nada —respondió Ottilia—. Pero quiere pasar al comedor. Creo que lo haría bien allí. Sabe servir y con frac está de lo más elegante.

—¿Y Beda? —preguntó Torun—. ¿Sigue feliz en su puesto?

—Beda quiere pasar al departamento de contabilidad en cuanto uno de los empleados se jubile a finales de año. La señora Skogh le está pagando una academia nocturna un día a la semana para que aprenda a llevar las cuentas.

Torun frunció el ceño.

—Me parece muy buena idea, pero ¿por qué no estaba yo al corriente?

—Porque nos vemos poquísimo desde que te has hecho líder de grupo en Tolfterna. Ven, bajemos a decirle a Märta qué colgante nos parece que podría comprar. Y después nos quedará todavía un poco de tiempo para comer un trozo de tarta en el salón de té.

Cuando llegaron a su departamento, Märta estaba atendiendo a una señora que quería un par de guantes de otoño de color nogal. Les dirigió un gesto imperceptible para darles a entender que sabía que estaban allí. Torun y Ottilia se hicieron a un lado y observaron cómo Märta sacaba otro par y explicaba las diferencias del cuero de unos y otros. La clienta acabó comprando ambos pares.

—Es buenísima en su trabajo —murmuró Torun mientras Märta guardaba los guantes en sendas cajas antes de envolverlos.

Finalmente Märta les indicó que se acercaran.

—Rápido, decidme. Si la jefa de planta me ve hablando con vosotras, se quejará a mi superior y tendré un problema.

Ottilia fingió que estaba mirando los guantes de un exhibidor. Señaló un par de guantes negros y habló con Märta sin mirarla.

—El piano de cola, en la bandeja del fondo a la izquierda.

Märta hizo un gesto de asentimiento a modo de respuesta a las palabras de su supuesta clienta.

—Subiré cuando haga mi pausa. —Bajó más la voz, para añadir—: ¿Habéis oído el rumor de que el rey vuelve a estar enfermo?

Ottilia y Torun se quedaron paralizadas.

Ottilia señaló otro par de guantes.

—Al hotel no ha llegado nada. Al menos que yo sepa. ¿Qué has oído tú?

—Antes han pasado por aquí dos señoras que comentaban lo preocupado que estaba el personal de la corte, lo cansado que está Su Majestad y que habla arrastrando un poco las palabras. Y que es posible que esta vez no se recupere.

—No he visto a Su Majestad desde que ofreció una cena para una emperatriz el pasado julio —dijo Ottilia—. Parecía recuperado por completo de su última enfermedad. Incluso le dio personalmente las gracias a la señora Skogh por una cena tan excelente. ¿Estás segura de que has oído eso?

—Segurísima.

64

El rey Óscar II falleció el domingo 8 de diciembre, cuando el amanecer empezaba a alumbrar Estocolmo. Desde que el 4 de diciembre un boletín de palacio había anunciado que el rey requería reposo absoluto y que en un futuro inmediato no desempeñaría las actividades que conllevaba su cargo —un anuncio firmado nada más y nada menos que por tres especialistas, incluido el médico personal del rey—, una multitud de leales súbditos había estado montando guardia en el exterior del edificio. El 7 de diciembre, un segundo boletín, firmado de nuevo por los tres médicos, anunciaba que Su Majestad entraba y salía del estado consciente, que su corazón se estaba debilitando y que su pulso era muy lento.

Y aun así… Como suele suceder con cualquier fallecimiento, y muy en especial con el de un monarca con un largo reinado, su pueblo no estaba en absoluto preparado para tan triste desenlace. Cuando uno de los porteros del Grand Hôtel vio que la bandera real de tres colas descendía hasta media asta a las nueve y cuarto de la mañana siguiente de la publicación de aquel boletín, fue como si una onda expansiva atravesara el agua y cruzara la entrada principal.

Y a medida que la noticia viajaba a toda velocidad de boca en boca, un lúgubre silencio se cernió sobre el vestíbulo, roto tan solo por el sonido del sollozo de una dama anciana a la que tuvieron que ayudar a sentarse en una silla.

Un caballero dijo entonces:

—El rey ha muerto. Larga vida al rey.

Como en señal de agradecimiento por que alguien hubiera tomado la iniciativa, las conversaciones en voz baja se reanudaron.

En su despacho, Wilhelmina, completamente abatida, se secó una lágrima mientras reflexionaba sobre las mil consecuencias que tendría la pérdida del monarca. Las prácticas y las emocionales. Las prácticas eran, como siempre, las más fáciles de gestionar. Lo primero era lo

primero, había que bajar la bandera del Grand Hôtel, los hombres debían ponerse brazaletes negros y todas las empleadas que tuvieran trato con huéspedes deberían vestirse de negro. Incluida ella misma.

Con el corazón roto, se detuvo junto a la mesa de August Svensson.

—En veinte minutos vuelvo. Pídales, por favor, a la señora Andersson, a la señorita Ekman, a Möller y al chef Samuelsson que se presenten en mi despacho a las diez en punto.

Desde la ventana de su sala de estar en el palacio Bolinder, Wilhelmina observó las masas abatidas que se extendían desde debajo del balcón de palacio, por todo el puente de Norrbro, hasta llenar por completo Gustav Adolfs Torg.

Brita le hizo entrega de una copa con un dedo de coñac.

Wilhelmina aceptó la copa sin apartar ni por un segundo su mirada de palacio.

—Sírvase también una y brindaremos por un buen hombre. —Cuando Brita regresó, Wilhelmina levantó la copa—. Por Óscar II. Descanse en paz.

—Amén.

Dos figuras vestidas de negro salieron en aquel momento al balcón del palacio.

Brita contuvo la respiración.

—Son el rey Gustavo V y la reina Victoria. —Se secó los ojos—. Que Dios los ayude. ¿Y qué será de la reina viuda Sofía?

—Estará bien cuidada —respondió Wilhelmina.

Pero ¿podría decirse lo mismo de Lizzie Silfverstjerna? ¿Seguiría en palacio, la reubicarían o, incluso quizá, la despedirían? Imposible saberlo. Quien siembra vientos recoge tempestades, decían. Pobre Lizzie. Wilhelmina bebió el coñac de un trago y volvió al pasillo de administración.

—Están todos esperándola excepto Gösta Möller —dijo Svensson—. No tiene programado llegar hasta la hora del almuerzo, pero, cuando lo haga, los porteros tienen órdenes de decirle que se dirija inmediatamente a su despacho. Me he tomado también la libertad de pedir café.

—Perfecto, Svensson.

El sonido de pies subiendo desde el sótano obligó a Wilhelmina y August Svensson a girarse.

Era Gösta Möller.

—He venido en cuanto me he enterado. —Con la mandíbula tensa y los labios formando una fina línea, sacudió la cabeza una única vez—. Un día triste. He supuesto que podrían necesitarme.

—Y ha acertado —replicó Wilhelmina—. Pase. —Tomó asiento a la cabecera de la mesa—. Todos conocemos ya la triste noticia del fallecimiento de Su Majestad. Es evidente que la semana que viene no se desarrollará como teníamos pensado.

Los murmullos de comprensión recorrieron la mesa.

—Margareta, los galardonados con el Premio Nobel tienen que llegar entre hoy y mañana. Es poco probable que cancelen sus viajes, pero llegarán a una ciudad de luto en vez de a una ciudad con ganas de celebración. ¿Qué tenía preparado como regalos de bienvenida?

—He ordenado al florista que sustituya todos los arreglos florales por flores blancas. En todo el hotel, incluidas las suites.

Wilhelmina hizo un gesto de aprobación.

—Y hay que retirar también toda la decoración navideña.

Margareta tomó nota.

—Me preguntaba asimismo si sería correcto pedirle a monsieur Blanc que sirviera vino para dar la bienvenida a los laureados. El champán no parece apropiado.

—Buena idea. No sabemos si estos caballeros preferirán tinto o blanco, de modo que mejor dejarles una botella de cada. No es momento de economizar en nuestra hospitalidad. Lo mismo debería aplicarse a todos los nuevos huéspedes que, en circunstancias normales, habrían recibido nuestro champán de bienvenida.

—¿Y esto durante cuánto tiempo, señora?

—Mientras el país esté de luto oficial.

Más murmullos de aprobación.

—Señora. —Gösta Möller carraspeó levemente—. ¿Tenemos que servir champán a los huéspedes que lo pidan?

—Por supuesto. Somos un hotel, no los defensores de la política moral. Nuestro mayor problema, a falta de una palabra mejor, es el

banquete de los Premios Nobel que debe celebrarse el martes. Dudo mucho que siga adelante.

—Lo cual es problemático, efectivamente —dijo el chef Samuelsson —. La mayoría de productos que necesitamos para dar de comer a ciento cincuenta comensales ya están en la casa.

—Como debe ser —dijo Wilhelmina—. Razón por la cual, el señor Möller y usted considerarán otras formas de utilizar dichos productos antes de que se echen a perder.

—¿Se refiere a que tendríamos que pensar maneras con las que modificar la carta del comedor? —preguntó Gösta Möller.

—Exacto —respondió Wilhelmina—. Y la carta del bar de sándwiches, aunque comprendo que ahí tenemos menos margen de maniobra. Imagino que muy poco de lo que habríamos servido en el banquete de los Nobel puede ofrecerse razonablemente entre pan.

El chef Samuelsson levantó un dedo a modo de advertencia.

—Señora, quizá deberíamos pecar de cautos hasta escuchar la opinión del Comité de los Premios Nobel. No me gustaría en absoluto crear y servir un sándwich Nobel y enterarme después de que la cena acabará celebrándose.

—Razón por la cual he dicho que deben «considerar» otras maneras. De todos modos espero tener noticias hoy mismo del Comité. —Se volvió entonces hacia Ottilia—. Su situación tal vez sea la más complicada. Tenemos muy poca idea de qué actos privados seguirán celebrándose, cuáles acabarán cancelados y qué nuevos actos surgirán a raíz del triste fallecimiento de Su Majestad. Karolina y usted tendrán que trabajar en estrecha colaboración tanto con el chef Samuelsson como con monsieur Blanc, puesto que el tiempo será a buen seguro esencial. —Wilhelmina bebió un poco de café. El calor la relajó. Depositó de nuevo la taza en el platillo—. Pero lo primero que Karolina y usted deben hacer esta misma mañana es ir a Nordiska Kompaniet y encargar vestidos negros. Vayan temprano, antes de que agoten o reserven toda la seda negra. Díganles que necesitan los vestidos para el martes por la tarde como mucho. Mencionen la palabra «Nobel», y así espabilarán. Y díganles que lo facturen todo al Grand Hôtel.

Ottilia bajó la vista hacia su antiguo uniforme del servicio de habitaciones.

—Pensaba que…

—Pues pensaba mal. No sabemos con quién se cruzarán a lo largo de las próximas semanas y no quiero que las chicas de mi departamento de banquetes decepcionen al público. Y ahora escúchenme bien, todos ustedes. Habrá un funeral de Estado. Evidentemente, no tenemos aún los detalles, pero estoy segura de que el Grand Hôtel tendrá que alojar a numerosos dignatarios extranjeros. En cuanto reciba más información, ustedes cuatro serán los primeros en saberlo. ¿Alguna pregunta?

Habló entonces Margareta.

—Una de mis chicas me ha preguntado si podrán ir a ver la capilla ardiente del rey.

—A mí me han preguntado lo mismo en la cocina —dijo el chef Samuelsson—. Creo que es una petición difícil de rechazar.

—Pues yo creo que depende de lo ocupados que estén —replicó Wilhelmina—. Todos los días libres quedan cancelados hasta nuevo aviso, pero si el tiempo lo permite y, a discreción de cada jefe de departamento, los empleados podrán ir por parejas durante un día laborable. Estoy de acuerdo con usted, chef Samuelsson, los que así lo deseen tienen derecho a rendir honores a su rey. Su Majestad fue un cliente fiel de este hotel, y haremos, y seremos vistos haciéndolo, todo lo que esté en nuestro poder para honrar su memoria y ayudar a palacio en estos momentos tan difíciles.

65

Elisabet Silfverstjerna estaba de nuevo fuera de sí por culpa de su dolor y su indecisión. Las últimas catorce horas en palacio le habían pasado factura y habían hecho emerger todas las emociones que tenía a su disposición. De nuevo en la suite del Grand Hôtel, miró a Wilhelmina con ojos cansados y enrojecidos.

—Me alegro tanto de estar de vuelta aquí. Si me hubiese quedado un minuto más en palacio, creo que me habría puesto a gritar. —Miró a su alrededor—. No quiero ni pensar en la posibilidad de que me obliguen a abandonar mi humilde morada.

Wilhelmina se atragantó con el jerez, pero mantuvo su discreción.

—Por allí estamos aún haciéndolo todo por inercia —dijo Elisabet, moviendo la cabeza en dirección a la otra orilla—. Pero todavía no estamos seguros de si la antigua forma de hacer sigue aplicándose o si Gustavo V querrá hacer las cosas de manera distinta. ¿Y por qué no? ¿No crees que cualquier hombre de casi cincuenta primaveras querría hacer las cosas a su manera, aunque solo fuera porque puede?

—¿Y Su Majestad la reina?

Elisabet levantó la mano.

—Concreta un poco más, Wilhelmina. ¿Te refieres a la reina Victoria o a la reina viuda Sofía? Porque resulta que es una pregunta que he oído formular una docena de veces en lo que va de día. Todo es tan desesperadamente raro. —Una lágrima le rodó por la mejilla—. Esta noche nadie ha descansado. A las dos de la mañana, el médico personal del rey ha dictaminado que era muy posible que Su Majestad no volviera a recuperar la conciencia. Y el buen doctor tenía razón. A partir de ese momento, lo único que hemos podido hacer ha sido esperar lo inevitable. Dicen que Su Majestad ha muerto tranquilo y en paz, lo cual es muy de agradecer.

Hizo una pausa para beber un trago de jerez. Wilhelmina miró a Lizzie. Estaba pálida y agotada.

—¿Has cenado?

Aunque lo que en realidad quería preguntar era si se había fijado ya la fecha del funeral. Cuanto antes lo supiera, antes podría empezar a planificarlo todo en serio. Por suerte, el Comité de los Premios Nobel ya había confirmado oficialmente la cancelación del banquete. Por otro lado, era evidente que Lizzie necesitaba hablar y que el trabajo de Wilhelmina consistía en escucharla.

Elisabet asintió.

—He comido en palacio. La mayoría no tenía ganas de nada. Con Su Maj…, con el fallecido rey todavía caliente. La capilla ardiente se instalará en la Capilla Real el miércoles por la noche. El público podrá acceder a partir del jueves.

Wilhelmina agradeció a su buena estrella la oportunidad que Lizzie acababa de servirle en bandeja de plata.

—¿Y el funeral?

—El jueves siguiente, el día 19, en la iglesia de Riddarholmen. —Elisabet se secó los ojos—. Es todo tan desesperadamente triste.

—Hay que recordar que el rey tenía casi setenta y nueve años y que había disfrutado de una buena vida —dijo Wilhelmina.

—No me refería a Su Majestad, aunque tienes razón. Me refería a Karolina. Jamás conoció a su padre y jamás lo conocerá.

Wilhelmina eligió con cuidado sus siguientes palabras.

—Quizá nunca debería conocer la identidad de su padre.

—¡Debe conocerla! Mina, he esperado veintidós años a decirle que soy su madre y es inevitable que pregunte por su padre.

—¿Y crees que es lo mejor para Karolina?

Los ojos de Elisabet se encendieron.

—Hemos tenido esta conversación muchas veces y siempre me has dicho que debía esperar a que llegara el momento adecuado. Su padre ha muerto. Para él ya nunca más podrá ser el momento adecuado. Pero Karolina tiene una madre. Una madre que podría llevarla a la ópera en vez de hacerle llegar entradas a través de una red de historias y mentiras. Una madre que la quiere. ¿Ha conocido mi hija el amor alguna vez?

—Sospecho que lo conoce. El joven Edward parece muy enamorado.

—Me refiero al amor, Mina, no al deseo.

—Tranquila, tranquila, Lizzie. Creo que no estás tratando con justicia a la joven pareja. Jamás he visto ni he oído ni el más mínimo indicio de falta de decoro. Además —Wilhelmina sonrió a regañadientes a Elisabet—, no creo que estés en posición de criticar la elección de Karolina, si acaso lo elige.

—Eso que dices es injusto.

—¿De verdad?

Elisabet suspiró.

—No. Pero la decisión está tomada. No lo estaba hasta ahora, pero ahora lo está. Karolina tiene derecho a conocer a su madre. Esperaré hasta que pase el funeral y luego iré a ver al rey.

—¿A Gustavo V?

Elisabet la fulminó con la mirada.

—Mina, incluso a mí me parecería inútil dirigirme a un cadáver.

Se miraron a los ojos y Elisabet acabó riendo. La risa se convirtió en carcajadas. Más fuertes de lo que sería decoroso dada la situación, pero unas carcajadas que acabaron siendo una forma excelente de liberar las emociones acumuladas. La tez de Elisabet recuperó un color más natural. Apuró la copa.

—No, le comunicaré a Gustavo V mi intención de reconocer a mi hija.

—¿Y si te lo prohíbe?

Elisabet movió un dedo.

—No se trata de pedirle permiso. Sino de que voy a tener la cortesía de informarlo de antemano al respecto. Tanto él como la reina viuda saben que su padre y esposo tuvo hijos fuera del matrimonio. ¿Tan terrible sería reconocer la existencia de uno más?

66

A última hora de la tarde del día siguiente, vestidas de negro, Torun y Märta cruzaron la puerta de la esquina del Grand Hôtel que daba acceso al bar americano. El ambiente, tan alegre en circunstancias normales en unas fechas tan próximas a la Navidad como aquellas, parecía hundirse bajo el peso del duelo colectivo. Se abrieron paso hasta llegar a Charley Löfvander, en su puesto de siempre detrás de la barra.

—Eres un buen amigo —le dijo Torun—. Hemos venido lo más rápido que hemos podido. Las calles están vacías, aunque heladas. —Su mirada se disparó a derecha e izquierda, pero siguió dando la espalda al resto de la sala—. No me atrevo ni a mirar. ¿Sigue por aquí?

Charley sonrió.

—Le he dicho al botones que se diera prisa. Y sí, sigue en aquel rincón de allí, sentado con el señor Strindberg.

—¿Conoce el señor Kipling al señor Strindberg?

—Por lo que parece, sí. Han estado hablando sobre esa obra de Strindberg, *Maestro Olof*. Por lo visto será lo primero que se representará en el nuevo Teatro de Arte Dramático cuando se inaugure en febrero. Id a sentaros a una mesa cercana y enseguida os traeré un vino. Las malas lenguas empezarán a criticar de inmediato si ven a dos jóvenes señoritas de pie junto a la barra.

Märta contuvo una risilla nerviosa.

—Esto me resulta casi obsceno. Jamás había estado en el Grand Hôtel como clienta. —Indicó a Torun una silla en la mesa elegida—. Tú siéntate aquí, así tendrás mejor vista.

—Calla, no hables tan alto. —Torun se volvió para ver si la había oído alguien. Se inclinó hacia su amiga—. No puedo creer que esté tan cerca del gran hombre.

—¿De cuál?

Märta volvió con su risilla, esta vez por su propio chiste.

—¡Quieres mantener la seriedad! Estamos todos de duelo.

Märta cambió de cara.

—Tienes razón. A la hora de comer ya habíamos agotado los guantes negros.

—¿Acaso no tenían ya guantes negros todas las mujeres?

—Es lo que me ha dejado perpleja. Pero la jefa ha dicho que un funeral real exige tener un par nuevo para cuando pase el cortejo funerario de Su Majestad. Ottilia y Karolina han pasado por allí esta mañana. Para comprarse vestidos negros para el departamento de banquetes.

—Supongo que los necesitan, sí. Hoy en Norstedts había un ambiente de tristeza. Nadie menor de treinta y cinco años ha conocido otro rey. Es como si toda la ciudad estuviera… —Se calló de golpe y volvió a inclinarse hacia Märta—. El señor Strindberg se ha levantado de la mesa. Veo que ha dejado la copa medio llena, por lo que imagino que volverá. El señor Kipling se ha quedado esperando.

—Pues ahí tienes tu oportunidad.

Los nervios se apoderaron de Torun. El señor Kipling tenía una visita programada a P. A. Norstedt & Söner para el día siguiente, pero ni en sueños podía esperar ser presentada al gran novelista. Sabía también que se metería en problemas si abordaba al autor a título privado y sus superiores se enteraban. ¿De qué se arrepentiría más? ¿De perder su trabajo o de no hablar con Rudyard Kipling? Hundió la mano en el bolso y se acercó cojeando a la mesa.

—¿Señor Kipling?

—Sí.

—Le pido disculpas por molestarlo, señor. —Torun inclinó la cabeza como saludo—. Pero es que no he podido resistirme a la oportunidad de comentarle lo maravillosa e inspiradora que me parece su obra.

Le respondió con una sonrisa enigmática.

—¿Me permite preguntarle qué libro le ha gustado más?

Tomada totalmente por sorpresa, Torun se paró un instante a pensar.

—*Los cuentos de así fue*.

La mandíbula de Kipling se destensó y le indicó a Torun que tomase asiento en el espacio que había dejado vacío Strindberg.

—¿Y me permite preguntarle por qué?

—Porque me gusta muy especialmente la literatura que despierta la pasión de la lectura en un niño, y a mí entender es un libro excepcional que ofrece al joven lector tanto un placer inmenso como una buena cantidad de material para reflexionar. Antes trabajaba en una librería y, cuando un cliente me pedía consejos de lectura para niños, siempre le recomendaba *Los cuentos de así fue.*

Kipling inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Dice usted, ¿señorita…?

—Ekman, señor.

—Pues dice usted, señorita Ekman —pronunció el apellido con las dudas de todo extranjero—, que trabajaba en una librería. Pero ya no.

—No, ahora trabajo como asistente editorial en P. A. Norstedt & Söner —respondió Torun, que notaba sus mejillas ardiendo.

—Entiendo.

Le cruzó por la cabeza una idea.

—Y ahora me siento totalmente desleal a mi editorial porque allí publicamos sus obras más dirigidas al público adulto y no el libro que, con toda sinceridad, le he dicho que me gustaba más. Creo que *Los cuentos de así fue* lo publica Geber.

—Así es. —Los ojos de Kipling estaban brillantes—. Y ese libro que lleva en la mano, ¿sería quizá un ejemplar que le gustaría que le firmara?

—Lo es, señor. Y le estaría muy agradecida.

Le pasó *El libro de la selva.* Era, al menos, una edición de Norstedts.

El señor Kipling miró con divertimento el sobado ejemplar.

—Un libro bien leído.

—Lo siento, señor.

Kipling se paró un momento antes de escribir la dedicatoria en la página del título.

—No se disculpe nunca por leer. Prefiero mil veces firmar un ejemplar estimado que uno que lleva toda la vida en una estantería sin que nadie lo lea. A menos, claro está, que estemos en una librería. —

Sus ojos brillaron de nuevo cuando le devolvió el libro a Torun.

Torun vio por el rabillo del ojo que August Strindberg entraba otra vez en el bar.

—Señor Kipling, ¿podría pedirle un último favor?

Picado obviamente por la curiosidad, Kipling respondió:

—Puede.

Torun cerró la mano en un puño y se clavó las uñas en la palma para darse ánimos.

—Si por casualidad me viese usted mañana durante su visita a Norstedt & Söner, ¿podría, por favor, fingir que no nos hemos visto nunca? Se supone que no puedo hablar con los autores a menos que ellos se dirijan a mí, pero, como le he explicado, no podía irme de este bar sin haber hablado con usted.

—Mi querida señorita Ekman, aplaudo su iniciativa. Si nos vemos en Norstedt & Söner, tendré a regañadientes el placer de ignorarla por completo.

—Gracias.

August Strindberg miró a Rudyard Kipling y luego a Torun.

Torun se apresuró a dejarle el asiento libre.

Strindberg la fulminó con la mirada.

—Espero que esta joven no haya estado molestándolo, señor Kipling. Mis disculpas si lo ha hecho.

—Todo lo contrario. De hecho, he sido yo el que le ha pedido a esta encantadora señorita que tomara asiento. La señorita Ekman es una de los nuestros, August. Una lectora y una pensadora.

—¡Qué maravilla! —Strindberg le cogió la mano a Torun y se la llevó a los labios—. *Enchanté, mademoiselle*.

—*Enchantée, monsieur*. Y buenas noches, caballeros.

Torun volvió casi flotando a su mesa. Y en cuanto llegó, le dijo a Märta al oído:

—Venga, nos vamos.

Märta estaba espantada. Cogió el abrigo.

—Ay, Dios mío. ¿Era Strindberg? Dicen que es todo un carácter.

Torun se acercó a Charley, se puso de puntillas y le estampó un beso en la mejilla.

—Gracias.

Cuando llegaron a Södra Blasieholmshamnen, a Märta se le había acabado ya la paciencia.

—¿Qué ha pasado? Estaba de espaldas a ti y no podía mirarte sin llamar la atención hacia mi persona. Ni siquiera he podido verte a través del reflejo de la ventana.

Torun bailó bajo una farola.

—Ha sido perfecto, Märta, de principio a fin. Los dos caballeros son encantadores.

Märta se quedó boquiabierta hasta que recuperó la voz.

—Y entonces ¿por qué sigue mi bebida en esa mesa y estamos aquí fuera pisando hielo?

—Porque quería seguir el ejemplo de la señora Skogh y retirarme mientras estuviera ganando. Y porque vamos a buscar a Ottilia. Alguien ha debido de decirle a Charley que yo quería conocer al señor Kipling. Y ese alguien solo puede ser mi hermana.

Märta miró en dirección a la entrada del palacio Bolinder.

—¿Y cómo piensas entrar? ¿Estamos siquiera autorizadas a subir a la habitación de Ottilia?

—Hablaremos muy amablemente con el portero y luego subiremos todo lo rápido que mi cojera nos permita.

Llegaron jadeantes a la habitación de Ottilia, felices por su atrevimiento. Torun llamó a la puerta.

—Torun, Märta, santo cielo. Rápido, entrad.

Karolina agarró a Torun por el brazo y tiró de ella hacia dentro.

Märta fijó la mirada en los dos vestidos negros que colgaban de las puertas de los armarios.

—Caramba, un resultado estupendo teniendo en cuenta el poco tiempo del que disponían.

—Olvídate ahora de los vestidos —dijo Ottilia—. ¿Qué demonios hacéis vosotras dos aquí?

Torun sonrió de oreja a oreja.

—¿Le dijiste a Charley Löfvander que quería conocer al señor Rudyard Kipling?

—No con esas palabras. Le dije que estábamos organizando una

cena encargada por él y que tú te pondrías verde de envidia.

Torun contuvo un grito.

—¿Así que has conocido también al señor Kipling?

—Hoy. Nos ha parecido de lo más encantador. ¿Verdad, Karolina?

Karolina fingió confusión.

—Recuérdame quién era. ¿El señor qué?

Torun le asestó en broma un puñetazo en el brazo.

Karolina aflojó.

—Como resulta que el banquete de los Premios Nobel ha quedado cancelado, el señor Kipling ha decidido organizar por su cuenta una cena para todos los laureados mañana por la noche. Y es de lo que hemos estado hablando hoy.

Torun se dejó caer en la cama de Karolina.

—Corazón mío, cálmate.

—Deja en paz a tu corazón —dijo Ottilia—. ¿Cómo sabes que estuve hablando con Charlie?

—Porque el señor Kipling se ha presentado esta noche en el bar americano y Charlie ha tenido la decencia de enviar un mensajero a comunicármelo. Hemos ido corriendo y allí estaba, el señor Kipling, en carne y hueso y sentado a una mesa en compañía, nada más y nada menos, que de August Strindberg.

—Le ha firmado un libro —dijo Märta.

—Madre mía, ¿y qué te ha puesto?

Torun se levantó de un brinco.

—¿Te creerás que ni siquiera lo he mirado? Estaba tan ansiosa por marcharme de allí mientras todo seguía siendo perfecto, que he guardado el libro en el bolso y ya está. —Torun abrió la obra por la página del título. Y se le llenaron los ojos de lágrimas—. «De un lector a otro: los jardines no se hacen sentándose a la sombra. Afectuosamente, Rudyard Kipling. Diciembre de 1907».

—¿Y eso qué significa? —preguntó Karolina.

—Creo —respondió Torun— que lo que está diciendo es que no le ha molestado que lo abordara esta noche. Pero, más que eso, lo que está diciendo es que siempre debemos trabajar para conseguir lo que queremos. —Se llevó el libro al pecho—. Es gracioso, ¿verdad?

Anoche lloré por nuestro rey. Y esta noche veo el futuro con renovada determinación. Cómo pueden llegar a cambiar las cosas en un solo día.

67

Una gruesa capa de nubes grises se había asentado sobre Estocolmo, complementando el paisaje monocromo de una ciudad de luto. El hielo tenía un color gris brillante, la gente vestía de negro y todas las decoraciones navideñas de las ventanas habían quedado sustituidas por tela blanca.

Con los abrigos abotonados hasta arriba para protegerse del frío húmedo, Karolina, Ottilia, Beda y Margareta salieron a Stallgatan.

—Cuanto antes nos pongamos a la cola, mejor —dijo Karolina—. Charley Löfvander dice que ayer hubo veinte mil personas aguardando. Muchos estaban enfadados por la larga espera y se ve que al caer la noche hubo una estampida para irrumpir en la capilla.

—Desgraciados —dijo Margareta—. Me daría vergüenza ver una conducta así en presencia del cadáver del rey.

—Y a mí —convino Ottilia—. Además, Karolina y yo debemos estar de vuelta a las tres. Si nos resulta imposible, volveremos a intentarlo mañana.

—Yo no podré —comentó Margareta—. Hoy es mi última oportunidad. Esperamos los primeros huéspedes del funeral mañana por la mañana y, a partir de ese momento, en el servicio de limpieza ya no podremos prescindir de nadie.

Cruzaron a paso ligero el puente de Norrbro. Un enorme grupo de ciudadanos apesadumbrados, entre ellos algunas mujeres que lloraban en silencio, venían ya de regreso.

—¿Quién va a venir? —preguntó Ottilia.

—Tenemos miembros de gobiernos extranjeros y delegados diplomáticos de Bélgica, Holanda, Portugal, Turquía, Siam y Estados Unidos. Cada uno de ellos con sus propias costumbres y exigencias. Por no hablar del orden jerárquico no oficial —refunfuñó Margareta —. Son diplomáticos, pero las que ejercemos la diplomacia somos nosotras. ¡Ay del Grand Hôtel si alguno de esos percibe el más mínimo

desaire! La señora Skogh quiere recibirlos a todos personalmente.

—Pues confiemos en que no les dé por llegar a dos al mismo tiempo —dijo Karolina.

—Confiemos. No sería la primera vez que un carruaje tiene que dar una vuelta adicional a la manzana para hacer una entrada majestuosa.

El Grand Hôtel, decorado con blasones negros, se alzaba al otro lado del agua.

—Me pregunto si la señora Skogh vendrá a ver a Su Majestad —dijo Ottilia.

Margareta negó con la cabeza.

—No, asistirá al funeral. Creo que ella y su difunto marido eran buenos amigos del rey.

Se sumaron a la cola de gente en la cuesta de Slottsbacken, fuera del palacio.

—Me pregunto qué se debe de sentir siendo el nuevo rey y viendo tan solo blasones negros desde todas las ventanas de palacio —comentó Beda.

—Seguramente estará tan ocupado y tan abatido que le dará igual —dijo Margareta.

Entonces Karolina dijo con una débil vocecilla:

—Yo nunca he visto un muerto.

—Pues eso quiere decir que has tenido mucha suerte —replicó Margareta—. No son muchos los que llegan a los veintidós sin haberse encontrado nunca cara a cara con la muerte. Mi abuela murió cuando yo tenía cinco años. Fue el primer cadáver que vi. O como mínimo, el primer cadáver del que soy consciente.

—¿Y te dio miedo?

—El muerto en sí no. Un cadáver ya no puede hacerte ningún daño.

—¿Y tú, Ottilia? —preguntó Karolina mientras la cola avanzaba unos pocos pasos hacia la Capilla Real.

—Mi hermano murió, y mi madre, claro. Y en Rättvik tuvimos un huésped que falleció de repente. —Ottilia recordó la ocasión—. Fue más un problema práctico que otra cosa. No conocía de nada a aquel hombre. Tuvimos que informar a la familia, pero por suerte no era mi trabajo hacer eso. —Tragó saliva—. Ver a mi madre fue lo peor.

Quería a mi hermano, por supuesto, pero a mi madre la quería más. Temo el día que pierda a mi padre.

—Yo temo el día que pierda a una de mis amigas —dijo Karolina—. Nunca he tenido una familia. O al menos una familia como las que describís vosotras. De haber contraído unas fiebres y haber muerto, mi familia de acogida habría echado más de menos el dinero que percibía por tenerme que a mí.

Ottilia la enlazó por el brazo.

—No nos perderás. O, como mínimo, no nos perderás hasta dentro de mucho tiempo. Todas somos más o menos de la misma edad.

—Yo soy mayor —observó Margareta—. Pero, cuando falte, no llores por mí, Karolina. Recuerda que la vida es para vivirla.

—Calla —dijo Ottilia—. Estás todavía en la treintena. Además nada garantiza que nos vayamos por orden de edad.

—¿No sería horrible? —se preguntó Karolina.

—¿Lo sería? —dijo Margareta—. ¿O sería lo justo?

Karolina se mordió el labio.

—Sería horrible. Imaginaos que todas muriéramos siguiendo el orden de nuestras fechas de nacimiento. El horror de una muerte y saber quién de tus otros seres queridos sería el siguiente.

—Es un dilema, sí —convino Ottilia. Pateó el suelo para entrar un poco en calor—. Tendría miedo por mí, pero eso no anularía la desgraciada sorpresa que te llevas cuando muere alguien.

—No, por supuesto —dijo Beda—. Todos sabíamos que el rey se estaba muriendo, pero todos nos llevamos una sorpresa cuando conocimos la noticia.

Ottilia se quedó pensando.

—Tienes razón.

—Dicen que es mejor haber amado y sufrir una pérdida que nunca haber amado —dijo Margareta.

Karolina levantó un dedo.

—Estoy completamente de acuerdo. Cuando iba al colegio, varias de mis compañeras perdieron a su madre o a su padre. La niña que se quedaba huérfana siempre lloraba mucho y yo intentaba consolarla. Y me avergüenza reconocer que una pequeña parte de mí envidiaba ese

dolor. Qué maravilloso habría sido tener una madre o un padre al que poder perder.

—De maravilloso no tiene nada —dijo Beda en voz baja—. Mi madre murió de tuberculosis cuando yo tenía siete años. ¿Quién sufrió más en tu familia, Otti? ¿Birna, que perdió a su madre con diez años, o Victoria, que no llegó a conocerla?

Se hizo el silencio.

Llegaron por fin a las dobles puertas de acceso a la Capilla Real. Karolina inspiró hondo para serenarse antes de entrar. ¿Dónde estaría colocado el féretro? ¿Vería de inmediato el cuerpo del rey? Empezó a avanzar en fila india entre Margareta y Ottilia y contuvo la respiración ante el esplendor blanco y dorado del techo abovedado. Bajó entonces la vista hacia las paredes de piedra gris y los bancos de madera de roble. Y se armó de valor antes de mirar por fin en dirección al presbiterio acordonado al fondo del pasillo, donde hombres con uniforme militar custodiaban un féretro —con los pies hacia la puerta de entrada— envuelto en lo que parecía una bandera. La corona de Su Majestad descansaba sobre una mesita a los pies del ataúd.

La figura se volvió más clara a medida que Karolina se fue acercando. El cuerpo del rey estaba elevado para poder ser visto desde la cabeza hasta la cintura. ¿Quién habría vestido al rey con su uniforme militar? ¿Y cómo lo habrían hecho? Decían que los cadáveres eran rígidos. Karolina descansó la mirada en el conocido bigote blanco y en las patillas que enmarcaban un rostro demacrado y céreo. Karolina notó que le temblaban los labios. Aquel hombre, que yacía bajo la luz de cirios blancos, siempre había sido su rey. Remoto, claro está, pero siempre presente, sobre todo desde que ella había empezado a vivir y trabajar en el Grand Hôtel. Siguiendo el ejemplo de Margareta, Karolina inclinó levemente la cabeza al detenerse a los pies del féretro. El rey merecía la estima de sus súbditos por haber evitado la guerra con Noruega, aunque solo fuera por eso. Pero, a lo largo de un reinado de treinta y cinco años, había hecho muchas cosas para ganarse la gratitud de su pueblo, tal y como demostraba la gran cantidad de gente que, a pesar del gélido tiempo, hacía cola para presentarle sus respetos. Recordaría a Óscar II como el buen monarca

de su infancia. Y, si Dios quería, Gustavo V sería también un rey bueno y justo.

68

1908

Margareta y Gösta salieron del Teatro Real de Arte Dramático. Finos copos de nieve flotaban en el aire, listos para sumarse a la capa de nieve que cubría ya el suelo.

—Qué velada más estupenda —dijo Margareta—. Gracias por invitarme. Jamás sabré cómo lo has hecho para conseguir entradas para la primera representación de cara al público. ¿No piensas contármelo, por favor?

Gösta rio entre dientes y levantó las manos.

—Si de verdad quieres saberlo, es muy sencillo. Mi primo trabaja en las taquillas. Me comentó que *Maestro Olof* era una obra que valía la pena ver y que sería maravilloso poder presenciarla en un edificio inaugurado justo el día anterior.

—Un privilegio excepcional.

Se volvieron para contemplar el edificio iluminado. Incluso las cuatro farolas decoradas brillaban con adornos dorados.

—El exterior del edificio también es impresionante —comentó Margareta—. Y pensar que ha sido financiado con una lotería. Una idea inteligente.

—Mi primo me contó que consiguieron recaudar más dinero del que necesitaban y que por eso el edificio es tan dorado. —El rostro de Gösta se ensombreció—. No puedo evitar preguntarme si estuvo bien gastar ese dinero sobrante en oro cuando hay tantas penurias en la ciudad e incluso se ha considerado extravagante celebrar una coronación excesivamente suntuosa.

—Creo que Gustavo V ha actuado con sabiduría —dijo Margareta—. El pueblo tiene que ver que el palacio recorta también gastos. Hay tanto malestar en la ciudad que podría acabar desencadenándose una revuelta antimonárquica. No sería muy complicado prender esa

mecha. Torun me ha contado que escasea tanto el dinero que incluso muchas librerías se están yendo a pique.

—Y no son solo las tiendas. Muchos hoteles están bajando precios con tal de llenar camas. Estamos recibiendo docenas de solicitudes de camareros que se han quedado sin trabajo. Son hombres desesperados por llevar un plato a la mesa de sus familias.

—Y mujeres —replicó Margareta—. Tengo algunas que incluso se me han ofrecido para trabajar gratis. Cuando hay niños hambrientos en casa, una propina es mejor que nada.

Gösta tiró de Margareta cuando pasó por su lado un tranvía.

—Maggie, ¿sigues pagándole todavía la mitad de tu sueldo a ese marido tuyo?

Margareta se enfureció y se ruborizó también.

—Sigue siendo mi marido. Lo abandoné.

—Te pegaba. Y han pasado ya tres años.

—Hace casi seis —dijo ella en voz baja. Seis años sin golpes.

—Me refiero a que llevas pagándole tres. Esto no puede continuar.

Una lágrima brilló bajo la luz de la farola.

—Debe continuar.

—¿O?

—Mientras pague, estoy segura.

«Y tú también», pensó, aunque no lo dijo. Si Gösta supiese que Knut ya los había visto juntos y que la había amenazado diciéndole lo que haría si Gösta le ponía una mano encima, a menos que siguiera pagándole… A saber dónde acabaría aquello.

—Yo puedo mantenerte segura —dijo Gösta—. Ven a casa conmigo esta noche, por favor. No es más que una habitación con una pequeña cocina, pero está limpia y me atrevería a decir que incluso es acogedora. Un lugar agradable para después de una larga jornada. Y es mía. Nuestra, si tú quisieras.

Margareta miró los ojos azules de Gösta. ¿Podía confiar en aquel hombre aparentemente tan cariñoso? ¿O la llevaría a una choza infestada de cucarachas y le diría «*voilá*»? La dirección tal vez sirviera para darle una pista. De hecho, nunca le había preguntado a Gösta dónde pasaba las noches; le parecía una pregunta excesivamente

personal cuando no estaba tan segura sobre cómo se desarrollaría su relación. Pero ahora se sentía más segura.

—¿Dónde vives?

Gösta se quedó sorprendido.

—En Linnégatan. En la casa de al lado de donde viven Torun y Märta.

Margareta se quedó boquiabierta.

Gösta frunció el ceño.

—Pensé que lo sabía todo el mundo. No nos vemos mucho porque Märta apenas para por casa ahora que sale con ese joven, y Torun siempre está donde hay un grupo de mujeres reunidas por una buena causa. Pero a veces compartimos un café. —Sonrió—. Siempre que el café sea de Svenska Hem. Torun no se fía de ninguna otra tienda, dice que todos mezclan el café con serrín de madera de caoba quemado.

Margareta soltó una carcajada. Su aliento cálido se elevó entre los copos de nieve hasta acabar evaporándose bajo la luz de la farola.

—Y como es habitual, Torun tiene toda la razón. —Enlazó su brazo con el de Gösta—. Pues entonces guíame. Un buen café es el remate perfecto a una noche en el teatro.

69

Elisabet irrumpió en la sala de estar de Wilhelmina a última hora de la tarde de un domingo de marzo.

—Gracias por esperarme.

—Querida mía, si me envías un mensaje diciéndome que necesitas hablar urgentemente conmigo, siempre te esperaré. ¿Qué sucede?

Le pasó a Elisabet una de las dos copitas de jerez que Brita había dejado en la mesa auxiliar situada entre los dos sofás.

—Hoy le he hablado al rey sobre Karolina.

La cabeza de Wilhelmina empezó a correr en diversas direcciones. ¿Qué significaría esto para Elisabet? ¿Para Karolina? ¿Para el Grand Hôtel?

—Entiendo.

—No, Mina, no entiendes absolutamente nada. Pero yo sí. Y hoy, que hace justo tres meses que falleció el anterior rey, he decidido que había llegado el momento de abordar a Gustavo V y he hecho acopio de todo mi ingenio y mi valentía para solicitar una audiencia.

Sin sentarse aún, Elisabet desafió con la mirada una posible desaprobación por parte de Wilhelmina.

Intentando ganar tiempo, esta bebió un traguito de jerez. Dejó de nuevo la copa en la mesa y agradeció la oleada de calor. Por mucho que la primavera hubiera empezado oficialmente, el aire seguía soplando gélido.

—¿Por qué se lo has contado a Su Majestad? Y siéntate, Lizzie, estás gastando mi mejor alfombra.

Elisabet tomó asiento en el sofá de delante de Wilhelmina.

—Se lo he contado todo. Cómo di a luz a una hija engendrada por su padre y cómo se ha criado.

—¿Y?

—Me ha dicho que había oído rumores al respecto años atrás y que ese fue un escándalo de su padre, no suyo.

—¿Y qué más ha dicho Su Majestad?

—Poco más. Ha reiterado la postura del antiguo rey, diciendo que la paternidad de Karolina jamás podría quedar demostrada y que nunca sería reconocida como miembro de la familia real. Le he asegurado que en ningún momento había esperado que lo fuera.

—¿Y cómo se ha tomado Su Majestad la noticia de que tenía una hermanastra? ¿No le ha interesado en lo más mínimo? Solo tiene hermanos.

—Estoy segura de que el rey tiene varias hermanastras más y que la noticia lo ha dejado igual. —Elisabet se inclinó hacia Wilhelmina—. Y estoy igualmente segura de que él también debe de haber engendrado algún que otro bastardo. Pero, Mina —su voz adquirió un tono más apremiante—, Su Majestad ha dicho que si deseo reconocer a Karolina como mi hija, es solo asunto mío.

Wilhelmina carraspeó antes de hablar.

—¿Le has comentado que Karolina trabaja en el Grand Hôtel?

Elisabet frunció el ceño.

—Sí. Pero te agradecería que, por una vez, pongas mi congoja por delante de tu bendito hotel.

El pulso de Wilhelmina se aceleró. ¿Habría puesto pegas Gustavo V a que Karolina estuviese tan cerca de palacio?

—Lo siento —dijo mintiendo—. Continúa, por favor.

Elisabet aflojó un poco el tono.

—Su Majestad ha dicho que la chica podía ganarse la vida donde quisiera y que sin duda era adecuado que la hija de un rey trabajase en un establecimiento tan elegante como este.

—¡Un establecimiento elegante! —Wilhelmina se llevó la mano al pecho—. ¿Ha dicho esto?

Elisabet resopló con exasperación.

—Mina, eres incorregible, y sí, ha dicho esto. Y también que yo puedo seguir trabajando en palacio. Su Majestad es de la opinión de que la reina viuda pasará muy poco tiempo en Estocolmo y ha dicho asimismo que cualquier resentimiento que mis relaciones con el difunto rey pudiera haber generado es agua pasada.

—¿Seguirás viviendo aquí?

Wilhelmina contuvo la respiración. Por lo que a la economía del Grand Hôtel se refería, tener una de las suites esquineras ocupadas de forma permanente no era un detalle que se pudiera pasar por alto.

—El rey no ha hecho ninguna mención relativa a mi alojamiento. Si la corte desea considerar el asunto, tendré que plantearme las distintas alternativas. Pero, hasta entonces, no tengo intención de echar leña al fuego en este sentido.

Wilhelmina exhaló interiormente un suspiro de alivio. Volvió a llenar las copas.

—¿Cuándo y cómo se lo dirás a Karolina?

Elisabet se recostó en el asiento todo lo que su corsé le permitía.

—Una muy buena pregunta. Llevo muchos años imaginándome innumerables maneras de decírselo, pero ahora que tengo permiso para hacerlo… —negó con la cabeza—, no tengo ni la más remota idea de cuál es la mejor. En cuanto la sorpresa inicial se haya atemperado, confío desesperadamente en que Karolina se sienta encantada. Imagínate, Mina, todas las cosas que puedo ofrecerle. Y no me refiero solo a una pequeña herencia, aunque supongo que cualquier suma de dinero siempre será bienvenida, sino también a que tendrá una familia. Incluso podrá utilizar el apellido que le corresponde: Karolina Silfverstjerna. ¿Verdad que suena bien?

—Suena muy bien.

—Pero, en cuanto a cómo decírselo, la verdad es que ando muy perdida. Por eso quería verte esta noche. Te he enviado el mensaje en cuanto he terminado de hablar con el rey.

—Es una lástima —replicó Wilhelmina— que no me lo enviaras antes de hablar con él.

—Vamos, Mina. No seas tan gruñona. Tú tienes mucha más experiencia que yo en cuanto a tratar con chicas. ¿Tú qué harías?

70

Ottilia habló en voz baja, rompiendo el silencio y la oscuridad de primera hora de la mañana.

—¿Estás despierta?

Un movimiento en la otra cama y Karolina se recostó sobre su codo.

—Sí.

Ottilia se sentó, encendió la lámpara de su mesita de noche y se recogió las piernas contra el pecho.

—Aún no sé qué decirle a la señora Skogh. Si paso a ocuparme del Grand Royal, no estaré implicada en el banquete de los Premios Nobel ni en el cincuenta cumpleaños del rey, que se celebrará en junio. Seguro que tendremos varias cenas privadas para la ocasión. Pero si acepto lo del Grand Royal, tú podrías dirigir banquetes y yo tendría todo el edificio nuevo que llenar de actividades.

Desde el momento en que la señora Skogh le ofreciera el puesto, Ottilia había oscilado entre un rotundo sí y un rotundo no. Uno de los puntos positivos era que trabajaría más estrechamente con la señora Skogh, mientras que uno de los puntos negativos era que el conocido mal genio de la directora había empeorado si cabe desde que un retraso tras otro había estado perjudicando el avance de las obras del Grand Royal. Todos los puntos positivos que Ottilia se planteaba tenían su correspondiente punto negativo. La señora Skogh había dicho que le concedía una semana para pensárselo. Y eso había sido el viernes. Pero entonces, el lunes por la tarde, Ottilia había recibido órdenes de presentarse en el despacho de la señora Skogh a las diez de la mañana de hoy martes. Y Karolina, de presentarse a las diez y media.

—Aún no sabemos con seguridad si me ofrecerán dirigir el departamento de banquetes —dijo Karolina—. A lo mejor me piden que continúe contigo si pasas al Grand Royal. Pero debe de ser una cosa o la otra. Porque si fuera a seguir como subdirectora de

banquetes, ¿por qué necesitaría verme la señora Skogh?

Ottilia ladeó la boca.

—Si estuviera yo en el lugar de la señora Skogh, dejaría al menos a una de las dos en banquetes. Sabemos perfectamente cómo funciona el departamento y todo lo que hay que hacer. Por otro lado, el Grand Royal no estará terminado hasta otoño, lo cual nos ofrecería un buen periodo de transición para enseñar los entresijos a otra persona. A lo mejor la señora Skogh quiere darle el puesto de banquetes a un hombre, por pura cuestión de equilibrio.

—Ya hay hombres dirigiendo el comedor, los bares e incluso el servicio de habitaciones, ahora que Beda ha pasado a contabilidad —destacó Karolina—. Margareta dirige el servicio de limpieza y tú el departamento de banquetes. Tenemos equilibrio.

—Es verdad.

—Lo que nos devuelve a lo que hablábamos anoche —dijo Karolina —. No lo sabremos hasta que nos reunamos esta mañana con la señora Skogh.

Antes de realizar la habitual llamada a la puerta, Ottilia, todavía indecisa, se fijó en que August Svensson no estaba detrás de su mesa. Eran las diez en punto y, en cuanto entró, Ottilia se paró en seco.

—Buenos días, Ottilia.

La mirada de Ottilia pasó de la señora Skogh a la señorita Silfverstjerna, que estaba de pie detrás de ella, junto a la ventana.

—Lo siento mucho. Me ha parecido oír la palabra «Adelante». Esperaré fuera.

—Ha escuchado usted bien lo de «Adelante» —replicó la señora Skogh—. Cierre la puerta. Y la de Svensson.

Perpleja, Ottilia hizo lo que le ordenaban.

—Ottilia, me gustaría presentarle debidamente a la señorita Silfverstjerna.

¿Qué tendría que ver la señorita Silfverstjerna con el Grand Royal? ¿Dejaría el palacio? ¿Le habrían ofrecido a ella llevar el Grand Royal? A buen seguro, la señorita Silfverstjerna tenía contactos excelentes en

la ciudad. Y en palacio. Una avalancha de decepción asoló de repente a Ottilia. Porque ahora se daba cuenta de que realmente quería aquel puesto. Tendría que haber aceptado la oferta de la señora Skogh en el mismo momento, el viernes pasado.

La señorita Silfverstjerna rodeó el escritorio de la señora Skogh y le tendió una mano blanca y suave.

—Señorita Ekman.

Ottilia se la estrechó y saludó con una reverencia.

La señora Skogh se trasladó a la mesa, en cuyo centro había dispuesta una jarra de plata con café, cuatro tazas en sus platillos y una selección de las mejores galletas del Grand Hôtel.

Consciente de que la señorita Silfverstjerna la estaba examinando con la mirada, Ottilia tomó asiento delante de la dama de compañía.

Nadie dijo nada mientras la señora Skogh servía. Y cuando terminó, se volvió hacia la señorita Silfverstjerna.

—¿Quieres empezar tú o lo hago yo?

La señorita Silfverstjerna esbozó lo que a buen seguro era una sonrisa nerviosa.

—Adelante, por favor.

—Ottilia —dijo la señora Skogh—. Le hemos pedido que venga no en calidad de directora de banquetes de mi hotel, sino en calidad de amiga de Karolina. Su mejor amiga, por lo que dicen. Es, de todos nosotros, quien la conoce mejor.

Ottilia se puso rígida. ¿Qué habría que discutir con ella que no pudiese ser discutido directamente con Karolina? Esta tenía que llegar en media hora.

—Me gustaría pensar que Karolina me considera una buena amiga, sí.

—¿Qué sabe usted sobre los orígenes de Karolina? —preguntó la señorita Silfverstjerna.

Ottilia respondió sosteniéndole la mirada.

—Muy poco. Podría ser más productivo preguntárselo a la propia Karolina. O a Edward. Es posible que le haya contado más cosas a él que a mí.

—Responda simplemente a esta pregunta —le espetó la señora

Skogh.

—Aunque su lealtad a Karolina habla muy bien de usted —dijo la señorita Silfverstjerna.

Ottilia se quedó pensando.

—Karolina habla muy poco sobre su pasado. Sé que se crio en el seno de una familia de acogida. Que no fueron malos con ella, pero que nunca la hicieron sentirse bienvenida. Y que de aquella casa pasó directa al Grand Hôtel.

—¿Y no le ha parecido nunca un poco extraño ese último detalle? —preguntó la señora Skogh.

—No, tal y como Karolina lo explica. Ella supone que la pusieron a trabajar en el Grand Hôtel a través del mismo sistema de acogida que pagaba su mantenimiento a aquella familia. Siempre ha contado que su familia de acogida le parecía honesta. Que estaba mejor alimentada y vestida que otros niños que vivían en familias de acogida y que iban a su mismo colegio, pero que nunca fue tratada como un miembro más de la familia Nilsson. El día que vino al Grand Hôtel su padre de acogida le dijo que no los vería nunca más.

La señorita Silfverstjerna se llevó la mano a la boca.

—Pobre chica.

La señora Skogh tosió.

—¿Ha especulado alguna vez Karolina sobre quiénes eran sus verdaderos padres?

—No, al menos conmigo, no. —Ottilia se esforzó en pensar. Y de pronto se le encendió una lucecita. La señorita Silfverstjerna y Karolina. «Me acarició la mejilla». Ottilia entrecerró los ojos, estudió las facciones de Elisabet Silfverstjerna y reconoció en ellas los pómulos y la barbilla de Karolina. Enderezó la espalda en cuanto sus sospechas evolucionaron de una mera idea a una convicción intuitiva —. Usted es su madre —musitó. La rabia empezó a pesar de repente en su pecho.

—Sí —reconoció la señorita Silfverstjerna, que tuvo la elegancia de sonrojarse—. He hecho todo lo posible para…

—¿Todo lo posible? —Las palabras que Ottilia pronunció entre dientes salieron a más velocidad y sonaron más duras de lo que

pretendía.

La señorita Silfverstjerna se encogió.

La señora Skogh arremetió contra Ottilia.

—¡Ekman! Recuerde cuál es su lugar.

Ottilia reprimió la réplica fácil de que su lugar en aquella conversación era el de asumir el papel de mejor amiga de Karolina. Pero no estaba dispuesta a pedir disculpas. Un remolino de preguntas empezó a acumularse en su cabeza. ¿Por qué la señorita Silfverstjerna había ocultado durante tantos años aquella información a la dulce y bondadosa Karolina? ¿Estaría también cerca el padre de Karolina? ¿Y por qué se lo estaban contando a ella, a Ottilia? A buen seguro tenía todo el derecho del mundo a formular esa pregunta.

Se dirigió a la señorita Silfverstjerna.

—¿Por qué está contándome esto?

—Porque voy a decirle a Karolina que soy su madre y no tengo ni idea de cómo se tomará la noticia. Lo que sí sé, sin embargo, es que si yo fuera Karolina, necesitaría después el apoyo de mi mejor amiga.

—Karolina siempre ha tenido mi apoyo.

«Y usted no es Karolina», pensó Ottilia. Porque ella es honesta y sincera.

—Creo, Ottilia —dijo la señora Skogh—, que será mejor que espere a Karolina en su despacho. Le diremos dónde está usted y que está totalmente al corriente de la situación. Sin duda, será una conmoción para ella. ¿Tienen algún asunto urgente hoy en banquetes o puede permitirse prescindir de Karolina si ella lo decide así?

La señorita Silfverstjerna intervino entonces.

—Espero que Karolina quiera pasar el día conmigo. Tenemos muchas cosas que contarnos hasta ponernos al día. Pero también es posible que antes necesite tiempo para digerir la noticia. No puedo hacer suposiciones sobre cómo reaccionará.

—Tampoco yo —apuntó con sinceridad Ottilia—. Si se me permite la pregunta, ¿seguirá Karolina trabajando aquí? El Grand Hôtel es su casa.

—Karolina podrá seguir trabajando aquí todo el tiempo que desee —respondió la señora Skogh. Miró el reloj—. Y ahora, por favor,

vuelva a su despacho, e intente no cruzarse con Karolina por el camino.

Elisabet miró alarmada a Wilhelmina.

—¿Deberíamos haberle dicho a Ottilia que no compartiese esta información con nadie?

Wilhelmina negó con la cabeza.

—Como acabas de ver, Ottilia es la discreción en persona y leal a más no poder. Jamás chismorrearía sobre Karolina, igual que nunca lo haría sobre mí ni sobre este hotel.

Elisabet inspiró hondo.

—Mina, prométeme que me permitirás decírselo a Karolina sin ningún tipo de defensa por tu parte. Tiene todo el derecho del mundo a enfadarse, sentirse triste o…

Una llamada en la puerta interrumpió la conversación.

Karolina consiguió disimular su sorpresa, y su turbación, al ver a la señorita Silfverstjerna sentada a la mesa.

La señora Skogh le indicó con una seña que entrara.

—Pase, querida.

Karolina se puso tensa. ¿Desde cuándo la señora Skogh la llamaba «querida»? Tomó asiento en la mesa y vio que alguien había dejado allí una taza de café medio llena. ¿Ottilia? Si a Ottilia le habían ofrecido café debía de ser que todo había ido bien, ¿no?

La señora Skogh apartó la taza usada y le sirvió café a Karolina en otra taza.

—Gracias.

¿Café también para ella? En aquella escena no encajaba nada. Unió las manos sobre el regazo, fijó la mirada en un nudo de la madera de la mesa y esperó.

La señora Skogh tomó la palabra.

—Karolina, le hemos pedido que venga porque la señorita Silfverstjerna desea hablar con usted de algo de extrema importancia.

Karolina tragó saliva. Miró a la señorita Silfverstjerna.

—¿Señora?

—No existe manera fácil de contártelo. He intentado ingeniar alguna, pero me ha resultado imposible —dijo la señorita Silfverstjerna.

El nudo de la garganta de Karolina se había hecho tan enorme que no podía ni tragar. Guardó silencio.

—Sé que fuiste una niña acogida por una familia.

Karolina asintió, recordándolo.

—Sí, señora.

—Lo sé, Karolina, porque… —ahora fue la señorita Silfverstjerna la que tragó saliva —soy tu madre.

—¿Qué?

Boquiabierta, Karolina miró a la señorita Silfverstjerna y luego a la señora Skogh.

La señora Skogh movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Naciste con el nombre de Karolina Silfverstjerna.

Karolina volvió a mirar a la mujer que afirmaba ser su madre.

—¿Cómo puede estar segura? ¿Cómo me encontró?

—Porque jamás te perdí —dijo la señorita Silfverstjerna en voz baja —. Siempre supe dónde estabas. Algún día incluso te vi ir andando al colegio.

—¿Al colegio? —La voz de Karolina subió de volumen cuando el primer indicio de realidad empezó a calarle—. ¿Sabía dónde vivía?

—Sí, y pagaba a tu familia de acogida.

—¿Les pagaba? —Empujó la silla hacia atrás cuando todos aquellos años de dolor contenido y rechazo afloraron a la superficie—. ¿Por qué? Las familias de acogida son para hijos no deseados. ¿Por qué pagar por una hija que no quería?

—Porque yo te quería.

Karolina se levantó.

—No. Si me hubiese querido, me habría criado usted. Pues muchas gracias por los vestidos bonitos.

La señorita Silfverstjerna había roto a llorar.

—Lo siento muchísimo. No sé cómo explicarte lo mucho que

siempre te he querido.

—Seguramente no tanto como yo siempre quise una madre. O como usted quiso seguir siendo dama de compañía. ¿Cómo podría haber sido dama de compañía cargando con una criatura? —De pronto, Karolina dedujo otra cosa—. Fue usted la que me consiguió mi primer puesto aquí, ¿verdad?

—Sí.

Y ahora se vería obligada a dejar el Grand Hôtel porque permanecer bajo el mismo techo que la señorita Silfverstjerna le resultaría imposible. Las lágrimas de rabia rodaron por las mejillas de Karolina. Cerró las manos en puños para intentar recuperar el control de su persona.

—¿Y todos mis demás puestos? ¿Me han ascendido por méritos propios o por lástima? Qué tonta he sido al pensar que la pobre niña criada por una familia de acogida, Karolina Nilsson, había conseguido por fin ser algo en la vida gracias a su duro trabajo.

—Y lo has conseguido —dijo la señorita Silfverstjerna llorando—. Yo solo te ayudé a conseguir tu primer puesto en el hotel, y lo hice porque quería tenerte cerca.

—¿Y alguna vez se preguntó qué quería yo?

—¿Qué querías?

Karolina agitó ambas manos, sin abrir todavía los puños.

—Se lo acabo de decir. Una madre. Una familia normal. No una familia de acogida que me echó a la primera oportunidad. Ni una dama elegante que vivía en una suite y que me tocó la cara y me dio un susto de muerte solo porque me quería cerca y consiguió justo lo que deseaba. —A Karolina le daba igual estar gritando—. Usted tocó a su hija. Pero a mí me tocó una desconocida. Tenía todo el derecho del mundo a saber que era mi madre.

—Lo siento.

Karolina apartó la vista para asimilar todo aquello. Su mirada fue a parar a la cuarta taza. Se volvió de nuevo hacia la señorita Silfverstjerna.

—¿Le ha contado todo esto a Ottilia? ¿Antes de contármelo a mí?

—Sí.

Los ojos de Karolina echaban chispas.

—¿Por qué?

—Para que tuviese una amiga a la que poder recurrir en este momento de necesidad —respondió la señora Skogh—. Siéntese, por favor, Karolina. Entendemos que todo esto tiene que estar resultándole tremendamente difícil. Un shock impresionante.

Karolina permaneció de pie.

—Me habría gustado haber sido yo la que se lo contase a Ottilia. Es lo más similar a una familia que tengo.

La señorita Silfverstjerna esbozó una mueca de dolor, pero no dijo nada.

—Y ahora podría tener una madre —dijo con delicadeza la señora Skogh—. Si se concediese un poco de tiempo y se permitiese conocer mejor a la señorita Silfverstjerna.

Karolina pensó entonces en otro detalle. Miró a la señorita Silfverstjerna a los ojos.

—También tengo un padre. ¿Quién fue? ¿Está también aquí, en el Grand Hôtel?

La señorita Silfverstjerna negó con energía con la cabeza.

—No.

—Y entonces ¿quién es? ¿O acaso también debo preguntárselo a Ottilia? ¿Se lo ha dicho a ella?

—No.

—¿Por qué no? Bien que le ha dicho que era usted mi madre.

La señorita Silfverstjerna intentó encontrar una respuesta. Renunció a ello.

—Ottilia no lo ha preguntado.

—Pues yo sí lo pregunto. ¿Quién?

—No puedo.

Karolina aspiró hondo.

—¿QUIÉN?

—El difunto rey. Óscar II.

Un silencio de asombro inundó la estancia cuando el reconocimiento no intencionado de la verdad por parte de la señorita Silfverstjerna cayó con fuerza sobre las tres.

Karolina dio media vuelta y se marchó corriendo.

71

Ottilia se había quedado sin la más mínima pizca de concentración. Miró el reloj por enésima vez. Karolina llevaba dos horas con la señora Skogh y la señorita Silfverstjerna. ¿Sería buena señal o era un mal presagio? Seguro que era buena señal. Si las cosas hubieran ido mal, Karolina ya habría vuelto. Ottilia había subido dos veces a su habitación para ver si había ido allí a refugiarse, pero en ambas ocasiones había encontrado la habitación vacía e igual que la había dejado por la mañana. ¿Habría ido Karolina a buscar a Edward? En aquel momento sonó el teléfono.

La voz de la señora Skogh.

—¿Podrían Karolina y usted pasar de nuevo por mi despacho?

A Ottilia se le paró el corazón.

—Karolina no está aquí. Pensaba que seguía con usted.

Se le paró otra vez.

—Baje enseguida.

Ottilia dudó en lo alto de la escalera antes de volverse y subir corriendo por la escalera de atrás hasta su habitación. Esta vez abrió el armario de Karolina.

Wilhelmina esperó con creciente impaciencia. ¿Dónde demonios se habría metido Ottilia?

Esta llegó jadeante, con un mechón de pelo fuera de su habitual lugar.

—Karolina no está en el hotel. No están ni su sombrero ni su abrigo.

—Maldita sea. —Wilhelmina descansó los codos en la mesa y se frotó las sienes—. Estaba segura de que habría ido directamente a verla.

Ottilia se mordió el labio.

—¿Podría preguntar qué ha pasado?

—Karolina se ha tomado muy mal la noticia. Está enfadada, Ottilia. Fuera de sí y rabiosa. Y su madre está consumida por el arrepentimiento.

—¿Existe alguna posibilidad de que Karolina esté ahora con la señorita Silfverstjerna?

—Ninguna. Karolina no quiere saber nada de su madre. Me ha llevado una hora calmar un poco a Elisabet. Se ha ido a palacio para que Karolina pase un tiempo sin que sus caminos se crucen por casualidad.

Y confiaba en que no decidiera seguir allí. La situación económica del hotel era más apurada cada día que pasaba.

Ottilia hinchó las mejillas.

—No alcanzo a imaginar lo imposible que debe de ser esta situación para las dos. Karolina debe de estar amargada. ¿Por qué la señorita Silfverstjerna ha esperado tanto tiempo a contárselo? Deben de haber vivido cerca de siete años bajo el mismo techo. Si la señorita Silfverstjerna se lo hubiera contado a Karolina de entrada, tal vez el resultado habría sido muy distinto. —Ottilia se sonrojó por su franqueza—. Perdón.

Wilhelmina ignoró la insolencia.

—Créame, Ottilia, Elisabet tenía buenos motivos para guardar silencio. —Y quizá Elisabet habría hecho bien guardando silencio para siempre. La revelación de esta mañana no le había aportado nada bueno—. ¿Podría Karolina estar con Edward?

—Edward está en el comedor. He ido a mirar antes de subir aquí.

—¿Y Torun o Märta Eriksson?

—Poco probable. Las dos están trabajando. Torun está en Riddarholmen y no me imagino a Karolina entrando en Nordiska Kompaniet si está tan enojada como dice.

Wilhelmina pensó en voz alta.

—Margareta y Beda Johansson tienen turno aquí. ¿Conoce Karolina a alguien más en la ciudad?

—No, que yo sepa. Excepto a su familia de acogida.

Sus miradas se cruzaron.

Wilhelmina negó con la cabeza.

—Karolina dijo que la echaron a la primera oportunidad.

Ottilia se encogió de hombros desesperada.

—A lo mejor me equivoco con lo de Märta y Nordiska Kompaniet. ¿Voy corriendo hasta allí a comprobarlo?

—Creo que debería, sí. Y a cualquier otro lugar que se le ocurra.

—¿Y si la encuentro?

Wilhelmina puso cara de exasperación.

—Por el amor de Dios, Ottilia. Si la encuentra, tráigala a casa, al Grand Hôtel.

Durante horas, Ottilia corrió por la nieve sucia de finales de invierno. Salió de su habitación en el palacio Bolinder, fue directamente a Nordiska Kompaniet, en Stureplan, y luego a P. A. Norstedt & Söner, en Riddarholmen, recorriendo de un lado a otro distintas calles en busca de Karolina. Cayó la noche, y seguía sin haber ni rastro de su amiga. Si Karolina había decidido esconderse, no habría forma de encontrarla. Solo en Gamla Stan debía de haber docenas de callejones y escaleras, y Karolina conocía la ciudad mejor que cualquiera de ellas. Incluso podía haberse marchado de Estocolmo. Pero ¿adónde?

En cuanto terminaron su jornada laboral, Beda y Margareta se sumaron a Ottilia, Torun y Märta en el pequeño piso de Linnégatan.

Märta preparó sándwiches para todas en la pequeña cocina.

—Siento no poder ofreceros mucho más. Ni Torun ni yo pensábamos cenar en casa esta noche, pero tenemos una barra de pan recién hecho de Svenska Hem.

—Íbamos a asistir a una reunión de Tolfterna —explicó Margareta a Ottilia y a Beda—. Pero Karolina es más importante.

Beda cogió un sándwich de queso.

—¿Seguro que no puedes contarnos por qué se ha ido Karolina, Otti? Saberlo quizá podría ayudarnos a pensar en más sitios donde podría estar.

Ottilia se frotó los pies doloridos.

—Creedme si os digo que me encantaría contároslo, pero no puedo. Y no, conocer el motivo no serviría de nada porque lo más lógico que

podría haber hecho Karolina habría sido ir corriendo a ver a Torun o a Märta… o a cualquiera de nosotras que no estuviera en el hotel.

—Pero ninguna la ha visto —confirmó Märta—. Si ha estado en Nordiska Kompaniet, no ha venido a verme. Ojalá lo hubiera hecho.

—Ya no sé dónde buscar —admitió Ottilia.

—Esta noche en ningún sitio más —dijo Margareta—. Si no has podido encontrarla con luz de día, debemos tener claro que a oscuras será imposible. Karolina sabe que siempre puede volver al palacio Bolinder.

—¿Ha informado a la policía la señora Skogh? —preguntó Ottilia.

Ottilia hizo un gesto negativo.

—Karolina tiene derecho a irse. Está perdida en nuestro mundo. Pero no en el suyo.

—Pero, aun así, Karolina no debería andar dando vueltas de noche sola por la ciudad —dijo Margareta—. No es seguro.

Se hizo de pronto un silencio incómodo. Karolina era la más miedosa de todas ellas y la menos preparada para defenderse. O para convencer a un agente de policía cumplidor de su deber de que no era una mujer de la noche. Dios no quisiera que la arrestaran por ser sospechosa de eso. Tal vez, al final, harían bien poniéndose en contacto con la policía.

—¿Está al tanto Edward de que Karolina ha desaparecido? —preguntó Märta.

—Gösta me ha comentado que Edward está desconsolado —respondió Margareta—. Sabe que se ha ido, pero no por qué. La señora Skogh le ha prohibido comentar con nadie la desaparición de Karolina. Si lo hace, será despedido.

—Típico de la señora Skogh a la que todas queremos tanto —protestó malhumorada Torun—. ¿Por qué no podría limitarse a decirle a Edward que no diga nada a nadie por el bien de Karolina?

—Porque la señora Skogh está contra las cuerdas y no tiene tiempo ni para chismorreos ni para dar explicaciones —respondió Ottilia—. Ya estaba enojada antes de que pasara todo esto. Y ahora, además de enfadada, está preocupada.

—Enfadada… ¿por qué? —preguntó Märta.

—Por el Grand Royal. Las obras van con mucho retraso. Le ha encargado a Lotten Rönquist que pinte unos murales, pero las paredes internas siguen siendo solo ladrillo. Pueden pasar semanas hasta que Lotten empiece, y para terminar su obra necesitará otras tantas.

Torun sonrió.

—Lotten Rönquist, una leyenda entre las feministas y una pintora increíblemente buena. Los caballeros suelen sobrarle. O, como mínimo, aquellos que no se toman a las mujeres en serio.

—Lotten ha pintado unas escenas exquisitas en la suite real —dijo Margareta—. Pero ¿no os parece, de verdad, que Carl Larsson ha pintado también unos murales maravillosos en el palacio Bolinder?

—Seguro que sí —murmuró Torun—. Pero apostaría mi colección de libros a que el nombre de ese pintor será el que acabará recordando la gente por el simple hecho de que los periódicos están dirigidos por hombres y siempre defienden a los suyos.

—*IDUN* es una revista para mujeres —observó Beda.

Torun agitó un dedo.

—Pero está dirigida por un hombre. Johan Nordling es el redactor jefe. ¿Qué hace un hombre dirigiendo una revista para mujeres?

Ottilia disimuló un bostezo.

—Perdón.

—Creo que deberías volver a casa —sugirió Margareta—. Con un poco de suerte, Karolina ya habrá vuelto.

—Te acompaño. ¿Y tú, Margareta?

Esta se ruborizó.

—No, dormiré aquí al lado. Gösta ha dicho que esta noche no llegará tarde.

Beda soltó una carcajada cargada de intención.

—¡Beda!

El enfado de Margareta quedó interrumpido por una potente llamada a la puerta.

Se levantaron todas de un salto.

Märta fue la primera en llegar a la puerta.

—¡Karolina!

Gösta llevaba en brazos a su amiga desaparecida y la dejó de

inmediato en un silloncito, al lado de la estufa de cerámica.

—La he encontrado acurrucada en la puerta, aquí fuera. Está muy fría.

Ottilia se arrodilló para soplar sobre los dedos congelados de Karolina. Margareta le desató las botas cubiertas de nieve y empezó a frotarle los pies. Torun echó otro leño a la estufa.

El rostro pálido y manchado de lágrimas de Karolina miró fijamente a Ottilia.

—Lo siento mucho.

—No tienes nada que sentir —dijo Ottilia para consolarla—. Excepto quizá haberte quedado sentada ahí fuera cuando deberías haber subido.

—Estaba demasiado avergonzada. —Karolina cerró los ojos y una lágrima rodó por su mejilla—. Imagino que hoy he sido una molestia para todo el mundo. Te he dejado sola en banquetes.

Beda la envolvió con una manta.

—Imagina todo lo que te venga en gana, pero no eres ninguna molestia.

—Y en banquetes no ha pasado nada malo —le garantizó Margareta.

—Margareta tiene razón —dijo Beda—. Estamos felices como perdices de saber que estás sana y salva.

Gösta tosió para aclararse la garganta antes de decir:

—Me marcho.

Torun le pasó a Karolina una taza de té caliente y con mucho azúcar.

—Bebe. O entras en calor o te vas al otro barrio. ¿Has comido algo desde el desayuno?

Karolina bebió un sorbo de té.

—Un poco de sopa en Djurgården.

—¿En Djurgården? —Ottilia se dio un palmetazo en la frente—. Allí no he mirado.

—Supongo que tampoco la habrías encontrado de haberlo hecho —dijo Beda—. Es una isla grande.

—¿Por qué Djurgården? —preguntó Torun.

El calor empezaba a volver a las mejillas de Karolina ahora que estaba en un lugar caliente y entre amigas.

—Eché a correr por Stallgatan y luego seguí por Nybroviken. Mi idea era ir a ver a Märta a Nordiska Kompaniet, pero entonces vi un tranvía de la línea 7 a punto de salir, subí y se puso en marcha.

—Deberías haber venido a verme. —Märta le pasó a Karolina un sándwich de queso—. Pero ¿por qué, dios mío, por qué te largaste corriendo?

Karolina miró a Märta y luego a Ottilia.

—¿Se lo has contado?

—No. Es tu historia y de ti depende que quieras contarla o no.

—Y la señora Skogh no permite que lo sepa nadie —añadió Beda.

Karolina engulló el primer bocado de pan y devolvió el sándwich al plato.

—No soy quien creéis que soy. Tampoco soy quien creía que era.

—Sigues siendo nuestra dulce Karolina —dijo Margareta.

A regañadientes, Karolina soltó una carcajada.

—Esta mañana te aseguro que de dulce no tenía nada. Jamás había estado tan enfadada. He dicho cosas terribles. Que ni siquiera recuerdo ahora. —Bajó la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó con delicadeza Torun—. Empieza desde el principio.

—Ottilia y yo teníamos cita con la señora Skogh. Ottilia primero. Pensábamos que la señora Skogh nos había llamado por algo relacionado con el Grand Royal. Pero no. La señorita Silfverstjerna también estaba en el despacho.

Beda, Torun y Märta intercambiaron miradas.

—Me dijo que…

Las tres mujeres se inclinaron hacia delante.

Karolina tragó saliva. Y levantó la barbilla.

—Me dijo que soy Karolina Silfverstjerna. Que es mi madre.

Una inspiración colectiva llenó la sala.

—Jamás se me… —dijo Beda—. ¿Y la señorita Silfverstjerna lo ha sabido siempre?

—Sí.

—¿Por qué no te lo dijo antes? —preguntó Torun—. Esto es ridículo. Cruel, incluso.

—Es lo que yo pensé —dijo Karolina.

Torun se abalanzó sobre ella.

—¿Pensaste?

Karolina se encogió de hombros.

—Mientras daba vueltas por Djurgården he estado pensando mucho. Incluso en pleno mes de marzo, su tranquilidad invita a la contemplación. Y ahora, viéndolo en retrospectiva, creo que subir a ese tranvía ha sido un golpe de buena suerte.

Beda estaba boquiabierta.

—¿Estás diciéndonos que ya has perdonado a la señorita Silfverstjerna por mantenerte en la ignorancia todos estos años? ¿Por permitir que te criaras con una familia de acogida?

—No, lo que estoy diciendo es que creo saber por qué. Sospecho que mi padre quería que tanto mi nacimiento como mi paradero se mantuvieran en secreto.

Ottilia prestó atención. Esa parte de la historia no se la habían contado.

—Ni en sueños llegaría a ser yo tan indulgente —rugió Beda.

Torun hizo un gesto de asentimiento.

—Yo jamás perdonaría a una madre que pone las necesidades de un hombre por delante de las de su hija.

—Eso puedo perdonárselo —dijo Karolina—. Lo que no puedo perdonar es que la señorita Silfverstjerna no me dijese quién era mi padre justo después de que él muriese.

Ottilia intentó encontrarle el sentido a aquella nueva información.

—¿Se enteró la señorita Silfverstjerna del fallecimiento de tu padre?

—Todos nos enteramos —respondió con amargura Karolina—. Pero solo una de nosotras fue lo bastante estúpida como para verlo en la capilla ardiente sin saber que estaba viendo a su propio padre.

Esta vez nadie contuvo la respiración. Porque aquella revelación dejó al resto de las mujeres presentes incapaces de hacer nada.

Ottilia fue la primera en recuperar la voz.

—¿Estás diciendo que Óscar II era tu padre?

—Eso fue lo que dijo la señorita Silfverstjerna.

—No sé qué decir —admitió Märta.

—Ni sentir —añadió Beda.

Karolina bajó la vista.

—Lo entiendo. No soy la persona que creía ser.

Beda levantó un dedo.

—No, no y no. Tú sigues siendo tú. El que no fue el hombre que creía que era es Su Majestad.

—Exactamente. —Märta se levantó—. Todo el mundo sabía que Su Majestad había engendrado otros hijos y todos entendíamos que no pudiera reconocer un hijo nacido fuera del matrimonio, pero ¿cómo fue capaz de permitir que una criatura fuera separada de su madre?

—¿Y lo que esto significó para nuestra Karolina? —preguntó Torun.

Karolina dirigió a Torun una mirada de agradecimiento.

—Nuestra Karolina —repitió.

—Por supuesto. Por mucho que ahora seas la señorita Karolina Silfverstjerna, para nosotras siempre serás nuestra Karolina.

Los ojos brillantes de Karolina derramaron otra lágrima.

—Pero seamos también prácticas —dijo Margareta—. ¿Qué vas a hacer ahora, Karolina? ¿Qué quieres hacer?

—Quiero que las cosas vuelvan a ser como eran ayer. Pero es imposible. ¿Quién más lo sabe?

Todas miraron a Ottilia.

—Evidentemente, no tenemos ni idea de quién lo sabe en palacio, pero en el Grand Hôtel, hasta hoy, solo lo sabían la señora Skogh y la señorita Silfverstjerna.

Margareta tosió.

—Y yo.

Cinco pares de ojos se volvieron de repente hacia ella.

—Lo adiviné hace años, y a pesar de que la señora Skogh nunca confirmó mis sospechas, tampoco las negó jamás.

Karolina se llevó una mano a la boca.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque tenía que respetar los deseos de tus padres.

—Y proteger tu puesto —dijo Torun con tono realista.

Se quedaron en silencio mientras reflexionaban sobre las consecuencias del suceso del día.

—Quizá será mejor que me vaya —dijo Margareta.

Karolina negó con la cabeza.

—No tienes la culpa de nada y, como he dicho, me gustaría que todo volviera a ser como antes. A menos que… —Se quedó horrorizada de repente— me hayan despedido por haberme marchado corriendo.

—No te han despedido —dijo Ottilia—. La señora Skogh ha sido muy clara: si te encontraba, tenía que llevarte a casa, al Grand Hôtel, y lo digo citando textualmente sus palabras. Y se da la casualidad de que también sé que la señorita Silfverstjerna, la otra señorita Silfverstjerna —Ottilia se permitió una sonrisa pícara y las demás rieron— ha decidido quedarse por una temporada en palacio para darte espacio.

—¿Está allí ahora? —preguntó Märta—. Me parece la primera cosa correcta que oigo decir sobre la señorita Elisabet Silfverstjerna en lo que va de noche.

—Totalmente de acuerdo —convino Ottilia—. Pero Karolina tiene solo veintidós años. ¿No es mejor perder y encontrar que no encontrar jamás?

—Sí, pero sería incluso mejor no tener que perder nada de entrada —refunfuñó Torun.

La noticia de que Karolina había sido localizada sana y salva desencadenó una lágrima de alivio en los ojos agotados de Wilhelmina. Le agradeció a Gösta Möller el detalle de haberla llamado con la información y se acercó de nuevo a la ventana de su dormitorio.

En la otra orilla, bajo el cielo nocturno, gran parte del palacio permanecía a oscuras como consecuencia del recorte de gastos de la corte real. Todo se había vuelto más caro: la luz, el gas, las velas. Y en algún lugar de aquel edificio inmenso de cerca de seiscientas habitaciones, Lizzie Silfverstjerna estaría todavía reprendiéndose por

no haber hablado antes con Karolina o por haber hablado con ella. Si a Karolina hoy le hubiese sucedido cualquier desgracia, Lizzie se habría culpado eternamente por ello. Sin duda alguna, aquella noche sería incapaz de dormir, pero hacerle llegar un mensaje a estas horas resultaría complicado de conseguir sin llamar la atención. Mejor dejar las cosas como estaban hasta la mañana siguiente, cuando esperaba que Lizzie volviera al hotel, aunque fuera solo para cambiarse, y poder darle entonces la buena noticia.

Pero ¿qué podía hacer ella para solventar el desacuerdo entre Lizzie y Karolina? No podía culpar del todo a Karolina por su estallido de rabia. La pobre chica había sufrido un golpe que la había dejado momentáneamente sin habla, pero no debía permitir que se quedara así. Porque no le haría ningún bien ni a ella ni al departamento de banquetes. Por otro lado, su ascendencia, o al menos el nombre de su madre, no podía seguir siendo un secreto, porque se trataba del tipo de secreto que era imposible guardar. Alguien, en algún momento, acabaría hablando cuando no tocara. No, lo mejor que Karolina podía hacer era mantener la cabeza bien alta y aceptar su ascendencia, hacer las paces con una madre que la quería, cambiarse el nombre a Karolina Silfverstjerna y seguir construyéndose una carrera en el Grand Hôtel. Tenía un grupo de mujeres estupendas a su alrededor, entre las que se contaba a sí misma, lo cual le proporcionaría cierta protección de la inevitable andanada de comentarios sarcásticos. Todo eso se lo diría a Karolina mañana. Como empleada, Karolina estaba obligada a escuchar a su directora general.

Mañana volvería a ser una larga jornada. Porque además de todos aquellos problemas y de todas las cosas que exigían su tiempo, tendría que discutir la cena de la embajada francesa con Ottilia, Gösta Möller y el chef Samuelsson y batallar una vez más con los obreros que estaban construyendo el Grand Royal. Si las paredes interiores no estaban preparadas para que Lotten Rönquist pudiera empezar sus murales a finales de la semana siguiente, aquello sería un infierno y, como estipulaba el contrato, habría que pagar una penalización enorme.

Wilhelmina descansó su agotada cabeza contra el cristal y agradeció

la sensación de frialdad contra la piel y aquel momento de quietud a altas horas de la noche. El año siguiente cumpliría los sesenta y aquella noche era como si sintiera el peso de todos y cada uno de los años vividos. Tal vez hiciera una excursión a Lidingö el sábado para despejar un poco la cabeza e inspeccionar los cimientos de *Foresta*. ¿Cuánta gente entendería que el nombre de su nueva residencia privada significaba «*skog*», bosque, en italiano? Sonrió pensando en lo ingeniosa que había sido. Y se acostó por fin.

72

Karolina escuchó mientras Wilhelmina hablaba.

—No se puede hacer nada para cambiar la situación en la que se encuentran usted y la señorita Silfverstjerna —concluyó Wilhelmina —. Lo único que está en su mano es elegir qué quiere hacer al respecto. Y ahora que ya ha oído lo que yo tenía que decirle, me gustaría oírla a usted.

—Creo —dijo Karolina despacio— que me gustaría también oír lo que la señorita Sil…, lo que mi madre pueda tener que decir. —Se ruborizó—. Sé que ayer lo intentó, pero…

Haciendo un gesto con la mano, Wilhelmina restó importancia a la incomodidad de Karolina. El hecho de que esta acabase de referirse a Lizzie como su madre era mucho más de lo que esperaba conseguir con aquella conversación.

—Su reacción de ayer es perfectamente comprensible. Como le he dicho, su madre volverá a su suite hoy a última hora y le he sugerido que cenen juntas. Me he ofrecido asimismo a reservarles una mesa en Operakällaren. En terreno neutral, por decirlo de algún modo.

Karolina abrió los ojos de par en par.

—¿Ir a Operakällaren? ¿Y con la señorita Silfverstjerna? No podría. En un sitio como ese. No.

—Querida mía. Usted también es una Silfverstjerna.

—Sí, pero nacida fuera del matrimonio.

—No es la primera criatura que se encuentra en esta posición, y tampoco será la última. Es hija de una Silfverstjerna.

—Y de un Bernadotte.

Wilhelmina negó con la cabeza.

—No ante los ojos de la ley. La paternidad no puede demostrarse nunca. Le sugiero encarecidamente que se olvide de cualquier reivindicación relativa a la paternidad.

—Ante los ojos de la ley tampoco soy una Silfverstjerna auténtica.

—Tiene derecho a llevar el apellido de su madre, que no es precisamente poca cosa en esta ciudad. Recuerde que ella siempre la ha querido y que, si está usted dispuesta a ello, le gustaría presentarla a su familia.

—Me abandonó.

—No lo hizo.

Karolina se encogió.

La voz de Wilhelmina sonó entonces más dura de lo que pretendía, pero, al intuir que estaba en una posición de ventaja, siguió presionando.

—Su madre hizo todo lo posible dentro de la situación difícil en la que se encontraba, y la quiso de la única forma que pudo. ¿Cree de verdad que su vida en el seno de una familia de acogida fue la típica en esos casos? ¿Estuvo bien alimentada?

—Sí, señora.

—¿La obligaron a trabajar?

—No.

—Entonces tenga al menos con su madre la cortesía de escuchar lo que tenga que decirle. ¿Les reservo una mesa en un rincón discreto para esta noche? ¿Sí o no? —Intuyendo que la victoria estaba cerca, Wilhelmina tamborileó con un solo dedo sobre la mesa—. Vamos, Karolina, no tengo todo el día.

—Sí, señora, por favor.

—Muy bien. Y ahora vuelva al despacho de banquetes. Seguro que tendrá que ponerse al día. Cuando salga, dígales a los tres de fuera que entren.

Wilhelmina consultó sus notas mientras las otras tres personas tomaban asiento.

—Ayer se puso de nuevo en contacto conmigo la embajada francesa —informó a Ottilia, Möller y el chef Samuelsson—. Han confirmado que la cena en honor al presidente Fallières tendrá lugar el sábado 25 de julio. Y estoy asimismo encantada de informarles de que sus majestades, el rey Gustavo V y la reina Victoria, asistirán a la misma y que el menú propuesto ha quedado confirmado.

—Una noticia excelente —dijo el chef Samuelsson—. Prepararemos

una cena tan exquisita como cualquiera que pueda servirse en París.

—Bien. Los visitantes pasarán el día en el castillo de Gripsholm, razón por lo cual no dudo que la brisa marina les abrirá el apetito. Pasemos entonces a los detalles prácticos. Ottilia, como siempre que el presidente francés viaja al extranjero, el servicio para la cena será enviado desde Francia. Aunque no la cristalería. Esa la pondremos nosotros, pero los franceses pondrán todo lo demás.

El chef Samuelsson se quedó perplejo.

—Confío en que no vayan a poner también la comida y los vinos, ¿verdad, señora?

—Por supuesto que no. Toda la comida la ponemos nosotros. Continúe, por lo tanto, con su planificación. Los franceses traerán una docena de botellas de burdeos y algunas de tisana para servir con el pescado, pero todo lo demás será de nuestra bodega. Me ha dicho monsieur Blanc que los vinos que solicita la embajada están allí desde hace años. —Wilhelmina hizo una pausa para beber un trago de agua —. Möller, deberá trabajar en estrecha colaboración con Ottilia. Tenga en cuenta que para esa noche necesitaremos los mejores camareros. Y deberíamos seleccionarlos ahora mismo.

Möller levantó las cejas.

—¿Ahora, señora?

—Ahora. Todos los camareros deberán ir vestidos con una librea idéntica a la que lleve el personal acompañante del presidente. Los uniformes se confeccionarán aquí y deben quedar perfectos. Quiero que esa noche se encargue usted de supervisar a los camareros, por lo que necesitará también una librea francesa.

—Debo admitir que estoy algo desconcertado —dijo Möller—. ¿No esperamos también a sus majestades el rey Eduardo y la reina Alejandra en mayo?

Wilhelmina miró con confusión a su *maître d'hôtel*.

—Efectivamente.

—¿Y han insistido ellos en que nos vistamos como el personal que los acompaña?

—No.

—¿Y no eran los británicos los líderes en cuanto a pompa y

ceremonia?

—En mi opinión, sí —respondió Wilhelmina—. Pero no hemos recibido ninguna petición al respecto y las costumbres británicas son totalmente irrelevantes por lo que concierne a la cena de la embajada francesa. Además, la reina Alejandra es danesa y le agrada la hospitalidad escandinava.

—Perfecto, señora.

El tono de voz de Möller sonó neutro, pero no pudo evitar que su cara revelara lo que sentía por dentro: si la librea del Grand Hôtel era suficiente para un monarca británico, también tenía que ser suficiente para un presidente francés.

El chef Samuelsson agitó la cabeza.

—No entiendo por qué los franceses quieren visitar nuestra preciosa ciudad y cenar en el hotel más elegante para acabar luego replicando sus propias costumbres. Si lo que buscan es celebrar una cena típica francesa, ¿no sería mejor aconsejarles que lo hicieran en su embajada?

—No es nuestro papel preguntar el porqué —dijo Wilhelmina—. Nuestro papel consiste en ofrecer a nuestros huéspedes todo aquello que soliciten.

—¿Y qué hay de las flores? —preguntó Ottilia.

Wilhelmina esbozó un mohín.

—Ese es un tema que sigue abierto a discusión. Los franceses insisten en traerlas también, pero ahí ya me he puesto firme. La reina Victoria aprecia un arreglo floral bonito más que la mayoría y estoy insistiendo en que el Grand Hôtel proporciona siempre las flores, pero aún no hemos llegado a una conclusión satisfactoria del tema. —Levantó la vista de sus notas—. Y esto es todo por el momento. Ustedes dos —dijo, señalando a Möller y al chef Samuelsson— pueden volver a sus deberes. Ottilia, usted quédese.

Esperaron en silencio hasta que la puerta se cerró detrás de los hombres.

Wilhelmina habló entonces:

—Gracias por traer a Karolina a casa anoche. Su madre se siente aliviada y les está muy agradecida a todas.

—En realidad fue Gösta Möller quien la encontró.

—Eso me han dicho. Pero Karolina nunca habría estado en aquel umbral de no tener tan buenas amigas. Esta noche, madre e hija irán a cenar juntas. Creo que la reconciliación es lo mejor para ambas y, con este fin, estoy dando todo mi apoyo a la señorita Silfverstjerna. Necesito que usted haga lo mismo con Karolina. Yo ya he hecho por ella todo lo que razonablemente está a mi alcance.

Ottilia se mordió el labio inferior.

—Karolina está muy dolida.

—Lo está, pero a Karolina le queda mucho por vivir. Prolongar el dolor no tiene ningún sentido. Mucho mejor seguir adelante. La señorita Silfverstjerna tiene mucho que ofrecer a su hija. Dicho esto, ¿se le ocurre alguna cosa que a Karolina pudiera gustarle y que la señorita Silfverstjerna pudiera proporcionarle?

Ottilia se quedó pensando.

—Clases de piano.

Wilhelmina soltó una carcajada de sorpresa.

—¿Clases de piano? Anotado. Y ahora dígame, ¿ha tomado ya alguna decisión con respecto al Grand Royal?

El rostro de Ottilia se iluminó con una amplia sonrisa.

—Sí, la he tomado. Me gustaría mucho aceptar el puesto.

—Perfecto. Aunque con el mismo salario. Hasta que el Grand Royal no dé beneficios decentes, no habrá aumento.

—Por supuesto, señora.

—Y al principio, trabajará a mis órdenes. Hay mucho que aprender. Organizar una cena es una cosa, pero promocionar un establecimiento nuevo es otra muy distinta.

—Estoy impaciente por empezar. Así es como comenzó mi carrera. Aprendiendo de usted.

Wilhelmina taladró a Ottilia con la mirada.

—Llenar el Grand Royal le exigirá mucho esfuerzo más que llenar el Turisthotell de Rättvik. Las cuentas del Grand Royal acabarán siendo sólidas con el tiempo, pero a corto plazo, con tantos retrasos y con un presupuesto de obras que no para de subir, el proyecto sigue siendo una auténtica apuesta financiera. Me juego mi reputación en el Grand Royal, Ottilia, todo mi legado, si quiere decirlo así, porque este

edificio seguirá en pie en Blasieholmen mucho después de que yo me haya ido. Y creo, con todas las fibras de mi ser, que Estocolmo será un destino turístico y de negocios mucho mejor cuando por fin abramos nuestras puertas. No corra el riesgo, sin embargo, de infravalorar la cantidad de trabajo que tendrá cuando los constructores nos hayan entregado por fin las llaves. Vamos a necesitar todo lo que llevamos dentro para conseguir sacar un éxito de esta chistera en la que se ha convertido la ciudad con tan grave declive económico. Hay demasiado malestar, para mi gusto. No me decepcione, Ottilia. De cara a la junta directiva, yo también estoy apostando fuerte al ofrecer un puesto de tanta responsabilidad a una mujer de veinticinco años.

—Trabajaré todas las horas que Dios me dé —dijo Ottilia—. ¿Quién será el nuevo director de banquetes?

—Confío en poder convencer a Gösta Möller. Naturalmente podría limitarme a ponerlo en el puesto y ya está, pero me gustaría que fuera él quien desease el puesto. Es un *maître d'hôtel* excelente, pero encontrar un sustituto para su puesto es mucho más sencillo que conseguir un buen director del departamento de banquetes.

—¿Y Karolina?

—Karolina será una asistente muy valiosa para Möller. Además, no puedo permitirme pagar a dos personas para trabajar con el Grand Royal. Todavía no. El Grand Royal es una entidad legal totalmente aparte.

—¿Señora?

—Lo que quiero decir con esto es que el Grand Royal es una sociedad limitada distinta con una economía diferente. Parte de la administración será compartida, pero, en todos los demás sentidos, el Grand Royal y el Grand Hôtel son entidades independientes a nivel financiero.

—¿Seguiremos compartiendo habitación Karolina y yo?

Wilhelmina frunció el ceño. ¿Se habría producido un distanciamiento entre las chicas?

—¿Desea trasladarse a otra habitación?

—En absoluto. Simplemente pensaba que echaría de menos a Karolina si nos separábamos tanto en el trabajo como en el

alojamiento.

—Pues, si le soy sincera, el tema del alojamiento ni se me había pasado por la cabeza. Ahora permítame seguir con mi trabajo. Y, recuerde, haga todo lo que esté en su mano para animar a Karolina. La estimo mucho tanto a ella como a su madre, y no quiero perderlas a ninguna de las dos.

Ottilia estaba cruzando el vestíbulo cuando se le ocurrió una cosa: la señora Skogh le había preguntado si ella quería dejar la que hasta ahora había sido su habitación, pero no si quería que lo hiciese su amiga. ¿Tendría Karolina Silfverstjerna una categoría superior para la señora Skogh del que había tenido hasta ahora Karolina Nilsson… u Ottilia Ekman?

73

Karolina siguió a su madre hasta la mesa situada junto a la ventana, en una esquina del Operakällaren. Al carecer de otro atuendo adecuado para la ocasión, había vuelto a lustrar sus botas y a planchar su uniforme de color borgoña del departamento de banquetes. En el Grand Hôtel se sentía cómoda; el Salón de Espejos era sin duda alguna el salón más bello del país y lucir aquel vestido para enseñarle el espacio a un cliente potencial siempre le había parecido un gran privilegio. Pero ahora, como comensal y entre el terciopelo rojo y los gloriosos dorados de aquel comedor opulento, se sentía incorrectamente vestida y fuera de lugar. Y eso sin tener en cuenta el estado penoso del bajo del vestido. Una prenda que nunca había rozado nada que no fueran los resplandecientes suelos del Grand Hôtel había quedado totalmente salpicada con suciedad de la calle. Necesitaría media noche para limpiarlo. Confiaba en que no hubiera ninguna mancha que no pudiera quitar. Debería haberse decantado por el vestido azul marino, que al menos era suyo o, mejor dicho, medio suyo.

Karolina dirigió al camarero una débil sonrisa cuando tomó asiento en la silla que el hombre le retiró. Miró hacia el palacio Bolinder. ¿Qué no daría por estar compartiendo una velada con Ottilia esta noche?

—¿Karolina?

Devolvió su atención a la señorita Silfverstjerna, que lucía un vestido de terciopelo color cobre con bordados dorados en el escote y el bajo. Este, se había fijado Karolina, seguía estando inmaculado gracias a quedar tapado por un abrigo largo. Si alguna vez conseguía ahorrar dinero suficiente, se prometió Karolina, lo primero que se compraría sería un abrigo largo.

—Gracias por traerme aquí esta noche, señorita Silfverstjerna.

Una sombra oscureció el rostro de la señorita Silfverstjerna.

Karolina bajó la vista. Su voz había sonado formal y gélida incluso para sus propios oídos. Pero ¿qué otra cosa podía decir? La señorita Silfverstjerna simplemente había pronunciado su nombre. ¿Cómo responder a algo que no era una pregunta?

—Karolina —dijo de nuevo la señorita Silfverstjerna—. ¿Podríamos intentar conocernos la una a la otra? ¿Aunque fuese solo un poco? ¿Y podrías empezar llamándome Elisabet?

Karolina levantó la vista.

—Podemos intentarlo. Elisabet.

El camarero reapareció.

—¿Desean las señoras alguna bebida?

El pánico se apoderó de repente de Karolina. ¿Cuál sería la bebida más adecuada? ¿Vino? ¿Jerez?

—¿Sería un poco prematuro por mi parte sugerir una copa de champán? —preguntó Elisabet—. Confío en que encontraremos motivos de celebración.

El brillo de sus ojos animó a Karolina a mostrarse de acuerdo con ella.

—Muy amable. Gracias.

El camarero se marchó.

—¿Quieres que empiece hablándote un poco sobre mí?— preguntó Elisabet.

Karolina asintió.

—Me crie con mis tres hermanos en la finca de la familia, en las afueras de Upsala. Yo era la menor, y posiblemente la más mimada por mi padre. —Elisabet sonrió—. Mi madre tenía muy buenas amigas, pero dos de ellas destacaron especialmente por la amabilidad que siempre mostraron conmigo. Una era Caroline Cadier, la esposa de Régis Cadier, del Grand Hôtel; la otra era la princesa Eugenia, la hermana de Óscar II.

—¿Mi tía?

Elisabet tosió, sorprendida.

—Sí.

Intrigada, Karolina ladeó la cabeza.

—¿En qué sentido fue amable la princesa Eugenia?

El camarero regresó para servirles la bebida y tomar nota.

—El cangrejo relleno para mí —dijo Elisabet.

—Y para mí también, por favor.

Elisabet levantó la copa.

—Por ti, querida mía.

Karolina levantó la suya.

—Y por usted.

El champán tenía un sabor más seco de lo esperado, aunque no desagradable.

Elisabet sonrió y continuó relatando su historia en voz baja.

—Cuando Óscar I, el padre de Carlos, Óscar y Eugenia, falleció en 1859, Carlos pasó a ser Carlos XV y Óscar se convirtió en el nuevo príncipe heredero. Luego Óscar y su esposa Sofía se trasladaron del palacio del príncipe heredero —Elisabet señaló detrás de Karolina, hacia Gustav Adolfs Torg— al Palacio Real. —Su dedo giró los noventa grados necesarios en dirección a la ventana—. Como princesa heredera, Sofía necesitaba damas de compañía y su cuñada Eugenia me propuso a mí. En aquel momento yo era una niña, pero mi puesto quedó ya reservado para cuando creciera y alguna dama se jubilara.

—Y así fue como se convirtió en dama de compañía.

—Exactamente. Era un gran honor y mi padre se sintió inmensamente orgulloso, como puedes imaginarte.

¿Como podía imaginarse? Karolina miró a Elisabet a los ojos.

—Carezco de este tipo de experiencia, señora.

Elisabet resopló.

—Por supuesto, claro. Pero estate tranquila, porque tú también has hecho que tu madre se sintiese muy orgullosa de ti, aunque no lo supieras.

Karolina mantuvo su postura implacable.

—Continúe con su historia, por favor.

Elisabet comió un poco de la exquisita carne de cangrejo.

—Empecé en palacio en 1870, con casi dieciséis años. Vivir y trabajar en la corte era emocionante, pero, al cabo de dos años, Carlos XV murió y Óscar II subió al trono. —Su tono de voz era ahora tan bajo que Karolina se vio obligada a inclinarse hacia delante—. Poco

después de aquello, el rey se fijó en mí. Era veinticinco años mayor que yo y, claro está, me sentí adulada. Durante años estuvimos viéndonos siempre que la oportunidad lo permitía y nuestra relación acabó siendo de pasión mutua. Hasta que me quedé embarazada. Entonces todo cambió.

—¿Dónde nací?

—En casa de mis padres. Durante tres maravillosas semanas me dejaron criarte y realmente fueron los días más felices de mi vida. Pero necesitábamos una solución a largo plazo. Porque aunque sí podía renunciar a darte en adopción, mi bebé no podía crecer ni bajo el techo de mis padres ni en el palacio de la reina Sofía.

—¿Por qué no permitió que me adoptaran?

—Porque te habría perdido la pista por completo. Tal vez fui demasiado egoísta, pero en mi defensa debo decir que necesitaba asegurarme de que estuvieras en buenas manos. Si la familia Nilsson hubiese tenido un comportamiento inaceptable, te habría sacado de allí. Si te hubiera adoptado una familia inadecuada, nunca lo habría sabido.

Viendo que la emoción le impedía comer, Karolina dejó en el plato el tenedor y el cuchillo.

—¿Por qué no se quedó conmigo?

—Porque habría tenido que vivir muy lejos de todo lo que me era conocido y sin medios, además, para sobrevivir. Ni para que tú pudieras sobrevivir. Recuerda que la única vida adulta que conocía era la de palacio y que el rey jamás te habría permitido permanecer en Estocolmo.

Karolina puso mala cara.

—Me crie en Kungsholmen.

—Eso Su Majestad no lo sabía.

Karolina contuvo un grito.

—¿Y si lo hubiera descubierto?

—Me estremezco solo de pensarlo.

La simplicidad de la respuesta de Elisabet daba total credibilidad a su relato. Karolina se esforzó por darle sentido a toda aquella historia.

—Pero sí le permitió seguir en palacio.

Elisabet ladeó la cabeza.

—Aquí es donde los Cadier entran en acción. Régis Cadier y el rey Óscar II eran buenos amigos desde su juventud, y Régis se encontraba en la posición perfecta para convencer al rey de que me permitiera seguir trabajando en palacio, aunque viviendo en el Grand Hôtel.

Karolina frunció el ceño.

—Pero ¿cómo pudo seguir al servicio de la reina Sofía después de haber tenido una hija con su marido?

Elisabet esbozó un mohín.

—Evidentemente eso nunca habría funcionado. Sin embargo, el príncipe heredero Gustavo, el que ahora es Gustavo V, se había casado con la princesa heredera Victoria y vivían con su joven familia en lo que en su día fuera el antiguo apartamento de la reina Josefina en palacio.

Karolina se quedó pensando.

—¿La reina Josefina, la esposa de Óscar I?

—Sí, tu abuela. Mina, la señora Skogh, piensa que tienes sus ojos. Bueno, el caso es que, como un favor a mi madre, Carolina Cadier sugirió que me apartaran del servicio de la reina Sofía y pasara a la casa de la princesa heredera. Y esa fue la solución. Por desgracia, Victoria padecía graves problemas de salud y pasaba mucho tiempo en el extranjero, donde, por suerte para mí, no me necesitaban, puesto que siempre había trabajo que hacer en Estocolmo.

—¿No le importó que la pusieran a su servicio?

—Me sentí agradecida. Había conseguido mantener un puesto en palacio, por mucho que fuera inferior, y pronto aprendí a valorar la libertad que me ofrecía vivir en el Grand Hôtel. Como la posibilidad de vigilarte de cerca.

Karolina se quedó pensando de nuevo.

—Corrió un gran riesgo.

Elisabet tenía los ojos húmedos.

—Eras mi hija. La tragedia más grande es que no pudieses conocer a tu madre mientras tu padre viviese.

—Porque él no me quería.

—Karolina, no eres la única criatura que tuvo tu padre fuera del

matrimonio. Hay varios hijos más. Ninguno reconocido. Pero eres mi hija, mi única hija, y te quiero.

Karolina levantó la cabeza.

—¿Y los Silfverstjerna? ¿Por qué no me quisieron mis abuelos? ¿O mis tíos?

—Porque aceptarte habría puesto en peligro su posición con respecto al antiguo rey y, en consecuencia, también en el seno de la alta sociedad de Estocolmo. Mis padres ya fallecieron, pero mis dos hermanos han expresado su interés por conocerte, siempre y cuando tú lo desees. Y mi padre te dejó una pequeña herencia. —Elisabet carraspeó—. Hay una cosa más por la que querría pedirte perdón. Y después habré dicho todo lo que creo que necesito decir por ahora.

—¿Oh?

—Siento mucho haberte acariciado la mejilla aquel día. Fue un acto de lo más egoísta y lo hice sin pensarlo ni un instante. Acaricié al bebé que no había vuelto a tocar desde que tenía tres semanas, pero sé que no tenía derecho a hacerlo. Espero que eso, al menos, puedas perdonármelo.

Elisabet abrió entonces el bolso y dejó al lado del plato de Karolina una fotografía arrugada donde se veía una madre y un bebé. La madre era claramente Elisabet.

El nudo en la garganta de Karolina empezó a quemarle a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se sujetó los muslos para dejar de temblar y buscó un pañuelo en el interior de la manga. Se secó los ojos con delicadeza, esforzándose por dejar de llorar.

—Cuando me tocó no sabía que era mi madre. Pensábamos que… —Se interrumpió. No era momento de decir lo que las chicas habían supuesto. O que en el departamento del servicio de habitaciones seguía habiendo una estrellita junto el nombre de Elisabet—. Ya no tiene importancia. —Intentó una sonrisa.

Y Elisabet le devolvió aquella media sonrisa.

—Siento que la fotografía esté tan descolorida. La he llevado siempre encima durante los últimos veintidós años.

—¿Por qué una fotografía si nadie quería reconocerme?

—Porque insistí y mi padre acabó cediendo. ¿Ves lo preciosa que

eras? Y sigues siéndolo. ¿No quieres contarme un poco sobre ti?

¿Qué contarle a Elisabet sin que estuviese lleno de amargura? Apartó la mirada de la fotografía.

—Tuve una infancia solitaria pero aceptable. No he vuelto a ver a mi familia de acogida desde que llegué al Grand Hôtel. Ni volveré a hacerlo. Las chicas del Grand Hôtel se mostraron amables, pero no tenía ninguna aliada en particular. Hasta que llegó Ottilia y todo cambió. Convirtió el servicio de habitaciones en un equipo de amigas. Ahora formo parte de un grupo de mujeres a las que quiero con locura. —Le mostró la muñeca—. Todas llevamos la misma pulserita, pero con colgantes distintos. Es el símbolo de nuestra amistad.

—¿Me permites? —Elisabet cogió la muñeca de Karolina para examinar la pulsera—. Es muy bonita. Ese piano de cola es exquisito. Un pajarito me ha contado que te gustaría aprender a tocarlo.

Karolina sonrió.

—Jamás me había imaginado a la señora Skogh como un pajarito. Pero… ¿cómo lo sabe la señora Skogh?

—Sospecho que Mina tiene también sus pajaritos. Un aviario entero, sin duda.

Y compartieron una sonrisa sincera.

—El pajarito de la señora Skogh está muy bien informado —dijo Karolina—. Conocí a herr Lehár hará un par de años. Y muy amablemente me regaló unas entradas para… —Se interrumpió y miró a Elisabet sorprendida y comprendiéndolo todo de repente—. Todo esto ya lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé. Te vi salir del hotel del brazo de tu muchacho.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Mi hija iba a asistir por primera vez a la ópera.

Karolina entrecerró los ojos.

—¿Y las entradas para la ópera que me dio recientemente la señora Skogh?

—Culpable. —Elisabet acarició el mantel de lino—. Karolina, ¿me permitirías pagarte unas clases de piano?

El pulso de Karolina se aceleró. ¿Qué esperaría Elisabet a cambio? Intentó ganar tiempo.

—¿Por qué?

Elisabet levantó ambas manos.

—Porque esto es lo que hacen las madres y porque siempre he anhelado hacer lo que hacen las madres. Y también me gustaría llevarte al teatro, a una modista, a cenar fuera o, mejor aún, que vinieras a cenar a mi suite cuando nuestras apretadas agendas nos lo permitieran. O incluso simplemente chismorrear mientras disfrutamos de una copa de vino. Y cuando te sientas preparada —añadió Elisabet en voz baja—, me gustaría que te llamaras Karolina Silfverstjerna. Entiendo, de todos modos, que estas cosas llevan su tiempo y, por lo tanto, sugiero que empecemos con un pequeño paso, si es que te parece aceptable. Tengo un piano que está muy falto de amor. A partir de esta noche tendrás la llave de mi suite y…

Karolina se quedó boquiabierta.

—¿La llave?

—Sí. ¿Acaso tu buena amiga Ottilia no tiene la llave de la casa de su padre?

—Supongo que sí.

—Pues por eso. Tú también tendrás una llave y la frecuencia con la que quieras utilizarla dependerá única y exclusivamente de ti. Entonces, ¿quieres que reserve unas clases de piano o —Elisabet fingió que se ponía seria— vamos a tener ya nuestro primer desacuerdo?

Por primera vez desde que se había enterado de la noticia de su ascendencia, Karolina rio con ganas.

—No, por supuesto que no. Y sí, por favor.

74

El último sábado de julio, Ottilia enfiló Stallgatan y entró en el edificio en obras que muy lentamente se estaba transformando en el Grand Royal. Se levantó un poco la falda para abrirse paso entre sacos de arena y de cemento, planchas de cristal, paneles de madera de caoba y una enorme cantidad de palas, cinceles, martillos y herramientas de todo tipo. El sol se filtraba a través de la claraboya del techo, magnificando las motas de polvo que se levantaban del suelo y flotaban por encima de su cabeza. Ottilia levantó la vista, contuvo un estornudo y disimuló su decepción cuando vio que el equipo de vidrieros estaba trabajando aún en la última planta. Por mucho que el trabajo de artesanía del Grand Royal fuera de un nivel exquisito —desde el detalle de los mosaicos de las paredes hasta la fina talla de la caoba—, la lentitud de las obras resultaba alarmante. Sí, había que reconocer que instalar ventanas con parteluz llevaba su tiempo, pero ¿no tendría que estar todo más avanzado a aquellas alturas? El edificio debía estar terminado el 1 de octubre, después de lo cual faltaría aún todo el mobiliario. Por suerte, la escayola de la pared se había secado por fin.

Ottilia localizó a Lotten Rönquist encaramada en lo alto de una escalera y trabajando en el arbolado de los dos murales con paisajes de Visby que decorarían las paredes del comedor. La pintora recargó el pincel. Unos trazos más oscuros añadieron más profundidad a la corteza de un árbol. Lotten ladeó la cabeza para verificar su trabajo.

—Es precioso —comentó Ottilia.

—Gracias. —Lotten se secó la frente con el antebrazo y bajó de la escalera—. Pero ojalá pudiera bajar un poco la calefacción —dijo en broma—. La pintura lima se seca muy rápido.

En la paleta incorporó más pigmento amarillo al marrón y mezcló.

—¿No le ensucia la pintura el polvo de la obra?

—La verdad es que no. Al menos aquí debajo. —Movió la mano

para indicar el claustro que rodeaba el jardín de invierno y que proporcionaba cierta protección del polvo que generaban los vidrieros —. ¿Qué la trae hasta este futuro templo de belleza un precioso domingo por la tarde?

Ottilia se decantó por una pequeña mentira. Podría haberle dicho a Lotten que no tenía nada que hacer; que Karolina se encontraba con su madre, que Torun y Margareta habían salido con el grupo de Tolfterna, que Beda trabajaba y que Märta, naturalmente, había preferido pasar la tarde con su prometido. Habían invitado a Ottilia a ir con ellos al Humlegården a escuchar una banda de instrumentos de viento, pero ¿a quién le apetecía pasar una tarde en compañía de una pareja de tortolitos? Por primera vez en mucho tiempo, Ottilia había pensado que a ella también le gustaría tener a alguien especial a quien poder comprarle un sombrero nuevo. Se decidió, pues, por ofrecer una respuesta neutral a la pregunta de Lotten.

—Me gusta ir controlando los avances del Grand Royal.

Lotten rio.

—Me parece que la señora Skogh controla más que suficiente por las dos. Pasa por aquí todos los días, aunque hoy aún no la he visto.

—Ha ido a Lidingö a ver qué tal va su casa.

Lotten sacudió la cabeza.

—Admiro a esa mujer, de verdad se lo digo. Estoy convencida de que sus días tienen más horas que los del resto de los mortales.

Ottilia cambió el peso al otro pie.

—Mi hermana Torun la admira.

—¿A mí? ¿Es pintora su hermana?

—No, pero está muy a favor de la emancipación femenina.

—Como toda mujer debería estarlo. —Lotten agitó el pincel en dirección a Ottilia—. ¿Se ha enterado de lo de esa pobre mujer con cuatro hijos que se ha suicidado con gas porque al violento de su marido le concedieron la custodia exclusiva cuando intentó divorciarse de él? ¿Habrían entregado cuatro criaturas a una mujer violenta? ¿O le habrían dado aunque fuera la custodia compartida de un solo hijo a una buena madre? Jamás. No podemos descansar hasta conseguir que en nuestra sociedad haya un poco más de equilibrio.

Desde el momento en que un varón sale de entre los muslos de su madre tiene ya todas las ventajas, mientras que a su madre, sus hermanas y sus tías no les toca otra que aguantar y callar. —Lotten la fulminó con la mirada—. ¿Qué es lo que le hace tanta gracia? Nada de lo que acabo de decir es ni remotamente gracioso.

Ottilia volvió a sonreír.

—No, si ya lo sé. Lo siento mucho, pero es que estaba pensando que se llevaría a las mil maravillas con mi hermana.

Lotten siguió mirándola con ira hasta que su rostro esbozó una sonrisa.

—Su hermana debe de ser de mi mismo parecer. Podría presentarnos.

—La traeré un día. Estará encantada.

—Y yo también, por lo que cuenta. ¿Qué tal fue la cena de anoche?

—¿La del presidente Fallières? Como la seda, desde el punto de vista de la cena. El chef Samuelsson y su personal se superaron una vez más y debo reconocer que los camareros estaban elegantísimos con esa librea francesa. La decoración floral despertó palabras de admiración de todos los invitados y la reina Victoria incluso se inclinó para oler una rosa.

—Estoy esperando el pero —dijo Lotten.

Ottilia cambió de cara.

—Imagínese cuál sería mi sorpresa cuando oí que la esposa del ministro de la embajada francesa le explicaba a madame Fallières que todos los chefs eran franceses y que toda la comida y la bebida había llegado desde París y estaba siendo servida por franceses. Es decir, que el Grand Hôtel no era más que el barco en el que los franceses estaban navegando.

Lotten se quedó boquiabierta.

Ottilia continuó:

—¿Cómo se supone que vamos a construirnos una reputación entre la comunidad diplomática, pongamos por caso, si gente como la esposa del ministro se dedica a difundir falsedades de este estilo? Fue una suerte que la cena no se celebrara aquí, porque estoy segura de que esa mujer le habría contado a la esposa del presidente que los

murales fueron pintados por un francés.

—¿Y qué hizo usted?

—Carraspeé levemente antes de hablar y le dije que seguramente había habido un malentendido. Que la embajada había proporcionado algunas botellas de vino y de champán, pero que toda la comida y el resto de la bebida había sido adquirido, preparado, escanciado y servido por personal del Grand Hôtel.

—Bien hecho. ¿Y qué pasó entonces?

—Madame Fallières me aseguró que la cena le había encantado y que Estocolmo era tan bella como los arreglos florales de aquella noche. Un comentario muy elegante, dadas las circunstancias.

Lotten miró a Ottilia con nuevos ojos.

—La señora Skogh puede considerarse afortunada por tener una colega tan leal como usted. Entre las dos, el Grand Royal tendría que convertirse en un éxito atronador. Y ahora, por favor, permítame continuar con mi trabajo porque, si pretenden inaugurar esto a tiempo, tendrán que acabar pidiéndole a algún francés que me ayude a terminar los murales.

Ottilia miró apesadumbrada otra montaña de material de construcción apilada allí donde el jardín de invierno tendría que estar empezando a tomar forma.

—El plan original era abrir el año pasado. Y ya se retrasó para este verano. Ahora, la señora Skogh ha dicho que se inaugurará en Año Nuevo. La pregunta es ¿de qué año?

75

Incluso para sus estándares, Wilhelmina se había levantado con el pie izquierdo. La excursión a Lidingö, ideada como una muy necesaria jornada estimulante después de la complicada cena para la embajada de Francia, le había generado más desesperación que placer. *Foresta* estaba consumiéndole más tiempo del que se imaginaba y los inevitables retrasos en la construcción iban acompañados por costes adicionales ineludibles.

Con un fuerte dolor de cabeza después de otra noche de insomnio, se dirigió a Svensson con un gruñido antes de entrar en el despacho:

—Café.

Al menos su mesa estaba relativamente bien organizada. Wilhelmina repasó con el dedo la lista de mensajes. ¿Tenía que llamar por teléfono a la embajada de Francia? Bueno. No sería la primera vez que una embajada encargaba una segunda cena después de apenas haber digerido la anterior. Y así podrían utilizar de nuevo la dichosa librea. Tal vez la jornada diera un vuelco hacia mejor. Con un poco de suerte, los vidrieros también habrían acabado su trabajo en el Grand Royal. Y de no ser así, tenía ya varias palabras pensadas con las que regalarles los oídos aquella encantadora mañana de lunes. ¿Por qué no podrían todos los obreros ser tan responsables y puntuales como Lotten Rönquist?

Diez minutos más tarde, Wilhelmina llamó a Ottilia a su despacho.

Ottilia llegó agitada y confusa. Las cuatro palabras que le había dicho la señora Skogh la habían dejado helada: «Ekman, a mi despacho». Mientras recorría el pasillo de administración tuvo tiempo para pensar, pero no pudo extraer ninguna conclusión. La señora Skogh se había despedido de ella con un alegre «buenas noches» después de que el contingente francés se marchara por fin la madrugada del domingo

y sus caminos no se habían cruzado en las treinta horas transcurridas desde entonces.

—Ekman, acabo de hablar con el ministro de la embajada francesa.

Sin siquiera tomar asiento, Ottilia replicó:

—¿Sí, señora?

—Creo que prácticamente nunca había hablado con un hombre más airado, ni me habían hablado a mí de esa manera. —Los ojos de la señora Skogh brillaban de ira.

Ottilia guardó silencio. ¿Qué demonios habría pasado? Confiaba en que no fuera otra intoxicación alimentaria. De tratarse de eso, ¿por qué no se había enterado ella todavía? Su trabajo consistía en saberlo todo sobre las cenas que organizaba, y muy en especial en el caso de una de aquel calibre. Le empezaron a sudar las manos.

—Me ha dicho —continuó la señora Skogh— que tuvo usted la audacia de llamar mentirosa a su esposa delante de madame Fallières.

Todo cuadró de repente. Ottilia contuvo un alarido de rabia.

—No hice eso, señora. Dije que tal vez había un malentendido. La esposa de…

La voz de la señora Skogh se volvió amenazadoramente grave.

—¿Me está diciendo que no interrumpió la conversación que estaba manteniendo una clienta muy importante con la esposa del presidente para informarle de que tal vez había «un malentendido»?

—Lo hice, pero…

La señora Skogh estampó un puñetazo en la mesa.

—¿Acaso no ha aprendido que el cliente siempre tiene la razón? ¿Que si una clienta le dice que el cielo es verde, usted tiene que decir «y de un verde muy elegante, además, señora»? ¿Es que no ha aprendido nada a lo largo de estos últimos nueve años? —La voz de la señora Skogh retumbó hasta el pasillo.

Ottilia tragó saliva y parpadeó con fuerza, intentando fijar la vista en un pequeño punto del parqué. El calor irradiaba de sus mejillas. Sabía que si levantaba la vista, rompería a llorar.

—Se le restará la paga de tres días por su insolencia con una clienta, y de tres días más como contribución al descuento que me ha obligado a hacer en la factura de la embajada. Estoy muy decepcionada con

usted, Ekman. Como vuelva a dar otro paso en falso, será despedida. Esta vez, al tratarse de su primera falta grave, puede dar las gracias a su buena estrella por conservar todavía un puesto en este hotel. Un puesto que todavía tengo que decidir cuál será. Es evidente que no está preparada para tratar directamente con los clientes. Y ahora aléjese de mi vista.

Ottilia salió huyendo del despacho. Bajó volando por la escalera de piedra, corrió por el pasillo del sótano y enfiló a toda velocidad las escaleras de atrás para pasar al palacio Bolinder y seguir camino hasta llegar a su oasis en la última planta. En la intimidad de la habitación vacía, se arrojó bocabajo a la cama y aulló. La sensación de injusticia y la ignominia hervían en su interior. Estaba siendo penalizada por lo que aparentemente era una lealtad incorrecta hacia el hotel que le había robado el corazón hacía más de seis años. La rabia supuraba como el pus de un grano purulento. Le entraron ganas de dejar que la señora Skogh se las apañara sola y de coger el próximo tren que saliera con destino a Rättvik. El hotel había cerrado porque las nuevas leyes restrictivas habían arruinado el negocio, pero ¿qué daría ella en aquel momento por poder abrirle el corazón a su madre? Los gritos de rabia de Ottilia se metamorfosearon en sollozos de desesperación. Su madre. Un susurro empezó a abrirse camino entre el rugido de su cabeza. ¿Qué habría dicho su madre? «Un contratiempo no es más que un contratiempo y no hay nada que una mujer decidida no pueda hacer».

Ottilia rodó en la cama hacia un lado y asentó los pies en el suelo. Tenía aún alternativas. Si la señora Skogh había perdido la fe en ella, ella no había perdido en absoluto la fe en sí misma. Torun le dejaría compartir la cama de su piso en Linnégatan mientras buscaba trabajo. No sería fácil teniendo en cuenta la alta tasa de desempleo que había en la hostelería, pero sabía que tenía mucho que ofrecer. Había aprendido a servir y a vender. Sabía bastante sobre vinos y era capaz de leer y redactar un menú en francés. Hablaba alemán con mucha decencia. Y si todo lo demás fallaba, siempre podía dedicarse a la

limpieza. Aunque no en el Grand Hôtel. Tenía su orgullo, y aunque decían que cuanto más orgullo más dura sería la caída, no estaba dispuesta a renunciar a lo que le quedara de autoestima después de estamparse contra el suelo. Porque ¿qué era una caída sino un contratiempo?

Un poco de agua fría en la cara le sirvió para rebajar un poco la hinchazón de sus ojos antes de volver al despacho del departamento de banquetes.

Karolina levantó la vista y la miró con mala cara.

—Has estado llorando.

Ottilia levantó la barbilla.

—Pero ya no lloro más. ¿Podrías prestarme esta tarde tu nuevo abrigo de verano?

Karolina ladeó la cabeza.

—Por supuesto, pero ¿por qué? —Le pasó a Ottilia una taza de café.

—Voy a buscar trabajo y he pensado que podría empezar con el hotel Rydberg en cuanto termine mi turno.

Karolina se llevó la mano al cuello y dijo:

—Me parece que será mejor que me cuentes qué ha pasado. —Karolina se quedó boquiabierta mientras Ottilia se lo explicaba todo —. ¿Y estás segura de que la señora Skogh no se ha dado cuenta de que lo hiciste para defender al hotel?

—En absoluto, y ahora está pensando en qué nuevo puesto me coloca en el hotel. Pues le ahorraré la molestia. Mi primera intención fue volver a Rättvik, pero no soporto la idea de abandonar Estocolmo, de modo que tendré que buscar algo aquí.

—Otti, ya sabes que el mal genio de la señora Skogh puede superarla a veces. Seguro que se calmará.

—Es posible, pero entre tanto me tendrá sacándole el brillo a la plata o fregando suelos. Que no son trabajos malos, pero no son para mí. Sobre todo después de haber consagrado seis años de mi vida a ascender por la escalera profesional del Grand Hôtel. Antes limpiaría a lametazos el suelo del hotel Rydberg. Y gratis.

—Podemos dividir esa parte de la paga que van a quitarte —dijo Karolina—. Te doy tres días de mi sueldo.

Los ojos de Ottilia se llenaron de lágrimas ante tanta bondad.

—Karo, no es por el dinero, sino por la injusticia. Además, la señora Skogh llevaba cierta razón; dadas las circunstancias, nada garantiza que no vaya a volver a hacerlo. Porque sigo creyendo que tengo derecho a decir la verdad.

—¿Y qué pasará con el Grand Royal?

Una punzada de tristeza debilitó la valentía de Ottilia. Pensar en que solo ayer había estado maldiciendo en silencio el lento avance del edificio. Se dejó caer en su silla de despacho.

—Por desgracia, ya no es asunto mío.

Karolina hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Me niego a creer que esto sea lo que tú o la señora Skogh queréis realmente. ¿Quieres que hable con mi…?

—No, mejor que tanto tú como tu madre os mantengáis aparte del tema. —Ottilia consiguió sonreír—. Pero tu abrigo de verano, no.

Karolina no le devolvió la sonrisa.

—Sabes perfectamente que todo lo mío es tuyo. Pero nada de esto tiene sentido. Al menos, sentido común. Para nadie.

—No es más que un contratiempo —dijo Ottilia—. Mira la parte positiva…

—¿Qué parte positiva?

Ottilia se quedó mirándola, furiosa.

—Seguro que se me ocurrirá alguna.

Karolina dio un palmetazo a la mesa.

—Ya se me ha ocurrido una. De momento sigues aquí. —Abarcó con la mano su pequeña oficina—. ¿No crees que la señora Skogh te habría enviado directa a la lavandería si de verdad estuviera tan furiosa?

—Tal vez. Pero si sentirse orgullosa de tu lugar de trabajo es causa de despido, o de amenaza de despido, prefiero presentar mi dimisión antes que llegar a eso.

—En este caso presentaré mi dimisión contigo. Si piensas tomar postura, te apoyaré.

¿Estaría Karolina yendo de farol o hablando en serio?

—Tú no harás tal cosa —dijo Ottilia.

Karolina se cruzó de brazos.

—Si tan buena idea es, ¿por qué no?

—Por cuatro razones. —Ottilia empezó a contar con los dedos—. Una, tú no has tenido ninguna bronca con la señora Skogh. Dos, no podemos dormir todas en la cama de Torun. Tres, se te necesita en el departamento de banquetes. Y cuatro, Karolina Silfverstjerna no puede dedicarse a fregar suelos. Sobre todo cuando tu madre está inmersa en el delicado proceso de presentarte a su círculo. No sería justo meterla en todo este lío.

Karolina se dejó caer en su silla.

—Cierto.

—Y cinco. —Ottilia mantuvo la mano abierta y movió el pulgar—. Si te toca trabajar jornadas interminables en otro establecimiento, verás mucho menos a Edward. No. Tú, cariño mío, debes quedarte aquí.

Ottilia buscó un papel.

—Prométeme, por favor —dijo Karolina—, que no presentarás tu renuncia hasta que hayas pasado como mínimo una noche reflexionando tu decisión.

Ottilia sonrió a regañadientes.

—Si me prometes, a cambio, que siempre serás mi amiga. Pase lo que pase.

Karolina levantó su taza de café.

—Pase lo que pase.

76

Mientras Ottilia estaba sentada enfrente de August Åhlfeldt, el director general del hotel Rydberg —un hombre de aspecto amable que no podía creer la increíble suerte que había tenido de que Ottilia Ekman, del Grand Hôtel, hubiera decidido cruzar su puerta—, Wilhelmina encontró por fin algo de tiempo para acercarse a examinar las obras del Grand Royal antes de la cena que tenía programada con Lizzie Silfverstjerna. La jornada se le había hecho más larga que de costumbre. La regañina a Ottilia de aquella mañana le había dejado un vacío interior profundo, y el escabroso problema de qué iba a hacer con la maldita chica había perjudicado su concentración a lo largo del día. Su cabeza volvió una vez más al meollo de su confusión: ¿qué se le habría pasado por la cabeza a Ottilia, su empleada más leal, inteligente y trabajadora, para contradecir a una clienta? Y a una clienta tan importante, además. El tono del ministro había sido duro e implacable. Si su esposa y madame Fallières se habían sentido tan molestas como aquel hombre le había dado a entender, corrían el riesgo de que a partir de ahora, si los demás comensales del cuerpo diplomático habían sido testigos del intercambio, les entrara muy poco negocio.

En el Grand Royal reinaba el silencio, aparte de los sonidos amortiguados de los pies sobre la madera del claustro. Wilhelmina levantó la vista hacia los marcos de las ventanas que estaban todavía vacíos y apretó los dientes. ¿Cómo era posible que los obreros se consideraran con derecho a marcharse tan temprano a casa cuando todo iba con tanto retraso? Lotten Rönquist, en cambio, fue una sorpresa agradable para sus ojos cansados y doloridos.

Wilhelmina contempló un mural con un paisaje de Visby con evidente placer.

—Ha capturado la esencia del pueblo. Es tal y como lo recuerdo.

Lotten secó el pincel.

—¿Tal y como lo recuerda de cuando vino a verme hace dos días o tal y como era Visby hace cincuenta años?

Wilhelmina se echó a reír.

—Es tal y como recuerdo Visby cuando estuve visitándolo hará un par de años. Aunque me atrevería a decir que ni los árboles ni las ruinas de la época medieval pueden cambiar mucho en medio siglo. Lo único que cambia es la gente —dijo con un suspiro.

—Dios, lo ha dicho de corazón —reconoció Lotten.

—Ha sido un día complicado. Y ver que las cosas aquí van tan lentas tampoco ayuda.

—Sí, eso me dijo Ottilia.

Wilhelmina se quedó sorprendida.

—¿Ha estado Ottilia por aquí?

—Estuvo ayer.

Wilhelmina emitió un gruñido involuntario de decepción. De modo que Ottilia se había tomado sus palabras al pie de la letra. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Wilhelmina había dicho exactamente lo que pensaba. Como siempre.

Se dio cuenta de que Lotten la estaba mirando desde arriba entrecerrando los ojos. La pintora se llevó una mano a la cadera.

—¿Alguna cosa que querría quizá comentar?

Wilhelmina volvió a suspirar. A los artistas jamás se les pasaba un detalle por alto.

—Nada especial. Tan solo que Ottilia ha cometido un error grave y ahora las dos tendremos que pagar por ello.

Lotten hizo un leve gesto de asentimiento.

—Entiendo. —Cargó el pincel con un poco de azul cáscara de huevo y siguió trabajando en el cielo—. Disculpe por preguntar, pero ¿qué ha hecho Ottilia?

Curiosamente, hablar con la espalda de Lotten resultaba más fácil que hablar con su cara.

—Pues resulta que contradijo a la esposa del ministro de Francia delante de la esposa del presidente.

Lotten hizo una breve pausa antes de añadir otra pincelada.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El ministro en persona. Y tiene razón. Una conducta así por parte de un miembro del personal es inaceptable. Sobre todo tratándose de un establecimiento con tanto renombre como el Grand Hôtel. La conducta de Ottilia puede llegar a ser muy perjudicial para la reputación del hotel. Y para la mía.

Wilhelmina notó que empezaba a ponerse otra vez de mal genio.

—¿Y qué fue lo que dijo Ottilia que al ministro le pareció tan ofensivo?

—Que París no había proporcionado más que el champán. Pero el detalle es irrelevante, lo importante es que Ottilia avergonzó a una clienta. Madame Fallières se quedó tremendamente consternada, al parecer.

—Interesante.

—¿El qué?

—Que las dos versiones de una historia puedan llegar a ser tan distintas.

Wilhelmina frunció el entrecejo.

—¿Ha hablado con Ottilia sobre el tema?

Lotten se volvió.

—Sí, y debo decir que considero que esa chica se merece una ronda ferviente de aplausos.

Wilhelmina intentó mantener un tono de voz firme; tal vez Lotten Rönquist fuera una artista extraordinaria, pero no tenía ni idea de lo que comportaba dirigir un hotel.

—¿Qué le contó Ottilia?

—Que la esposa de ese ministro amigo suyo le dijo a madame Fallières que los franceses habían proporcionado y preparado hasta el último trago y la última migaja de la cena. Y que también se habían encargado de servirla. Madame Fallières, por su lado, le dijo a Ottilia que le había encantado todo y que Estocolmo era tan bella como las flores de la decoración. O algo por el estilo. Pero —Lotten siguió pintando—, ¿qué sé yo? Yo no estaba allí. La pregunta es: ¿a quién cree usted? ¿A Ottilia o a la esposa de ese ministro?

Maldita sea.

—Y otra pregunta que una podría formularse es —continuó Lotten

—: ¿hizo algún daño Ottilia a la reputación del hotel o más bien la defendió? Y la pregunta definitiva es: ¿piensa despedir a una chica por defender lo que pueda haberle dicho un hombre? ¿Por demostrar su entereza? ¿Y su lealtad? Si lo hace, y la sustituye luego con un hombre, le aseguro que estos murales los terminará usted solita.

Diez minutos más tarde, Wilhelmina, con el corazón destrozado, recorrió el pasillo hasta la suite 425. Después de haberse pasado el día entero corriendo, se dio cuenta entonces de que llegaba con cierta antelación. Lizzie, por otro lado, no era de las mujeres que se molestaban por esas trivialidades. Así tendrían más tiempo para charlar.

Karolina se quedó tan sorprendida al ver a Wilhelmina como Wilhelmina al verla a ella.

—Lo siento muchísimo, señora. Mi madre no volverá hasta dentro de diez minutos. Estaba tocando el piano, pero, por favor, ¿no desea sentarse?

Desde su lugar en el sofá, Wilhelmina observó a Karolina recoger la partitura y cerrar la tapa del piano. El aplomo natural de la chica proclamaba a gritos su ascendencia de un modo que Wilhelmina nunca antes había notado. ¿O sería que bajo el ala protectora de su madre estaría mejorando lo que la naturaleza le había dado?

Karolina se percató de que la estaba mirando y sonrió con timidez.

—Enseguida me marcho para no molestar.

Wilhelmina pensó con rapidez. Tal vez tuviera ante ella una oportunidad caída del cielo para deshacer mínimamente el mal que había hecho por la mañana. Levantó la mano.

—Antes de que se vaya, ¿me permite una pregunta? ¿Le ha comentado Ottilia el altercado que hemos tenido esta mañana?

La mirada de Karolina se volvió cautelosa.

—Sí, señora.

—En esta habitación puede llamarme señora Skogh. ¿Y sabe por casualidad cómo ha pasado el día Ottilia?

—Sí, señora Skogh.

Wilhelmina se quedó a la espera de recibir más información.

Y Karolina cumplió.

—Ha estado trabajando en la oficina del departamento de banquetes.

—¿Y le ha comentado alguna cosa sobre un nuevo puesto?

—¿Aquí? Me ha dicho que usted tenía que decidir…

—¡Pues claro que aquí!

—Claro, sí, señora Skogh.

Pero las mejillas coloradas de Karolina delataban otra cosa. Wilhelmina notó un escalofrío en la espalda.

—Se ha tomado la tarde libre.

—Responda a mi pregunta, por favor.

La puerta de la suite se abrió en aquel momento y entró Elisabet.

—Mi querida Mina, ¿llego tarde? —Miró a Wilhelmina y luego a Karolina—. ¿Interrumpo algo?

El «sí» de Wilhelmina chocó de manera estruendosa con el «no» de Karolina.

Karolina cruzó la estancia para darle un beso a su madre.

—La señora Skogh me estaba preguntando dónde está Ottilia. —Miró el reloj—. Y la verdad es que no lo sé.

—En este caso —dijo Elisabet—, ¿quieres quedarte a cenar con nosotras?

En otras circunstancias, el lamentable horror que se apoderó de las hermosas facciones de Karolina habría hecho reír a Wilhelmina, pero aquella noche no. Había demasiado en juego.

—No, gracias —dijo Karolina—. Pero les deseo a ambas una agradable velada.

Wilhelmina taladró a Karolina con la mirada.

—¿Dónde estaba Ottilia hace media hora?

Los ojos de Karolina se dirigieron suplicantes a su madre.

—¿Alguien podría explicarme qué está pasando aquí? —quiso saber Elisabet.

Wilhelmina se lo explicó con detalle.

Los labios de Elisabet formaron una «o» perfecta.

—Señor, que situación más incómoda. La esposa del ministro se pasó de la raya, pero se trata de un ministro, de todos modos. ¿Qué habrías hecho tú, Mina?

—Sinceramente, es una muy buena pregunta.

Elisabet se volvió hacia Karolina.

—¿Dónde estaba Ottilia hace media hora?

A Karolina le ardían las mejillas.

—En el hotel Rydberg.

Wilhelmina reprimió un grito. ¿En el hotel Rydberg? August Åhlfeldt le ofrecería trabajo a Ottilia en menos que cantaba un gallo. Bien que lo haría ella de estar en su lugar, a pesar de la recesión económica. Aquella chica valía su peso en oro.

—Supongo que estaba esperando a presentarme su dimisión hasta tener un nuevo puesto —dijo Wilhelmina con más amargura de la que pretendía.

Karolina la miró a los ojos.

—Ottilia ha escrito esta mañana su carta de dimisión. He sido yo quien le ha pedido que esperase al menos a que pasase una noche para pensárselo.

—Bien hecho, cariño. —Elisabet aplaudió—. Quiero que vayas a buscar a Ottilia. Y si no ha vuelto todavía, espera hasta que lo haga.

—No tengo ni idea de cuándo tiene pensado volver Ottilia. Podría hacerse tarde.

Elisabet rodeó a su hija por los hombros y la acompañó hacia la puerta.

—Acostarse tarde una noche no hace ningún daño a nadie. Estaremos esperando. —Y cuando Karolina se hubo ido, Elisabet se volvió hacia Wilhelmina—. Mina, tengo una pregunta para ti: ¿quieres retener a Ottilia?

—Sí.

Elisabet hizo un gesto de asentimiento.

—Pues cenemos mientras la esperamos.

La cabeza de Ottilia daba vueltas con confusión e inquietud mientras acompañaba a Karolina a la suite 425. ¿Sería así como se sentirían los cristianos delante de un león? Quizá enfrentarse a un león fuera más fácil. Porque al menos uno ya sabía lo que le esperaba. Por un

momento se había preguntado si la señora Skogh habría cambiado de idea, pero al final Karolina le había confesado que la convocatoria había llegado por parte de su madre. Lo cual aún tenía menos sentido. La parte positiva era que lo que fuese terminaría en pocos minutos. Ottilia parpadeó para impedir que le cayese una lágrima. Marcharse del Grand Hôtel sería una tortura espantosa. August Åhlfeldt se había mostrado…, le costó encontrar la palabra…, acomodaticio. Lo cual le había parecido inesperado, en muchos sentidos. ¿A cuántas jóvenes debía de recibir aquel hombre sin cita previa? Le había garantizado una cálida acogida en el hotel Rydberg. A lo mejor, al final resultaba que todo salía bien.

Se alisó con las manos su único vestido decente mientras Karolina llamaba a la puerta.

Elisabet Silfverstjerna las recibió con una sonrisa.

—Ottilia, gracias por venir.

Ottilia saludó con una inclinación de cabeza y se volvió a continuación hacia las ventanas en torreón, junto a las cuales estaba sentada al lado de una mesita la señora Skogh. Inclinó de nuevo la cabeza.

—Ottilia —dijo Elisabet—. Si ayer por la noche le hubiera preguntado si preferiría trabajar para la señora Skogh en el Grand Hôtel o trabajar en el hotel Rydberg, ¿qué habría respondido?

—El Grand Hôtel.

La respuesta salió antes de que le diera tiempo a sopesar los pros y los contras de la misma.

La señorita Silfverstjerna hizo un gesto de asentimiento.

—Sé, por una fuente fiable, que a la señora Skogh le gustaría que continuara en el Grand Hôtel. Razón por la cual sugiero a ambas que consideren esta suite como… —se permitió una sonrisa— una embajada. Es decir, un lugar donde llevar a cabo negociaciones diplomáticas. Y teniendo presente en todo momento que lo que se diga esta noche en esta estancia quedará estrictamente entre las dos.

Con el corazón acelerado, Ottilia miró de reojo a la señora Skogh, que inclinó levemente la cabeza pero guardó silencio.

—Muy bien —continuó la señorita Silfverstjerna, sin esperar el

consentimiento por parte de Ottilia—. Aquí hay vino, jerez, coñac y copas. Y algunos de mis pralinés favoritos. Ven, Karolina, tenemos que dejar que nuestras amigas desarrollen una charla sincera.

Ninguna de las dos habló hasta que se hubo cerrado la puerta.

—Creo —dijo entonces la señora Skogh— que será mejor que nos sirva un coñac a las dos para empezar.

Ottilia hizo lo que se le ordenaba. Pasó una copa a la señora Skogh.

—Tome asiento, Ottilia. —La señora Skogh bebió un sorbo y dejó la copa en una mesita auxiliar antes de proseguir—. Cuénteme, ¿qué le ha parecido August Åhlfeldt?

Ottilia reflexionó su respuesta. ¿Podía confiar en que aquella conversación sería sincera y no habría represalias?

—Me ha parecido amable.

—¿Cuándo concertó la cita para ir a verlo?

—He ido al hotel Rydberg en cuanto he terminado mi trabajo aquí, a las seis.

—No le he preguntado eso.

Ottilia se enfureció.

—No tenía ninguna cita concertada. He dado mi nombre en el mostrador de recepción y he preguntado si podía robarle unos minutos al señor Åhlfeldt.

—¿Había oído hablar de usted?

—Sí.

—¿Y le ha ofrecido un puesto?

—Sí.

—¿En calidad de…?

—Directora de banquetes.

—¿No tiene ya un director de banquetes? ¿Un hombre muy capacitado apellidado Nyblaeus?

—No he preguntado al respecto. —Ottilia bebió un trago de su copa. El calor le aportó esa valentía de los beodos—. Como le he dicho, el señor Åhlfeldt se ha mostrado muy amable.

La señora Skogh resopló.

—¿Y quién no iba a querer emplear a la reconocida señorita Ottilia Ekman, que ha sido formada personalmente por la señora Wilhelmina

Skogh durante los últimos nueve años?

El sarcasmo le dolió. Pero ahora ya no tenía nada que perder.

—Usted, señora. Como estoy segura de que al menos la mitad del pasillo de administración podría corroborar.

Se cruzaron miradas furiosas.

—¿Cuándo empezará? —preguntó la señora Skogh.

El corazón de Ottilia dio un vuelco.

—Cuando haya solucionado lo de mi dimisión.

—¿Y desearía que le diera referencias?

—El señor Åhlfeldt no me ha pedido referencias.

—¿Le contó que había sido despedida?

—No he sido despedida.

—Tampoco ha presentado su dimisión. Que yo sepa, en este preciso momento, sigue trabajando para mí. ¿Qué le ha explicado a Åhlfeldt sobre los motivos por los que quiere dejar el Grand Hôtel?

—Le he explicado que usted quería cambiarme de puesto, pero que yo deseaba seguir en banquetes.

—¿Y no le ha preguntado por qué quería yo cambiarla de puesto?

—Me ha parecido que estaba a punto de hacerlo, pero luego ha cambiado de idea. —Lo cual le había resultado de lo más extraño, por muy bien que le hubiera ido a ella.

—Ottilia, hace menos de quince minutos le ha dicho a la señorita Silfverstjerna que preferiría trabajar en el Grand Hôtel.

—La señorita Silfverstjerna me ha preguntado qué habría respondido ayer por la tarde.

—Y yo se lo pregunto ahora. ¿De verdad desea trabajar en el hotel Rydberg? En una ocasión me dijo que en Storvik se aburría y que buscaba nuevos retos.

—Nunca dije que me aburriera.

—Tal vez no con estas mismas palabras, pero su mensaje quedó tremendamente claro cuando vino a visitarme a Storvik.

Ottilia recordó con melancolía aquel día mientras recorría con la punta del dedo un nudo de madera de la mesa.

—Fue muy amable conmigo. Me dijo que la había pillado en un buen día.

—Lo fui, efectivamente —dijo la señora Skogh—. Y hoy me ha pillado en un día malísimo. —Bebió otro trago de coñac—. Ottilia, antes de continuar, y para que ninguna de las dos pierda más el tiempo, debo hacerle una pregunta: ¿se aburre en el Grand Hôtel?

Ottilia levantó la vista.

—No. Marcharme es como abandonar a un hijo propio en favor de un hijo adoptivo. O eso creo.

—Y entonces ¿por qué se va?

—Porque quiere cambiarme de puesto, y los únicos puestos que necesitamos cubrir en estos momentos están en limpieza o lavandería. —Ottilia levantó un poco más la barbilla—. Valgo más que eso y…

—Lo vale.

—Así que…, oh. —Ottilia se planteó la pregunta que debería haber formulado por la mañana—. Señora, ¿qué habría hecho usted si hubiera oído que un ministro se adjudicaba a sí mismo todo el mérito de una cena de gran éxito y prestigio que le había costado al hotel una cantidad enorme de trabajo, además de un montón de libreas carísimas?

—En caliente, habría hecho justo lo que hizo usted —reconoció la señora Skogh—. Pero me gustaría creer que no. Me gustaría mucho creer que ninguna de las dos volvería a cometer este error.

—¿Ninguna de las dos?

—Usted no debería haber contradicho al ministro y yo no debería haberla juzgado sin antes escuchar las dos versiones. Creo que el ministro fue poco sincero en su relato de la respuesta de madame Fallières.

—Madame Fallières se mostró muy cordial. Encantadora.

—Eso me han dicho. Y ahora se lo voy a preguntar por primera y última vez. ¿Preferiría ser directora de banquetes en el hotel Rydberg o responsable del Grand Royal? La elección es solo suya.

Con la garganta tan seca que casi le resultaba imposible hablar, dijo Ottilia:

—Responsable del Grand Royal. Y le ofrezco mis más sinceras disculpas por lo sucedido el sábado. —Se volvió y miró por la ventana —. Jamás había visto un cielo de un verde tan precioso.

La señora Skogh rio entre dientes.
—Está espléndido, ¿verdad?

77

La disputa y la reconciliación entre Wilhelmina y Ottilia hizo que las dos fueran todavía más respetadas en el Grand Hôtel. Muchos presionaron a Karolina en busca de más información, pero nadie consiguió sacarle nada. La respuesta de Karolina a todo aquel que quería engatusarla con preguntas capciosas siempre fue sencilla y sincera: ella no estaba presente cuando se produjo el altercado y tampoco se hallaba allí cuando solventaron el asunto entre ellas. Beda Johansson y Margareta Andersson declararon también no saber nada del tema, aunque Wilhelmina sospechaba que Gösta Möller, y quizá también Edward, tenían una idea bastante clara de lo que había pasado. Pero con todo y con eso, y como sucedía con todos los chismorreos, la falta de combustible hizo que el fuego se extinguiera pronto.

Y entonces un día se presentó en el Grand Hôtel Fredrik Nyblaeus, el director de banquetes del hotel Rydberg. Por pura curiosidad, Wilhelmina lo hizo pasar a su despacho. Miró al hombre impecablemente vestido sentado al otro lado de su mesa y esperó a que empezara.

Y Nyblaeus empezó.

—No me andaré por las ramas, señora Skogh: espero que en el Grand Hôtel haya un puesto para mí.

—¿Lo han despedido del hotel Rydberg?

—No, pero preferiría trabajar para un establecimiento que inspire lealtad.

Wilhelmina arqueó una ceja.

—Continúe.

Nyblaeus se aclaró la garganta antes de seguir hablando.

—La señorita Ekman visitó el hotel Rydberg…

—De modo que es un poco como eso del ojo por ojo…

—En realidad, no. La señorita Ekman tenía todo su derecho a

preguntar. A mí, en cambio, no me gusta que me sustituyan tan rápidamente.

—La señorita Ekman no lo ha sustituido.

—Nadie me ha sustituido, cierto, pero si otra señorita Ekman se presentase mañana en el hotel Rydberg, es muy probable que pasado mañana estuviera sin trabajo.

—¿Por qué tiene tantas ganas de sustituirlo August Åhlfeldt? Y antes de que me responda, señor Nyblaeus, recuerde que puedo contactar con Åhlfeldt con solo un golpe de teléfono.

—El hotel Rydberg lo está pasando mal. Como la mayoría de hoteles, creo.

Wilhelmina se mantuvo impávida.

Nyblaeus continuó:

—Cuando los tiempos son complicados, como sucede en la ciudad en estos momentos, cada corona cuenta. O eso dice al menos el señor Åhlfeldt.

—Y tiene razón.

—Estoy de acuerdo con usted, señora Skogh. Pero lo que dice el señor Åhlfeldt y lo que hace no es siempre la misma cosa.

Wilhelmina se recostó en la silla.

—¿Y?

—Hay muy pocos banquetes en los que no se pierda dinero. Eso que dicen de que hay que perder una mosca para pescar una trucha no funciona, porque la noticia corre enseguida por la ciudad y todo el mundo espera recibir esos grandes descuentos que acaban produciendo pérdidas. Me dicen asimismo que pueden celebrar una fiesta en el Grand Hôtel por solo un pequeño porcentaje más, lo cual seguramente es verdad. Las cosas cuestan lo que cuestan, e imagino que incluso el Grand Hôtel tiene que andarse con cautela dado lo complicado que está todo en la ciudad hoy en día. Pero no creo, sin embargo, que se dediquen habitualmente a regalar sus productos.

Wilhelmina se quedó boquiabierta.

—¿Regalar nuestros productos?

Nyblaeus hizo un único aunque potente gesto de asentimiento.

—Cuando les enseño los dientes, los clientes saben que lo que deben

hacer es ir directamente al señor Åhlfeldt.

Wilhelmina se quedó pensativa. Tenía a August Åhlfeldt por un hombre astuto. Aquello no tenía sentido.

—¿Y qué pasa cuando se dirigen directamente al señor Åhlfeldt?

—Que luego viene y siempre me dice que mire qué puedo hacer. Y eso significa ofrecer prebendas como copas gratis o algún refrigerio a última hora de la noche. Lo cual, además de socavar mi posición, suele representar a menudo la diferencia entre obtener beneficios o sufrir pérdidas. Y entonces, cuando el departamento de banquetes vuelve a estar una vez más en números rojos, yo soy el responsable. Creo —y aquí Nyblaeus hizo una pausa para elegir sus palabras con extremo cuidado— que el señor Åhlfeldt tiene su talón de Aquiles en el Grand Hôtel. Compite. Lo cual hasta cierto punto es sano. Pero cuando logramos ascender a la altura del Grand Hôtel, este famoso establecimiento ya está más arriba. La cuestión es que por muy alto que subamos, nunca podremos cambiar nuestra ubicación. El señor Åhlfeldt cree que nuestra ventaja radica en estar cerca de la estación central de Estocolmo.

—¿Y usted qué opina?

—Que la ventaja de la proximidad a la estación puede estar bien para los huéspedes que pernoctan en el hotel, pero no para el departamento de banquetes. Poca gente acude a una fiesta desde la estación. Además ambos hoteles tienen un servicio de ómnibus excelente. Los metros adicionales que hay que recorrer para llegar al Grand Hôtel son de escasa importancia. —Se permitió una sonrisa—. Supimos que usted estaba a bordo, señora, cuando la flota entera del Grand Hôtel recibió una nueva mano de pintura.

Wilhelmina inclinó la cabeza para reconocer el cumplido.

—Sin embargo, nada de todo esto, por gratificante que resulte, explica por qué usted, señor Nyblaeus, se encuentra ahora en mi despacho.

—Tengo entendido que está buscando un nuevo director de banquetes.

—Es el puesto de la señorita Ekman.

Nyblaeus titubeó.

—¿No pasará a ser la responsable del Grand Royal? Si estoy mal informado, le ruego sinceramente que me disculpe y me retiraré de inmediato.

Puso las manos en los brazos de la silla, dispuesto a levantarse.

Wilhelmina lo presionó.

—¿Informado por quién?

Nyblaeus se retorció con cierto nerviosismo.

—La verdad es que no querría…

—¿Gösta Möller?

—Sí. Trabajamos juntos en el Rydberg cuando el Grand Hôtel cerró por reformas hace diez años. Él no esperó ni un instante a volver aquí, pero seguimos siendo buenos amigos.

Wilhelmina apretó los dientes.

—¿Y qué fue exactamente lo que su buen amigo Möller le contó?

—Que la señorita Ekman pasaría a hacerse cargo del Grand Royal y que él había rechazado el puesto de director de banquetes. Me dijo también que usted estaba al corriente de que la señorita Ekman había estado en el hotel Rydberg y que podía, y debía, ser totalmente sincero con usted. Lo habría sido, de todas formas. Con el tiempo he descubierto que la sinceridad es siempre el mejor camino.

Wilhelmina lo creyó.

—Continúe.

—Le pregunté a Möller por qué la señorita Ekman había visitado el hotel Rydberg. Y me respondió, y aquí cito textualmente, que eso era lo que sucedía cuando ambas damas tenían puntos válidos que entraban en conflicto.

—¿Y le explicó en qué consistían esos puntos válidos?

—No, y tampoco se lo pregunté. Me dijo que, a pesar de que usted y la señorita Ekman tenían algún que otro altibajo, pensaban casi lo mismo. Considero que este tipo de lealtad mutua es de lo más honorable y algo extremadamente excepcional de encontrar.

El enojo inicial que la interferencia de Möller había despertado en Wilhelmina se evaporó. El *maître d'hôtel* siempre había demostrado tener buen juicio. Quizá Nyblaeus se entendería bien trabajando con Karolina.

—Dígame, ¿tendría intención de vivir aquí?

—No, señora. Tengo una hija.

—¿Y esposa?

—Por desgracia, no. Falleció cuando mi hija tenía apenas unos meses. Mi madre me ayuda con Isabella, que tiene seis años, pero yo no podría vivir aquí.

La tristeza repentina que inundó a Nyblaeus le tocó el corazón a Wilhelmina. Tomó una decisión al instante. Aquel hombre se merecía una oportunidad, y si al final no alcanzaba la excelencia, siempre podía despedirlo.

—Muy bien. Necesito que comience en dos semanas, el 17 de agosto, para que la señorita Ekman pueda presentarle al personal más importante y a los proveedores, y pueda entregarle las riendas del departamento antes de que ella empiece en su nuevo puesto el 1 de septiembre. Su asistente será Karolina Silfverstjerna, una señorita de lo más competente. Dudo que haya nada sobre los banquetes en el Grand Hôtel que la señorita Ekman o la señorita Silfverstjerna no puedan explicarle, pero mi puerta siempre estará abierta. Necesito verificar el salario con el departamento de contabilidad, pero se le pagará como corresponde. Y ahora tengo otro asunto que requiere con urgencia mi atención. ¿Qué me dice, sí o no?

Las facciones serias de Nyblaeus se transformaron cuando esbozó una sonrisa inesperadamente encantadora. Se levantó y le tendió la mano a Wilhelmina.

—Muchas gracias. Haré todo lo que esté a mi alcance para ser merecedor de la fe que ha depositado en mí.

Wilhelmina hizo un gesto de asentimiento.

—Trabaje duro y haga crecer mi departamento de banquetes. Es todo lo que pido. Y ahora voy a pedir que avisen a la señorita Ekman. Usted y ella tendrán que cooperar y cuanto antes se conozcan, mejor.

Ottilia entró en el despacho de la señora Skogh.

—Señorita Ekman, le presento al señor Nyblaeus. Será nuestro nuevo director de banquetes. Quizá podrían tomar un café en el nuevo

jardín de invierno antes de que le muestre al señor Nyblaeus las salas y las instalaciones del departamento de banquetes. Y pídale a la señorita Silfverstjerna que los acompañe.

Ottilia saludó al elegante caballero de ojos grises que le tendió la mano.

—Hola, soy Ottilia Ekman. —Al rozar su piel, Ottilia notó una tensión desconocida en la entrepierna—. Encantada de conocerle —dijo. Con total sinceridad.

78

A mediados de octubre, los obreros no habían cumplido aún su obligación contractual de terminar el Grand Royal. El jardín de invierno parecía más un patio de obras que un oasis de calma en el interior del mejor hotel de Estocolmo, y la situación se hacía más apremiante a cada día que pasaba. Los nervios de Wilhelmina empezaban a flaquear. Había anunciado que la inauguración se celebraría el 23 de enero y no quería verse obligada a posponer la fecha. No podían permitirse ni empañar su reputación ni perder los ingresos de los actos que tuvieran que cancelarse. La espiral de costes debía detenerse de alguna manera y el dinero tenía que empezar a entrar antes de que la junta directiva perdiera la paciencia por completo. ¿Se habría disculpado el maestro de obras con tanta frivolidad ante un caballero? La pregunta le fastidiaba.

Rebosante de frustración acumulada, Wilhelmina irrumpió en su despacho.

—Si le oigo otro «pero» al maestro de obras, sentiré tentaciones de darle un buen tirón de orejas —le dijo a una sorprendida Ottilia—. ¿Sabe lo que han hecho ahora esos imbéciles de albañiles?

—Sé lo que no han hecho —respondió Ottilia—. Conectar el Grand Royal con el hotel. El chef Samuelsson y yo estuvimos ayer allí con los nuevos cocineros. Tuvimos que llevarlos por Stallgatan.

—Exactamente. Los albañiles tendrían que haber derribado la pared común hace semanas, pero ese pequeño detalle no les ha impedido volver a pintar los pasillos del lado del hotel ni terminar la pared del lado del Grand Royal. Todo lo cual tendrá que rehacerse cuando por fin unan los dos edificios. Y me he enterado además de que los obreros no han hecho los preparativos necesarios para solucionar lo del desnivel del suelo, el mismo desnivel que ya causó problemas con el suministro de agua. Cabría pensar que ese detalle habría refrescado la memoria y el sentido común de alguien, pero qué va, nada de nada.

Ottilia se quedó boquiabierta.

—¿Y ahora qué van a hacer?

—Cuando me he ido estaban haciendo lo que siempre hacen: rascarse la cabeza con una mano y señalar a los demás con la otra.

—Tendrán que encontrar una solución al desnivel del suelo y pintar de nuevo las paredes sin cobrarnos nada, imagino.

—Así será, por supuesto, pero el tiempo es esencial. El jardín de invierno debería haber estado listo para empezar la plantación el pasado día 10, pero estamos a 17 y no he visto aún ni un parterre con flores ni un mínimo pedazo de césped. La semana que viene nos llega un cargamento de plantas valorado en setecientas coronas.

—¿Dónde las pondremos? ¿Le pregunto a Fred…, al señor Nyblaeus si tiene libre alguna sala de banquetes?

Wilhelmina examinó a Ottilia con la mirada.

—¿Fredrik? ¿Hay algo entre ustedes dos?

Ottilia se ruborizó.

—No.

—Podría ser peor —dijo Wilhelmina—. Es inteligente y atractivo.

—Lo sé.

Wilhelmina resopló.

—Es asunto suyo, pero ahora ya sabe lo que pienso. Bueno, el caso es que lo he arreglado todo para dejar las plantas en una de esas naves de Göteborgsbanken.

Ottilia puso mala cara.

—Allí no durarán mucho. Hay que plantarlas.

—Si se marchitan, se lo cobraremos también al constructor, junto con los gastos de aduanas —rugió Wilhelmina—. Nuestro querido maestro de obras me hablaba de lo complicado que es encontrar buenos trabajadores y de que todas las obras de la ciudad quieren a la misma gente. Le he hecho notar que nosotros encargamos esta obra el año pasado, junto con seiscientos cargamentos de gravilla y arena, y que él recibió el diseño exacto por parte del jardinero jefe del palacio de Haga hace tres meses. Sabe perfectamente bien que los jardineros no pueden empezar hasta que los obreros no hayan terminado el trabajo preliminar.

—¿Y qué ha dicho el maestro de obras?

—Ha empezado con su retahíla de «peros», aunque tanto él como yo sabemos que no tiene ni base moral ni legal sobre la que apoyarse.

—¿Podemos amenazarle con despedirlo?

—Ojalá fuese tan sencillo. Pero no. El maestro de obras tiene razón cuando dice que la ciudad está falta de obreros cualificados. Sospecho que el hombre hace malabarismos con otras obras para tener a todo el mundo contento. Lo último que necesitamos es que se sienta ofendido y se marche, de modo que, en realidad, lo único que puedo hacer es intentar explicarle una vez más las consecuencias de otro retraso y mostrar cierta comprensión por su situación. Debemos apelar a su buen nombre. Le he dicho que le escribiré una carta con mis sugerencias para alcanzar un compromiso.

—¿Y cuáles son esas sugerencias?

Wilhelmina señaló con la estilográfica su calendario de sobremesa.

—Que la cuarta planta esté terminada el día 1 del mes que viene, la tercera planta el 15 de noviembre, todas las otras plantas el 1 de diciembre, y que la cocina, la escalera mecánica, los ascensores, la iluminación y la calefacción estén en pleno funcionamiento el 15 de diciembre.

—¿Y si no lo están?

Wilhelmina suspiró.

—Informaré oficialmente al maestro de obras de que si el Grand Royal no está terminado el 1 de enero, tendré que informar también a la Fundación Sofía Albertina de que no tenemos intención de pagar alquiler o los intereses antes del 1 de julio de 1909 por el simple hecho de que no podemos permitirnos las pérdidas inherentes a los trastornos que nos cause que el Grand Royal no esté terminado y amueblado durante los lucrativos meses de primavera y verano. Y todo esto dejándole asimismo claro que, mientras que entiendo perfectamente que su problema fundamental está en la falta de obreros cualificados, yo estaría descuidando mis deberes como directora general si permitiera que el Grand Hôtel incurriera en más pérdidas financieras como consecuencia de otro retraso en la construcción.

Un retraso del que Wilhelmina no tenía ninguna culpa, pero del que era inevitablemente responsable delante de la junta directiva.

—¿Será suficiente con eso? —preguntó Ottilia.

Wilhelmina se masajeó las sienes.

—Tal y como están las cosas, es lo único que puedo hacer. Me he quedado sin palos. Ahora todo depende de la zanahoria.

79

La última reunión del año de la junta directiva se celebró el 20 de diciembre. Agotada hasta no poder más, Wilhelmina tomó asiento en la mesa. Ni siquiera el cielo estrellado ni el centelleo de las luces de palacio consiguieron sacar de ella su sonrisa habitual. Si alguien le hubiera preguntado qué quería por Navidad, le habría respondido que una buena noche de sueño. Confiaba, como siempre, en sentirse mejor por la mañana.

Oscar Holtermann dio comienzo a la reunión.

—Es para mí un gran placer comunicarles que, en calidad de presidente de la junta directiva de Nya Grand Hôtel AB, he recibido noticias de la Fundación Sofía Albertina esta misma mañana. He sido informado de que el edificio del hotel recientemente erigido en el solar 19 de Blasieholmen está listo para entrar en servicio y que la inauguración del Grand Hôtel Royal puede llevarse a cabo el 23 de enero, tal y como teníamos planeado. Nos instan asimismo a pagar el alquiler correspondiente al próximo trimestre.

—Nos ha llevado cuatro años —dijo Wilhelmina—. Coincide casi la semana.

Holtermann arrugó la frente.

—¿La semana? Creía que habíamos firmado el acuerdo en abril de 1905.

—Recibimos la carta preguntándonos si estaríamos interesados en alquilar una propiedad en el solar 19 en diciembre de 1904 —le explicó Wilhelmina.

—Ha sido un largo viaje —dijo Palm—, y habrá valido la pena. Esta extensión del hotel es una belleza. Podemos sentirnos muy orgullosos.

Wilhelmina se mordió la lengua para no preguntar cuál había sido, exactamente, la contribución de Palm al proyecto. Durante los últimos cuatro años, Wilhelmina había dirigido el Grand Hôtel y había sido además la responsable absoluta de la creación del Grand Royal; desde

la elección del arquitecto hasta del verdor que llenaba por fin el jardín de invierno.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Holtermann—. El alarmante desorden que nos encontramos durante la visita que realizamos el pasado octubre ha quedado transformado en algo extraordinario. Quiero extender nuestro agradecimiento y nuestra felicitación tanto al arquitecto como al maestro de obras. Y ahora confiemos y recemos para que la apuesta de la señora Skogh dé sus frutos. Este nuevo edificio tiene que generar ingresos.

Más tarde, arrastrando sus cansados pies hasta su apartamento, Wilhelmina hervía por dentro de rabia. Sus compañeros de la junta directiva no cabían en sí de orgullo, el maestro de obras era un auténtico héroe, pero ¿y ella? Ni una palabra de reconocimiento. Solo la afirmación de que, mientras que todos los méritos del Grand Royal eran de todos los miembros de la junta, la apuesta era única y exclusivamente de ella. Pues muy bien, el Grand Royal había dejado de ser una apuesta; el Grand Royal se había convertido ya en la comidilla de la ciudad y los ciudadanos de Estocolmo estaban esperando con el alma en vilo ver con sus propios ojos lo que había detrás de los impresionantes pilares de granito y las puertas de cristal de la esquina de Stallgatan con Blasieholmsgatan. La visión y el legado de Wilhelmina sería un activo para la ciudad y para el Grand Hôtel durante décadas. Durante siglos, incluso. Wilhelmina se relajó un poco por primera vez en lo que iba de día. Siglos, por supuesto que sí. Y como se jactaba de conocer bien a la gente, imaginaba que Brita tendría ya una botella de Pol Roger puesta en hielo. Benditas fueran todas las mujeres que la rodeaban en la vida.

80

1909

Mientras la nieve de enero se acumulaba en los alféizares de las ventanas del palacio Bolinder, Ottilia se instaló en un sofá de la sala de estar de la señora Skogh y aceptó con una sonrisa la taza de café que le ofreció Brita.

—Tiene exactamente dos horas —dijo Brita—. Ni un minuto más. Órdenes del doctor Malmsten.

En el sofá de delante, con una manta de lana sobre las rodillas, la señora Skogh despidió con un gesto a Brita.

—Pues, en este caso, mejor que empecemos.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó Ottilia, observando con admiración el océano de cartas y flores que cubría todas las superficies —. Beda ha comentado esta mañana que el Grand Hôtel ha recibido cientos de llamadas y notas interesándose por su salud. Me ha pedido que le transmita sus más cariñosos recuerdos.

La señora Skogh inclinó la cabeza.

—La gente es muy amable. Tengo un gran respeto por el hospital Sophiahemmet, pero no hay nada mejor que dormir en tu propia cama. Confío en que esta fatiga debilitante empiece a disminuir. Pero la verdad es que el momento es de lo más desafortunado.

—En mi opinión, nunca existe el momento adecuado para una intervención quirúrgica —dijo Ottilia—. Pero son cosas que no podemos controlar.

Y eso, probablemente, era lo que más fastidiaba a la enferma. La señora Skogh estaba a todas luces furiosa.

—No, pero podría haber seguido adelante sin ser obligada a quedarme en cama convaleciente cuando lo que debería hacer es estar preparando la inauguración del Grand Royal.

—Lo cual me lleva —Ottilia consultó sus notas— a mi primera

pregunta. ¿Qué quiere que haga con la cena de los dignatarios del día 23? La anfitriona oficial es usted.

—Posponerla. Es una cena demasiado grande y demasiado importante como para llevarse a cabo sin mi presencia. La prensa diaria ha informado varias veces sobre mi situación actual, de modo que un aplazamiento no debería sorprender a nadie. Mientras el Grand Royal esté abierto al público el día anunciado, el resto puede esperar.

Ottilia tomó nota.

—¿Y la visita de la prensa del día 20 y la visita real del 21?

—El 21 debo ser yo la encargada de ejercer de guía de Su Majestad y el príncipe heredero. Lizzie Silfverstjerna me ha dicho que están interesadísimos en todo lo que sea «Royal». Y yo, por mi parte, he fingido no percatarme de su juego de palabras.

Ottilia rio.

—Es muy bueno.

—Eso piensa también Lizzie. Y por lo que a la visita de la prensa se refiere, haré lo posible por asistir, pero usted debe estar preparada para intervenir. ¿Han arrancado ya ese papel pintado de cuero?

—Sí, y han aplicado una capa de pintura al óleo del mismo tono verde bronce hasta que llegue el papel pintado sustitutorio. Lo cual, lamentándolo mucho, no será hasta después de la inauguración. Los obreros se han disculpado profusamente por haber estropeado la pared.

—Como debe ser. ¿Han llegado sus nuevos vestidos?

—Sí, y estoy emocionada. Tienen los bolsillos ocultos de gran tamaño que solicité y son del mismo tono granate que la tapicería de cuero de las sillas del comedor del Grand Royal.

—¿Y ha comprobado si el monograma dorado del Grand Royal está perfectamente centrado en todas esas sillas?

—Lo he hecho y lo está.

—Bien. ¿Han conseguido proyectar luz de colores en la fuente?

—Sí, y queda espectacular. El agua parece fuegos artificiales. Incluso el chef Samuelsson se quedó boquiabierto al ver el efecto.

—Tal y como se quedará todo el mundo —dijo con satisfacción la señora Skogh—. En toda Escandinavia, y es probable que en toda

Europa, no habrá nada que pueda estar a la altura del Grand Royal.

—Resulta curioso —reflexionó Ottilia—. Con ese techo acristalado tan alto y siendo como es un espacio tan grande, lo acogedor que resulta el ambiente. Es íntimo, incluso.

—¿Así que ya está todo acabado?

Ottilia hizo un gesto de asentimiento.

—Desde las lámparas hasta el último árbol y arbusto. Incluidas las sesenta habitaciones. Margareta las ha repasado todas esta mañana con el nuevo equipo de camareras de planta.

La señora Skogh puso mala cara.

—Imagino que no pretenderá que el equipo que se ocupe del Grand Royal esté integrado solo por chicas nuevas, ¿no? Creía que iba a pasar a ese equipo algunas de sus chicas con más experiencia.

—Y así lo ha hecho —replicó Ottilia—. Me refería a que el equipo es nuevo, pero no todas sus integrantes.

—¿Y la cocina?

—Con todo el personal al completo y a punto. Además de todos los ayudantes de cocina, el Grand Royal puede jactarse de tener doce cocineros, cinco camareros jefe y cuarenta y ocho camareros. El chef Samuelsson ha estado formando al nuevo personal de cocina y Gösta Möller está haciendo lo mismo con el nuevo equipo de camareros. Lo cual es estupendo: tenemos todas las mesas reservadas hasta mediados de febrero. ¿Le había comentado que Gösta Möller ha ascendido a Edward a camarero jefe del Grand Royal?

—No, pero me lo comentó Möller. Ayer vino a verme.

Ottilia se ruborizó. Qué tonta había sido por pensar que la señora Skogh no estaba al corriente de aquellas cifras y hechos.

La señora Skogh se recostó en el sofá, como si quisiera recuperar el aliento.

—Por lo que parece, lo tenemos todo controlado. Y ahora cuénteme, ya que disponemos de algunos minutos antes de que Brita aparezca por la puerta: ¿qué más sucede en mi hotel?

Ottilia ladeó la cabeza.

—¿Se refiere al Grand Hôtel en sí?

—Venga, querida mía, sabe perfectamente a qué me refiero. ¿Qué

tal están mis chicas? Echo mucho de menos la puerta abierta de mi despacho.

El pulso de Ottilia se aceleró. Nunca había mantenido aquel tipo de conversación con la señora Skogh y esta nunca se había dirigido a ella como «querida mía». La familiaridad era de agradecer.

—Veamos. Karolina se lleva muy bien con el señor Nyblaeus y…

—¿Le ve usted futuro a lo de Karolina y Edward?

A Ottilia casi le da un ataque de tos de la sorpresa.

—Creo que sí. Están realmente hechos el uno para el otro. —Se quedó pensando—. Hubo un momento en el que me pregunté si la ascendencia de Karolina echaría por tierra la relación, pero me equivoqué. Edward no se siente acomplejado ante la realeza o los dignatarios. Trata a todo el mundo con la misma cortesía y tranquilidad. —Sonrió—. A menos que a alguien se le ocurra hacer daño a Karolina. La ama. Y ella lo ama a él.

—Estupendo. Lizzie Silfverstjerna desearía ser presentada formalmente.

—¿Formalmente?

—Sí, en plan «Edward, te presento a mi madre». Queremos que empuje a Karolina en esa dirección.

Ottilia ladeó la boca en un mohín.

—Tal vez debería ser la señorita Silfverstjerna quien le pidiera a Karolina que le presentase a Edward. Si se lo menciono yo, Karolina seguirá sin tener muy claro si es buena idea hacerlo. Y creo también que Karolina estaría encantada.

La señora Skogh clavó su astuta mirada en Ottilia.

—Karolina y usted ya han hablado del tema.

Ottilia se encogió de hombros.

—A Karolina le preocupa que la señorita Silfverstjerna no considere a Edward… suficiente para ella.

—¿Y usted qué opina?

Ottilia levantó la barbilla.

—Preferiría ver a Karolina casada con un camarero jefe que la amara que con un rey que no lo hiciera.

La señora Skogh tardó unos instantes en replicar.

—Cuénteme cosas sobre Margareta y Gösta Möller.

—Son muy felices. ¿Sabía que Gösta vive justo al lado de Torun y Märta?

—Lo sabía.

—O, para ser más exactos —continuó Ottilia—, al lado de Torun. Märta pasa casi todo el tiempo con Wilhelm, sobre todo ahora que ya están prometidos.

—Pues eso no lo sabía. Felicite a Märta de mi parte, por favor. ¿Cuándo tienen pensado casarse?

Ottilia suspiró.

—Eso es lo más complicado. Märta se casaría con él mañana mismo si eso no significara perder todos sus derechos legales y su independencia. ¿Por qué tiene que pertenecer a Wilhelm cuando es más que capaz de ser su igual?

—Una pregunta que las mujeres llevan décadas formulándose —dijo la señora Skogh—. Incluyendo entre ellas a Torun, por supuesto. Lotten Rönquist está impresionadísima con su hermana.

—La mayoría de la gente lo está cuando deja de fijarse en su cojera y empieza a escuchar sus ideas.

—Bien dicho.

—Si quiere que le sea sincera, fue Beda la que lo expresó de este modo por primera vez. Y tiene razón.

—Y rápido, Ottilia, ¿qué me cuenta de usted y el señor Nyblaeus? —Los ojos de la señora Skogh tenían un brillo malicioso—. Nada me daría mayor satisfacción que verla establecerse con un buen hombre. El trabajo no le dará nunca calor por las noches. Y el matrimonio no tiene por qué interferir en la carrera profesional de una joven. Yo misma lo demostré con creces. Hace semanas le dije que podría ser peor, y desde entonces, mi estima hacia el señor Nyblaeus solo ha hecho que aumentar.

Ottilia notó que se le encendían las mejillas. Solo Karolina sabía lo mucho que deseaba hundir los dedos entre el cabello ondulado de Fredrik Nyblaeus, acariciar su elegante mandíbula. En las excepcionales ocasiones en las que sus manos se rozaban cuando intercambiaban algún documento, el escalofrío que le recorría el

cuerpo hacía que la pregunta que tenía en la punta de la lengua se le olvidara por completo. Fredrik la hacía reír y la hacía pensar, y siempre se comportaba como un perfecto caballero. En resumen, los últimos cinco meses habían sido los mejores y los más frustrantes de su vida. Pero, por desgracia, cuando el Grand Royal se inaugurara por fin, Ottilia pasaría mucho menos tiempo en su compañía. Ya ahora las ocasiones para que hubiera alguna consulta eran cada vez más escasas y más alejadas entre sí. Y entonces se le ocurrió una cosa. ¿No le habría comentado Karolina a su madre, quien, a su vez, le habría comentado a la señora Skogh, el enamoramiento no correspondido de Ottilia con el atractivo e imperturbable director de banquetes?

La señora Skogh seguía esperando.

—No hay nada que contar —respondió Ottilia—. Tan solo somos compañeros de trabajo. —Lo cual técnicamente era cierto. Desear a Fredrik Nyblaeus no lo hacía más suyo que el bolso de suave piel de color miel que había visto en Nordiska Kompaniet y que le gustaba tanto. Acarició el abeto en miniatura que colgaba de su pulserita de plata, un tributo tanto a su amada Dalarna como al jardín de invierno del Grand Royal—. Tiene una hija de la misma edad que mi hermana Victoria. —Ottilia se regañó. ¿Y qué importancia tenía aquello?

—¿Conoce a la niña?

Sorprendida, Ottilia se quedó mirándola.

—¿Quién, yo? No.

—¿Le gustaría?

—Sí, la verdad.

—La sinceridad sirve para ahorrar tiempo. Dígaselo.

Ottilia regresó al Grand Royal sumida en un torbellino de emociones. ¿Qué habría querido decir la señora Skogh? Evidentemente, que debería ser más abierta con Fredrik, pero ¿por qué? ¿Qué sabía la señora Skogh que Ottilia no supiera? ¿Y quién la habría informado? La señora Skogh tenía razón; la sinceridad ahorraba tiempo. Por la noche le preguntaría a Karolina si había hablado con la señorita Silfverstjerna de algo o, esperaba que no, con Fredrik Nyblaeus en

persona. ¡Ya podía ir pidiendo Karolina ayuda al cielo para salvar su amistad si se le había ocurrido hacerlo!

Bajo la luz de la mesita de noche, Karolina se ruborizó.

—Sí y no. Le mencioné a mi madre que te gusta el señor Nyblaeus…

—¿Y para qué?

Ottilia oyó su voz convertida en un chillido de indignación al mismo tiempo que se pasaba el camisón por la cabeza.

—Porque me preguntó si en tu vida había algún joven. Le caes bien, Otti.

—¿Y no podías haberte limitado a decirle que no?

—Podía, pero…

—Pero ¿qué?

Ottilia se tumbó en la cama.

—Pero le dije también que no estábamos seguras de si los sentimientos eran mutuos. Me doy cuenta de que el señor Nyblaeus te menciona más de lo necesario, aunque esto por sí solo no es suficiente para extraer ninguna conclusión definitiva.

—Dios, dame fuerzas. —Ottilia cerró los ojos. ¿Cómo sería capaz de volver a mirar a la cara a la señorita Silfverstjerna? Pero aun así no pudo resistir la tentación de preguntar—: ¿Y qué piensa tu madre?

Karolina se puso de lado en la cama y se recostó sobre un codo.

—Piensa que la vida es demasiado corta para andarse con evasivas.

Ottilia se sentó, pero con los pies tapados con la manta.

—¿Evasivas? Si solo me pregunta sobre proveedores, personal y rutinas. ¿Qué pretendes que le diga? «¿Tiene que ponerse en contacto con fulanito y menganito y después quedamos para cenar?». Sabes de sobra que no soy de ese tipo de chicas.

Karolina rio.

—Ya, pero sería de lo más gracioso. —Se quedó pensativa—. De todas formas, nada de esto explica el comentario de la señora Skogh. Aun en el caso de que mi madre le hubiera contado todo lo que yo le dije, ¿por qué la señora Skogh te animaría a quedar potencialmente como una tonta cuando en realidad no sabemos cuáles son los sentimientos del señor Nyblaeus?

Se quedaron en silencio.

Ottilia fue la primera en romperlo.

—Karo, ¿sabes si Fredrik ha ido a visitar a la señora Skogh?

—Justo ayer, pero no me lo imagino abriéndole su corazón, ¿no? Ni tampoco imagino que ella le preguntase al respecto. Es su empleado.

—A mí bien que me ha preguntado.

—Tú no cuentas. Tú eres la hija que nunca tuvo.

Ottilia se quedó sorprendida. Se sentó en la cama.

—Lo siento mucho. Pero tengo algo más que decirte. Tu madre quiere conocer a Edward. Oficialmente, digamos.

Y entonces fue Karolina la que se quedó boquiabierta.

—¿Estás segura?

—Segurísima. La señora Skogh me ha pedido que te anime en este sentido, pero le he dicho que pienso que debería ser tu madre la que te lo pidiera, de modo que cualquier día de estos te lo dirá.

Karolina inspiró hondo. Y soltó lentamente el aire.

—Espero que le guste Edward.

—Le gustará. Edward es encantador. ¿Y acaso no ha respetado tu madre el hecho de que no estés interesada en salir a cenar con otros hombres?

Karolina sonrió.

—Lo ha respetado, sí. Aún no puedo creer que nuestra relación se haya vuelto tan estrecha en menos de un año. Incluso pienso que ha dejado de andarse con tiento cuando está conmigo. Cuando el lunes me presenté a cenar con veinte minutos de retraso, me echó una bronca. Dijo que al menos tendría que haber tenido la cortesía de hacerle llegar un mensaje. Que los buenos modales no cuestan nada.

—Y tiene razón. Mi madre también me lo decía.

Ottilia volvió a taparse.

—Pensándolo bien —dijo Karolina, ya adormilada—, es posible que después de esa bronca compartiera demasiadas cosas sobre Fredrik Nyblaeus y tú simplemente para volver a caerle en gracia a mi madre.

Ottilia rio a carcajadas.

—Si tu madre y tú vais a tener una relación normal, deberéis permitiros alguna que otra pelea de vez en cuando. Mi madre también me alzaba la voz a veces. Y en alguna excepcional y vergonzosa

ocasión, yo llegué a alzarle la mía.

Una lágrima inesperada se deslizó por la sien de Ottilia cuando dio la bienvenida al dulce olvido del sueño.

81

También Margareta estaba sufriendo las frustraciones de la vida. Atrás habían quedado los años en los que esperaba poder llegar a permitirse algún día tener su propio piso, porque lo que deseaba ahora era compartir un hogar con Gösta. Lo amaba profundamente, anhelaba la caricia de sus dedos en la nuca, en el contorno de sus pezones, en la parte interior de sus muslos y más allá. Agradecía sus embestidas y se deleitaba a su lado después de hacer el amor, hasta que acababa quedándose dormida entre sus brazos. Gösta quería casarse con ella. Y ella con él.

Incluso en su noche de bodas, cuando ni siquiera le había levantado aún la mano, el sexo con Knut Andersson había sido un ataque contra su cuerpo y su alma. Él se había saciado con lo que consideraba que a partir de aquel momento era suyo. ¿Y ella qué era? Un colchón femenino sobre el que poder jadear y —finalmente, gracias a Dios— roncar. Por su parte, Margareta no tenía ni idea de nada y creía que aquel era el papel de la mujer y el derecho del hombre. No le extrañaba que las mujeres tuvieran tantos hijos; cada embarazo debía de ser como un pequeño respiro después de tanta arremetida violenta. Cada hijo era una recompensa a tanta brutalidad nocturna.

Pero los días en los que había anhelado tener un hijo de Knut se habían perdido en la noche de los tiempos. Ahora, siete años después de abandonar su casa, Margareta daba incluso las gracias a su buena estrella de que el único vínculo que seguía uniéndola con aquel hombre fuera un certificado de matrimonio oficial y sus encuentros de diez segundos en los que él le arrancaba de la mano «su cuota». El certificado de matrimonio por sí solo ya era una cruz con la que cargar, y no podía ni imaginarse cómo sería su vida de haber compartido además un hijo. Sentada en su despacho, Margareta se estremeció. Le había pedido el divorcio a Knut tres veces a lo largo de seis años. Y ayer se lo había pedido una cuarta vez.

El hedor a cerveza rancia y a dientes podridos rezumaba de su cara de suficiencia.

—¿Cómo quieres que te lo diga, Maggie? ¿Por qué tendría que acceder yo al divorcio?

—Porque entre nosotros no queda ni rastro de amor. Serías libre para casarte con otra.

—¿Y por qué querría cargar yo con una nueva esposa teniendo a la antigua que me paga la cerveza y la casa de putas?

Entonces, en un momento excepcional de coraje, Margareta le había replicado.

—¿Acaso no tienes orgullo?

Y al parecer, aquello le había tocado el amor propio.

—¿Orgullo? —Las gotas de saliva habían aterrizado en la solapa del abrigo de Margareta—. Recuperaremos nuestro orgullo cuando obliguemos a los de arriba a arrodillarse y un hombre pueda ganarse un salario decente a cambio de una jornada de trabajo decente. Vamos a la huelga general. Y cuanto antes, mejor, si consigo salirme con la mía. Es lo que estamos planeando.

Margareta había resoplado.

—El país no puede permitirse una huelga general.

—Y los trabajadores no podemos permitirnos seguir como estamos.

—En el tranvía pagan bien.

—¿Y tú qué sabes de eso? —había dicho Knut, clavándole el dedo en el pecho—. Mírala a ella, con su buen abrigo de invierno y la panza llena de buena comida. Con un techo elegante sobre su cabeza. ¿Qué sabes tú de alimentar a una familia que ni siquiera fuiste capaz de tener? Una familia. —Había reído con escarnio—. Eso era lo único que deseaba y ni siquiera fuiste capaz de darme eso. Así que no me hables de divorcio. Me lo debes, y tanto que me lo debes.

Ahora, Margareta hundió la cabeza entre las manos. Knut tenía razón con lo de la familia. Ni siquiera había sido capaz de conseguir eso.

Y seguiría unida a él hasta que la muerte los separase.

82

Codo con codo en la larga mesa de su despacho, Wilhelmina y Ottilia estudiaron los recortes de prensa. Si el reconocimiento de la junta directiva por el logro conseguido con la creación del Grand Royal había sido escaso y tibio, los elogios de los periódicos fueron abundantes y espléndidos durante las semanas que siguieron a una inauguración más que discreta del establecimiento. Otro punto positivo era que Wilhelmina ya estaba de nuevo en su despacho a tiempo completo.

—Vamos a repasar los periódicos en orden cronológico —dijo Wilhelmina.

Ottilia cogió un recorte.

—Este fue el primer artículo. Publicado en el *Dagens Nyheter* justo después de la visita que la prensa realizó el 20 de enero. —Ottilia repasó con el dedo las tres columnas escritas debajo del dibujo del jardín de invierno que había hecho el periodista—. Hay una descripción detallada de todos los interiores, desde el mármol hasta la amplia variedad de macetas con plantas. Y preste atención a esto: «La mayor atracción de Estocolmo está destinada a obtener reconocimiento a nivel mundial». Una frase muy útil a modo de publicidad. El artículo continúa diciendo que el edificio ofrece una curiosa combinación de grandeza e intimidad.

Wilhelmina asintió.

—Recuerdo haber leído el artículo en su momento. Subraye eso. ¿Alguna cosa más?

—Solo que la junta directiva puede abrir con orgullo las puertas del Grand Royal.

Wilhelmina contuvo un bufido. Cogió otro recorte donde Ottilia había escrito «21 de enero de 1909» en una esquina.

—Debimos de dejar impactados a los chicos del *Dagens Nyheter*, puesto que volvieron a escribir sobre nosotros al día siguiente. Este

periodista, sin embargo, parece más interesado en los aspectos mecánicos que en el mármol. Habla con entusiasmo sobre la arquitectura de Ernst Stenhammar, dice que nuestro generador de electricidad tiene la misma capacidad que el que presta servicio a la ciudad de Örebro, que los platos se servirán con mayor celeridad gracias a la escalera mecánica para el personal… —arqueó una ceja— y que el Grand Royal ha costado a Nya Grand Hôtel AB 1,8 millones de coronas.

Ottilia se mordió el labio.

—Tendremos que vender muchas pernoctas para recuperar ese dinero.

—Por supuesto. —Wilhelmina señaló una doble página—. Esta reseña de la revista *IDUN* podría ayudarnos. «Un hotel ideal gracias a la inteligencia y la iniciativa de una mujer», además de diez fotografías excelentes de todo, desde las habitaciones de la planta superior hasta la cocina del sótano. Mencionan además el nombre de Lotten Rönquist.

—Fabuloso, Lotten se merece este reconocimiento. Y, estoy de acuerdo, todas las mujeres del país estarán anhelando visitar nuestro hotel cuando hayan leído el artículo.

Wilhelmina hizo un gesto de asentimiento.

—El 7 de febrero, el *Svenska Dagbladet* informa de la mucha gente que ya ha pasado por aquí. Es mi artículo favorito. —Alisó el recorte sobre la mesa—. Preste atención a lo siguiente: «Nuestra mundana ciudad ha adquirido una atracción sumamente exquisita: un palacio moderno del entretenimiento no solo diseñado teniendo en mente una clase social —a saber, los ricos y adinerados—, sino concebido también para convertirse en un restaurante popular para todo el mundo, dentro de cuyas paredes veremos con toda probabilidad a gente de todos los estratos sociales». —Wilhelmina señaló con satisfacción el recorte—. Este periodista ha entendido lo que pretendemos.

—Y tiene también razón en otro aspecto que menciona más abajo —dijo Ottilia—. Es usted fenomenal.

Wilhelmina se ruborizó de orgullo.

—Todas mis chicas han desempeñado su papel a lo largo de los años: usted, Karolina, Margareta y Beda. Desde que Beda pasó al departamento de compras, ha conseguido reducir de manera drástica nuestras facturas. Creo que a la mayoría de caballeros les desconcierta negociar con una mujer, sobre todo con una como Beda, que es capaz de calcular porcentajes mucho más rápido que ellos.

—A Beda le encanta demostrar que es más lista que muchos hombres y quedó muy satisfecha con el bono que recibió, se lo aseguro.

—Se ganó hasta la última corona de ese bono —dijo Wilhelmina—. Pero su trabajo será cada vez más duro.

—¿Por qué? Los del *Svenska Dagbladet* tienen razón. El Grand Royal tiene todas las mesas reservadas desde el primer día y la cocina del Grand Royal está capacitada para servir a mil novecientos comensales simultáneamente. Escriben además que muchos de los que ya han llegado tarde para reservar una mesa en el Royal, pasan al Grand Hôtel y cenan en el otro restaurante. De hecho, los del *Svenska Dagbladet* deben de haber hablado con el chef Samuelsson porque, mire, lea esto, saben que el Grand Hôtel y el Grand Royal sirven mil kilos de carne, ciento cincuenta de pescado, doscientas langostas y cuatrocientas ostras al día. Fred…, el señor Nyblaeus ha oído decir que muchos establecimientos de la ciudad están sufriendo por nuestra culpa.

—No solo por nuestra culpa, porque nosotros también sufriremos cuando la novedad del Grand Royal pase —aseguró Wilhelmina—. La ciudad es un polvorín de descontento que tarde o temprano estallará. La gente ve nuevos edificios majestuosos en el centro de la ciudad, con luz eléctrica y calefacción central, edificios para cuya construcción es más que posible que se hayan partido la espalda cargando ladrillos, y luego bajan la vista y ven sus zapatos llenos de agujeros y se preguntan por qué la vida mejora para todo el mundo menos para ellos. Y se han dado cuenta de que en realidad no mejora para todo el mundo. Sino solo para algunos. Lo cual no es justo.

—De modo que cree que habrá una huelga.

—Lo creo, sí. Y si hay una huelga, veremos aún más penurias entre

los trabajadores. Por mucho que consigamos que el Grand Royal resulte atractivo para gente de todos los estratos sociales, si una mujer no puede poner un plato en la mesa para los suyos, es evidente que tampoco vendrá a probar uno de nuestra carta. Recuerde lo que le digo: pronto veremos un descenso en nuestras cifras, y eso que solo llevamos abiertos seis semanas. Todos estos elogios por parte de la prensa están muy bien, pero tengo claro que no es momento de dormirse en los laureles.

Ottilia hizo gestos de asentimiento.

—Mi padre me dijo algo muy similar la última vez que hablamos. No sobre el Grand Royal, claro está, pero hablando en términos generales. ¿Se arrepiente de haber puesto en marcha el Grand Royal?

Wilhelmina se quedó pensativa. En 1904 no tenían motivos para creer que la construcción del Grand Royal iba a llevarles tanto tiempo y tampoco sabían que habría tanto malestar en la ciudad cuando el edificio se inaugurara. ¿Y si lo hubieran sabido? ¿Habría desestimado la oferta de la Fundación Sofía Albertina? Creía que no. De haberla rechazado ella, la habría aceptado cualquier otro emprendedor y el Grand Hôtel se habría quedado físicamente bloqueado cuando hubieran necesitado ampliarlo para que fuera viable a largo plazo. Negó pues con la cabeza.

—El destino de Estocolmo tendrá sus altibajos, pero el Grand Royal servirá para mantener la ciudad en una posición sobresaliente durante más de un siglo. Dicho esto, este año debemos prepararnos para lo peor. Y luego saber gestionarlo.

83

Irónicamente, comprendió Ottilia a la mañana siguiente mientras se abrochaba los botones de color granate de sus mangas, el pesimismo realista de la señora Skogh había renovado su determinación de aprovechar al máximo todos los aspectos de su vida. El Grand Royal ya estaba abierto, era una preocupación continua aunque estaba bajo control, pero a pesar del consejo que le había dado la señora Skogh en enero, seguía sin hacer nada con respecto a su innegable enamoramiento de Fredrik Nyblaeus. Sabía, además, que Karolina pensaba que los dos eran un par de tontos.

—Estás perdiendo un tiempo precioso —le dijo Karolina, regañándola—. Mira lo mucho que postergué yo la presentación de Edward a mi madre y ahora resulta que se llevan de maravilla. Cuando miro hacia atrás me pregunto por qué me monté tanto lío.

—Lo que pasa es que creo que pedir una cita es prerrogativa del caballero.

—Es lo normal, pero… —Karolina movió un dedo—, ¿por qué no puede una mujer pedirle salir a un hombre? ¿O por lo menos darle alguna pista clara? Estoy segura de que Torun daría su aprobación.

Ottilia creía que Torun se negaría en redondo a invitar a un caballero aunque fuera a dar una vuelta a la manzana, pero aquella mañana de primeros de marzo decidió atacar antes de perder su recién descubierta valentía. Con la decisión ya tomada, se volvió hacia Karolina.

—¿Podrías encontrar algún motivo para llegar con cierto retraso a tu puesto?

Un poco después, Fredrik Nyblaeus levantó la vista de su trabajo cuando Ottilia entró en su despacho. Esbozó una sonrisa y se levantó.

—Señorita Ekman, Ottilia. Pase, por favor, tome asiento. ¿Pido que nos traigan café?

—Se lo agradecería mucho. Y, por favor, si Karolina llega un poco

tarde écheme a mí la culpa. Le he pedido que nos conceda unos minutos.

Los ojos de Fredrik bailaron con curiosidad.

—Cuando se trata de asuntos importantes, el café es imprescindible. —Hizo la llamada—. Cuénteme, ¿qué puedo hacer por usted?

Con el corazón ligeramente acelerado, Ottilia levantó la barbilla.

—Me gustaría que me presentase a su hija —dijo moviendo la cabeza en dirección a la fotografía enmarcada que decoraba la mesa y sosteniéndole al mismo tiempo la mirada.

Fredrik se quedó boquiabierto antes de que sus facciones expresaran comprensión y satisfacción.

—Nada me agradaría más. ¿Le apetecería acompañarnos este domingo a Isabella y a mí a tomar un gofre en Djurgården?

—Me encantaría —respondió Ottilia a la vez que soltaba el aire.

—Lo siento mucho —dijo Fredrik.

De pronto Ottilia se quedó casi sin aliento.

—¿Por qué?

—Por no haber tenido la valentía necesaria para haberla invitado antes. Lo deseaba desde hace mucho tiempo, y ahora que me lo ha pedido usted, me siento un sinvergüenza por no haberme anticipado. Deseaba pedirle una cita desde el primer día que la vi.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque temía que me rechazara. —Su rostro abatido le tocó a Ottilia la fibra sensible—. Aunque pensándolo en retrospectiva, creo que la señora Skogh ha estado intentando pasarme un mensaje.

Ottilia rio.

—Y a mí me ha machacado los oídos.

Buscó la mano de ella. Ella se la dio. Y una oleada de calor se apoderó de Ottilia.

Karolina asomó la cabeza por la puerta en aquel momento.

—Traigo café. ¿Puedo pasar?

Se soltaron, pero sin dejar de mirarse.

Karolina los miró a los dos.

—Maravilloso.

Y fue maravilloso. Isabella, una niña preciosa de pelo castaño, recibió a Ottilia con los brazos abiertos. Y aquel día, si su cuarta salida resultaba tan exitosa como las primeras tres, Ottilia los acompañaría a casa a cenar. Estaba feliz e impaciente.

—Nunca había tenido una mamá —anunció Isabella mientras Ottilia untaba con más mantequilla la patata de la niña—. Y me gusta.

Ottilia se quedó tan sorprendida que fue incapaz de responder y se limitó a alborotar el pelo de la niña.

—Siento mucho que Isabella haya sido antes tan directa —le dijo Fredrik más tarde, después de dar de cenar a su hija, bañarla y acostarla.

—No pasa nada. Imagino que mi hermana Victoria habría dicho exactamente lo mismo. Lo cual es de lo más natural, si nos planteamos la situación desde el punto de vista de Isabella.

—¿Crees que deberíamos ir un poco más despacio? Estamos dejando que asuma ciertas cosas. Que extraiga conclusiones.

A Ottilia se le cayó el alma a los pies. Estar en el confortable apartamento de Fredrik en Sibyllegatan le había ofrecido un atisbo de otra vida en tándem con su vida profesional. Lo mejor de ambos mundos. No porque aquellas cuatro paredes estuvieran fuera del palacio Bolinder, dado que también lo estaba el apartamento de Torun e igualmente era bienvenida allí, sino porque aquí podía percibir un futuro más maduro. Más completo. No en el sentido tan tópico de que un hombre podía hacer sentir plena a una mujer —aunque sus besos y caricias robadas la habían transportado a lugares que ni en sus sueños más locos podría haberse imaginado—, sino en el sentido de poder serlo todo: hermana, amiga, directora y una compañera de igual a igual para Fredrik. Pareja, amante. Incluso una madre para su hija. Y todo eso en cualquier orden, dependiendo del momento y el lugar. Había dos cosas que sabía con toda seguridad, que amaba a Fredrik y que amaba el Grand Hôtel. Sabía asimismo que el cariño que le inspiraba Isabella se intensificaba cada vez que la veía. Su madre siempre había defendido que las mujeres podían ser capaces de combinar un matrimonio feliz con una carrera profesional, y la señora

Skogh lo había demostrado. Pero aquello era la casa de Fredrik e Isabella era su hija. ¿Quién era ella para interferir entre ellos?

—¿Es eso lo que quieres? —dijo—. No me gustaría en absoluto confundir a Isabella. —Oyó la dureza de su propia voz y el involuntario matiz de sarcasmo. Y entonces, cuando vio el dolor en la mirada de Fredrik, se le formó un nudo en la garganta. Mejor marcharse antes de poder hacerle más daño. Cogió el bolso, se puso los guantes—. Gracias por una tarde tan encantadora. —Y cerró la puerta a su espalda.

Las lágrimas aparecieron en cuanto pisó Sibyllegatan. Gotas calientes y saladas de vergüenza y decepción se mezclaron con la llovizna que caía desde el cielo grisáceo de abril. Ottilia se subió el cuello del abrigo, pasó corriendo por delante de los barracones de artillería y por delante del Teatro Real de Arte Dramático. Cuando dobló la esquina de Nybroviken, la lluvia se intensificó, golpeando con fuerza la superficie del mar y de las embarcaciones que se mecían con frenesí en el muelle. Las alegres parejas que paseaban por Norra Blasieholmshamnen corrían a refugiarse en los portales de las suntuosas casas. Ottilia desvió la mirada para no ver tantas caras felices y enfiló Stallgatan luchando todavía por comprender su desolación. ¿Por qué, si hacía tan solo unos meses estaba tan feliz sin Fredrik, se sentía ahora tan tremendamente desdichada? ¿Por qué no podía volver a ser como antes de que se conocieran? Seguía teniendo un trabajo, seguía compartiendo una habitación confortable con Karolina, seguía teniendo a su familia y a sus amigas. ¿Qué había perdido en realidad?

Una horrorizada Karolina tiró de ella para obligarla a entrar en su habitación. Habló a gritos para hacerse oír por encima del estruendo de la lluvia que caía sobre los tejados de cobre mientras ayudaba a Ottilia a quitarse la ropa empapada.

—¿No podrías haber esperado en casa de Fredrik a que esto amainase un poco? Los chaparrones de abril nunca duran mucho tiempo.

—Ni la relación con Fredrik —dijo Ottilia, sin poder evitar que le castañetearan los dientes—. Creo que ha cambiado de idea.

Karolina ayudó a Ottilia a sentarse en la cama y empezó a secarle el pelo con una toalla.

—Cuéntame exactamente qué ha pasado.

Ottilia se lo contó.

—De modo que Fredrik ha dicho «¿Crees que deberíamos ir un poco más despacio?».

—Sí.

Karolina le pasó a Ottilia un pañuelo limpio.

—Porque la niña ha dicho que le gustaría tener una madre y tú te has quedado tan pasmada que no has sabido qué responder. Lo cual podría haber llevado a Fredrik a creer que la situación te ha resultado de lo más incómoda.

Ottilia se quedó pensando. ¿Podría ser que Fredrik estuviera tan preocupado por ella como por Isabella? ¿Estaría brindándole la oportunidad de dar marcha atrás si no quería ser arrastrada a seguir adelante?

—¿Y qué crees que habría pasado —continuó Karolina— si le hubieses dicho: «Si eso es lo que quieres, Fredrik. Yo, por mi parte, os tengo mucho cariño tanto a ti como a Isabella»?

La habitación se había quedado en silencio.

Ottilia se volvió hacia Karolina.

—Mierda.

Pero ya era demasiado tarde.

84

Cuando el cielo de Estocolmo adquirió las tonalidades azules del verano, la amenaza cada vez mayor de una huelga general hizo que la ciudad entera se viera obligada a apretarse el cinturón. Como era de esperar, la demanda de mesas del Grand Royal se desplomó. En su despacho, Ottilia descansó la barbilla sobre su puño cerrado intentando pensar. Además de todas sus instalaciones y posibilidades conjuntas, el hotel había incorporado a su oferta actuaciones diarias de música en vivo en el vestíbulo y en el bar de sándwiches, mientras que el Grand Royal seguía ofreciendo la tranquilidad de una buena comida a un precio razonable con vistas al jardín de invierno. O de una tranquilidad que sería más real cuando la ruidosa máquina de hielo que perturbaba el ambiente fuera sustituida por un modelo más silencioso.

Los principales periódicos publicaban a diario publicidad tanto del Grand Hôtel como del Grand Royal, pero ¿qué más podía hacerse de forma proactiva por el Grand Royal? Los huéspedes satisfechos siempre habían sido los mejores embajadores, aunque la verdad era que había muy poco que pudiera mejorarse. La inmensa mayoría entraba con las expectativas muy altas, y prácticamente todo el mundo salía eufórico. No, el problema no estaba en el Grand Royal, sino en circunstancias que quedaban por completo fuera del control de Ottilia. Pero aun así…

Su cabeza siguió pensando hasta que consiguió centrarse, de manera inevitable, en Fredrik Nyblaeus. Estaban los dos en el mismo barco. ¿También él se estaría preguntando cómo vender más actividades? ¿También él se estaría preguntando si una huelga general valdría la pena aunque tan solo fuera para acabar de una vez por todas con lo inevitable? ¿También él la echaría de menos?

Karolina, claro está, ya le había respondido a todas aquellas preguntas —o al menos a la primera y a la tercera— en numerosas

ocasiones.

—Está tan alicaído como tú. Preocupado por el departamento de banquetes y, te lo digo porque se ve a la legua, echándote mucho de menos. ¿No podrías ir a verlo, Otti? ¿Por mí al menos? Es como trabajar con un oso con las cuatro patas lastimadas.

Pero Ottilia había decidido mantenerse firme. Pedirle salir a un caballero una vez era algo insólito, pero pedírselo dos resultaba impensable.

Karolina exhaló un suspiro de frustración.

—En este caso, no puedo hacer nada. Fredrik es mi jefe y no es mi papel sacar a relucir asuntos privados. Ni siquiera por poderes.

Una llamada en la puerta sobresaltó a Ottilia.

Era Margareta.

—¿Tienes unos minutos? —preguntó la gobernanta, muy pálida.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

Margareta se dejó caer en una silla.

—Tengo dos faltas.

—Dios mío, pero ¿qué…?

—El corsé me aprieta mucho.

—Ah.

—Llevaba años dando por supuesto que era estéril. Cumpliré los cuarenta por Navidad. Este milagro es mi última oportunidad —dijo Margareta, secándose los ojos.

Ottilia le cogió la otra mano.

—¿Y qué dice Gösta?

—Aún no se lo he contado. —Negó con la cabeza—. No porque no esté segura de que quiera el bebé, porque estoy segurísima de que lo querrá.

—Entonces ¿por qué?

—Porque todavía insistirá más en que nos casemos, y Knut no quiere ni oír hablar del divorcio. Volví a pedírselo en enero. Y se rio en mi cara. En cuanto se entere de que espero familia, me querrá a mí y al chiquillo.

—O —dijo muy despacio Ottilia— no querrá criar al hijo de otro hombre y te concederá el divorcio. A cambio de dinero, conociendo a

Knut.

Margareta volvió a decir que no con la cabeza.

—Siempre dijo que quería un hijo para que llevara su apellido. ¡Andersson! —Hizo entonces un gesto de incredulidad—. Ya me dirás tú que apellido tan original.

Ambas compartieron una sonrisa a pesar de que Margareta tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces seréis un matrimonio típico de Estocolmo —dijo Ottilia —. Aquí hay muchas criaturas nacidas fuera del matrimonio. Gösta os querrá igualmente a los dos.

—Sí, eso seguro, siempre y cuando Knut nos deje en paz. Pero Knut no lo hará, por supuesto. Vendrá a buscar «su paga» aunque yo no trabaje. Obligará a Gösta a pagar, pero sé que Gösta no lo hará. Es más probable que acabe en la cárcel de Långholmen por amenazas y agresión que le pague a Knut aunque sea una sola corona.

A Ottilia le costaba imaginarse a Gösta Möller, un dechado de buenos modales, agrediendo a nadie, pero, si las cosas se ponían feas, Knut Andersson era el candidato ideal para probar los puños de Gösta.

—Gösta no es tonto. No tirará por la borda su buen nombre y su reputación. Y menos con Knut. Y menos aún con un bebé en camino.

—Tienes razón. —Los hombros de Margareta se destensaron mínimamente—. Me despierto de madrugada y empiezo a darle vueltas a todo. Y cada posibilidad es aún peor que la anterior. Ya sabes lo que pasa cuando se deja correr la imaginación. Incluso me he planteado llamar a la puerta de al lado para pedirles opinión a Torun y Märta, pero hasta yo soy consciente de que no puedes andar despertando a la gente a altas horas de la noche si no es por una muy buena razón. —Se encogió de hombros con timidez.

—Me alegra mucho que hayas tenido la confianza de contármelo, pero creo de verdad que deberías hablar con Gösta.

—Lo sé, y lo haré. Esperaré un mes más y entonces iré a ver al médico. Si me confirma el embarazo, se lo contaré entonces a Gösta.

—¿Y Knut?

—Charley Löfvander me ha contado que Knut está ascendiendo en las filas del sindicato y que ahora es el delegado sindical de los

trabajadores de los tranvías. Siempre le han gustado las discusiones y escuchar su propia voz, de modo que imagino que incitando a la gente a la huelga debe de estar tan feliz como un cerdo revolcándose en el barro. No, no voy a contarle lo del bebé. Si tan inteligente es, ya lo averiguará por sí mismo. Gracias, Ottilia. El simple hecho de pensar en voz alta me ha sido de gran ayuda.

Se levantó para irse.

—No me gusta nada cambiar de tema —dijo Ottilia—, pero ¿qué tal van las reservas en el hotel?

—A la baja. No vienen ni siquiera los extranjeros. Si no fuera por la visita del zar Nicolás, el mes de junio sería un desastre. Tenemos la Conferencia de Paz Mundial que se celebrará en la ciudad en septiembre, pero para eso faltan todavía tres meses. La señora Skogh está preocupada. Y yo también.

—Todos lo estamos. Edward ha oído el rumor de que el personal de las cocinas, la cafetería y el comedor del Grand Royal será despedido. Le he asegurado que no va a ser así. Necesitamos que parte del personal se tome un tiempo libre mientras cambiamos la máquina del hielo y hacemos algunos ajustes en el comedor, pero a la mayoría los recolocaremos en el Grand Hôtel durante ese tiempo. A Edward entre ellos. Y en cuanto estén terminadas las reparaciones, que no deberían llevar más de una semana, todo el mundo volverá a estar manos a la obra en el Grand Royal.

—Para Edward debe de haber sido un gran alivio enterarse de todo esto que me explicas, puesto que está ahorrando para el anillo de compromiso.

Ottilia se quedó boquiabierta.

—¿En serio?

Margareta se tapó la boca.

—He hablado más de la cuenta. No le menciones nada a Karolina, por favor. Gösta me lo contó hace meses, pero debería haberme dado cuenta de que el hecho de que un joven esté ahorrando para un anillo es alto secreto.

Ottilia suspiró con satisfacción.

—Karolina será una novia guapísima.

—Y también lo serías tú.

Margareta lanzó a Ottilia una mirada cargada de intención y cerró la puerta.

85

La huelga empezó el miércoles 4 de agosto. En el exterior del Grand Hôtel, la ciudad se sumió en un silencio turbador cuando los obreros abandonaron sus herramientas y los tranvías se quedaron en sus cocheras. La vista también cambió. Desaparecieron totalmente las hileras interminables de trabajadores que entraban y salían de fábricas y de obras. El puente de Norrbro se convirtió en un lugar popular desde donde pescar el arenque del Báltico, tanto con fines recreativos durante aquellos primeros y surrealistas días de verano sin tener que ir a trabajar, como, más adelante, cuando pasó la primera semana y la sensación de novedad fue menguando, para conseguir alguna cosa con la que llenar los platos de la familia.

En el interior del Grand Hôtel, la situación se desarrollaba con normalidad, con la excepción de las nuevas restricciones sobre la venta de alcohol que se habían impuesto mientras durara la huelga. A Charley Löfvander le hacía gracia que cualquiera que se dejara caer por el bar para tomar una cerveza o una copa de vino tuviese que pedir ahora también una comida completa para acompañar la bebida elegida. Y cualquier huésped que decidiera pedir un *schnapps* se llevaba una dura decepción. Los *schnapps* habían sido prohibidos por completo.

Cuando se cumplían ya seis días de huelga, Wilhelmina tomó asiento en el sofá de la suite de Elisabet para disfrutar de una merecida copa de última hora. Aceptó agradecida un coñac. Al menos la nueva ley solo prohibía la venta de bebidas alcohólicas y no su consumo.

—Ha sido un día muy largo.

—Pero vaya día. —Elisabet levantó la copa—. Brindemos por el conductor que ha tenido la valentía de sacar a la calle un tranvía esta mañana y por el presidente y el director general que han estado en todo momento a su lado.

Wilhelmina levantó también la copa.

—Y por los policías que han ayudado a que ese primer tranvía siguiera en circulación. Gösta Möller me ha dicho que al final han salido doce tranvías y que se espera que mañana salgan más.

—Estupendo. He oído decir que van a introducir una nueva norma para los operadores de transporte. Que para conservar la licencia deberán tener como mínimo un vehículo de su flota en servicio. Me pregunto cuánto tiempo podrán resistir los huelguistas. Su Majestad ha solicitado una reunión con los representantes tanto de las organizaciones de empresarios como de los sindicatos de trabajadores.

—Esto durará hasta que uno de los dos bandos se quede sin dinero —dijo Wilhelmina—. Es un estado de cosas lamentable, en general. —Recordó a Kajsa, la prostituta que había elegido terminar con su vida antes que soportar otro terrible invierno con poca comida y ningún tipo de calefacción—. Al menos yo puedo mirarme a la cara y reconocer que el Grand Hôtel sigue pagando salarios justos. Ningún empleado mío está en lucha o en huelga. Al menos ahora, que he reemplazado al conductor del carruaje del correo.

Elisabet la miró, asombrada.

—Me sorprende que hayas encontrado a alguien dispuesto a conducir. Los que no siguen la huelga están sufriendo unos ataques horrendos.

—Pero no cuando se trata del teniente conde Hamilton. Y no me quejo en absoluto por tener un caballero tan elegante en el asiento del conductor. Entiendo que nuestro antiguo conductor desee ayudar a sus compañeros de oficio, pero yo tengo un hotel que dirigir.

Elisabet se puso seria.

—¿Has visto el artículo en el periódico sobre el huelguista que tuvo que empujar con una carretilla el ataúd de su propio hijo hasta el cementerio? No había carruajes, por supuesto, y una carroza fúnebre le resultaba demasiado cara. Se me partió el corazón pensando en el pobre hombre. Ningún padre tendría que enterrar jamás a su propio hijo. Cuando ves imágenes como esta, comprendes por qué los hombres se ponen en huelga. Con los salarios que perciben, muchos no pueden vivir ni con un mínimo de dignidad.

—Estoy de acuerdo. Aunque no todos ellos —dijo Wilhelmina—. Los trabajadores de los tranvías están bien pagados en comparación, pero están encantados de causar todo tipo de problemas en la ciudad. Möller me ha contado también que ese imbécil de Knut Andersson fue uno de los que intentó bloquear el paso del tranvía, subiéndose al puesto del conductor justo delante de las narices del director. Después de una semana de disturbios, esos sindicalistas se creen invencibles y por encima de la ley.

Elisabet levantó un dedo.

—Hay que reconocer el mérito a quien se lo merece. Al menos Andersson se moja. Muchos de los que se consideran a sí mismos hombres importantes de los sindicatos lideran desde la retaguardia.

—Eso se lo reconozco —dijo Wilhelmina—. Pero nada más.

Se sumieron en un cómodo silencio durante el cual reflexionaron sobre todo lo que se jugaba en la huelga.

Wilhelmina apuró su copa y se levantó.

—He de irme a dormir. Mañana a primera hora tengo una reunión con Beda Johansson y me gustaría estudiar la situación antes de empezar.

—¿Lo tiene difícil Beda para seguir comprando?

Wilhelmina se encogió de hombros.

—Puede pedir suministros en otras partes del país e incluso en el extranjero, pero lo que está resultando un auténtico dolor de cabeza son las entregas. Los huelguistas tienen controladas por completo las afueras de la ciudad y conseguir alimentos resulta cada vez más complicado. Me pondría a gritar, la verdad, sobre todo ahora que hemos garantizado a los extranjeros que la huelga no afecta en absoluto al Grand Hôtel. Esta mañana teníamos cuarenta habitaciones vacías, pero luego he recibido una reserva para veinte habitaciones con vistas al mar. Espero volver a la plena ocupación en pocos días.

—Dios mío —dijo Elisabet—. ¿Y cómo lo has hecho para tranquilizar a la gente del extranjero?

—Poniendo anuncios en sus periódicos en los que negamos de forma categórica cualquier tipo de huelga en el Grand Hôtel. He telegrafiado asimismo a varias agencias de viajes de toda Europa. Por

suerte, el mensaje va calando por fin, y parece que la dirección de la marea está cambiando. Ojalá sortear la prohibición del alcohol fuera tan sencillo. Nuestros huéspedes extranjeros no es que beban mucho, pero tanto a los norteamericanos como a los ingleses les gusta disfrutar de un whisky después de la comida, y los franceses quieren su coñac. Me irrita verlos abandonar el comedor insatisfechos cuando tenemos una bodega llena de licores excelentes.

—Habrá más insatisfacción, seguro —dijo Elisabet—. Independientemente de hacia dónde nos lleve la huelga, alguien saldrá perdiendo. Y muchos negocios irán de capa caída a menos que los huelguistas aflojen pronto.

86

Los huelguistas claudicaron el 4 de septiembre. Con los hombres hambrientos y derrotados, los empresarios no tuvieron miedo de reestablecer la posición de ventaja que habían recuperado. Y deseosos de castigar a los sindicatos, prohibieron el acceso de los principales alborotadores a los puestos de trabajo de toda la ciudad.

Un día soleado de mediados de mes, Margareta enfiló Stallgatan para reunirse con Knut cerca de la entrada del Grand Royal, en Blasieholmsgatan. La criatura que llevaba en el vientre empezaba ya a pesarle, pero había preferido reunirse con Knut en una esquina antes que hacerlo delante de la puerta del personal; si se ponía desagradable, había mejor visibilidad en dos calles que en una.

Knut contó el dinero que le había arrancado a Margareta de la mano.

—Voy a necesitar más. La huelga me ha arruinado. —Escupió con asco en los adoquines de la acera—. Y harías mejor volviendo a casa. Parece que por Navidad vamos a tener un chiquillo que criar.

Margareta retrocedió.

—Sabes perfectamente que la criatura no es tuya.

Presionó el vientre abultado de Margareta por encima del abrigo.

—Demuéstralo.

Margareta dio un nuevo paso hacia atrás.

—Me sorprende que quieras criar el hijo de otro hombre.

Knut levantó el puño y luego lo bajó, como si de pronto hubiera recordado que estaba en un lugar muy público, cambió de táctica y su voz adquirió un tono arrogante.

—Necesito recuperar mi antiguo trabajo.

—Pues tendrás que hablar con los de los tranvías.

—Ese trabajo no, sino este. —Movió el pulgar para señalar el Grand Hôtel.

Margareta contuvo la carcajada de histeria que burbujeaba en su

interior.

Knut siguió hablando.

—Habla con la señora Skogh. Siempre le has gustado. Dile que tu chiquillo se morirá de hambre si su padre no tiene un salario.

Margareta dio otro paso hacia atrás.

—Su padre tiene un salario.

Knut entrecerró los ojos.

—¿De modo que quieres jugar a esto? Pues entonces será mejor que vaya a las autoridades y les diga que mi mujer preñada no quiere venir a casa.

¿Podían las autoridades darle su bebé a Knut? Imaginaba que sí. A Margareta se le cerró la garganta.

—¿Y qué pasa si se lo pido y la señora Skogh se niega?

—Pues pasará que tendrás un problema. —Knut le dio un puntapié a una piedra—. Hay otra manera.

El pulso de Margareta se aceleró.

—¿Cuál?

—Podrías buscarme mil coronas. Algunos de mis colegas de los tranvías han decidido irse a América. Aquí no hay futuro para nosotros. —Volvió a escupir—. Podría ir con ellos, pero necesito un pasaje. Así que o me consigues un trabajo para que pueda comprarme ese pasaje o me consigues el dinero.

¿Un trabajo para comprar un pasaje? Reunir mil coronas le llevaría años y Knut Andersson jamás en la vida había ahorrado un penique. Por otro lado, Margareta sabía que la señora Skogh nunca le permitiría a Knut volver a cruzar las puertas del hotel. Y pedirle a ella mil coronas era como pedirle las joyas de la corona.

Ignorando por completo que Margareta estaba pensando, Knut continuó.

—Y no quiero mi antiguo trabajo, no. No pienso fregar cacerolas. Quiero ser jefe de recepción.

—No tengo mil coronas.

—Podrías robarlas sin problema…, a menos que consideres que deba ir a las autoridades —dijo, observando con toda intención el vientre de Margareta.

Esta lo miró con repugnancia.

—Esto es chantaje.

Knut negó con la cabeza.

—He perdido el trabajo por intentar conseguir mejores condiciones para todos. Ahora te toca a ti ayudarme.

—Llevo los últimos siete años ayudándote.

—Es lo que se supone que una esposa debe hacer, ¿no?

Margareta levantó la barbilla, procurando en todo momento ser visible para los peatones de las dos calles.

—¿Y tú qué has hecho por mí?

—Te he permitido vivir con Möller en Linnégatan. —Sonrió con malicia—. No creas que puedes esconderte. Sé exactamente dónde encontrarte. Así que ya sabes, Maggie, nos vemos otra vez mañana aquí mismo, a las cinco en punto.

Margareta estaba horrorizada.

—Es imposible. La señora Skogh emprende su viaje anual al extranjero pasado mañana. Y no quiere que la molestemos para nada.

—Vaya. Me parece, entonces, que tendré que ir a ver a las autoridades. Qué lástima.

Se volvió para marcharse.

—Espera.

Knut se volvió.

—Haré lo que pueda.

—Esa es mi chica.

87

Margareta, rabiosa y angustiada, entró corriendo por la entrada de personal. Knut Andersson era su guardián legal. Su cuidador. Su carcelero. Solo de pensar en que pudiera obtener la custodia de su bebé la obligó a tener que apoyar la mano en la pared de baldosas e inclinar la cabeza hasta que se le pasaran las náuseas. Su mirada se centró por fin en el primer peldaño de la escalera que subía al pasillo de administración. En una ocasión, la señora Skogh le había dicho que si alguna vez necesitaba reunirse con ella, haría todo lo posible para acomodarse a sus deseos. ¿Haría bien corriendo ese riesgo? ¿Qué tenía que perder?

August Svensson levantó la vista.

—¿Es urgente, señora Andersson? La señora Skogh está muy ocupada con los preparativos del viaje.

—Es… privado.

La voz de la señora Skogh retumbó con fuerza al otro lado de la puerta abierta.

—Pase, señora Andersson.

Margareta tragó saliva y entró. Cerró la puerta.

Detrás de una mesa repleta de notas, menús y libros de contabilidad, la señora Skogh le indicó con un gesto que tomara asiento.

—Me alegro de que esté aquí. Hay una cosa que me gustaría que hiciese durante mi ausencia.

Confusa, Margareta tartamudeó:

—Siempre estoy encantada de ayudar si está en mi mano hacerlo.

—Lo sé. Bien. Llevo todo el verano esperando a que Ottilia Ekman y Fredrik Nyblaeus arreglen sus diferencias. Porque la verdad es que no he llegado a entender qué ha ido mal entre ellos.

—Necesitan volver a empezar de cero y ninguno de los dos sabe cómo hacerlo —dijo Margareta—. Al menos, sin correr un riesgo

tremendo de humillarse y perder el orgullo, lo cual podría resultar desastroso puesto que por encima de todo son compañeros de trabajo que necesitan cooperar.

—Exactamente. Por lo tanto, me gustaría que Möller y usted los invitasen a cenar. Pídale a Samuelsson que le prepare algo bueno para poder llevarse a casa. Y que lo ponga en mi cuenta.

Margareta se quedó pensativa.

—Gracias por el ofrecimiento, pero me gusta cocinar y preferiría prepararles algo comprado en Svenska Hem. De este modo sería más personal y menos… preparado. Lo de la cena me parece muy buena idea.

La señora Skogh soltó una risilla.

—Tengo mis momentos. Muy bien, páseme luego la receta de lo que prepare con los productos de Svenska Hem. Y, sí, Svensson tiene razón. Estoy muy ocupada. Cuénteme qué la trae por aquí. No tengo tiempo para tonterías.

Margareta inspiró hondo y cogió el toro por los cuernos.

—Knut quiere recuperar su puesto.

La cara de la señora Skogh pasó de la sorpresa a la rabia en escasos segundos.

—Debe de decirlo en broma.

—Ojalá fuera así, pero no.

La señora Skogh se cruzó de brazos.

—¿Por qué quiere ese hombre volver a trabajar aquí y por qué está usted en mi despacho hablando en boca de él?

—Se ve que quiere ahorrar dinero para ir a América. Con todos los problemas que ha habido, a los líderes sindicales les están prohibiendo trabajar en todos lados.

—Eso solo responde a mi primera pregunta.

—Porque si no puede trabajar aquí, dice que debo darle mil coronas para que se compre un pasaje. —Margareta bajó la vista—. No tengo esa cantidad de dinero.

—¿Y si no consigue ni el trabajo ni el dinero?

—Irá a las autoridades y les dirá que su esposa embarazada lo ha abandonado. Reclamará el bebé. —Desesperada, Margareta se encogió

de hombros y parpadeó con fuerza—. Sigo siendo su esposa.

—¿Y Möller qué dice?

Margareta negó con la cabeza.

—Gösta no sabe nada de todo esto. Todavía no. Me ha pedido muchas veces que me case con él, pero Knut se niega a concederme el divorcio.

La señora Skogh fijó la mirada en un punto del otro lado de la estancia y Margareta, a pesar de tener los ojos entrecerrados, entendió que la cabeza de la directora general echaba humo de tanto pensar. Y, efectivamente, se volvió al cabo de un instante hacia Margareta.

—¿Para cuándo espera una respuesta Andersson?

—Para mañana a las cinco.

—Cuando llegue, tráigalo a mi despacho.

88

Ottilia, Karolina, Margareta, Beda, Torun y Märta se sentaron en su mesa favorita del Blanch's Café. Sus reuniones espontáneas en el establecimiento del Kungsträdgården habían acabado convirtiéndose en un encuentro mensual de las seis amigas. Ottilia dejó su nuevo bolso de color miel a sus pies.

Märta miró sonriente a Margareta.

—Confío en que sigas reuniéndote con nosotras después de que nazca el bebé.

Margareta rio.

—Haré lo posible, pero tendremos que planificarnos según los horarios de Gösta.

—Ahora no pienses en los horarios de Gösta —dijo Ottilia—. Cuéntanos qué pasó ayer cuando llevaste a Knut en presencia de la señora Skogh.

—¿Cuando hiciste qué? —La rabia de Torun se escuchó en todo el local. El caballero sentado a la mesa de al lado la fulminó con la mirada.

Las chicas se sonrojaron y se inclinaron hacia el centro de la mesa; en el caso de Margareta, todo lo que su abultado vientre le permitía.

—Lo siento —susurró Torun—. ¿Qué ha pasado?

Karolina les explicó a Beda, Torun y Märta lo que había sucedido.

—Y ahora queremos saber qué ha pasado después.

—Nos morimos de impaciencia por enterarnos —confirmó Beda—. Si esa rata vuelve al Grand Hôtel…

Margareta levantó la mano.

—No volverá, y la señora Skogh tuvo un comportamiento fenomenal. Quedé con Knut a la hora acordada y le dije que la señora Skogh quería verlo en su despacho. A Knut no le hizo ninguna gracia. De hecho, se puso de muy mal humor. Bueno, el caso es que, cuando llegamos al despacho, la señora Skogh nos recibió acompañada por el

inspector Ström. Me quedé sorprendida ya que, que yo supiera, Knut no había cometido ningún crimen o, como mínimo, ningún crimen relacionado con el Grand Hôtel. La señora Skogh debió de leerme los pensamientos.

—El inspector Ström ha venido a modo de testigo de nuestra conversación —dijo—. Pues bien, Andersson, me ha dicho Margareta que desea usted trabajar aquí o irse a vivir a América.

—Sí, señora.

—En consecuencia, empezará a trabajar de nuevo en su antiguo puesto mañana a las cinco de la mañana.

Knut se quedó boquiabierto y sus ojos brillaron de rabia.

—O —continuó la señora Skogh— puedo conseguirle un pasaje para viajar a América en el mismo barco que sus compañeros, el que zarpa el 29 de septiembre, además de doscientas coronas.

La mirada rabiosa de Knut se volvió maliciosa.

—Necesitaré el pasaje y quinientas coronas.

La señora Skogh abrió un cajón y sacó de su interior trescientas coronas en billetes nuevos y un papel.

—Podrá obtener un pasaje más trescientas coronas si firma también este contrato.

Knut puso mala cara.

—¿Y qué pone ahí?

La señora Skogh escribió «trescientas coronas» en el espacio en blanco y giró el papel hacia Knut.

—Que recibirá trescientas coronas y un pasaje a América en el barco del 29 siempre y cuando no se oponga a la solicitud de divorcio de la señora Andersson y que, reconoce, además, que no es el padre de su futuro hijo. Especifica asimismo que cualquier contacto que pueda tener lugar entre usted y la señora Anderson antes del 29 de septiembre dará por terminado este contrato.

Empujó una estilográfica hacia Knut para que pudiera firmar.

Sin pensárselo dos veces, Knut firmó con su nombre y fue a coger los billetes. La señora Skogh fue más rápida y le impidió coger el dinero, estampó su firma en el documento e hizo entrega de las coronas y el contrato al inspector de policía. El inspector se lo guardó

todo en el bolsillo.

Knut dio un puñetazo en la mesa.

—Ese dinero es mío. Acabo de firmar.

—Y en el contrato dice que el dinero será suyo el 29 —replicó la señora Skogh—. Y que esa mañana tendrá que presentarse en la comisaría de policía de Smålandsgatan para que le sea entregado tanto el dinero como el pasaje. Y ya sabe que será así porque el señor inspector tiene tanto el contrato como el pasaje en su bolsillo y ha sido testigo de nuestra conversación. Si yo hubiera querido engañarlo, ahora me encontraría infringiendo la ley.

En el Blanch's Café, las chicas se murieron de risa.

—¿Y entonces qué más pasó? —preguntó Beda.

—Que el inspector Ström escoltó a Knut hasta fuera del hotel —respondió Margareta—. Después, la señora Skogh me dijo que dudaba mucho que Knut hubiera querido recuperar su antiguo trabajo. Que no era más que una excusa para coaccionarme con el fin de que le consiguiera el dinero.

—Supongo que la señora Skogh tenía razón —dijo Torun—. Y debes de estar contentísima por perderlo por fin de vista después de tantos años.

—Ahora, que ya no soy presa del pánico, sí que estoy encantada y aliviada —confesó Margareta. Ottilia ladeó la cabeza.

—¿Presa del pánico?

—¿Dónde iba yo a encontrar trescientas coronas más el coste del pasaje?

—El pasaje cuesta menos de lo que te imaginas —explicó Beda—. La señora Skogh me ha pedido que compre un pasaje de tercera clase. Y ahora le encuentro el sentido.

—Al final no me va a costar nada —dijo Margareta—. La señora Skogh me ha garantizado que no debo preocuparme por el dinero, pero lo que no entiendo es por qué el Grand Hôtel tendría que pagar por esto.

—Me apuesto lo que quieras a que el Grand Hôtel no pagará nada —aventuró Ottilia—. Esto es típico de la señora Skogh. Da tirones de orejas con la misma mano que ayuda a una persona necesitada.

—¿Y por qué el 29? —preguntó Karolina.

—Porque es el día que Knut dijo que un grupo de trabajadores de los tranvías zarpaban rumbo a América —respondió Margareta—. La señora Skogh le pidió a Charley Löfvander que averiguara si era cierto. Y lo es. Nuestro Charley es rápido como la pólvora y conoce a todo el mundo en la ciudad.

—A Knut no le gustará viajar en tercera clase —supuso Karolina—. Me sorprende que accediese a eso.

—Tienes razón, en realidad no accedió a nada —dijo Margareta—. Pero la señora Skogh solo habló de «pasaje» y a él ni se le ocurrió preguntar al respecto. Tampoco había caído yo, hasta que Beda lo ha mencionado ahora.

Märta se secó las lágrimas de tanto reír. Y le dio unos golpecitos en el brazo a Margareta.

—Estoy contentísima por ti. Y ya que hablamos de buenas noticias, os comunico que me han ascendido a responsable del departamento de guantes para mujer.

—Qué maravilla —celebró Karolina—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Quiero ascender en el establecimiento, de modo que, cuando abrieron el puesto, me presenté y aquí estamos. Me gustaría pensar que la mía era la candidatura más evidente, porque se presentaron también varias chicas de otros departamentos.

—Bien hecho —dijo Torun—. Las mujeres tenemos que conseguir lo que queremos. Estoy totalmente a favor de esta actitud. ¿Y qué ha dicho tu Wilhelm?

Märta se ruborizó.

—Se siente muy orgulloso.

—Brindemos por ello. —Beda levantó su copa—. Por más guantes y menos conductores de tranvía errantes.

—Y —Torun levantó la mano—, por Selma Lagerlöf.

—¿Por qué?

—Porque —susurró Torun— un pajarito nos ha dicho que está en la lista de finalistas para el Premio Nobel de Literatura.

—No sabía que hubiera una lista de finalistas —replicó también en voz baja Karolina.

—No la hay, oficialmente. De modo que debéis prometerme todas permanecer muy calladitas. Normalmente tendría que estar apostando por un escritor de Norstedts, pero no puedo evitar depositar todas mis esperanzas en la señorita Lagerlöf. Estamos en el noveno año de los premios y el Nobel de Literatura nunca ha ido a parar a una mujer —explicó, con un chasquido de indignación.

—¿Cuándo lo sabremos? —preguntó Ottilia.

—El primer jueves de octubre. Ya falta poco. Crucemos los dedos.

89

El jueves 7 de octubre, Ottilia y Karolina fueron convocadas al despacho de la señora Skogh.

La directora general las recibió con una sonrisa radiante.

—Ha ganado. Vamos a celebrar una fiesta.

Ottilia aplaudió.

—Nuestra Torun y sus compañeras de Tolfterna estarán tan felices como la señorita Lagerlöf.

—Y mi madre —dijo Karolina.

—Y centenares de mujeres de todo el país —añadió la señora Skogh, mientras tomaban asiento en la mesa larga, donde la habitual bandeja de café ya las estaba esperando—. Por lo tanto, esta fiesta será solo para nosotras. Por mucho que los caballeros se lamenten hasta el fin de los días, esta celebración será en honor a una mujer y será solo para mujeres y organizada por mujeres. —Dirigió un gesto a Karolina —. Razón por la cual está usted aquí y no el señor Nyblaeus, que ya ha sido informado y me ha dado su bendición. Y hablando del señor Nyblaeus. —Se volvió entonces hacia Ottilia—. Me alegro mucho de que se hayan arreglado.

Ottilia se ruborizó hasta las raíces del pelo. Tuvieron una cena agradable lejos de las paredes del Grand Hôtel que logró encender de nuevo el fuego en su vieja amistad. Ambos se habían emocionado cuando Margareta necesitó asistencia para retirar del horno las patatas Hasselback y Gösta corrió a ayudarla. Habían dicho poco, pero se dieron la mano y hubo una presión instantánea. Sus labios se habían rozado. Y durante el camino, cuando Fredrik la acompañó hasta el palacio Bolinder, se habían parado para besarse, una y otra vez. Y ahora, ante la mirada de águila de la señora Skogh, bajó la vista.

—Gracias.

Karolina acudió a su rescate con un rápido cambio de tema.

—¿Dónde se celebrará la fiesta en honor a la señorita Lagerlöf?

—En el Grand Royal. La fiesta terminará a las diez de la noche y volveremos a abrir al público a las diez y media.

Ottilia sacó del bolsillo del vestido su cuaderno y su estilográfica y empezó a tomar notas.

—¿Fecha?

—El lunes 13 de diciembre, para mil doscientas personas.

Karolina silbó.

—¿Tantas entradas podremos vender?

—Si el precio es adecuado, sí. Cobraremos cinco coronas.

Ottilia se quedó sorprendida.

—Es muy barato.

—No para una trabajadora normal y corriente. Es una fiesta para mujeres de todas las clases sociales.

Ottilia se quedó pensando.

—¿Habrá un límite de edad?

La señora Skogh la miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Estoy pensando si mi hermana Birna podría venir. Está viviendo con Torun ahora que Märta vive ya con Wilhelm y no sé cuántas veces habrá leído *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi dieciocho. Está estudiando para el examen de acceso con la esperanza de poder cursar Medicina en el Karolinska Institutet.

—Santo cielo. Ya es toda una mujer.

—Eso piensa ella.

—Y parece justo el tipo de muchacha que este país necesita. Birna será bienvenida a la fiesta.

—Podría ponerse nuestro vestido —dijo Karolina—. Las dos estaremos trabajando.

—Por supuesto —aceptó la señora Skogh—. Esa noche todo el personal será femenino y tendremos que formar a unas cuantas chicas.

Ottilia siguió con sus notas.

—Para servir a mil doscientas personas vamos a necesitar muchísimas chicas.

—Sí y no. Vamos a servir un buffet, de modo que se tratará

solamente de reponer bandejas y servir bebidas. Las chicas del servicio de habitaciones nos ayudarán, pídanle a la señora Andersson que les sugiera los nombres de sus mejores chicas del servicio de limpieza. Y lo mismo con el chef Samuelsson. Tendrá que aportar algunas ayudantes de cocina que puedan trabajar por una noche en el Grand Royal.

—Empezaré a elaborar la lista del personal —dijo Karolina—. Necesitaremos más vestidos negros.

—Negros no —corrigió la señora Skogh—. Para esta fiesta, no. Será una celebración alegre y colorista. Nada que ver con una cena formal.

—¿Verde bosque? —sugirió Ottilia—. Quedaría maravilloso en el jardín de invierno.

—Excelente. En tela de buena calidad con un corte clásico. Nada de volantes. Y olvídense de ponerse ustedes a servir. Entiendo que quieran estar en el meollo, pero no puedo permitir que un día estén sirviéndole un té a una dama y al día siguiente vendiéndole una cena elegante. Si el tiempo lo permite, podrán observarlo todo desde mi balcón.

Ottilia consiguió no quedarse boquiabierta. El pequeño balcón de la señora Skogh había sido hasta la fecha un dominio estrictamente privado. En opinión de Ottilia, tener a la directora general controlando a sus empleados desde allí arriba provocaba nervios y errores, pues el personal no podía evitar mirar hacia arriba de vez en cuando para comprobar si estaban observando su trabajo. Volvió a concentrarse.

—Podemos empezar anunciándolo con tiempo, pero ¿cuándo pondremos a la venta las entradas? ¿El 1 de noviembre? Esto nos daría plazo suficiente para planificar y comprar la comida y las bebidas.

—No, los billetes los pondremos a la venta solo una semana antes de la fiesta. El 6 de diciembre.

Karolina se sorprendió.

—¿Por qué tan tarde? El menú del banquete de los Premios Nobel quedó cerrado hace meses.

—Porque el 6 de diciembre la gente sabrá seguro si puede o no

puede asistir. El riesgo de las entradas baratas es que algunas podrían irse a la basura si resulta que las señoras pudientes las compran «por si acaso».

—Es un plazo tremendamente justo —dijo Ottilia—. Mucho antes de esa fecha necesitaremos saber a cuántas comensales debemos servir.

—A mil doscientas, ya se lo he dicho. Esta celebración va a ser algo nunca visto en Suecia. Con música, canciones, discursos, flores, banderas y… —la señora Skogh dio un palmetazo en la mesa—, ¿por qué no una santa Lucía, ya que será el día 13? El movimiento feminista estará en la calle. ¿Les he comentado que la esposa del primer ministro será la anfitriona oficial? Recuerden bien lo que les digo, señoritas. Se venderán todas las entradas. Esperen y verán.

No tuvieron que esperar mucho. El 6 de diciembre, una estampida hacia el Grand Royal acabó con mil doscientas mujeres satisfechas y ochocientas más decepcionadas. Las mujeres de Suecia estaban encantadas con poder mostrar su apoyo a su primera compatriota laureada con el Nobel. Las emociones estaban a flor de piel. Selma Lagerlöf nunca había decepcionado al movimiento feminista y tampoco lo harían las mujeres del Grand Hôtel.

90

El domingo entre el viernes en el que se celebró el banquete de los Premios Nobel y el lunes en el que tenía que celebrarse la fiesta en honor a Selma Lagerlöf, Charlie Löfvander estornudó. Su estruendoso y repentino «atchís» resonó en el bar decorado con ramitos de acebo. Se disculpó rápidamente con los sorprendidos clientes, y volvió a estornudar.

—Mejor que te vayas a casa, Charley —le dijo Gösta Möller—. Tampoco es plan de que contagies a todos los camareros.

Charley sacó del bolsillo un pañuelo de gran tamaño y se sonó.

—Anoche vino un tipo que no paraba de estornudar. No le di gran importancia en aquel momento, pero ahora empiezo a preguntarme si me lo contagiaría.

El jefe de porteros, que acababa de comenzar en su puesto, entró corriendo en aquel momento.

—Señor Möller, estaba buscándolo, señor. Torun Ekman dice que la señora Andersson ha empezado.

—¿Empezado?

—Que ya llega el bebé.

Gösta miró a Charley y al jefe de porteros.

—Ve —dijo Charley—. Vete corriendo.

—Si es una falsa alarma, vuelvo enseguida.

—No lo será —dijo Charlie, estornudando de nuevo—. Si Torun dice que ha empezado, no será una falsa alarma. Esa nunca se equivoca en nada. Pero no te preocupes. Por aquí todo irá bien.

91

Cuando la mañana de la fiesta en honor a Selma Lagerlöf el sol invernal se alzó por encima del Grand Hôtel, Oscar Holtermann brindó con su taza de café con Wilhelmina.

—Felicidades por otro banquete de los Premios Nobel ejecutado con maestría. La decoración navideña fue la mejor que he visto nunca y todo el mundo ha hablado muy bien de la cena. El rodaballo me pareció especialmente delicioso.

Ivar Palm se mostró de acuerdo.

—Excelente en todos los sentidos. La pera *à la* reina Victoria se derretía en la boca.

—Dicho esto… —la voz de Holtermann se volvió seria—, la debacle de que el jefe de porteros no reconociera a una galardonada con el Premio Nobel e intentara prohibirle el paso por la alfombra roja es algo que no debe repetirse jamás. Tenemos suerte de que la… —buscó la palabra adecuada— víctima fuera nuestra señorita Lagerlöf, y no uno de los invitados extranjeros.

Las mejillas de Wilhelmina se encendieron solo de recordarlo. Había sido tremendamente humillante.

—El empleado ha sido reprendido con severidad y degradado. Les aseguro a ambos que este error nunca volverá a repetirse en este hotel. Personalmente —se apresuró a añadir—, considero que el discurso de la señorita Lagerlöf fue el momento más memorable de la noche.

Los hombres se quedaron perplejos.

—¿Lo escuchó? —preguntó Palm—. Creía que estaba usted entre bambalinas, corriendo de un lado a otro.

—Lo oigo prácticamente todo en este hotel, y nunca ando corriendo de un lado a otro. —Sonrió con dulzura—. Y esta noche tenemos otra celebración. ¿Les he mencionado que hemos vendido todas las entradas?

—Sí, y lo ha mencionado también la prensa en los periódicos de esta semana. Lo cual es muy encomiable, aunque ¿a qué precio? —Holtermann se quitó las gafas—. Cinco coronas por mil doscientas asistentes solo puede dar como resultado seis mil coronas. ¿Cómo se van a cubrir los gastos de este pequeño guateque?

Wilhelmina disimuló su enojo.

—Sirviendo sándwiches, fruta, agua con gas y té. Así se cubrirán. La ausencia de elegancia culinaria quedará compensada por el corazón y el alma de mujeres exultantes en un escenario sin parangón. Esta fiesta exigirá por nuestra parte mucho menos esfuerzo que cualquier banquete normal y corriente. —Wilhelmina agitó un dedo—. Y el Grand Royal habrá adquirido mil doscientas nuevas embajadoras en tan solo tres horas. A largo plazo esta fiesta quedará pagada con creces. —O al menos esa era la teoría que podía vender a la junta. Con un poco de suerte, el tiempo le daría la razón—. Además ¿no merece una celebración especial nuestra primera laureada sueca?

—No me cabe la menor duda de que la señorita Lagerlöf es totalmente merecedora del Premio Nobel —reconoció Holtermann—. Lo que no acabo de entender es a qué viene tanto lío por el hecho de que sea una mujer. Incluso mi esposa está encantada con la idea.

—¿Vendrá esta noche su esposa? —preguntó Wilhelmina.

—Por supuesto. Me ha costado un vestido nuevo.

Wilhelmina se cruzó de brazos.

—¿Y le importa?

—No en exceso. —Se quedó pensativo—. Mire, mi esposa estuvo este verano visitando a su familia durante un mes. Y por primera vez me resultó imposible acompañarla. Fue entonces cuando me di cuenta de las muchas cosas que hace por mí y, a juzgar por el número de llamadas telefónicas que se recibieron en casa durante su ausencia, también por mucha otra gente de la ciudad. No tenía ni idea.

—Es lo que suele pasar —dijo Wilhelmina—. Los hombres están tan ocupados tomando las grandes decisiones que no se dan cuenta de lo ocupadas que están las mujeres encargándose de todo lo demás.

Holtermann sonrió con ironía.

—Disfrute de su fiesta en el Grand Royal, Wilhelmina. Usted y sus

mujeres se han ganado una noche memorable.

—Eso, eso —dijo Palm—. Por supuesto, eso, eso.

92

Hacia el mediodía, uno de cada cinco empleados del Grand Hôtel y el Grand Royal estaban enfermos e incapaces de poder trabajar. El doctor Malmsten decretó que los síntomas de aquella gripe eran fastidiosos pero inofensivos y que, en consecuencia, no había necesidad de cancelar ninguna celebración.

Ottilia colgó el teléfono y tachó un nombre más de la lista de camareras.

—Han enviado a otras dos camareras de planta a su habitación. Una de ellas era una de las que habíamos asignado para esta noche.

—¿Cuántas hemos perdido, en total?

—De momento cuatro. Y en el Grand Hôtel también se está complicando la situación. Van a llamar a Gösta Möller.

Karolina se quedó dubitativa.

—¿Y puede dejar sola a Margareta?

—Lo más probable es que no lo dejen entrar en la habitación, aunque estoy segura de que preferirá andar deambulando nervioso de un lado a otro allí antes que hacerlo aquí. Recuerdo que mi madre nos contaba que con mi hermano Jon estuvo treinta y seis horas de parto. Los primogénitos suelen ser más lentos. Pero la pregunta que debe preocuparnos ahora es de dónde sacamos cuatro chicas más. En un caso de emergencia, te diría que podríamos recurrir a hombres, pero en el hotel también andan faltos de recursos. Es una suerte que la gripe nos haya caído encima después del banquete de los Nobel. Esta noche, al menos, no es más que un bufet.

Karolina ladeó la cabeza.

—¿Y si prescindimos de santa Lucía y le pedimos a esa chica que sirva? Es del servicio de habitaciones, ¿verdad?

—Tenemos un coro reservado y, por lo tanto, necesitamos tener una Lucía. Aunque, pensándolo bien, ¿no podría hacer ese papel cualquier otra chica? Se trata simplemente de caminar con un aire etéreo.

¿Sabes qué? Estoy segura de que mi hermana Birna podría hacerlo.

—Birna ha comprado una entrada.

—Birna puede echarnos perfectamente una mano como todas hicisteis conmigo mi primer día. ¿Lo recuerdas? Renunciasteis a una noche de fiesta para ayudarme. —Ottilia frunció el ceño—. ¿Qué?

La cara sonriente de Karolina no encajaba en absoluto con el estado de humor de Ottilia.

—Tienes la respuesta delante de tus narices. Acabas de decirlo tú misma. Pediremos a Beda, Märta y Torun que nos ayuden.

Ottilia, Karolina, Beda, Märta y Birna —tres de ellas vestidas de color verde bosque y dos con el granate del Grand Royal— contemplaron el caleidoscopio de sedas y satenes desde una de las arcadas de la tercera planta. El buffet había sido un éxito y se habían pronunciado ya los discursos. Se habían ondeado banderas, se habían admirado las flores y los «hurras» habían sonado tan alto que casi habían resquebrajado el techo acristalado de encima de sus cabezas. El coro había llegado con su propia santa Lucía y Birna había quedado libre de representar el papel.

—Si yo fui capaz de aprender a preparar un carrito del servicio de habitaciones con una formación de solo cinco minutos, estoy segura de que tú también podrás echarle té a una taza —dijo Beda.

Birna, emocionada, se mostró al instante de acuerdo.

El Grand Royal nunca había lucido tan espléndido como aquella noche.

—Parece mágico —dijo Märta embelesada—. Estoy segura de que algunos de los vestidos que se ven por ahí abajo son de nuestro atelier francés de alta costura.

—El de mi madre lo es —replicó Karolina—. Tenía ciertas dudas con respecto al turquesa, pero está maravillosa.

Ottilia suspiró.

—A Torun le sentará mal haberse perdido esto.

—Sí —dijo Birna—. Porque les he servido más té tanto a la señorita Lagerlöf como a la señora Beskow.

Karolina hizo girar el aro de oro que lucía en el dedo anular.

—La verdad es que no entiendo cómo la señora Skogh pudo soñar con crear una cosa así tan… perfecta. ¿Dónde está, por cierto? No la veo entre la gente.

—Aquí —dijo una voz a sus espaldas.

Todas se volvieron.

La señora Skogh, con un resplandeciente vestido lila, sonrió a las cinco amigas.

—Vengo a decirles que tenemos noticias de Linnégatan. Margareta Anderson ha dado felizmente a luz un niño. Madre e hijo están bien. He mandado a Möller a casa y le he pedido que le diga a Torun que venga. Ha hecho más de lo que podía por esta noche.

Las cinco se quedaron boquiabiertas y fascinadas.

Karolina fue la primera en hablar.

—Es una noticia fantástica.

—Maravillosa —convinieron las demás.

—Pero no creo que Torun pueda hacer ya gran cosa por aquí —admitió Ottilia—. Son casi las diez y tenemos al personal esperando para limpiar y ordenarlo todo enseguida. A las diez y media abriremos de nuevo las puertas del Grand Royal para el público en general.

—Voy a celebrar una pequeña fiesta íntima en mi apartamento para algunas elegidas —anunció la señora Skogh—. La señorita Lagerlöf ha tenido la gentileza de aceptar mi invitación y, cuando Torun haya llegado, las seis serán bienvenidas.

Las chicas intercambiaron miradas de incredulidad.

La señora Skogh siguió hablando:

—Acabo de oír que Karolina se preguntaba cómo pude soñar con crear una cosa tan perfecta como esta. Pues miren, lo de soñar es la parte más fácil. Establecerse un objetivo, conseguirlo y luego mantenerlo día tras día es muchísimo más complicado. Pero, aun así, aquí, en el Grand Hôtel, lo vamos consiguiendo. Las veo a las diez y media, señoritas.

En su apartamento del palacio Bolinder, con todas las copas llenas

hasta el borde por una deslumbrada Birna, Wilhelmina dio la espalda a un invernal Estocolmo. En la otra orilla, las luces eléctricas del palacio y las farolas tintineaban. Una llamada de un conductor de carruaje a otro flotó en el gélido aire nocturno.

Wilhelmina levantó la copa.

—Quiero brindar, una vez más, por nuestra gloriosa Selma Lagerlöf.

Selma negó con la cabeza.

—Esta vez no, querida mía. Por usted y por todo lo que ha conseguido. Y, de hecho —se volvió entonces y sonrió a Ottilia, Karolina, Beda, Märta, Torun, Birna y, finalmente, a Elisabet—, por todas las fenomenales mujeres del Grand Hôtel.

Agradecimientos

Wilhelmina Skogh y el fabuloso Grand Hôtel me han fascinado desde que, a principios de la década de 1980, tuve la suerte de poder trabajar allí durante todo un verano. Un día, me dije por aquel entonces, escribiré una novela sobre este hotel. Y el momento llegó, por fin, cuarenta años después.

El Grand Hôtel es una empresa privada. Su vestíbulo está abierto a todo el mundo, pero mi deseo era poder acceder a la antigua sala de juntas, más que a una de sus espléndidas habitaciones. Es decir, necesitaba poder acceder al edificio del Grand Hôtel y a su historia como negocio, lo cual exigía el permiso de sus actuales gestores. Mi primer agradecimiento, por lo tanto, es para Lars Wedenborn, que escuchó con atención mi petición y creyó en el concepto. Y acto seguido me dio un duplicado de las llaves.

Mi segundo y enorme agradecimiento va para la directora general del Grand Hôtel, Pia Djupmark, y su fenomenal secretaria, Lovisa Strauss. Señoras, gracias por confiarme su hotel. Gracias por permitirme recorrer su establecimiento entre bambalinas, por compartir anécdotas conmigo y por concederme pleno acceso a sus archivos históricos. Sin su tiempo y su colaboración, este libro jamás habría cruzado la línea de meta.

Sten Vasseur, antiguo florista del Grand Hôtel. Gracias por su tiempo y su entusiasmo. Por compartir conmigo sus fuentes de investigación y las fotografías que ha ido coleccionando a lo largo de los años. Sus conocimientos sumaron el primer músculo a lo que hasta entonces era simple hueso.

Marit Snaar, de la Wilhelmina Society de Storvik. Gracias por recibirme con los brazos abiertos cuando llegué al Wilhelmina's Café de la estación de Storvik. Gracias por invitarme a tomar asiento en uno de los viejos sillones de la gran dama y charlar conmigo. Un recuerdo que guardo como un tesoro.

Desarrollar un libro desde su concepción hasta hacerlo llegar a las estanterías de los lectores exige una auténtica ciudad editorial. Mi siguiente agradecimiento, por lo tanto, va para el equipo de Printz Publishing: Christoffer Holst, mi editor; Anna Levahn, gurú de las relaciones públicas; Mats Foerster, mi fiable traductor sueco; Emma Graves, responsable del diseño de la cubierta; y Sara Ljungdahl Holst, creadora del mapa; así como las fabulosas Linda Altrov Berg, Catherine Mörk y Sofia Odsberg, de Norstedts Agency. Muchísimas gracias por todo lo que habéis hecho y por creer en *Las extraordinarias mujeres del Grand Hôtel* desde el primer día.

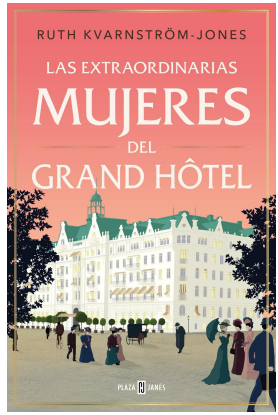
Arne, Maxine y Emelie, sin vosotros tres nada de todo esto importa. Gracias por vuestro apoyo incondicional y vuestro entusiasmo.

Y finalmente, gracias a Wilhelmina Skogh, cuya fotografía conservo en mi despacho. Fue un ejemplo maravilloso para todos. Solo espero poder estar a la altura de sus elevados estándares y expectativas.

Con todo mi amor y gratitud,

Ruth

www.ruthkj.com; @ruthkjwriter



Wilhelmina Skogh lleva 25 años dirigiendo con éxito sus tres hoteles cuando acepta hacerse cargo del emblemático y prestigioso Grand Hôtel de Estocolmo, bajo la condición de que se acepten una serie de condiciones y reformas con las que pretende convertirlo en el mejor hotel de Europa. Tan temida como querida y respetada, confiará en otras mujeres para ejercer responsabilidades que hasta entonces habían sido exclusivas de los hombres y todas ellas deberán enfrentarse a las injusticias y obstáculos propios de una época en la que se esperaba que las mujeres solo cuidasen de su casa, pero… ¿Qué es un hotel, sino algo muy parecido a una casa?

Una novela inspirada en la apasionante historia de su protagonista, Wilhelmina Skogh, una de las mujeres más influyentes en Suecia a principios del siglo xx**.**

Ruth Kvarnström-Jones nació y creció enn Gran Bretaña, pero vive en Estocolmo desde hace casi 40 años. Fue una de las quince seleccionadas en todo el mundo para formar parte del Curso de Novela de Curtis Brown y es autora de una serie de novelas situadas en Halleholm, un lugar ficticio situado en la costa de Suecia. *Las extraordinarias mujeres del Grand Hôtel* es su cuarta novela y antes de su publicación se vendieron sus derechos a nueve países.

Título original: *De fenomenala fruntimren på Grand Hôtel*

Primera edición: mayo de 2024

Ruth Kvarnström-Jones.
Publicado por primera vez en 2023 por Printz Publishing en Suecia.
Publicado por acuerdo con Norstedts Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Isabel Murillo Fort, por la traducción (del inglés)

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial/ Helena Boet
Ilustración de portada: © Miquel Tejedo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03395-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Las extraordinarias mujeres del Grand Hôtel

Lista de personajes
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77

Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Ruth Kvarnström-Jones
Créditos